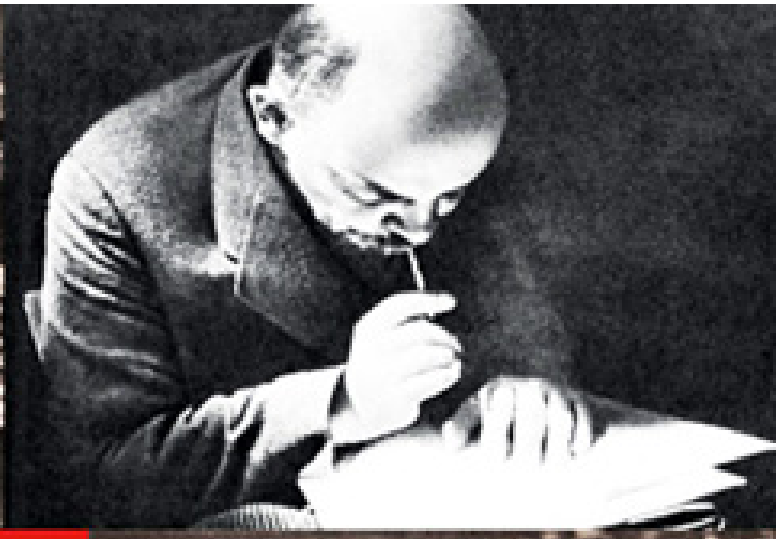

LA TERCERA INTERNACIONAL DESPUÉS DE LENIN

León Trotsky

Ediciones MASAS

La Paz - Bolivia

2023

"El carácter socialista de nuestra industria de estado (dados su extrema dispersión, la competencia de los diversos trust y fábricas, la difícil situación material de las masas obreras, el insuficiente nivel cultural en amplios círculos de trabajadores), el carácter socialista de nuestra industria, decimos, está determinado de forma decisiva por el papel del partido, por los lazos voluntarios formados en el interior de la vanguardia proletaria, la disciplina consciente de los economistas, de los militantes sindicalistas y de los miembros de las células de fábrica."

León Trotsky

Índice

Prólogo 6

¿Y AHORA? Carta al VI Congreso de la Internacional Comunista 10

Objetivo de esta carta 10

¿Por qué no ha habido un Congreso de la Internacional Comunista durante más de cuatro años? 12

La política de 1923 a 1927 16

Radicalización de las masas y problemas de dirección 21

Cómo se preparó el desplazamiento hacia la izquierda que se está produciendo actualmente en el Partido Comunista de la Unión Soviética 25

Un paso adelante, medio paso atrás 29

Maniobra o nuevo curso 34

Las bases sociales de la crisis actual 36

La crisis del partido 39

CRÍTICA DEL PROGRAMA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA 42

¿PROGRAMA DE LA REVOLUCIÓN INTERNACIONAL O PROGRAMA DEL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS? 42

Estructura general del programa 43

Los Estados Unidos y Europa 44

La consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa 46

El criterio del internacionalismo 50

La tradición teórica del partido 53

¿Dónde está, pues, la "desviación socialdemócrata"? 62

La dependencia de la URSS de la economía mundial 63

La contradicción entre las fuerzas productivas y las fronteras nacionales es la causa del carácter utópico y reaccionario de la teoría del socialismo en un sólo país 68

La cuestión sólo puede ser resuelta en la arena de la revolución mundial 73

La teoría del socialismo en un sólo país, fuente de errores socialpatriotas 75

LA ESTRATEGIA Y LA TÁCTICA EN LA ÉPOCA IMPERIALISTA 80

Total inconsistencia del capítulo principal del proyecto 80

Particularidades esenciales de la estrategia en la época revolucionaria y papel del partido 82

El III Congreso y la cuestión de la permanencia del proceso revolucionario según Lenin y Bujarin 86

Los acontecimiento de 1923 en Alemania y las lecciones de Octubre 88

El radical error estratégico del V Congreso 92

"La era democrático-pacífica" y el fascismo 97

Política ultraizquierdista y levadura de derecha 101

Período de deslizamiento hacia el centro-derecha 106

Las maniobras y la estrategia revolucionaria 111

La estrategia de la guerra civil 115

Las cuestiones del régimen interno del partido 118

Causas de las derrotas de la Oposición y perspectivas 125

BALANCE Y PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCIÓN CHINA: SUS LECCIONES PARA LOS PAÍSES DE ORIENTE Y PARA TODA LA INTERNACIONAL COMUNISTA 129

Sobre la naturaleza de la burguesía colonial 129

Las etapas de la revolución china 135

¿Dictadura democrática o dictadura del proletariado? 139

El aventurerismo como consecuencia del oportunismo 144

Los soviets y la revolución 147

El problema del carácter de la futura revolución china 150

Sobre la idea reaccionaria de los "partidos obreros y campesinos bipartitos" para el oriente 153

Hay que verificar qué ha dado de sí la Internacional Campesina 160

Conclusión 162

LA CUESTIÓN CHINA DESPUÉS DEL VI CONGRESO 164

La revolución permanente y la insurrección de Cantón 166

El período interrevolucionario y sus tareas 171

Los soviets y la Asamblea Constituyente 179

Otra vez más sobre la consigna de la "dictadura democrática" 189

Apéndice: Un interesante documento sobre la política y el régimen de la Internacional Comunista 190

¿QUIÉN DIRIGE HOY EN DÍA LA INTERNACIONAL COMUNISTA? 198

Respuesta de Trotsky a Preobrazhensky 218

Tercera carta de Trotsky a Preobrazhensky 224

Un giro crudamente empírico 227

Declaración de la Oposición de Izquierda rusa al VI Congreso de la Internacional Comunista 230

¿Qué esperar del VI Congreso? 242

Consideraciones provisionales sobre el congreso de la Internacional Comunista 246

La organización del trabajo de cara al congreso 251

China y la Asamblea Constituyente 253

¿Socialismo en un solo país? 256

Prólogo

La presente obra comprende cuatro partes independientes una de otra pero que presentan, no obstante, una unidad indisoluble: en su conjunto está consagrada a los problemas fundamentales de la Internacional Comunista. El libro abarca todos los aspectos de la actividad de la Internacional Comunista: su programa, su estrategia y su táctica, su organización y los miembros de su dirección. Como el partido comunista soviético, partido dirigente de la Unión Soviética, juega un papel decisivo, en todos los aspectos, como partido principal de la Internacional Comunista, el presente trabajo incluye también una apreciación de su política interior durante el último período, el que se abre con la enfermedad y muerte de Lenin. En este sentido la obra constituye un conjunto bastante completo, al menos así lo espero.

Mi trabajo no ha sido publicado en ruso: fue escrito en este período (1928) en el que las obras marxistas ya se han convertido, en la república soviética, en el tipo de publicaciones más prohibido de todos. Con el fin de asegurar una cierta difusión a mis textos, he colocado en las dos primeras partes de este libro documentos oficiales dirigidos al VI Congreso de la Internacional Comunista, que se reunió en Moscú durante el verano del año pasado. La tercera y la cuarta partes, escritas después del congreso, han circulado de mano en mano en forma de manuscrito. La transmisión de estos manuscritos entrañaba, y entraña todavía, la deportación a los rincones perdidos de Siberia, e incluso, en los últimos tiempos, la dura reclusión en el presidio de Tobolsk.

Unicamente la segunda parte, es decir, la "Crítica del programa", ha sido publicada en alemán. Hasta el momento actual, el libro en su conjunto sólo ha conocido el estado de manuscrito, el de una vida embrionaria. Aparece por primera vez en la forma que le da la edición francesa. No obstante, y dado que mis diferentes manuscritos han llegado por vías diversas a países de Europa y América y a China Occidental, debo declarar aquí que la presente edición francesa es la primera y la única de la que puedo responsabilizarme ante los lectores.

Por decisión del VI Congreso, el proyecto de programa criticado en este libro se ha convertido en el programa oficial de la Internacional. Mi crítica no ha perdido, pues, nada de su actualidad. Muy al contrario; todos los errores fatales del proyecto han sido mantenidos: se encuentran simplemente fundamentados en derecho y consagrados como artículos de fe. En el congreso, la comisión del programa planteó la cuestión de saber qué se debía hacer con una crítica cuyo autor no sólo había sido excluido de las filas de la Internacional Comunista, sino que se encontraba exiliado en Asia Central. Algunas voces tímidas y aisladas se elevaron para decir que también hay que aprender de los adversarios y que las opiniones correctas continúan siéndolo sea la que sea la personalidad de quien las formula. Pero otro grupo mucho más sólido iba a triunfar casi sin resistencia y sin lucha. Una vieja señora respetable (la que en otro tiempo fue Clara Zetkin) declaró que no podían considerarse correctas ideas que proviniesen de Trotsky.

Simplemente ejecutaba la tarea que le había sido encomendada entre bastidores. Es el método de Stalin: confiar las tareas indignas a personas de una dignidad indiscutible. La voz tímida de la razón se calló pronto y, cerrando los ojos, la comisión dejó de lado mi crítica. Por esto, todo lo que he dicho sobre el proyecto mantiene plena vigencia cuando se trata del programa oficial. Este programa no tiene ninguna consistencia teórica y es políticamente perjudicial; debe ser cambiado y lo será.

Los delegados del VI Congreso, "por unanimidad" como siempre, condenaron una vez más al "trotskysmo": para eso habían sido llamados a Moscú. En su mayor parte, sólo ayer o anteayer habían pisado por primera vez la arena política. Ni uno solo de estos delegados participó en la fundación de la Internacional Comunista; son muy pocos los que han participado en uno o dos de los cuatro congresos que se desarrollaron bajo la dirección de Lenin. Todos son reclutas del nuevo curso político y de los agentes de la organización del nuevo régimen. Al acusarme (o, más exactamente, al firmar la acusación lanzada contra mí) de haber violado los principios leninistas, los delegados del VI Congreso han dado una prueba de docilidad, más que de claridad, en sus ideas teóricas o de conocimiento de la historia de la Internacional Comunista.

Hasta el VI Congreso, la Internacional no había tenido un programa codificado; los manifiestos y las resoluciones de principios lo suplían: los dos primeros congresos dirigieron manifiestos a la clase obrera internacional (el manifiesto del II Congreso, en particular, presentaba todas las características de un programa). Yo escribí esos documentos, que fueron aprobados sin enmiendas por nuestro comité central y ratificados por los dos primeros congresos, asambleas cuya importancia constitutiva fue considerable.

El III Congreso aprobó las cuestiones estratégicas y tácticas relativas a los problemas fundamentales del movimiento obrero mundial. Yo intervine en ese congreso para defender las tesis que yo mismo había elaborado. Las enmiendas que fueron propuestas (no en el mejor sentido) estaban dirigidas tanto contra Lenin como contra mí. Abordando de forma resuelta la batalla contra la oposición de entonces (representada por Thaelmann, Bela Kun, Pepper y otros confusionistas), Lenin y yo logramos hacer aprobar mis tesis por el congreso casi por unanimidad.

Lenin compartió conmigo la presentación del informe principal al IV Congreso, informe consagrado a la situación de la república de los soviets y a las perspectivas de la revolución mundial. Intervinimos hombro con hombro, y me tocó elaborar las conclusiones después de cada uno de los dos informes. Inútil decir que esos documentos (piedra angular de la Internacional Comunista), elaborados por mí o con mi colaboración, exponían y aplicaban las mismas bases del marxismo que los reclutas del período estalinista condenan hoy bajo el título de "trotskysmo".

No es superfino añadir que el actual dirigente de estos reclutas no tuvo la más mínima participación (ni directa ni indirecta) en los trabajos de la Internacional Comunista, no sólo en los congresos y comisiones sino, tampoco, en las tareas preparatorias cuyo mayor peso recayó en el partido ruso. No existe un sólo documento que pueda testimoniar la existencia de una actividad creativa de Stalin en los trabajos de los cuatro primeros congresos, ni siquiera un interés serio por su parte en los mismos.

Pero las cosas no se paran ahí. Si se toman las listas de los delegados a los cuatro primeros congresos, es decir, las listas de los primeros y más devotos amigos de la Revolución de Octubre, de los fundadores de la Internacional Comunista, de los colaboradores internacionales más próximos a Lenin, puede verse que, salvo una excepción, todos han sido no sólo apartados de la dirección, sino también expulsados de la Internacional Comunista después de la muerte de Lenin. Esto es cierto en la misma medida, tanto para la Unión Soviética, para Francia y Alemania, como para Italia, Escandinavia o Checoslovaquia, para Europa como para América, ¡Así resulta que la línea leninista es atacada por aquellos que la elaboraron junto a Lenin! ¡Así resulta que la línea leninista va a ser defendida por aquellos que lucharon contra ella en tiempos de

Lenin, o que se han adherido a la Internacional Comunista justo en los últimos años, no sabiendo lo que ha ocurrido antes ni pensado en lo que ocurrirá mañana!

Los resultados de los cambios de orientación política y del personal dirigente son demasiado bien conocidos. Desde principios de 1923 la Internacional Comunista no ha sufrido más que derrotas: en Alemania y en Bulgaria, en Inglaterra y en China. En otros países las derrotas no han sido tan dramáticas, pero también son graves. En todos los casos, la causa inmediata de esas derrotas ha sido la ceguera oportunista de la dirección. Queda por decir que la más grave de esas derrotas es la que Stalin prepara dentro de la República Soviética: parece que se ha fijado como objetivo pasar a la historia con el título de gran organizador de derrotas.

***

En el interior de la República Soviética, los militantes de la Internacional Comunista leninista se encuentran en prisión, exiliados o deportados. En Alemania o en Francia las cosas no van tan lejos, pero no es por culpa de los Thaelmann ni de los Cachin Estos "jefes" exigen a la policía capitalista que no tolere la presencia de los compañeros de Lenin en el territorio de la democracia burguesa. En 1916, Cachin justificaba mi expulsión de Francia con argumentos furiosamente chovinistas; ahora exige que se me prohíba entrar en territorio francés: de esta manera no hace más que continuar su faena, como yo continúo la mía.

Como es bien sabido, durante el período de los cuatro primeros congresos yo estuve particularmente ligado a los asuntos franceses. Junto con Lenin, me tocó con frecuencia estudiar los problemas del movimiento obrero francés. A veces, divertido en apariencia pero permaneciendo serio en el fondo, Lenin me preguntaba: "¿No es usted demasiado indulgente con los veletas parlamentarios como Cachin?" Yo le respondía que los Cachin representaban solamente una pasarela provisional que permitía llegar a la masa de los obreros franceses y que, cuando surgiesen y se organizasen verdaderos revolucionarios, ellos barrerían de su camino a todos los Cachin y consortes. Ciertamente, por razones que son estudiadas en este libro, el asunto se prolonga en exceso, pero no dudo ni por un momento que los veletas serán tratados como merecen: el proletariado necesita herramientas de acero, no de hojalata.

El frente único de Stalin, de la policía burguesa, de Thaelmann y de Cachin contra los compañeros de Lenin es un hecho incontestable y de una importancia relativa en la Europa de hoy en día...

***

¿Cuál es la conclusión general a extraer de este libro? Desde diversos partes se busca la forma de atribuirnos el intento de crear una IV Internacional: es una idea enteramente falsa. El comunismo y el "socialismo" democrático representan dos profundas tendencias históricas cuyas raíces se hunden en las relaciones entre las clases. La existencia y la lucha de la II y la III internacionales forman un largo proceso íntimamente ligado a la suerte de la sociedad capitalista. En un momento determinado, las tendencias intermedias o "centristas" pueden ejercer una gran influencia, pero esto no ocurre nunca durante mucho tiempo. El intento de Friedrich Adler y compañía de crear una internacional intermedia (n° 2, 1/2) parecía prometer mucho al principio..., pero fracasó rápidamente. Aunque apoyándose sobre otras bases y otras tradiciones históricas, la política de Stalin se presenta como una variedad del mismo centrismo. Con la regla y

el compás en la mano, Friedrich Adler intentó construir una diagonal política entre el bolchevismo y la socialdemocracia. Por su parte, Stalin no tiene unas pretensiones tan doctrinarias. La política estalinista es una sucesión de zigzags empíricos entre Marx y Vollmar, entre Lenin y Chiang Kai-shek entre el bolchevismo y el socialismo nacional; pero si reducimos la suma de todos estos zigzags a su expresión fundamental, llegamos al mismo total aritmético: 2, 1/2. Después de todos los errores que ha cometido y todas las derrotas que ha provocado, el centrismo estalinista estaría liquidado políticamente desde hace mucho tiempo de no haber tenido la posibilidad de apoyarse sobre los recursos ideológicos y materiales de un estado surgido de la Revolución de Octubre. Sin embargo, ni siquiera el aparato más potente puede salvar una política sin esperanza alguna. Entre el marxismo y el socialpatriotismo no hay lugar para el estalinismo. Después de haber atravesado una serie de pruebas y de crisis, la Internacional Comunista se liberará del yugo de una burocracia sin principios ideológicos, capaz solamente de ofrecer tirones, zigzags y represión, y de preparar la derrota. No tenemos ninguna razón para construir la IV Internacional Continuamos y desarrollamos la línea de la III Internacional que hemos preparado durante la guerra y en cuya fundación hemos participado junto con Lenin después de la Revolución de Octubre. No hemos dejado escapar el hilo de la herencia ideológica ni un solo instante. Nuestros juicios y nuestras previsiones han sido confirmados por hechos de una gran importancia histórica. Nunca hemos estado más firmemente convencidos de la justeza de nuestras ideas, y de lo inevitable que es su victoria, como lo estamos en la actualidad, en estos años de persecución y de exilio.

L. T.
Constantinopla, 15 de abril de 1929

¿Y AHORA? Carta al VI Congreso de la Internacional Comunista

I- Objetivo de esta carta

El presente intento de explicación no puede cobrar sentido más que a condición de liberarse de toda reticencia, de toda duplicidad, de toda diplomacia; lo que exige que las cosas sean llamadas por su nombre, aunque resulte desagradable y doloroso para el partido. Por lo general, en casos semejantes, uno se escandaliza bajo el pretexto de que el enemigo se sirve de la crítica y la utiliza. Hoy en día, sería torpe plantear la pregunta de qué ha beneficiado más al enemigo de clase: la política de la dirección que ha conducido al proletariado chino a crueles derrotas o las advertencias ahogadas de la Oposición intentando destruir el falso prestigio de la infalibilidad.

Sin duda, en toda una serie de casos la socialdemocracia ha estado tentada de utilizar a su favor las críticas de la Oposición. Lo contrario hubiera sido extraño. La socialdemocracia es en la actualidad un partido parasitario. Satisfaciendo la necesidad de proteger a la sociedad burguesa "por abajo", la socialdemocracia, en el período de postguerra (y muy especialmente desde 1923), en el curso de su envilecimiento manifiesto, vive de las faltas y los errores de los partidos comunistas, de sus capitulaciones en los momentos decisivos, o por el contrario de sus tentativas aventuristas de volver a una situación revolucionaria ya pasada. La capitulación de la Internacional Comunista en el otoño de 1923, la obstinación posterior de la dirección en no comprender la significación de esta gigantesca derrota, la línea aventurera y ultraizquierdista de 1924-1925, la política groseramente oportunista de 1926-1927: he aquí lo que refuerza a la socialdemocracia, he aquí lo que le ha permitido reunir más de nueve millones de votos en las últimas elecciones alemanas. Bajo estas circunstancias, evocar los elementos que la socialdemocracia retiene en algunas ocasiones de las críticas de la Oposición para presentarlos a los obreros, es agarrarse a naderías. La socialdemocracia no sería ella misma si, en ocasiones, no fuera todavía más lejos en esta vía, si no expresase por medio de su ala izquierda, válvula de seguridad del partido socialdemócrata de la misma forma que éste lo es de la sociedad burguesa, una "simpatía" intermitente y falsa hacia la Oposición. La socialdemocracia puede permitírselo en tanto que la Oposición continúa siendo una pequeña minoría oprimida y en la medida en que esta "simpatía" no le cuesta nada o incluso le asegura una acogida favorable entre los trabajadores.

En la actualidad, la socialdemocracia no tiene ni puede tener una línea propia sobre los problemas más esenciales: su línea se la dicta la burguesía. Pero de todos modos, si la socialdemocracia repitiese simplemente todo lo que dicen los partidos burgueses, dejaría de ser útil para la burguesía. Sobre las cuestiones menores, no actuales o lejanas, la socialdemocracia no solamente puede, sino que debe presentar todos los colores del arco iris, hasta el rojo más vivo. Apropiándose de tal o tal otro juicio de la Oposición, la socialdemocracia espera provocar un cisma dentro del partido comunista; pero, para quien ha captado el carácter de este mecanismo, las tentativas de comprometer a la Oposición bajo el pretexto de que un maquinador o un izquierdista socialdemócrata haya citado una frase cualquiera de nuestra crítica, no manifiestan otra cosa que indigencia mental. De hecho, en todas las cuestiones políticas importantes (sobre todo las de China o el Comité Angloruso) las simpatías de la socialdemocracia internacional han

estado del lado de la política "realista" de la dirección, y en absoluto de nuestro lado. Bastante más importante es el juicio formulado por la burguesía sobre las tendencias de la lucha en el seno del Partido Comunista de la URSS y la Internacional Comunista: la burguesía no tiene ninguna razón para tergiversar o disimular nada en esta cuestión. Y sobre este punto hay que decir que todos los órganos de cierta seriedad, autoridad e importancia del imperialismo mundial a ambos lados del océano consideran a la Oposición como a su enemigo mortal: en el curso del período transcurrido, o bien han manifestado una simpatía interesada y prudente ante toda una serie de pasos de la dirección oficial, o bien han expresado el consejo de la liquidación completa de la Oposición, su destrucción total (Austen Chamberlain exigía incluso fusilamientos) era la condición indispensable para la "evolución normal" del poder soviético hacia el régimen burgués. Incluso de memoria, sin disponer de ninguna fuente, se pueden citar numerosas declaraciones de este tipo: boletín de información de la industria pesada francesa (enero de 1927), memoria del informador de los ministros y millonarios americanos, apreciaciones del Times, del New York Times y de Austen Chamberlain reproducidas en numerosas publicaciones y en particular en el diario americano The Nation, *etc.* Es muy significativo que, después de sus primeras e infructuosas tentativas, la prensa del partido haya renunciado a comunicar las apreciaciones realizadas por nuestros enemigos de clase sobre la crisis que ha atravesado el partido en los últimos meses y que atraviesa todavía hoy: estos juicios revelaban de manera demasiado clara la naturaleza revolucionaria de la Oposición.

Por ello pensamos que se ganaría mucho en claridad si, a propósito de este VI Congreso, se editasen dos libros muy cuidadosamente elaborados: un "libro blanco" conteniendo los análisis de la prensa capitalista seria sobre las divergencias existentes en el seno de la Internacional Comunista y un "libro amarillo" conteniendo las apreciaciones de la socialdemocracia.

En cualquier caso, el miedo de ver a la socialdemocracia intentar inmiscuirse en nuestra discusión no nos impedirá, ni por un minuto, indicar con claridad y precisión aquello que consideramos peligroso en la política de la Internacional Comunista y aquello que consideramos saludable. Mediante la diplomacia y jugando al escondite no podremos derrotar a la socialdemocracia pero sí gracias a una política revolucionaria justa que todavía está por elaborar.

II- ¿Por qué no ha habido un Congreso de la Internacional Comunista durante más de cuatro años?

-

Más de cuatro años han transcurrido desde el V Congreso. Durante este período, la línea de la dirección ha cambiado radicalmente, y su composición, lo mismo que la de los diferentes partidos y la de la Internacional Comunista en su conjunto, ha sido modificada. El presidente de la Internacional no solamente ha sido eliminado de su puesto, sino también excluido del partido, antes de ser admitido de nuevo en vísperas de este VI Congreso. Estos acontecimientos se han desarrollado sin que haya sido reunido ningún congreso, a pesar de que no haya existido ningún obstáculo objetivo para su convocatoria. Cuando estaban planteados al movimiento obrero mundial y a la República de los Soviets problemas vitales, la reunión del congreso de la Internacional Comunista parecía superfina: era retrasado año tras año, como si se tratase de una traba y un peso muerto; se le convoca solamente cuando se estima que se encontrará colocado ante hechos consumados.

Durante estos cuatro años (llenos de acontecimientos importantes y desgarrados por profundas divergencias) se ha encontrado el tiempo necesario para reunir numerosos congresos y conferencias burocráticas: conferencias repugnantes del Comité Angloruso, congreso de la Liga Democrática de Lucha contra el Imperialismo, congreso teatral de los "Amigos de la Unión Soviética"... ¡Pero el tiempo y el lugar sólo han faltado para los tres congresos regulares de la Internacional Comunista!

Durante la guerra civil y el bloqueo, cuando los delegados extranjeros encontraban enormes dificultades y algunos morían en el camino, los congresos del partido comunista soviético y de la Internacional Comunista fueron, a pesar de todo, regularmente convocados, conforme a los estatutos y al espíritu del partido proletario. ¿Por qué no se actúa así en la actualidad? Pretender que hoy tenemos demasiado "trabajo práctico" es reconocer que el pensamiento y la voluntad del partido molestan para las faenas de la dirección, que los congresos son una carga en los asuntos más serios e importantes. En realidad, es abrir la vía a la liquidación burocrática del partido.

En apariencia, en el curso de estos cuatro años todas las cuestiones han sido resueltas por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista o por su Presidium; en la práctica, lo han sido por el Buró Político del Partido Comunista de la URSS o, más exactamente, por su Secretariado apoyado sobre el aparato del partido que depende de él. No se trata aquí, evidentemente, de la influencia ideológica del partido comunista soviético, que en tiempos de Lenin era más considerable que ahora y que tenía una poderosa significación creadora; se trata de la omnipotencia del secretariado que se ejerce por medio de la omnipotencia del aparato; en la época de Lenin no existía, y Lenin había advertido severamente contra este peligro en los últimos consejos que dirigió al partido.

La Internacional Comunista fue proclamada "partido internacional único"; todas las secciones nacionales le fueron subordinadas. En esta cuestión, Lenin jugó hasta el final un papel moderador; multiplicó las advertencias contra las tendencias burocráticas de la dirección temiendo que, en ausencia de una base política, el centralismo democrático pudiese desembocar en el burocratismo. Sin embargo, cuando Lenin abandonó el trabajo, fue el ultracentralismo el que triunfó. El comité ejecutivo fue proclamado comité central con plenos poderes dentro del partido mundial único y responsable únicamente ante los congresos. Pero, en realidad, ¿qué vemos en este asunto? Los congresos no

fueron convocados cuando existía la mayor necesidad (la revolución china, por sí sola, justificaba la convocatoria de dos congresos). Teóricamente, el comité ejecutivo es el centro poderoso del movimiento obrero mundial, pero en varias ocasiones, en el curso de los últimos años, ha sido profundamente modificado; algunos de sus miembros, elegidos en el V Congreso para ejercer un papel en la dirección, fueron eliminados; lo mismo ocurre con las secciones de la Internacional Comunista, o por lo menos con las más importantes de ellas. ¿Quién ha modificado, pues, el comité ejecutivo, responsable únicamente ante el congreso..., si el congreso no se ha reunido? La respuesta es perfectamente clara: es el núcleo dirigente del partido comunista soviético quien, tras cada cambio en su composición, modifica el comité ejecutivo, a despecho de los estatutos de la Internacional Comunista y las decisiones de su V Congreso.

Los cambios en el seno del núcleo dirigente del Partido Comunista de la URSS han sido realizados a espaldas no solamente de la Internacional Comunista, sino también del partido comunista soviético mismo, entre los congresos, e independientemente de ellos, mediante golpes de fuerza del aparato. El "arte" de dirigir consistía en colocar al partido ante el hecho consumado; a continuación, las designaciones al congreso, retrasado conforme a un mecanismo de inspiración tortuosa, se llevaban a cabo según la voluntad de la nueva dirección instalada, mientras que el anterior núcleo dirigente era simplemente calificado de "centro antipartido".

Sería muy largo enumerar todas las etapas de este proceso; me limitaré a citar un hecho, uno más, pero que los ilustra a todos. No solamente desde un punto de vista formal, sino también en la realidad, fue el grupo Zinóviev el que estuvo a la cabeza del V Congreso, y fue precisamente este grupo el que dio el tono fundamental a los trabajos del V Congreso: la lucha contra el pretendido "trotskysmo". Sin embargo, esta fracción dirigente en el congreso no ha podido mantenerse hasta el VI Congreso en ninguno de los partidos de la Internacional Comunista; y es el grupo central de esta fracción (compuesto por Zinóviev Kámenev, Sokolnikov y otros) el que proclamó en su declaración de julio de 1926:

"A partir de ahora no puede haber ninguna duda en cuanto al hecho de que el núcleo principal de la Oposición de 1923 había hecho sonar la alerta con justa razón contra los peligros existentes de apartarse de la línea proletaria y contra las amenazas de desarrollo del régimen del aparato."

Hay más: en la sesión plenaria del comité central y de la comisión central de control (14-23 de julio de 1926), Zinóviev (dirigente e inspirador del V Congreso) declaraba (y esta declaración, taquigrafiada, fue publicada de nuevo por el comité central antes del XV Congreso) que él, Zinóviev, consideraba que los dos principales errores de su vida eran el error de 1917 y la lucha contra la Oposición en 1923:

"Yo considero el segundo error (dice Zinóviev) como más peligroso, porque la falta de 1917, cometida en tiempos de Lenin, fue corregida por Lenin... mientras que mi error de 1923 consistió en que...

Ordojonikize: ¡Usted ha hecho equivocarse entonces a todo el partido!

Zinóviev: ¡Sí, en la cuestión del deslizamiento y en la de la opresión burocrática del aparato, Trotsky tenía entonces la razón contra ustedes!"

Pero la cuestión del deslizamiento, es decir, de la línea política, y el problema del régimen existente en el partido, constituyen toda la suma de las divergencias. En 1926, Zinóviev estimaba que la Oposición de 1923 tenía razón sobre estas cuestiones y que, en lo que a él le concernía, el más grave error de su vida (más grave aún

que su hostilidad a la iniciación de la Revolución de Octubre) fue la lucha que había desatado contra el "trotskysmo" en 1923-1925. No obstante, en estos últimos días, la prensa ha publicado una decisión de la comisión central de control reintegrando a Zinóviev y a otros al partido porque han "renunciado a sus errores trotskystas". Toda esta historia, aunque sea enteramente confirmada por medio de documentos, le parecerá a nuestros hijos y nietos algo absolutamente fantástico; puede ser que no mereciese ni siquiera ser mencionada si se tratase sólo de una persona o un grupo, si este asunto no estuviese íntimamente ligado a toda la lucha de ideas que se ha desarrollado dentro de la Internacional Comunista a lo largo de los últimos años, y si no se hubiese desarrollado orgánicamente bajo las condiciones que han permitido la ausencia de todo congreso durante cuatro años, a saber, el poder infinito de los métodos burocráticos. En la actualidad no se dirige la ideología de la Internacional Comunista: se la administra. La teoría ya no es un instrumento para el conocimiento y la previsión sino que se ha convertido en una herramienta técnica para la administración. Se atribuyen a la Oposición ciertas opiniones y, basándose en ellas, se la juzga. Se afecta a diversas personas al "trotskysmo" y luego se las reclama, como si se tratase de funcionarios de una cancillería

Los cambios ideológicos de este género se acompañan inevitablemente de golpes de fuerza dentro de la organización; provienen siempre de arriba y, logrando erigirse en sistema, se convierten en el régimen normal no solamente del Partido Comunista de la URSS, sino también de los restantes partidos de la Internacional Comunista. Los motivos oficiales de cada cambio brusco en una dirección coinciden rara vez con los motivos reales. La duplicidad en el dominio de las ideas es la consecuencia inevitable de la burocratización del régimen. Más de una vez, durante estos últimos años, los dirigentes de los partidos de Alemania, Francia, Inglaterra, América, Polonia, etc., han tomado vías oportunistas sin ser condenados, porque su posición con respecto a las cuestiones interiores del Partido Comunista de la URSS les servía de protección.

Los últimos ejemplos están todavía muy frescos en la memoria. La dirección china de Chen Du-siu, Tan PinSian y compañía., profundamente menchevique, se ha beneficiado hasta el último momento del apoyo total del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista contra las críticas de la Oposición; esto no tiene nada de extraño, ya que con ocasión del VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista Tan PinSian había declarado:

"Desde la primera aparición del trotskysmo, el Partido Comunista de China y la Juventud Comunista China adoptaron una resolución unánime contra el mismo."

En el mismo Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, y dentro de su aparato, ejercen un papel importante elementos que se opusieron a la revolución proletaria y que la entorpecieron todo lo que estuvo en sus manos en Rusia, en Finlandia, en Bulgaria, en Hungría, en Polonia y en otros países; pero, a cambio de ello, todos estos elementos pasaron en el momento oportuno sus exámenes en la lucha contra el "trotskysmo".

Ignorar y violar los estatutos, producir toda clase de trastornos en la organización y las ideas, desarrollar la arbitrariedad, todo esto no puede ser simplemente el fruto del azar, todo esto debe tener unas razones profundas.

Sería muestra de una insuficiencia del marxismo explicar todos estos hechos única o principalmente por razones personales (lucha de grupos por el poder, etc.,), aunque haya ciertos momentos en los que estos motivos puedan ejercer un papel (cf. el Testamento de Lenin). Por el contrario, nos encontramos ante un proceso profundo y de larga

duración que debe tener no únicamente causas psicológicas, sino, sobre todo, causas políticas; en efecto, éstas existen.

La burocratización del sistema entero en el Partido Comunista de la URSS y en el seno de la Internacional Comunista tiene su origen principal en la ampliación en el curso de los cinco últimos años de la distancia existente entre la política de la dirección y las perspectivas históricas del proletariado. Cuanto más diverjan, con mayor fuerza condenarán los acontecimientos esta política y menos podrá ser aplicada en el respeto a las reglas del partido y a la luz de la crítica; por tanto y cada vez más, se le debe imponer al partido desde arriba, a través del aparato e incluso con la ayuda de los medios propios del estado.

Bajo estas condiciones, la dirección es formalista: la escolástica es la ideología que mejor conviene a sus intereses. Los cinco últimos años han supuesto un período de deformación del marxismo, que ha sido convertido en escolástica para ocultar el deslizamiento político y servir a la usurpación burocrática.

III- La política de 1923 a 1927

Sin ninguna duda, uno de los motivos que ha incitado a retrasar en varias ocasiones el VI Congreso ha sido el deseo de lograr alguna gran victoria internacional; en casos semejantes, la gente olvida con más facilidad las derrotas recientes. Pero el acontecimiento no ha llegado... ¡y no por azar!

Durante este periodo el capitalismo europeo y el capitalismo mundial se han beneficiado de un nuevo respiro considerable. Desde 1923, la socialdemocracia se ha visto reforzada en buena medida. Los partidos comunistas sólo han crecido en un grado insignificante. Es imposible que haya alguien que se atreva a decir que éstos han sabido, en el curso de los cuatro o cinco últimos años, asegurar la continuidad, la estabilidad y la autoridad de sus direcciones. Bien al contrario, esta continuidad y esta solidez se han visto gravemente quebrantadas incluso en el partido en el que en otro tiempo estuvieron mejor garantizadas: en el Partido Comunista de toda la Unión (Bolchevique).

En el curso de este periodo, la república soviética ha realizado importantes progresos en los terrenos económico y cultural, progresos que muestran a los ojos de todo el mundo la fuerza y la significación de los métodos socialistas de gestión y las grandes posibilidades que contienen. Pero estos éxitos se han desarrollado sobre la base de la pretendida estabilización del capitalismo, que fue ella misma el resultado de una serie de derrotas de la revolución mundial.

Contrariamente a las afirmaciones optimistas, la relación interior de fuerzas, tanto en el ámbito económico como en el ámbito político, se ha modificado en un sentido desfavorable al proletariado; de ahí proviene toda una serie de crisis dolorosas de las que no logra salir el Partido Comunista de la URSS.

La causa fundamental de la crisis de la Revolución de Octubre reside en el retraso de la revolución mundial, tras una serie de graves derrotas del proletariado. Hasta 1923 fueron las derrotas de los movimientos e insurrecciones de posguerra por causa de la desaparición de toda una parte de la juventud y como consecuencia de la debilidad de los partidos comunistas. A partir de 1923 la situación se modifica radicalmente: no se trata ya solamente de derrotas del proletariado, sino de derrotas de la política de la Internacional Comunista. Los errores de esta política en Alemania, en Inglaterra, en China y (en menor medida) en otros países son tales que resulta imposible encontrarlos parecidos en toda la historia del Partido Bolchevique: para lograrlo es necesario remontarse a la historia del menchevismo en los años 1905-1917, o incluso remitirse a decenas de años más atrás. El retraso en el desarrollo de la Internacional Comunista se presenta como el resultado inmediato de la política falsa seguida en los cinco últimos años. Unicamente se puede lanzar la responsabilidad sobre la "estabilización" concibiendo su naturaleza de una forma escolástica y con el objetivo de huir de esta responsabilidad. La estabilización no ha caído del cielo, ni es el fruto de un cambio automático en las condiciones de la economía capitalista mundial: es el resultado de un cambio desfavorable en la relación de fuerzas en el ámbito político entre las clases. El proletariado ha sido debilitado en Alemania por la capitulación de la dirección en 1923; ha sido engañado y traicionado en Inglaterra por una dirección con la que la Internacional Comunista formaba bloque todavía en 1926; en China, la política del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista lo ha arrojado a la trampa del Kuomintang en 1926-1927. Estas son las causas inmediatas e indiscutibles de las derrotas. Intentar demostrar que incluso con una política adecuada

las derrotas resultaban inevitables es caer en un fatalismo sin esperanza y renunciar a la comprensión bolchevique del papel y la importancia de una dirección revolucionaria.

Las derrotas del proletariado causadas por una política errónea han dado un respiro político a la burguesía, del que ésta se ha aprovechado para consolidar sus posiciones económicas. Ciertamente, la consolidación de las posiciones económicas de la burguesía influye por su parte (como factor de "estabilización") sobre la situación política; sin embargo, la causa fundamental del ascenso del capitalismo durante estos cinco años de "estabilización" reside en el hecho de que la Internacional Comunista no se ha encontrado, en ningún momento, a la altura de los acontecimientos. Las situaciones revolucionarias no han faltado, pero, de forma crónica, no se ha sabido sacar partido de ellas. Esta falta no es producto del azar ni tiene nada de especial: es la consecuencia inevitable del curso centrista, que, si bien en un período ordinario puede ocultar su inconsistencia, debe provocar inevitablemente catástrofes en una situación revolucionaria, cuando se están produciendo cambios de gran brusquedad.

Para captar el significado del actual giro hacia la izquierda es necesario tener una visión completa no solamente de lo que fue el deslizamiento hacia la línea general de centro-derecha, que quedó desenmascarada en 1926- 1927, sino también el precedente período ultraizquierdista de 1923-1925 y su influencia en la preparación de ese deslizamiento. Por tanto, se trata de valorar los cinco años que siguieron a la muerte de Lenin.

Ya en la época del XII Congreso del Partido Comunista de toda la Unión (Bolchevique), en la primavera de 1923, se manifestaron netamente dos posiciones a propósito de los problemas económicos de la Unión Soviética; éstas se desarrollaron a lo largo de los cinco años siguientes, y pudo procederse a su verificación a propósito de la crisis de almacenamiento de grano en 1927-1928. El comité central consideraba que el principal peligro que amenazaba a la alianza con el campesinado provenía de un desarrollo prematuro de la industria, y veía la confirmación en la pretendida "crisis de ventas" del otoño de 1923. Por el contrario, yo había sostenido en el XII Congreso la idea que el peligro principal que amenazaba a la alianza con el campesinado y a la misma dictadura del proletariado estaba representado por las "tijeras" que simbolizaban el distanciamiento entre los precios agrícolas y los precios industriales, distanciamiento que reflejaba el retraso de la industria; el mantenimiento y, con mayor razón, el crecimiento de esta desproporción debían entrañar inevitablemente una diferenciación en el seno de la economía agrícola y la producción artesanal, y el crecimiento generalizado de las fuerzas capitalistas. He desarrollado claramente este análisis durante el XII Congreso. Fue también entonces cuando formulé la idea de que si la industria se retrasaba, las buenas cosechas se convertirían en una fuente que alimentaría no ya el desarrollo socialista, sino las tendencias capitalistas, y que proveerían así a los elementos capitalistas de una herramienta útil para lograr la desorganización de la economía socialista.

Estas orientaciones fundamentales presentadas por las dos partes volverían a encontrarse en las luchas que han marcado los cinco años siguientes, en los que resonarán continuamente contra la Oposición acusaciones absurdas y reaccionarias en su esencia: que "odia al mujik", que "tiene miedo a una buena cosecha", que "rechaza el enriquecimiento del campo" o, mejor aún, que "quiere robar al campesino". De esta forma, desde el XII Congreso y, sobre todo, durante la discusión de otoño de 1923, la fracción oficial rechazaba los criterios de clase, limitándose a nociones como "campesinado" en general, "cosechas" en general, "enriquecimiento" en general. En esta forma de concebir las cosas aparece ya la presión de las nuevas capas sociales

que se han formado sobre la base de la NEP; relacionadas con el aparato del estado, se muestran cuidadosas de no ser molestadas en su ascenso.

En este proceso, los acontecimientos internacionales han cobrado una importancia decisiva. La segunda mitad del año 1923 fue un período de espera ansiosa de la revolución proletaria alemana. La situación fue comprendida demasiado tarde; se actuó con vacilaciones. En el seno de la dirección oficial aparecieron fricciones sordas (permaneciendo Zinóviev y Stalin, es cierto, en una línea centrista común). A pesar de todas las advertencias, el cambio de táctica no fue adoptado hasta el último momento. Todo terminó con la sorprendente capitulación del Partido Comunista de Alemania, cediendo al enemigo posiciones decisivas.

Esta derrota tenía por sí misma un carácter alarmante. Pero cobró una significación mucho más dolorosa desde el momento en que la dirección del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, responsable en gran medida de la derrota, no midió su amplitud, no estimó su profundidad, en definitiva y simplemente, no supo reconocerla como tal.

La dirección repetía sin cesar que la situación revolucionaria continuaba desarrollándose, y que en un porvenir próximo se librarían batallas decisivas. Fue sobre la base de este juicio fundamentalmente falso sobre la que se estableció toda la orientación del V Congreso, a mediados de 1924.

Durante toda la segunda mitad de 1923, la Oposición hace sonar la alarma a propósito del desenlace político que se aproxima, exige un curso que se dirija verdaderamente hacia la insurrección, porque en momentos históricos semejantes, varias semanas, a veces varios días, deciden la suerte de una revolución para un período de varios años. En cambio, en el semestre que precede a la celebración del V Congreso, la Oposición repite sin cesar que la situación revolucionaria ya ha pasado y que "se deben cambiar las velas teniendo en cuenta que el viento es contrario y ya no favorable": lo que debe estar a la orden del día ya no es la insurrección sino la unificación de las masas mediante reivindicaciones parciales en batallas defensivas contra un enemigo que ha tomado la ofensiva, la creación de puntos de apoyo en los sindicatos, *etc.*

A despecho del reflujo político, el V Congreso se orienta, significativamente, hacia la insurrección: así desorienta a todos los partidos comunistas y siembra entre ellos la confusión.

El año 1924, el del giro claro y brusco hacia la estabilización, se convierte en el año de las aventuras en Bulgaria, en Estonia; el curso ultraizquierdista choca cada vez más claramente con la marcha de los acontecimientos; a partir de este momento se empieza a buscar fuerzas revolucionarias ajenas en todo sentido al proletariado; de ahí la idealización de ciertos partidos pseudocampesinos en ciertos países, el flirteo con Radich y La Follette, la exageración del papel de la Internacional Campesina en detrimento de la Internacional Sindical, los juicios erróneos sobre los sindicatos ingleses, la amistad por encima de las diferencias de clase con el Kuomintang, *etc.* Todas estas muletas, mediante las cuales trata de mantenerse el curso ultraizquierdista y aventurero, van a convertirse pronto en el apoyo principal a la orientación abiertamente derechista que se instaura cuando los izquierdistas, incapaces de hacerse dueños de la situación, se estrellan contra el proceso de estabilización de 1924-1925.

El ultraizquierdismo de 1924-1925, desorientado ante la situación, fue brutalmente reemplazado por un desviacionismo de derecha que, bajo el sello de la teoría de "no saltar por encima de las etapas", hizo aplicar una política de adaptación a la burguesía

nacional, a la democracia pequeñoburguesa, a la burocracia sindical, a los kulaks (bautizados como "campesinos medios") y a los funcionarios..., bajo el pretexto de la disciplina y el orden.

La política de centro-derecha, que guardaba las apariencias del bolchevismo en las cuestiones secundarias, fue pronto arrastrada por la corriente de los acontecimientos y encontró su coronación mortal, de naturaleza menchevique, en las cuestiones de la revolución china y el Comité Angloruso.

Ciertamente sería dar una prueba de vana pedantería afirmar que el proletariado alemán, con una dirección justa, habría conquistado el poder sin ninguna duda, o que el proletariado inglés, conducido por una dirección con una política justa, habría apartado de su camino al Consejo General y adelantado la hora de la victoria de la revolución sin ninguna duda, o que el proletariado chino habría terminado victoriosamente la revolución agraria y se habría adueñado sin ninguna duda del poder con la alianza de los campesinos pobres. Pero estas tres posibilidades estaban abiertas. Por el contrario, la dirección, despreciando la lucha de clases, reforzó al enemigo en detrimento de su propia clase, e hizo de este modo todo lo posible para asegurar la derrota.

La cuestión del ritmo es decisiva en toda lucha, tanto más cuando se trata de una lucha de envergadura mundial. La suerte de la república de los soviets es inseparable de la suerte de la revolución mundial. Nadie ha puesto a nuestra disposición siglos, ni siquiera numerosos decenios, para que podamos servirnos de ellos. La cuestión es zanjada por la dinámica de la lucha, en la que el enemigo se aprovecha de cada error, de cada fallo, y ocupa cada centímetro de terreno no defendido. A falta de una política justa de la Internacional Comunista, la revolución mundial se verá retrasada, sufrirá un retraso histórico indeterminado; pero es el tiempo el que decide. Lo que se pierde para la revolución mundial es ganado por la burguesía. La construcción del socialismo es una lucha del estado soviético no solamente contra la burguesía interior, sino también contra la burguesía mundial. Si la burguesía arranca al proletariado un nuevo y prolongado retraso histórico, es seguro que con el potente avance de su técnica, de su riqueza, de su ejército y de su marina derribará la dictadura soviética (y resulta una cuestión ya secundaria la de si lo hará por medios económicos, políticos o militares, o por una combinación de los tres).

El tiempo es un factor decisivo en política, particularmente en momentos de cambios bruscos en el curso de la historia, cuando se desarrolla una lucha a muerte entre dos sistemas. Debemos disponer del tiempo con una gran economía: la Internacional Comunista no resistirá cinco años más de errores parecidos a los que se han cometido. La Internacional Comunista se mantiene gracias al atractivo que ejercen sobre las masas la Revolución de Octubre y la bandera de Marx y Lenin; pero ha vivido en el curso de los últimos años despilfarrando su capital. La Internacional Comunista no soportará cinco años más de errores parecidos. Y si la Internacional Comunista se derrumba, la URSS no resistirá mucho tiempo. Los salmos de Stalin proclamando que el socialismo ya está realizado en sus nueve décimas partes en nuestro país, no parecen más que verborrea estúpida. Es cierto que, incluso en ese caso, la revolución proletaria terminará por abrirse nuevas vías hacia la victoria; pero ¿cuándo?, ¿y al precio de qué sacrificios, de cuántas innumerables víctimas? La nueva generación de revolucionarios internacionales deberá recoger el hilo roto de la herencia y conquistar de nuevo la confianza de las masas en el más grande acontecimiento de la historia, el cual puede verse comprometido por una serie de errores, de desviaciones y de falsificaciones ideológicas.

Estas palabras deben decírseles clara y específicamente a la vanguardia proletaria internacional, sin ningún miedo de los alaridos, burlas y persecuciones de aquellos cuyo optimismo sólo se mantiene a base de cerrar prudentemente los ojos ante la realidad.

He aquí por qué, en nuestra opinión, la política de la Internacional Comunista domina todas las cuestiones restantes.

La estabilización de la burguesía europea, el reforzamiento de la socialdemocracia, el retraso en el desarrollo de los partidos comunistas, el fortalecimiento de las tendencias capitalistas en la URSS, el deslizamiento hacia la derecha de la política de la dirección del Partido Comunista de la Unión Soviética y de la Internacional Comunista, la burocratización de todo el sistema, la campaña desatada contra el ala izquierda, acosada y por esto mismo forzada a convertirse en la Oposición, son procesos todos ellos ligados entre sí que marcan un debilitamiento (provisional, ciertamente, pero profundo) de las posiciones de la revolución mundial, que expresan la presión de las fuerzas enemigas sobre la vanguardia proletaria.

IV-Radicalización de las masas *y* problemas de dirección

En su discurso, o más bien en la andanada de injurias que ha lanzado contra la Oposición en el transcurso del Plenario de Febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Thaelmann ha dicho:

"Los trotskystas no ven la radicalización de la clase obrera internacional, *y* no señalan que la situación se está haciendo cada vez más revolucionaria."

Más adelante, *y* como está convenido, pasa a la demostración ritual tendente a que enterraremos con Hilferding la revolución mundial. Podríamos no preocuparnos de estos cuentos de niños si no se tratase de un partido de la Internacional Comunista (el segundo en importancia por sus efectivos), representado por Thaelmann en el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. ¿Dónde está la radicalización de la clase obrera que la Oposición no señala? Thaelmann *y* muchos otros hablaron igualmente de "radicalización" en 1921, 1925, 1926 *y* 1927, Para ellos, en 1923, el descenso de la influencia del partido comunista *y* el crecimiento de la socialdemocracia no existían; no se preguntaban siquiera cuáles eran las causas de estos fenómenos. Es difícil hablar a un hombre que no quiere aprender las primeras letras del alfabeto político. Desgraciadamente no se trata solamente de Thaelmann, e incluso su persona no tiene ninguna importancia. El III Congreso fue plenamente una escuela de estrategia revolucionaria. Enseña a distinguir. Es la primera condición en todo problema. Existen períodos de flujo *y* períodos de reflujo. Tanto unos como otros pasan, además, por diversas fases. La táctica política debe ser adaptada a cada una de las fases, pero se debe al mismo tiempo mantener una línea de conducta general orientada hacia la toma del poder a fin de no ser cogido desprevenido en caso que la situación cambie bruscamente. El V Congreso subvirtió todas las enseñanzas del III. Ignoró la situación objetiva *y* sustituyó el análisis de los acontecimientos por la consigna de agitación que todo lo arregla: "La clase obrera se radicaliza, la situación es cada vez más revolucionaria."

En la realidad, sólo desde el año pasado ha comenzado la clase obrera alemana a recuperarse de las consecuencias de la derrota de 1923. En un documento publicado por la Oposición, al que hace referencia Thaelmann, se dice:

"En la clase obrera de Europa se observa, indudablemente, un desplazamiento hacia la izquierda. Este desplazamiento se expresa en el refuerzo de la lucha de huelgas y el aumento de los votos comunistas, pero esta sólo es la primera etapa de ese desarrollo. El número de votos socialdemócratas aumenta paralelamente al de los votos comunistas, distanciándose incluso en parte de estos últimos. Si este proceso se desarrolla y profundiza, se producirá entonces una segunda fase con el principio del desplazamiento de la socialdemocracia hacia el comunismo."

En la medida en que se puede valorar los resultados de las últimas elecciones en Alemania y en Francia, esta apreciación sobre la situación interior de la clase obrera europea (y sobre todo la clase obrera alemana) puede ser considerada como casi indiscutible. Desgraciadamente, la prensa de la Internacional Comunista, incluida la del Partido Comunista de la URSS, no ofrece ningún análisis serio, profundo, documentado e ilustrado mediante cifras, de la situación de la clase obrera. Las estadísticas, cuando se utilizan, son simplemente ajustadas al propósito de marcar una tendencia que sirva para preservar el prestigio de la dirección. Se esconden datos de hechos de una gran importancia para el establecimiento de un gráfico del movimiento obrero en el periodo

1923-1928, en la medida en que se oponen a los juicios erróneos y a las directrices falsas. Todo esto hace que sea muy difícil juzgar la dinámica real de la radicalización de las masas, su estado y sus potencialidades.

Thaelmann no tenía ningún derecho a decir en el Pleno de febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista que "los trotskystas no ven la radicalización de la clase obrera internacional". No solamente habíamos visto la radicalización de la clase obrera europea sino que, desde finales del año pasado, habíamos hecho una valoración de la coyuntura. Nuestra opinión se vio confirmada completamente por las elecciones de mayo al Reichstag. La radicalización atraviesa su primera fase y, por el momento, dirige a las masas hacia la socialdemocracia. En febrero, Thaelmann no quería ver este hecho y decía: "La situación se hace cada vez más revolucionaria." Una afirmación tan general no es más que una frase vacía. ¿Se puede decir que la situación se está haciendo "cada vez más (¿?) revolucionaria" cuando se refuerza la socialdemocracia, principal sostén del régimen burgués?

Para acercarse a una situación revolucionaria, la "radicalización" de las masas debe alcanzar el estadio en que los obreros pasan de la socialdemocracia al partido comunista, lo que en verdad ya se está produciendo de forma parcial. Pero éste no es el sentido general de la corriente. Tomar un estadio preliminar, mitad pacifista y mitad colaboracionista, por una fase revolucionaria, es preparar el terreno para errores crueles. Hay que aprender a distinguir. Quien se dedica a repetir de año en año que "las masas se radicalizan, que la situación es revolucionaria" no es un dirigente bolchevique, sino un agitador locuaz: se puede tener la seguridad de que no reconocerá la revolución cuando ésta llegue realmente.

La socialdemocracia es el principal sostén del régimen burgués. Pero este sostén es, en sí mismo, contradictorio; si los obreros pasaran del partido comunista a la socialdemocracia se podría hablar con certidumbre de la consolidación del régimen burgués. Así ocurrió en 1924. Thaelmann y los demás dirigentes del V Congreso no lo comprendieron entonces: ésta es la razón por la que respondieron a nuestros argumentos y consejos mediante injurias. Ahora la situación es distinta. El partido comunista crece, de la misma forma que lo hace la socialdemocracia, pero su crecimiento no tiene todavía lugar en detrimento de esta última. Las masas afluyen simultáneamente a los dos partidos, y hasta el momento la corriente que va a parar a la socialdemocracia es más fuerte. Los obreros abandonan los partidos burgueses, se despiertan y salen de su apatía política; hay ahí un proceso nuevo que no significa, evidentemente, un reforzamiento de la burguesía. Pero el desarrollo de la socialdemocracia no constituye, en absoluto, una situación revolucionaria. Hay que aprender a distinguir. En este caso, ¿cómo calificar la situación actual? Se trata de una situación transitoria, llena de contradicciones, en la que las tendencias no se encuentran todavía diferenciadas y que encierra posibilidades diversas. Es preciso seguir atentamente el desarrollo ulterior del proceso, sin aturdirse con frases sin significado, y mantenerse preparados para hacer frente a los cambios bruscos de la situación.

La socialdemocracia no está pura y simplemente satisfecha con el crecimiento del número de sus votos; observa con ansiedad la afluencia de obreros, que le causa grandes dificultades. Antes de que los obreros pasen en masa de la socialdemocracia al partido comunista (el hecho se producirá) hay que esperar nuevas y grandes fricciones en el seno de la misma socialdemocracia, la formación de nuevos agrupamientos, la aparición de nuevas escisiones. Esto abrirá probablemente el campo a maniobras activas

y ofensivas del partido comunista, en la línea del "frente único", con el objetivo de acelerar la diferenciación revolucionaria de las masas y, sobre todo, de arrancar a los obreros de la socialdemocracia. Pero será una desgracia si las maniobras del partido comunista se reducen a fijarse de nuevo en la dentadura de los socialdemócratas de "izquierda" (y pueden moverse todavía mucho hacia la izquierda), esperando que empiecen a salirles los dientes de verdad. Hemos visto tales "maniobras" practicadas en Sajonia a pequeña escala en 1923, y en Inglaterra y China a gran escala en 1925-1927. En todos estos casos dejaron pasar la ocasión revolucionaria y condujeron a grandes derrotas.

La opinión de Thaelmann no es de su propia cosecha; aparece claramente formulada en el proyecto de programa, que dice:

"El reforzamiento del proceso de radicalización de las masas, el crecimiento de la influencia y la autoridad de los partidos comunistas... todo esto muestra claramente que se está produciendo un nuevo ascenso revolucionario en los centros del imperialismo." Como generalización sobre la que basar un programa, es radicalmente falso.

La época del imperialismo y las revoluciones proletarias ya ha conocido y conocerá no solamente "un reforzamiento del proceso de radicalización de las masas", sino también periodos en los que las masas se deslicen hacia la derecha; no solamente períodos de fortalecimiento de la influencia de los partidos comunistas, sino también períodos de declive provisional, particularmente en el caso de errores, derrotas y capitulaciones. Si se trata de una valoración de la "coyuntura", más o menos cierta para un período determinado, en ciertos países, pero no para el mundo entero, entonces el lugar para tal valoración no es dentro de un programa, sino dentro de una resolución circunstancial: el programa está escrito para toda una época de la revolución proletaria. Desgraciadamente, en el curso de los cinco últimos años, la Internacional Comunista no ha dado prueba de una comprensión dialéctica a propósito del desarrollo y la desaparición posterior de las situaciones revolucionarias. Se ha quedado en una escolástica permanente sobre la "radicalización" y no ha reflexionado sobre las etapas vivientes de la lucha llevada a cabo por la clase obrera mundial.

A causa de la derrota sufrida por Alemania en la Gran Guerra, la vida política de este país ha estado particularmente marcada por las crisis, lo que, en cada ocasión, ha colocado a la vanguardia revolucionaria del proletariado ante una situación llena de graves responsabilidades. La causa inmediata de las derrotas sufridas por el proletariado alemán fue, durante los cinco primeros años, la extrema debilidad del partido revolucionario, y en los cinco años siguientes los errores de su dirección.

En 1918-1919 todavía faltaba, ante la situación revolucionaria, un partido proletario revolucionario. En 1921, cuando se produjo el reflujo, el Partido Comunista de Alemania, que era ya bastante fuerte, intentó hacer un llamamiento a la revolución, pero faltaban las condiciones necesarias. El trabajo preparatorio ("la lucha por las masas") que siguió provocó en el partido una desviación hacia la derecha. Desprovista de talla revolucionaria y de iniciativa, la dirección se deshizo ante el giro brusco de una situación que evolucionaba hacia la izquierda (otoño de 1923). El ala derecha fue sustituida por el ala izquierda, cuyo predominio ha coincidido con el reflujo de la revolución. Pero no han querido comprender esto, y se mantiene el "curso hacia la insurrección". De ahí provendrán nuevos errores que debilitarán al partido y provocarán la eliminación de la dirección de izquierda. El actual comité central, apoyándose secretamente sobre una parte de los "derechistas", ha luchado encarnizadamente contra la izquierda durante todo el tiempo, limitándose a repetir mecánicamente que las masas se radicalizan y la

revolución se aproxima.

La historia del partido alemán ofrece el cuadro de unas fracciones alternándose bruscamente en el poder y representando a los diversos segmentos del gráfico político: cada grupo dirigente, después de cada giro hacia arriba o hacia abajo de la curva política, es decir, hacia una crisis revolucionaria o, por el contrario, hacia una "estabilización" provisional, fracasa y deja el lugar al grupo competidor. La debilidad del grupo de derecha estaba en su incapacidad para orientar la actividad del partido en la vía de la lucha revolucionaria por el poder, en el caso de un cambio en la situación. La debilidad del grupo de izquierda provenía de su incomprensión de la necesidad de movilizar a las masas tras las reivindicaciones transitorias impuestas por la situación objetiva en el período de preparación. La debilidad de un grupo tenía como complemento simétrico la debilidad del otro grupo. La dirección era cambiada en cada inversión del signo de la situación, y los cuadros más altos del partido no podían adquirir una experiencia amplia, cubriendo a la vez el ascenso y el declive, el flujo y el reflujo, la maniobra y el ataque. Una dirección sólo puede educarse en un sentido plenamente revolucionario si comprende el carácter de nuestra época, su movilidad repentina y sus alteraciones bruscas. Efectuar al azar y por "designación" la selección de los dirigentes es, inevitablemente, correr el riesgo de un nuevo fracaso en la próxima crisis social.

Dirigir es prever. Hay que dejar en el momento adecuado de acariciar el lomo a Thaelmann únicamente porque recoge en el fango las palabras más groseras para lanzárselas a la Oposición, como se acariciaba el lomo a Tan PinSian en el VII Pleno, simplemente porque traducía al chino las injurias de Thaelmann. Hay que decir al partido alemán que el juicio sostenido por Thaelmann en febrero sobre la situación política es burdo, sumario y erróneo. Hay que reconocer con franqueza los errores cometidos durante los cinco últimos años, y estudiarlos seriamente, antes de que se curen las heridas que han producido: las lecciones de la estrategia sólo pueden dar todo su fruto a condición de seguir los acontecimientos paso a paso.

V-Cómo se preparó el desplazamiento hacia la izquierda que se está produciendo actualmente en el Partido Comunista de la Unión Soviética

Las dificultades absolutamente excepcionales encontradas este año (1928) en el almacenamiento del grano han tenido una gran importancia no solamente en el plano económico, sino también en el terreno político y sobre el propio partido. No es por azar que han provocado un giro hacia la izquierda. Además, por sí mismas, estas dificultades establecen el balance general de la economía y de la política.

El paso del comunismo de guerra a la economía socialista no habría podido hacerse sin grandes retrocesos más que en el caso en que la revolución proletaria se hubiera extendido inmediatamente a los países avanzados. El retraso de este desarrollo nos llevó, en la primavera de 1921, a la gran, profunda y duradera retirada que constituyó la NEP. Las proporciones de esta retirada indispensable fueron establecidas no solamente por la reflexión teórica, sino también mediante tanteos prácticos. A partir del otoño de 1921 hubo que retroceder más todavía.

El 29 de octubre de 1921, es decir, siete meses después del comienzo de la NEP, Lenin declaraba ante la conferencia provincial del partido en Moscú:

"Este paso a la nueva política económica que se ha llevado a cabo en la primavera, esta retirada que hemos efectuado... ¿parece ya suficiente como para que detengamos el retroceso, para que nos preparemos ya cara a la ofensiva? No, nos encontramos con que no es suficiente todavía... Tenemos el deber de reconocerlo ahora si no queremos esconder la cabeza bajo el ala, si no queremos aparentar que no vemos nuestra derrota, si no tenemos miedo de mirar al peligro cara a cara. Debemos confesar que la retirada ha sido insuficiente, que hay que acentuarla, que debemos replegarnos aún más para pasar del capitalismo de estado a la puesta en marcha de una reglamentación por el estado del comercio y la reglamentación monetaria. Esta es la razón por la que nos encontramos en la situación de hombres obligados a retroceder todavía más para poder, más tarde, pasar por fin a la ofensiva."

Y más adelante, en el mismo discurso:

"Disimular ante nosotros mismos, ante la clase obrera, ante las masas, que continuamos todavía la retirada comenzada en la primavera de 1921, que persiste hoy, en el otoño y en el invierno de 1921-1922, seria condenarnos a la inconsciencia total, seria carecer del coraje para mirar cara a cara la situación creada. En estas condiciones, el trabajo y la lucha serían imposibles."

Lenin no se decide a dar el alto a la retirada hasta la primavera del año siguiente. Habla por primera vez de ello el 6 de marzo de 1922, en una sesión de la fracción del Congreso de los Metalúrgicos:

"Podemos decir ahora que este retroceso, en el sentido de las concesiones que hemos hecho a los capitalistas, ha terminado... Espero y estoy seguro de que el congreso del partido lo dirá también oficialmente, en nombre del partido dirigente de Rusia."

E inmediatamente una explicación franca, honesta, como siempre, verdaderamente leninista:

"Las palabras sobre el final de la retirada no significan que hayamos puesto ya los fundamentos de la nueva economía y que podamos ya avanzar tranquilamente. No, esos fundamentos no están todavía puestos.".

El XI Congreso, sobre la base del informe de Lenin, adoptó a este respecto la resolución siguiente:

"El congreso, constatando que el conjunto de medidas aplicadas y fijadas en el curso del último año comprenden las concesiones que el partido consideraba indispensable hacer al capitalismo de la economía privada, considera que en este sentido la retirada ha terminado."

Esta resolución, profundamente meditada y (lo hemos visto) celosamente preparada, suponía que las nuevas posiciones de partida darían la posibilidad de lanzar la ofensiva socialista, a un ritmo efectivamente lento, pero sin nuevos retrocesos. Sobre este punto, las previsiones del último congreso dirigido por Lenin no se realizaron. En la primavera de 1925 apareció la necesidad de llevar a efecto una nueva retirada: reconocer a los ricos del campo el derecho a explotar a los más desfavorecidos arrendando la mano de obra y la tierra.

La necesidad de esta nueva retirada de inmensas consecuencias y que no había previsto en 1922 el plan estratégico de Lenin, provenía no solamente del hecho que se hubiera trazado demasiado corto (como lo exigía la prudencia más elemental) el límite a la retirada anterior, sino también de que en 1923-1924 la dirección no había comprendido la situación y perdía tiempo cuando creía estar "ganándolo".

Además, este retroceso tan penoso de abril de 1925 no fue presentado como una derrota y una dura retirada (que es lo que habría hecho Lenin), sino que fue celebrado como un avance victorioso de la alianza obrero- campesina, como un simple eslabón del mecanismo general de la construcción del socialismo. Precisamente contra tales procedimientos fue contra los que durante toda su vida trató Lenin de poner en guardia, sobre todo en el otoño de 1921, cuando había que mantener y acentuar el retroceso de la primavera:

"Es menos peligroso sufrir una derrota que tener miedo a reconocerla, que tener miedo de sacar todas las consecuencias... No se debe tener miedo de confesar las propias derrotas. Hay que sacar de cada una todas las enseñanzas que comporta. Si admitimos que la confesión de una derrota, como el abandono de una posición, provoca entre los revolucionarios desmoralización y debilitamiento de la energía en la lucha, habrá que decir que tales revolucionarios no valen para nada... Nuestra postura ha consistido y consistirá siempre en considerar las más graves derrotas con la mayor sangre fría, en aprender de ellas a modificar nuestra acción. He aquí la razón por la que hay que hablar francamente. Esto es interesante e importante no solamente por la verdad teórica, sino también desde el punto de vista práctico. Jamás aprenderemos a abordar nuestras tareas de una forma nueva si la experiencia de ayer no nos ha abierto los ojos sobre los errores de los antiguos métodos."

Pero se ha olvidado esta importante advertencia dos días después de haber dejado Lenin la dirección, y no se ha vuelto a recordar ni una sola vez después. Por cuanto las decisiones de abril legalizaban la diferenciación que se estaba desarrollando en el campo y abrían ante ella todas las esclusas, el paso adelante de la alianza significaba que, en el futuro, el comercio entre el estado obrero y el kulak iba a crecer. En lugar de reconocer este grave peligro se esforzaban en crear la teoría servil de la integración del kulak en el socialismo.

En 1926, a propósito de la alianza, la Oposición formulaba en estos términos la discusión comenzada en la primavera de ese mismo año:

"Pregunta.- ¿Es verdad que la política de la Oposición es una amenaza para la alianza entre el proletariado y el campesinado?

Respuesta.- Esta afirmación es totalmente falsa. La alianza se encuentra amenazada en la actualidad, por un lado, por el atraso de la industria, y por otro, por el crecimiento del kulak. La falta de productos industriales introduce una cuña entre el campo y la ciudad. Desde el punto de vista económico y político, el kulak ha comenzado a dominar a los campesinos pobres y medios oponiéndolos al proletariado. Este proceso está por ahora solamente en sus inicios. El peligro que amenaza a la alianza reside precisamente ahí. La subestimación del retraso de la industria y el crecimiento del kulak amenazan a la dirección correcta, leninista, que se propone la unión de las dos clases, base de la dictadura en las condiciones de nuestro país."

Debemos señalar aquí que sobre esta pregunta la Oposición no exageraba en absoluto, a pesar de lo apretado de la disputa. Levantándonos contra la teoría de los renegados que intenta la integración del kulak en el socialismo (vía de la integración en el capitalismo) declarábamos, en 1926, que el peligro del kulak no hacía más que empezar. Habíamos indicado de dónde provenía este peligro desde 1923, y habíamos descrito su crecimiento en cada nueva etapa. ¿En qué consiste, pues, el arte de dirigir si no es en reconocer el peligro cuando éste se encuentra todavía en sus comienzos, a fin de prevenir su desarrollo posterior?

El 9 de diciembre de 1926, con ocasión del VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Bujarin denunciaba a la Oposición, a propósito de la alianza y el almacenamiento de grano, en los términos siguientes:

"¿Cuál era el argumento más poderoso utilizado por nuestra Oposición contra el comité central del partido (me refiero al otoño de 1925)? Decían entonces: las contradicciones se agrandan considerablemente y el comité central es incapaz de comprenderlo. Decían: los kulaks, que concentran todo el excedente de grano en sus manos, han organizado contra nosotros la "huelga del grano". He aquí por qué llega tan mal el grano. Todo el mundo ha entendido esto... La Oposición consideraba que todo lo demás era la expresión política de este fenómeno fundamental. En seguida, estos mismos camaradas intervenían para decir: el kulak se está reforzando aún más, el peligro aumenta todavía. Camaradas, si la primera y la segunda afirmaciones hubieran sido justas, tendríamos ahora contra el proletariado una huelga de los kulaks todavía más fuerte. La Oposición miente cuando afirma que estamos ayudando al crecimiento del kulak, que vamos todo el tiempo por el camino que conduce a la derrota, que ayudamos a los kulaks a organizar la huelga del grano; los resultados verdaderos testimonian lo contrario"

¿No demuestra esta cita de Bujarin la ceguera total de la dirección en torno a la cuestión esencial de nuestra política económica?

Bujarin no constituye una excepción. No ha hecho más que "generalizar" en el plano teórico la ceguera de la dirección. Los más altos dirigentes del partido y de la economía afirman, a cuál con más énfasis, que hemos salido de la crisis (Rykov), que tenemos controlado el mercado soviético y que el problema del almacenamiento se ha convertido en un simple problema de organización del aparato soviético (Mikoyan). Una resolución de julio de 1927 del pleno del comité central anunciaba: "El desarrollo de la actividad económica en el curso de este año es, en conjunto, enteramente satisfactorio." Al mismo tiempo, la prensa oficial proclamaba al unísono que la penuria de mercancías en el país estaba, si no superada, si al menos considerablemente disminuida.

La Oposición, por el contrario, escribía de nuevo en sus tesis para el XV Congreso:

"La disminución de la masa global de los cereales almacenados es, por una parte, el testimonio aplastante del problema que existe en las relaciones entre la ciudad y el campo y, por otra parte, una fuente de dificultades nuevas y amenazantes."

¿Dónde está la raíz de nuestras dificultades? La Oposición respondía:

"En el curso de estos últimos años, la industria se ha desarrollado muy lentamente, con retraso respecto al desarrollo de la economía nacional en su conjunto... Por este hecho, la economía estatizada depende cada vez más de los elementos kulaks y capitalistas en el dominio de las materias primas, de la exportación, de los víveres."

Si no hubiese sido por todo el trabajo precedente de la Oposición, comenzando por las tesis de 1923 y terminando por el llamamiento del 7 de noviembre de 1921, si la Oposición no hubiera avanzado un programa correcto y no hubiese hecho sonar la alarma con razón en las filas del partido y de la clase obrera, la crisis de almacenamiento de granos habría acelerado el desarrollo del curso derechista y trabajado por una expansión mayor de las fuerzas capitalistas.

Más de una vez, en el curso de la historia, le ha tocado a la vanguardia del proletariado, incluso a la vanguardia de la vanguardia, pagar con su propia destrucción física el precio de un nuevo paso hacia adelante de su clase o de una disminución de la ofensiva enemiga.

VI-Un paso adelante, medio paso atrás

Diferente de la crisis china y de la crisis del Comité Angloruso en cuanto que no podía ser mantenida en silencio, la crisis de almacenamiento de grano determinó un nuevo periodo político. Tuvo repercusiones inmediatas no solamente sobre la economía en general sino sobre la vida cotidiana de cada obrero. Esta es la razón por la que la nueva política data del comienzo de esta crisis.

El partido ha podido leer, en Pravda del 15 de febrero, un artículo de fondo que hubiera podido tomar por una transposición e incluso, a veces, por una reproducción casi textual de la plataforma de la Oposición para el XV Congreso. Este artículo insólito, al que ninguna continuidad unía a todo el pasado reciente, y que fue escrito bajo la presión engendrada por la crisis de almacenamiento de grano, anunciaba:

"Entre las diversas causas que han provocado las dificultades de almacenamiento del grano, hay una que es necesario señalar: el campo ha prosperado y se ha enriquecido. Tres años de buenas cosechas no han pasado en vano."

Así, si el campo se niega a entregar el trigo a la ciudad, son ellos los que se han enriquecido, es decir, que han realizado en la medida de sus fuerzas la consigna de Bujarin: "Enriqueceos" Pero ¿por qué entonces el enriquecimiento del campo destruye la alianza obrero-campesina en vez de reforzarla? El artículo responde que porque "es precisamente el kulak el que ha prosperado y se ha enriquecido". De esta forma, la teoría que afirmaba que el campesino medio había prosperado durante todos estos años en detrimento del kulak y del campesino pobre, se ha visto rechazada de un solo golpe. "Es precisamente el kulak el que ha prosperado y se ha enriquecido."

Sin embargo, por sí mismo, el enriquecimiento de los kulaks en el campo no explica la desorganización de los intercambios entre el campo y la ciudad. La alianza con el kulak no es una alianza socialista. Pero la crisis de los cereales proviene tiene su causa en que ni siquiera existe esta especie de smytchka. Esto significa que no solamente el kulak ha prosperado y se ha enriquecido, sino que incluso no encuentra necesario cambiar sus productos naturales por rublos; en cuanto a las mercancías que quiere y que puede comprar en la ciudad, las paga con los cereales que escasean absolutamente en ésta. Pravda señala también una segunda causa, que es, en el fondo, la razón esencial de la crisis de los cereales:

"El aumento de las rentas del campesinado... frente al retraso en la oferta de productos industriales le ha ofrecido al campesinado en general, y al kulak en particular, la posibilidad de guardar el grano."

Ahora está claro el panorama. La causa fundamental es el retraso de la industria y la falta de productos terminados. En estas condiciones no solamente no existe alianza socialista con los campesinos medios y pobres, sino que ya no hay tampoco alianza con los kulaks. Si comparamos las dos citas de Pravda con los extractos de los documentos de la Oposición presentados en el capítulo precedente, se puede decir que Pravda repite, casi textualmente, las ideas y las expresiones de las "preguntas y respuestas" de la oposición, cuya reproducción hace poco suponía la expulsión del partido.

El artículo de Pravda no se detiene ahí. Incluso asegurando que el kulak no es "el principal detentador de los cereales", este texto reconoce que sí es "la autoridad económica en el campo", que ha establecido una alianza con el especulador de las ciudades, que paga el grano "más caro", que "el kulak tiene la posibilidad de arrastrar tras de sí al campesino

medio"...

Si admitimos la cifra bastante dudosa del 20 por 100 como correspondiente a la parte actualmente atribuida al kulak en el comercio de los cereales, el hecho de que pueda "arrastrar tras él" en el mercado al campesino medio (es decir, llevarle a sabotear el almacenamiento del grano por el estado) se revela en toda su gravedad. Los bancos de Nueva York no poseen en absoluto la totalidad de las mercancías en circulación, lo que no impide que dirijan con éxito dicha circulación. Quien insistiese sobre la modestia de este 20 por 100 no haría más que subrayar con ello que al kulak le es suficiente con tener en sus manos la quinta parte del grano para controlar el mercado. ¡Tal es la debilidad de la influencia del estado sobre la economía del campo cuando la industria se retrasa!

Otra reserva inevitable es la consistente en decir que el kulak ha tenido este papel determinante sólo en algunas regiones, no en todas: esta matización no arregla nada; bien al contrario, acentúa el carácter amenazante de lo que está sucediendo. "Algunas" regiones han sido capaces de sacudir en sus fundamentos la alianza entre la ciudad y el campo. ¿Qué hubiera ocurrido entonces si este proceso se hubiese extendido en la misma medida a todas las regiones?

Nos enfrentamos a un proceso económico vivo, y no a una media estadística estable. En este proceso complejo y diversificado no se trata de proceder a medidas cuantitativas detalladas, pero es necesario definir sus aspectos cualitativos, es decir, en qué sentido se desarrollan los fenómenos.

¿En detrimento de quién ha ganado autoridad el kulak en el campo? En detrimento económico del estado obrero y sus instrumentos, las industrias estatales y las cooperativas. Si el kulak ha tenido la posibilidad de arrastrar tras de sí al campesino medio, ¿contra quién lo ha dirigido? Contra el estado obrero. En esto es en lo que consiste la ruptura seria y profunda de la alianza económica, premisa de un peligro mucho más grave todavía, la ruptura de la alianza política.

Pero después del paso hacia adelante que representa el artículo de Pravda, se ha dado medio paso hacia atrás.

El manifiesto-programa del comité central del 3 de junio de 1928 dice:

"La resistencia de los kulaks crece sobre un fondo general de desarrollo de las fuerzas productivas del país, a pesar del crecimiento más rápido todavía del sector socialista de la economía."

Si es así, si esto es verdad, entonces no debe haber razón alguna para alarmarse. Entonces, sin cambiar de línea, no queda más que construir tranquilamente "el socialismo en un solo país". Si el peso de los elementos capitalistas, es decir, sobre todo de los kulaks, disminuye en la economía de año en año, ¿por qué entonces este repentino pánico frente a los kulaks? La cuestión la resuelve la relación dinámica entre las dos fuerzas en lucha, socialismo y capitalismo (¿quién ganará?), y el kulak es "terrible" o "inofensivo" según que esta relación varíe en un sentido o en otro. El manifiesto del comité central intenta en vano salvar mediante esta afirmación la resolución del XV Congreso basada sobre la certidumbre de un predominio progresivo de los elementos socialistas de la economía sobre los elementos capitalistas. Pero el artículo de Pravda del 15 de febrero es un desmentido público de esta falsa tesis, que ha sido refutada en la práctica por el curso de las operaciones de almacenamiento del grano. ¿Dónde está la lógica?

Si el sector socialista hubiese prosperado durante estos tres años de buenas cosechas con más rapidez que el sector no socialista, sin duda habríamos podido conocer todavía

una crisis comercial e industrial (exceso de productos de la industria estatal, ausencia de equivalentes agrícolas); pero lo que hemos tenido es una crisis de almacenamiento del grano de la que Pravda da una explicación correcta: es el resultado de la acumulación por los campesinos (y sobre todo por los kulaks) de productos agrícolas que no encuentran equivalente en los productos industriales. La agravación de la crisis del almacenamiento del grano (es decir, de la crisis de la smytchka) inmediatamente después de tres buenas cosechas, significa solamente que en la dinámica general del proceso económico, el sector socialista se ha debilitado con relación al sector capitalista y al comercio privado en general.

La corrección introducida en este informe bajo la presión administrativa, corrección absolutamente inevitable, no cambia en nada la conclusión fundamental. Se trata en este asunto de la fuerza política de la que el kulak ha acumulado ya una parte (es verdad que limitada). Mientras tanto, la necesidad misma de recurrir a métodos retomados del comunismo de guerra es el testimonio de un cambio desfavorable de la correlación de fuerzas en el terreno económico.

Ante este control económico objetivo realizado por la vida misma, se derrumban los intentos de demostración por medio de las "estadísticas" del crecimiento del sector socialista. Es como si, después de la retirada, el jefe de un ejército que ha cedido importantes posiciones, se pusiera a blandir coeficientes estadísticos para demostrar que la superioridad se encuentra de su lado. No; el kulak ha probado (y sus argumentos son más convincentes que las optimistas combinaciones estadísticas) que en este importante combate, librado con las armas económicas, es él quien ha ganado. A esta pregunta (¿quién ganará?) es la dinámica viviente de la economía quien contestará. Si las cifras contradicen a la vida, es que las cifras mienten, o en el mejor de los casos que responden a otro problema.

Incluso si hacemos abstracción del servilismo de las estadísticas (que, como todo lo demás, sufren las arbitrariedades del aparato) no por ello desaparece el problema de que éstas, particularmente entre nosotros, funcionan con retraso siempre por causa de la intensa actividad de los procesos más importantes: dan una visión instantánea, pero no reflejan las tendencias. Es aquí donde la teoría puede venir en nuestra ayuda. Nuestro correcto juicio teórico sobre la dinámica del proceso señalaba por adelantado que el retraso sufrido por la industria haría que incluso las buenas cosechas recogidas para alimentar la construcción del socialismo provocasen el crecimiento de la autoridad del kulak en el campo y la formación de colas ante las panaderías en las ciudades. Los hechos han llegado, y la verificación que aportan es totalmente irrefutable.

El balance de las enseñanzas suministradas por la crisis del almacenamiento del grano, tal como en febrero lo ha establecido el artículo de Pravda, ofrece una confirmación forzada (pero, por eso mismo, más indiscutible todavía): la desproporción ha aumentado; el déficit recae sobre la economía estatizada, es decir, que las bases de la dictadura del proletariado se están estrechando. Por otra parte, este balance confirma la existencia dentro del campesinado de una diferenciación tan profunda que la suerte del almacenamiento del grano (dicho de otra forma, la suerte de la alianza) se encuentra bajo el control directo e inmediato del kulak, que arrastra tras de sí a los campesinos medios.

Si el desequilibrio entre el campo y la ciudad es la herencia del pasado, si un cierto crecimiento de las fuerzas capitalistas es la consecuencia inevitable de la misma naturaleza de nuestra economía, se mantiene no obstante que el aumento del

desequilibrio en estos últimos años y el desplazamiento de la correlación de fuerzas en favor de los kulaks son los resultados de una política inadecuada de la dirección en la distribución de la renta nacional; tan pronto suelta las riendas como tira de ellas nerviosamente.

Desde 1923, y para hacer frente a este peligro, la Oposición ha mostrado que para dar a la industria estatal un papel predominante en las relaciones con el campo se debe abordar la cuestión con un plan firme de lucha contra el desequilibrio; la Oposición ha demostrado que el retraso de la industria agravaría inevitablemente las contradicciones de clase en el país y debilitaría las posiciones económicas de la dictadura del proletariado.

A diferencia de lo que intentaron hacer Zinóviev y Kámenev en el XIV Congreso , nosotros estimábamos que era necesario considerar al kulak no como algo aparte, sino en el marco de las relaciones entre el conjunto de la industria estatizada y la agricultura, que se levanta sobre la economía privada. En los límites de la economía de los pueblos veíamos al kulak no ya aisladamente, sino en relación con la influencia que ejerce. En fin, no examinábamos estas relaciones fundamentales en sí mismas, sino en relación con el mercado mundial que, por medio de las exportaciones y las importaciones, influye de una forma cada vez más determinante sobre nuestro desarrollo económico.

A partir de estas consideraciones, escribíamos en nuestras tesis para el XV Congreso:

"Ya que sobre todo recibimos el excedente de cereales y materias primas destinadas a la exportación de las capas acomodadas del campo, como son sobre todo precisamente estos medios los que guardan el grano, se deduce de ello que es fundamentalmente el kulak quien nos "regula" a través de nuestras exportaciones."

Pero ¿no podría ser que la Oposición hubiese planteado "demasiado rápidamente" cuestiones a las que la dirección ya había asignado una fecha en su calendario? Después de todo lo que hemos dicho, no es útil detenerse en este argumento que ha sido derramado sobre el partido cada vez que había necesidad de recuperar el tiempo perdido. Citemos solamente un testimonio rico en enseñanzas; el 9 de marzo de 1928, en una sesión del Soviet de Moscú, Rykov declaraba a propósito del almacenamiento del grano:

"Esta campaña presenta, ciertamente, todos los rasgos de una campaña de choque. Si se me preguntase si no hubiera sido mejor vencer la crisis del almacenamiento del grano por una vía más normal, respondería francamente que sí. Debemos reconocer que hemos perdido el tiempo, que no hemos sido capaces de reaccionar cuando empezaron a presentarse las dificultades en el almacenamiento, que no hemos tomado, después de todo, una serie de medidas necesarias para que esta campaña de almacenamiento se desarrollase con éxito."

Si estos argumentos reconocen el retraso, lo sitúan principalmente en el terreno administrativo; pero no es difícil aportar un complemento político. Para que las medidas indispensables fuesen aplicables en el momento deseado hubiese hecho falta que el partido que inspira y dirige el aparato del estado recibiese a tiempo las directrices que le permitieran orientarse, indicaciones como las que contenía, en sus grandes líneas el artículo de Pravda del 15 de febrero. Hubiera sido necesario escuchar en el momento adecuado las advertencias de la Oposición en el dominio de los principios y discutir atentamente sus proposiciones prácticas.

El año pasado la Oposición había propuesto, entre otras medidas, imponer al 10 % de las explotaciones agrícolas (es decir, a las más grandes) un empréstito forzoso de 150 a 200 millones de puds o de cereal. Esta propuesta fue rechazada como si

se tratase de una medida de comunismo de guerra. Se enseñaba al partido que no podía presionar sobre el kulak sin herir al campesino medio (Stalin), o que el kulak no representaba ningún peligro porque estaba a priori encerrado en los límites de la dictadura del proletariado (Bujarin). Pero este año es preciso acudir al artículo 107, es decir, a la represión por poseer trigo... ¡después de lo cual el comité central debe explicar que hablar de comunismo de guerra es una calumnia contrarrevolucionaria!

Mientras lo blanco se llame blanco y lo negro, negro, consideraremos que es correcto aquello que permite comprender los acontecimientos y prever el futuro próximo. Exigir ahora, después de la campaña de invierno de almacenamiento del grano y de la crisis profunda de la política y la ideología oficiales, que la Oposición reconozca su error, ¡no es más que evidenciar un ataque agudo de histeria jerárquica!

VII-Maniobra o nuevo curso

¿Cómo hay que juzgar el actual viraje hacia la izquierda? ¿Hay que ver una maniobra o una modificación seria del curso?

El interrogante "¿maniobra o nuevo curso?" plantea la cuestión de las relaciones entre las clases y sus repercusiones sobre el Partido Comunista de la Unión Soviética, cuyos elementos reaccionan de forma diversa bajo la presión de las diferentes clases puesto que es el único partido en el país.

Sobre este problema de las repercusiones que tienen sobre nuestro partido las nuevas relaciones entre las clases, en el artículo histórico de Pravda del 15 de febrero hay una confesión sorprendente (es la parte más destacable de este articulo). En ella se afirma:

"En nuestras organizaciones, tanto en las del partido como en las demás, han surgido determinados elementos que no ven la realidad de las clases en el campo, que no comprenden los fundamentos de nuestra política de clase e intentan, en todo su trabajo, no molestar a nadie, vivir en paz con el kulak y, en general, conservar su popularidad dentro de todos los medios."

Aunque se trate en estas líneas de los miembros del partido, estas frases caracterizan casi totalmente al político realista, al nuevo burgués, al termidoriano opuesto al comunista. Sin embargo, Pravda no dice ni una palabra para intentar explicar la aparición de estos elementos dentro del partido. "Han surgido", y eso es todo. ¿De dónde vienen, por qué puerta han entrado, se han infiltrado disimulando astutamente o han crecido en el mismo interior, y en este caso, sobre qué base? Y este fenómeno se ha producido mientras el partido "se bolchevizaba" a propósito de la cuestión campesina. El artículo no explica cómo el partido, a pesar de estar advertido, ha podido no prestarle importancia a los termidorianos hasta el momento mismo en que han manifestado su fuerza administrativa en la política de almacenamiento del grano; de la misma manera, el partido subestima al kulak hasta el momento en que éste, habiendo ganado autoridad, arrastra al campesino medio y sabotea el almacenamiento. Pravda no explica nada de todo esto. Pero poco importa. Por primera vez hemos oído decir, por medio del órgano del comité central, lo que ya sabíamos desde hacía tiempo, lo que habíamos afirmado más de una vez: en el partido de Lenin no solamente "ha nacido", sino que ha tomado forma un ala derecha sólida que, por etapas, tiende hacia una "neo-NEP", es decir: hacia el capitalismo.

De este modo, el ala derecha "nacida" de una causa desconocida aparece oficialmente por primera vez a propósito del almacenamiento del grano. Al día siguiente del XV Congreso, que hizo de nuevo la demostración de su monolitismo al 100%, vemos que si el kulak no entrega su grano es porque, entre otras razones, había dentro del partido agrupamientos influyentes deseosos de vivir en paz con todas las clases. Estos "kuomintanguistas" del interior no se afianzaron en absoluto ni en la pretendida discusión ni en el congreso. Estos brillantes "militantes" votaron, evidentemente los primeros, la expulsión de la Oposición, bautizada como desviación "socialdemócrata". Votaron también todas las resoluciones de izquierda porque hace ya mucho tiempo que comprendieron que lo que importa no son las resoluciones. Los termidorianos, dentro del partido, no son fraseólogos, sino hombres de acción. Forman su propia smytchka con los nuevos propietarios, con los intelectuales pequeñoburgueses, con los burócratas, y dirigen las ramas más importantes de la economía, de la cultura e incluso del trabajo

del partido, bajo un ángulo "nacional-estatal". ¿Los derechistas, tal vez, son tan débiles que no hay necesidad de combatirles?

Una respuesta clara a esta pregunta es de una importancia decisiva para la apreciación del actual giro hacia la izquierda. La primera impresión es que la derecha es extremadamente débil. Un grito desde arriba ha sido suficiente para que la política campesina dé directamente un giro hacia la izquierda. Pero es precisamente la remarcable facilidad con la que se han obtenido estos resultados la que nos indica que debemos evitar toda conclusión demasiado altiva sobre la debilidad de los derechistas.

El ala derecha es pequeñoburguesa, oportunista, burocrática, colaboracionista; se inclina del lado de la burguesía. En un partido que ha formado los cuadros bolcheviques y que cuenta con centenares de miles de obreros, sería completamente inconcebible que el ala derecha pudiese convertirse en varios años en una fuerza dotada de un valor propio, desarrollando abiertamente sus tendencias, movilizando a las masas obreras.

Esto no puede ser. La fuerza del ala derecha no es más que la de un aparato que hace repercutir la presión de las clases no proletarias sobre el proletariado. Esto significa que la fuerza del ala derecha del partido se encuentra fuera del partido, más allá de sus fronteras. Es la fuerza del aparato burocrático, de los nuevos propietarios, de la burguesía mundial; es una fuerza gigantesca: Pero, precisamente porque traduce en el seno del partido la presión de las otras clases, el ala derecha no puede presentar abiertamente su plataforma y movilizar dentro del partido a la opinión general. Debe camuflarse, adormecer la vigilancia del núcleo proletario: el régimen del partido le ofrece esas posibilidades. Bajo la ampulosidad del monolitismo, permite disimular el ala derecha a los ojos de los trabajadores revolucionarios, reservando sus golpes para la Oposición, expresión consciente de las inquietudes del proletariado sobre la suerte de su dictadura.

¿Significa esto que el zigzag actual podrá transformarse en una línea de izquierda? La política desarrollada por la dirección (no solamente en el curso de los últimos años, sino todavía hoy) hace que nos sintamos inclinados a dar a esta pregunta una respuesta escéptica. Pero la maniobra se ha ampliado; se ha convertido en un viraje político que implica a importantes grupos dentro del partido, a amplias capas entre las masas. He aquí por qué, y sería erróneo negarlo, el zigzag actual puede transformarse en una línea política consecuente y proletaria. En todo caso, la Oposición debe hacer todo lo que pueda, como lo implican sus objetivos y sus aspiraciones, para que a partir de este zigzag tenga lugar una transformación política que vuelva a poner al partido sobre la vía leninista. Una salida de este género sería la más saludable, es decir, sería la que provocaría las menores sacudidas posibles para el partido y para la dictadura. Sería la vía de una reforma profunda del partido, premisa indispensable de una reforma del estado soviético.

VIII-Las bases sociales de la crisis actual

El ruido de la lucha en el seno del partido no es más que el eco de un rugido mucho más profundo. Si los cambios que se han acumulado en las clases sociales no se traducen a tiempo al lenguaje del bolchevismo, provocarán una crisis dolorosa para la Revolución de Octubre en su conjunto.

La precipitación con la que, dos meses después del XV Congreso, la dirección ha roto con una orientación considerada como justa por este congreso, muestra que las transformaciones de clase que se están produciendo en el país (en relación con toda la situación internacional) han llegado a una etapa crítica, al momento en el que una cantidad económica se transforma en cualidad política. A este respecto se ha elaborado un pronóstico repetidas veces desde 1923; se encuentra expresado tal como sigue en la tesis de la Oposición para el XV Congreso:

"En un país en el que existe una aplastante mayoría de pequeños, e incluso de muy pequeños campesinos, y donde en general predomina la pequeña propiedad, los procesos más importantes se desarrollan bajo la superficie para salir repentinamente de golpe, de forma "inesperada"."

"Inesperada", evidentemente, sólo para aquellos que son incapaces de juzgar en términos marxistas los procesos en curso cuando se encuentran solamente al comienzo de su desarrollo.

El hecho de que, en el momento del almacenamiento del grano, los kulaks arrastrasen en sus huelgas a los campesinos medios, en connivencia con los capitalistas; la protección o la semiprotección otorgada a los kulaks huelguistas por una parte influyente del aparato del estado o del partido; el hecho que los comunistas hayan cerrado los ojos ante las intrigas contrarrevolucionarias de los técnicos y los funcionarios; la arbitraria dejadez en Smolensk o en otras partes, camuflándose tras la "disciplina de acero": todos estos hechos revisten ahora, sin duda alguna, una gran importancia. En las tesis publicadas por la Oposición para el XV Congreso se dice:

"La ligazón entre el kulak, el propietario, el intelectual burgués y numerosos eslabones de la burocracia no sólo del estado, sino también del partido, es el proceso más indiscutible y al mismo tiempo el más alarmante de nuestra vida social. Están naciendo sobre ella gérmenes de dualidad de poder que amenazan a la dictadura del proletariado."

La circular del comité central del 3 de junio de 1928 reconoce la existencia "del peor burocratismo" dentro del aparato del estado, y también dentro del partido y de los sindicatos. La circular intenta explicar este burocratismo por las siguientes causas: Iº, la supervivencia del viejo cuerpo de funcionarios; 2º, el oscurantismo, la falta de cultura de las masas; 3º, su falta de conocimientos administrativos; 4º, la insuficiente rapidez de su intervención en la administración estatal. Efectivamente, estas cuatro causas existen y explican en alguna medida el burocratismo; pero ninguna de ellas explica su fulgurante ascenso. La cultura de las masas hubiera debido progresar en los cinco últimos años. El aparato del partido debería haber aprendido a hacerlas intervenir con mayor rapidez en los asuntos administrativos. Los viejos funcionarios deberían haber sido reemplazados, en gran medida, por una nueva generación educada en las condiciones de la vida soviética. En consecuencia, el burocratismo debería declinar. Pero el fondo del problema consiste en que ha aumentado monstruosamente. Se ha convertido en "el peor de los burocratismos", ha elevado a la categoría de sistema métodos tales

como la opresión ejercida por las autoridades, la intimidación, la represión con medidas económicas, el favoritismo, la connivencia de los funcionarios entre sí, la tolerancia de cara a los fuertes, el aplastamiento de los débiles. La muy rápida resurrección de estas tendencias del viejo aparato de clase, a despecho de los progresos realizados por la economía soviética y la cultura de las masas, es el resultado de unas causas de clase, y más exactamente de la consolidación social de los propietarios, de su ligazón con el aparato del estado y de las presiones que ejercen sobre el partido por medio del aparato. Si no se comprenden las razones de clase de la progresión del burocratismo dentro del régimen, la lucha contra este mal será algo parecido a un molino cuyas aspas diesen vueltas y que, sin embargo, no tuviera nada que moler en absoluto.

La lentitud del crecimiento industrial creó unas "tijeras" que los precios no podían soportar. La lucha burocrática por la bajada de los precios perturba el mercado, quitándole al obrero sin dar al campesino. Las importantes ventajas obtenidas por el campesinado gracias a la revolución agraria de octubre, han quedado reducidas por la elevación de los precios de los productos industriales. Este desequilibrio corroe la smytchka y empuja a amplias capas de la población rural al lado de los kulaks, y bajo la consigna de "libertad de comercio en el interior y en el exterior". Bajo esas condiciones, las operaciones mercantiles del interior pueden ser disimuladas, y la burguesía extranjera encuentra ahí un punto de apoyo.

Como es natural, el proletariado abordó la revolución con inmensas esperanzas. La lentitud del desarrollo, la extremada mediocridad del nivel de vida, entrañarían lógicamente una disminución de la confianza depositada en el poder soviético y en su capacidad para cambiar toda la estructura de la vida en un futuro más o menos próximo.

En este mismo sentido han actuado las derrotas de la revolución mundial, particularmente en estos últimos años, cuando la dirección ya estaba en manos de la Internacional Comunista. No podían tener otro efecto que el de cambiar la actitud de la clase obrera ante la revolución mundial: hemos visto aparecer la circunspección en las esperanzas, el escepticismo en los elementos fatigados, la desconfianza e incluso la exasperación en los individuos con menos madurez.

Estos pensamientos y estos juicios nuevos buscan expresarse. Si hubieran podido hacerlo dentro del partido, los espíritus más avanzados habrían adoptado una actitud distinta frente a la revolución internacional y, sobre todo, frente a la revolución rusa: hubiera sido menos inocente y entusiasta, pero más crítica y equilibrada. Pero los pensamientos, los juicios, las aspiraciones y las angustias han sido rechazados. Durante cinco años, el proletariado ha vivido bajo una consigna muy conocida: "Prohibido razonar; los de arriba, que son más inteligentes que tú, son los que deciden." Esto provocó primero la indignación, después la pasividad, por fin el repliegue sobre sí mismo en materia de política. Desde todas partes se decía al obrero, que ha terminado por decírselo él a sí mismo: "Para ti, ya no estamos en el año 18."

Las clases y los grupos hostiles, o semihostiles, al proletariado han sentido que el peso de éste disminuía no solamente en el aparato del estado o en los sindicatos sino, también, en la economía de todos los días. De ahí proviene el aflujo de confianza en sí misma que se manifiesta en los círculos políticos de la pequeña burguesía y de la burguesía media en proceso de crecimiento. Esta última ha trabado lazos de amistad y de parentesco en todos los "aparatos", y confía plenamente en que se acerca su hora.

En el plano internacional, la posición de la URSS ha empeorado bajo la presión del capitalismo mundial arrastrado por la burguesía británica (la más experimentada y la

más feroz de las burguesías); esto les permite levantar la cabeza a los elementos más intransigentes de la burguesía interior.

Estos son los factores más importantes de la crisis de la Revolución de Octubre. La última huelga del grano de los kulaks y los burócratas sólo ha sido una manifestación particular. La crisis en el partido es el resultado más general y también el más peligroso.

Para que dentro del Partido Bolchevique haya podido formarse y consolidarse un ala influyente que "no reconoce las clases"; para que la existencia de este ala no haya sido señalada oficialmente por el partido y para que haya sido negada oficialmente por la dirección del mismo durante años; para que este ala, que el XV Congreso no descubrió, se manifestase por primera vez (no dentro del partido... sino en la Bolsa del grano) han sido necesarios cinco años de propaganda continua a favor de una orientación nueva, millares de recordatorios sobre la integración del kulak en el socialismo, burlas y bromas a propósito de la mentalidad de asistidos que se inculcaba a los hambrientos, la destrucción de las oficinas de estadísticas que habían osado simplemente registrar la existencia de los kulaks, el triunfo en toda la línea de un cuerpo de funcionarios desprovisto de ideas, la formación de una nueva escuela de propagandistas, socialistas de cátedra, sofistas del marxismo y muchas otras cosas más. Pero sobre todo ha sido necesario atacar con maldad y arbitrariamente al ala izquierda proletaria. Al mismo tiempo, los elementos termidorianos que se han formado y consolidado dentro del partido extendían más allá sus lazos y simpatías. Esto no puede cambiarse con una circular, ni siquiera con la más brutal. Es necesario reeducar. Es necesario revisar. Es necesario llevar a cabo reagrupamientos. Es necesario trabajar intensamente con la hoz del marxismo en el campo invadido por las malas hierbas.

Sólo nos libraremos completamente de las crisis no solamente exteriores, sino también interiores, mediante el desarrollo victorioso de la revolución mundial. Esta es una idea marxista, pero está separada por un abismo del fatalismo desesperado. Hay crisis y crisis. Por su misma naturaleza, la sociedad capitalista no puede librarse de las crisis. Esto no significa que la política de la burguesía en el poder no tenga ninguna importancia: una política correcta ha levantado a los estados burgueses, mientras que una política errónea les ha resultado funesta o perjudicial.

La escolástica no quiere comprender que entre el determinismo mecánico (fatalismo) y el arbitrario subjetivo está la dialéctica materialista. El fatalismo dice: "Cuando se está tan atrasado, se haga lo que se haga, no se llegará a ninguna parte." El subjetivismo vulgar dice: "¡Milagro! Basta con quererlo y se construye el socialismo." El marxismo dice: "Si tomamos conciencia de la interdependencia que existe entre las condiciones mundiales y el estado retrasado del país, por medio de una política correcta nos levantaremos, nos reforzaremos y nos integraremos en la revolución mundial victoriosa."

IX-La crisis del partido

Una política económica, al igual que una política general, no es necesariamente correcta porque lo sea la manera de abordar las cuestiones (que ya no lo es desde 1923).

La política de la dictadura proletaria exige la auscultación permanente de las clases y las diversas capas de la sociedad; no puede ser manejada por un aparato burocrático y rígido; debe serlo por un partido proletario vivo y activo, que tenga sus exploradores, sus pioneros y sus constructores. Antes que las estadísticas registren la extensión del papel de los kulaks, antes que los teóricos saquen las conclusiones generales y que los hombres políticos las traduzcan al lenguaje de las directrices, el partido, gracias a sus numerosas ramificaciones, debe sentir el hecho y hacer sonar la alarma. Pero para eso hace falta que su masa entera sea de una sensibilidad extrema y sobre todo que no tenga miedo a mirar, comprender y hablar.

El carácter socialista de nuestra industria de estado (dados su extrema dispersión, la competencia de los diversos trust y fábricas, la difícil situación material de las masas obreras, el insuficiente nivel cultural en amplios círculos de trabajadores), el carácter socialista de nuestra industria, decimos, está determinado de forma decisiva por el papel del partido, por los lazos voluntarios formados en el interior de la vanguardia proletaria, la disciplina consciente de los economistas, de los militantes sindicalistas y de los miembros de las células de fábrica. Si esta red se relaja y se disgrega, es evidente que en un breve plazo no quedará nada del carácter socialista de la industria, de los medios de transporte, *etc.* Los trust y las diversas fábricas se dedicarán a vivir su propia vida. No quedará el más mínimo rastro del plan, que ya hoy es insuficiente. La propiedad del estado sobre los medios de producción se transformará en una mera ficción jurídica, y después será incluso barrida. Así, en este dominio como en los demás, el problema consiste en mantener los lazos conscientes dentro de la vanguardia proletaria y en protegerla contra la herrumbre del burocratismo.

No se puede establecer el sistema que constituye una línea política correcta sin tener buenos métodos a la vez en la elaboración y en la aplicación. Si en tal o cual cuestión, y bajo el empuje de determinadas presiones, la dirección vuelve a encontrar las huellas de una política correcta, no se puede tener la garantía de que la seguirá efectivamente o de que no la perderá mañana.

Bajo las condiciones actuales de la dictadura del proletariado, su dirección posee un poder tal como no lo ha poseído jamás de forma tan enorme ninguna organización política en la historia humana. Bajo tales condiciones (esto tiene un interés vital) es preciso respetar más escrupulosamente que nunca los métodos de dirección proletarios comunistas. Toda desviación burocrática, toda deformación, repercute rápidamente sobre el conjunto de la clase obrera. Sin embargo, la dirección posleninista ha extendido gradualmente la hostilidad que la dictadura del proletariado alimenta contra la seudodemocracia burguesa a las garantías fundamentales de la democracia proletaria sobre las que descansa el partido, y sin las que no sería capaz de dirigir a la clase obrera ni tampoco al estado obrero.

Esta fue una de las mayores preocupaciones de Lenin en el último período de su vida. Meditó sobre este problema en su extensión histórica y en los aspectos de la vida cotidiana. Cuando volvió al trabajo, después de la primera enfermedad, quedó espantado del crecimiento del burocratismo, particularmente dentro del partido. Es

de ahí de donde proviene su idea de la comisión central de control, pero es evidente que no se trataba de la que existe actualmente, que se encuentra en las antípodas de sus concepciones. Lenin recordaba al partido que, en la historia, más de una vez, los vencedores han degenerado adoptando las costumbres de los vencidos. Se crispaba de indignación cada vez que tenía noticia de la injusticia o la brutalidad de un comunista que ejercía algún poder ante un subordinado (el episodio de Ordjonikidzé). Puso al partido en guardia contra la brutalidad de Stalin, no contra la rudeza exterior, que no reviste ninguna gravedad, sino contra la brutalidad moral interior, fuente de la perfidia que, cuando se dispone de todo el poder, se convierte en un instrumento temible y trabaja por la destrucción del partido. Por esta razón Lenin lanzó ardientes llamamientos a favor de la cultura y del desarrollo cultural; no se trataba de los esquemas estrechos y baratos de Bujarin, sino de un pensamiento comunista en la lucha contra las costumbres asiáticas, contra los vestigios de la servidumbre, contra la explotación por parte de los funcionarios de la ingenuidad y la ignorancia de las masas.

No obstante, a lo largo de los cinco últimos años, el aparato del partido ha seguido una vía opuesta; las desviaciones burocráticas del aparato del estado lo han deformado completamente; las desviaciones especiales (mentira, camuflaje, duplicidad) que no pertenecen generalmente sino a la democracia burguesa y parlamentaria, han venido a juntarse a las primeras. Como consecuencia se ha creado una dirección que, en lugar de aplicar la democracia consciente del partido, ha modificado y falsificado el leninismo de forma que reforzase la burocracia del partido; hemos visto abusos de poder intolerables en detrimento de los comunistas y de los obreros, todos los mecanismos de representación en el partido han sido trucados, se han extendido en la discusión métodos de los que podría sentirse orgulloso un poder burgués fascista, pero en ningún caso un poder proletario (destacamentos de combate, oleadas de silbidos siguiendo órdenes, expulsión por la fuerza de los oradores de la tribuna); en fin, ha faltado la cohesión entre camaradas de todas las relaciones entre el aparato y el partido.

En Pravda del 16 de mayo, un artículo de un dirigente de la comisión central de control, a propósito del asunto de Smolensk extrae la siguiente moraleja:

"Debemos cambiar de actitud ante los miembros del partido y los obreros conscientes que se callan conociendo los abusos."

"¿Cambiar de actitud?" ¿Es que puede haber entonces dos actitudes? Sí, y es un miembro de la comisión central de control quien lo reconoce, es Yakovlev, suplente del comisario del pueblo para la Inspección Obrera y Campesina. La gente que tiene conocimiento de un crimen y guarda silencio sobre él es considerada culpable. Sólo su propia ignorancia o el terror suspendido sobre su cabeza pueden atenuar su culpabilidad. Pero Yakovlev está hablando no de personas ignorantes, sino de "miembros del partido y obreros conscientes". ¿Cuál es, pues, esta presión, cuál es entonces este terror que hace que obreros miembros del partido se vean obligados a callar los crímenes de hombres que oficialmente han sido elegidos por ellos y que, siempre oficialmente, están obligados a responder ante ellos? ¿Será el terror ejercido por la dictadura del proletariado? No, porque aquél está dirigido contra el partido, contra los intereses del proletariado. ¿Se trata entonces de la presión y el terror ejercido por otras clases? Evidentemente, puesto que no existe terror social que no sea el producto de una clase. Hemos definido ya el carácter de clase del yugo que pesa sobre nuestro partido. Connivencia que une a todos los miembros del aparato, lazos entre una buena parte de sus eslabones y la burocracia del estado, los intelectuales burgueses, la pequeña burguesía, los kulaks en el campo;

presión de la burguesía mundial sobre el mecanismo de las fuerzas internas (todo ello crea los elementos de una dualidad de poder que, por intermedio de su aparato, pesa sobre el partido). Es precisamente esta presión social, creciente en el curso de los últimos años, lo que utiliza el aparato para asustar al núcleo proletario del partido, para acosar a la Oposición y aniquilarla con medidas administrativas. Todos estos hechos forman parte de un proceso único e indivisible.

Hasta cierto punto, la presión de las otras clases ha permitido al aparato dominar al partido, al reforzarlo y animarlo; este aparato no veía por sí mismo de qué fuente podía extraer su fuerza. Con suficiencia, atribuía a su propia astucia las victorias conseguidas sobre el partido, sobre la línea leninista, Pero, aumentando sin encontrar resistencia, la presión ha sobrepasado el límite, y lo que ahora amenaza no es solamente la dominación del aparato solamente, sino que son intereses de una importancia muy distinta. ¡La cola se pone a golpear a la cabeza!

Cuando la masa de los militantes y los obreros conscientes tiene miedo de hablar de los crímenes que han sido cometidos por los hombres del aparato del partido, estamos en presencia de una situación que no ha sido creada por azar, que no es el producto de un día, de la que no es posible desembarazarse mediante un plumazo. No solamente vemos que el aparato está marcado por una fuerte rutina burocrática sino que, también, se halla encerrado en una red de intereses y de relaciones. Y la dirección se encuentra impotente ante su propio aparato. Se cumple de alguna manera una ley histórica: cuanto menos depende una dirección de su partido, más prisionera de su aparato se ve. Las historias que pretenden que la Oposición quiere debilitar la dirección centralizada son ridiculas y absurdas. Una línea proletaria no puede concebirse sin un fuerte centralismo. Pero en este caso la desgracia consiste en que la dirección actual no es omnipotente más que, por su fuerza burocrática, en sus relaciones con los miembros del partido dispersados artificialmente, siendo impotente cuando se trata de su propio aparato.

Los funcionarios han encontrado una respuesta cómoda al interrogante histórico; es la siguiente: "Debemos cambiar radicalmente." Pero el partido debe responderles: "No os corresponde a vosotros cambiar, sino que es a vosotros a los que hay que cambiar radicalmente: eliminándoos de vuestro puesto y reemplazándoos lo más ampliamente posible."

Alma Ata, 12 de julio de 1928

CRÍTICA DEL PROGRAMA DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA

En memoria a mi hija Nina, fallecida en su puesto a los 26 años

El proyecto de programa, es decir el documento capital destinado a orientar el trabajo de la Internacional Comunista durante toda una serie de años, fue publicado algunas semanas antes de la convocatoria del congreso que se realizó cuatro años después del V Congreso.

Esto no puede justificarse con el hecho que este proyecto ya había sido presentado antes del congreso precedente, precisamente porque desde entonces han pasado numerosos años: el nuevo proyecto difiere del primero en su estructura e intenta levantar un balance del desarrollo producido en el último período. Sería imprudente e irreflexivo, en el más alto grado, que el VI Congreso adoptase este proyecto (que está marcado por los rasgos evidentes de las prisas y la negligencia) sin que previamente se haya publicado en la prensa una seria crítica y sin que se haya desarrollado una amplia discusión en todos los partidos de la Internacional Comunista.

Desde la recepción del proyecto hasta el envío de la presente carta, sólo hemos tenido unos pocos días: no hemos podido detenernos, pues, en determinadas cuestiones fundamentales tratadas en el programa.

A causa de la falta de tiempo, hemos tenido que dejar a un lado numerosas tesis importantes del proyecto sobre problemas de una actualidad más o menos ardiente que pueden alcanzar, el día de mañana, una extrema agudeza (no es, pues, menos necesario examinarlos que las partes del proyecto a las que está consagrado este trabajo).

Es preciso añadir que hemos tenido que trabajar sobre este nuevo proyecto bajo condiciones que no nos han ofrecido la posibilidad de contar con las informaciones más indispensables. Que sea suficiente con decir que no hemos podido hacernos con el primer proyecto y que hemos tenido que fiarnos de nuestra memoria, al igual que sobre dos o tres del resto de cuestiones. Cae por su peso que todas las citas se han hecho de los textos originales y que han sido cuidadosamente verificadas.

I-¿PROGRAMA DE LA REVOLUCIÓN INTERNACIONAL O PROGRAMA DEL SOCIALISMO EN UN SOLO PAÍS?

La cuestión más importante del orden del día del VI Congreso es la adopción del programa. El carácter de éste puede definir y fijar por mucho tiempo la fisonomía de la Internacional.

Lo importante en un programa no es formular tesis teóricas generales (esto se reduce, en fin de cuentas, a "codificar", es decir, a hacer una exposición condensada de verdades y de generalidades sólida y definitivamente adquiridas) sino, sobre todo, hacer el balance de la experiencia mundial económica y política del último período, en particular de la lucha revolucionaria de los cinco últimos años, tan ricos en acontecimientos y en errores. De la manera cómo el programa comprenda y juzgue estos hechos, faltas y divergencias, depende también la suerte de la Internacional Comunista durante los años próximos.

1- Estructura general del programa

En nuestra época, que es la del imperialismo, es decir, la de la economía y la política mundiales dirigidas por el capital financiero, no hay un solo partido comunista que pueda establecer su programa tomando sólo o principalmente como punto de partida las condiciones o las tendencias de la evolución de su país. Esto se aplica igualmente y por entero al partido que ejerce el poder en los límites de la URSS.

Partiendo de estas consideraciones, en enero de este año escribíamos:

"Es preciso pasar a la elaboración del programa de la Internacional Comunista (el de Bujarin no es más que un mal programa de sección nacional de la Internacional Comunista, y no el del partido comunista mundial)"

No hemos cesado de insistir en estas mismas consideraciones desde 19231924, años en que el crecimiento de los Estados Unidos de América del Norte se planteó en toda su amplitud, como problema de política mundial y de política europea, en el sentido más directo de esta palabra.

Al recomendar el nuevo proyecto, Pravda escribía:

"el programa comunista difiere radicalmente del programa de la socialdemocracia internacional no sólo en el fondo, en las tesis fundamentales, sino también por el internacionalismo característico de su estructura".

Esta fórmula, un poco vaga, expresa evidentemente la idea que hemos expuesto un poco más arriba, y que antes se rechazaba con obstinación. Tenemos que aprobar el hecho de que se haya prescindido del primer proyecto presentado por Bujarin y que no dio, desde luego, lugar a un cambio serio de impresiones: no ofrecía siquiera materia suficiente para que se pudiera precisar lo que se pensaba de él. En tanto que el primer proyecto presentaba un cuadro árido, esquemático de un país abstracto, en evolución hacia el socialismo, el nuevo proyecto, por el contrario, intenta (desgraciadamente, sin éxito y sin espíritu de continuidad, como veremos después) tomar como base la economía mundial en su conjunto para determinar la suerte de sus diferentes partes.

Uniendo en un sistema de dependencias y de contradicciones países y continentes que han alcanzado grados diferentes de evolución, aproximando los diversos niveles de su desenvolvimiento y alejándolos inmediatamente después, oponiendo implacablemente todos los países entre sí, la economía mundial se ha convertido en una realidad poderosa que domina la de los diversos países y continentes. Este solo hecho fundamental da un carácter profundamente realista a la idea del partido comunista mundial.

Llevando la economía mundial en bloque al desarrollo supremo que puede alcanzar, basándose en la propiedad privada, el imperialismo, como dice justamente el proyecto en su introducción,

"agudiza extremadamente la contradicción que existe entre el crecimiento de las fuerzas de producción de la economía mundial y las fronteras que separan naciones y estados".

No es posible dar un solo paso hacia la solución de los grandes problemas de la política mundial y de la lucha revolucionaria si no se asimila bien esta tesis, que apareció por primera vez con toda claridad ante la humanidad en el curso de la última guerra imperialista.

El punto de partida que se ha adoptado para el actual proyecto de programa debería necesariamente aprobarse si, aspirando a conciliar esta posición, que es la única justa, con tendencias completamente opuestas, no se hubieran introducido en él las

contradicciones más lamentables, quitando así toda importancia de principio a la nueva manera de abordar la cuestión.

2- Los Estados Unidos y Europa

Para caracterizar el primer proyecto, felizmente abandonado después, bastará decir, en la medida en que nuestra memoria es fiel, que no se mencionaba siquiera a los Estados Unidos de América del Norte. Los problemas esenciales de la época imperialista, a causa de su carácter, no se deben plantear solamente en abstracto, teóricamente, sino también examinando su contenido material e histórico; sin embargo, en el primer proyecto se perdían en el esquema exangüe de un país capitalista considerado "de una manera general". El nuevo proyecto (y hay en esto evidentemente, un serio progreso) habla ya del desplazamiento del centro económico del mundo hacia los Estados Unidos de América, de la transformación de la república del dólar, que se convierte en explotador mundial, del hecho de que los Estados Unidos han conquistado ya la hegemonía mundial. En fin, dice que la rivalidad (el proyecto emplea la desgraciada palabra "conflicto") existente entre los Estados Unidos y el capitalismo europeo, y el capitalismo británico en primer lugar, pasa a ser el eje de los conflictos mundiales. Es absolutamente evidente en la actualidad que un programa que no defina claramente y con precisión esos hechos y factores fundamentales de la situación en el mundo no tiene nada de común con el programa del partido de la revolución internacional.

Por desgracia, los autores se han limitado a designar por sus nombres, a incluir en cierto modo, en el texto del proyecto rehuyendo las dificultades teóricas, sin ligarlos íntimamente a la estructura del proyecto, sin deducir de ellos ninguna conclusión desde el punto de vista de las perspectivas y de la estrategia, los acontecimientos y tendencias esenciales, de que acabamos de hablar, de la solución mundial en el curso de la nueva época.

No hay ningún juicio sobre el nuevo papel desempeñado por América en Europa después de la capitulación del partido comunista y la derrota del proletariado alemán en 1923. No se explica que el período de estabilización , de normalización y pacificación de Europa y el "renacimiento" de la socialdemocracia han sido posibles, por qué están en correlación estrecha, desde el punto de vista material e intelectual, en los asuntos europeos.

Además, no se demuestra que la evolución que seguirá con los primeros pasos de la intervención norteamericana inevitablemente en el porvenir, la expansión yanqui, la disminución de los mercados del capital europeo, e incluso de los de la propia Europa, provocarán la más graves perturbaciones militares, económicas y revolucionarias que se hayan visto jamás.

No se precisa tampoco el hecho de que como los Estados Unidos continúan haciendo presión implacablemente sobre la Europa capitalista, ésta vera reducirse cada vez más su parte en la economía mundial, lo que significa, evidentemente, que las relaciones entre los estados europeos no solo no mejorarán sino que, por el contrario, adquirirán una tensión extremada, acompañada de accesos violentos que se resolverán en conflictos guerreros; en efecto, los estados, lo mismo que las clases, luchan con más furia por arrancarse una ración escasa y en disminución que cuando están abundantemente provistos.

El proyecto no explica que el caos interior, debido a los antagonismos entre los estados

de Europa, le priva a ésta de toda esperanza de resistir un poco seriamente y con éxito a la república de América del Norte, cuya centralización se acentúa intensamente. Vencer el embrollo europeo por medio de los Estados Unidos Soviéticos de Europa es una de las primeras misiones de la revolución proletaria; esta está infinitamente más próxima en Europa que en América (una de las razones, y no de las menores, es precisamente la división de Europa en estados independientes), y tendrá, pues, muy probablemente, que defenderse contra la burguesía norteamericana.

Además no señala (y éste es un aspecto no menos importante del mismo problema mundial) que precisamente la potencia de los Estados Unidos en el mundo, y su expansión irresistible les obligan a introducir en los basamentos de su edificio los almacenes de pólvora del universo entero: todos los antagonismos de occidente y de oriente, la lucha de clases en la vieja Europa, las insurrecciones de los pueblos coloniales, todas las guerras y todas las revoluciones. En el curso de la nueva época el capitalismo de América del Norte constituirá la fuerza fundamental de la contrarrevolución, cada vez más interesada en que se mantenga el "orden" en todos los puntos del globo terrestre; pero, por otro lado, se prepara el inmenso estallido revolucionario de esta potencia mundial que domina ya el mundo y no cesa de crecer. La lógica de las relaciones existentes en el mundo indica que esta conflagración no se retrase mucho de la revolución proletaria en Europa.

Por haber precisado la dialéctica de las relaciones mutuas que unen a Europa y a los Estados Unidos, se han elevado contra nosotros, en los últimos años, las acusaciones más diversas: la de negar, como pacifistas, las contradicciones existentes en Europa; la de aceptar la teoría del superimperialismo de Kautsky, y otras muchas. No hay ninguna razón para que no nos detengamos a refutar esas "acusaciones" que, en el mejor de los casos, tiene su origen en una ignorancia completa de los procesos reales, así como de nuestra manera de verlos. Sin embargo, nos vemos obligados a indicar que sería difícil emplear más esfuerzos para embrollar y complicar ese problema mundial de extraordinaria importancia que los que emplearon, entre otros, los autores del proyecto de programa en la lucha mezquina, sostenida contra nuestra manera de plantear la cuestión. No obstante, el desarrollo de los hechos la ha confirmado enteramente.

En estos últimos tiempos, los principales órganos de la prensa comunista se esfuerzan en disminuir (sobre el papel) la importancia de la hegemonía de América aludiendo a la crisis comercial e industrial que se avecina en los Estados Unidos. No podemos detenernos aquí a examinar la duración de la crisis norteamericana y la profundidad que puede llegar a alcanzar. Eso es un problema que concierne a la situación y no al programa. Evidentemente, no dudamos que la crisis es inevitable, no negamos la posibilidad de que sea muy extensa y profunda, en relación con la extensión mundial que ha adquirido el capitalismo americano. Pero deducir que la hegemonía de los Estados Unidos decrece o se debilita no es verdad, y puede suscitar errores muy groseros de orden estratégico, porque es justamente lo contrario lo que sucede. Durante la época de la crisis, la hegemonía de los Estados Unidos se hará sentir más completa, más clara y más implacablemente que en un período de prosperidad. Estados Unidos liquidará y vencerá sus dificultades y sus perturbaciones ante todo en detrimento de Europa, y nada importa que esto ocurra en Asia, en Canadá, en América del Sur, en Australia, o en la misma Europa, o que sea por procedimientos "pacíficos" o militares.

Es preciso comprender claramente que si el primer período de intervención norteamericana tuvo para Europa consecuencias estabilizadoras y pacificadoras, que

en gran parte subsisten aún, y que pueden incluso episódicamente renacer y reforzarse (sobre todo en caso de nuevas derrotas del proletariado), por el contrario, la línea general de la política de Norteamérica, sobre todo si su economía encuentra dificultades y atraviesa crisis, provocará en Europa, así como en el mundo entero, profundas conmociones.

La conclusión que se deduce de ello es que no faltarán situaciones revolucionarias durante la próxima década, como no han faltado durante la que acaba de transcurrir. Por eso mismo, es necesario comprender juiciosamente los resortes fundamentales del desarrollo de los acontecimientos para no ser cogidos de improviso por su acción. Si, durante la década pasada, las consecuencias inmediatas de la guerra imperialista fueron la fuente principal de las situaciones revolucionarias, por el contrario, en el curso de la segunda década después de la guerra, esas situaciones surgirán, sobre todo, de las relaciones recíprocas entre Europa y América. Una gran crisis en los Estados Unidos sería la señal de nuevas guerras y revoluciones. Lo repetimos: no faltarán situaciones revolucionarias. Todo depende del partido internacional del proletariado, de la madurez y de la capacidad de lucha de la Internacional Comunista, de la justeza de su estrategia y de sus métodos tácticos.

El proyecto de programa de la Internacional Comunista no expresa ninguna de estas ideas. Sólo se señala en él un hecho tan importante como "el desplazamiento del centro económico del mundo hacia los Estados Unidos" en una observación periodística, de pasada, sin más ni más. Es completamente imposible justificar esto por la falta de espacio; en efecto, ¿no son las cuestiones fundamentales las que precisamente deben tratarse en un programa? A este respecto es preciso señalar que el proyecto se extiende demasiado sobre los problemas de segundo y de tercer orden, aunque deja algunos de lado. En general, el estilo es excesivamente impreciso, sin hablar de las numerosas repeticiones; suprimiéndolas, se podría reducir el texto en una tercera parte.

3-La consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa

No hay justificación posible para la supresión del nuevo proyecto de programa de la consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa, que ya fue aceptada por la Internacional Comunista en 1923, después de una lucha interior bastante larga. ¿Es que quieren "volver" los autores a la actitud de Lenin en 1915? Pero para eso sería preciso comprenderla bien.

Como es sabido, durante el primer período de la guerra, Lenin vaciló en aceptar esa consigna. Introducida en la tesis de El Socialdemócrata, órgano central del partido en aquella época, Lenin la rechazó después. Este hecho sólo demuestra que no se trataba de la imposibilidad de admitirla en general, por razones de principio, sino que era preciso juzgarla estrictamente desde el punto de vista táctico; sopesar los lados positivos y negativos, examinándola desde el punto de vista de la etapa que se atravesaba entonces. Es inútil precisar que Lenin consideraba que los Estados Unidos no se realizarían en el marco de la Europa capitalista. Yo juzgaba el problema de la misma manera cuando expuse la fórmula de los Estados Unidos exclusivamente como forma de estado, en el porvenir, de la dictadura de proletariado en Europa. Decía:

"Una unión económica de Europa un poco completa, por arriba, como resultado de un acuerdo entre gobiernos capitalistas, es una utopía. En este terreno, no se irá más allá de los compromisos parciales y de las medias tintas. Por eso mismo, la unión económica

de Europa, que promete ventajas enormes al productor y al consumidor, así como, en general, al desenvolvimiento de la cultura, es la misión revolucionaria del proletariado europeo en lucha contra el proteccionismo imperialista y su instrumento, el militarismo".

Y, más lejos:

"Los Estados Unidos de Europa constituyen, ante todo, una forma, la única que se puede concebir, de la dictadura del proletariado europeo".

Pero, durante ese período, Lenin veía ciertos peligros en presentar la cuestión bajo esta forma. Teniendo en cuenta que no se había hecho la experiencia de la dictadura del proletariado en un solo país, y también la falta de claridad teórica ante ese problema, incluso en el ala izquierda de la socialdemocracia de entonces, la consigna de los Estados Unidos de Europa podía dar nacimiento a la concepción de que la revolución proletaria debía comenzar simultáneamente, al menos, en todo el continente europeo. Precisamente Lenin ponía en guardia contra ese peligro de interpretación. Pero sobre esta cuestión no había ni sombra de desacuerdo entre Lenin y yo. Yo escribía entonces: "Que ningún país debe "esperar" a los otros para empezar su lucha es una verdad elemental, que es útil y necesario repetir para que no se pueda sustituir la idea de la acción internacional paralela por la de la inacción internacional en la espera. Sin aguardar a los otros, comenzamos a luchar y continuamos luchando en el terreno nacional, con la certidumbre absoluta de que nuestra iniciativa dará un impulso a la lucha en los otros países".

Después vienen mis palabras, que Stalin citó en el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista como la expresión más perversa del "trotskysmo"; es decir, de la "desconfianza" en las fuerzas internas de la revolución y la esperanza en recibir socorro de fuera:

"Y si esto (la extensión de la revolución a otros países) no se produce, no hay ninguna esperanza (como lo prueban la experiencia de la historia y las consideraciones teóricas) de que una Rusia revolucionaria pueda resistir frente a una Europa conservadora o de que una Alemania socialista pueda subsistir aislada en el mundo capitalista".

En esta cita y en dos o tres del mismo género se basa la condena pronunciada por el VII Plenario contra el "trotskysmo", que, al parecer, ha adoptado en esta "cuestión fundamental" una actitud que "no tiene nada de común con el leninismo". Detengámonos un instante, pues, a oír al propio Lenin.

El 7 de marzo de 1918, Lenin decía, a propósito de la paz de Brest- Litovsk:

"Es una lección, pues no cabe duda alguna de que sin la revolución alemana pereceremos".

Una semana después:

"El imperialismo universal y la marcha triunfal de la revolución social no pueden coexistir".

Algunas semanas después, el 23 de abril, Lenin declaraba:

"Nuestra condición de país atrasado nos ha empujado hacia adelante, pero pereceremos si no sabemos resistir hasta el momento en que encontremos el poderoso apoyo de los obreros insurrectos de los otros países".

Pero, ¿se pronunciaban acaso estas palabras bajo la impresión de la crisis de Brest-Litovsk? No; en marzo de 1919, Lenin repite de nuevo:

"Vivimos no en un estado, sino en un sistema de estados; no se puede concebir que una república soviética exista durante largo tiempo al lado de estados imperialistas. En fin de cuentas, una u otros vencerán".

Un año después, el 7 de abril de 1920, Lenin recordaba aún:

"El capitalismo, considerado en su conjunto mundial, continúa siendo más fuerte

que el poder de los soviets, no sólo militarmente, sino también desde el punto de vista económico. Es preciso partir de esta constatación fundamental y no olvidarla jamás".

El 27 de noviembre de 1920, Lenin decía a propósito del problema de las concesiones: "Ahora hemos pasado de la guerra a la paz, pero no hemos olvidado que la guerra volverá nuevamente. Mientras subsistan el capitalismo y el socialismo no podemos vivir tranquilamente; en fin de cuentas, uno u otro vencerá. Se cantará el Réquiem, ya de la república de los soviets, ya de capitalismo mundial. Esto es un aplazamiento de la guerra".

Pero, ¿es que acaso la existencia ulterior de la república de los soviets ha incitado a Lenin a "reconocer su error", a renunciar a "la desconfianza en las fuerzas interiores" de la Revolución de Octubre?

Lenin decía ya en el III Congreso de la Internacional Comunista, es decir, en julio de 1921:

"Se ha creado un equilibrio extremadamente precario, sumamente inestable; un equilibrio tal que la república socialista puede existir, aunque seguramente no por mucho tiempo, rodeada de países capitalistas".

Pero hay más: el 5 de julio de 1921, Lenin declaró abiertamente, en una sesión del congreso:

"Para nosotros estaba claro que sin la ayuda de la revolución mundial era imposible el triunfo de nuestra revolución proletaria. Tanto antes como después de la revolución pensábamos: inmediatamente, o al menos en muy poco tiempo, se producirá una revolución en los países atrasados y en los que están más desarrollados desde el punto de vista capitalista, o, en el caso contrario, tendremos que perecer. Aunque teníamos conciencia de ello, hemos hecho todo siempre por conservar a toda costa el sistema soviético, pues sabemos que trabajamos no solamente para nosotros mismos sino también para la revolución internacional".

Cuán lejos están estas palabras, grandes en su simplicidad y enteramente saturadas de espíritu intemacionalista, de los hallazgos actuales de los epígonos satisfechos de sí mismos.

En todo caso, tenemos derecho a preguntar: ¿en qué difieren todas esas declaraciones de Lenin de la convicción que yo expresaba en 1915 de que la futura Rusia revolucionaria o la Alemania socialista no podrían subsistir "aisladas en el mundo capitalista"? Los plazos no son los fijados ni en mis previsiones ni en las de Lenin; pero la idea fundamental conserva todo su vigor, ahora acaso más que nunca. En lugar de condenarla, como lo hizo el VII Plenario, basándose en un informe que carecía de competencia y buena fe, es indispensable introducirla en el programa de la Internacional Comunista.

Para defender la consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa en 1915 señalábamos que la ley de la desarrollo desigual no constituye por sí misma un argumento en contra; en efecto, la desigualdad del desenvolvimiento histórico es, a su vez, desigual con relación a diversos estados y continentes; los países de Europa se desarrollan desigualmente en comparación unos de otros; sin embargo, se puede decir con una certidumbre absoluta, desde el punto de vista de la historia, que ninguno de esos países podrá, al menos en el curso de la época histórica que podemos prever, adelantar a los otros tanto como América del Norte ha adelantado a Europa. Hay una escala de desigualdad para América y otra para Europa. Las condiciones históricas y geográficas han determinado de antemano entre los países de Europa una relación orgánica tan íntima que les es absolutamente imposible salir de ella. Los actuales

gobiernos europeos burgueses parecen asesinos atados con la misma cuerda. La revolución en Europa (como ya se ha dicho) tendrá igualmente, en última instancia, en lo inmediato, una importancia decisiva para América. Pero, desde el punto de vista inmediato, en el cálculo histórico más cercano, la revolución en Alemania será mucho más importante para Francia que para los Estados Unidos de Norteamérica. De esta relación, creada por la historia, se deduce la vitalidad política de la consigna de la Federación Soviética de Europa. Hablamos de vitalidad relativa, pues ni que decir tiene que esta federación se extenderá a través del inmenso puente de una Unión Soviética hacia Asia y entrará después en la Unión Mundial de las Repúblicas Socialistas. Pero eso ya será el gran capítulo siguiente de la época imperialista; cuando lo abordemos de lleno encontraremos las fórmulas convenientes para él.

Con otras citas se podría demostrar que el desacuerdo con Lenin en 1915, con respecto a los Estados Unidos de Europa, era estrictamente del dominio de la táctica y tenía, por su naturaleza misma, un carácter provisional; pero el curso seguido por los acontecimientos es una prueba mejor: en 1923, la Internacional Comunista hizo suya la fórmula en litigio. Si en 1915 era inadmisible por razones de principio, como ahora tratan de explicarlo los autores del proyecto de programa, la Internacional Comunista no habría podido adoptarla ocho años después; es preciso creer que la ley del desarrollo desigual no había cesado de obrar durante ese lapso de tiempo.

La manera de plantear la cuestión esbozada más arriba parte de la dinámica del proceso revolucionario, analizado en su conjunto. Se considera la revolución internacional como un proceso que posee su ligazón en el interior de sí mismo, que no puede preverse en su conjunto determinando de antemano la sucesión de todas sus fases, pero cuyos rasgos históricos generales son perfectamente claros. Sin comprender éstos, en política es absolutamente imposible orientarse juiciosamente.

Pero las cosas cambian radicalmente si se toma como punto de partida la idea de la revolución socialista realizada e incluso terminada en un sólo país. Existe ahora una "teoría" según la cual la construcción completa del socialismo es posible en un solo país, y las relaciones entre éste y el mundo capitalista pueden basarse en la "neutralización" de la burguesía mundial (Stalin). Si se adopta ese punto de vista, que es, en el fondo, nacionalista reformista y no revolucionario intemacionalista, desaparece, o al menos se atenúa, la necesidad de la consigna de los Estados Unidos de Europa. Pero justamente ésta nos parece importante, vital, porque contiene la condenación de la idea de la revolución socialista reducida a un solo país. Para el proletariado de cada país europeo, en un grado mucho más pronunciado aún que para la URSS (sin que haya, sin embargo, más que una diferencia de grado), la extensión de la revolución a los países vecinos y el apoyo que cada uno aportará con la fuerza de las armas es la necesidad más urgente, y no sólo por consideraciones de solidaridad internacional abstracta, que por sí sola no puede hacer entrar en movimiento a las clases, sino motivada por una exigencia vital formulada centenares de veces por Lenin: no podremos mantenernos si la revolución internacional no nos ayuda en tiempo oportuno. La idea de los Estados Unidos Soviéticos responde a esta dinámica de la revolución proletaria; ésta no surge simultáneamente en todos los países sino que se extiende de uno a otro y exige que exista el contacto más íntimo entre ellos, en primer lugar en el territorio europeo, tanto para defenderse contra los poderosos enemigos exteriores como por las necesidades de la organización de economía.

Es verdad que se podrá objetar que después de la crisis del Ruhr, que fue precisamente

la última tentativa para hacer adoptar esa fórmula, ésta no ha desempeñado ya ningún papel importante en la agitación de los partidos comunistas europeos y no pudo, en cierto modo, echar raíces. Pero ocurre absolutamente lo mismo con las consignas "gobierno obrero", "soviets", etc., es decir, con todas las que deben preceder directamente a la revolución. El desafecto en que cayó la idea de los Estados Unidos Soviéticos de Europa se explica por el hecho que, contrariamente al juicio político erróneo del V Congreso, el movimiento revolucionario se ha ido debilitando desde fines de 1923 en Europa. Pero justamente por eso sería funesto establecer un programa o algunas de sus partes dejándose impresionar sólo por este período. La consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa fue adoptada, a pesar de todas las prevenciones, justamente en 1923, cuando se esperaba que la revolución estallase en Alemania, y cuando los problemas de las relaciones recíprocas entre los estados de Europa habían adquirido una aspereza particular; por consiguiente, la consigna no fue adoptada al azar. Toda nueva acentuación de la crisis interna de Europa, y, con mayor razón, de la crisis mundial, si es bastante profunda para plantear de nuevo los problemas fundamentales de la política, creará condiciones absolutamente favorables para la adopción de la consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa. Es, pues, un error radical pasarla en silencio en el proyecto de programa, sin rechazarla, no obstante, o, dicho de otro modo, guardarla en reserva, "por si acaso". En las cuestiones de principio, la política de reservas no vale para nada.

4-El criterio del internacionalismo

Como ya sabemos, el proyecto supone una tentativa (que merece elogios de todas maneras): la de tomar como punto de partida, en su estructura, la economía mundial y sus tendencias interiores. Pravda tiene completamente razón cuando dice que es en eso en lo que nos distinguimos en principio de la socialdemocracia nacional y patriota. Sólo partiendo de la economía mundial, que domina a sus diversas partes, se puede establecer el programa del partido internacional del proletariado. Pero, precisamente, al juzgar las tendencias esenciales de la evolución del mundo, el proyecto no sólo revela las lagunas que le deprecian como hemos señalado más arriba, sino que, en ciertos puntos, es groseramente unilateral y comete así burdos errores y deformaciones.

Repetidas veces, y no siempre oportunamente, el proyecto se refiere a la ley del desarrollo desigual del capitalismo, presentándola como su ley fundamental, que determina poco más o menos todo. Una serie de errores del proyecto, y, entre ellos, uno que es esencial desde el punto vista teórico, se basan en una concepción unilateral y errónea, ni marxista ni leninista, de la ley del desarrollo desigual.

En su capítulo primero el proyecto dice:

"La desigualdad en el desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. Esta desigualdad aumenta y se acentúa aún más en la época del imperialismo".

Es cierto. Esta fórmula condena la manera en que Stalin planteó recientemente la cuestión, afirmando que la llamada ley del desarrollo desigual había sido desconocida de Marx y Engels y descubierta por Lenin. El 15 de septiembre de 1925, Stalin decía que Trotsky está mal inspirado al basarse en Engels, que escribía en una época en que no se podía siquiera plantear la cuestión (¡!) de la ley del desarrollo desigual de los países capitalistas. Aunque esas palabras parezcan inverosímiles, sin embargo Stalin, uno de los autores del proyecto, las repitió más de una vez. El texto del proyecto da en ese

punto, como vemos, un paso adelante. Si, no obstante, se deja de lado esta corrección que repara una falta elemental, lo que el proyecto dice de la ley del desarrollo desigual es, en el fondo, unilateral e incompleto.

En primer lugar, sería más justo decir que toda la historia de la humanidad se desarrolla en medio de una evolución desigual. El capitalismo sorprende ya a las diferentes partes de la humanidad en grados diferentes de evolución, cada uno de los cuales contiene profundas contradicciones internas. La gran variedad del nivel alcanzado y la desigualdad extraordinaria del ritmo de desenvolvimiento de las diversas partes de la humanidad, en el curso de los diferentes periodos, constituyen la posición de partida del capitalismo. Sólo gradualmente éste se hace dueño de la desigualdad que ha heredado, la torna evidente y la modifica empleando sus propios métodos y marchando por sus propias rutas. Distinguiéndose en esto de los sistemas económicos que le precedieron, el capitalismo tiene la propiedad de tender continuamente hacia la expansión económica, de penetrar en regiones nuevas, de vencer las diferencias económicas, de transformar las economías provinciales y nacionales, encerradas en sí mismas, en un sistema de vasos comunicantes, y así acercar e igualar el nivel económico y cultural de los países más avanzados y más atrasados. No se puede concebir sin ese proceso fundamental la nivelación relativa, primero de Europa y de Inglaterra, después de América y de Europa, la industrialización de las colonias, que disminuye la diferencia existente entre la India y Gran Bretaña, así como todas las consecuencias de los procesos enumerados, en las cuales se basa no sólo el programa de la Internacional Comunista, sino su propia existencia.

Mediante el acercamiento económico de los países y la igualación del nivel de su desarrollo, el capitalismo obra con sus métodos, es decir, con métodos anárquicos, que zapan continuamente su propio trabajo, oponiendo un país y un ramo de la producción a otro, favoreciendo el desarrollo de ciertas partes de la economía mundial, frenando o paralizando el de otras. Sólo la combinación de esas dos tendencias fundamentales, centrípeta y centrífuga, nivelación y desigualdad (consecuencias ambas de la naturaleza del capitalismo), nos explica el vivo entrelazamiento del proceso histórico.

El imperialismo acentúa además esas dos tendencias a causa de la universalidad, movilidad y dispersión del capital financiero, esa fuerza viva del imperialismo. Con mucha más rapidez y profundidad, el imperialismo une en un todo a los diversos grupos nacionales y continentales; crea entre ellos una dependencia vital de las más íntimas; aproxima sus métodos económicos, sus formas sociales y sus niveles de evolución. Al mismo tiempo, persigue ese "fin", que es suyo, por procedimientos tan antagónicos, dando tales saltos, efectuando tales razzias en los países y regiones atrasados que él mismo perturba la unificación y la nivelación de la economía mundial, con violencias y convulsiones que no conocieron las épocas precedentes. Sólo esta concepción dialéctica, y no abstracta y mecánica, de la ley del desarrollo desigual permite evitar el error radical al cual no ha podido escapar el proyecto de programa propuesto al VI Congreso.

Inmediatamente después de haber caracterizado esta ley de la manera unilateral que hemos señalado más arriba, el proyecto dice:

"De ahí se deduce que la revolución internacional del proletariado no puede considerarse como un acto que se realiza simultáneamente en todas partes a la vez. De ahí resulta que el triunfo del socialismo es posible en algunos países poco numerosos e incluso en un solo país capitalista, considerado aisladamente".

Que es imposible que la revolución proletaria internacional sea un acto simultáneo

nadie puede negarlo, sobre todo después de la experiencia de la Revolución de Octubre, realizada por la clase obrera de un país atrasado, bajo la presión de la necesidad histórica, sin esperar a que el proletariado de los países avanzados "rectificase el frente". Es absolutamente justo y oportuno recurrir a la ley de desarrollo desigual en este aspecto. Pero no lo es en la segunda parte de la conclusión, donde se asegura, sin fundamento, que el triunfo del socialismo es posible en "un solo país capitalista, considerado aisladamente". Como prueba, el proyecto dice simplemente: "de ahí resulta"; es decir, que ello se desprende de la llamada ley del desarrollo desigual. Sin embargo, eso no es verdad. "De ahí resulta" directamente lo contrario. Si los diversos países evolucionasen no sólo desigualmente aislados sino incluso independientemente unos de otros, entonces, sin ninguna duda, habría que deducir de la ley del desarrollo desigual la posibilidad de construir el sistema socialista en un solo país, considerado aisladamente: en primer lugar en el más avanzado, después, a medida que fuesen llegando a la madurez, en los más atrasados. Esta era la concepción corriente del paso al socialismo en la socialdemocracia de antes de la guerra y constituía, precisamente, la consagración teórica del socialpatriotismo. Claro está que el proyecto no adopta ese punto de vista, pero resbala hacia él.

El error teórico que se comete es intentar extraer de la ley del desarrollo desigual lo que ésta no contiene y no puede contener. La evolución desigual, a saltos, de los diversos países quebranta continuamente los lazos que los unen, su interdependencia económica creciente; pero sin suprimirlos, ni mucho menos: al día siguiente de una carnicería infernal que duró cuatro años, esos países se ven obligados a cambiar carbón, trigo, petróleo, pólvora y tirantes. En este punto fundamental, el proyecto presenta los hechos como si la evolución histórica se realizase a saltos; pero el terreno económico que los provoca y en el cual se realizan sale completamente del campo visual de los autores del proyecto, o éstos lo eliminan abusivamente. Se procede así para defender la indefendible teoría del socialismo en un solo país.

Después de lo que queda dicho, no será difícil comprender que la única manera justa de plantear el problema es la siguiente: durante la época preimperialista, Marx y Engels ya habían llegado a la conclusión que, por una parte, la irregularidad, es decir, las sacudidas de la evolución histórica, extenderán la revolución proletaria a toda una época, durante la cual las naciones entrarán unas tras otras en el torrente revolucionario; pero, por otra parte, la interdependencia orgánica de los diversos países, que se ha desarrollado hasta el punto de convertirse en división internacional del trabajo, excluye la posibilidad de establecer el régimen socialista en un solo país; por consiguiente con más razón ahora, en el curso de la nueva época, cuando el imperialismo ha extendido, profundizado y avivado esas dos tendencias antagónicas, la doctrina de Marx, que enseña que sólo se puede comenzar, pero en ningún caso acabar, la revolución socialista en los límites de una nación, es dos y tres veces más verdadera aún. Lenin no ha hecho más que ampliar y concretar la manera en que Marx planteó la cuestión y la solución que le dio.

El programa de nuestro partido adopta enteramente como punto de partida la idea de que la Revolución de Octubre y la construcción del socialismo están condicionadas por la situación internacional. Para demostrarlo bastaría simplemente volver a copiar la parte teórica de nuestro programa. Señalemos solamente que cuando, en el VIII Congreso del partido, el difunto Podbielsky sospechó que ciertas fórmulas del programa no se referían más que a la revolución en Rusia, Lenin le respondió, en el discurso de clausura (19 de marzo de 1919):

"Podbielsky ha combatido uno de los párrafos, que habla de la revolución social que se prepara... Indudablemente, este argumento no tiene base, pues en nuestro programa se habla de revolución social de dimensión mundial".

No será superfino mencionar que, poco más o menos, hacia la misma época Lenin proponía que se llamase a nuestro partido, no partido comunista ruso, sino partido comunista simplemente, para subrayar con mayor fuerza que es el partido de la revolución internacional. En el comité central, Lenin sólo tuvo mi voto a favor de esta proposición. Sin embargo, no planteó esta cuestión ante el congreso teniendo en cuenta que en ese momento se organizaba la Tercera Internacional. Siendo ésta la posición del partido no podía surgir la idea del socialismo en un solo país. Sólo por eso el programa del partido no condena esta teoría, sino que la ignora simplemente.

Pero en el programa de las Juventudes Comunistas, adoptado dos años más tarde, para educar a los jóvenes en el espíritu del internacionalismo ya fue necesario ponerles directamente en guardia contra las ilusiones y el espíritu nacionales estrechos en la cuestión de la revolución proletaria. Ya hablaremos de esto más adelante.

No se ha procedido así en el nuevo proyecto de programa de la Internacional Comunista. De conformidad con la evolución reformista que sufrieron sus autores desde 1924, se entra, como vemos, en un camino directamente opuesto. Sin embargo, la manera en que se resuelva el problema del socialismo en un solo país determina el valor del proyecto entero como documento marxista o revisionista.

Ciertamente, el proyecto, con cuidado y obstinación, pone de manifiesto, señala y explica las diferencias entre la forma comunista y la reformista de plantear las cuestiones. Pero eso no resuelve el problema. Es como si un barco abundantemente provisto de aparatos y mecanismos marxistas tuviese las velas abiertas a todos los vientos revisionistas y reformistas. Quien, sirviéndose de la experiencia adquirida durante las tres últimas décadas, y, sobre todo, de la experiencia convincente de China en el curso de los últimos años, haya aprendido a comprender la poderosa interdependencia dialéctica que existe entre la lucha de clases y los programas de los partidos, nos comprenderá también cuando digamos que el nuevo velamen revisionista puede parar el funcionamiento de los aparatos de seguridad y de salvamento del marxismo y del leninismo. He aquí por qué nos vemos obligados a ocuparnos más en detalle de esta cuestión esencial, que determinará por mucho tiempo el desarrollo y el destino de la Internacional Comunista.

5-La tradición teórica del partido

En la cita señalada más arriba, el proyecto de programa usa la expresión "victoria del socialismo en un solo país" con la clara intención de señalar una identidad con el artículo de Lenin de 1915: identidad puramente superficial y verbal de hecho. Así se ha abusado de Lenin de una manera cruel, por no decir criminal, en el curso de las discusiones acerca la organización de la sociedad socialista en un solo país. El proyecto recurre al mismo procedimiento en otro caso, cuando "alude" a las palabras de Lenin para consolidar su posición. Esta es su "metodología" científica.

De toda la rica literatura marxista, del tesoro de los trabajos de Lenin, dejando de lado todo lo que Lenin escribió, dijo e hizo; sin acordarse para nada de los programas del partido y de las juventudes comunistas, olvidando lo que todos los dirigentes del partido, sin excepción, habían expresado en la época de la revolución de octubre, cuando se planteó claramente (¡y cuán claramente!) la cuestión; pasando por encima de lo que

los mismos autores del proyecto, Stalin y Bujarin, habían dicho hasta 1924 inclusive, no se presenta, en todo y por todo, para defender la teoría del socialismo nacional que nació a fines 1924 o a principios de 1925, de las necesidades de la lucha contra el llamado trotskysmo, más que dos citas de Lenin, una del artículo sobre los Estados Unidos de Europa, escrito en 1915, otra de su obra postuma, inacabada, sobre la cooperación. Se deja simplemente de lado todo lo que contradice esas dos citas de algunas líneas, todo el marxismo, todo el leninismo. En la base de una nueva teoría, puramente revisionista, que provoca consecuencias políticas cuya trascendencia no puede entreverse todavía, se ponen esas dos citas, artificialmente aisladas del contexto, interpretadas por los epígonos de una manera groseramente errónea. Así, ante nuestros ojos, se trata de injertar en el tronco marxista, recurriendo a métodos escolásticos y sofísticos, una rama de una especie muy distinta, y si este injerto resulta, infectará y matará a todo el árbol.

En el VII Plenario, Stalin declaró (y no por primera vez):

"La cuestión de la organización de la economía socialista en un solo país fue ya planteada en el partido, por primera vez, por Lenin, en 1915". (subrayado por mí).

Así, pues, se admite aquí que antes de 1915 no se planteó la cuestión del socialismo en un solo país. Esto significa que ni Stalin ni Bujarin pretenden reclamarse de toda la tradición precedente del marxismo y del partido ante el problema del carácter internacional de la revolución proletaria. Tomemos nota de esto.

Pero, ¿qué declaró Lenin, "por primera vez", en 1915, contradiciendo lo que Marx y Engels habían dicho y lo que habla dicho él mismo hasta ese año?

En 1915, Lenin escribió:

"La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. De ahí resulta que la victoria del socialismo es posible primero en algunos países capitalistas poco numerosos, e incluso en uno solo, considerado aisladamente. El proletariado triunfante en un país, después de haber expropiado a los capitalistas y organizado la producción socialista, se alzará contra el resto del mundo capitalista, atraerá a las clases oprimidas de los otros países, sublevándolas contra los capitalistas e interviniendo incluso, en caso de necesidad, por la fuerza militar contra las clases explotadoras y sus estados", (subrayado por mí).

¿A qué se refiere Lenin al escribir esto? Simplemente, a que la victoria del socialismo, en el sentido del establecimiento de la dictadura del proletariado, sólo es posible, en primer lugar, en un solo país, que se encontrará así en oposición con el mundo capitalista. El estado proletario, para rechazar los asaltos del enemigo y pasar a la ofensiva revolucionaria, deberá previamente organizar en su país "la producción socialista", es decir, dirigir él mismo el trabajo en las fábricas arrebatadas a los capitalistas. Es todo. Como es sabido, esa "victoria del socialismo" la obtuvimos por primera vez, en Rusia; el primer estado obrero, para rechazar la intervención armada mundial, tuvo, en primer lugar, que organizar "la producción socialista" o bien, trust de tipo socialista consecuente. Lenin entendía, pues, por victoria del socialismo en un solo país, no una fantasmagoría, una sociedad socialista que tuviera como fin su propia existencia (sobre todo en un país atrasado), sino algo mucho más realista: lo que la Revolución de Octubre realizó en nuestro país desde el primer período de su existencia.

¿Acaso es preciso aportar más pruebas para demostrar esto? Las hay tan numerosas que sólo la elección es difícil.

En su tesis sobre la guerra y la paz (7 de enero de 1918), Lenin habla de "la necesidad en Rusia, de cierto lapso de tiempo, no menos de algunos meses, para el éxito del

socialismo..

A principios del mismo año 1918, en un artículo dirigido contra Bujarin y titulado: Sobre el infantilismo izquierdista y de la pequeña burguesía, Lenin escribía:

"Establecer en nuestro país, por ejemplo, en seis meses, el capitalismo de estado, sería un éxito inmenso y la garantía más segura de que de aquí a un año el socialismo se consolidaría definitivamente en Rusia y sería invencible".

¿Cómo podía fijar Lenin un plazo tan breve para consolidar "definitivamente" el socialismo? ¿Qué sentido material, social, relativo a la producción, daba a esas palabras?

Esta cuestión presentará otro aspecto si se recuerda que, el 29 de abril del mismo año 1918, Lenin decía, en su informe al Comité Ejecutivo Central Panruso de los Soviets:
"La generación que nos sigue inmediatamente, y que estará más desarrollada que nosotros, pasará apenas completamente al socialismo".

El 3 de diciembre de 1919, en el congreso de los arteles agrícolas y de las explotaciones colectivas, Lenin se expresó con más vigor aún:
"Sabemos que no podemos introducir ahora el orden socialista; Dios quiera que se establezca en nuestro país en vida de nuestros hijos, o, al menos, en la de nuestros nietos..

¿En cuál de esos dos casos tenía Lenin razón; cuando fijaba un plazo de doce meses para consolidar "definitivamente" el socialismo o cuando encargaba, no a nuestros hijos, sino a nuestros nietos el establecimiento del orden socialista?

Lenin tenía razón en los dos casos, pues se refería a etapas diferentes, completamente inconmensurables, de la construcción del socialismo.

En el primer caso, Lenin entendía por "consolidar definitivamente el socialismo", no la organización de la sociedad socialista en el plazo de un año, e incluso en "algunos meses" (es decir, no la supresión de las clases, no la liquidación de las contradicciones existentes entre la ciudad y el campo) sino la puesta en marcha de las fábricas y usinas en manos del estado proletario, garantizando así la posibilidad de cambiar productos entre las ciudades y las aldeas. La escasa duración del plazo fijado constituye por sí misma una clave que permite interpretar sin error el pensamiento del autor.
Incluso para esta tarea muy elemental se había previsto un plazo demasiado corto a principios de 1918. De esta "falta" puramente práctica se burlaba Lenin, en el IV Congreso de la Internacional Comunista, diciendo: "éramos más tontos que ahora". Pero "habíamos" visto con justeza la perspectiva general, sin creer, ni mucho menos, que se pueda en doce meses erigir integralmente "el orden socialista", y, por añadidura, en un país atrasado. Lenin contaba para alcanzar el objetivo fundamental y final (la realización de la sociedad socialista) con tres generaciones: nosotros, nuestros hijos y nuestros nietos.

¿No está claro que en su artículo de 1915 Lenin entiende por organización de "la producción socialista" no la creación de una sociedad socialista, sino una obra infinitamente más simple, que ya hemos realizado en la URSS? De otro modo, sería necesario llegar a la conclusión absurda de que, según Lenin, el partido proletario, después de haber conquistado el poder, debe "aplazar" la guerra revolucionaria hasta la tercera generación.

Así, piadosamente, de punto de apoyo fundamental de la nueva teoría sólo queda la cita de 1915. Pero lo que la hace más lamentable aún es que, según Lenin, esta cita no se refería de ninguna manera a Rusia. Hablaba de Europa por oposición a Rusia, como se desprende no solamente del contenido del artículo consagrado a los Estados Unidos

de Europa, sino de la actitud que observaba Lenin entonces. Algunos meses después, el 20 de noviembre de 1915, Lenin escribía especialmente sobre Rusia:

"De esta situación de hecho se deduce, evidentemente, la misión del proletariado: lucha revolucionaria audaz, sin vacilación, contra la monarquía (consigna de la conferencia de enero de 1912, los "tres pilares"), lucha que arrastrará a todas las masas democráticas, es decir, sobre todo a los campesinos. Y, al mismo tiempo, lucha implacable contra el chauvinismo, lucha por la revolución socialista en Europa en alianza con su proletariado... La crisis militar ha reforzado los factores económicos y políticos (la pequeña burguesía) que la empujan, así como a los campesinos, hacia la izquierda. Esta es la base objetiva que hace perfectamente posible la victoria de la revolución democrática en Rusia. No es necesario que demostremos aquí que las condiciones objetivas de la revolución socialista están completamente maduras en Europa occidental; todos los socialistas influyentes, en todos los países avanzados, lo admitían antes de la guerra", (subrayado por mí).

Así, pues, en 1915, Lenin hablaba claramente de la revolución democrática en Rusia y de la revolución socialista en Europa occidental, y señalaba, de paso, como algo que cae por su propio peso, que en Europa occidental, a diferencia de Rusia, en oposición con Rusia, las condiciones para la revolución socialista están "completamente maduras". Pero los autores de la nueva teoría, que son, al mismo tiempo, los del programa, dejan simplemente de lado, entre otras muchas, esta cita, que se refiere directamente a Rusia, y obran del mismo modo con centenares de otras del conjunto de las obras de Lenin. Por el contrario, como hemos visto, se apoderan de una cita que concierne a Europa occidental, le dan un sentido que no tiene ni puede tener; atribuyen su significación arbitraria a Rusia, a la cual no se refiere y sobre estos "cimientos" erigen su nueva teoría.

¿Cómo planteaba Lenin esta cuestión durante el período que precedió inmediatamente a la Revolución de Octubre? Al partir de Suiza, después de la revolución de febrero, Lenin se dirigió a los obreros suizos en una carta en la que decía lo siguiente:

"Rusia es un país campesino, uno de los países más atrasados de Europa. El socialismo no puede triunfar en él directamente, enseguida. Pero el carácter campesino del país dadas las inmensas propiedades agrarias conservadas por los nobles terratenientes, puede, como lo prueba la experiencia de 1905, darle a la revolución burguesa y democrática en Rusia una extensión inmensa; puede hacer de la nuestra el prólogo de la revolución socialista mundial, una etapa hacia ella... El proletariado ruso no puede, por sus propias fuerzas, acabar victoriosamente la revolución socialista. Pero puede dar a su revolución tal extensión que creará las mejores condiciones para la revolución socialista, y la comenzará, en cierto modo. Puede facilitar la intervención en las batallas decisivas de su aliado principal, y el más fiel y el más seguro, el proletariado socialista europeo y americano".

Estas líneas contienen todos los elementos de la cuestión. Si en 1915, durante un período de guerra y de reacción, Lenin estimaba, como se trata de hacernos creer, que el proletariado en Rusia podía por sí sólo construir el socialismo y después declarar la guerra a los estados burgueses, ¿cómo, entonces, a principios de 1917, cuando la revolución de febrero se había producido ya, podía pronunciarse tan categóricamente sobre la imposibilidad para la Rusia campesina de organizar el socialismo por sus propias fuerzas? Habría que ser, al menos, un poco lógico y, digámoslo francamente; respetar un poco más a Lenin.

Sería superfino multiplicar las citas. Un estudio de los puntos de vista de Lenin sobre

el carácter económico y político de la revolución socialista, condicionada por su extensión internacional, exigiría un trabajo especial y comprendería no pocos temas, salvo el de la construcción en un solo país de una sociedad socialista con su propia existencia como fin. Lenin no conocía ese tema.

Nos vemos, sin embargo, obligados a ocuparnos aún de otro artículo de Lenin; en efecto, el proyecto de programa parece citar el artículo postumo de Lenin De la cooperación, sirviéndose de una expresión aislada de éste con un fin que no tiene nada de común con él. Nos referimos al capítulo V del proyecto de programa que dice que los obreros de las repúblicas soviéticas poseen "en el país las premisas materiales necesarias y suficientes... para construir el socialismo integral", (subrayado por mí).
Si este artículo, dictado por Lenin durante su enfermedad y publicado solamente después de la muerte, decía verdaderamente que el estado soviético posee las premisas materiales (es decir, en primer lugar, de producción) necesarias y suficientes para construir por si sólo el socialismo integral, no quedaría otra solución que suponer que el autor había dejado escapar un lapsus durante el dictado, o bien que se trataba de un error de taquigrafía. Uno y otro serían, en todo caso, más probables que el hecho de ver a Lenin renunciar en dos líneas cualesquiera al marxismo y a todo lo que había enseñado durante su vida. Felizmente, es inútil recurrir a esta explicación. El artículo De la cooperación, notable aunque inacabado, está ligado por una unidad de pensamiento a otros, no menos notables, aparecidos durante el último período de la existencia de Lenin y que forman, en cierto modo, los capítulos de un libro que no pudo terminar y que trata del lugar que ocupa la Revolución de Octubre en el encadenamiento de las revoluciones de occidente y oriente; el artículo De la cooperación no dice, ni mucho menos, lo que le atribuyen, con tanta ligereza, los revisionistas de la doctrina de Lenin.
Lenin explica en él que la cooperación "mercantil" puede y debe modificar completamente su papel social en el estado obrero; gracias a una política justa, puede coordinar en la vía socialista el interés particular del campesino con el interés general del estado. Lenin expone en las líneas que reproducimos a continuación los fundamentos de este pensamiento indiscutible:

"En efecto, el poder del estado, que se extiende a todos los medios de producción principales y que está en manos del proletariado, la alianza de la clase obrera y de numerosos millones de campesinos pobres, la garantía de que aquélla conservará la hegemonía con respecto a éstos, etc., ¿no es todo lo que necesita para poder, con ayuda de la cooperación, de la cooperación sola (que tratábamos antes de mercantil y que tenemos aún, hasta cierto punto, el derecho de tratar así, ahora que tenemos la NEP), construir la sociedad socialista integral? Eso no es aún la construcción de la sociedad socialista, pero es todo lo necesario y suficiente para ello".

El texto de la cita, que contiene la frase inacabada "de la cooperación sola", prueba indiscutiblemente que estamos en presencia de un borrador no corregido y, además de eso, dictado, y no escrito por la mano del autor. Por eso mismo tanto más imperdonable es agarrarse a palabras aisladas del texto, en lugar de meditar sobre el sentido general del artículo. Sin embargo, felizmente, la letra misma de la cita aportada, y no solamente su espíritu, no da derecho a cometer el abuso a que han recurrido los autores del proyecto. Hablando de las premisas "necesarias y suficientes", Lenin delimita rigurosamente su tema en este artículo. En él examina simplemente por qué métodos y procedimientos llegaremos hasta el socialismo, desembarazándonos de la dispersión de las explotaciones campesinas, sin pasar por nuevos conflictos de clase,

dada la existencia de las premisas del régimen soviético. El artículo está enteramente consagrado a las formas sociales de la organización de la transición entre la pequeña economía privada y la economía colectiva; no trata, ni mucho menos de las condiciones materiales de producción de esta transición. Si hoy triunfase el proletariado europeo y viniera a socorrernos con su técnica, la cuestión de la cooperación, planteada por Lenin como método social de organización que combina el interés privado con el de la colectividad, conservaría toda su importancia. La cooperación indica la ruta por la cual la técnica en desarrollo, la electrificación inclusive, podrá reorganizar y unir a millones de explotaciones campesinas si el régimen soviético existe; pero no la substituye ni la crea en su seno. Como hemos visto, Lenin no hace más que hablar de las premisas "necesarias y suficientes" en general, y las enumera con precisión. Estas son: I°, "el poder del estado, que se extiende a todos los medios de producción" (la frase no está corregida); 2°, el poder del estado "en manos del proletariado"; 3°, "la alianza de la clase obrera y de numerosos millones de campesinos"; 4°, "la garantía de la supremacía del proletariado con referencia a los campesinos". Y sólo después de haber enumerado esas condiciones estrictamente políticas (no se habla aquí para nada de las condiciones materiales), Lenin saca su conclusión: esto (es decir, todas las condiciones enumeradas) "es todo lo necesario y suficiente" para construir la sociedad socialista. "Todo lo que es necesario y suficiente" en el plano político, y nada más. Pero, agrega Lenin, por esta razón "no es aún la construcción de la sociedad socialista". ¿Por qué? Porque las condiciones políticas solas, incluso si son suficientes, no resuelven el problema en su conjunto. Queda aún la cuestión de la cultura. Nada más que eso, dice Lenin, y subraya las palabras "nada más" para demostrar la enorme importancia de las premisas que nos faltan. Lenin sabía tan bien como nosotros que la cultura está relacionada con la técnica; "para ser cultos (decía, haciendo descender a los revisionistas de las nubes) es preciso que haya cierta base material". Basta recordar el problema de la electrificación, que Lenin ligaba, dicho sea de paso, a la cuestión de la revolución socialista internacional. La lucha por la cultura, en el marco de las condiciones "necesarias y suficientes" políticas (pero no materiales) ocuparía completamente toda nuestra actividad si no existiese el problema de la lucha incesante e implacable, económica, política, militar y cultural entre la sociedad socialista en construcción con una base atrasada y el capitalismo mundial, que marcha hacia su decadencia, pero que es poderoso por su técnica.

"Me inclinaría a decir [subraya Lenin, hacia el final del mismo artículo] que para nosotros el centro de gravedad se desplaza hacia el trabajo cultural, si no existiesen las relaciones internacionales, si no hubiera la obligación de luchar por nuestras posiciones en el dominio internacional".

Este es el verdadero pensamiento de Lenin, incluso si se aísla el artículo sobre la cooperación de sus demás obras. ¿Cómo, pues, calificar de otra manera que de falsificación el método de los autores del proyecto de programa, que, tomando conscientemente de Lenin las palabras concernientes a la existencia en nuestro país de las premisas "necesarias y suficientes", agregan, por su parte, la premisa fundamental, es decir, la material, mientras que Lenin demostraba con claridad qué precisamente faltaba en Rusia, que había que conquistarla aún en relación con la lucha, "por nuestras posiciones en el dominio internacional", es decir, en relación con la revolución proletaria mundial. He aquí lo que queda del segundo y último punto de apoyo de la teoría.

Conscientemente no citamos aquí los innumerables artículos y discursos en que Lenin (desde 1905 hasta 1923) afirma y repite de la manera más categórica que sin

la revolución mundial triunfante estamos amenazados de muerte; que no se puede triunfar contra la burguesía desde el punto de vista económico en un solo país, y menos aún en un país atrasado; que la tarea de construir la sociedad socialista es internacional por su esencia misma. Lenin saca conclusiones que parecerán acaso "pesimistas" a los creadores de la nueva teoría nacional y reaccionaria; pero que son suficientemente optimistas si se las considera desde el punto de vista del internacionalismo revolucionario. No concentramos aquí nuestra atención más que en las citas escogidas por los autores del proyecto para crear las premisas "necesarias y suficientes" para su utopía. Y vemos que todo su edificio se derrumba en cuanto se le toca con el dedo.

Creemos, sin embargo, que es normal dar aquí al menos un testimonio directo de Lenin respecto a la cuestión en litigio que no necesita ser explicada y no podría ser interpretada falsamente.

"Hemos señalado en toda una serie de obras, en todos nuestros discursos, en toda la prensa, que no ocurre lo mismo en Rusia que en los países capitalistas; tenemos una minoría de obreros ocupados en la industria y una mayoría de modestos cultivadores. En un país así, la revolución social no puede triunfar definitivamente más que con dos condiciones. Una, que sea sostenida en tiempo oportuno por la revolución social en uno o varios países avanzados... La otra es el acuerdo entre el proletariado que ejerce su dictadura o tiene en sus manos el poder del estado y la mayoría de la población campesina...

Sabemos que no es el acuerdo con los campesinos lo que puede salvar a la revolución socialista en Rusia en tanto que no se produzca la revolución en otros países..." (subrayado por mí).

Esperamos que esta cita será suficientemente convincente; en primer lugar, Lenin mismo señala que las ideas que expone las ha desarrollado "en toda una serie de obras, en todos nuestros discursos, en toda la prensa"; en segundo lugar, está escrita no en 1915, no antes de octubre, sino en 1921, cuatro años después de la toma del poder.

Nos atrevemos a creer que, en lo concerniente a Lenin, la cuestión está ya suficientemente clara. Pero uno puede preguntarse aún: ¿Cómo planteaban en el pasado la cuestión que nos interesa los autores del proyecto de programa?

Stalin decía, a este respecto, en noviembre de 1926:

"El partido admitió siempre que el triunfo del socialismo en un solo país es la posibilidad de construirlo en él, y que esta obra puede realizarse con sus propias fuerzas".

Sabemos ya que el partido no admitió eso jamás. Por el contrario, en "toda una serie de obras, en todos nuestros discursos, en toda la prensa", como dice Lenin, el partido se basó en una posición contraria, que encontró justamente su expresión fundamental en el programa del partido comunista de la URSS. Pero, Stalin al menos, ¿partió "siempre" de la falsa idea de que puede organizarse el socialismo con las "fuerzas" de un "solo país"? Veámoslo.

Ignoramos totalmente cómo comprendía Stalin esta cuestión en 1905 o en 1915, pues sobre esto carecemos completamente de datos consignados en documentos. Pero, en 1924, Stalin expuso de la manera siguiente las concepciones de Lenin sobre la construcción del socialismo:

"...Derribar en un país el poder de la burguesía e instaurar el del proletariado no significa asegurar la victoria completa del socialismo. Queda aún por realizar la misión principal de éste: la organización socialista de la producción. ¿Se puede resolver este problema, se puede obtener la victoria definitiva del socialismo en un solo país sin

que concuerden los esfuerzos de los proletarios de varios países avanzados? No; es imposible. Para derribar a la burguesía, bastan los esfuerzos de un solo país, como lo prueba la historia de nuestra revolución. Para que el socialismo triunfe definitivamente, para organizar la producción socialista, los esfuerzos de un solo país, sobre todo de un país tan campesino como Rusia, ya no bastan; son precisos para ello los de los proletarios de varios países avanzados...”

“Estos son, en general, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria”.

Hay que reconocerlo: “los rasgos característicos de la teoría leninista” están expuestos aquí con bastante exactitud. Sin embargo, en las ediciones posteriores del libro de Stalin esa frase ha sido corregida en un sentido directamente opuesto y “los rasgos característicos de la teoría leninista” fueron denunciados un año después como... trotskysmo. El VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista adoptó su decisión con arreglo no a la edición de 1924, sino a la de 1926.

He aquí la situación de Stalin. No puede ser más lamentable. Es verdad que aún podríamos consolarnos si la actitud de la última reunión plenaria del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no hubiera sido tan lamentable como la de Stalin.

Queda una última esperanza: que al menos Bujarin, el verdadero autor del proyecto de programa, haya admitido “siempre” la posibilidad de realizar el socialismo en un solo país. Veamos. He aquí lo que Bujarin escribía al respecto en 1917.

“Las revoluciones son las locomotoras de la historia. Sólo el proletariado, incluso en la atrasada Rusia, puede ser el maquinista irreemplazable de estas locomotoras. Pero el proletariado ya no puede permanecer en los límites de las relaciones de propiedad de la sociedad burguesa. Marcha hacia el poder y hacia el socialismo. Sin embargo, no puede realizar esta misión, que en Rusia también ‘esta al orden del día’, en el interior de las fronteras nacionales’. Aquí la clase obrera tropieza con un muro infranqueable [observadlo bien: “con un muro infranqueable”. (L.T.), que sólo puede derribarse con el ariete de la revolución obrera internacional”.

No es posible expresarse más claramente. He aquí cuál era la opinión de Bujarin en 1917, dos años después del supuesto “cambio repentino” de Lenin en 1915. Pero la Revolución de Octubre, ¿no habrá enseñado algo nuevo a Bujarin? Veámoslo.

En 1919, Bujarin escribía las líneas que siguen respecto a “la dictadura del proletariado en Rusia y la revolución mundial”, en el órgano teórico de la Internacional Comunista: “Dada la existencia de la economía mundial y la cohesión que une a sus diversas partes, dada la interdependencia de los diversos grupos burgueses organizados en estados, ni que decir tiene que no puede acabarse la lucha en un país aislado sin que una de las partes obtenga una victoria decisiva en varios países civilizados”, (subrayado por mí) En esa época no había “ni que decir” eso. Después:

“En las publicaciones marxistas y semimarxistas de antes de la guerra se planteó más de una vez la cuestión de si era posible la victoria del socialismo en un solo país. La mayoría de los escritores respondieron negativamente [¿y Lenin, entonces, en 1915? L.T.], de lo cual no se puede deducir que sea imposible o inadmisible comenzar la revolución y apoderarse del poder en un país aislado”.

¡Precisamente!

El mismo artículo decía más adelante:

“El período de progresión de las fuerzas productivas sólo puede comenzar con el triunfo del proletariado en varios países importantes... De donde se deduce que es

necesario extender por todos los medios la revolución mundial y formar un bloque económico sólido entre los países industriales y Rusia soviética".

La afirmación de Bujarin de que la progresión de las fuerzas productivas, es decir, la verdadera progresión socialista no comenzará en nuestro país hasta después de la victoria del proletariado de los países avanzados de Europa es precisamente la idea contra la cual van dirigidas todas las actas de acusación formuladas contra el "trotskysmo", entre otras ocasiones en el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Lo que es curioso es que Bujarin, que debe su salud a su corta memoria, actuase de acusador. Al lado de este aspecto cómico hay otro trágico: es que es Lenin quien está en el banquillo, porque ha expresado este mismo pensamiento elemental docenas de veces.

Así pues, en 1921, seis años después del supuesto cambio de actitud de Lenin en 1915, cuatro años después de octubre, el comité central, con Lenin a la cabeza, aprobó el programa de las juventudes comunistas, establecido por una comisión dirigida por Bujarin, y en cuyo párrafo cuarto se dice:

"El poder del estado ya se encuentra en la URSS en manos de la clase obrera. Durante tres años de lucha heroica contra el capital mundial, se ha mantenido y desarrollado el poder soviético. Aunque Rusia posee inmensas riquezas naturales es, sin embargo, desde el punto de vista industrial, un país atrasado, donde predomina una población pequeño burguesa. Rusia no puede llegar al socialismo más que a través de la revolución proletaria mundial, en cuya época ya hemos entrado".

Este párrafo del programa de las juventudes comunistas (no de un documento cualquiera, sino de un programa) muestra por sí solo cuán ridiculas e indignas son las tentativas de los autores del proyecto de demostrar que el partido ha considerado posible "siempre" la construcción del socialismo en un solo país, y, por añadidura, precisamente en Rusia. Si "siempre" fue esta la actitud del partido, ¿por qué Bujarin formuló así ese párrafo del programa de las juventudes comunistas? ¿Dónde tenía Stalin en ese momento los ojos? ¿Cómo Lenin y todo el comité central abrían podido aprobar semejante herejía? ¿Cómo nadie, en el partido, habría observado ese "detalle" y no habría planteado la cuestión? ¿No se parece demasiado todo esto a una siniestra farsa con la cual se ridiculizan cada vez más el partido, su historia y la Internacional Comunista? ¿No es ya hora de poner fin a todo esto? ¿No ha llegado ya el momento de decir a los revisionistas: no os ocultéis más tras de Lenin, tras la tradición teórica del partido?

En el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Bujarin, que sobrevive gracias a su corta memoria, argumentando en favor de la resolución condenatoria del "trotskysmo", declaró:

"La teoría de la revolución permanente del camarada Trotsky (pues el camarada Trotsky la profesa aún) dice también que, a causa de nuestra situación económica atrasada, pereceremos inevitablemente sin la revolución mundial".

Yo había hablado en la VII reunión plenaria de las lagunas existentes en la teoría de la revolución permanente tal como la había formulado en 19051906. Pero ni qué decir tiene que no había ni siquiera pensado en renunciar a lo fundamental de esa teoría, a lo que me aproximaba y me aproximó a Lenin, a lo que no me permite admitir actualmente la revisión del leninismo.

Había dos tesis fundamentales en la teoría de la revolución permanente.

Primero: a pesar del atraso histórico de Rusia, la revolución puede dar el poder al proletariado ruso antes de dárselo al de los países avanzados. Segundo: para salir de

las contradicciones con que tropezará la dictadura del proletariado en un país atrasado, rodeado por un mundo de enemigos capitalistas, será necesario descender al ruedo de la revolución mundial. La primera de estas tesis se basa en una justa concepción de la ley del desarrollo desigual. La segunda, en una comprensión exacta de la realidad de los lazos económicos y políticos que unen a los países capitalistas. Bujarin tiene razón cuando dice que continúo profesando esas dos tesis fundamentales de la teoría de la revolución permanente. Ahora más que nunca. Pues las considero enteramente comprobadas y confirmadas: en el dominio teórico, por las obras completas de Marx y de Lenin, y, en el dominio práctico, por la experiencia de la Revolución de Octubre.

6- ¿Dónde está, pues, la "desviación socialdemócrata"?

Las citas mencionadas son más que suficientes para caracterizar la posición teórica de Stalin y Bujarin, ayer y hoy. Pero para determinar el carácter de sus procedimientos en política es preciso recordar que, después de haber cosechado en los escritos de la Oposición declaraciones completamente análogas a las que ellos mismos hicieron hasta 1925 (en ese momento, en perfecto acuerdo con Lenin), Stalin y Bujarin, basándose en ellas, pusieron en pie la teoría de nuestra "desviación socialdemócrata". Y he aquí que sobre el problema esencial de las relaciones entre la Revolución de Octubre y la revolución internacional, la Oposición piensa como... Otto Bauer, que no admite que sea posible construir el socialismo en Rusia. Se creería en verdad que no se ha inventado la imprenta hasta 1924 y que todo lo que precede a esta fecha está condenado al olvido. Se cuenta de antemano con que la gente tiene poca memoria.

Sin embargo, ya en el IV Congreso, sobre la cuestión del carácter de la Revolución de Octubre, la Internacional Comunista arregló las cuentas con Otto Bauer y los otros filisteos de la Segunda Internacional. El informe que el comité central me encargó que presentase, y que expresaba sus puntos de vista sobre la nueva política económica y las perspectivas de la revolución mundial, contenía un juicio sobre las ideas de Otto Bauer, juicio que expresó los puntos de vista de nuestro comité central de entonces: no encontró ninguna objeción en el congreso, y estimo ha conservado enteramente todo su vigor hasta hoy. Bujarin renunció a aclarar el aspecto político del problema, puesto que "muchos camaradas, entre ellos Lenin y Trotsky", ya habían hablado de él; en otros términos, Bujarin se solidarizó inmediatamente con mi informe. He aquí lo que dije a propósito de Otto Bauer:

"Los teóricos socialdemócratas admiten, de una parte, en sus artículos dominicales, que el capitalismo, sobre todo en Europa, se sobrevive y se ha convertido en un freno de la evolución histórica; por otra parte, expresan la certidumbre de que la evolución de Rusia soviética la conduce inevitablemente hacia la victoria de la democracia burguesa; así caen en una contradicción de las más vulgares, completamente digna de esos confusionistas obtusos. La nueva política económica está calculada para condiciones de tiempo y de espacio determinadas; es una maniobra del estado obrero que vive aún rodeado de capitalistas y que cuenta firmemente con el desarrollo revolucionario de Europa...

En los cálculos políticos no se puede dejar de lado un factor como el tiempo. Si se admite, en efecto, que el capitalismo durará en Europa aún un siglo o un medio siglo entero y que Rusia soviética, en su política económica, deberá adaptarse a él, entonces la cuestión se resuelve por sí misma; pues en esta hipótesis suponemos a priori que

la revolución proletaria en Europa fracasará y que comenzará una nueva época de renacimiento capitalista. ¿En qué podríamos basarnos para aceptar esto? Si Otto Bauer ha descubierto en la vida de la Austria de hoy síntomas milagrosos de resurrección capitalista, entonces la suerte de Rusia está fijada de antemano. Pero, por ahora, no vemos milagros, y no creemos en ellos. Desde nuestro punto de vista, si la burguesía europea se asegurase en el poder por una serie de décadas, en las condiciones en que vive actualmente el mundo, ello equivaldría no a un nuevo florecimiento del capitalismo, sino a la descomposición económica y al desmembramiento cultural de Europa. Si se habla en general, no se puede negar que el renacimiento del capitalismo podría igualmente arrastrar a la Rusia soviética al abismo. ¿Debería ésta, en ese caso, pasar por el estadio de la "democracia" o bien se descompondría tomando otras formas? Esto ya es una cuestión secundaria. Pero no vemos ninguna razón para adherirnos a la filosofía de Spengler. Contamos firmemente con el desarrollo revolucionario de Europa. La nueva política económica no es más que una adaptación al ritmo de ese desarrollo".

Esta manera de plantear la cuestión nos lleva al punto por el cual hemos comenzado a juzgar el proyecto de programa: en la época del imperialismo sólo se puede examinar el destino de un país aislado tomando como punto de partida las tendencias del desarrollo mundial como un bloque en el cual este país, con sus particularidades nacionales, está incluido, y del cual depende. Los teóricos de la Segunda Internacional aíslan a la URSS del resto del mundo y de la época imperialista; considerándola como país aislado, le aplican el criterio árido de la "madurez" económica; establecen que no está preparada para construir el socialismo con sus solas fuerzas, y de ahí deducen que es inevitable la degeneración capitalista del estado obrero.

Los autores del proyecto de programa se colocan en el mismo terreno desde el punto de vista teórico; aceptan enteramente la metodología metafísica de los teóricos socialdemócratas; exactamente como ellos, "hacen abstracción" del conjunto del mundo y de la época imperialista; toman como punto de partida la ficción del desarrollo aislado; aplican a la etapa nacional de la revolución mundial el árido criterio económico; no obstante, su "sentencia" es contraria a la de aquéllos. El "izquierdismo" de los autores del proyecto consiste en que reproducen, volviéndolo del revés, el juicio socialdemócrata. Sin embargo, la manera en que los teóricos de la Segunda Internacional plantean la cuestión no tiene importancia para nosotros. Es preciso adoptar la de Lenin, que elimina simplemente el diagnóstico de Bauer como ejercicio digno de un alumno del preparatorio.

He aquí lo que queda de nuestra "desviación socialdemócrata". A quienes habrá que clasificar entre los parientes de Bauer no es a nosotros sino a los autores del proyecto.

7- La dependencia de la URSS de la economía mundial

Vóllmar fue el precursor, y nadie más, de los predicadores de la sociedad nacional socialista. Al trazar, en un artículo titulado El estado socialista aislado, la perspectiva de la construcción del socialismo en Alemania por las propias fuerzas del proletariado de este país, que ha sobrepasado con mucho a la avanzada Inglaterra, Vóllmar, en 1878, se refería, con una claridad y una precisión absolutas, a la ley del desarrollo desigual, que, según cree Stalin, era desconocida por Marx y de Engels. Vóllmar deduce de esta ley la conclusión incontrovertible siguiente:

"En las condiciones que prevalecen actualmente, y que se mantendrán durante

todo el período que podemos prever ahora, la hipótesis de una victoria simultánea del socialismo en todos los países civilizados queda absolutamente excluida...”

Desarrollando este pensamiento más adelante, Vóllmar dice:

“Llegamos así al estado socialista aislado, que es (espero haberlo demostrado) si no el único posible, al menos el más probable...”

Dado que se debe comprender aquí por estado socialista aislado solamente un estado de dictadura proletaria, Vóllmar expone un pensamiento indiscutible y bien conocido de Marx y de Engels, y que Lenin expresó en el artículo de 1915 citado más arriba.

Pero después vienen los hallazgos hechos por el propio Vóllmar, que, desde luego, no están formulados de una manera tan unilateral y errónea como los de nuestros teóricos del socialismo en un solo país. Para construir su argumentación, Vóllmar toma como punto de partida la consideración que la Alemania socialista mantendría relaciones económicas estrechas con la economía capitalista mundial, disponiendo para ello de las ventajas de una técnica superiormente desarrollada y de escasos gastos de producción. Esta hipótesis se basa en la perspectiva de la coexistencia pacífica de los sistemas socialista y capitalista. Pero como, a medida que avance, el socialismo deberá manifestar sus enormes ventajas desde el punto de vista de la producción, la necesidad de la revolución mundial desaparecerá por sí misma; el socialismo triunfará contra el capitalismo a través del mercado, por la intervención de los bajos precios.

Bujarin, autor del primero y uno de los autores del segundo proyecto de programa, se basa enteramente, para su construcción del socialismo en un solo país, en la idea de la economía aislada considerada como un fin en sí misma. En su artículo titulado Del carácter de nuestra revolución y de la posibilidad de la instauración victoriosa del socialismo en la URSS, que constituye la realización suprema de la escolástica multiplicada por la sofística, todo el razonamiento se desarrolla en el marco de una economía aislada. El argumento principal y único es el siguiente:

“Puesto que tenemos todo lo necesario y suficiente para construir el socialismo, no llegará ningún momento a partir del cual esta organización sea imposible. Si tenemos en el interior de nuestro país una combinación de fuerzas tal que cada año que transcurre la preponderancia del sector socialista de nuestra economía crece, si los sectores socializados de nuestra economía progresan más rápidamente que los del capitalismo privado, entramos en cada nuevo año con fuerzas aumentadas”.

Es un razonamiento irrefutable: “Puesto que tenemos todo lo necesario y suficiente”, entonces... lo tenemos. Tomando como punto de partida los resultados de su demostración, Bujarin erige un sistema acabado de economía socialista con su propia existencia y como fin sin entradas ni salidas que comuniquen con el exterior. Bujarin, lo mismo que Stalin, no se acuerda del ambiente exterior, es decir, del mundo entero, más que para verlo desde el punto de vista de la intervención militar. Cuando Bujarin habla en ese artículo de la necesidad de “hacer abstracción” del factor internacional, se refiere a la intervención militar y no al mercado mundial. No necesita abstraerse de éste, pues lo olvida siempre simplemente. Con arreglo a ese esquema, Bujarin defendió en el XIV Congreso la idea que si una intervención militar no venía a oponernos un obstáculo, instauraríamos el socialismo, “aunque sea a paso de tortuga”. La lucha incesante entre dos sistemas, el hecho que el socialismo no puede reposar más que en fuerzas productivas superiores, en una palabra, la dinámica marxista de la sustitución de una formación social por otra, basada en el crecimiento de las fuerzas de producción, todo eso lo dejó enteramente de lado. Reemplazó la dialéctica revolucionaria e histórica por

la utopía reaccionaria de un socialismo encerrado en sí mismo, organizándose gracias a una técnica inferior, evolucionando a "paso de tortuga" en los límites nacionales y sin otra relación con el mundo exterior que el temor a la intervención armada.
El hecho de no aceptar esta caricatura lamentable de la doctrina de Marx y de Lenin ha sido calificado de "desviación socialdemócrata". En el artículo de Bujarin al que nos referimos es donde por primera vez se puso de manifiesto, con "argumentación", esta manera de caracterizar nuestras opiniones. La historia registrará que fuimos condenados por "desviación socialdemócrata" porque no hemos admitido el retorno a la teoría de Vollmar sobre el socialismo en un solo país, retorno, que inversamente, la habría convertido en más errónea.

El proletariado de Rusia zarista no se habría apoderado del poder en octubre si este país no hubiera sido un eslabón, el más débil, pero un eslabón no obstante ello, de la cadena de la economía mundial. La conquista del poder por el proletariado no aisló ni mucho menos a la república de los soviets del sistema de la división internacional del trabajo creado por el capitalismo.

Del mismo modo que el prudente murciélago no levanta el vuelo hasta el crepúsculo, la teoría del socialismo en un solo país surgió en el momento en que nuestra industria, agotando cada vez más su antiguo capital de base que cristalizaba los dos tercios de la dependencia de nuestra industria con respecto a la del mundo, necesitaba renovar y extender urgentemente sus relaciones con el mercado mundial y en el que se planteaban claramente ante la dirección de la economía los problemas de comercio con el exterior. En el XI Congreso, es decir, en el último en que pudo hablar, Lenin previno al partido a tiempo de que había que sufrir un nuevo examen, "un examen que organizarán el mercado ruso y el mundial, al cual estamos subordinados, con el cual estamos ligados y del cual no podemos arrancarnos".

Nada golpea tan mortalmente a la teoría del "socialismo integral" aislado, como el simple hecho que las cifras de nuestro comercio exterior hayan pasado a ser, en el curso de los últimos años, la piedra angular de nuestros planes económicos. "La parte más débil" de toda nuestra economía, de nuestra industria inclusive, es la importación, que depende enteramente de la exportación. Pero como la resistencia de una cadena depende del eslabón más débil, las proporciones de nuestros planes económicos se adaptan a las de la importación.

En un artículo consagrado al sistema del establecimiento del plan, aparecido en la revista La economía planificada, órgano teórico del Plan de Estado, enero de 1927, pág. *TI*leemos:

"Al establecer las cifras de control del año corriente, fue necesario, por metodología, tomar como punto de partida los planes de nuestra exportación y de nuestra importación, orientarse en ellos para establecer los planes de los diversas ramas de la industria, y, por consiguiente, todo el plan general industrial, y hacer concordar con ellos, en particular, la construcción de nuevas fábricas, etc."

Este paso metodológico a propósito del Plan de Estado significa, sin ninguna duda, para todos los que tienen oídos para oír y ojos para ver, que las cifras determinan la dirección y el ritmo de nuestra evolución económica, pero que ya se han desplazado hacia la economía mundial, y esto ocurre no porque seamos más débiles, sino porque, habiendo devenido más fuertes, hemos salido del círculo vicioso del aislamiento.

Por las cifras de las exportaciones y de las importaciones, el mundo capitalista nos demuestra que hay otros medios de coacción que los de la intervención militar. Como

la productividad del trabajo y del sistema social en su conjunto se mide en el mercado por los precios, la economía soviética está más bien amenazada por una intervención de mercancías capitalistas a bajo precio que por una intervención militar. Por esta razón, lo importante no es obtener un triunfo aislado, desde el punto de vista económico, contra la "propia burguesía". "La revolución socialista que avanza en el mundo entero no consistirá solamente en que el proletariado de cada país triunfe contra su burguesía" (Lenin). Se trata de una lucha a muerte entre dos sistemas sociales, uno de los cuales ha comenzado a organizarse apoyándose en fuerzas productivas atrasadas, en tanto que el otro reposa hoy en fuerzas de producción de un poderío infinitamente más grande.

Quien tacha de "pesimismo" la simple confesión que dependemos del mercado mundial (Lenin decía francamente que le estamos subordinados), revela que le tiene miedo, pone enteramente al desnudo su pusilanimidad de pequeño burgués provinciano frente al mercado mundial y su pobre optimismo local puesto que éste escapa de la esta economía mundial por sus propios medios.

La nueva teoría considera como una cuestión de honor la idea extravagante de que la URSS puede perecer a causa de una intervención militar, pero en ningún caso por su atraso en el dominio económico. Pero, puesto que las masas trabajadoras de un país socialista deben estar mucho más dispuestas a defenderlo que los esclavos del capital a atacarlo, uno se pregunta: ¿Cómo podemos perecer a causa de una intervención militar? Porque el enemigo es infinitamente más fuerte desde el punto de vista técnico. Bujarin sólo admite el predominio de las fuerzas de producción en su aspecto militar técnico. No quiere comprender que el tractor Ford es tan peligroso como el cañón Creusot, con la diferencia de que este último no puede obrar más que de vez en cuando, en tanto que el primero hace continuamente presión sobre nosotros. Además, el tractor tiene detrás al cañón como última reserva.

Nosotros, el primer estado obrero, somos una parte del proletariado internacional, y con éste dependemos del capitalismo mundial. Se ha puesto en circulación la palabra "relación", indiferente, neutra, castrada por los burócratas, para disimular el carácter, sumamente penoso y peligroso para nosotros, de esas "relaciones". Si produjésemos a los precios del mercado mundial, continuaríamos bajo su dependencia, pero ésta sería infinitamente menos rigurosa que actualmente. Pero por desgracia no ocurre así. El monopolio del comercio exterior prueba por sí mismo el carácter peligroso y cruel de nuestra dependencia. La importancia decisiva que tiene ese monopolio para nuestra construcción del socialismo se deriva, precisamente, de la correlación de fuerzas desfavorable para nosotros. Y no se puede olvidar un sólo instante que el monopolio del comercio exterior no hace más que regularizar nuestra correlación con el mercado mundial, pero no la suprime.

"Mientras nuestra república de los soviets [escribió Lenin] siga estando aislada de todo el mundo capitalista, creer en nuestra independencia económica completa, en la desaparición de ciertos peligros, sería dar prueba de un espíritu fantástico y utópico", (subrayado por mí).

Por consiguiente, los peligros esenciales son la consecuencia de la situación objetiva de la URSS como país aislado en la economía capitalista, que nos es hostil. Sin embargo, esos peligros pueden crecer o disminuir. Eso depende de la acción de dos factores: nuestra construcción del socialismo de una parte, y la evolución de la economía capitalista, de otra. Evidentemente, en última instancia, es el segundo factor, es decir, la suerte del conjunto de la economía mundial, el que tiene una importancia decisiva.

¿Puede ocurrir, y si ello es posible (y en qué caso preciso) que la productividad de nuestro sistema social este cada vez más atrasada con respecto a la del capitalismo? Pues, al fin de cuentas, eso provocaría inevitablemente el hundimiento de la república socialista. Si dirigimos con inteligencia nuestra economía durante esta nueva fase, en el curso de la cual estaremos obligados a crear la base de la industria, que exige cualidades mucho más grandes por parte de la dirección, la productividad de nuestro trabajo aumentará. ¿Se puede suponer, no obstante, que la productividad del trabajo de los países capitalistas, o, por hablar con mayor precisión, de los países capitalistas predominantes, crecerá más rápidamente que la nuestra? Si no se da a esta pregunta una respuesta que tenga en cuenta las perspectivas, afirmar que nuestro ritmo será "por sí mismo" suficiente (sin hablar de la filosofía ridicula del "paso de tortuga") es no decir absolutamente nada. Pero la sola tentativa de resolver el problema de la lucha entre los dos sistemas nos lleva al terreno de la economía y de la política mundiales, y en éste es la internacional revolucionaria, que comprende la república de los soviets, quien obra y decide (y no una república soviética que tenga como fin su propia existencia y recurra de vez en cuando a la ayuda de la internacional).

El proyecto de programa dice que la economía estatal de la URSS "desarrolla la gran industria a un ritmo que sobrepasa al de los países capitalistas". En este ensayo de confrontación de los dos ritmos, es preciso reconocer que se da un paso adelante, en el dominio de los principios, con relación al período en que los autores del proyecto negaban categóricamente incluso el problema del coeficiente de comparación entre nuestra evolución y la del mundo. Es inútil "mezclar a esto el factor internacional", decía Stalin. Organizaremos el socialismo "aunque sea a paso de tortuga", anunciaba Bujarin. Siguiendo esta línea, precisamente, se desarrollaron las discusiones de principios durante diversos años. Formalmente ha ganado esta línea. Pero si, en vez de incluir simplemente en el texto una comparación entre los diferentes ritmos del desarrollo económico, se comprende lo que el problema tiene de esencial, se verá que no se puede hablar en otro capítulo del proyecto de un "mínimo suficiente de industria", basándose sólo en la del interior, sin relación con el mundo capitalista; no solamente no se puede resolver a priori sino ni siquiera plantear la cuestión de saber si le es "posible" o "imposible" al proletariado de un país construir el socialismo por sus propias fuerzas. La cuestión la resuelve la dinámica de la lucha de dos sistemas, de dos clases mundiales; a pesar de los coeficientes elevados de nuestro progreso en el curso del período de reconstitución, sigue siendo un hecho esencial e indiscutible que:

"El capitalismo, si se le considera en una escala mundial, continúa siendo más fuerte que el poder de los soviets, no sólo militarmente, sino también desde el punto de vista económico. Es preciso partir de esta consideración fundamental y no olvidarla jamás".

El problema de la relación entre los diferentes ritmos entre sí queda sin resolver, pues no depende solamente de nuestra habilidad para abordar la alianza entre la ciudad y el campo, asegurar el almacenaje de trigo, intensificar las importaciones y las exportaciones; dicho de otro modo, no depende únicamente de nuestros éxitos en el interior, que son, ciertamente, un factor de importancia excepcional en esta lucha, sino que está ligado también estrechamente a la marcha de la economía y de la revolución mundiales. Por consiguiente, no se resolverá la cuestión en los límites de una nación, sino en el terreno de la lucha económica y política en el mundo entero.

Así, pues, vemos, casi en cada punto del proyecto del programa, una concesión directa o disimulada a la crítica de la Oposición. Esta "concesión" se pone de manifiesto por una

aproximación a Marx y a Lenin en el dominio teórico; pero las conclusiones revisionistas quedan completamente independientes de las tesis revolucionarias.

8- La contradicción entre las fuerzas productivas y las fronteras nacionales es la causa del carácter utópico y reaccionario de la teoría del socialismo en un sólo país

La argumentación de la teoría del socialismo en un sólo país se reduce, como hemos visto, de una parte, a interpretar sofísticamente algunas líneas de Lenin, y, de otra, a explicar escolásticamente "la ley del desarrollo desigual". Interpretando juiciosamente tanto esta ley histórica como las citas en cuestión, llegamos a una conclusión directamente opuesta, es decir, a la que sacaban Marx, Engels, Lenin, a la que deducimos todos nosotros, incluso Stalin y Bujarin, hasta 1925.

Del desarrollo desigual, por sacudidas, del capitalismo, se deriva el carácter desigual, por sacudidas de la revolución socialista; en tanto que de la interdependencia mutua de los diversos países, llegada a un grado muy avanzado, se desprende la imposibilidad no sólo política, sino también económica, de organizar el socialismo en un solo país.

Examinemos una vez más, desde este punto de vista, y más de cerca, el texto del Proyecto de programa. Ya hemos leído en la introducción:

"El imperialismo... agudiza extremadamente la contradicción que existe entre el crecimiento de las fuerzas de producción de la economía mundial y las fronteras que separan naciones y estados".

Ya hemos dicho que esta tesis era, o, más bien, debería ser la piedra angular de un programa internacional. Pero excluye, refuta y barre a priori la teoría del socialismo en un solo país como reaccionaria, porque está en contradicción irreducible no sólo con la tendencia fundamental del desarrollo de las fuerzas productivas, sino también con los resultados materiales que ese desenvolvimiento ha adquirido ya. Las fuerzas de producción son incompatibles con las fronteras nacionales. De ahí se derivan no solamente el mercado exterior, la exportación de hombres y de capitales, la conquista de territorio, la política colonial, la última guerra imperialista, sino también la imposibilidad de que viva, desde el punto de vista económico, una sociedad socialista que tenga como fin su propia existencia. Desde hace mucho tiempo, las fuerzas de producción de los países capitalistas no encuentran lugar suficiente en el interior de los límites de los estados nacionales. No se puede construir la sociedad socialista más que basándose en las fuerzas productivas más modernas, en la electrificación, en el empleo de la química en la producción, en la agrícola inclusive, en la combinación, en la generalización de los elementos superiores de la técnica contemporánea llevados a su desarrollo máximo.

Desde Marx no cesamos de repetir que el capitalismo es incapaz de dominar el espíritu de la nueva técnica que ha hecho nacer; espíritu que no solamente hace salir de sus límites a la producción burguesa, privada desde el punto de vista jurídico, sino que rompe también, como lo ha demostrado la guerra de 1914, el círculo nacional del Estado capitalista. El socialismo no sólo debe apoderarse del capitalismo las fuerzas de producción más desarrolladas, sino que debe llevarlas inmediatamente más lejos, elevarlas, dándoles un desenvolvimiento imposible bajo el capitalismo. ¿Cómo, entonces, se preguntará, reducirá el socialismo las fuerzas productivas para hacerlas entrar en los límites del estado nacional, de los cuales trataban de salir violentamente

ya bajo el régimen burgués? ¿O acaso será preciso que renunciemos a las fuerzas de producción "indomables" que se sienten comprimidas en las fronteras nacionales y, por consiguiente, también en las de la teoría del socialismo en un solo país? ¿Será preciso que nos limitemos a las fuerzas productivas en cierto modo domesticadas, dicho de otro modo, a una técnica económica atrasada? Pero, entonces debemos, desde ahora, en toda una serie de ramos, no subir, sino bajar por debajo incluso del lamentable nivel técnico actualmente alcanzado, que ligó indisolublemente a la economía mundial la Rusia burguesa y la llevó a participar en la guerra imperialista para extender el territorio de las fuerzas productivas que rebasaban el marco del estado nacional.

Heredero de esas fuerzas, el estado obrero, después de haberlas restablecido, está obligado a exportar e importar.

La desgracia es que no se ha hecho más que introducir mecánicamente en el texto del proyecto de programa, razonando después como si no existiese, la tesis de la incompatibilidad de la técnica capitalista actual con las fronteras nacionales. En el fondo, todo el proyecto constituye una combinación de tesis revolucionarias de Marx y de Lenin y de conclusiones oportunistas o centristas absolutamente inconciliables con ellas. He aquí por qué es necesario, sin dejarse seducir por algunas fórmulas revolucionarias del proyecto, velar atentamente para darse cuenta de la dirección de sus tendencias esenciales.

Ya hemos citado el capítulo primero que habla de la posibilidad del triunfo del socialismo en "un solo país, considerado aisladamente". Esta idea está expresada más clara y más brutalmente en el cuarto capítulo, donde se dice que:

"La dictadura (¿?) del proletariado mundial... no puede realizarse más que a continuación del triunfo del socialismo (¿?) en diversos países, cuando las repúblicas proletaria nuevamente constituidas se federen con las ya existentes".

Si se interpretan las palabras "triunfo del socialismo" simplemente como otra denominación de la dictadura del proletariado, entonces estamos en presencia de un lugar común que es indiscutible y que habría debido formularse mejor, evitando una presentación con doble sentido. Pero no es ése el pensamiento de los autores del proyecto. Entienden por triunfo del socialismo no simplemente la conquista del poder y la nacionalización de los medios de producción, sino la organización de la sociedad socialista en un solo país. Si admitimos esta interpretación no estamos ante una economía socialista mundial basada en la división internacional del trabajo, sino ante una federación de comunas socialistas, cada una de las cuales tendrá como fin su propia existencia, algo así como las comunas que preconizaba el anarquismo, del cual no podemos acordarnos sin sonreír, sólo que ampliando sus límites a los del estado nacional.

El proyecto de programa, en su deseo de disimular con las antiguas fórmulas ya habituales la nueva manera de abordar la cuestión, recurre a la tesis siguiente:

"Sólo después de la victoria completa del proletariado en el mundo, después de que su poder mundial se haya consolidado, vendrá una época duradera de construcción intensiva de la economía socialista mundial".

Esta tesis, destinada a servir de disfraz en el dominio teórico, desenmascara en realidad la contradicción esencial. Si en la tesis que analizamos se quiere decir que la época de la verdadera construcción socialista no podrá comenzar hasta después de la victoria del proletariado por lo menos en varios países avanzados, entonces se renuncia simplemente a la teoría de la organización del socialismo en un solo país, y se adopta

la actitud de Marx y de Lenin. Pero si se toma como punto de partida la nueva teoría de Stalin-Bujarin, que ha echado raíces en diversas partes del proyecto de programa, se obtiene la perspectiva de que antes del triunfo mundial, completo, del proletariado una serie de países realizarán el socialismo integral; después, con esos países socialistas, se organizará la economía socialista mundial, lo mismo que los niños construyen una casa con tarugos de madera. En realidad, la economía socialista mundial no será la suma de las economías socialistas nacionales. En sus rasgos esenciales sólo podrá constituirse sobre la base de la misma división mundial del trabajo creada por la evolución precedente del capitalismo. En sus fundamentos ella se formará y se reconstruirá no después de la organización "integral del socialismo" en una serie de países, sino en medio de los huracanes y de las tempestades de la revolución proletaria mundial, que se prolongará durante varias décadas. Las victorias económicas obtenidas por los primeros países de la dictadura proletaria no se medirán según el grado de aproximación al "socialismo integral", sino por la estabilidad política de la dictadura, por los éxitos obtenidos en la preparación de los elementos de la futura economía socialista mundial.

El pensamiento revisionista se expresa con más precisión, y, si esto es posible, con más brutalidad aún en el quinto capítulo; ocultándose tras una línea y media del artículo postumo de Lenin, que desfiguran, los autores del proyecto de programa afirman que la URSS "posee en el país las bases materiales necesarias y suficientes, no sólo para vencer a los propietarios agrarios y a la burguesía, sino también para construir el socialismo integral".

¿Gracias a qué circunstancias hemos heredado, pues, privilegios históricos tan excepcionales? A ese respecto leemos en el segundo capítulo del proyecto:

"El frente imperialista se rompió [gracias a la revolución de 1917] por su eslabón más débil: la Rusia zarista", (subrayado por mí).

He aquí una magnífica fórmula leninista. En el fondo, significa que Rusia era el estado imperialista más atrasado y más débil desde el punto de vista económico. Justamente por eso las clases dominantes en Rusia se hundieron las primeras por haber cargado las fuerzas productivas insuficientes del país con un fardo que no pudieron soportar. La evolución desigual, por sacudidas, obligó así al proletariado de la potencia imperialista más atrasada a ser el primero en apoderarse del poder. Antes se nos enseñaba que, precisamente por esta razón, la clase obrera "del eslabón más débil" encontraría mayores dificultades para acceder al socialismo que el proletariado de los países avanzados; éste tendría mayores dificultades para apoderarse del poder; pero, conquistándolo mucho antes de que nosotros hubiéramos vencido nuestro atraso, no solamente nos adelantaría, sino que nos remolcaría para llevarnos a la verdadera organización del socialismo, basada en una técnica mundial superior y en la división internacional del trabajo. He aquí la concepción con la cual entramos en la Revolución de Octubre, concepción que el partido formuló decenas, centenares, millares de veces en la prensa y en las reuniones, pero que se trata de sustituir desde 1923 con una noción absolutamente opuesta. Ahora ocurre que el hecho de que la antigua Rusia zarista fuese el "eslabón más débil" pone en manos del proletariado de la URSS (heredero de la Rusia zarista y de sus debilidades) una ventaja inapreciable: poseer sus propias premisas nacionales para organizar "el socialismo integral".

La desgraciada Inglaterra no dispone de semejante privilegio a causa del desenvolvimiento excesivo de sus fuerzas de producción, que tienen casi necesidad del mundo entero para abastecerse de materias primas y colocar sus productos. Si las

fuerzas productivas de Inglaterra fueran más "moderadas", si mantuviesen un equilibrio relativo entre la industria y la agricultura, entonces, sin duda, el proletariado inglés podría organizar el socialismo integral en su isla "considerada aisladamente", protegida por la flota contra una intervención extranjera.

El proyecto de programa, en su capítulo cuarto, reparte los estados capitalistas en tres grupos: I°, los países de capitalismo avanzado (Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, etc.); 2°, los países donde el capitalismo ha alcanzado un nivel de desarrollo medio (Rusia antes de 1917, Polonia, etc.); 3°, los países coloniales y semicoloniales (India, China, etc.).

Aunque "Rusia antes de 1917" estuviera infinitamente más cerca de la China actual que de los Estados Unidos de ahora se podría no hacer objeciones especiales a este reparto esquemático si no fuera, en relación con otras partes del proyecto, una fuente de falsas deducciones. Teniendo en cuenta que el proyecto estima que los países "de desarrollo medio" disponen "de un mínimo de industria suficiente" para construir por sus propias fuerzas el socialismo, con mayor razón esto es cierto para los países de capitalismo superior. Así, pues, sólo los países coloniales y semicoloniales necesitan la ayuda de fuera; éste es precisamente (como veremos en otro capítulo) el rasgo distintivo del proyecto de programa.

Sin embargo, si abordamos los problemas de la construcción del socialismo con este solo criterio, haciendo abstracción de las riquezas naturales del país, de las relaciones que existen en su interior entre la industria y la agricultura, del lugar que ocupa en el sistema mundial de la economía, caeremos en nuevos errores no menos groseros. Hablemos de Inglaterra. Siendo, indiscutiblemente, un país de capitalismo superior, precisamente por esto no tiene ninguna probabilidad de organizar con éxito el socialismo en el marco de sus fronteras insulares. Inglaterra bloqueada se ahogaría al cabo de algunos meses.

Ciertamente, las fuerzas de producción superiores (si todas las demás condiciones son iguales) constituyen una ventaja enorme para organizar el socialismo. Dan a la economía una flexibilidad excepcional, incluso cuando ésta es víctima del bloqueo, como lo ha probado la Alemania burguesa en el curso de la guerra. Pero, para esos países avanzados la construcción del socialismo sobre bases nacionales seria hacer bajar en general, disminuir globalmente las fuerzas de producción, es decir, sería realizar la antinomia directa de la misión del socialismo.

El proyecto de programa olvida la tesis fundamental de la incompatibilidad entre las fuerzas productivas actuales y las fronteras nacionales, de la cual se desprende que las fuerzas de producción más desarrolladas no son un obstáculo menor para la construcción del socialismo en un solo país que las fuerzas poco desarrolladas, aunque éstas obren partiendo del extremo opuesto; si las segundas son insuficientes por su base, es por el contrario la base la que es demasiado limitada para las primeras. Se olvida la ley del desarrollo desigual precisamente cuando más se la necesita, cuando tiene mayor importancia.

La cuestión de la construcción del socialismo no se resuelve simplemente por la "madurez" o la "no madurez" industrial del país. Esta no madurez es también desigual. En la URSS ciertas ramas de la industria (más particularmente la construcción de máquinas) son muy insuficientes para satisfacer las necesidades más elementales del interior, otras, por el contrario, no pueden, en las circunstancias actuales, desarrollarse sin una exportación vasta y creciente. A la cabeza de estas últimas figuran las explotaciones

forestales y la extracción de petróleo y de manganeso, sin hablar de la agricultura. De otra parte, las ramas "insuficientes" no podrán tampoco desarrollarse seriamente, si las ramas que producen "en exceso" (relativamente) no pueden exportar. La imposibilidad de organizar una sociedad socialista aislada (no en utopía, en la Atlántida, sino en las condiciones concretas geográficas e históricas de nuestra economía terrestre) está determinada en diversos países, en grados diversos, tanto por la extensión insuficiente de ciertas ramas como por el desarrollo "excesivo" de otras. De conjunto, esto significa justamente que las fuerzas de producción contemporáneas son incompatibles con las fronteras nacionales.

"¿Qué fue la guerra imperialista? Una insurrección de fuerzas de producción no sólo contra las formas burguesas de propiedad, sino también contra las fronteras de los estados capitalistas. La guerra imperialista significaba de hecho, que las fuerzas productivas se encontraban insoportablemente constreñidas en los límites de los estados nacionales. Siempre hemos afirmado que el capitalismo no está en condiciones de dominar las fuerzas de producción que ha desarrollado, que sólo el socialismo es capaz de encauzarlas, cuando, después de su crecimiento, rebasan el marco de los Estados nacionales en un conjunto económico superior. Ya no hay caminos que conduzcan hacia atrás, hacia el estado aislado..."®

Al tratar de justificar la teoría del socialismo en un solo país, el proyecto de programa comete un error doble, triple, cuádruplo: exagera la altura del nivel de las fuerzas productivas de la URSS, cierra los ojos para no ver la ley del desarrollo desigual de los diversos ramos de la industria, olvida la división mundial del trabajo, y, finalmente, no se acuerda de la contradicción esencial que existe entre las fuerzas de producción y las barreras en el curso de la época imperialista.

Para no dejar fuera de nuestro examen ni un solo argumento, nos queda por recordar aún una consideración, la más general desde luego, formulada por Bujarin al defender la nueva teoría.

La relación existente, dice Bujarin, en el conjunto del mundo entre el proletariado y los campesinos no es más favorable que en la URSS Si, por consiguiente, es a causa del retraso en el desenvolvimiento de la industria por lo que no ha podido construirse el socialismo en la URSS, es igualmente irrealizable a escala de la economía mundial.

Debería introducirse este argumento en todos los manuales de dialéctica como ejemplo clásico de procedimiento de reflexión escolástica. Primeramente: es muy probable que la relación entre el proletariado y los campesinos en el conjunto del mundo no difiera mucho de la existente en la URSS Pero la revolución mundial, como, desde luego, la revolución en un solo país, no se realiza, ni mucho menos, según el método de la proporción media aritmética. Así, la Revolución de Octubre se produjo y se defendió sobre todo en el Petrogrado proletario; no eligió una región en que la relación entre los obreros y los campesinos correspondiese a la proporción media de toda Rusia. Después de que Petrogrado, y, más tarde Moscú, hubieron creado el poder y el ejército revolucionario, tuvieron, durante varios años, que vencer a la burguesía a través del país; sólo después de este proceso, que se llama revolución, se ha establecido en los límites de la URSS la relación existente actualmente entre el proletariado y los campesinos. La revolución no se realiza según el método de la proporción media aritmética. Puede incluso comenzar en un sector menos favorable, pero mientras no se haya consolidado en las partes decisivas, tanto del frente nacional como del mundial, no se puede hablar de su victoria definitiva.

En segundo lugar: la relación entre el proletariado y los campesinos, en el cuadro de un nivel "medio" de la técnica, no es el único factor que resuelve el problema. Existe aún la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía. La URSS está rodeada no por un mundo obrero y campesino, sino por el sistema capitalista. Si derribase a la burguesía en el mundo entero, ni que decir tiene que esto en sí no modificaría aún ni la relación entre el proletariado y los campesinos ni el nivel medio de la técnica en la URSS y en todo el universo. Sin embargo, la construcción del socialismo en la URSS vería abrirse ante ella, inmediatamente, otras posibilidades y tomaría otra extensión, absolutamente incomparable con la actual.

En tercer lugar: como las fuerzas productivas de cada país avanzado han sobrepasado en un grado cualquiera las fronteras nacionales, habría que deducir, según Bujarin, que las fuerzas de producción de todos los países han sobrepasado los límites del globo terrestre y, por consiguiente, que el socialismo no podría construirse más que a escala del sistema solar.

Lo repetimos: el argumento bujarinista que se basa en la proporción media de obreros y de campesinos debería introducirse en los silabarios de la política, no como se hace probablemente ahora, para defender la teoría del socialismo en un solo país, sino como prueba de la incompatibilidad completa que existe entre la casuística y la dialéctica marxista.

9- La cuestión sólo puede ser resuelta en la arena de la revolución mundial

La nueva doctrina dice: puede organizarse el socialismo en un estado nacional a condición de que no se produzca una intervención armada. De ahí puede y debe desprenderse una política colaboracionista hacia la burguesía del exterior, a pesar de todas las declaraciones solemnes del proyecto de programa. El fin es evitar la intervención; en efecto, esto garantizará la organización del socialismo, y así el problema histórico fundamental estará resuelto. La misión de los partidos de la Internacional Comunista toma de esta manera un carácter secundario: preservar a la URSS de las intervenciones, y no luchar por la conquista del poder. Se trata, evidentemente, no de las intenciones subjetivas, sino de la lógica objetiva del pensamiento político.

"La divergencia de opiniones consiste [dice Stalin] en que el partido considera que pueden perfectamente superarse esas contradicciones (internas), y esos conflictos eventuales basándose en las propias fuerzas de nuestra revolución, en tanto que el camarada Trotsky y la Oposición estiman que sólo pueden serlo en el dominio mundial, en el terreno de la revolución internacional del proletariado".

Sí, la divergencia de opiniones consiste precisamente en eso. No se podría expresar mejor, con más precisión, la contradicción existente entre el nacional-reformismo y el internacionalismo revolucionario. Si nuestras dificultades, nuestros obstáculos, nuestras contradicciones interiores, que son principalmente la refracción de las contradicciones mundiales, pueden resolverse simplemente por "las propias fuerzas de nuestra revolución", fuera de la arena de la revolución internacional, entonces la Internacional es una institución medio auxiliar, medio decorativa, cuyos congresos pueden convocarse cada cuatro años, cada diez o incluso no convocarse nunca. Si se agrega que el proletariado de los otros países debe proteger nuestra obra contra una

intervención militar, la Internacional debe, según ese esquema, desempeñar el papel de un instrumento pacifista. Su papel fundamental, el de instrumento de la revolución mundial, pasa entonces, inevitablemente, al último plano. Y, lo repetimos, se llega a estas conclusiones no conscientemente (por el contrario, toda una serie de párrafos del programa prueban que las mejores intenciones animan a los autores), sino como consecuencia lógica de la nueva manera de abordar la cuestión desde el punto de vista teórico, y esto es mil veces más peligroso que las peores intenciones subjetivas.

En efecto, ya en la VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, Stalin había tenido la audacia de desarrollar y de sostener el pensamiento siguiente: "Nuestro partido no tiene derecho a engañar (¡!) a la clase obrera; de lo contrario, debería haber dicho, francamente, que la falta de seguridad (¡!) de poder organizar el socialismo en nuestro país lleva hacia el abandono del poder, hacia la transformación del nuestro, de partido dirigente en partido de oposición", (subrayado por mí).

Esto significa: "no tienes derecho a poner tus esperanzas más que en los escasos recursos de la economía nacional; no esperes nada de los recursos inagotables del proletariado mundial. Si no puedes prescindir de la revolución internacional, cede el poder, ese mismo poder de octubre que hemos conquistado en interés de la revolución internacional." ¡He aquí hasta qué decadencia se puede llegar en el dominio de las ideas si se plantea de una manera radicalmente falsa la cuestión!

El proyecto expresa un pensamiento inobjetable cuando dice que los éxitos económicos de la URSS están indiscutiblemente ligados a la revolución proletaria mundial. Pero el peligro político de la nueva teoría está en el juicio comparativo erróneo sobre las dos palancas del socialismo mundial: la de nuestras realizaciones económicas y la de la revolución proletaria mundial. Sin que ésta triunfe no construiremos el socialismo. Los obreros de Europa y del mundo entero deben comprender esto claramente. La palanca de la construcción económica tiene una importancia enorme. Si la dirección comete faltas, la dictadura del proletariado se debilita; su caída asestaría tal golpe a la revolución mundial que ésta necesitaría una larga serie de años para reponerse. Pero la solución del proceso fundamental de la historia, suspendido entre el mundo del socialismo y el del capitalismo, depende de la segunda palanca, es decir, de la revolución proletaria internacional. La enorme importancia de la Unión Soviética consiste en que constituye la base en que se apoya la revolución mundial y no en que, independientemente de ella, será capaz de construir el socialismo.

Adoptando un tono de superioridad que nada justifica, Bujarin nos pregunta repetidas veces:

"Si existen ya premisas, puntos de partida, una base suficiente e incluso ciertos éxitos en la obra de construcción del socialismo, ¿dónde está, entonces, el límite, la arista a partir de la cual 'todo se opera en sentido inverso'? No hay tal límite".

Esto es mala geometría y no dialéctica histórica. Puede haber esa "arista". Pueden existir varias en los dominios interior, internacional, político, económico y militar. La "arista" más importante, la más amenazadora sería una consolidación seria y duradera, nuevo progreso del capitalismo mundial. Por consiguiente, desde el punto de vista político y económico, la cuestión nos lleva, pues, a la escena mundial. ¿Es que la burguesía puede asegurarse una nueva época de crecimiento capitalista? Negar esa eventualidad, contando con la situación "sin salida" del capitalismo, sería simplemente verborrea revolucionaria. "No hay situaciones que no tengan salida en absoluto" (Lenin). El estado actual de equilibrio inestable de las clases, existente en los países europeos, no puede

durar infinitamente, precisamente porque es inestable.

Cuando Stalin-Bujarin demuestran que la URSS puede prescindir, como estado (es decir, en sus relaciones con la burguesía mundial), de la ayuda del proletariado extranjero, de su victoria contra la burguesía, pues la simpatía activa actual de las masas obreras nos preserva de la intervención armada, demuestran la misma ceguedad que en todas las consecuencias de su error fundamental.

Es absolutamente innegable que, después del sabotaje socialdemócrata de la insurrección del proletariado europeo contra la, burguesía, después de la guerra, la simpatía activa de las masas obreras salvó a la república soviética. Durante estos últimos años, la burguesía europea no encontró fuerzas suficientes para sostener una gran guerra contra el estado obrero. Pero creer que esa correlación de fuerzas puede mantenerse durante muchos años, por ejemplo, hasta que hayamos construido el socialismo en la URSS, es dar prueba de una gran ceguedad, es juzgar la curva por uno de sus segmentos reducidos. Una situación tan inestable, en la que el proletariado no puede tomar el poder ni la burguesía se siente firmemente dueña de la situación, debe, más pronto o más tarde, un año antes o un año después, decidirse brutalmente en un sentido o en otro, en el de la dictadura del proletariado o en el de una consolidación seria y duradera de la burguesía, que se instalará sobre las espaldas de las masas populares, sobre los huesos de los pueblos coloniales y... ¿quién sabe?, sobre los nuestros. "No hay situaciones absolutamente sin salida". La burguesía puede escapar de una manera duradera a sus contradicciones más penosas únicamente siguiendo la ruta abierta por las derrotas del proletariado y los errores de la dirección revolucionaria. Pero lo contrario puede también suceder. No habrá nuevos progresos del capitalismo mundial (claro está, que si se tiene en cuenta la perspectiva de una nueva época de grandes conmociones) si el proletariado sabe encontrar el medio de salir por el camino revolucionario del presente equilibrio inestable.

"Es preciso que los partidos revolucionarios demuestren ahora, en el trabajo práctico [decía Lenin, el 19 de julio de 1920, en el Segundo Congreso], que tienen suficiente conciencia, espíritu de organización, contacto con las masas explotadas, resolución, habilidad para utilizar esta crisis en beneficio de una revolución que nos dé el triunfo".

Nuestras contradicciones internas, que dependen directamente de la marcha de la lucha europea y mundial, pueden reglamentarse y atenuarse inteligentemente gracias a una política interior justa, basada en una previsión marxista; pero sólo se las podrá vencer eliminando las contradicciones de clases, lo que no puede ocurrir antes de que triunfe la revolución en Europa. Stalin tiene razón: hay divergencias justamente en este punto. Y ésta es la divergencia fundamental que existe entre el reformismo nacional y el internacionalismo revolucionario.

10-La teoría del socialismo en un sólo país, fuente de errores socialpatriotas

La teoría del socialismo en un solo país conduce inevitablemente a menospreciar las dificultades que hay que vencer y a exagerar las realizaciones conseguidas. No se podría encontrar afirmación más antisocialista y antirrevolucionaria que la declaración de Stalin de que las 9/10 partes del socialismo están ya realizadas en nuestro país. Esto es el producto de la imaginación de un burócrata vanidoso. De esta manera se

puede comprometer irremediablemente la idea de la sociedad socialista ante las masas trabajadoras. Los éxitos obtenidos por el proletariado soviético son grandiosos si se tienen en cuenta las condiciones en que han sido obtenidos, así como el bajo nivel de cultura heredado del pasado. Pero esas realizaciones constituyen una muy pequeña cantidad si se las pesa en la balanza del ideal socialista. Para no cortar los ánimos al obrero, al jornalero agrícola, al campesino pobre (que en el año XI de la revolución ven en torno suyo la miseria, la pobreza, el paro, las colas ante las panaderías, el analfabetismo, los niños vagabundos, la embriaguez, la prostitución) es preciso decir la verdad, por cruel que sea, y no una agradable mentira. En lugar de mentir, asegurándoles que las 9/10 partes del socialismo están ya realizadas, es preciso decirles que actualmente, según nuestro nivel económico y nuestras condiciones de vida cotidiana y de cultura estamos mucho más cerca del capitalismo, y aún del capitalismo atrasado e inculto, que de la sociedad socialista. Es preciso decirles que sólo comenzaremos la verdadera organización del socialismo después de que el proletariado de los países más avanzados haya conquistado el poder, que es preciso trabajar sin descanso por instaurar el socialismo, sirviéndonos de las dos palancas: una, corta, la de nuestros esfuerzos económicos en el interior; la otra, larga, la de la lucha internacional del proletariado.

En una palabra; en lugar de las frases de Stalin sobre las 9/10 partes del socialismo ya realizadas, es preciso citarles estas palabras de Lenin:

"Rusia (indigente) sólo conocerá la abundancia si rechaza todo desaliento y toda fraseología, si, apretando los dientes, concentra todas sus fuerzas y pone en tensión sus nervios y sus músculos, si comprende que sólo es posible el éxito por medio de la revolución socialista internacional, en cuya época hemos entrado".

***

Nos hemos visto obligados a oír a militantes de la Internacional Comunista expresar el argumento siguiente: evidentemente, la teoría del socialismo en un solo país no tiene consistencia, pero ofrece, en condiciones difíciles, una perspectiva a los obreros rusos, y por eso mismo les da valor. Es difícil medir la profundidad de la caída, desde el punto de vista teórico, de los que no buscan en un programa un medio de orientarse, un medio de clase, con una base científica, sino un consuelo moral. Las teorías consoladoras, que contradicen los hechos, forman parte de la religión y no de la ciencia, y la religión es el opio del pueblo.

Nuestro partido ha atravesado su período heroico con un programa que está enteramente orientado en la revolución internacional, y no en el socialismo en un solo país. La juventud comunista, que lleva un estandarte en el cual está escrito que la Rusia atrasada no construirá el socialismo por sus propias fuerzas, ha pasado a través de los años más duros de la guerra civil, a través del hambre, del frío, de los penosos sábados y domingos comunistas, de las epidemias, de los estudios hechos con el estómago vacío, de las víctimas innumerables que jalonaban cada paso recorrido. Los miembros del partido y de las juventudes comunistas combatieron en todos los frentes o acarrearon vigas en las estaciones no porque esperaban con éstas construir el edificio del socialismo nacional, sino porque servían a la revolución internacional, que exige que la fortaleza soviética resista, y para la fortaleza soviética cada nueva viga tiene su importancia. He aquí como abordábamos la cuestión. Los plazos han cambiado, se han prolongado (no tanto por otra parte); pero la manera de plantear el problema desde el punto de vista de los principios conserva todo su vigor aún ahora. El proletario, el campesino

pobre insurrecto, el joven comunista, han demostrado de antemano, por su conducta anterior a 1925, época en la cual se predicó el nuevo evangelio por primera vez, que no lo necesitaban. Pero lo necesitaba el funcionario que mira a la masa de arriba a abajo, el administrador que lucha por migajas y no quiere que se le inquiete, el hombre de la burocracia que trata de mandar ocultándose tras la fórmula saludable y consoladora. Son ellos los que creen que el pueblo oscuro necesita una "buena nueva", que no se le puede dominar sin doctrinas consoladoras. Son justamente ellos los que aprovechan las palabras falsas sobre las "9/10 partes del socialismo", pues esta fórmula consagra su posición privilegiada, su derecho al orden, al mando, su aspiración a liberarse de la crítica de los "hombres de poca fe" y de los "escépticos".

Las quejas y acusaciones según las cuales la negación de la posibilidad de construir el socialismo en un solo país extingue el espíritu y mata la energía se parecen mucho, a pesar de que las condiciones sean completamente diferentes, a los reproches que los reformistas formularon siempre contra los revolucionarios. "Decís a los obreros que no pueden obtener una mejora decisiva de su situación en los límites de la sociedad capitalista (objetaban los reformistas) y así matáis en ellos la energía para la lucha". En realidad, sólo bajo la dirección de los revolucionarios los obreros lucharon de una manera eficaz por las conquistas económicas y las reformas parlamentarias.

El obrero que comprende que no se puede construir el paraíso socialista como un oasis en el infierno del capitalismo mundial, que el destino de la república soviética y, por consiguiente, el suyo, dependen enteramente de la revolución internacional, cumplirá su deber para con la URSS con mucha más energía que el obrero al cual se le ha dicho que lo que existe son ya las 9/10 partes del socialismo. La manera reformista de abordar la cuestión, en este punto como en todos los demás, perjudica no sólo a la revolución, sino también a la reforma.

***

En el artículo de 1915 ya citado, consagrado a la fórmula de los Estados Unidos de Europa, escribíamos:

"Examinar las perspectivas de la revolución social en los límites de una nación sería ser víctima del mismo espíritu nacional limitado que constituye el fondo del socialpatriotismo. Hasta el fin de sus días, Vaillant creyó que Francia era la tierra prometida de la revolución social; precisamente por eso quería defenderla hasta el fin. Leusch y consortes (unos hipócritamente, otros sinceramente) estimaban que la derrota de Alemania equivaldría, en primer lugar, a la destrucción de la base de la revolución social... En general, no hay que olvidar que, al lado del reformismo más vulgar, existe aún en los socialpatriotas un mesianismo revolucionario que canta las proezas de su estado nacional porque, considera que por su situación industrial, su forma 'democrática' o sus conquistas revolucionarias, está precisamente llamado a llevar a la humanidad al socialismo o a la 'democracia'. Si pudiera realmente concebirse la revolución triunfante en los límites de una nación mejor preparada, el programa de defensa nacional ligado a ese mesianismo tendría una justificación histórica relativa. Pero, en realidad, no hay ninguna. Luchar por conservar la base nacional de la revolución mediante métodos que minan las relaciones internacionales del proletariado, es zapar la revolución; ésta sólo puede comenzar en el terreno nacional, pero no puede acabarse sobre estos cimientos, teniendo en cuenta la interdependencia económica política y militar de los estados europeos, que nunca se ha manifestado con tanta fuerza como en el curso de la guerra actual. Justamente esta

interdependencia, que condicionará directa e inmediatamente la coordinación de los actos del proletariado europeo en el curso de la revolución, se expresa en la fórmula de los Estados Unidos de Europa".

Partiendo de la falsa interpretación que daba a la polémica de 1915, Stalin intentó más de una vez presentar la fórmula "espíritu nacional limitado" como dirigida contra Lenin. Sería difícil imaginar un absurdo mayor. Cuando polemicé con Lenin, lo hice siempre abiertamente, pues siempre me guié únicamente por consideraciones ideológicas. En ese caso no se trataba ni mucho menos de Lenin. El artículo nombra francamente a aquellos contra quienes van dirigidas las acusaciones: Vaillant, Leusch, *etc.* Es preciso recordar que 1915 fue el año de la orgía socialpatriótica, y que nuestra lucha contra ella alcanzaba su punto culminante. Con esta piedra de toque abordábamos todas las cuestiones.

El problema fundamental contenido en la cita que acabamos de reproducir está indudablemente presentado de una manera justa: prepararse a organizar el socialismo en un solo país es un procedimiento socialpatriota.

El patriotismo de los socialdemócratas alemanes ha comenzado por ser el patriotismo muy legítimo que sentían hacia su partido, el más poderoso de la Segunda Internacional. La socialdemocracia alemana tenía la intención de erigir "su" sociedad socialista basándose en la alta técnica alemana y en las cualidades superiores de organización del pueblo alemán. Si se deja de lado a los burócratas empedernidos, a los arribistas, a los negociantes parlamentarios y a los estafadores políticos en general, el socialpatriotismo del socialdemócrata de filas se derivaba precisamente de la esperanza de construir el socialismo alemán. No se puede pensar que los centenares de millares de militantes que formaban los cuadros socialdemócratas (sin hablar de los millones de obreros de base) tratasen de defender a los Hohenzollern o a la burguesía. No, querían proteger la industria alemana, las carreteras y los ferrocarriles alemanes, la técnica y la cultura alemanas, y, sobre todo, las organizaciones de la clase obrera alemana como premisas nacionales "necesarias y suficientes" del socialismo.

En Francia se producía también un proceso del mismo género. Guesde, Vaillant, y con ellos millares de los mejores militantes del partido, centenares de millares de simples obreros, creían que era justamente Francia, con sus tradiciones insurreccionales, su proletariado heroico, su población flexible, altamente culta, la tierra prometida del socialismo. El viejo Guesde, Vaillant el comunalista, y con ellos millares y centenares de millares de honrados obreros, no defendían ni a los banqueros ni a los rentistas. Creían sinceramente defender la base y la fuerza creadora de la sociedad socialista futura. Adoptaban enteramente la teoría del socialismo en un solo país; sacrificaban "provisionalmente" (así lo creían en beneficio de esta idea) la solidaridad internacional.

Esta comparación con los socialpatriotas hará responder, ciertamente, que, con relación al estado de los soviets, el patriotismo es un deber revolucionario, mientras que hacia el estado burgués constituye una traición. Esto es verdad. ¿Hay algún revolucionario mayor de edad que pueda discutir semejante cuestión? Pero cuanto más se avanza más sirve una tesis indiscutible para disfrazar por medios escolásticos un punto de vista falso, y que, además, se sabe que lo es.

El patriotismo revolucionario no puede tener más que un carácter de clase. Comienza por ser el patriotismo del partido y del sindicato, y se eleva hasta convertirse en patriotismo del estado, cuando el proletariado se apodera del poder. Allí donde el poder está en manos de los obreros, el patriotismo es un deber revolucionario. Pero este patriotismo

debe ser parte integrante del internacionalismo revolucionario, de la internacional revolucionaria. El marxismo ha enseñado siempre a los obreros que incluso la lucha por los salarios y la limitación de la jornada de trabajo no puede tener éxito si no es una lucha internacional. Y he aquí que actualmente, de golpe, nos encontramos con que el ideal de la sociedad socialista puede realizarse con las solas fuerzas de una nación. Es un golpe mortal asestado a la Internacional. La convicción inquebrantable de que el objetivo fundamental de clase no puede alcanzarse, aún menos que los objetivos parciales, por medios nacionales, o en el marco de una nación, constituye la médula del internacionalismo revolucionario. Si se puede llegar al objetivo final en el interior de las fronteras nacionales por los esfuerzos del proletariado de una nación, entonces se rompe la espina dorsal del internacionalismo. La teoría de la posibilidad de realizar el socialismo en un solo país, rompe la relación interior que existe entre el patriotismo del proletariado vencedor y el derrotismo del proletariado de los países burgueses. Hasta ahora el proletariado de los países capitalistas avanzados no hace otra cosa que marchar hacia el poder. ¿Cómo marchará hacia él, qué caminos seguirá en su marcha? Todo esto depende por completo, enteramente, de cómo considere la construcción de la sociedad socialista, es decir, de que la considere como un problema nacional o internacional.

En general, si es posible realizar el socialismo en un sólo país se puede admitir, esta teoría no solamente después de la conquista del poder, sino también antes. Si el socialismo es realizable en el marco nacional de la URSS atrasada, lo será mucho más en el de la Alemania avanzada. Mañana, los responsables del Partido Comunista de Alemania desarrollarán esta teoría. El proyecto de programa les da ese derecho. Pasado mañana le tocará el turno al Partido Comunista de Francia. Eso será el comienzo de la descomposición de la Internacional Comunista, que seguirá la línea política del socialpatriotismo. El partido comunista de cualquier país capitalista, después de haberse imbuido de la idea de que hay en el seno de su estado todas las premisas "necesarias y suficientes" para construir por sus propias fuerzas "la sociedad socialista integral", en el fondo no se distinguirá en nada de la socialdemocracia revolucionaria, que tampoco había comenzado por Noske, pero que fracasó definitivamente al tropezar con esta cuestión el 4 de agosto de 1914.

Cuando se dice que el hecho mismo de la existencia de la URSS es una garantía contra el socialpatriotismo, pues el patriotismo hacia la república obrera es un deber revolucionario, se expresa justamente el espíritu nacional limitado por esta utilización unilateral de una idea justa: sólo se mira a la URSS y se cierran los ojos ante el proletariado mundial. No se puede orientar a éste por el derrotismo hacia el estado burgués sino abordando en el programa el problema esencial desde el punto de vista internacional, rechazando sin piedad el contrabando socialpatriota que se oculta aún, tratando de hacer su nido en el dominio teórico del programa de la internacional leninista.

Aún no es demasiado tarde para volver sobre nuestros pasos, para retornar a la senda de Marx y de Lenin. Este retorno abrirá el único camino que se puede concebir para ir adelante. Para facilitar este cambio saludable presentamos al VI Congreso de la Internacional Comunista esta crítica del proyecto de programa.

II- LA ESTRATEGIA Y LA TÁCTICA EN LA ÉPOCA IMPERIALISTA

1-Total inconsistencia del capítulo principal del proyecto

El proyecto de programa comprende un capítulo consagrado a los problemas de la estrategia revolucionaria. No se puede por menos de reconocer esta intención como justa pues corresponde enteramente a los fines y al espíritu de un programa internacional del proletariado durante la época imperialista.

El concepto de una estrategia revolucionaria se consolidó en los años de posguerra, al principio, indudablemente, gracias a la afluencia de la terminología militar, pero no por puro azar. Antes de la guerra no habíamos hablado más que de la táctica del partido proletario; esta concepción correspondía con exactitud suficiente a los métodos parlamentarios y sindicales predominantes entonces, y que no salían del marco de las reivindicaciones y de las tareas corrientes. La táctica se limita a un sistema de medidas relativas a un problema particular de actualidad o a un dominio determinado de la lucha de clases. La estrategia revolucionaria se extiende a un sistema combinado de acciones que en su relación y sucesión, como en su desarrollo, deben llevar al proletariado a la conquista del poder.

Es evidente que los principios fundamentales de la estrategia revolucionaria han sido formulados desde que el marxismo planteó ante los partidos revolucionarios del proletariado el problema de la conquista del poder sobre la base de la lucha de clases. Pero, en el fondo, la Primera Internacional sólo logró formular esos principios en el plano teórico y comprobarlos en parte gracias a la experiencia de diferentes países. La época de la Segunda Internacional obligó a recurrir a métodos y a concepciones a causa de los cuales, según la famosa expresión de Bernstein, "el movimiento es todo, el objetivo final no es nada". En otros términos: la labor estratégica se reducía a nada, se disolvía en el "movimiento" cotidiano con sus fórmulas cotidianas de táctica. Sólo la Tercera Internacional restableció los derechos de la estrategia revolucionaria del comunismo, a la cual subordinó completamente los métodos tácticos. Gracias a la experiencia inapreciable de las dos primeras internacionales, sobre cuyos hombros se alza la tercera; gracias al carácter revolucionario de la época actual y a la inmensa experiencia histórica de la revolución de octubre, la estrategia de la Tercera Internacional adquirió inmediatamente una combatividad y una experiencia histórica enormes. Al mismo tiempo, la primera década de la nueva internacional desarrolla ante nosotros un panorama donde no hay sólo inmensas batallas, sino también crueles derrotas del proletariado a partir de 1918. He aquí por qué los problemas de estrategia y de táctica deben, evidentemente, ocupar el lugar principal en el programa de la Internacional Comunista. Sin embargo, en realidad, el capítulo del proyecto consagrado a la estrategia y la táctica de la Internacional Comunista (que lleva como subtítulo "La ruta hacia la dictadura del proletariado") es el más débil; apenas tiene fondo; la parte concerniente a Oriente es una combinación de los errores cometidos en el pasado y prepara otros nuevos.

La parte que sirve de introducción a este capítulo se ocupa de la crítica del anarquismo, del sindicalismo revolucionario, del socialismo constructivo, del socialismo guildista, *etc.* Es una imitación puramente literaria del Manifiesto Comunista, que inauguró la era de una política proletaria basada en la ciencia mediante una crítica severa y genial de las diversas variedades del socialismo utópico. Criticar rápida y pobremente (en

el décimo aniversario de la Internacional Comunista) las "teorías" de Cornélissen, de Arturo Labriola de Bernard Shaw o de los guildistas muy poco conocidos, no responde a una necesidad política sino que es la consecuencia de una pedantería estrictamente literaria. Se puede echar resueltamente ese peso muerto fuera del programa, dejarlo para las publicaciones de propaganda.

A continuación, en lo que concierne a los problemas estratégicos, propiamente dichos, el proyecto se limita a dar modelos apropiados para las escuelas primarias:

"Conquistar (¿?), influenciar en la mayoría de los miembros de su propia clase..."

"Conquistar (¿?), influenciar en vastos círculos de trabajadores en general..."

"El trabajo efectuado cotidianamente para conquistar sindicatos es particularmente importante..."

"La conquista de vastos círculos de campesinos pobres tiene también (¿?) una enorme importancia... "

Todas estas verdades elementales, indiscutibles en sí mismas, están simplemente enumeradas unas después de otras, es decir sin relacionarlas con el carácter histórico de la época; por ello, bajo la forma escolar y abstracta que revisten actualmente, podrían entrar a formar parte, fácilmente, de una resolución de la II Internacional. Se examina el problema fundamental del programa, es decir, la estrategia del golpe de estado revolucionario (las condiciones y los métodos para desencadenar la insurrección propiamente dicha, la conquista del poder) con aridez y parsimonia, en una pasaje esquemático que ocupa menos espacio del que se consagra al socialismo "constructivo" y "guildista"; de una manera abstracta, pedante, sin recurrir nunca a la experiencia viva de nuestra época.

Se mencionan las grandes batallas del proletariado en Finlandia, en Alemania y en Austria, la república de los soviets de Hungría, las jornadas de septiembre en Italia, los acontecimientos de 1923 en Alemania, la huelga general en Inglaterra, etc., en una enumeración cronológica árida, y no en el capítulo VI, que trata de la estrategia del proletariado, sino en el capítulo II, que expone "la crisis del capitalismo y la primera fase de la revolución mundial". Es decir, se consideran los grandes combates del proletariado sólo como acontecimientos objetivos, como expresión de "la crisis general del capitalismo", y no como experiencia estratégica del proletariado. Bastará decir que en el proyecto se condenan (y ello es un deber ineludible) las aventuras revolucionarias, el putchismo, sin intentar siquiera determinar si, por ejemplo, la sublevación de Estonia, la explosión de la catedral de Sofía en 1924 o la última insurrección de Cantón fueron aventuras revolucionarias heroicas, o, por el contrario, acciones metódicas de la estrategia revolucionaria del proletariado. Un proyecto que no se pronuncia acerca de esta cuestión urgente es simplemente un documento diplomático y no un estudio sobre la estrategia comunista.

Evidentemente, no se debe al azar la manera abstracta en que el proyecto plantea los problemas de la lucha revolucionaria del proletariado, colocándose por encima de la historia. A la forma literaria, pedante, bujariana, de plantear las cuestiones viene a añadirse otra: los autores del proyecto, por razones demasiado comprensibles, prefieren, en general, no tocar muy de cerca las lecciones estratégicas de los cinco últimos años. No se puede, sin embargo, considerar un programa de acción revolucionaria como una recopilación de tesis abstractas, independientes de lo que ha ocurrido durante estos años históricos. Evidentemente, un programa no puede narrar todo lo sucedido, pero debe referirse a ello, apoyarse en ello. Es preciso que el programa permita comprender,

a través de sus tesis, todos los grandes acontecimientos de la lucha del proletariado, y todos los hechos importantes de la lucha ideológica en el seno de la Internacional Comunista. Si esto es verdad para el conjunto del programa, lo es mucho más para la parte especialmente consagrada a la estrategia y a la táctica. Aquí, es preciso, según la expresión de Lenin, registrar lo que se ha conquistado, así como lo que se ha dejado escapar y que se podrá conquistar si se comprenden y asimilan bien las lecciones del pasado. La vanguardia proletaria no necesita un catálogo de lugares comunes sino un manual de acción. Examinaremos, pues, los problemas del capítulo "estratégico" relacionándolos lo más posible con la experiencia de la lucha de después de la guerra, sobre todo de la de los cinco últimos años, años de errores trágicos de la dirección.

2- Particularidades esenciales de la estrategia en la época revolucionaria y papel del partido

La época imperialista es la de las revoluciones proletarias pero el capítulo consagrado a la estrategia y a la táctica no caracteriza siquiera de una manera un poco coherente, desde el punto de vista "estratégico", la época imperialista como época de revoluciones proletarias, confrontándola con la de antes de la guerra.

Es verdad que en el capítulo primero el proyecto caracteriza la época del capitalismo industrial en su conjunto como

"un periodo de evolución relativamente continua, de propagación del capitalismo por todo el globo terrestre gracias al reparto de las colonias aún no ocupadas, apoderándose de ellas con las armas en la mano..."

Esta apreciación es, ciertamente, bastante contradictoria; embellece de forma manifiesta la época del capitalismo industrial que ha conocido grandes conmociones, guerras y revoluciones, superando en violencia a todo el pasado. Hubiera sido necesario representarla como un idilio para justificar algo la reciente afirmación burlesca de los autores del proyecto de que en la época de Marx y Engels "no se podía siquiera" hablar de la ley del desarrollo desigual. Pero si es falso considerar la historia del capitalismo industrial como una "evolución continua", es correcto, sin embargo, poner de relieve que la época que vivió el mundo, y Europa en particular, de 1871 a 1914, o, al menos, hasta 1905, fue un periodo en que las contradicciones se acumularon en el marco de la paz armada desde el punto de vista internacional, y en las relaciones entre las clases, en el interior de Europa, casi sin salir de los límites de la lucha legal. Entonces surgió, se desarrolló y se petrificó la II Internacional, cuya misión progresiva histórica termina con el comienzo de la guerra imperialista.

La política, considerada como fuerza histórica de masas, está siempre retrasada con respecto a la economía. Si el reinado del capital financiero y de los monopolios y truts comenzó a fines del siglo XIX, no se reflejó en la política mundial hasta después de la guerra imperialista, de la Revolución de Octubre y de la creación de la III Internacional.

En el fondo del carácter explosivo de la nueva época, con sus bruscas alternativas de flujos y reflujos políticos, con sus espasmos continuos de lucha de clases entre el fascismo y el comunismo, subyace el hecho que, históricamente, el sistema capitalista mundial está agotado; ya no es capaz de progresar en bloque. Esto no significa que ciertas ramas de la industria y ciertos países no puedan progresar con un ritmo desconocido hasta ahora. Pero ese progreso se realiza y se realizará en detrimento del de otras ramas y de otros países. Los gastos de producción del sistema capitalista

mundial devoran cada vez más sus beneficios. Como Europa está habituada a dominar el mundo, con la fuerza de la inercia adquirida por su rápido crecimiento de antes de la guerra, que se efectuaba casi sin interrupción, ha chocado más brutalmente que las otras partes del mundo contra la nueva correlación de fuerzas, contra el nuevo reparto del mercado mundial, contra las contradicciones cada vez más profundas a causa de la guerra; por eso es precisamente Europa quien sufre la transición más brusca de la época de desarrollo "orgánico" de antes de la guerra a la de las revoluciones.

Teóricamente no se puede excluir la posibilidad de un nuevo periodo de progreso capitalista general en los países más avanzados, dominadores y animadores. Pero para eso el capitalismo tendría que saltar previamente inmensas barreras en el dominio de las clases y en el de las relaciones entre estados; aplastar por largo tiempo la revolución proletaria, reducir definitivamente a China a la esclavitud, derribar la república de los soviets, *etc.* Todo eso está aún muy lejos. Una eventualidad teórica difiere mucho de una probabilidad política. Ni que decir tiene que en esto no pocas cosas dependen de nosotros mismos, es decir, de la estrategia revolucionaria de la Internacional Comunista. En último análisis, resolverá esta cuestión la lucha mundial entre las clases. Pero, en la época actual, para la cual está establecido el programa, el desarrollo general del capitalismo se encuentra ante barreras infranqueables hechas de contradicciones, entre la cuales, este desarrollo conoce furiosos remolinos. Esto es, justamente, lo que le da a la época un carácter de revolución, y a la revolución un carácter de permanente.

El carácter revolucionario de la época no consiste en que permite realizar la revolución, es decir, apoderarse del poder a cada momento, sino en sus profundas y bruscas oscilaciones, en sus transiciones frecuentes y brutales que la hacen pasar de una situación directamente revolucionaria, en que el partido comunista puede pretender arrancar el poder, a la victoria de la contrarrevolución fascista o semifascista, de esta última al régimen provisional del justo medio (bloque de las izquierdas en Francia, entrada de la socialdemocracia en la coalición en Alemania, advenimiento al poder del partido de Mac Donald en Inglaterra, etc.) para hacer de nuevo, más tarde, las contradicciones cortantes como una navaja de afeitar y plantear claramente el problema del poder.

¿A qué hemos asistido en Europa en el curso de las últimas décadas que precedieron a la guerra? En el dominio económico, a una poderosa progresión de las fuerzas productivas a través de las oscilaciones "normales" de la coyuntura de la situación industrial. En el de la política, al crecimiento de la socialdemocracia, sufriendo zigzags de orden secundario, en detrimento del liberalismo y de la "democracia". En otros términos: a un proceso metódico en el cual se agravaban las contradicciones económicas y políticas; en ese sentido, se creaban las premisas de la revolución proletaria.

¿Frente a qué nos encontramos en Europa después de la guerra? En economía: altos y bajos irregulares, convulsiones de la producción que gravitan, en general, a pesar de los grandes progresos de la técnica en ciertas ramas, en torno al nivel de antes de la guerra. En política: oscilaciones furiosas de la situación a izquierda y a derecha. Es absolutamente evidente que los bruscos cambios que operan en esta situación en el curso de uno, dos o tres años están determinados no por modificaciones de los factores fundamentales de la economía, sino por causas e impulsos que provienen estrictamente del dominio de la superestructura, simbolizando así la extrema inestabilidad de todo el sistema, cuyos cimientos carcomen las contradicciones incompatibles.

De ahí se deduce integralmente la significación de la estrategia revolucionaria por oposición a la táctica, y también la nueva significación del partido y de su dirección.

El proyecto se limita a dar una definición del partido desde el punto de vista de la forma (vanguardia, teoría del marxismo, encarnación de la experiencia, etc.) que no produciría ninguna disonancia en el programa de la socialdemocracia de izquierda de antes de la guerra. Actualmente todo eso es absolutamente insuficiente.

Frente a un capitalismo en expansión, la mejor dirección del partido no podía hacer otra cosa más que precipitar la formación del partido obrero. Por el contrario, los errores de la dirección no podían tener otro resultado más que retrasar esa formación. Las premisas objetivas de la revolución proletaria maduraban lentamente; el trabajo del partido conservaba su carácter de preparación.

Actualmente, toda nueva variación brusca de la situación política hacia la izquierda pone la decisión en manos del partido revolucionario. Si éste deja pasar el momento crítico en que la situación cambia, ésta se transforma en su antinomia. En tales circunstancias, la función de la dirección del partido adquiere una importancia excepcional. Cuando decía que dos o tres días pueden decidir la suerte de la revolución internacional, Lenin no habría podido ser comprendido en la época de la II Internacional. Por el contrario, en nuestra época esas palabras han recibido demasiadas confirmaciones, todas en un sentido negativo, con excepción de octubre. Sólo el conjunto de esas condiciones hace comprender el lugar excepcional que la Internacional Comunista y su dirección ocupan en la época histórica presente.

Es preciso comprender claramente que la causa fundamental y original de la llamada "estabilización" es la contradicción existente entre el desquiciamiento económico y social que han sufrido la Europa capitalista y el oriente colonial, de una parte, y de otra, la debilidad, la falta de preparación, la irresolución de los partidos comunistas y los errores crueles de su dirección.

No es la amada estabilización, venida no se sabe de dónde, la que detuvo el desenvolvimiento de la situación revolucionaria de 1918-1919 o de los años posteriores, sino que, por el contrario, fue esa situación, que no se había aprovechado, la que se transformaba en su antinomia y aseguraba a la burguesía la posibilidad de luchar con un éxito relativo a favor de la estabilización. Las contradicciones cada vez más agudas de esta lucha por la "estabilización", o, mejor dicho, por la continuación de la existencia y el desarrollo del capitalismo, preparan en cada nueva etapa las premisas de nuevas conmociones en el dominio de las clases y de las relaciones internacionales, es decir, de nuevas situaciones revolucionarias, cuyo desarrollo depende enteramente del partido proletario.

El rol del factor subjetivo puede quedar completamente subordinado durante la época de la revolución orgánica lenta, cuando nacen justamente los diversos proverbios de la gradualidad: "quien mucho corre, pronto para", "nadie está obligado a hacer más de lo que puede", etc., que reflejan la sabiduría de la táctica de la época del crecimiento orgánico, que no puede soportar que se "salten las etapas". Mientras que, cuando las premisas objetivas están maduras, la clave de todo el proceso histórico pasa a manos del factor subjetivo, es decir, del partido. El oportunismo, que vive consciente o inconscientemente bajo la sugestión de la época pasada, se inclina siempre a menospreciar el rol del factor subjetivo, es decir, la importancia del partido revolucionario y de su dirección. Esto se hace sentir en las discusiones que se produjeron acerca de las lecciones del octubre alemán, del Comité Angloruso y de la revolución china. En todas esas ocasiones, como en otras menos importantes, la tendencia oportunista siguió una línea política que contaba directamente con las "masas" y, por consiguiente, olvidaba los problemas de la

dirección revolucionaria. Esta manera de abordar la cuestión, en general, falsa desde el punto de vista teórico, es particularmente funesta durante la época imperialista.

La Revolución de Octubre fue el resultado de una correlación de fuerzas de clases especial en Rusia y en el mundo entero y del desarrollo particular que habían adquirido en el proceso de la guerra imperialista. Esta tesis general es elemental para un marxista. Sin embargo, no se contradice ni mucho menos al marxismo si, por ejemplo, se hace la pregunta siguiente: ¿Nos habríamos apoderado del poder en octubre si Lenin no hubiera podido llegar a Rusia en tiempo oportuno? Numerosos signos indican que podríamos no haberlo conquistado. Incluso en presencia de Lenin, la resistencia fue muy considerable en las esferas superiores del partido (que, dicho sea de paso, eran en gran parte los mismos hombres que determinan la política actual). La resistencia hubiera sido infinitamente más fuerte si Lenin no hubiera estado presente. El partido habría podido no lograr adoptar con tiempo la orientación necesaria, y nos quedaba muy poco tiempo. En periodos semejantes, algunos días son a veces decisivos. Las masas obreras habrían ejercido presión desde abajo con un gran heroísmo, pero sin una dirección que marchase conscientemente y con certidumbre hacia el fin, la victoria habría sido poco probable. Entre tanto, después de haber cedido Petrogrado a los alemanes y vencido las insurrecciones proletarias desperdigadas, la burguesía habría podido consolidar su poder, tomando muy probablemente una forma bonapartista, concertando una paz separada con Alemania y adoptando otras medidas. La marcha de los acontecimientos habría podido seguir otro camino durante una serie de años.

Durante las revoluciones alemana de 1918 y húngara de 1919, en el movimiento del proletariado italiano de septiembre de 1920, en la huelga general inglesa de 1926, en la insurrección vienesa de 1927, durante la revolución china de 1925-1927, en grados diferentes, bajo formas diversas, se hace sentir la misma contradicción política de toda la década: en una situación revolucionaria madura, no solamente por sus bases sociales, sino, frecuentemente, también por el estado de espíritu combativo de las masas, falta el factor subjetivo, es decir, un partido revolucionario de masas, y si existe, carece de una dirección perspicaz y valiente. Desde luego, la debilidad de los partidos comunistas y de su dirección no ha llovido del cielo, sino que es un producto del pasado de Europa. Puesto que las condiciones revolucionarias objetivas están actualmente maduras, los partidos revolucionarios podrían desarrollarse, evidentemente, con un ritmo rápido si la dirección de la internacional obrase juiciosamente, precipitando el proceso de su madurez, y no retrasándolo. Si, en general, la contradicción es el resorte más importante del movimiento de progresión, entonces, actualmente, para la Internacional Comunista, o, al menos, para su parte europea, el resorte principal del movimiento histórico debe ser una comprensión clara de la contradicción existente entre la madurez general (a pesar de los flujos y reflujos) de la situación objetiva y la falta de madurez del partido internacional del proletariado.

Si no se comprende de una manera amplia, generalizada, dialéctica, que la actual es una época de cambios bruscos, no es posible educar verdaderamente a los jóvenes partidos, dirigir juiciosamente desde el punto de vista estratégico la lucha de clases, combinar exactamente sus procedimientos tácticos ni, sobre todo, cambiar de armas brusca, resuelta, audazmente ante cada nueva situación. Y precisamente, dos o tres días de cambio brusco deciden a veces de la suerte de la revolución internacional para varios años.

El capítulo del proyecto consagrado a la estrategia y a la táctica habla de la lucha

del partido por conquistar al proletariado en general, de la huelga general y de la insurrección en general, pero no explica el carácter particular y el ritmo de la época actual, y sin comprenderlos teóricamente, sin "sentirlos", en política no se puede concebir una dirección verdaderamente revolucionaria.

Por eso este capítulo es tan pobre, tan pedante, tan inconsistente, desde el comienzo hasta el fin.

3- El III Congreso y la cuestión de la permanencia del proceso revolucionario según Lenin y Bujarin

En el desarrollo político que Europa ha seguido después de la guerra se pueden distinguir tres periodos: el primero, de 1917 a 1921; el segundo, de marzo de 1921 a octubre de 1923, *y* el tercero de octubre de 1923 a la huelga general inglesa, e incluso hasta ahora.

El movimiento revolucionario de masas después de la guerra era completamente suficiente para derribar a la burguesía. Pero no había nadie para dirigirlo. La socialdemocracia, que estaba a la cabeza de las viejas organizaciones de la clase obrera, concentró todas sus fuerzas para salvar el régimen burgués. Esperando que en ese periodo el proletariado conquistase directamente el poder, dábamos por descontado que el partido revolucionario maduraría rápidamente en el fuego de la guerra civil. Pero los plazos no coincidieron. La ola revolucionaria de después de la guerra se retiró antes de que los partidos comunistas en lucha contra la socialdemocracia hubieran crecido *y se* hubieran reforzado suficientemente para dirigir la insurrección.

En marzo de 1921, el Partido Comunista de Alemania hace una tentativa para utilizar el reflujo *y* derribar de un golpe el estado burgués. El pensamiento que guiaba al comité central alemán era salvar la república de los soviets (todavía no había surgido la teoría del socialismo en un solo país). Pero para vencer no bastaban la resolución de la dirección *y* el descontento de las masas; eran necesarias otras condiciones, y, sobre todo, un estrecho contacto entre la dirección *y* las masas, así como la confianza de éstas hacia aquélla. Esta condición faltaba.

El III Congreso de la Internacional Comunista, que es el jalón que marca la separación entre el segundo *y* el tercer periodo, estableció que los recursos políticos *y* de organización de los partidos comunistas eran insuficientes para conquistar el poder *y* determinó que había que marchar "hacia las masas", es decir, hacia la conquista del poder por la conquista previa de las masas, basándose en su lucha *y en* su vida cotidianas. Incluso en una época revolucionaria, y a pesar de todos los cambios, las masas viven la vida de todos los días.

Esta manera de abordar el problema encontró en el congreso una resistencia furiosa, cuyo inspirador teórico era Bujarin, que adoptó entonces el punto de vista de la revolución permanente, no el de Marx, sino el suyo: puesto que el capitalismo está muerto, entonces es preciso sostener sin cejar la ofensiva revolucionaria para obtener la victoria. La argumentación de Bujarin se redujo siempre a silogismos de este género.

No creo necesario decir que no he compartido nunca la teoría de Bujarin sobre la revolución "permanente", según la cual no se puede concebir en el proceso revolucionario ninguna discontinuidad: periodo de calma, retrocesos, reivindicaciones transitorias, *etc.* Por el contrario, desde los primero días de octubre he combatido esta caricatura de la revolución permanente.

Cuando hablaba, como Lenin, de la incompatibilidad existente entre Rusia soviética y el mundo del imperialismo, yo tenía en cuenta la gran curva de la estrategia y no sus sinuosidades de táctica. Por el contrario, Bujarin, antes de transformarse en su antinomia, desarrolló invariablemente su caricatura escolástica de la teoría marxista de la revolución continua. Durante toda la época del "comunismo de izquierda", Bujarin estimó que la revolución no admitía ni retiradas ni compromisos provisionales con el enemigo. Mucho tiempo después del problema planteado en Brest-Litovsk, ante el cual mi actitud no tuvo nada de común con la de Bujarin, éste, con toda el ala ultraizquierdista de la Internacional Comunista de entonces, adoptó la línea política de las jornadas de marzo de 1921 en Alemania, estimando que si no se "electrizaba" al proletariado de Europa, si no se producían nuevos estallidos revolucionarios, el poder de los soviets iba a perecer inevitablemente. Aunque tuviese conciencia de los peligros que amenazaban al poder de los soviets, ello no me impidió luchar en el III Congreso, hombro con hombro con Lenin, contra esta parodia putchista de la concepción marxista de la revolución permanente. Dirigiéndonos a los izquierdistas impacientes, durante ese congreso repetimos decenas de veces: no es precipitéis para salvarnos; así no haréis más que perderos y, por consiguiente, perdernos también; seguid el camino de la lucha sistemática para conquistar a las masas, para llegar a la conquista del poder; tenemos necesidad de vuestra victoria y no de que estéis prestos a batiros por nosotros en condiciones desfavorables; en la Rusia soviética, nos mantendremos en nuestras posiciones basándonos en la NEP y avanzaremos un poco; podréis venir en el momento oportuno en nuestra ayuda, preparando vuestras fuerzas y aprovechando una situación favorable.

Incluso después del X Congreso, que prohibió la formación de fracciones, Lenin tomó la iniciativa de crear el núcleo de una nueva fracción para luchar contra el ultraizquierdismo, que era fuerte en esta época; en nuestras reuniones restringidas, Lenin planteaba la cuestión de cómo sería necesario luchar más tarde si el III Congreso hacía suya la actitud de Bujarin. Nuestra "fracción" de entonces no se amplió pues, ya en el congreso, el frente de los adversarios disminuyó sensiblemente.

Naturalmente, Bujarin se alejaba a la izquierda del marxismo más que los otros. En ese mismo III Congreso y después de él, Bujarin combatió una idea que yo desarrollé: la de un mejoramiento inevitable de la situación económica en Europa; yo esperaba que, después de una serie de derrotas del proletariado, ese relanzamiento económico no asestaría un golpe a la revolución, sino, por el contrario, determinaría un nuevo impulso de la lucha revolucionaria. Bujarin, con su punto de vista de la permanencia escolástica no sólo de la crisis económica, sino también de la revolución en su conjunto, me combatió mucho, hasta que los hechos le obligaron a reconocer, como siempre, con mucho retraso, que se había equivocado.

En el tercer y cuarto congresos, Bujarin combatió la política del frente único y de las reivindicaciones transitorias, partiendo de su concepción mecánica de la permanencia del proceso revolucionario.

Se podría seguir la lucha de esas dos tendencias, la marxista, sintética, del carácter continuo de la revolución proletaria y la parodia del marxismo (que no es, ni mucho menos, una particularidad individual de Bujarin) en toda una serie de cuestiones, tanto de detalle como de primera importancia, Pero es inútil: en el fondo, la actitud que adopta Bujarin hoy es la misma escolástica de la "revolución permanente" presentada simplemente al revés. Si, por ejemplo, hasta 1923, Bujarin estimaba que sin crisis

económicas y sin guerra civil permanentes en Europa la república de los soviets perecería, por el contrario, ahora ha descubierto una receta que permite construir el socialismo prescindiendo de la revolución internacional. La permanencia bujariana vuelta del revés no es mejor que antes, sobre todo porque, frecuentemente los dirigentes actuales de la Internacional Comunista combinan su actitud oportunista de hoy con el espíritu aventurero de ayer e inversamente.

El III Congreso fue un jalón de gran importancia. Sus enseñanzas están vivas y son fecundas aún hoy día. El IV Congreso no hizo más que concretarlas. La fórmula del III Congreso no decía simplemente: hacia las masas, sino hacia el poder conquistando previamente a las masas. Al final del congreso, en el curso del cual, en todas las sesiones, la fracción dirigida por Lenin (que éste llamaba, significativamente, ala "derecha") recomendó insistentemente mayor moderación, Lenin convocó una pequeña conferencia en la que lanzó una advertencia profética: "Recuerden ustedes que se trata simplemente de tomar bien el impulso para dar el salto revolucionario; la lucha por las masas es la lucha por el poder".

Los acontecimientos de 1923 han demostrado que no solamente los "dirigidos", sino incluso no pocos dirigentes no habían seguido esta recomendación de Lenin.

4- Los acontecimiento de 1923 en Alemania y las lecciones de Octubre

El punto crítico que inaugura el nuevo periodo de la evolución de la Internacional Comunista después de Lenin son los acontecimientos de 1923 en Alemania. La ocupación del Rhur por las tropas francesas (a principios de 1923) significaba que Europa volvía a caer en el caos guerrero. Aunque este segundo acceso de la enfermedad fuese incomparablemente más débil que el primero, teniendo en cuenta que caía sobre el organismo de Alemania, agotado ya desde el principio, era preciso esperar, desde el principio, complicaciones revolucionarias agudas. La dirección de la Internacional Comunista no lo tuvo en cuenta en tiempo oportuno. El Partido Comunista de Alemania continuaba entonces viviendo de la fórmula del III Congreso, que le había alejado con firmeza de la ruta del putchismo amenazador, pero que asimiló de una manera unilateral. Ya hemos dicho más arriba que en nuestra época de cambios bruscos lo que es más difícil para una dirección revolucionaria es saber en el momento oportuno tomar el pulso a la situación política, percibir su inflexión brusca y cambiar firmemente de rumbo. Semejantes cualidades de dirección revolucionaria no se obtienen simplemente por el hecho de prestar juramento de fidelidad a la última circular de la Internacional Comunista; se conquistan, si las premisas teóricas indispensables existen, por la experiencia adquirida por sí mismo y practicando una autocrítica verdadera. No sin dificultad se realizó el giro que llevó de la táctica de las jornadas de marzo de 1921 a la actividad revolucionaria sistemática en la prensa, en las reuniones, en los sindicatos y en el parlamento. Vencida la crisis debida al cambio de situación, creció el peligro desarrollarse una nueva desviación unilateral, de carácter completamente opuesto. La lucha cotidiana para conquistar a las masas absorbe toda la atención, crea su propia rutina en la táctica e impide ver los problemas estratégicos que se deducen de las modificaciones de la situación objetiva.

En el verano de 1923 la situación interior de Alemania, sobre todo en lo que concernía a la quiebra de la táctica de resistencia pasiva, tomó el carácter de una catástrofe. Era absolutamente evidente que la burguesía alemana sólo lograría salir de esta situación "sin salida" si el partido comunista no comprendía que la burguesía estaba en esa

situación y no deducía de ello todas las conclusiones revolucionarias necesarias. Pero, precisamente, el partido comunista, que tenía la llave en sus manos, la utilizó para abrir las puertas a la burguesía.

¿Por qué la revolución alemana no ha llevado a la victoria? Las causas de este hecho deben buscarse enteramente en la táctica y no en las condiciones o en el azar. Tenemos aquí un ejemplo clásico de cómo se deja pasar una situación revolucionaria. Habría sido posible llevar al proletariado alemán al combate si éste hubiera podido convencerse de que esta vez se planteaba claramente la cuestión, de que el partido comunista estaba presto a ir a la batalla y de que era capaz de asegurar el triunfo. Pero el partido comunista realizó el cambio de orientación sin convicción y con un retraso extraordinario. No sólo los derechistas, sino también los izquierdistas, a pesar de la lucha encarnizada que sostenían entre ellos, vieron con un fatalismo, hasta septiembre y octubre el proceso del desarrollo de la revolución.

Corresponde a un pedante y no a un revolucionario analizar ahora hasta qué punto la conquista del poder habría sido "segura" con una política justa. Limitémonos a citar a este respecto este magnífico testimonio de Pravda, debido, sin embargo, únicamente al azar, puesto que fue completamente aislado y contradicho por todos los demás juicios publicados en el mismo periódico.

"Si en mayo de 1924, cuando el marco está relativamente estabilizado, y la burguesía parcialmente consolidada, y las capas medias de la población y la pequeña burguesía pasan a los nacionalistas, después de una crisis profunda del partido y de una cruel derrota del proletariado, los comunistas han logrado reunir 3.700.000 votos, es evidente que en octubre de 1923, con una crisis económica sin precedentes, la desmembración completa de las clases medias, la confusión más espantosa en las filas de la socialdemocracia, con contradicciones poderosas y brutales en el seno de la propia burguesía y un inaudito estado de espíritu combativo en las masas proletarias de los centros industriales, el partido comunista tenía con él a la mayoría de la población; así, pues, pudo combatir y debió hacerlo, pues tenía todas las probabilidades de triunfar."

Citemos también las palabras que un delegado alemán, cuyo nombre no recuerdo, pronunció en el V Congreso:

"No existe en Alemania un solo obrero que no sepa que el partido debía haber entrado en la batalla entonces, en lugar de evitarla. Los dirigentes del Partido Comunista de Alemania olvidaron que el partido debe tener su valor propio, y ésta, es una de las causas principales de la derrota de octubre".

Se ha dicho en el curso de las discusiones no pocas cosas respecto a lo ocurrido en el transcurso de 1923, sobre todo en la segunda mitad de ese año, en las esferas superiores del Partido Comunista de Alemania y de la Internacional Comunista; sin embargo, lo que se ha dicho a este respecto está frecuentemente lejos de corresponder a lo que ocurrió en realidad. Kuusinen es sobre todo quien ha introducido la confusión en estas cuestiones; en 1924-1926 tenía como misión demostrar que la dirección de Zinóviev había sido saludable, lo mismo que a partir de cierta fecha de 1926 se puso a probar que esta dirección fue funesta. Se le ha conferido a Kuusinen la autoridad necesaria para poder establecer tales juicios por el hecho de que él mismo, en 1918, hizo todo lo que le permitieron sus modestas fuerzas para hacer perecer la revolución del proletariado finlandés.

Más de una vez se ha intentado hacerme solidario de la línea de conducta de Brandler; en la URSS esto se hacía disimuladamente, pues allí eran numerosos los que sabían lo

que había sucedido; en Alemania, se procedía abiertamente, pues allí nadie sabía nada. Por casualidad, tengo entre las manos un recorte de periódico que habla de la aguda lucha ideológica que se desarrolló en nuestro comité central en torno a los problemas de la revolución alemana. En la documentación concerniente a la conferencia de enero de 1924, el buró político me acusó claramente de haber adoptado una actitud desconfiada y hostil hacia el Comité Central del Partido Comunista de Alemania en el curso del periodo que precedió a su capitulación. He aquí lo que se cuenta en ese documento:

"El camarada Trotsky, antes de abandonar la reunión del comité central (sesión plenaria de septiembre de 1923), pronunció un discurso, que emocionó profundamente a todos los miembros presentes, se decía que la dirección del Partido Comunista de Alemania no valía nada, que el comité central de ese partido estaba saturado de fatalismo, que pasaba el tiempo mirando las musarañas, *etc.* Por consiguiente, declaró el camarada Trotsky, la revolución alemana está condenada a perecer. Este discurso produjo en todos los presentes una impresión deprimente. Pero la enorme mayoría de ellos estimaba que esta filípica estaba ligada a un episodio (¿?) que no tenía nada que ver con la revolución alemana, producido en una reunión plenaria del comité central, y que ese discurso no se correspondía con el estado de cosas objetivo." (subrayado por nosotros)

Los miembros del comité central habrán podido interpretar como hayan querido mi alerta, que no era la primera, pero estaba únicamente dictada por la preocupación que me causaba la suerte de la revolución alemana. Desgraciadamente, la marcha de los acontecimientos me dio enteramente la razón, entre otras cosas porque la mayoría del comité central del partido dirigente, según su propia confesión, no había comprendido a tiempo que mi advertencia "se correspondía" perfectamente "con el estado de cosas objetivo". Ciertamente, no propuse que se sustituyese precipitadamente al comité central brandleriano por otro cualquiera; hacerlo en vísperas de acontecimientos decisivos hubiera sido simplemente una manifestación de espíritu aventurero; propuse, desde el verano de 1923, una manera más oportuna y decisiva de abordar la cuestión del paso a la insurrección, y, por consiguiente, de movilizar nuestras fuerzas para ayudar al comité central del partido alemán. La tentativa posterior de hacerme solidario de la línea de conducta del comité central brandleriano, cuyos errores no eran más que el reflejo de las faltas generales de la dirección de la Internacional Comunista, se debe, sobre todo, a que después de la capitulación del partido alemán me he opuesto a que se haga de Brandler la cabeza de turco, aunque o, más bien, porque juzgaba la derrota alemana mucho más seria de lo que creía la mayoría del comité central. En ese caso, como en otros, me he opuesto a un sistema inadmisible que, para salvar a la dirección de la internacional, destrona periódicamente a los comités centrales nacionales, a cuyos componentes se somete después a una persecución salvaje, e incluso se les expulsa del partido.

En las Lecciones de Octubre, que escribí bajo la impresión de la capitulación del comité central alemán, desarrollé la idea que, en la época actual, una situación revolucionaria puede perderse en algunos días por varios años. Parece increíble, pero es verdad: se calificó esta opinión de "blanquismo" y de "individualismo". Los innumerables artículos escritos contra las Lecciones de Octubre demostraron cómo se había olvidado a fondo la experiencia de la revolución de octubre y cuán poco habían penetrado en las conciencias sus enseñanzas. Culpar a las "masas", descargando sobre éstas la responsabilidad de los errores de la dirección, o disminuir la significación de la dirección en general para disminuir así la culpabilidad, es una actitud típicamente menchevique, actitud que se

deriva de la incapacidad para comprender dialécticamente la "superestructura" en general, la superestructura de la clase que es el partido, la superestructura del partido, que es su centro dirigente. Hay épocas en que Marx y Engels no podrían hacer avanzar ni un centímetro el desarrollo histórico ni aunque fuese fustigándolo; hay otras en que hombres de talla mucho menor, si tienen el timón en la mano, pueden retrasar el desenvolvimiento de la revolución internacional durante una serie de años.

Las recientes tentativas para hacer creer que he repudiado las Lecciones de Octubre son completamente absurdas. Es verdad que he "reconocido" un "error" secundario: cuando escribí las Lecciones de Octubre, es decir, en el verano de 1924, me parecía que Stalin había tenido en el otoño de 1923 una actitud que estaba más a la izquierda (es decir, en el centro izquierda) que la de Zinóviev. No estaba al corriente de la vida interior del grupo que ejercía las funciones de centro secreto de la fracción de la mayoría. Los documentos publicados después de la escisión de esta fracción, sobre todo la carta puramente brandleriana de Stalin a Zinóviev y a Bujarin, me han convencido de que el juicio que yo había formulado sobre los grupos de personalidades era inexacto; sin embargo, esta inexactitud no tiene nada que ver con el fondo de los problemas planteados. Desde luego, el error desde el punto de vista de las personas no fue tan grande; el centrismo es capaz, es verdad, de describir grandes zigzags hacia la izquierda, pero, como lo ha demostrado de nuevo la evolución de Zinóviev, es absolutamente incapaz de seguir una línea de conducta revolucionaria un poco sistemática.

Las ideas que desarrollé en las Lecciones de Octubre conservan hoy aún toda su fuerza. Más aún: después de 1924, han sido confirmadas de nuevo.

Entre las numerosas dificultades de la revolución del proletariado, hay una completamente precisa, concreta, específica, que se deriva de la situación y de las tareas de la dirección revolucionaria del partido. Cuando se produce un cambio brusco en los acontecimientos, los partidos, incluso los más revolucionarios, corren el riesgo de quedarse retrasados y de proponer las fórmulas o los métodos de lucha de ayer a las tareas y a las necesidades nuevas. No puede haber, en general, cambio más brusco que el que crea la necesidad de la insurrección del proletariado. Precisamente aquí surge el peligro de que la dirección del partido, la política del partido en su conjunto, no se corresponda con la conducta de la clase y con las exigencias de la situación. Cuando la vida política se desarrolla con relativa lentitud, esas discordancias acaban por desaparecer, y, aunque causen daños, no provocan catástrofes. Por el contrario, en período de crisis revolucionaria aguda no se tiene, precisamente, tiempo para superar los desequilibrios y, de alguna manera, rectificar el frente bajo el fuego; los períodos durante los cuales la crisis revolucionaria alcanza su grado máximo de intensidad, tienen, por su naturaleza misma, un ritmo rápido. La discordancia entre la dirección revolucionaria (vacilaciones, oscilaciones, espera, en tanto que la burguesía ejerce una presión furiosa) y las tareas objetivas puede en algunas semanas, e incluso en algunos días, causar una catástrofe, haciendo perder el beneficio de numerosos años de trabajo. Evidentemente, el desequilibrio entre la dirección y el partido, o bien entre el partido y la clase, puede tener también un carácter opuesto, cuando la dirección sobrepasa el desenvolvimiento de la revolución, confundiendo el quinto mes de embarazo con el noveno. El ejemplo más claro de un desequilibrio de este género lo suministró Alemania en marzo de 1921. Tuvimos entonces en el partido alemán una manifestación extrema de "la enfermedad infantil de izquierda", y por consiguiente, del putchismo (aventurerismo revolucionario). Ese peligro es completamente real, incluso para el porvenir. Las enseñanzas del III Congreso

de la Internacional Comunista conservan todo su vigor al respecto de esta cuestión. Pero la experiencia alemana de 1923 nos ha mostrado cruelmente un peligro de naturaleza contraria: la situación estaba madura y la dirección atrasada. Cuando la dirección logra alinearse con la situación, ésta cambia, las masas se retiran y la correlación de fuerzas se convierte bruscamente en desfavorable.

En el fracaso alemán de 1923 hubo, evidentemente, muchas particularidades nacionales, pero hubo también rasgos profundamente típicos que simbolizan un peligro general. Se podría calificar a éste de crisis de la dirección revolucionaria en vísperas del tránsito a la insurrección. La base del partido proletario, por su naturaleza misma, está menos inclinada a sufrir la presión de la opinión pública burguesa. Pero determinados elementos de las capas superiores y medias del partido se dejan inevitablemente influir más o menos por el terror material e intelectual ejercido por la burguesía en el momento decisivo. No se puede cerrar los ojos para no ver este peligro. Ciertamente, no existe contra él ninguna receta saludable aplicable en todos los casos. Pero el primer paso en la lucha contra un peligro es comprender su origen y su naturaleza. La aparición inevitable o el desarrollo de un grupo de derecha en cada partido comunista en el curso del periodo del "preoctubre" refleja, de una parte, las dificultades objetivas inmensas y los peligros de dar el "salto", y, de otra, la presión furiosa de la opinión pública burguesa. Este es el fundamento y la significación de un grupo de derecha. Precisamente por esto es inevitable que surjan en los partidos comunistas vacilaciones y reticencias justamente en el momento en que son más peligrosas. En nuestro país, en 1917, las vacilaciones, que se apoderaron de una minoría de las capas superiores, fueron vencidas gracias a la severa energía de Lenin. En Alemania, vaciló toda la dirección, y esta vacilación se transmitió al partido, y, a través de él, a la clase obrera. No serán éstas las últimas crisis de dirección en los momentos históricos decisivos. Reducir esas crisis inevitables al mínimo, constituye una de las tareas más importantes de cada partido comunista y de la Internacional Comunista en su conjunto. Sólo se puede llegar a ello después de haber comprendido la experiencia de octubre de 1917 (y el fundamento político de la oposición de derecha de aquella época en el seno de nuestro partido) confrontándola con la experiencia del Partido Comunista de Alemania en 1923.

En esto reside la significación de las Lecciones de Octubre.

5- El radical error estratégico del V Congreso

A partir de fines de 1923, hemos podido leer una serie de documentos de la Internacional Comunista y de declaraciones de sus dirigentes respecto al "error de ritmo" cometido en el otoño de 1923, en los que se alude inevitablemente a Marx, que también, al parecer, se habría equivocado al fijar los plazos de la revolución. Al mismo tiempo, conscientemente, no se precisaba si el "error de ritmo" de la internacional consistía en no haber percibido o, por el contrario, en haber exagerado la proximidad del momento crítico de la toma del poder. En conformidad con el sistema de contabilidad por partida doble que, durante los últimos años, ha llegado a ser una tradición de la dirección, se dejaba vía libre para una y otra interpretación.

Sin embargo, no es difícil deducir de la política de la Internacional Comunista en este periodo que, en todo el año 1924 y en buena parte de 1925, la dirección de la Internacional Comunista consideraba que no se había llegado aún al punto culminante de la crisis alemana. No es conveniente, pues, referirse a Marx en este caso. Si a veces

Marx vio más cerca la revolución de lo que efectivamente estaba, no hay ningún caso en el que no hubiese reconocido su rostro cuando ésta se adelantaba ni el que se hubiese obstinado en pretender que la situación seguía siendo revolucionaria cuando ésta había evolucionado claramente.

Durante la XIII Conferencia del partido comunista ruso, lanzando la fórmula con doble sentido del "error de ritmo", Zinóviev declaró:

"El comité central y la Internacional Comunista, deben deciros que si se renovasen acontecimientos semejantes, en la misma situación deberíamos hacer lo mismo."

Esta promesa sonaba como una amenaza. El 2 de febrero de 1924, Zinóviev declaró, en la conferencia del Socorro Rojo Internacional, que en toda Europa la situación era la siguiente:

"No hay que esperar ni siquiera un breve intervalo de tranquilidad, una apariencia de pacificación... Europa entra en una fase de acontecimientos decisivos... Alemania se dirige, al parecer, hacia la guerra civil aguda..."

A principios de febrero de 1924, en una resolución sobre las enseñanzas de los acontecimientos de Alemania, el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista dice:

"El Partido Comunista de Alemania no debe borrar del orden del día la cuestión de la insurrección y de la conquista del poder. Por el contrario (¡!), debemos plantearnos esta cuestión con toda urgencia y concretamente..."

El 26 de marzo de 1914, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista escribía en su mensaje al Partido Comunista de Alemania:

"El error sobre el ritmo de los acontecimientos (¿cuál?, L. T.) que se produjo en octubre de 1923 causó gran número de dificultades a nuestro partido. Pero, sin embargo, esto sólo es un episodio. El juicio fundamental sigue siendo el del pasado", (subrayado por mí)

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista extrae de todo esto la conclusión siguiente:

"El Partido Comunista de Alemania debe, como antes, continuar con todas sus fuerzas la labor de armar a los obreros".

¡El inmenso drama histórico de 1923 (el abandono sin combate de una posición revolucionaria grandiosa) era considerado, seis meses después, como un episodio! "Nada más que un episodio". Europa sufre aún hoy las penosas consecuencias de este episodio. El hecho de que la Internacional Comunista haya podido permanecer cuatro años sin reunirse en congreso, la derrota repetida de su ala izquierda, son resultados del "episodio" de 1923.

El V Congreso se reunió ocho meses después de la derrota del proletariado alemán, cuando todas las consecuencias de la catástrofe aparecían ya de una manera manifiesta. Entonces era mucho más necesario examinar el presente que prever lo que pasaría en el porvenir. Las tareas esenciales del V Congreso deberían haber consistido, en primer lugar, en llamar clara e implacablemente a la derrota por su nombre y poner al desnudo la causa "subjetiva", y no permitir que nadie se ocultase detrás de las condiciones objetivas, en segundo lugar señalar que iba a comenzar una nueva etapa (en el curso de la cual inevitablemente, durante cierto tiempo, las masas se retirarían, la socialdemocracia crecería, el partido comunista perdería influencia), en tercer lugar preparar a la Internacional Comunista para que la nueva situación no la cogiese de improviso, armarla con los métodos necesarios para las batallas ofensivas y consolidar

su organización hasta que la situación cambiase de nuevo.

En todas estas cuestiones, el congreso adoptó la actitud opuesta.

En el congreso Zinóviev definió de la manera siguiente la significación de lo que había ocurrido en Alemania:

"Esperábamos la revolución alemana pero no ha venido".

En realidad, la revolución tendría derecho a responder: he llegado, pero vosotros, señores, habéis llegado tarde a la cita.

Los dirigentes del congreso, así como Brandler, estimaban que habíamos "exagerado" el carácter revolucionario de la situación, siendo así que, en realidad, le habíamos atribuido, demasiado tarde, un escaso valor. Zinóviev se consolaba fácilmente de su supuesta "sobreestimación"; veía el mal principal en otro lugar:

"Haber exagerado la gravedad de la situación no fue lo peor. Lo peor es que, como lo ha probado el ejemplo de Sajonia, en las filas de nuestro partido hay no pocas supervivencias de la socialdemocracia".

Zinóviev no veía la catástrofe, y no era el único. Con él, todo el V Congreso pasó al lado de la más grande derrota de la revolución mundial sin verla. Los acontecimientos de Alemania fueron analizados sobre todo desde el punto de vista de la política de los comunistas... en el Landtag de Sajonia. En su resolución, el congreso apoyó al comité ejecutivo por haber:

"condenado la actitud oportunista del comité central alemán y sobre todo la desviación de la táctica del frente único que se ha producido durante la experiencia gubernamental de Sajonia".

Es poco más o menos como condenar a un asesino "sobre todo" por no haberse quitado el sombrero al entrar en casa de la víctima.

"La experiencia de Sajonia (insistía Zinóviev) ha creado una situación nueva. Amenaza con inaugurar la liquidación de la táctica revolucionaria de la Internacional Comunista".

Puesto que la "experiencia de Sajonia" estaba condenada y Brandler destituido, ya no quedaba más que seguir el orden del día.

"Las perspectivas políticas generales (dice Zinóviev y con él el congreso) siguen siendo esencialmente las de antes. La situación lleva en sí la revolución. Ya están en marcha nuevas batallas de clases, se desarrolla una lucha gigantesca..*etc.*

¡Cuán poco seguro es este "izquierdismo", que retiene en su tamiz los mosquitos y deja pasar impasiblemente los camellos! A los que sabían ver la situación con sus ojos, a los que ponían de relieve la importancia de la derrota de octubre, a los que señalaban que eran inevitables una larga época de reflujo revolucionario y una consolidación provisional ("estabilización") del capitalismo (con todas las consecuencias políticas que de ella derivan), los dirigentes del V Congreso los condenaban como oportunistas y liquidadores de la revolución. En eso veían su objetivo principal Zinóviev y Bujarin. Ruth Fischer, que con ellos menospreciaba la importancia de la derrota del año anterior, veía en la Oposición rusa.

"la pérdida de la perspectiva de la revolución mundial, la ausencia de fe en la proximidad de las revoluciones alemana y europea, un pesimismo sin esperanza, la liquidación de la revolución en Europa, etc."

Inútil explicar que los responsables más directos de las derrotas eran los más ardientes en combatir a los "liquidadores', es decir, a los que no querían llamar a los fracasos victorias. Así, por ejemplo, Kolárov atacaba violentamente a Radek, que había tenido la audacia de considerar la derrota del partido búlgaro como decisiva:

"Ni en junio, ni en septiembre, fue decisiva la derrota del partido. El partido comunista de Bulgaria es sólido y se prepara para nuevas batallas.
En lugar del análisis marxista de las derrotas, la fanfarronada burocrática irresponsable se alza en toda la línea. Sin embargo la estrategia bolchevique es incompatible con la kolaroviquiada vanidosa e inerte.

En los trabajos del V Congreso hubo muchas cosas justas e indispensables. La lucha contra las tendencias de derecha que trataban de levantar la cabeza no podía diferirse. Pero esta lucha descarriaba, se hacía confusa, se desviaba a causa del juicio radicalmente falso formulado sobre la situación; a causa de eso, todas las cartas estaban revueltas. Se clasificaba en el campo de la derecha a los que comprendían mejor y más claramente la jornada de ayer, de hoy y de mañana. Si en el III Congreso hubieran triunfado los izquierdistas de entonces, Lenin, por las mismas razones, hubiese sido clasificado en el ala derecha con Levi, Clara Zetkin y otros. La confusión ideológica que engendró la falsa orientación política del V Congreso fue más tarde una fuente de nuevas y grandes desgracias.

En el dominio económico se aplicó también enteramente el juicio establecido por el congreso en materia política. Se negaban o se consideraban como insignificantes los síntomas de la consolidación económica de la burguesía alemana, que ya habían tenido tiempo de manifestarse. Varga, que presenta siempre los hechos económicos adaptándolos a la tendencia política dominante en cada momento, señalaba esta vez en su informe:

"No hay ninguna perspectiva de saneamiento del capitalismo".

Un año después, cuando se rebautizó con algún retraso al "saneamiento" con el nombre de "estabilización", Varga la descubrió cuidadosamente... después, a toro pasado. Pero ya había habido tiempo de acusar a la Oposición de no admitir la estabilización, pues había tenido la audacia de señalar su comienzo año y medio antes, y ya en 1925 señalaba las tendencias que la amenazaban. (¿Adonde va Inglaterra)

El V Congreso veía los procesos políticos fundamentales y los grupos ideológicos en el espejo cóncavo de su falsa orientación; de ahí nació la resolución que clasificaba a la Oposición rusa entre las desviaciones "pequeñoburguesas". La historia corrigió este error a su manera, obligando dos años después a Zinóviev, el acusador principal del V Congreso, a admitir públicamente que el núcleo central de la Oposición de 1923 había tenido razón en las cuestiones fundamentales de la lucha.

El error estratégico del V Congreso comportó la incomprensión del proceso que se producía en la socialdemocracia alemana e internacional. En el congreso no se hizo más que hablar de su decadencia, de su descomposición, de su hundimiento. Refiriéndose a los resultados de las últimas elecciones parlamentarias, que dieron al partido comunista 3.700.000 votos, Zinóviev decía:

"Si tenemos en Alemania, en el aspecto parlamentario, la proporción de 62 comunistas por 100 socialdemócratas, esto debe probar a todo el mundo cuán próximos estamos de la conquista de la mayoría en la clase obrera alemana".

Zinóviev no comprendía en absoluto la marcha del proceso; durante ese año y los siguientes, la influencia del partido comunista no aumentó, sino que disminuyó; 3.700.000 votos no eran más que un resto impotente de la influencia decisiva que el partido tenía hacia fines de 1923 en la mayoría del proletariado alemán: en las elecciones posteriores esa cifra de votos disminuyó inevitablemente.

En tanto que la socialdemocracia, durante el año 1923, se deshilachaba como una

estera podrida, por el contrario, después de la derrota de la revolución, a fines del mismo año, se reforzó sistemáticamente, se levantó, creció, en gran parte en detrimento del comunismo. Porque habíamos previsto eso (¿cómo no preverlo?), se atribuyó nuestra previsión a nuestro "pesimismo". ¿Hay necesidad de demostrar, ahora, después de las últimas elecciones de mayo de 1928, en las cuales los socialdemócratas han recogido más de nueve millones de votos, que éramos nosotros quienes tenían razón cuando al principio de 1924, decíamos y escribíamos que era inevitable que la socialdemocracia renaciese en cierto periodo, y que eran los "optimistas" quienes le cantaban entonces Réquiem? Fue el V Congreso sobre todo el que cometió este gran error.

La segunda juventud de la socialdemocracia, que tenía todos los rasgos del veranillo de San Martín, no es evidentemente, eterna. Su muerte es inevitable. Pero la fecha de su muerte no está escrita en ninguna parte. Depende también de nosotros. Para aproximarla, es preciso saber mirar los hechos cara a cara, distinguir a tiempo los cambios de la situación política, llamar a las derrotas, derrotas, y aprender a prever el mañana.

Si la socialdemocracia alemana representa hoy aún una fuerza multimillonaria en la clase obrera, es por dos causas inmediatas. Primero: la capitulación de Partido Comunista de Alemania en otoño de 1923. Segundo: la falsa orientación estratégica del V Congreso. Si en enero de 1921 la proporción entre electores comunistas y socialdemócratas era casi de 2 a 3, cuatro años y medio después, por el contrario, esta proporción ha bajado, ya que no es más que de 1 a 3; dicho de otro modo, durante este período, tomado en su conjunto, no nos hemos acercado sino alejado de la conquista de la mayoría en la clase obrera. Y esto a pesar del reforzamiento innegable de nuestro partido en el curso del último año, que, si se practica una política justa, puede y debe ser el punto de partida de la verdadera conquista de la mayoría.

Volveremos más adelante a hablar de las consecuencias políticas de la actitud del V Congreso. Pero es evidente que no se puede hablar seriamente de estrategia bolchevique sin saber abarcar con la mirada tanto a la curva fundamental de nuestra época en su conjunto como a las diferentes sinuosidades que a cada momento determinado tienen para la dirección del partido la misma importancia que los recodos de la vía para el mecánico de la locomotora: marchar a toda velocidad en un recodo es ir, inevitablemente, hacia el abismo.

Sin embargo, hace sólo unos meses que Pravda reconoció, de forma más o menos clara, la exactitud del juicio que habíamos emitido precisamente a fines de 1923. El 28 de enero de este año Pravda escribía:

"La fase relativa [¡!] de apatía y depresión que comenzó después de la derrota de 1923, y que permitió al capital alemán consolidar sus posiciones, toca a su fin".

La "relativa" depresión que comenzó en el otoño de 1923 sólo empieza a pasar en 1928. Estas palabras, publicadas con un retraso de cuatro años, constituyen una condena implacable de la orientación errónea seguida por el V Congreso, y también del sistema de dirección, que no divulga, no pone de relieve los errores cometidos, sino que los oculta, aumentando así la confusión ideológica.

Un proyecto de programa que no contiene un juicio ni sobre los acontecimientos de 1923 ni sobre el error radical cometido por V Congreso, vuelve la espalda a los verdaderos problemas de la estrategia del proletariado durante la época imperialista.

6- "La era democrático-pacífica" y el fascismo

La capitulación del Partido Comunista de Alemania en el otoño de 1923, la desaparición de la terrible amenaza proletaria, debilitó no sólo, necesariamente, la posición del partido comunista sino también la del fascismo. Una guerra civil, incluso victoriosa para la burguesía, zapa las condiciones en que se ejerce la explotación capitalista. Ya entonces, es decir, a fines de 1923, nos pronunciamos contra la exageración de las tuerzas del fascismo alemán y de su peligro; habíamos insistido en que el fascismo, durante cierto periodo, pasaría a segundo plano, y en que ocuparían el proscenio de la política las organizaciones democráticas y pacifistas: Bloque de las Izquierdas en Francia, Labour Party en Inglaterra. Su reforzamiento, a su vez, ejercería un impulso que haría que la socialdemocracia alemana se desarrollase. En lugar de comprender este proceso inevitable y de organizar la lucha en un frente nuevo, la dirección oficial continuó identificando fascismo y socialdemocracia y profetizando su muerte simultánea en el curso de la guerra civil próxima.

La cuestión del fascismo y de la socialdemocracia estaba ligada al problema de las relaciones entre los Estados Unidos y Europa. Sólo la derrota de la revolución alemana en 1923 le permitió al capitalismo norteamericano abordar de lleno la realización de sus planes "pacíficos" para reducir a la servidumbre a Europa (por el momento). Bajo estas condiciones, era necesario plantear el problema norteamericano en toda su amplitud. Sin embargo, la dirección del V Congreso dejó simplemente la cuestión de lado. La dirección se basaba únicamente en la situación en el interior de Europa, sin observar que un aplazamiento prolongado de la revolución europea hacía de la ofensiva de Norte América contra Europa el eje de la situación mundial. Esta ofensiva tomaba el carácter de "consolidación" económica, de normalización, de pacificación de Europa y del "saneamiento" de los principios democráticos. El pequeño burgués arruinado e incluso el obrero se decían: si el partido comunista no ha sabido triunfar, acaso la socialdemocracia nos dé, no la victoria (no se espera eso de ella), sino un pedazo de pan, relanzando la industria gracias al oro norteamericano. Habría sido necesario comprender que la infame ficción del pacifismo norteamericano, recubierto de dólares (después de la derrota de la revolución alemana), debía convertirse y se convertía en el factor político más importante de la vida de Europa. La socialdemocracia alemana creció gracias a ese germen, y también a causa de él, en gran parte, progresaron los radicales franceses y el Labour Party.

Para plantarle cara a ese nuevo frente enemigo hubiera sido necesario demostrar que la Europa burguesa no podía subsistir más que como vasallo financiero de los Estados Unidos; que el pacifismo de este país equivalía a la aspiración de imponerle a Europa un racionamiento de hambre. Pero en lugar de tener en cuenta precisamente esta perspectiva para luchar contra la socialdemocracia con su nuevo culto del norteamericanismo, la dirección de la International Comunista se orientó en el sentido opuesto: se nos atribuyó una mezquina e imbécil teoría sobre el imperialismo normalizado, sin guerras ni revoluciones, basado en el racionamiento norteamericano.

Incluso en la misma reunión de febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que cuatro meses antes del congreso, ponía al orden del día del Partido Comunista de Alemania la insurrección "en toda su urgente concreción", el presidium apreciaba de la manera siguiente la situación en Francia, que justamente entonces, veía aproximarse las elecciones parlamentarias de "izquierda":

"Esta animación (la que precedía a las elecciones) afecta también a los partidos más mezquinos e insignificantes, así como a las organizaciones políticas muertas. El partido socialista, bajo los rayos solares de las elecciones que se aproximan, se reanima y se despereza... "

Mientras que en Francia avanzaba manifiestamente una ola de izquierdismo pacifista pequeñoburgués que se apoderaba también de vastos círculos obreros, debilitando simultáneamente al partido del proletariado y a los destacamentos fascistas del capitalismo, mientras que, en una palabra, se aproximaba la victoria del "Bloque de las Izquierdas", la dirección de la Internacional Comunista partía de una perspectiva directamente opuesta. Negaba totalmente la posibilidad de una fase de pacifismo; en vísperas de las elecciones de 1924, hablaba del partido socialista francés, es decir, del defensor del ala izquierda del pacifismo pequeñoburgués, como de un agrupamiento "ya muerto". Protestamos, en una carta especial dirigida a la delegación del partido comunista de la URSS., contra un juicio sobre el partido socialpatriota formulado tan a la ligera. ¡Fue en vano! La dirección de la Internacional Comunista consideraba obstinadamente que cerrar los ojos para no ver los hechos era dar prueba de "izquierdismo". De ahí nació la polémica sobre el pacifismo democrático, polémica desfigurada, sacada fuera de quicio, como todas las desarrolladas en el curso de los últimos años, y que por eso introdujeron tanta perturbación en la conciencia de los partidos de la Internacional Comunista. Se nos acusó a los representantes de la Oposición de tener prejuicios reformistas, simplemente porque no compartíamos los de la dirección de la Internacional Comunista y porque habíamos previsto a tiempo que la derrota sufrida, sin haber afrontado la batalla, por el proletariado alemán haría entrar inevitablemente en escena (después de que las tendencias fascistas se hubiesen intensificado durante un espacio breve de tiempo) a los partidos pequeñoburgueses y reforzaría a la socialdemocracia.

Ya hemos señalado más arriba que en la conferencia del Socorro Rojo Internacional, tres o cuatro meses antes de la victoria de Labour Party en Inglaterra y del Bloque de Izquierdas en Francia, Zinóviev, polemizando visiblemente conmigo, declaró:

"En casi toda Europa la situación es tal que no hay que esperar ni siquiera un breve intervalo de pacifismo, ni siquiera una apariencia de pacificación... Europa entra en una fase de acontecimientos decisivos... Alemania se dirige, al parecer, hacia la guerra civil".

Zinóviev ha olvidado, al parecer, que ya en el IV Congreso, en 1922, yo había logrado, a pesar de su resistencia obstinada y de la de Bujarin, que la comisión introdujese una enmienda (bastante atenuada, por cierto) en la resolución del congreso, en la que se hablaba de la próxima instauración de una era "pacífica-democrática" que constituiría una etapa probable en el camino de la decadencia política del estado burgués y sería una especie de antecámara de la dominación del comunismo o... de la del fascismo.

En el V Congreso, que se reunió después de que hubieran surgido los gobiernos de "izquierda" en Inglaterra y Francia, Zinóviev se acordó oportunamente de mi enmienda y leyó en voz alta:

"La situación internacional política en el momento presente se caracteriza por el fascismo, el estado de sitio y el terror blanco contra el proletariado. Pero esto no excluye la posibilidad de que en un porvenir muy próximo, en los países más importantes, una "era democrática y pacífica" sustituya a la reacción burguesa abierta".

Zinóviev agregó, con satisfacción, a esta cita:

"Esto fue dicho en 1922. Así, pues, hace ya año y medio que la Internacional Comunista predijo claramente la era democrático-pacífica".

La verdad es la verdad. La previsión, que se me reprochó durante largo tiempo como una desviación "pacifista" (que sería mi desviación y no la del desarrollo de los acontecimientos) llegó a su punto en el V Congreso, en plena luna de miel de los ministerios MacDonald y Herriot. Desgraciadamente ocurre igual en lo tocante a las previsiones.

Es preciso agregar que Zinóviev y la mayoría del V Congreso se han tomado demasiado al pie de la letra la antigua perspectiva de la "era pacífica y democrática" como etapa de desagregación del capitalismo. Zinóviev afirmó en el V Congreso: "La era democrático-pacífica es un síntoma de la desagregación del capitalismo" Y lo dijo de nuevo en el discurso de clausura:

"Repito que precisamente la era democrático-pacífica es un síntoma de la desagregación capitalista y de su crisis incurable".

Esto habría sido verdad si no se hubiese producido la crisis del Ruhr, si la evolución se hubiese efectuado más regularmente, sin ese "salto" de la historia. Esto hubiese sido doble y triplemente verdad si el proletariado alemán hubiese triunfado en 1923. En ese caso, el régimen de Mac Donald y de Herriot, sólo hubiese tenido la significación del "kerenskysmo" inglés y francés. Pero la crisis del Ruhr se desencadenó planteando claramente la cuestión de quién sería el dueño de la casa. El proletariado alemán no obtuvo la victoria, sino una derrota decisiva, y en una forma que tenía que alentar y reforzar en un alto grado a la burguesía alemana. La fe en la revolución resultó resquebrajada en toda Europa para varios años. Bajo estas condiciones, los gobiernos Mac Donald y Herriot no tenían, ni mucho menos, la significación del kerenskysmo, ni, en general, reflejaban la descomposición de la burguesía, sino que podían ser y han sido simplemente los precursores efímeros de gobiernos burgueses más serios, más sólidos, más seguros de sí mismos. El V Congreso no lo comprendió: en efecto, no habiendo estimado en su justo valor las proporciones de la catástrofe alemana, habiendo reducido ésta a la simple cuestión de la comedia en el Landtag de Sajonia, no se dio cuenta de que el proletariado de Europa, en todo el frente, estaba ya en retirada política; que la misión que le incumbía no era la insurrección, sino una orientación nueva, batallas de retaguardia, la consolidación de las posiciones del partido desde el punto de vista de la organización, sobre todo en los sindicatos.

En relación con estos problemas se desarrolló una polémica sobre el fascismo, no menos desfigurada y sacada de quicio que la anterior. La Oposición explicaba que la burguesía sólo aumenta su apoyo al fascismo en el momento en que un peligro revolucionario inmediato amenaza las bases de su régimen, cuando los órganos normales del estado burgués son ya insuficientes. En este sentido, el fascismo activo corresponde a un ensayo de guerra civil de la sociedad capitalista contra el proletariado insurrecto. Por el contrario, la burguesía se ve obligada a aumentar su apoyo de izquierda, a la socialdemocracia, sobre todo en dos momentos: en los tiempos que preceden a la guerra civil a fin de engañar, apaciguar y desagregar al proletariado o bien tras una serie de derrotas de las más amplias masas del pueblo, cuando para restablecer el régimen normal se ve forzada a movilizarlas en la vía parlamentaria, y con ellas a los obreros que han perdido la confianza en la revolución. Para contradecir este análisis teórico indiscutible, que ha verificado todo el desarrollo de la lucha, la dirección de la Internacional Comunista lanza una afirmación absurda y simplista sobre la identidad de la socialdemocracia y del fascismo. Partiendo del incontestable hecho que la socialdemocracia está tan ligada como el fascismo a las bases fundamentales de la

sociedad burguesa y que siempre está dispuesta, en el momento de peligro, a avanzar a sus Noske, la dirección de la Internacional Comunista borra de un golpe toda diferencia política entre socialdemocracia y fascismo, borrando al mismo tiempo la distinción entre el periodo de guerra civil abierta y el de "normalización" de la lucha de clases. En una palabra, se le da la vuelta, se mezcla y confunde todo para conservar la apariencia de una orientación hacia el desarrollo inmediato de la guerra civil, como si nada especial hubiese pasado, en el otoño de 1923, en Alemania y en Europa: ¡simplemente un episodio!

Para mostrar la dirección y el nivel de esta polémica debe citarse el artículo de Stalin A propósito de la situación internacional.

"Algunos piensan [decía Stalin polemizando contra mi] que la burguesía ha llegado al "pacifismo" y a la "democracia" no por necesidad sino por su propia voluntad, como resultado de su libre decisión"

Dos conclusiones políticas de importancia seguían a esta tesis fundamental, de orden histórico y filosófico (sobre la que es inútil insistir):

"Primero, es falso que el fascismo sólo sea una organización de combate de la burguesía. El fascismo no sólo es una categoría (¿?) militar y técnica."

No se puede comprender por qué una organización de combate de la sociedad burguesa debe ser considerada como una "categoría" técnica y no política. Pero entonces ¿qué es, pues, el fascismo? A ello se responde indirectamente con estas palabras:

"La socialdemocracia es objetivamente el ala moderada del fascismo".

Se pueda decir que la socialdemocracia es el ala izquierda de la sociedad burguesa; esta definición es absolutamente justa, a condición, sin embargo, de no comprenderla de un manera demasiado simplista; no hay que olvidar que la socialdemocracia continúa todavía arrastrando a millones de obreros y que se ve, pues, obligada a tener en cuenta, dentro de ciertos límites, no sólo la voluntad de su patrono burgués, sino también los intereses de su mandato proletario que estafa. Pero sería absurdo definir la socialdemocracia como "ala moderada del fascismo". ¿Dónde está en todo esto la sociedad burguesa? Para orientarse, incluso de la manera más elemental, en política no hay que reunir todo en un solo montón, sino distinguir que la socialdemocracia y el fascismo constituyen los dos polos del frente burgués, unidos en el momento del peligro, pero polos no obstante. ¿Hay que insistir en esto después de las elecciones do mayo de 1928, caracterizadas a la vez por la decadencia del fascismo y el crecimiento de la socialdemocracia, (a la que, dicho sea de paso, el partido comunista proponía esta vez aún formar el frente único de la clase obrera)?:

"Segundo [dice el artículo], es falso que hayan pasado ya las batallas decisivas, que el proletariado haya sido vencido en ellas y que, por consiguiente, la burguesía se haya consolidado. No ha habido aún combates decisivos, porque ni siquiera ha habido verdaderos partidos bolcheviques de masas".

La burguesía no ha podido, pues, consolidarse porque no se han producido batallas; y no se han entablado batallas "aunque sólo sea" porque no había partido bolchevique. Así, pues, lo que impide a la burguesía reforzarse... es la ausencia de partidos bolcheviques. En realidad, es precisamente porque no había, más bien que partido, dirección bolchevique por lo que la burguesía ha podido consolidar sus posiciones. La capitulación sin combate ante el enemigo de un ejército que se encuentra en una situación crítica, reemplaza perfectamente a una "batalla decisiva', tanto en la política como en la guerra. Ya en 1850, Engels enseñaba que un partido que deja escapar una

situación revolucionaria desaparece durante mucho tiempo de la escena. Pero ¿quién ignora que Engels, que vivió "antes del imperialismo", ha caducado ya? Es lo que, a buen seguro, Stalin escribe:

"Es imposible, bajo el imperialismo, sostener combates por el poder si no existen tales partidos (bolcheviques)."

Hay que creer, pues, que esas batallas eran posibles en la época de Engels, cuando la ley del desarrollo desigual no habla sido descubierta todavía.

Todo este encadenamiento de disertaciones está coronado, como conviene, con un pronóstico político:

"En fin, es falso también... que por el "pacifismo' se deba obtener una consolidación del poder de la burguesía, un aplazamiento de la revolución por un tiempo indeterminado".

Sin embargo, la revolución se ha aplazado, no según los pronósticos de Stalin, sino según los de Engels. Un año más tarde, cuando incluso los ciegos vieron claramente que la posición de la burguesía era más fuerte y que la revolución había retrocedido por un tiempo indeterminado, Stalin se puso a acusarnos de... no admitir la estabilización. Esta acusación se hizo particularmente insistente durante el periodo en que la "estabilización" comenzaba ya a vacilar bajo el impacto de la nueva oleada revolucionaria que avanzaba en Inglaterra y en China. Hay que remarcar que la definición del fascismo y de sus relaciones con la socialdemocracia tal y como se hace en el proyecto (capítulo II), a pesar de los equívocos que voluntariamente se han tolerado para conservar un lazo con el pasado, es más razonable y justa que el esquema estalinista citado más arriba, que en el fondo era el del V Congreso. Pero este ligero progreso no resuelve la cuestión. Un programa de la Internacional Comunista no puede, tras la experiencia de la última década, caracterizar la situación revolucionaria, mostrar cómo se forma y desaparece, sin señalar los errores clásicos cometidos en el análisis de esta situación, sin explicar cómo el maquinista debe conducir en las curvas, sin inculcar a los partidos esta verdad: que hay momentos en los que la victoria de la revolución depende de dos o tres días de lucha.

7- Política ultraizquierdista y levadura de derecha

Después del periodo de flujo violento, en 1923 vino el largo reflujo, que en el lenguaje estratégico significaba: retirada en orden, batallas de retaguardia, atrincheramiento en las organizaciones de masas, revista de las tropas, bruñido y afilado de las armas políticas y teóricas. Se calificó esta actitud de espíritu de liquidación. En el curso de los últimos años se cometieron con esta noción, como con otras del vocabulario bolchevique, groseros abusos; no se enseñaba ni se educaba; se creaba la confusión y se inducía a la gente a error. El espíritu de liquidación es renunciar a la revolución, es tender a sustituir sus caminos y métodos por los del reformismo. La política leninista no tiene nada en común con este espíritu, pero tiene menos que ver con la manera de obrar que consiste en olvidar las modificaciones en la situación objetiva, en mantener verbalmente la orientación hacia la insurrección cuando la situación revolucionaria ha dado ya la espalda, cuando es preciso de nuevo tomar el camino del trabajo entre las masas, largo, tenaz, sistemático, minucioso, para preparar el partido para una nueva revolución.

El hombre tiene necesidad de un género de movimiento cuando sube una escalera, y de otro cuando la desciende. La posición más peligrosa es la del hombre que, después

de haber apagado su vela, prepara sus pies para subir, cuando ante él los escalones descienden. Las caídas, los chichones y las luxaciones son entonces inevitables. La dirección de la Internacional Comunista hizo todo lo posible en 1924 por impedir la crítica de la experiencia del octubre alemán, y, en general, toda crítica. Y ha repetido obstinadamente: los obreros van directamente a la revolución; la escalera va hacia arriba. No tiene, pues, nada de sorprendente que las normas del V Congreso, aplicadas en presencia de un reflujo revolucionario, hayan conducido a crueles derrotas y luxaciones políticas.

El número 5-6 del Boletín de Información de la Oposición alemana del 1 de marzo de 1927, decía:

"El error más grande que la izquierda en el congreso (el de Francfort, en la primavera de 1924, en el que la dirección pasó a la izquierda) consistió en no haber dicho al partido de una manera suficientemente vigorosa la gravedad de la derrota de 1923, en no haber extraído las conclusiones necesarias, en no haber explicado al partido con sangre fría y sin adornos las tendencias de la estabilización relativa del capital, y, por consiguiente, en no haber presentado ni el programa ni las consignas a seguir en el periodo inmediatamente posterior; existía la posibilidad de hacerlo, a costa de estigmatizar brutalmente, con perfecta razón, las tesis del programa". (Subrayado por mí).

Estas líneas nos mostraron entonces que una parte de la izquierda alemana, que había participado durante el V Congreso en la lucha contra nuestro supuesto "espíritu de liquidación", había comprendido seriamente las enseñanzas de 1923-1924. Esto es lo que hizo posible más tarde una aproximación sobre una base de principios.

El verdadero año del cambio en la situación fue 1924. Sin embargo, sólo año y medio más tarde se admitió que se había producido esta variación brusca ("estabilización"). No hay, pues, por qué extrañarse de que 19241925 fueran años de errores de izquierda y de experiencias putchistas. La aventura terrorista búlgara, así como la trágica insurrección de diciembre de 1924 en Estonia, fueron estallidos de desesperación correspondientes a una falsa orientación. Esas tentativas de violentar el proceso histórico siguiendo la ruta del putchismo llevaron a una recaída en este mal en Cantón, a fines de 1927. Ni siquiera los pequeños errores quedan impunes en política, y mucho menos los grandes; pero la mayor falta es disimular los errores cometidos, contrarrestar de una manera mecánica su crítica e impedir que se formule sobre ellos un juicio marxista ponderado.

No escribimos la historia de la Internacional Comunista en el curso de estos cinco años. No hacemos más que ilustrar con hechos, con ocasión de las etapas fundamentales de este periodo, las dos líneas estratégicas; señalamos, así y al mismo tiempo, la falta de vitalidad del proyecto de programa para el cual no existen todas estas cuestiones. No podemos describir aquí, pues, ni siquiera limitándonos a sus rasgos esenciales, las contradicciones sin salida en que se debatieron los partidos de la Internacional Comunista, cogidos entre las directivas del V Congreso, de una parte, y la realidad política, de otra. Ciertamente, no se salió de esta contradicción en todas partes por medio de convulsiones tan funestas como las de Bulgaria en 1923 o las de Estonia en 1924. Pero en todas partes los partidos se veían reducidos a la impotencia, no podían responder a las aspiraciones de las masas, tenían puestas las orejeras y perdían el paso. En la agitación y la propaganda del partido, propiamente dichas; en la actividad sindical, en la tribuna parlamentaria, en todas partes los comunistas arrastraban como una cadena la falsa posición del V Congreso. Todos los partidos, unos más y otros

menos, eran víctimas del falso punto de partida, perseguían fantasmas, se desentendían de la realidad, transformaban las fórmulas revolucionarias en frases altisonantes, se comprometían ante las masas y perdían pie. Para colmo de desgracias, a la prensa de la Internacional Comunista le era imposible, entonces como ahora, agrupar y publicar hechos y cifras concernientes a la actividad de los partidos comunistas en el curso de los últimos años. Después de las derrotas, los errores y los fracasos, la dirección de los epígonos, prefirió batirse en retirada y repartir palos de ciego.

Como los hechos reales le infringían siempre cada vez más crueles desmentidos, la dirección debía poner en primera fila cada vez más los hechos imaginarios. Perdiendo pie cada vez más, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista se veía obligado a descubrir fuerzas y hechos revolucionarios donde ni siquiera había traza de ellos, y agarrarse a cuerdas podridas para mantenerse en equilibrio.

Como se producían en el proletariado manifiestos desplazamientos hacia la derecha, la Internacional Comunista entró en una fase de idealización de los campesinos, exagerando, sin criticarlos, todos los síntomas de "ruptura" entre ellos y la sociedad burguesa, coloreando vivamente toda clase de organizaciones campesinas efímeras y adulando francamente a los "demagogos campesinos".

Se sustituía cada vez más la tarea de la vanguardia proletaria, que es luchar amplia y tenazmente contra la burguesía y la demagogia seudocampesina para influir en la parte más desheredada de las aldeas, con la esperanza de que los campesinos desempeñarían un papel revolucionario directo e independiente nacional e internacionalmente.

Durante 1924, es decir, durante el año fundamental de la "estabilización", la prensa comunista insertó datos completamente fantásticos sobre la fuerza de la Internacional Campesina, que acababa de organizarse. Su representante, Dombal, decía en su informe que, seis meses después de su creación, ya agrupaba a varios millones de miembros.

Entonces surgió el escandaloso asunto Raditch, el jefe del partido "campesino" croata, que para aumentar sus posibilidades de ser ministro en la Belgrado blanca, hizo pasar su ruta, que venía de la verde Zagreb, por la roja Moscú. El 9 de julio de 1924, Zinóviev cuenta su nueva "victoria" en un informe sobre el balance del V Congreso, presentado a los militantes activos de Leningrado:

"Actualmente se producen desplazamientos importantes en el campesinado. Probablemente todos habéis oído hablar del partido campesino croata de Raditch. Este está actualmente en Moscú. Un verdadero jefe popular... Los campesinos pobres y medios de Croacia le siguen unánimemente... Ahora, Raditch ha decidido adherirse, en nombre de su partido, a la Internacional Campesina. Consideramos este acontecimiento como capital. La fundación de la Internacional Campesina es un hecho de gran importancia. Algunos camaradas no querían creer que se convertiría en una gran organización... Ahora acude a nosotros una gran masa auxiliar: el campesinado..."

Y así sucesivamente y del mismo estilo.

En el otro lado del océano, para hacer juego con Raditch, estaba el "verdadero jefe popular", el jefe La Follette. A fin de hacer avanzar más rápidamente a la "masa auxiliar" de los campesinos norteamericanos, Pepper, el delegado de la Internacional Comunista, empujó al partido comunista norteamericano, débil y joven, a una aventura absurda y vergonzosa, creando en torno a La Follette el Workers and Farmers Party, para derribar más rápidamente al capitalismo norteamericano.

La buena nueva de la proximidad de una revolución, que se apoyaría en los campesinos en los Estados Unidos inspiraba en esta época todos los discursos y artículos de los

líderes oficiales del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Kolarov decía en su informe, en una sesión del V Congreso:

"En los Estados Unidos, los pequeños granjeros han formado un partido de granjeros y campesinos que se radicaliza cada vez más, que se acerca a los comunistas y que se embebe de la idea de la creación en los Estados Unidos de un gobierno obrero y campesino."

¡Ni más ni menos!

Un militante de la organización de La Follette, Green, de Nebraska, vino al congreso campesino de Moscú y también se adhirió a algo; después, como es natural, en la conferencia de Saint-Paul ayudó a derrotar al partido comunista cuando éste intentó débilmente comenzar a poner en práctica las grandiosas intenciones de Pepper, consejero del conde Karoly, ultraizquierdista del III Congreso, reformador del marxismo, uno de los que asesinaron a la revolución húngara.

El 29 de agosto de 1924, Pravda se lamentaba:

"En su conjunto, el proletariado norteamericano todavía no ha llegado a comprender la necesidad de un partido ni siquiera de un partido tan colaboracionista como el Labour Party inglés".

Sin embargo, casi un mes y medio antes, Zinóviev declaró en su informe a los militantes activos de Leningrado:

"Varios millones de campesinos, de buen o mal grado (¡!), se ven directamente empujados por la crisis agraria hacia la clase obrera".

¡Y directamente hacia el gobierno obrero y campesino! (añadía Koralov). La prensa repetía que se crearía pronto en los Estados Unidos un Workers and Farmers Party que no sería puramente proletario, pero que sería no obstante de clase "para derribar al capital". Lo que significa un carácter no puramente proletario no hay un solo astrólogo, ni de este ni del otro lado del océano, que pueda explicarlo. Eso no era, a fin de cuentas, más que la edición pepperizada de la idea de los "partidos obreros y campesinos bipartidos', de los que hablaremos más en detalle a propósito de las enseñanzas de la revolución china. Aquí bastará señalar que la idea reaccionaria de partidos no proletarios, pero no obstante de clase, se ha desarrollado enteramente basándose en la política llamada de "izquierda" de 1924, que, para ocultar sus derrotas, se agarraba a Raditch, La Follette y a las cifras hinchadas de la Internacional Campesina.

"Actualmente asistimos [declara Miliutin, académico de los lugares comunes] a un acontecimiento sumamente significativo e importante: la autonomía de la masas campesinas que se separan de la burguesía, la intervención de los campesinos contra el capitalismo y el reforzamiento cada vez mayor del frente único de los campesinos y de la clase obrera que luchan en los países capitalistas contra el sistema social".

Durante todo el año 1924, la prensa de la Internacional Comunista no se cansó de hablar de la "radicalización" general "de las masas campesinas". ¡Como si de esta radicalización de los campesinos pudiese esperarse un resultado valido en un periodo en el que, manifiestamente, los obreros marchaban hacia la derecha, en el que la socialdemocracia se reforzaba y se consolidaba la burguesía!

Volvemos a encontrar el mismo error de visión política a fines de 1927 y a principios de 1928 en lo concerniente a China. Mucho tiempo después de toda grande y profunda crisis revolucionaria en que el proletariado sufre una derrota que decide su suerte para un largo periodo, continúan los sobresaltos de indignación de las masas atrasadas, semiproletarias, de las ciudades y del campo, como se forman ondas circulares después

de que una roca haya caído sobre el agua. Si la dirección concede a esas ondas un valor propio, interpretándolas, contrariamente a los procesos en curso en la clase obrera, como signos de que la revolución se aproxima, sabedlo bien: eso es un síntoma que indica sin ninguna duda que la dirección va en busca de aventuras corno las de 1924 en Bulgaria y Estonia o 1927 en Cantón.

Durante este mismo período de ultraizquierdismo se obligó al Partido Comunista de China a entrar por algunos años en el Kuomintang, que el V Congreso proclamó "partido simpatizante". (Pravda, 25 de junio de 1924), sin intentar seriamente definir su carácter de clase. A medida que pasa el tiempo más se desarrolla la idealización de la "burguesía nacional revolucionaria". Así es como el falso curso de izquierda en Oriente también, cerrando los ojos y ardiendo de impaciencia, echa los cimientos del oportunismo que le sucederá. Para codificarlo se recurrió a Martynov; era para el proletariado chino como un consejero tanto más seguro cuanto que durante las tres revoluciones rusas trotó detrás de la pequeña burguesía.

Buscando aplazar artificialmente los plazos, la dirección no solamente se aferró a Raditch, La Follette, a los millones de campesinos de Dombal e incluso a Pepper, sino que estableció una perspectiva radicalmente falsa para Inglaterra. La debilidad del partido comunista inglés hizo surgir la necesidad de substituirlo lo antes posible por algún factor más impresionante. Entonces apareció una apreciación falsa de las tendencias del tradeunionismo inglés. Zinóviev dio a entender que esperaba que la revolución vendría, no a través del estrecho pórtico del partido comunista inglés, sino pasando por la ancha barrera de las tradeunions. Se sustituyó la lucha del partido comunista por conquistar a las masas organizadas en las tradeunions por la esperanza de utilizar lo antes posible al aparato de estas organizaciones con fines revolucionarios. Gracias a esta manera de abordar el problema se desarrolló después la política del Comité Angloruso, que asestó un rudo golpe tanto a la Unión Soviética como a la clase obrera inglesa; golpe superado sólo por la derrota sufrida en China.

Las Lecciones de octubre, escritas en el verano de 1924, refutan de la manera siguiente la idea de recurrir a la amistad de Purcell y de Cook para recorrer más rápidamente el camino que conduce a la revolución:

"No puede triunfar la revolución proletaria sin el partido, al encuentro del partido o por un sucedáneo del partido. Tal es la principal enseñanza de los diez años últimos.

Los sindicatos ingleses pueden, en verdad, tornarse una palanca poderosa de la revolución proletaria y reemplazar a los mismos soviets, obreros, por ejemplo, en ciertas condiciones y durante cierto período. Pero no lo conseguirán sin el apoyo del partido comunista, ni mucho menos contra él, imposibilitados de desempeñar esta misión hasta que en su seno la influencia comunista prepondere. Harto cara, para no retenerla íntegramente, hemos pagado tamaña lección acerca del papel y la importancia del partido en la revolución proletaria."

En el libro *¿Adonde va Inglaterra?* planteamos el mismo problema de una manera más extensa. Desde la primera hasta la última página, todo el libro está consagrado a demostrar que la revolución inglesa tampoco puede pasar más que por la puerta comunista; pero practicando una política justa, valiente, desprovista de toda ilusión, el partido comunista inglés puede crecer y madurar a saltos y elevarse en algunos años al nivel de las tareas que le incumben.

Las ilusiones izquierdistas de 1924 se han desarrollado gracias a una concepción de derechas. Para disimular a los otros, y disimularse a sí mismo, la importancia de los

errores y derrotas de 1923, fue necesario negar que el proletariado se orientara hacia la derecha y exagerar de una manera optimista los procesos revolucionarios que se producían en otras clases. Así comenzó el deslizamiento que condujo de la línea política proletaria a la del centrismo, es decir, a la de la pequeña burguesía, línea política a la que, más tarde, dado el reforzamiento de la estabilización, debía molestar su concha ultraizquierdista hasta acabar por manifestarse como groseramente colaboracionista en la URRS, China, Inglaterra, Alemania y en todas partes.

8- Período de deslizamiento hacia el centro-derecha

La política de los partidos comunistas más importantes, establecida según la orientación decidida en el V Congreso, demostró pronto su completa ineficacia. Los errores del seudo-"izquierdismo", que retrasaron el desarrollo de los partidos comunistas, determinaron después un nuevo zigzag empírico, a saber, un deslizamiento acelerado hacia la derecha. Los comités centrales de "izquierda" de numerosos partidos fueron destronados tan abusivamente como se les había instalado antes del V Congreso. El izquierdismo de los aventureros cedía el puesto a un oportunismo declarado de tipo centro derecha. Para comprender el carácter y el ritmo del cambio hacia la derecha es preciso recordar que, en septiembre de 1924, Stalin, que dirigía el cambio repentino, juzgaba que el paso de la dirección de los partidos a manos de Maslov, Ruth Fischer, Treint, Suzanne Girault, etc., era la expresión de la bolchevización de los partidos y respondía a las reivindicaciones de los obreros bolcheviques que van hacia la revolución y "quieren tener jefes revolucionarios".

"El último semestre transcurrido (escribía Stalin) es notable porque en él se ha producido una modificación radical en los partidos comunistas de Occidente: se liquidan resueltamente las supervivencias socialdemócratas, se bolchevizan los cuadros del partido, se aísla a los elementos oportunistas".

Aproximadamente diez meses después, los "bolcheviques" auténticos, los "jefes revolucionarios" eran tildados de socialdemócratas y de renegados y se les eliminaba de la dirección y echaba del partido.

Aunque ese cambio de dirigentes, realizado a menudo mediante medidas mecánicas, groseras y desleales del aparato, haya adquirido un carácter de pánico, no se puede trazar una línea de demarcación ideológica precisa entre la fase de política de izquierdas y el período de deslizamiento oportunista que le sigue.

Sobre los problemas de la industria y de los campesinos en la URSS, de la burguesía nacional, de los partidos "campesinos" en los países capitalistas, del socialismo en un solo país, del papel del partido en la revolución proletaria, las tendencias revisionistas estaban en pleno desarrollo en 19241925, disimulándose tras el estandarte de la lucha contra el "trotskysmo", y se expresaron en las resoluciones oportunistas de la conferencia del Partido Comunista (Bolchevique) de la URSS de abril de 1925.

Considerada en su conjunto, la orientación a derecha fue una tentativa de adaptación (medio ciega, puramente empírica) al retraso de la revolución a causa de la derrota de 1923. Bujarin abordaba la cuestión de una manera primitiva, considerando el desarrollo "permanente" de la revolución en el sentido más directo y mecánico de esta palabra. Bujarin no admitía ni "pausa", ni interrupción ni retirada; consideraba como un deber revolucionario proseguir "la ofensiva bajo no importa qué condiciones". El artículo de Stalin (De la situación internacional) citado más arriba, que es, en cierto modo, un

programa (se puede decir que fue la primera intervención general de Stalin en los problemas internacionales), demuestra que también el segundo autor del proyecto, en el curso del primer período de lucha contra el "trotskysmo", se esforzó por admitir la concepción mecánica de la "izquierda", para la cual, invariablemente, sólo existía "descomposición" de la socialdemocracia, "radicalización" de los obreros, "crecimiento" de los partidos comunistas, revolución "próxima". En cuanto a aquel que mira en torno suyo y hace distinciones, es un "liquidador".

Después de la ruptura que se produjo en la situación europea en 1923, esta "tendencia" necesitó un año y medio para experimentar una sensación nueva y, en pleno pánico, transformase radicalmente. Carente de toda comprensión sintética de nuestra época y de las tendencias que contiene, la dirección (Stalin) se orientaba a tientas, o completando sus conclusiones fragmentarias con esquemas escolásticos que renovaba cada vez (Bujarin). En conjunto, la línea de conducta política constituye, por esta razón, un encadenamiento de zigzags. La línea ideológica es un calidoscopio de esquemas encaminados a llevar al absurdo cada segmento de los zigzags estalinistas.

El VI Congreso obraría juiciosamente si encargase a una comisión especial la misión de reunir todas las teorías expuestas por Bujarin para edificar sobre ellas su argumentación, en cada etapa, por ejemplo, del Comité Angloruso; sería necesario disponerlas cronológica, sistemáticamente, para tratar de trazar el diagrama febril del pensamiento que contienen. Sería uno de los diagramas estratégicos más fecundos en enseñanzas. Otro tanto podría hacerse en lo que concierne a la revolución china, al desarrollo económico de la URSS y a todas las otras cuestiones de menor importancia. Un empirismo ciego multiplicado por la escolástica, tal es la orientación que aún no ha sido despiadadamente condenada.

Este empirismo se ha manifestado de la manera más fatal en los tres problemas capitales: la política interior de la URSS, la revolución china y el Comité Angloruso, y con menor violencia, con consecuencias inmediatas menos funestas en general en todas las cuestiones de la política de la Internacional Comunista.

En lo que concierne a los problemas interiores de la URSS, se ha juzgado la política de orientación a derecha de una manera completa en la Plataforma de los bolcheviques leninistas (Oposición): nos vemos obligados aquí a limitarnos a referirnos a ella. Esta Plataforma recibe actualmente una confirmación inesperada: todas las tentativas de la dirección actual del Partido Comunista de la URSS (Bolchevique) para escapar a las consecuencias de la política de 1923-1928 se basan en argumentos extraídos casi textualmente de la Plataforma, cuyos autores y partidarios están dispersados por las prisiones y los lugares de destierro. El hecho que los dirigentes actuales recurran a la Plataforma por fragmentos, sin ningún espíritu de continuidad en su actos, hace sumamente inestable e incierta la nueva orientación a izquierda; pero, al mismo tiempo, confirma sobradamente que la Plataforma en su conjunto expresa la política de Lenin. En cuanto a la cuestión china, nos vemos obligados a someterla a un análisis más minucioso en un capítulo especial (el tercero), dada la importancia del problema para la Internacional Comunista y porque la Plataforma la ha presentado de una manera extremadamente insuficiente, incompleta y a veces incluso totalmente inexacta, por culpa de Zinóviev.

En lo que concierne al Comité Angloruso, tercera etapa por orden de importancia de la experiencia estratégica de la Internacional Comunista en el curso de los últimos años, después de todo lo que ha dicho la Oposición en una serie de artículos, discursos y tesis,

no nos queda más que establecer aquí un breve balance.

El punto de partida del Comité Angloruso fue, como ya hemos visto, una aspiración impaciente a saltar por encima del joven partido comunista inglés, que se desarrollaba demasiado lentamente. Esto daba a la experiencia, ya antes de la huelga general, un carácter erróneo.

El Comité Angloruso, no era considerado como una coalición temporal, entre esferas superiores, que debería ser rota y lo sería de una manera demostrativa a la primera prueba seria, a fin de comprometer al Consejo General; no, se le consideraba, y no solamente por Stalin, Bujarin, Tomsky, etc., sino también por Zinóviev, como un "bloque amigable" de larga duración, y como un instrumento destinado a "revolucionar" sistemáticamente a las masas obreras inglesas; se veía en ese comité, si no la puerta, al menos un acceso a la puerta por donde debería entrar la revolución del proletariado inglés. Cada vez más, el Comité Angloruso, que era un acuerdo circunstancial, se transformaba en un organismo intangible, colocado por encima de la lucha de clases, como se vio claramente durante la huelga general.

La entrada de las masas en una fase abiertamente revolucionaria lanzó al campo de la reacción burguesa a los políticos laboristas liberales que habían ido un poco hacia la izquierda. Estos traicionaron consciente y abiertamente la huelga general; después zaparon y traicionaron la huelga general de los mineros. El reformismo contiene siempre la posibilidad de una traición. Pero esto no significa que reformismo y traición se identifiquen a cada instante. Puede haber acuerdos provisionales con los reformistas cuando estos dan un paso adelante. Pero cuando asustados por el desarrollo del movimiento de masas traicionan a éste, mantener la coalición con ellos equivale a tolerar de una manera criminal a los traidores y disimular la traición.

La huelga general tenía como fin ejercer, con la fuerza de cinco millones de obreros, una presión unificada contra los industriales y el estado; en efecto, la cuestión de la industria carbonífera se convirtió en el problema más importante de la política del estado. Gracias a la traición de los jefes, la huelga fue saboteada desde su primera etapa. Era una gran ilusión creer después de esto que sola, aislada, la huelga económica de los mineros obtendría lo que la huelga general no había logrado. En esto residía la fuerza del Consejo General. Calculando fríamente, llevó a los mineros a la derrota, a continuación de lo cual numerosos obreros debían convencerse de que las indicaciones de Judas del Consejo General eran "justas" y "razonables".

El mantenimiento de la coalición amistosa con éste y la ayuda prestada al mismo tiempo a la huelga económica, aislada, de los mineros, que se prolongaba indefinidamente, y contra la cual intervenía el Consejo General, parecían haber sido calculados de antemano para permitir a los que constituían la cabeza de las tradeunions salir con las menores pérdidas posibles de las pruebas más penosas.

Desde el punto de vista revolucionario el papel desempeñado por los sindicatos rusos fue muy desventajoso y lamentable. Ni qué decir tiene que era un deber ayudar a la huelga económica, incluso aislada; entre revolucionarios no puede haber dos opiniones diferentes sobre esto. Pero esa ayuda no debía haber tenido solamente un carácter pecuniario; sino también revolucionario y político. La dirección sindical rusa debía haber dicho abiertamente a la federación de mineros y a toda la clase obrera inglesa que la huelga de mineros no tenía probabilidades serias de triunfar más que en el caso de que por su obstinación, su tenacidad y extensión, estuviese en condiciones de abrir el camino a una nueva explosión de huelga general. No se podía llegar a ello más que

luchando directa y abiertamente contra el Consejo General, agencia del gobierno y de los patronos del carbón. La lucha por transformar la huelga económica en huelga política habría debido significar que se haría una guerra furiosa en todos los terrenos al Consejo General; el primer paso hacia esta guerra debía ser la ruptura del Comité Angloruso, que era un obstáculo reaccionario, una cadena atada a los pies.

Ningún revolucionario que sopese sus palabras afirmará que marchando en esta dirección la victoria estaba asegurada. Pero para llegar no era posible seguir otro camino. El fracaso que se habría podido sufrir hubiera sido una derrota experimentada en un camino que podía llevar más tarde al triunfo. Una derrota semejante inculca, es decir, refuerza, las ideas revolucionarias en la clase obrera. En tanto que sosteniendo sólo pecuniariamente una huelga corporativista, sin salida (corporativista por sus métodos, revolucionaria y política por sus fines), que se prolongaba indefinidamente, no se hacía más que ayudar al Consejo General, que esperaba tranquilamente que la huelga acabase por consunción para demostrar que tenía "razón". Ni que decir tiene que no era fácil esperar durante varios meses haciendo abiertamente de esquirol. Precisamente para este período profundamente crítico, el Consejo General necesitaba una careta política para presentarse ante las masas: el Comité Angloruso. Así, pues, la lucha de clases a muerte entre el capital y el proletariado ingleses, entre el Consejo General y los mineros, parecía transformarse en discusión amistosa entre dos aliados, Consejo General y dirección sindical rusa, sobre el camino mejor por el momento: el del acuerdo o el de la lucha económica aislada. La derrota inevitable de la huelga provocó un acuerdo, es decir, cortó trágicamente la "discusión" amistosa en favor del Conseja General.

Desde el principio hasta el fin, toda la política del Comité Angloruso, a causa de la falsa línea de conducta fijada, consistió en ayudar, en sostener, en reforzar al Consejo General. Incluso el hecho que la huelga fuese alimentada desde el punto de vista pecuniario, durante mucho tiempo, gracias al gran espíritu de sacrificio de los obreros rusos sirvió, no a los mineros, ni al partido comunista inglés, sino al Consejo General. A continuación del más gran movimiento revolucionario que Inglaterra haya conocido después del cartismo, el partido comunista inglés apenas ha crecido mientras que el Consejo General es más sólido que antes de la huelga general.

Tales son los resultados de esta "maniobra estratégica", única en su género.

Para justificar la obstinación que se manifestó en mantener la coalición con el Consejo General (se llegó a arrastrase ante él en la vergonzosa Conferencia de Berlín en abril de 1927) se recurre, aún y siempre, a la "estabilización". Si la revolución tarda en llegar, debe uno agarrarse incluso a un Purcell. Este argumento, que le parece extraordinariamente profundo a un funcionario soviético o a un tradeunionista del tipo de Melnitchansky, es en realidad una perfecta muestra de ciego empirismo agravado, además, por la escolástica. ¿Qué significa "estabilización" cuando se aplica esta expresión a la economía y política inglesas, sobre todo en 1926-1927? ¿Desarrollo de las fuerzas productivas? ¿Mejora de la situación económica? ¿Esperanzas crecientes en el futuro? ¿Relativo bienestar y calma de las masas obreras? Nada, absolutamente nada. Toda la supuesta estabilización del capitalismo británico se basa en la fuerza conservadora de las viejas organizaciones obreras de todos los matices y tendencias frente a la debilidad e indecisión del partido comunista inglés. En Inglaterra, la revolución está completamente madura en el dominio económico y social. La cuestión se plantea únicamente desde el punto de vista político. Las bases principales de la estabilización son las esferas superiores del Labour Party

y de las tradeunions, que en Inglaterra constituyen un todo, pero practican la división del trabajo. Dado el estado, que se manifestó durante la huelga general, en que se encuentran las masas obreras, no son Mac Donald y Thomas quienes ocupan el lugar principal en el mecanismo de la estabilización capitalista, sino Pugh, Purcell, Cook y compañía. Estos obran y Thomas completa su trabajo. Sin Purcell, Thomas pierde todo punto de apoyo, y Baldwin al mismo tiempo que Thomas. El "izquierdismo" falso, diplomático, de mascarada de Purcell, que fraterniza sucesiva y simultáneamente con la gente de iglesia y con los bolcheviques, que está siempre presto, no solamente a batirse en retirada sino, además, a traicionar, es el principal freno de la revolución en Inglaterra. La estabilización es el purcellismo. Se ve, pues, qué absurdo teórico, qué ciego oportunismo es recurrir a la "estabilización" para justificar el bloque político constituido con Purcell. Para quebrantar la "estabilización" era necesario, en primer lugar, derrotar al "purcellismo". Conservar, en estas condiciones, ante las masas obreras, aunque sólo fuese una sombra de solidaridad con el Consejo General era el crimen más grande, la vergüenza más profunda.

Incluso la estrategia más justa está lejos de conducirnos siempre a la victoria. Se comprueba si un proyecto estratégico es justo examinando si sigue la línea del verdadero desarrollo de las fuerzas de clase, si aprecia de una manera realista, los elementos de ese desarrollo. La derrota más penosa, vergonzosa y funesta para un movimiento, derrota típicamente menchevique, es la causada por un falso análisis de las clases, por el menosprecio de los factores revolucionarios, por la idealización de las fuerzas enemigas. Nuestras derrotas en China y en Inglaterra fueron de este tipo.

¿Qué se esperaba del Comité Angloruso para la URSS? En julio de 1926, Stalin nos enseñaba lo siguiente en la reunión plenaria del comité central y de la Comisión Central de Inspección:

"La tarea de ese bloque (Comité Angloruso) es organizar un vasto movimiento de la clase obrera contra nuevas guerras imperialistas y, en general, contra toda intervención en nuestro país, en particular de alguna de las más fuertes potencias imperialistas de Europa., y más especialmente de Inglaterra".

Enseñándonos a nosotros, miembros de la Oposición, que, naturalmente, no lo ignorábamos, que hay que "tener la preocupación de defender a la primera república obrera del mundo contra la intervención", (en esto de aquí arriba teníamos, ciertamente necesidad de ser instruidos) Stalin agregaba:

"Si los sindicatos reaccionarios ingleses están prestos a formar con los sindicatos revolucionarios de nuestro país una coalición contra los imperialistas contrarrevolucionarios del suyo, ¿por qué no aprobaríamos ese bloque?"

Si los "sindicatos reaccionarios" fueran capaces de luchar contra sus imperialistas, no serían reaccionarios. Stalin ya no reconoce la línea de demarcación que separa las nociones de reaccionario y revolucionario. Por rutina, califica a los sindicatos de Inglaterra de reaccionarios, pero se hace piadosas ilusiones sobre su "espíritu revolucionario".

Después de Stalin, el comité de Moscú de nuestro partido decía a los obreros de esta ciudad:

"El Comité Angloruso puede y debe desempeñar, y sin ninguna duda desempeñará, un papel enorme en la lucha contra toda clase de intervenciones dirigidas contra la URSS y se convertirá en el centro de organización de las fuerzas internacionales del proletariado en lucha contra toda clase de tentativas de la burguesía internacional de provocar una nueva guerra".

¿Qué respondía a esto la Oposición?

"A medida que se agrave la situación internacional, el Comité Angloruso se transformará en instrumento del imperialismo británico e internacional".

En la misma reunión plenaria, Stalin calificó "de paso del leninismo al trotskysmo" esta crítica de las esperanzas estalinistas puestas en Purcell, considerado como ángel de la guarda del estado obrero.

"Vorochilov: "Eso es muy cierto".

Una voz: "Vorochilov ha puesto en ello su sello".

Trotsky: "Felizmente, todo esto se encontrará en las actas taquigráficas".

Sí; todo esto está en las actas taquigráficas de la reunión plenaria de julio, donde oportunistas ciegos, groseros y desleales tuvieron la audacia de lanzar contra la Oposición la acusación de "derrotismo".

Todo este diálogo, que me veo obligado a reproducir de mi artículo ¿Qué se esperaba y qué se ha obtenido?, ofrece una lección de estrategia que contiene infinitamente más enseñanzas que el artículo para institutos dedicado a la estrategia que figura en el proyecto de programa. La pregunta: ¿Qué se esperaba y qué se ha obtenido? es, en general, el criterio principal en estrategia. Es preciso aplicarlo en el VI Congreso a todos los problemas que estuvieron a la orden del día durante los últimos años. Se verá entonces, de una manera indiscutible, que la estrategia del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, particularmente a partir de 1927, es la de las cantidades imaginarias, de los falsos cálculos, de las ilusiones respecto al enemigo, de la persecución de los militantes más seguros y firmes; es, en una palabra, la estrategia del centrismo podrido.

9 - Las maniobras y la estrategia revolucionaria

A primera vista no se puede comprender por qué el proyecto de programa ignora totalmente el problema de "la maniobra" en la estrategia bolchevique y de la "flexibilidad" de ésta. De toda esta inmensa cuestión, sólo se aborda un único punto: los acuerdos con la burguesía indígena en las colonias.

Sin embargo, el oportunismo, en el curso del último período describiendo zigzags cada vez más acentuados a derecha, se cubrió sobre todo con la bandera de la maniobra estratégica. Se calificó la negativa a aceptar la realización de compromisos desprovistos de principios, y, por eso mismo, perjudiciales desde el punto de vista práctico, de falta de "flexibilidad". La mayoría proclamó que su principio fundamental era la maniobra. Zinóviev, en 1925, maniobraba con Raditch y La Follette. Stalin y Bujarin maniobraron después con Chang Kai-shek, con Purcell, con el campesinado rico. La burocracia maniobró todo el tiempo con el partido. Zinóviev y Kámenev maniobran ahora con la burocracia.

En la vida cotidiana del burocratismo ha surgido todo un ejército de especialistas de la maniobra compuesto, sobre todo, por hombres que nunca fueron militantes revolucionarios y que, por eso mismo, se inclinan ahora tanto más ante la revolución que ha conquistado el poder. Borodin maniobra en Cantón; Rafes, en Pekín; D. Petrovsky, en torno a la Mancha; Pepper, en los Estados Unidos, pero hay que hacerlo también en Polinesia; Martynov maniobra a distancia, pero, en cambio, lo hace en todas las partes del mundo. Han surgido camadas enteras de jóvenes académicos de la maniobra, que entienden sobre todo por flexibilidad bolchevique la elasticidad de su propio espinazo.

La misión de esta escuela estratégica consiste en obtener por la maniobra todo lo que sólo puede dar la fuerza revolucionaria de la lucha obrera. Lo mismo que cada alquimista de la Edad Media, a pesar de los fracasos de los demás, confiaba en fabricar oro, los estrategas actuales de la maniobra, cada uno en su puesto, esperan engañar a la historia.

Es evidente que, de hecho, no son estrategas, sino hombres de combinaciones burocráticas, de todas tallas, salvo la grande. Algunos de ellos, después de haber observado cómo el maestro resuelve las pequeñas cuestiones, se han imaginado que poseen todos los secretos de la estrategia. En el fondo, en esto consiste toda la doctrina de los epígonos. Otros, después de haber recibido, de segunda o tercera mano, los secretos de las combinaciones y de haberse convencido en las pequeñas cosas de que a veces obran grandes milagros, han estimado que serían tanto más convenientes para los grandes asuntos. En todas partes, todas las tentativas de aplicar el método burocrático de las combinaciones a la solución de las grandes cuestiones, como comparativamente más "económico" que el de la lucha revolucionaria, ha causado inevitablemente vergonzosas quiebras; la doctrina de las combinaciones, en manos de la burocracia del partido y del estado, ha quebrado la columna de los jóvenes partidos y de las jóvenes revoluciones. Chang Kai-shek, Wan Tin-wie, Purcell y el kulak, todos han salido hasta ahora vencedores frente a todas las tentativas para reducirlos recurriendo al método de las "maniobras". Esto no quiere decir, sin embargo, que, en general, toda maniobra sea inadmisible, es decir incompatible con la estrategia revolucionaria de la clase obrera. Pero es preciso comprender claramente el valor, auxiliar, subordinado de las maniobras, que deben ser utilizadas estrictamente como medio, en relación con los métodos fundamentales de la lucha revolucionaria. Es preciso comprender de una vez, y para siempre, que una maniobra no puede decidir jamás una gran causa. Si las combinaciones parecen resolver alguna cosa ventajosamente en los pequeños asuntos, es siempre en detrimento de las obras importantes. Una maniobra justa no hace más que facilitar la solución permitiendo ganar tiempo o esperar mayores resultados gastando menos fuerzas. No es posible esquivar las dificultades fundamentales gracias a la maniobra.

La contradicción que existe entre el proletariado y la burguesía es una contradicción fundamental. He aquí por qué tratar de atar a la burguesía china recurriendo a las maniobras, de cualquier clase que sean, y obligarla a someterse a planes previstos en combinaciones, no es proceder a una maniobra, es engañarse a sí mismo de una manera despreciable, aunque la operación sea importante. No se puede engañar a las clases. Si se consideran las cosas bajo el punto de vista histórico, esto es verdad para todas las clases, pero es más particular y directamente cierto para las clases dominantes, poseedoras, explotadoras, instruidas. Su experiencia del mundo es tan grande, sus instintos de clase están tan ejercitados, sus órganos de espionaje son tan variados, que tratando de engañarlas, simulando ser lo que no se es, se llega, en realidad, a hacer caer en la trampa no a los enemigos, sino a los amigos.

La contradicción que existe entre la URSS y el mundo capitalista es una contradicción fundamental. No es posible esquivarla recurriendo a maniobras. Se puede, por medio de concesiones al capital, clara y abiertamente enunciadas, explotando las contradicciones existentes entre sus diversas partes, prolongar una pausa, ganar tiempo, y esto solamente bajo condiciones determinadas y no en cualesquiera circunstancias. Creer que se puede "neutralizar" a la burguesía mundial antes de organizar el socialismo, es decir, que se

puede escapar, gracias a algunas maniobras, a las contradicciones fundamentales, es equivocarse groseramente, y ese engaño puede costarle caro a la república soviética. Sólo la revolución internacional puede liberarnos de las contradicciones fundamentales. Una maniobra puede consistir ya en una concesión al enemigo, ya en establecer un acuerdo con un aliado provisional y siempre dudoso, ya en efectuar una retirada calculada en el momento oportuno para no permitir al adversario que nos aplaste, ya en hacer alternar las reivindicaciones parciales y las consignas destinadas a provocar la escisión en el campo enemigo. He aquí las formas principales de la maniobra. Se puede citar aún otras, secundarias. Pero toda maniobra, por su naturaleza misma, no es más que un episodio en comparación con la línea estratégica fundamental de la lucha. En las maniobras hechas en torno al Kuomintang y al Comité Angloruso (hay que tenerlas presentes siempre como muestras consumadas de maniobras mencheviques y no bolcheviques) se produjo, precisamente, lo contrario: lo que no habría debido ser más que un episodio de táctica se infló hasta devenir en línea estrategia, y la verdadera tarea estratégica (la lucha contra la burguesía y los reformistas) se hizo añicos en una serie de episodios pequeños y secundarios de táctica, de carácter sobre todo decorativo.

Cuando se ejecuta una maniobra hay que prever siempre las hipótesis más desfavorables, tanto respecto al enemigo al que se le hacen concesiones como, también, respecto del aliado con el que se establece un acuerdo. Siempre hay que recordar que a partir del día siguiente el aliado puede devenir enemigo. Esto es cierto incluso respecto a un aliado como el campesinado:

"Desconfiar de los campesinos, organizarse separadamente de ellos, estar presto a luchar contra ellos en la medida en que intervengan como reaccionarios o antiproletarios".

Esto no está ni mucho menos, en contradicción con la gran tarea estratégica del proletariado, que Lenin fue el primero en determinar, teórica y prácticamente, de una manera tan profunda y genial: arrancar las capas inferiores de los campesinos explotados de la influencia de la burguesía y atraerlas a nuestro lado. Pero la alianza del proletariado y de los campesinos, que la historia no presenta, ni mucho menos, de una manera acabada, no puede crearse por medio de maniobras dulzonas, de coqueterías triviales y de declamaciones patéticas: es una cuestión de correlación política de fuerzas, y, por consiguiente, de independencia del proletariado con respecto a todas las clases. En primer lugar, hay que educar al aliado. Se puede educar al campesinado, manifestando, de una parte, una atención profunda por todas sus necesidades históricas progresistas, y, por otra, una desconfianza organizada hacia él, y luchando infatigable e implacablemente contra todas sus tendencias y maneras antiproletarias.

El sentido y los límites de la maniobra deben meditarse y determinarse siempre claramente. Una concesión debe llamarse una concesión, y una retirada, una retirada. Es menos peligroso exagerar las concesiones y retiradas a que se ve uno obligado que sobreestimarlas. Se debe mantener la vigilancia de clase y la sistemática desconfianza en su propio campo y no adormecerlas.

El instrumento esencial de una maniobra, como, en general, de toda acción histórica de la clase obrera, es el partido. Pero éste no es únicamente un instrumento dócil en manos de los "maestros" de la maniobra; es una herramienta consciente, que obra por sí misma; es la expresión suprema de la acción propia del proletariado. Es preciso, pues, que el partido comprenda claramente cada maniobra. No se trata, evidentemente, de secretos diplomáticos, militares o conspirativos, es decir, de la técnica de la lucha del estado proletario o del partido comunista bajo el régimen capitalista. Se trata del fondo

político de la maniobra. Las explicaciones que se dan, a la fuerza, para probar que la política seguida de 1924 a 1928 con los campesinos ricos fue una gran maniobra son, pues, absurdas y criminales. Al campesino rico no se le engaña. Este no juzga por las palabras sino por los actos, por los impuestos, por los precios; calcula en especies. Pero sí se puede engañar a la clase obrera, al partido proletario. Nada corroe tanto el espíritu revolucionario del partido proletario como las maniobras desprovistas de principios y efectuadas a sus espaldas.

He aquí la regla más importante, inquebrantable e invariable, que debe aplicarse en toda maniobra: no te permitas, jamás fundir, confundir o entrelazar tu organización de partido con la de otro, por "amistoso" que éste sea hoy. No te permitas jamás recurrir a gestiones que, directa o indirectamente, abiertamente o a escondidas, subordinen el tuyo a otros partidos o a organizaciones de otras clases, que restrinjan la libertad de tu acción o que te hagan responsable, aunque sólo sea en parte, de la línea de conducta política de otros partidos. No te permitas jamás confundir tus banderas con las suyas, y aún menos, sobra decirlo, no te arrodilles ante la bandera de otro.

Lo peor y más peligroso es cuando una maniobra se debe a la impaciencia o al oportunismo de querer adelantar el crecimiento del partido, saltar las etapas inevitables de su desarrollo (este es, justamente, el caso en que no se deben saltar las etapas), y que se realiza ligando de manera artificial, hipócrita, diplomática, mediante combinaciones y estafas, organizaciones y elementos que se lanzan a degüello. Semejantes experiencias, peligrosas siempre, son fatales para los partidos jóvenes y débiles.

En la maniobra, como en la batalla, no es la sabiduría estratégica (y menos aún el ardid de las combinaciones) lo que decide el resultado: es la correlación de fuerzas. De una manera general, el peligro que una maniobra, incluso juiciosamente concebida, hace correr a un partido revolucionario es más grande cuanto más joven y débil es respecto a sus enemigos, aliados o semialiados. He aquí por qué (y aquí abordamos el punto más importante para la Internacional Comunista) el Partido Bolchevique no comenzó haciendo maniobras, considerándolas como una panacea, sino que recurrió a ellas sólo cuando fue bastante fuerte para realizarlas, cuando había echado raíces profundas en la clase obrera, cuando se había consolidado en el dominio político y madurado ideológicamente.

El mal radica, precisamente, en que los epígonos de la estrategia bolchevique presentan a los jóvenes partidos comunistas el espíritu de maniobra y la flexibilidad como la quintaesencia de la estrategia bolchevique, arrancándoles de su eje histórico y de sus bases de principios, realizando así combinaciones que se parecen con demasiada frecuencia a la carrera del león en su jaula. No es la flexibilidad lo que constituyó (y, desde luego, actualmente no debe constituirlo) el rasgo característico fundamental del bolchevismo, sino su firmeza de acero. Precisamente esta cualidad (de la que el bolchevismo se enorgulleció con mucha razón) es la que le reprochaban sus enemigos y adversarios. No "optimismo" beato, sino intransigencia, vigilancia, desconfianza revolucionaria, lucha por cada centímetro de su independencia: ésos son sus rasgos esenciales. Justamente por ahí deben comenzar los partidos comunistas de occidente y de oriente. Tienen aún que conquistar el derecho a ejecutar grandes maniobras, preparando primero las posibilidades materiales y políticas de realizarlas, a saber: la fuerza, la solidez y la seriedad en la elección de los medios que utilizan para su propia organización.

Las maniobras mencheviques realizadas en torno a Guomindang y al Consejo General

son diez veces criminales porque han recaído sobre los hombros, frágiles aún, de los comunistas de China y de Inglaterra. No solamente provocaron la derrota de la revolución y de la clase obrera, sino que han debilitado y saboteado el instrumento esencial de la lucha futura: los jóvenes partidos comunistas. Al mismo tiempo, han introducido elementos de desmoralización política en el más viejo partido de la Internacional Comunista: el Partido Comunista de la URSS (Bolchevique).

El capítulo del proyecto que habla de la estrategia no dice ni una palabra respecto a las maniobras, es decir, al caballo de batalla que se ha montado con predilección en el curso de los últimos años. Algunos críticos bonachones dirán: ese silencio es ya un bien. Pero razonar así sería cometer un grave error. Desgraciadamente, el proyecto de programa, como lo hemos demostrado ya en una serie de ejemplos, y como lo probaremos aún más adelante, tiene también carácter de maniobra, en el mal sentido de la palabra. El proyecto maniobra en torno al partido. Disimula algunos de sus puntos débiles disfrazándose "tras Lenin", y esquiva otros mediante el silencio. Así es como trata la cuestión de la estrategia de las maniobras. Actualmente, no es posible hablar de ese tema sin evocar la experiencia reciente de China y de Inglaterra. El solo hecho de mencionar las maniobras evocará las imágenes de Chang Kai-shek y de Purcell. Esto es lo que los autores no quieren. Prefieren callarse sobre su tema favorito, dejando las manos libres a la dirección de la Internacional Comunista. Pero no se puede tolerar esto. Es preciso atar las manos a los especialistas de las combinaciones y a los candidatos a esta especialización. Para esto debe servir el programa. Si no, es inútil.

Es preciso que el capítulo sobre la estrategia contenga las reglas fundamentales que definan y delimiten las maniobras, es decir, el procedimiento auxiliar empleado en la lucha revolucionaria, que no puede ser más que una lucha a muerte contra la clase enemiga. Se puede, indudablemente, exponer con más concisión y exactitud las reglas esbozadas aquí, basadas en lo que enseñaron Marx y Lenin. Pero es preciso introducirlas, a toda costa, en el programa de la Internacional Comunista.

10- La estrategia de la guerra civil

El proyecto de programa dice someramente, a propósito de la cuestión de la insurrección.

"Esta lucha está sometida a las reglas del arte de la guerra; presupone un plan militar, el carácter ofensivo de las operaciones del combate, la abnegación sin reservas y el heroísmo del proletariado".

Aquí el proyecto se limita a repetir, en resumen, algunas observaciones hechas de pasada por Marx. Sin embargo, tenemos, por una parte, la experiencia de la revolución de octubre, y, por otra parte, la de las derrotas de las revoluciones húngara y bávara, de la lucha en Italia en 1920, de la insurrección en Bulgaria en septiembre de 1923, del movimiento de 1923 en Alemania, del de 1924 en Estonia, de la huelga general inglesa en 1926, de la insurrección de los obreros vieneses en 1927, de la segunda revolución china de 1925-1927. El programa de la Internacional Comunista debe caracterizar mucho más clara y concretamente tanto las premisas sociales y políticas de la insurrección como las condiciones y los métodos estratégicos y militares necesarios para obtener el éxito. Nada desenmascara tanto el carácter superficial y literario del documento como el hecho que el capítulo consagrado a la estrategia revolucionaria trate de Cornélissen y de los guildistas (Orage, Hobson, G. D. H. Colé, nombrados todos ellos), pero no caracterice en general, desde el punto de vista social, la estrategia del proletariado en

la época imperialista y no defina tampoco los métodos de lucha para la conquista del poder, basándose en la documentación de la historia viviente.

En 1924, después de la experiencia trágica de Alemania, planteamos de nuevo la cuestión, pidiendo que la Internacional Comunista inscribiese en su orden del día y estudiase los problemas de la estrategia y de la táctica de la insurrección y de la guerra civil en general.

"Es preciso reconocer que muchos comunistas occidentales, que no se han desembarazado de su manera fatalista y pasiva de abordar los principales problemas de la revolución, no conceden importancia a la insurrección. Rosa Luxemburgo representa aun esta manera de ver de una forma particularmente neta y con mucho más talento que nadie. Su actitud es, desde el punto de vista psicológico, fácilmente comprensible. Se formó, por decirlo así, en la lucha contra el aparato burocrático de la socialdemocracia y de los sindicatos alemanes. Sin tregua, demostró que este aparato ahogaba la iniciativa del proletariado. No veía otra salida a esta situación, no veía la solución más que en un alza irresistible de las masas que derribarían las barreras y defensas edificadas por la burocracia socialdemócrata. La huelga general revolucionaria, desbordando los límites de la sociedad burguesa, era para Rosa Luxemburgo sinónimo de revolución proletaria. Sin embargo, cualquiera que sea su potencia, la huelga general no resuelve el problema del poder, no hace más que plantearlo. Para apoderarse del poder es preciso, apoyándose en la huelga general, organizar la insurrección. Toda la evolución de Rosa Luxemburgo hace pensar que habría acabado por admitirlo. Pero cuando fue arrancada a la lucha no había dicho todavía su última ni su penúltima palabra. Sin embargo, aun recientemente existía en el Partido Comunista de Alemania una corriente muy fuerte de fatalismo revolucionario. La revolución se acerca (se decía), nos traerá la insurrección y nos dará el poder. El papel del partido en ese momento es hacer agitación revolucionaria y esperar los efectos de tales condiciones, plantear resueltamente la cuestión de la insurrección es arrancar al partido de la pasividad y del fatalismo, es ponerle frente a los principales problemas de la revolución, notablemente frente a la organización consciente de la insurrección para echar al enemigo del poder.

Consagramos mucho tiempo y muchos esfuerzos en el dominio teórico a la Comuna de París de 1871, y dejamos completamente de lado la lucha del proletariado alemán, que ha adquirido ya una preciosa experiencia de la guerra civil; apenas nos ocupamos, por ejemplo, de la experiencia de la insurrección búlgara del mes de septiembre último, y en fin, lo que es más sorprendente, hemos, en cierto modo, enviado a los archivos la experiencia de octubre.

Es preciso estudiar de la manera más minuciosa la experiencia del golpe de estado de octubre, de la única revolución en la que el proletariado ha triunfado hasta ahora. Es preciso establecer un calendario estratégico y táctico de octubre. Es preciso demostrar cómo los acontecimientos crecían hora por hora, qué repercusión tenían en el partido, en los soviets, en el comité central, en la organización militar. ¿Qué significación tenían las vacilaciones que se manifestaban en el partido? ¿Cuál era su importancia relativa en la marcha general de los acontecimientos? ¿Cuál era la función de la organización militar? He aquí un trabajo de una importancia inapreciable. Sería un verdadero crimen dejarlo para más tarde.

¿En qué consiste, pues, el problema propiamente dicho? Consiste en componer un formulario universal, o bien una guía, o un manual, o estatutos concernientes a las cuestiones de la guerra civil, por consiguiente, ante todo, a la insurrección considerada

como el momento supremo de la guerra civil. Es preciso hacer el balance de la experiencia adquirida, analizar las condiciones, examinar las faltas, poner de manifiesto las operaciones más justas, sacar las conclusiones necesarias. ¿Enriqueceremos así la ciencia, es decir, el conocimiento de las leyes de la evolución histórica, o el arte, como conjunto de las reglas de acción deducidas de la experiencia? Creo que una y otra ganaran. Pero nuestro fin es estrictamente práctico: enriquecer el arte militar revolucionario.

Necesariamente, unos "estatutos" militares de ese género serán muy complejos. Es preciso, ante todo, presentar los rasgos característicos de las premisas fundamentales de la conquista del poder por el proletariado. Esto pertenece todavía al dominio de la política revolucionaria; la insurrección es la continuación de la política, pero por medios particulares. El análisis de las premisas de la insurrección debe adaptarse a los diversos tipos de países. Hay países en que la mayoría de la población es proletaria, y otros en que el proletariado es una minoría insignificante y donde los campesinos predominan de una manera absoluta. Entre estos dos polos se sitúan los países de tipo transitorio. Sería, pues, necesario poner en la base de un estudio de este género al menos tres "tipos" de países: industrial, agrario e intermedio. La introducción, que tratará de las premisas y de las condiciones de la revolución, debe justamente caracterizar las particularidades de cada uno de esos tipos de países considerados desde el punto de vista de la guerra civil. Consideramos la insurrección desde un doble punto: de una parte, como una etapa bien definida del proceso histórico, como una refracción bien determinada de las leyes objetivas de la lucha de clases; de otra, desde el punto de vista subjetivo o activo: cómo preparar y realizar la insurrección para asegurar con mayor seguridad la victoria."

Un numeroso grupo de personas, reunido en torno a la Sociedad de Ciencias Militares, emprendió en 1924 una obra colectiva para elaborar las normas de la guerra civil, es decir, una guía marxista sobre los problemas de los choques directos entre clases y de la lucha armada por la dictadura. Sin embargo, este trabajo chocó pronto con la resistencia de la Internacional Comunista (esta resistencia formaba parte del sistema general de lucha contra el llamado trotskysmo), después se liquidó completamente esta actividad. Sería difícil concebir un acto realizado a la ligera más criminal que éste. En el curso de la época de cambios bruscos, las reglas de la guerra civil, comprendidas en el sentido que exponemos más arriba, deben formar parte del inventario de todo cuadro revolucionario, y, ni qué decir tiene, de los dirigentes de los partidos. Estos estatutos deben estudiarse y completarse continuamente, aprovechando la experiencia recientemente adquirida en cada país. Sólo mediante este estudio se puede obtener cierta garantía tanto contra los movimientos de pánico y de capitulación, en los momentos que exigen valor y decisión suprema, como contra las cabriolas de aventureros ejecutadas en los períodos que exigen prudencia y severidad en la elección de los medios.

Si las reglas de este género figurasen en los libros que un comunista debe estudiar seriamente, como debe conocer las ideas fundamentados de Marx, Engels y Lenin, derrotas como las que se han producido en los últimos años, y que no eran, ni mucho menos, inevitables, en particular el golpe de estado de Cantón, ejecutado con una ligereza de espíritu pueril, no se habrían producido, El proyecto de programa trata estas cuestiones en algunas líneas, casi con tanta parsimonia como del gandhismo en la India. Es evidente que un programa no puede entrar en detalles. Pero debe plantear el problema claramente, y presentar los datos fundamentales refiriéndose a los éxitos y a los errores más importantes.

Independientemente de esto, en nuestra opinión, el VI Congreso debe, en una resolución especial, encargar obligatoriamente al comité ejecutivo que estudie las reglas de la guerra civil de forma que sobre ese problema se puedan deducir las directivas que se basen en la experiencia pasada de las victorias y derrotas.

11- Las cuestiones del régimen interno del partido

Las cuestiones de organización del bolchevismo están íntimamente ligadas a las del programa y la táctica. El proyecto sólo alude de pasada a este tema expresando la necesidad "del orden revolucionario más estricto en el centralismo democrático". Es la única fórmula que define el régimen interno del partido, y es, además, una fórmula absolutamente nueva. Que el régimen se basaba en los principios del centralismo democrático, lo sabíamos. Estos principios aseguran teóricamente al partido (y así ocurrió en la práctica), la completa posibilidad de discutir, criticar, expresar sus desacuerdos, elegir y destituir, al mismo tiempo que garantizaban una disciplina de acero y que aseguraban plenamente órganos de dirección elegidos y revocables. Si se entiende por democracia la soberanía del partido sobre todos sus órganos, el centralismo se corresponde con una disciplina consciente, juiciosamente establecida, que preserva la combatividad del partido. Ahora se coloca por encima de esta fórmula del régimen interno del partido, fórmula justificada por todo el pasado, una adición nueva: "el orden revolucionario más estricto". Así, pues, el partido necesita no sólo el centralismo democrático, sino también determinado orden revolucionario en el centralismo democrático. Esta fórmula coloca simplemente a la nueva idea, provista de un valor propio, por encima del centralismo democrático, es decir, por encima del partido.

¿Cuál significa, entonces, este orden revolucionario (y el más "estricto") dominando a la democracia y centralismo? Corresponde a un aparato independiente del partido o con tendencia a serlo, que encuentra su fin en su propia existencia, que vela por el "orden" sin ocuparse de la masa del partido, que ataca y hasta suprime su voluntad, si el "orden" lo exige, que pisotea los estatutos, que aplaza los congresos, que hace de ellos una ficción.

Desde hace mucho tiempo, y por procedimientos diversos, el pensamiento de la burocracia se inclinaba hacia esa fórmula del "orden revolucionario" En el curso de los dos últimos años, hemos visto a los representantes de mayor responsabilidad de la dirección del partido hacer toda una serie de definiciones nuevas de la democracia en el partido, que se reducen en el fondo a decir que democracia y centralismo significan simplemente sumisión a los órganos jerárquicamente superiores. Toda la práctica se ha desarrollado fuertemente en este sentido. Pero un centralismo acompañado de una democracia ahogada, vacía, es un centralismo burocrático. Un "orden" de este género está evidentemente obligado a ocultarse tras las formas y los ritos de la democracia, a exaltarla en innumerables circulares, a ordenar la "autocrítica" bajo la amenaza del artículo 58, a demostrar que los ataques a la democracia emanan no del centro director, sino de los llamados "ejecutores"; pero es imposible exigir nada de éstos por la buena razón de que cada "ejecutor" es el dirigente de todos sus inferiores.

Así, la nueva fórmula, absolutamente incoherente desde el punto de vista teórico, prueba por su novedad y su incoherencia que ha sido expresada para satisfacer ciertas aspiraciones ya maduras. Consagra a la burocracia que la ha engendrado.

Esta cuestión está indisolublemente ligada a la de las fracciones y los grupos. Ante todo

problema que se presta a la discusión, ante toda divergencia de opiniones, la dirección y la prensa oficial, no solamente del Partido Comunista de la URSS sino, también, de la Internacional Comunista y de todas sus secciones, hace inmediatamente desviar el debate al plano del problema de las fracciones y de los grupos. La vida ideológica en el partido no puede concebirse sin grupos provisionales en el terreno ideológico. Hasta ahora nadie ha descubierto otra manera de proceder. El que se ha esforzado en ello ha demostrado simplemente que su receta se reducía a ahogar la vida de las ideas en el partido.

Naturalmente, los grupos son un "mal", tanto como las divergencias de opiniones. Pero ese mal constituye un componente tan necesario de la dialéctica de la evolución del partido como las toxinas con relación a la vida del organismo humano.

La transformación de los grupos en fracciones organizadas, y, sobre todo, replegadas sobre sí mismas, es un mal aún mayor. El arte de dirigir el partido consiste precisamente en prevenir esta transformación, que no se logra por la simple prohibición. La experiencia del Partido Comunista de la URSS es el mejor testimonio. En el X Congreso, en plena insurrección de Cronstadt, y en medio de las insurrecciones de los campesinos ricos, Lenin hizo adoptar una resolución que prohibía las fracciones y los grupos. No se entendía por grupos las tendencias provisionales que se constituyen inevitablemente en el curso de la vida del partido, sino esas mismas fracciones haciéndose pasar por grupos. La masa del partido comprendió claramente el peligro mortal del momento; sostuvo a su jefe, adoptando una resolución ruda e implacable en su forma: prohibición de las fracciones y los grupos. Pero la masa del partido sabía profundamente también que era el comité central, dirigido por Lenin, quien interpretaría esta fórmula; que no habría interpretación brutal y desleal, y aún menos abuso de poder. (Véase el Testamento de Lenin). El partido sabía que exactamente un año después, e incluso un mes después, si un tercio del partido lo deseaba, en el congreso siguiente se examinaría la experiencia adquirida e introducirían las restricciones necesaria. La decisión del X Congreso fue una medida debida a la situación crítica del partido gubernamental, cuando describía una curva de las más peligrosas para pasar del comunismo de guerra a la NEP. Esta medida radical estuvo enteramente justificada más adelante, pues completaba una política justa y perspicaz que había quitado toda base firme a los grupos constituidos antes del paso a la nueva política económica.

Pero la resolución del X Congreso sobre las fracciones y los grupos, que entonces ya exigía una interpretación y una aplicación juiciosas, no constituye un principie absoluto que domine todas las demás necesidades de desarrollo del partido, independientemente del país, de la situación y de la época.

Después de la desaparición de Lenin, la dirección del partido, apoyándose desde un punto de vista formal en la resolución del X Congreso referente a las fracciones y a los grupos, a fin de defenderse contra la crítica, suprimía cada vez más la democracia en el partido, y al mismo tiempo lograba cada vez menos el fin inmediato fijado, es decir, la supresión del espíritu de fracción. En efecto, no se trata de prohibir las fracciones, sino de obtener su desaparición. Jamás el espíritu de fracción ha devastado tanto el partido, ha quebrantado tanto su unidad como después de que Lenin abandonase el timón. Nunca ha reinado tanto como ahora, aparte incluso de esta división, el falso monolitismo 100%, que sirve simplemente para disimular los métodos de estrangulación de la vida del partido.

La fracción de la burocracia, que se oculta en el partido, se formó en la URSS ya

antes del XII Congreso. Más tarde, adoptó un tipo de organización a la manera de los carbonari, con su comité central ilegal (el "septumvirato"), sus circulares, sus agentes, su lenguaje cifrado, *etc.* La burocracia del partido escogió en su seno un orden encerrado en sí mismo, imposible de vigilar, disponiendo de los recursos excepcionales no sólo de la burocracia del partido, sino también de la del estado, transformando un partido de masas en un instrumento encargado de camuflar todas las maniobras de los intrigantes.

Pero a medida que esta fracción de la burocracia, encerrada en sí misma, se pone más audazmente al abrigo de la vigilancia de la masa del partido (cada vez más diluida, gracias a toda clase de "levas"), más áspero y profundo se hace el proceso de formación de fracciones, no sólo en la base sino en el seno mismo de la burocracia. Dada la dominación completa e ilimitada de la burocracia sobre el partido, ya consumada en la época del XII Congreso, las divergencias que nacen en el seno de la burocracia no encuentran salida; llamar al partido para que dé la verdadera solución sería de nuevo subordinarle el aparato, zanjar la cuestión en litigio recurriendo a los métodos de la democracia en el aparato, es decir, interrogando a los miembros de la fracción secreta, sólo el grupo que se crea seguro de antemano de disponer de la mayoría en la burocracia puede inclinarse a adoptar esta solución. El resultado es que se forman nuevas fracciones en la fracción reinante, que se esfuerza menos en obtener la mayoría en el seno del aparato que en encontrar puntos de apoyo en las instituciones del estado Se obtiene la mayoría en el congreso del partido automáticamente, puesto que se le puede convocar en el momento más propicio y prepararlo como se quiera. Así es como se agrava la usurpación de la burocracia que constituye el peligro más terrible, tanto para el partido como para la dictadura del proletariado.

Después de que se llevó hasta el fin la primera campaña "antitrotskysta" de 1923-1924, por medio de las fracciones y del aparato, se produjo una profunda grieta en la fracción secreta dirigida por el "septumvirato". La causa principal era el descontento de la vanguardia proletaria de Leningrado ante la desviación que comenzaba a manifestarse tanto respecto a las cuestiones de la vida interna del país como a las internacionales. Los obreros avanzados de Leningrado continuaban en 1925 la obra comenzada por los proletarios de vanguardia de Moscú en 1923; pero esas profundas tendencias de clase no pudieron manifestarse abiertamente en el partido; se reflejaron solamente en la lucha sorda que se desarrolló en el seno de la fracción del aparato.

En abril de 1925, el comité central hizo propagar a través de todo el partido una circular que desmentía los rumores propalados, al parecer, por los "trotskystas" asegurando que existían en el núcleo de los "leninistas", es decir, del "septumvirato" fraccional, ciertas divergencias de opiniones sobre los campesinos. Sólo por esta circular supo el partido la existencia real de tales divergencias, lo que no impidió que los dirigentes continuasen engañando al partido al afirmar que la "Oposición" atentaba contra el monolitismo de "la guardia de Lenin". Esta propaganda estaba en su apogeo cuando el XIV Congreso precipitó sobre el partido las diferencias existentes entre las dos partes de la fracción reinante, diferencias informes y confusas, pero, sin embargo, profundas a causa de sus orígenes de clase. Las organizaciones de Moscú y de Leningrado, es decir, las fortalezas principales del partido, adoptaron en sus conferencias, en vísperas del congreso, resoluciones directamente opuestas. Una y otra lo hicieron, evidentemente, por unanimidad, Moscú explicaba este milagro del "orden revolucionario" por la opresión del aparato en Leningrado, en tanto que ésta giraba esa acusación contra Moscú. ¡Cómo si existiese una muralla infranqueable entre las organizaciones de estas dos ciudades!

En los dos casos, el aparato decidía, demostrando con el monolitismo 100 % que el partido estaba ausente cuando se decidían las cuestiones fundamentales de su propia existencia.

El XIV Congreso se vio obligado a superar las nuevas divergencias surgidas ante los problemas esenciales y a establecer la nueva composición de la dirección a espaldas del partido, que no había sido consultado. El congreso no pudo hacer otra cosa que abandonar inmediatamente el cuidado de encontrar esta solución a una jerarquía cuidadosamente escogida de secretarios del partido. El XIV Congreso ha colocado un nuevo jalón en el camino de la liquidación de la democracia del partido gracias a los métodos del "orden", es decir, del capricho de la fracción oculta del aparato. Las formas de la lucha ulterior datan de ayer. El arte de la fracción reinante consistió entonces en colocar cada vez al partido en presencia de una resolución ya adoptada, de una situación irreparable, de un hecho consumado.

Esta nueva fase, más elevada, del "orden revolucionario", no significaba, ni mucho menos, la liquidación de las fracciones y de los grupos. Por el contrario, estos se desarrollaron extraordinariamente, sus relaciones recíprocas fueron infinitamente más agudas, tanto en la masa del partido como en el aparato mismo. En lo que concierne al partido, el castigo burocrático aplicado a los "grupos" se hizo cada vez más áspero, como signo de importancia, y llegó incluso a la infamia del oficial wrangeliano y del artículo 58. Al mismo tiempo proseguía el proceso de una nueva división de la fracción reinante, y se desarrolla aún ahora. Hoy en día tampoco faltan las falsas manifestaciones de monolitismo y las circulares que manifiestan la unanimidad completa de las esferas directivas. En realidad, la lucha sorda, encarnizada porque no ofrece salida, que se desarrollaba en la fracción burocrática, ha tomado, a juzgar por los síntomas, un carácter sumamente agudo y lleva al partido a no sabemos qué nueva explosión.

Esta es la teoría y la práctica del "orden revolucionario", que, inevitablemente, se transforman en teoría y práctica de la usurpación.

Desde hace mucho tiempo, sin embargo, estas cosas no se limitan a la Unión Soviética. En 1923, la campaña dirigida contra el espíritu de fracción se basaba sobre todo en el argumento consistente en decir que las fracciones son embriones de partidos, y, en un país en que los campesinos son una mayoría aplastante y que está cercado por los capitalistas, la dictadura del proletariado no admite la libertad de partidos. En sí, esta tesis es absolutamente justa. Pero exige también una política justa y un régimen apropiado en el partido. Sin embargo, es evidente que al plantear así la cuestión se renunciaba a extender las resoluciones del X Congreso del Partido Comunista de la URSS (partido gubernamental) a los partidos comunistas de los estados burgueses. Pero el régimen burocrático tiene su lógica, lógica que lo devora. Si no admite un control democrático en el partido soviético, no lo tolera tampoco en la Internacional Comunista, que, desde el punto de vista formal, domina al partido comunista de la URSS. He aquí por qué la dirección ha transformado en un principio universal su interpretación y su aplicación brutales y desleales de la resolución del X Congreso, resolución que correspondía a las condiciones bien determinadas de la URSS en el momento en que fue adoptada, y lo ha extendido a todas las organizaciones del globo terrestre.

El bolchevismo fue siempre fuerte porque era concreto desde el punto de vista histórico cuando elaboraba sus formas de organización: nada de esquemas áridos. Al pasar de una etapa a otra, los bolcheviques modificaban radicalmente la estructura de su organización. Sin embargo, ahora un solo y mismo principio del "orden revolucionario" se

aplica a la vez al poderoso partido de la dictadura del proletariado, al Partido Comunista de Alemania, qué constituye una fuerza política seria, al joven partido chino, que se encuentra bruscamente arrastrado por el torbellino de la lucha revolucionaria, a la pequeña sociedad de propagandistas que es el Partido Comunista de los Estados Unidos. Hasta que surjan en este último dudas sobre la justeza de los métodos impuestos por el Pepper del momento para que se castigue a los "escépticos" por espíritu de fracción. Un joven partido, que es un organismo político completamente embrionario, sin relación verdadera con las masas, sin experiencia de dirección revolucionaria, sin formación teórica, está ya enteramente revestido de todos los atributos del "orden revolucionario", que le sientan como los trajes del padre al hijo de seis años.

El Partido Comunista de la URSS tiene una experiencia revolucionaria de las más ricas en el dominio de las ideas. Pero, como lo han demostrado los últimos años, tampoco puede vivir impunemente un solo día limitándose a consumir ampliamente los intereses de su capital; debe constantemente reconstituirlo y aumentarlo; esto sólo es posible si se hace trabajar colectivamente al pensamiento del partido. ¿Qué decir entonces de los partidos comunistas de los otros países, nacidos solamente hace algunos años, que atraviesan aún su periodo primario de acumulación de conocimientos teóricos y de métodos de acción? Sin gozar de la libertad verdadera en la vida del partido, libertad de discusión, libertad de establecer colectivamente, y en particular en grupos, los caminos que deben seguirse, esos partidos no constituirán jamás una fuerza revolucionaria decisiva.

Antes del X Congreso, del que data la prohibición de fracciones, el partido comunista ruso vivió dos décadas sin conocer esta prohibición. Son justamente esas dos décadas las que le han educado y preparado de tal manera que ante un cambio de los más difíciles supo aceptar y soportar las resoluciones severas del X Congreso. Pero los partidos comunistas de Occidente comienzan directamente por ahí.

Lenin, y nosotros con él, temíamos ante todo que el partido comunista ruso, que dispone de los poderosos recursos del estado, ejerciese una influencia excesiva, aplastante, sobre los jóvenes partidos de Occidente, que acababan de organizarse. Lenin ponía incesantemente en guardia al partido contra un acrecentamiento prematuro del centralismo, contra los gestos exagerados del Comité Ejecutivo y del Presidium en este sentido y, sobre todo, contra las formas y los métodos de ayuda, que se transformaban en órdenes directas y no admitían ningún recurso de casación.

La ruptura se produjo en 1924 bajo el nombre de "bolchevización". Si se entiende por bolchevización la depuración del partido, desembarazándolo de los elementos y de las costumbres heterogéneas, de los funcionarios socialdemócratas que se agarran a sus puestos, de los masones, de los demócratas pacifistas, de los confusionistas, etc., entonces esta tarea se realizó desde el primer día de la existencia de la Internacional Comunista y en el IV Congreso tomó formas muy activas respecto al Partido Comunista Francés. Pero esta bolchevización verdadera se unía antes indisolublemente a la experiencia propia de las secciones nacionales de la Internacional Comunista, crecía utilizando esta experiencia; su piedra de toque eran las cuestiones de la política nacional, que se elevaban hasta convertirse en problemas internacionales. La "bolchevización" de 1924 tenía completamente un carácter de caricatura; se apoyaba el revólver en la sien de los organismos directivos de los partidos comunistas, se exigía de ellos que sin informes, sin debates, tomasen inmediata y definitivamente posición ante las divergencias existentes en el interior del Partido Comunista de la URSS, con eso sabían

de antemano que según la posición que adoptasen podrían permanecer o no en la Internacional Comunista.

Sin embargo, en 1924 los partidos comunistas de Europa no estaban suficientemente armados para resolver tan rápidamente los problemas planteados en la discusión rusa, en la que se esbozaban apenas dos tendencias de principios seguidos en la nueva etapa de la dictadura del proletariado. Claro está que después de 1924 todavía continuaba siendo necesario el trabajo de depuración; en muchas secciones fueron eliminados con razón elementos heterogéneos. Pero, considerada en su conjunto, la "bolchevización" consistía en desorganizar cada vez más las direcciones que se formaban en los partidos comunistas de Occidente sirviéndose de las diferencias rusas como de una cuña que el aparato del estado hacía entrar a martillazos. Todo esto se ocultaba bajo el lema de lucha contra el espíritu de fracción.

Si cristalizasen en el seno del partido de la vanguardia proletaria fracciones que amenazasen con hacerlo inepto durante mucho tiempo para el combate, entonces es evidente que el partido se encontraría en la necesidad de decidir: ¿es preciso dejarle al tiempo la posibilidad de hacer una prueba suplementaria o bien reconocer inmediatamente que es inevitable la escisión? Un partido de combate no puede jamás ser una suma de fracciones que luchen a capa y espada. Es ésta una verdad innegable si se la considera en esta forma general. Pero emplear la escisión como un medio preventivo contra las divergencias de opiniones, amputar todo un grupo que hace oír la voz de la crítica, es transformar la vida interna del partido en un encadenamiento de abortos en la organización. Semejantes métodos, sin contribuir a la continuación y al desenvolvimiento de la especie, agotan el organismo de la madre, es decir, del partido. La lucha contra el espíritu de fracción se convierte en infinitamente más peligrosa que este espíritu.

En la actual hora, los primeros fundadores de casi todos los partidos comunistas del mundo están fuera de la internacional, sin exceptuar a su ex presidente. En casi todos los partidos, los grupos que guiaron su desarrollo durante dos períodos consecutivos son excluidos o dejados al margen, En Alemania, el grupo Brandler está a medias en el partido; el grupo Maslov está del otro lado de la puerta. En Francia, los antiguos grupos de Rosmer- Monatte, Loriot, Souvarine han sido excluidos; otro tanto le ha ocurrido al grupo Girault-Treint, que estuvo en la dirección durante el período siguiente. En Bélgica se ha excluido al grupo esencial de Van Overstraeten. Si el grupo Bordiga, que dio nacimiento al Partido Comunista Italiano, sólo está excluido a medias, esto se explica por las condiciones del régimen fascista. En Checoslovaquia, en Suecia, en Noruega, en los Estados Unidos, en una palabra, en casi todos los partidos del mundo, han ocurrido acontecimientos más o menos análogos en el curso del período que siguió a la muerte de Lenin.

Es indudable que muchos de los excluidos han cometido enormes faltas; no nos hemos quedado atrás para señalarlas. No se puede tampoco negar que muchos de los excluidos, han vuelto en gran parte a sus posiciones de partida, a la socialdemocracia de izquierda o al sindicalismo. Pero la misión de la Internacional Comunista no consiste sólo en arrinconar automáticamente en un callejón sin salida a los jóvenes dirigentes de los partidos nacionales y en condenar así a algunos de los que representan a la degeneración en el dominio de las ideas. El "orden revolucionario" de la dirección burocrática se ha convertido en un obstáculo terrible que se alza en el camino del desarrollo de todos los partidos de la internacional.

Las cuestiones de organización son inseparables de las del programa y la táctica, Es preciso darse claramente cuenta de que una de las fuentes de oportunismo más importantes en la Internacional Comunista es el régimen burocrático de su aparato y de su partido dirigente. Nadie puede negar ya, después de la experiencia de los años 1923-1928, que en la Unión Soviética la burocracia es la expresión y el instrumento de la presión que las clases no proletarias ejercen contra el proletariado. A este respecto, el programa de la Internacional Comunista presenta una fórmula justa cuando dice que las depravaciones burocráticas "surgen inevitablemente en el terreno de la falta de cultura de las masas y de las influencias de las clases no proletarias". Aquí tenemos la clave que permite comprender no solamente a la burocracia en general, sino su crecimiento extraordinario en el curso de los cinco últimos años. El grado de cultura de las masas, aunque sea insuficiente, ha aumentado en el curso de este periodo (esto está fuera de toda duda); no se puede, pues, buscar la causa de la progresión de la burocracia más que en el crecimiento de las influencias de las clases no proletarias. Los partidos comunistas de Europa, es decir, sobre todo sus centros directivos, ponen sus organizaciones a tono con los impulsos y reagrupamientos, que se operan en el Partido Comunista de la URSS; así, la burocracia de los partidos comunistas extranjeros no es, en gran medida, más que el reflejo y el complemento de la del Partido Comunista de la URSS.

La selección de los elementos directivos de los partidos comunistas se ha realizado, y se realiza todavía, según sus aptitudes para aceptar y aprobar el más reciente reagrupamiento en la burocracia del Partido Comunista de la URSS. Los elementos directivos de los partidos extranjeros que tenían más autonomía y mayor sentido de las responsabilidades, que no consentían en someterse a cambios realizados de una manera estrictamente administrativa, eran expulsados del partido, o bien empujados hacia el ala derecha (frecuentemente supuestamente de derecha), o bien, en fin, entraban en las filas de la Oposición de Izquierda. Así, pues, el proceso orgánico de selección, basado en la lucha proletaria, dirigido por la Internacional Comunista, que permite la cohesión de los cuadros revolucionarios, era interrumpido, modificado, desfigurado, sustituido a veces por una selección administrativa y burocrática, hecha desde arriba. Es normal que los dirigentes comunistas más dispuestos a aceptar las decisiones adoptadas de antemano y a firmar cualquier resolución hayan triunfado frecuentemente sobre los elementos mejor dotados del espíritu del partido y más imbuidos por el sentimiento de la responsabilidad revolucionaria. Las más de las veces, en lugar de escoger revolucionarios estoicos y rigurosos en la elección de los medios, se llegaban a seleccionar a los que se adaptaban como burócratas.

Todos los problemas de la política interior e internacional nos llevan invariablemente a las cuestiones del régimen interno del partido. Ni que decir tiene que el alejamiento de la línea de clase en los problemas de la revolución china, del movimiento obrero inglés, de la economía de la URSS, de los salarios, de los impuestos, etc., constituye por sí mismo un peligro de los más serios. Pero, ese peligro se decuplica a causa de la imposibilidad en que se encuentra el partido, atado de pies y manos por el régimen burocrático, de corregir por medios normales la línea de conducta seguida por las esferas superiores. Otro tanto se puede decir de la Internacional Comunista. La resolución del XIV Congreso del Partido Comunista de la URSS sobre la necesidad de establecer una dirección más democrática y más colectiva de la Internacional Comunista se ha convertido, en la práctica, en su caricatura. El cambio del régimen interior de la Internacional Comunista

es una cuestión de vida o muerte para el movimiento revolucionario internacional. Se puede obtener esta modificación de dos maneras: o bien paralelamente con un cambio de régimen interno del Partido Comunista de la URSS o bien luchando contra el papel director del Partido Comunista de la URSS en la Internacional Comunista. Hay que hacer todos los esfuerzos posibles por hacer adoptar el primer método. La lucha por el cambio de régimen del Partido Comunista de la URSS es una lucha por el saneamiento del régimen existente en la Internacional Comunista y por el mantenimiento de la dirección de nuestro partido en el dominio de las ideas.

Es preciso echar implacablemente del programa la idea de que partidos vivos, activos, puedan estar subordinados al "orden revolucionario" de una burocracia inamovible del partido y del estado. Es preciso entregar al partido sus derechos. Es preciso que el partido vuelva a ser un partido. Es preciso afirmar esto en el programa, de una manera que haga imposible una justificación teórica de la burocracia y de las tendencias a la usurpación.

12- Causas de las derrotas de la Oposición y perspectivas

A partir del otoño de 1923, el ala izquierda proletaria del partido, que expuso sus puntos de vista en toda una serie de documentos, de los cuales el principal es la Plataforma de los bolcheviques-leninistas (Oposición), fue sistemáticamente sometida, en tanto que organización, a la destrucción. Los procedimientos de represión estaban determinados por el carácter del régimen interno del partido, cada vez más burocrático a medida que aumentaba la presión ejercida por las clases no proletarias contra el proletariado. La posibilidad de que tales métodos puedan triunfar la crea el carácter político general de este periodo, durante el cual el proletariado ha sufrido graves derrotas y la socialdemocracia recupera vigor, en tanto que en el seno de los partidos comunistas las tendencias centristas y oportunistas se han reforzado, en tanto que hasta estos últimos meses el centrismo se orientaba sistemáticamente hacia la derecha. La primera represión contra la Oposición se produjo inmediatamente después de la derrota de la revolución alemana, y fue, en cierto modo, su complemento. Esto habría sido imposible si el proletariado alemán hubiese triunfado, aumentando así extraordinariamente el sentimiento de confianza en sí mismo del proletariado de la URSS y, por consiguiente, su fuerza de resistencia ante la presión de las clases burguesas del interior y del exterior y, también, ante su correa de transmisión, la burocracia del partido.

Para esclarecer la significación general de los agrupamientos que se han producido en la Internacional Comunista desde fines de 1923, sería sumamente importante seguir paso a paso cómo el grupo dirigente, en las diversas etapas de su orientación a derecha, explicaba sus victorias "de organización" sobre la Oposición. No nos es posible hacer ese trabajo en el marco de la crítica del proyecto de programa. Pero para alcanzar nuestro fin bastará examinar cómo fue comprendida la primera, "victoria" contra la Oposición, en septiembre de 1924, según el artículo en que Stalin debutó en el dominio de los problemas de la política internacional:

"Hay que considerar la victoria decisiva lograda en los partidos comunistas por el ala revolucionaria como el síntoma más seguro [escribía Stalin] de los procesos revolucionarios más importantes que se producen en las profundidades de la clase obrera..."

Y en otra parte del mismo artículo:

"Si se agrega a esto el total aislamiento de la tendencia oportunista en el seno del partido comunista ruso, el cuadro será completo. El V Congreso de la Internacional Comunista no ha hecho más que consolidar la victoria del ala revolucionaria en las secciones fundamentales de la Internacional Comunista", (subrayado por mí)

Así, la derrota de la Oposición del partido comunista ruso fue presentada como el resultado de la orientación hacia la izquierda del proletariado marchando directamente a la revolución, y daba en todas las secciones la preponderancia al ala izquierda sobre la derecha. Actualmente, cinco años después de la más gran derrota del proletariado internacional, sufrida en el otoño de 1923, Pravda se ve obligada a reconocer que sólo actualmente se comienza a remontar "lo alto de la ola de apatía y depresión que comenzó después de la derrota de 1923 y que permitió al capitalismo alemán reforzar sus posiciones". (Pravda, 28 de enero de 1928)

Pero entonces se plantea un interrogante que es nuevo para los dirigentes actuales de la Internacional Comunista, aunque no para nosotros: ¿debe explicarse, pues, el fracaso de la Oposición, en 1923 y durante los años siguientes, por un desplazamiento de la clase obrera hacia la derecha y no hacia la izquierda? La respuesta a este interrogante lo decide todo.

La respuesta dada en 1924, en el V Congreso de la Internacional Comunista y más tarde en discursos y artículos, era clara y categórica: fueron el reforzamiento de los elementos revolucionarios del movimiento obrero de Europa, la nueva ola revolucionaria, la proximidad de la revolución proletaria, las causas de la "derrota" de la Oposición.

Pero ahora ya se admite por todos, de una manera absoluta, el hecho de que después de 1923 se produjo un cambio político duradero, brutal, hacia la derecha y no hacia la izquierda. Por consiguiente, está fuera de duda que el desencadenamiento de la lucha contra la Oposición, y su intensificación hasta llegar a las exclusiones y deportaciones, está ligado íntimamente al proceso político de la estabilización de la burguesía en Europa. Es verdad que ese proceso ha sido interrumpido en el curso de los cuatro últimos años por acontecimientos revolucionarios importantes. Pero nuevos errores de la dirección, más crueles aun que en 1923 en Alemania, dieron cada vez más la victoria al enemigo en las peores condiciones para el proletariado y el partido comunista e hicieron aparecer nuevos factores favorables para la estabilización burguesa. El movimiento revolucionario internacional ha sufrido derrotas, y con él el ala izquierda proletaria del Partido Comunista de la URSS y la Internacional Comunista.

La explicación sería incompleta si no tenemos en cuenta el proceso interno de la economía, y de la política de la URSS: nacidas de la NEP, las contradicciones se han agravado porque la dirección comprendía mal los problemas de la alianza económica entre las ciudades y el campo, subestimando el desequilibrio que padecía la industria y las tareas que de ello se derivaban en una economía planificada.

El aumento de la presión económica y política ejercida por los círculos burocráticos y pequeñoburgueses en el interior del país paralelamente con las derrotas de la revolución proletaria en Europa y en Asia: he aquí el encadenamiento histórico que, durante estos cuatro últimos años, se cerró como un nudo corredizo en torno a la garganta de la Oposición. El que no comprenda esto, no comprende nada.

***

En este estudio, casi en cada etapa hemos tenido que confrontar la línea política seguida con la que fue descartada bajo el nombre de "trotskysmo". La significación de

esta lucha en su aspecto generalizado es para un marxista de una claridad meridiana. Si las acusaciones episódicas, parciales, de "trotskysmo", apoyadas en una acumulación de citas reales e imaginarias correspondientes a un periodo de veinticinco años, podían desconcertar anteriormente, por el contrario, un juicio coherente y generalizado de la lucha que se sostuvo en el dominio de las ideas durante los cinco últimos años demuestra que hubo dos líneas de conducta. Una fue consciente y metódica. Fue la prolongación y el desenvolvimiento de los principios estratégicos leninistas, aplicados a los problemas interiores de la URSS y de la revolución mundial: es la línea de conducta de la Oposición. Y la otra, inconsciente, contradictoria, vacilante, zigzagueante, se aleja del leninismo bajo la presión de las fuerzas de la clase enemiga en un período de reflujo político en el plano internacional: es la línea de la dirección oficial. A menudo, cuando los hombres varían con frecuencia abandonan más fácilmente las concepciones que las palabras a que están habituados. Es la ley general de todos los que cambian en el dominio de las ideas. En el fondo, la dirección practicaba una revisión de Lenin en casi todas las cuestiones fundamentales, pero hacía pasar esta revisión por un desarrollo del leninismo, en tanto que calificaba de trotskysmo su esencia revolucionaria, internacional, a fin de camuflarse no solamente en la superficie, sino incluso en el fondo de sí misma, a fin de adaptarse más fácilmente al proceso de su propia desviación.

El que quiera comprender esto no nos hará el reproche ridículo de haber utilizado la crítica del proyecto de programa para poner al desnudo la leyenda del trotskysmo. El presente proyecto ha sido elaborado en una época que estuvo impregnada de esta leyenda. Fueron sobre todo los autores del proyecto los que la alimentaron, la tomaron como punto de partida, juzgando todo según ella. Así, pues, esta época se refleja en el proyecto.

Un nuevo capítulo extraordinariamente instructivo acaba de agregarse a la historia de la política. Se puede decir que ese capítulo prueba la fuerza que puede tener la creación de mitos, o, para hablar más simplemente, la calumnia en el dominio de las ideas, utilizada como arma política. La experiencia demuestra que no se debe menospreciar el valor de esta arma. Estamos lejos aún de haber realizado "el salto que hará pasar del reino de la necesidad al de la libertad"; vivimos en una sociedad de clases que es imposible concebir sin oscurantismo, prejuicios y supersticiones. Un mito que se corresponda con ciertos intereses o costumbres tradicionales puede siempre, en una sociedad dividida en clases, adquirir una gran fuerza. Sin embargo, basándose solamente en un mito, incluso organizado según un plan y disponiendo de todos los recursos del estado, no es posible establecer una amplia política, sobre todo una política revolucionaria, y más particularmente en nuestra época de cambios bruscos. Inevitablemente la creación de mitos se enreda en sus propias contradicciones. No hemos citado más que una pequeña parte, aunque sea acaso la más importante. Independientemente de saber si las circunstancias exteriores nos permitirán o no continuar hasta el fin nuestro análisis, esperamos firmemente que el análisis subjetivo esté apoyado por el análisis objetivo que practican los acontecimientos.

La radicalización de las masas obreras de Europa es un hecho innegable, que se ha manifestado en el curso de las últimas elecciones parlamentarias. Pero esta radicalización sólo atraviesa su fase primaria. Ciertos factores, tales como la reciente derrota de la revolución china, la contrarrestan, haciéndola desviar en gran parte hacia la socialdemocracia. No tenemos la intención de predecir aquí a qué velocidad se efectuará ese proceso. En todo caso, está claro que la radicalización no será precursora

de una situación revolucionaria nueva más que a partir del momento en que crezca la atracción hacia el partido comunista en detrimento de las grandes reservas de la socialdemocracia. Por el momento, esto no ocurre. Pero esto debe producirse de una manera rigurosamente necesaria.

La orientación indefinida seguida actualmente por la dirección de la Internacional Comunista, con sus tentativas de orientarse a izquierda, no concuerdan con la política llevada en el interior de la URSS, donde no se ve ni modificación completa del régimen ni cese de la lucha contra los elementos revolucionarios, que han sabido resistir todas las pruebas. Esta orientación contradictoria ha sido establecida no solamente bajo los golpes de las dificultades económicas interiores en la URSS, que han confirmado enteramente las previsiones hechas por la Oposición, sino que se corresponde perfectamente con la primera etapa de la radicalización de las masas obreras de Europa. El eclecticismo de la política de la dirección de la Internacional Comunista y el eclecticismo del proyecto de programa constituyen en cierto modo una instantánea del estado actual de la clase obrera internacional, orientada hacia la izquierda por la marcha de los acontecimientos, pero que todavía no ha determinado su ruta y que ha dado más de nueve millones de sufragios a la socialdemocracia alemana.

La futura progresión revolucionaria que seguirá se corresponderá con un inmenso reagrupamiento que se producirá en la clase obrera, en todas sus organizaciones e incluso en la Internacional Comunista. No se percibe claramente cuál será el ritmo de ese proceso; pero las líneas según las cuales se efectuará la evolución concreta surgen sin duda alguna. Las masas obreras, capa por capa, pasarán de la socialdemocracia al partido comunista. El eje de la política comunista se desplazará de la derecha a la izquierda. La línea bolchevique del grupo que, desde 1923, desde la derrota del proletariado alemán, ha sabido remontar la corriente bajo un alud de acusaciones y persecuciones, recogerá una simpatía cada vez más grande.

Los métodos de organización gracias a los cuales triunfarán en la Internacional Comunista, y por consiguiente en el conjunto del proletariado internacional, las ideas del verdadero leninismo, que no se pueden falsificar, dependen en gran parte de la dirección actual de la Internacional Comunista, y, por consiguiente, directamente, del VI Congreso.

Sin embargo, cualesquiera que sean las decisiones de ese congreso (estamos preparados para lo peor), el juicio general que resulta de la época presente y de sus tendencias internas, en particular el juicio sobre la experiencia de los cinco últimos años, nos dicen que las ideas de la Oposición no necesitan seguir otro canal que el de la Internacional Comunista. Nadie logrará arrancarnos de él. Las ideas que defendemos pasarán a ser sus ideas. Estas ideas encontrarán su expresión en el programa de la Internacional Comunista.

III- BALANCE Y PERSPECTIVAS DE LA REVOLUCIÓN CHINA: SUS LECCIONES PARA LOS PAÍSES DE ORIENTE Y PARA TODA LA INTERNACIONAL COMUNISTA

Mediante el análisis de la experiencia, de los errores y de las tendencias de la Revolución de 1905 fue como se constituyeron definitivamente el bolchevismo, el menchevismo y el ala izquierda de la socialdemocracia alemana e internacional. El análisis de la experiencia de la revolución china tiene hoy la misma importancia para el proletariado internacional.

Sin embargo, este análisis, lejos de haber comenzado, está prohibido. La literatura oficial se ocupa de ajustar inmediatamente los hechos a las resoluciones del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, cuya inconsistencia se ha manifestado plenamente. El proyecto de programa redondea todo lo posible las aristas vivas del problema chino, pero, en lo esencial, avala la política funesta seguida por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Se sustituye el análisis de uno de los más grandes procesos de la historia por una defensa literaria de los esquemas que han fracasado.

1-Sobre la naturaleza de la burguesía colonial

El proyecto de programa dice:

"Los acuerdos provisionales [con la burguesía indígena de los países coloniales] no son admisibles más que en tanto que no sean un obstáculo para la organización revolucionaria de los obreros y los campesinos y lleven una lucha efectiva contra el imperialismo."

Esta fórmula, aunque está intercalada a sabiendas dentro de una oración subordinada, es una de las tesis fundamentales del proyecto, al menos para los países de Oriente. La oración principal habla, evidentemente, de "liberar (a los obreros y los campesinos) de la influencia de la burguesía indígena". Sin embargo, no juzgamos desde el punto de vista del gramático, sino desde el del hombre político; utilizando nuestra propia experiencia, decimos: la oración principal no tiene aquí más que un valor secundario, mientras que la oración subordinada contiene lo esencial. Considerada en su conjunto, la fórmula es el clásico nudo corredizo menchevique, que se cierra aquí alrededor del cuello de los proletarios de oriente.

¿De qué "acuerdos provisionales" se habla? En la política, como en la naturaleza, todo es "provisional". ¿Puede ser que se trate aquí de "ententes" circunstanciales estrictamente prácticas? Es evidente que no podemos, en el porvenir, renunciar a acuerdos semejantes, rigurosamente limitados y sirviendo cada vez a un objetivo claramente definido. Este es el caso, por ejemplo, cuando se trata de un acuerdo con los estudiantes del Kuomintang para la organización de una manifestación antiimperialista, o bien de la ayuda prestada por los comerciantes chinos a los huelguistas de una empresa concesionaria extranjera. Tales fenómenos no pueden ser excluidos en absoluto de cara al porvenir, ni siquiera en China. Pero entonces qué hacen aquí condiciones políticas de orden general: "En tanto que /la burguesía) no se oponga a la organización revolucionaria de los obreros y los campesinos y lleve una lucha efectiva (¡!) contra el imperialismo". La única "condición" de todo acuerdo con la burguesía, acuerdo separado, práctico, limitado a medidas definidas y adaptadas a cada caso, consiste en no mezclar las organizaciones ni las banderas, ni directa ni indirectamente, ni por un día ni por una hora, en distinguir el

rojo del azul, en no creer jamás que la burguesía sea capaz de llevar una lucha real contra el imperialismo y de no ser un obstáculo para los obreros y los campesinos, o que esté dispuesta a hacerlo. La otra condición nos resulta absolutamente inútil para los acuerdos prácticos. Por el contrario, no podría resultarnos más que perjudicial, al eliminar la línea general de nuestra lucha contra la burguesía, lucha que no cesa durante el breve período del "acuerdo". Desde hace mucho tiempo, se ha dicho que los acuerdos estrictamente prácticos, que no nos atan de ninguna forma y no nos crean ninguna obligación política, pueden, si ello resulta ventajoso en el momento considerado, ser concluidos con el mismo diablo. Pero sería absurdo exigir al mismo tiempo que en esa ocasión el diablo se convirtiese al cristianismo, y que se sirviese de sus cuernos, no contra los obreros y los campesinos, sino para hacer obras piadosas. Al plantear semejantes condiciones, actuaríamos ya, en el fondo, como los abogados del diablo, y le estaríamos pidiendo que nos dejase convertirnos en sus padrinos.

Planteando estas condiciones absurdas, embelleciendo de antemano a la burguesía, el proyecto de programa dice, con una nitidez y una claridad perfectas (a pesar del carácter diplomático subordinado de la oración), que se trata precisamente de coaliciones políticas duraderas, y no de acuerdos ocasionales concluidos por razones prácticas. Pero entonces, ¿qué significa esa exigencia de que la burguesía luche "efectivamente" y "no sea un obstáculo..."? ¿Imponemos esas condiciones a la misma burguesía y exigimos que haga públicamente una promesa? Hará todo lo que queramos. Incluso enviará sus delegados a Moscú, se adherirá a la Internacional Campesina, se unirá como simpatizante a la Internacional Comunista, guiñará el ojo a la Internacional Sindical Roja; en una palabra, prometerá todo aquello que le permita (con nuestra ayuda) engañar mejor, más fácil y más completamente a los obreros y los campesinos, echándoles arena a los ojos... hasta la próxima ocasión (siguiendo el modelo de la de Shanghái)

¿Tal vez no se trata aquí de promesas políticas de la burguesía que, repitámoslo, las hará inmediatamente, asegurándose así nuestra garantía ante las masas obreras? ¿Es posible que se trate de una valoración "objetiva", "científica", llevada a cabo sobre la burguesía indígena, de una especie de medición "sociológica" de las aptitudes de esta burguesía para combatir y "no ser un obstáculo"? Pero, ¡ay!, como lo testifica la experiencia más reciente, habitualmente resulta de tales mediciones que los expertos quedan como unos imbéciles. Esto no importaría nada si sólo se tratase de ellos...

Pero no cabe la menor duda: en el texto se trata precisamente de bloques políticos de larga duración. Sería superfino incluir en un programa el problema de los acuerdos prácticos circunstanciales; sería suficiente con una resolución sobre la táctica "en el momento actual". Pero se trata de justificar y consagrar la orientación seguida hasta ayer con respecto al Kuomintang, que hizo sucumbir a la segunda revolución china y es capaz de hacerla sucumbir todavía más de una vez.

De acuerdo con el pensamiento de Bujarin, verdadero autor del proyecto, se trata precisamente de una apreciación de la burguesía colonial, cuya capacidad para combatir y "no ser un obstáculo" debe ser probada, no por su propio juramento, sino por medio de un esquema estrictamente "sociológico", es decir, el mil-y-un esquema estrictamente adaptado a esta obra oportunista.

Para que la demostración sea más clara, citaremos aquí el juicio emitido por Bujarin sobre la burguesía colonial. Después de una referencia al "fondo antiimperialista" de las revoluciones coloniales y a Lenin (totalmente fuera de lugar), Bujarin declara:

"La burguesía liberal ha ejercido en China, durante toda una serie de años, y no de

meses, un papel objetivamente revolucionario, y después se ha agotado. No se trató en absoluto de una "jornada gloriosa" comparable a la revolución liberal rusa de 1905."

Aquí todo es erróneo desde el principio hasta el final. En efecto, Lenin enseñó que hay que distinguir rigurosamente la nación burguesa oprimida de la que la oprime. De ahí se desprenden dos consecuencias de excepcional importancia; por ejemplo, en el caso de una guerra entre países imperialistas y coloniales. Para un pacifista, esta guerra es como cualquier otra; para un comunista la guerra de una nación colonial contra una nación imperialista es una guerra burguesa-revolucionaria. Lenin elevaba así los movimientos de liberación nacional, las insurrecciones coloniales y las guerras de las naciones oprimidas al nivel de las revoluciones democrático-burguesas, en particular al de la rusa de 1905. Pero Lenin no planteaba en absoluto, como lo hace en la actualidad Bujarin, después de su giro de 180 grados, las guerras de liberación nacional por encima de las revoluciones democrático-burguesas. Lenin exigía distinguir entre la burguesía del país oprimido y la del país opresor. Pero en ninguna parte ha presentado Lenin este problema (y no hubiera podido hacerlo) afirmando que la burguesía de un país colonial o semicolonial, en la época de la lucha por la liberación nacional, fuera más progresista y más revolucionaria que la burguesía de un país no colonial en el período de la revolución democrática. Nada exige que sea así en el plano teórico; la historia no lo confirma. Por muy digno de lástima que sea el liberalismo ruso, aunque su mitad de izquierda (la democracia pequeño burguesa, los socialistas revolucionarios y los mencheviques) haya resultado un aborto, no es posible demostrar que el liberalismo y la democracia burguesa chinos hayan mostrado más altura y capacidad revolucionarias que sus homólogos rusos.

Presentar las cosas como si el yugo colonial asignase necesariamente un carácter revolucionario a la burguesía colonial, es reproducir al revés el error fundamental del menchevismo, que creía que la naturaleza revolucionaria de la burguesía rusa debía desprenderse de la opresión absolutista y feudal.

La cuestión de la naturaleza y de la política de la burguesía está determinada por toda la estructura interna de las clases en la nación que lleva a cabo la lucha revolucionaria, por la época histórica en que se desarrolla esta lucha, por el grado de dependencia económica política y militar que liga a la burguesía indígena al imperialismo mundial en su conjunto, o a una parte de éste, en fin (esto es lo principal), por el grado de actividad de clase del proletariado indígena y el estado de sus relaciones con el movimiento revolucionario internacional.

Una revolución democrática o la liberación nacional pueden permitir a la burguesía profundizar y extender sus posibilidades de explotación. La intervención autónoma del proletariado sobre la arena revolucionaria amenaza con arrebatarle todas las posibilidades.

Veamos los hechos de cerca. Los animadores actuales de la Internacional Comunista repiten sin descanso que Chiang Kai-shek hizo la guerra al "imperialismo", mientras que Kerensky marchó cogido de la mano con los imperialistas. Conclusión: había que entablar una lucha implacable contra Kerensky, pero había que apoyar a Chiang Kai-shek.

La ligazón entre el kerenskysmo y el imperialismo es indiscutible. Nos podemos remontar más lejos y señalar que la burguesía rusa "destronó" a Nicolás II con la bendición de los imperialistas ingleses y franceses. No solamente Miliukov y Kerensky apoyaron la guerra de Lloyd George y Poincaré, sino que Lloyd George y Poincaré apoyaron la

revolución de Miliukov y Kerensky, primero contra el zar y después contra los obreros y los campesinos. Este es un hecho indiscutible.

Pero sobre este punto, ¿cómo han marchado las cosas en China? La "Revolución de Febrero" se produjo en China en 1911. Esta revolución fue un gran paso adelante, aunque hubiera sido llevada a cabo con la participación muy directa de los imperialistas. En sus Memorias, Sun Tat- sen cuenta cómo su organización obtuvo para todas sus actividades la "ayuda" de los estados imperialistas (tanto Japón, como Francia, como los Estados Unidos). Si Kerensky, en 1917, continuó participando en la guerra imperialista, la burguesía china, que era "nacional", "revolucionaria", etc., apoyó también la intervención de Wilson en la guerra, en espera de que la entente ayudase a liberar a China. Sun Tat-sen, en 1918, se dirigía a los gobiernos de la entente con sus proyectos de desarrollo económico y liberación política de China. Nada permite afirmar que la burguesía china, en su lucha contra la dinastía Manchó haya demostrado unas cualidades más revolucionarias que la burguesía rusa en su lucha contra el zarismo, o que la actitud de Chiang Kai-shek y la de Kerensky frente al imperialismo hayan diferido en principio.

Pero Chiang Kai-shek, afirma el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, ha hecho también la guerra al imperialismo. Presentar las cosas de esa forma es disfrazar burdamente la realidad. Chiang Kai-shek ha hecho la guerra a los militaristas chinos, agentes de uno de los estados imperialistas. Esto no es, en absoluto, lo mismo que hacer la guerra al imperialismo. Incluso Tang Ping-Sian comprendía esto. En el informe que presentó al VII Pleno del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (a fines de 1926) caracterizó así la política del Kuomintang, dirigido por Chiang Kai-shek:

"En el dominio de la política internacional tiene una actitud pasiva, con el pleno significado de la palabra... Sólo está inclinado a luchar contra el imperialismo inglés; en cuanto a los imperialistas japoneses, está dispuesto a admitir un compromiso con ellos bajo determinadas condiciones."

La actitud del Kuomintang con respecto al imperialismo fue desde el principio no revolucionaria, sino totalmente colaboracionista: el Kuomintang buscaba derrotar a los agentes de ciertas potencias imperialistas para entablar posteriormente negociaciones con estas mismas potencias o con otras, en condiciones más ventajosas. Esto es todo.

Toda esta forma de abordar el problema es errónea. Lo que hay que considerar no es la actitud de cada burguesía indígena respecto al imperialismo en general, sino su posición frente a las tareas históricas revolucionarias que están a la orden del día en su propio país. La burguesía rusa fue la de un estado imperialista opresor. La burguesía china es la de un país colonial oprimido. El derrocamiento del zarismo feudal fue un factor de progreso en la vieja Rusia. Derribar el yugo imperialista es un factor histórico de progreso en China. Pero la conducta de la burguesía china con relación al imperialismo, al proletariado y al campesinado, no solamente no es más revolucionaria que la conducta de la burguesía rusa con respecto al zarismo y las clases revolucionarias de Rusia, sino que tal vez sea todavía más reaccionaria y cobarde. Esa es la única manera de plantear la cuestión.

La burguesía china es lo bastante realista y conoce lo bastante bien al imperialismo mundial para comprender que una lucha realmente seria contra él exige una presión tan fuerte de las masas revolucionarias que, desde el comienzo, es la burguesía misma la que va a verse amenazada. Si la lucha contra la dinastía Manchú fue una tarea de menor envergadura histórica que el derrocamiento del zarismo, en cambio, la lucha contra el

imperialismo mundial es, históricamente, un problema más vasto. Y si, desde nuestros primeros pasos, hemos enseñado a los obreros de Rusia a no creer que el liberalismo estuviera dispuesto a derribar el zarismo y abolir el feudalismo ni que la democracia pequeño burguesa fuera capaz de ello, de la misma forma, deberíamos haber inoculado, desde el comienzo, este sentimiento de desconfianza a los obreros chinos. En el fondo, la nueva teoría de Stalin y Bujarin, tan absolutamente falsa, sobre la "inmanencia" del espíritu revolucionario de la burguesía colonial, no es más que un menchevismo traducido al lenguaje de la política china; sirve simplemente para hacer de la situación oprimida de China una prima política a favor de la burguesía china; arroja sobre el platillo de la balanza, del lado de la burguesía, un suplemento de peso en detrimento del proletariado chino, doblemente oprimido.

Pero, nos dicen Stalin y Bujarin, autores del proyecto de programa, la marcha de Chiang Kai-shek hacia el norte provocó un potente despertar de las masas obreras y campesinas. Esto es indiscutible. Pero ¿es que el hecho de que Gutchkov y Chulguin llevasen a Petrogrado el acta de la abdicación de Nicolás II no ejerció un papel revolucionario, no despertó a las capas populares más aplastadas, más fatigadas, más tímidas? ¿Es que el hecho de que el laborista Kerensky se convirtiese en presidente del consejo de ministros y comandante en jefe de las fuerzas armadas no despertó a la masa de los soldados, no los empujó a los mítines, no levantó a los campesinos de las aldeas contra los propietarios rurales? Se puede plantear también la cuestión de una forma más amplia: ¿es que, en general, toda la actividad del capitalismo no despierta a las masas, no las arranca, siguiendo la expresión del Manifiesto Comunista, de la estupidez de la vida del campo, no lanza los batallones proletarios a la lucha? ¿Es que un juicio histórico sobre el objetivo del capitalismo en su conjunto, o de ciertas acciones de la burguesía en particular, puede sustituir a nuestra actitud activa de clase revolucionaria hacia el capitalismo y la actividad de la burguesía? La política oportunista siempre se ha basado sobre un "objetivismo" de este tipo, no dialéctico, conservador, seguidista. El marxismo siempre ha enseñado que las consecuencias revolucionarias de ciertos actos que la burguesía se ve obligada a llevar a cabo a causa de su situación, serán tanto más decisivas, incontestables y duraderas, cuanto más independiente con relación a la burguesía y menos dispuesta a dejarse pillar los dedos en el engranaje burgués, a adornar a la burguesía, a sobreestimar su espíritu revolucionario y su capacidad para establecer el "frente único" y luchar contra el imperialismo, sea y esté la vanguardia proletaria.

El juicio formulado por Bujarin sobre la burguesía colonial no resiste mejor la crítica en el plano teórico que en los planos histórico y político. Sin embargo, es precisamente a este juicio el que pretende el proyecto de programa consagrar, como ya lo hemos visto.

***

Un error que no es reconocido o condenado implica siempre otro posterior, o lo prepara.

Si ayer la burguesía china estaba incorporada al frente revolucionario único, hoy se proclama que "se ha pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución". No es difícil ver hasta qué punto estas incorporaciones y estos traspasos efectuados de manera totalmente administrativa, sin un análisis marxista un poco serio, carecen de fundamento.

Es absolutamente evidente que la burguesía no se une al campo de los revolucionarios por azar, por ligereza de espíritu, sino porque sufre la presión de sus intereses de clase. Por temor a las masas, abandona inmediatamente la revolución o manifiesta abiertamente contra ella un temor hasta entonces disimulado. Pero no puede pasarse definitivamente al campo de la contrarrevolución, es decir, liberarse de toda nueva obligación de "apoyar" a la revolución o, al menos, de flirtear con ella más que cuando, por medios revolucionarios o por otros (los de Bismarck por ejemplo), logra satisfacer sus aspiraciones fundamentales de clase. Recordemos la historia de los años 1848 y 1871. Recordemos que si la burguesía rusa pudo volver tan resueltamente la espalda a la Revolución de 1905, es porque recibió de ella la Duma de Estado, es decir, el medio de actuar directamente sobre la burocracia y de tratar con ella. Pero cuando la guerra de 1914-1917 reveló de nuevo que el régimen "renovado" era incapaz de asegurar la satisfacción de los intereses fundamentales de la burguesía, ésta se volvió de nuevo al lado de la revolución, y su giro fue más brutal que en 1905.

¿Puede decirse que la revolución de 1925-1927 en China haya satisfecho, siquiera parcialmente, los intereses fundamentales del capitalismo chino? No; China está tan alejada hoy de la unidad nacional y la independencia aduanera como antes de 1925. Sin embargo, la creación de un mercado interior único y su protección contra las mercancías extranjeras menos caras constituyen para la burguesía china casi una cuestión de vida o muerte; es la segunda por orden de importancia después de la del mantenimiento de las bases de la dominación de clase sobre el proletariado y los campesinos pobres. Pero para la burguesía inglesa y francesa, el mantenimiento de China en situación de colonia no tiene menos importancia que la autonomía para la burguesía china. He aquí por qué habrá todavía numerosos zigzags hacia la izquierda en la política de la burguesía china. El porvenir reserva muchas tentaciones a los aficionados del frente único nacional. Decir hoy a los comunistas chinos: vuestra coalición con la burguesía fue correcta desde 1924 hasta el final de 1927, pero ahora no sirve para nada porque la burguesía se ha pasado definitivamente al campo de la contrarrevolución, es preparar de nuevo a los comunistas chinos para nuevas ocasiones de confusión ante los futuros giros objetivos y los zigzags hacia la izquierda que la burguesía china inevitablemente realizará. La guerra que Chiang Kai-shek está llevando contra el Norte ya hace bascular completamente el esquema mecanicista de los autores del proyecto del programa.

***

Pero el error de principio cometido en la manera oficial de plantear la cuestión aparecerá de forma aplastante, convincente, indiscutible, si recordamos un hecho muy reciente y de gran importancia: la Rusia zarista fue una combinación de naciones dominantes y naciones oprimidas, las gran-rusas y las "alógenas", muchas de las cuales se encontraban en una situación de colonias o semicolonias. Lenin no solamente exigía que se prestase la mayor atención a la cuestión nacional de los pueblos de la Rusia zarista, sino que también proclamaba contra Bujarin y consortes que el deber elemental del proletariado de la nación dominante era apoyar la lucha de las naciones oprimidas por el derecho a disponer de sí mismas, incluso hasta la separación. ¿Ha deducido el partido que la burguesía de las nacionalidades oprimidas por el zarismo (polacos, ucranianos, tártaros, judíos, armenios, etc.) era más radical, más progresiva, más revolucionaria que la burguesía rusa? La experiencia revela que la burguesía polaca, a pesar de la combinación del jugo absolutista y el yugo nacional, fue más reaccionaria que la burguesía

rusa: en la Duma no se sentía atraída por los kadetes sino por los octubristas. Lo mismo ocurrió con la burguesía tártara. La gravísima privación de derechos que afectaba a los judíos no impidió a la burguesía judía ser todavía más miedosa, reaccionaria y cobarde que la burguesía rusa. ¿Los burgueses estones, letones, georgianos o armenios fueron más revolucionarios que los burgueses de la Gran Rusia? ¿Cómo se pueden olvidar semejantes lecciones históricas?

Pero ¿es posible que debamos reconocer ahora, después de los hechos, que el bolchevismo se equivocaba cuando, contrariamente al Bund a los dachnaks, a los miembros del Partido Socialista Polaco a los mencheviques georgianos y otros, llamaba, desde los albores de la revolución democrático- burguesa, a los obreros de todas las nacionalidades oprimidas, de todos los pueblos coloniales de la Rusia zarista, a reagruparse en una organización autónoma de clase, a romper todo lazo organizativo no sólo con los partidos liberales burgueses, sino también con los partidos revolucionarios de la pequeña burguesía, a conquistar a la clase obrera en la lucha contra estos últimos y, por intermedio de los obreros, a luchar contra estos partidos para influenciar a los campesinos? ¿No hemos cometido aquí un error trotskysta? ¿No hemos saltado, en lo que se refiere a esas naciones oprimidas, algunas de las cuales estaban extremadamente atrasadas, por encima de la fase de desarrollo que habría correspondido al Kuomintang? ¡Qué fácil es, en efecto, edificar una teoría según la cual el Partido Socialista Polaco, el Dachnak-Tsutiun, el Bund, etc., fueron las formas "particulares" de una colaboración necesaria entre clases diversas en lucha contra el absolutismo y el yugo nacional! ¿Es que, verdaderamente, se pueden olvidar semejantes lecciones de la historia?

Antes de los acontecimientos chinos de los tres últimos años, estaba claro para un marxista (y ahora debe estar claro incluso para un ciego) que el imperialismo extranjero, al intervenir directamente en la vida interna de China, hace a los Miliukov y a los Kerensky chinos más cobardes todavía, en última, instancia, que sus prototipos rusos. El primer Manifiesto de nuestro partido no proclamó ya en vano que cuanto más se avanzaba hacia Oriente, más mezquina y cobarde se volvía la burguesía, y más grandes las tareas que incumbían al proletariado. Esta "ley" histórica se aplica enteramente a China.

"Nuestra revolución es burguesa: es por eso que los obreros deben apoyar a la burguesía, dicen los políticos desprovistos de toda clarividencia que provienen del campo de los liquidadores. Nuestra revolución es burguesa, decimos nosotros, nosotros, los marxistas; es por eso que los obreros deben abrir los ojos al pueblo, haciéndole ver los engaños de los políticos burgueses, enseñarles a no creer en las palabras, a no contar más que con sus propias fuerzas, su organización, su unión, su armamento."

Esta tesis de Lenin conserva todo su valor para el Oriente entero; es absolutamente preciso que encuentre un lugar dentro del programa de la internacional.

2- Las etapas de la revolución china

La primera etapa para el Kuomintang fue un período de dominación de la burguesía indígena, bajo la enseña apologética del "bloque de las cuatro clases". El segundo período, después del golpe de estado de Chiang Kai- shek, vio la dominación paralela y "autónoma" del kerenskysmo chino. Si los populistas rusos y los mencheviques dieron a su corta "dictadura" la forma de una dualidad de poderes abierta, la "democracia revolucionaria" china, por su parte, no tenía bastante fuerza para llegar a ello. Y como,

en general, la historia no trabaja por encargo, no queda más que comprender que no hay y no habrá otra dictadura "democrática" que la que ejerce el Kuomintang desde 1925. Será así tanto si la semiunidad de China conseguida por el Kuomintang se mantiene en el inmediato porvenir como si el país se desmiembra de nuevo. Pero precisamente cuando la dialéctica de clase de la revolución, después del agotamiento de todos los demás recursos, puso a la orden del día la dictadura del proletariado y arrastró a los millones de oprimidos y desheredados de las ciudades y los campos, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista colocó en primer plano la consigna de la dictadura democrática (es decir, democrático-burguesa) de los obreros y los campesinos. La respuesta a esta fórmula fue la insurrección de Cantón, que, a pesar de su carácter prematuro y de su dirección aventurista, muestra que la nueva etapa, la tercera, será la futura revolución china. Es necesario insistir en ello.

Buscando un seguro contra los pecados del pasado, la dirección, hacia finales del año anterior, imprimió de forma criminal un ritmo a la marcha de los acontecimientos que desembocó en el aborto de Cantón. Pero incluso un aborto puede enseñarnos mucho sobre el estado de la madre y el proceso del embarazo. Desde el punto de vista teórico, la importancia enorme, decisiva, de los acontecimientos de Cantón con relación a los problemas esenciales de la revolución china, es que nos encontramos en presencia de un hecho extremadamente raro en historia y en política: una experiencia de laboratorio a una escala gigantesca. La hemos pagado cara; esto nos obliga todavía más a asimilar bien las enseñanzas.

Según la información de Pravda (n° 31), una de las consignas del combate en Cantón fue el grito: "¡Abajo el Kuomintang!" Después de la traición de Chiang Kai-shek y después de la de Wan Tin-wie (que no traicionaron a su clase, sino nuestras ilusiones), el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista hizo solemnes promesas: "¡No cederemos la bandera del Kuomintang!" Sin embargo, los obreros de Cantón prohibieron el Kuomintang y proclamaron fuera de la ley a todas sus tendencias. Esto significa que para realizar todas las tareas fundamentales, la burguesía (no solamente la grande, sino también la pequeña) no presenta una fuerza política, de partido, de fracción, al lado de las cuales el partido del proletariado pueda resolver los problemas de la revolución democrático-burguesa. El problema de la conquista del movimiento de los campesinos incumbe ya enteramente al proletariado y directamente al partido comunista. Ahí se encuentra la clave que permitirá tomar la posición. Para que pueda haber una solución verdadera de los problemas democrático- burgueses, será necesario que todo el poder se concentre en las manos del proletariado.

A propósito del poder soviético efímero de Cantón, Pravda comunica:

"En interés de los obreros, el Soviet de Cantón ha decidido... el control sobre la producción por los obreros y la realización de este control por los comités de fábrica..., la nacionalización de la gran industria, de los transportes y la banca."

Más adelante se citan medidas de este género:

"Confiscación de todas las viviendas de la gran burguesía en provecho de los trabajadores."

Así, pues, los obreros de Cantón estaban en el poder y el poder estaba de hecho en manos del partido comunista. El programa del nuevo poder comprendía no solamente la confiscación de las tierras de los terratenientes, por mucho que hubieran pertenecido al Kuomintang, sino también la nacionalización de la gran industria, los bancos, los transportes e incluso la confiscación de las viviendas de la burguesía y de todos los bienes de ésta en provecho de los trabajadores. ¡Si éstos son los métodos de la revolución

burguesa, uno se pregunta a qué se parecerá en China la revolución proletaria!

Aunque las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no hayan hablado jamás de la dictadura proletaria ni de medidas socialistas, aunque Cantón se distinga de por su carácter pequeñoburgués de Shanghái, Hankow y otros centros industriales del país, el golpe de estado revolucionario realizado contra el Kuomintang ha llevado automáticamente a la dictadura del proletariado; desde sus primeros pasos, debido a la situación de conjunto, ha debido aplicar medidas más radicales que las que fueron tomadas al principio de la Revolución de Octubre. Y este hecho, a pesar de su apariencia paradójica, deriva normalmente tanto de las relaciones sociales en China como de todo el desarrollo de la revolución.

La propiedad terrateniente (grande y mediana, tal como se encuentra en China) se mezcla de la manera más íntima con el capitalismo de las ciudades, e incluso con el capitalismo extranjero. No existe en China casta de terratenientes que se oponga a la burguesía. El explotador más común y el más aborrecido en el campo es el kulak usurero, agente del capitalismo financiero de las ciudades. También la revolución agraria tiene un carácter tanto antifeudal como antiburgués. En China no habrá, o no habrá apenas, una etapa parecida a la primera etapa de nuestra Revolución de Octubre, durante la cual el kulak marchaba con los campesinos medios y pobres, y a menudo a su cabeza, contra el propietario terrateniente. La revolución agraria en este país significa y significará, de ahora en adelante, la insurrección no solamente contra el reducido número de propietarios y burócratas verdaderos, sino también contra el kulak y el usurero. Si, entre nosotros, los comités de campesinos pobres sólo intervinieron en la segunda etapa de la Revolución de Octubre, hacia mediados de 1918, por el contrario, en China, aparecerán en escena, sea bajo el aspecto que sea, tan pronto como renazca el movimiento agrario. La "deskulakización" será, en China, el primero, y no el segundo paso del Octubre chino.

Sin embargo, la revolución agraria no constituye el único fondo de la lucha histórica que se desarrolla actualmente en China. La revolución agraria más radical, el reparto de las tierras (es evidente que el partido comunista lo apoyará hasta el final), no permitirán por sí solos salir del callejón sin salida económico. China necesita igualmente su unidad nacional, su soberanía económica, es decir, la autonomía aduanera o, más exactamente, el monopolio del comercio exterior; pero eso exige que se libere del imperialismo mundial. Para este último, China no es solamente la fuente más abundante de enriquecimiento; garantiza también su existencia, al constituir una válvula de seguridad para las explosiones que se producen hoy en día en el interior del capitalismo europeo y que se producirán mañana en el interior del capitalismo norteamericano. Es esto lo que determina de antemano la excepcional amplitud y la monstruosa aspereza de la lucha que las masas populares chinas deberán sostener, sobre todo ahora que su profundidad ha podido ser medida por todos los participantes.

El papel enorme del capital extranjero en la industria china, y el hábito que ha adquirido, para la defensa de sus apetitos, de apoyarse directamente sobre las bayonetas "nacionales", convierten el programa del control obrero en todavía menos realizable de lo que lo fue entre nosotros. La expropiación directa de las empresas capitalistas, en primer lugar las extranjeras, después de las chinas, será, con gran verosimilitud impuesta por el curso de la lucha al día siguiente de la revolución victoriosa.

Las mismas causas objetivas, sociales e históricas, que determinaron la aparición de Octubre en la revolución rusa se presentan en China con un aspecto todavía más

agudo. Los polos burgués y proletario de la nación están opuestos en China con más intransigencia aún, si es posible, que en Rusia, porque, por una parte, la burguesía china ha nacido directamente ligada al imperialismo extranjero y a su aparato militar, y por otra parte, el proletariado chino ha tomado contacto, desde el principio, con la Internacional Comunista y la Unión Soviética. Numéricamente, el campesinado chino representa dentro del país una masa mucho más considerable todavía que el campesinado ruso; pero, atenazado por las contradicciones mundiales (de su solución, en un sentido o en otro, depende su destino), el campesinado chino es todavía más incapaz de jugar un papel dirigente que el campesinado ruso. En la actualidad esto no es ya simplemente una previsión teórica, es un hecho enteramente comprobado en todos sus aspectos.

Estas premisas sociales y políticas, cuya importancia no se puede discutir, muestran que, para la tercera revolución china, no solamente ha caducado definitivamente la fórmula de la dictadura democrática, sino también que, a pesar de su gran atraso, o más bien a causa de ese atraso, China no pasará, a diferencia de Rusia, por un período "democrático", ni siquiera de una duración de seis meses como fue el caso, de noviembre de 1917 a julio de 1918, de la Revolución de Octubre; desde el principio deberá llevar a cabo una gran transformación y suprimir la propiedad privada en las ciudades y en el campo.

Es cierto que esta perspectiva no concuerda con la concepción pedante y esquemática de las relaciones entre la economía y la política. Pero la responsabilidad de esta discordancia que hace conmoverse a los prejuicios enraizados de nuevo (aunque Octubre les haya asestado ya un serio golpe), no incumbe al "trotskysmo", sino a la ley del desarrollo desigual. En este caso es justamente aplicable.

Sería una muestra de pedantería afirmar que si se hubiese seguido una política bolchevique en la Revolución de 1925-1927, el Partido Comunista de China se habría adueñado del poder con seguridad. Pero afirmar que esta posibilidad estaba completamente excluida sería algo propio de un filisteísmo vergonzoso. El movimiento de masas de los obreros y los campesinos, lo mismo que la desagregación de las clases dominantes, podía permitir su realización. La burguesía indígena enviaba sus Chiang Kai-shek y sus Wan Tin-wie a Moscú; llamaba a las puertas de la Internacional Comunista por medio de sus Hou Han-Min precisamente porque frente a las masas revolucionarias se sentía débil en grado extremo: conocía esta debilidad y buscaba protegerse por adelantado. Los obreros y los campesinos no habrían seguido a la burguesía indígena si nosotros no los hubiéramos cogido a lazo y les hubiésemos hecho seguirla. Si la política de la Internacional Comunista hubiera sido un poco correcta, el resultado de la lucha del partido comunista por la conquista de las masas habría estado decidido por adelantado: el proletariado chino habría apoyado a los comunistas, y la guerra campesina habría apoyado al proletariado revolucionario.

Si desde el comienzo de la marcha hacia el Norte hubiéramos comenzado a establecer soviets en las regiones "liberadas" (y las masas aspiraban a ello con todas sus fuerzas), habríamos adquirido la base necesaria y reunido el impulso revolucionario; habríamos concentrado en torno nuestro las insurrecciones agrarias; habríamos creado nuestro ejército y descompuesto el del enemigo; a pesar de su juventud, el Partido Comunista de China habría podido madurar bajo la dirección juiciosa de la Internacional Comunista en el curso de esos años excepcionales; habría podido llegar al poder, si no en toda China de una sola vez, al menos en una parte considerable de su territorio. Y, lo más

importante de todo, habríamos tenido un partido.

Pero precisamente en el dominio de la dirección se ha producido una cosa absolutamente monstruosa, una verdadera catástrofe histórica: la autoridad de la Unión Soviética, del Partido Bolchevique, de la Internacional Comunista, ha servido enteramente para apoyar a Chiang Kai-shek contra la política propia del partido comunista, y posteriormente para apoyar a Wan Tin-wie como dirigente de la revolución agraria. Después de haber pisoteado la base misma de la política leninista y haber roto la columna vertebral del joven Partido Comunista de China, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista determinó de antemano la victoria del kerenskysmo chino sobre el bolchevismo, de los Miliukov chinos sobre los Kerensky, del imperialismo anglo-japones sobre los Miliukov chinos. Esta es la significación (la única significación) de lo que ha sucedido en China en 1925-1927.

3- ¿Dictadura democrática o dictadura del proletariado?

¿Cómo ha juzgado, pues, el último plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista la experiencia adquirida en la revolución china, comprendida la que ha aportado el golpe de estado de Cantón? ¿Cuáles son las perspectivas que ha esbozado para el porvenir? A propósito de la revolución china, la resolución del plenario de febrero de 1928 permite abordar las partes del proyecto de programa consagradas a este respecto; dice así:

"No es exacto caracterizar (esta revolución) como una revolución "permanente" (posición del representante del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista). La tendencia a saltar (¿?) por encima de la etapa burguesa y democrática de la revolución estimando al mismo tiempo [¿?] que esta revolución es "permanente" es un error análogo al de Trotsky en 1905 (¿?)."

Desde que Lenin dejó su dirección, es decir, desde 1923, la actividad ideológica de la Internacional Comunista consiste sobre todo en luchar contra el pretendido "trotskysmo", y en particular contra la "revolución permanente". ¿Cómo ha sido posible entonces que, sobre el problema fundamental de la revolución china, no solamente el Comité Central del Partido Comunista de China, sino también el delegado oficial de la Internacional Comunista (es decir, un delegado que había recibido instrucciones especiales), cometan precisamente el "error" por el que cientos de hombres se encuentran en Siberia o en prisión? La lucha respecto a la cuestión china dura ya dos años y medio. Cuando la Oposición declaró que el antiguo comité central (Chen Tu-siu), sufriendo la influencia de las falsas directrices de la Internacional Comunista, practicaba una política oportunista, esta valoración fue tratada de "calumnia". La dirección del Partido Comunista de China fue considerada como irreprochable. El célebre Tan PinSian, aprobado por todo el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, juraba:

"Desde que surgió el trotskysmo, el partido y las Juventudes Comunistas adoptaron por unanimidad una resolución contra él."

Cuando, a pesar de todas estas conquistas, los acontecimientos desarrollaron trágicamente su lógica, que condujo al primer desastre de la revolución y posteriormente al segundo, aún más espantoso, la dirección del Partido Comunista de China, antes ejemplar, fue bautizada de menchevique y destituida en veinticuatro horas. Al mismo tiempo se anunció que la nueva dirección representaba enteramente la línea de la Internacional Comunista. Pero cuando comenzó una nueva etapa seria, se acusó al nuevo

Comité Central del Partido Comunista de China de haber pasado (como hemos visto, no de palabra, sino con actos) a una actitud de pretendida "revolución permanente". El delegado de la Internacional Comunista tomó la misma vía. Este hecho sorprendente, realmente inconcebible, no puede explicarse más que por la separación "sorprendente" que se abre entre las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista y la verdadera dinámica de la revolución.

No insistiremos aquí sobre el mito de la "revolución permanente" de 1905, que fue puesto en circulación en 1924 para crear problemas y despistar. Nos contentaremos con examinar cómo se ha reflejado este mito en el problema de la revolución china.

El primer párrafo de la resolución de febrero, del que ha sido tomada la cita reproducida más arriba de las motivaciones suficientes de su actitud negativa hacia la pretendida "revolución permanente":

"El período actual de la revolución china es el de la revolución burguesa y democrática, que no está acabada ni desde el punto de vista económico (transformación agraria y abolición de las relaciones feudales), ni desde el punto de vista de la lucha contra el imperialismo (unidad de China e independencia nacional), ni desde el punto de vista del carácter de clase del poder (dictadura del proletariado y del campesinado)."

Esta exposición de motivos es un encadenamiento ininterrumpido de errores y contradicciones.

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha enseñado que la revolución china debe asegurar a China la posibilidad de desarrollarse en la vía del socialismo. Sólo se puede alcanzar este objetivo si la revolución no se detiene en las tareas democráticas burguesas, sólo si en su crecimiento, al pasar de una fase a otra, es decir, al desarrollarse sin interrupción (o de una forma permanente), conduce a China a un desarrollo socialista. Esto es precisamente lo que Marx entendía por revolución permanente. ¿Cómo se puede, entonces, hablar por una parte de la vía no capitalista seguida por el desarrollo de China y negar, por otra, el carácter permanente de la revolución en general?

Pero, según replica la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, la revolución no está acabada ni desde el punto de vista de la transformación agraria, ni desde el punto de vista de la lucha nacional contra el imperialismo. De ahí se deduce el carácter democrático burgués de la revolución china en el período actual. En realidad, el período actual es el de la contrarrevolución. Sin duda, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista quiere decir que la próxima oleada de la revolución china, o, más exactamente, la tercera revolución china, tendrá un carácter burgués democrático, puesto que la segunda revolución china de 1925-1927 no ha resuelto ni la cuestión agraria ni el problema nacional. De todos modos, incluso bajo esta forma enmendada, un razonamiento semejante descansa sobre una total incomprensión de la experiencia y las enseñanzas tanto de la revolución china como de la revolución rusa.

La revolución de febrero de 1917 había dejado sin solucionar en Rusia todos los problemas internos e internacionales: el feudalismo en el campo, la vieja burocracia, la guerra y el desastre económico. Era partiendo de esta situación como no solamente los socialistas revolucionarios y los mencheviques, sino también numerosos responsables de nuestro partido, demostraban a Lenin que "el período actual de la revolución era el de una revolución democrático-burguesa". Sobre este punto esencial la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no hace más que volver a copiar las objeciones que hicieron los oportunistas a Lenin en 1917 a fin de oponerse a la lucha

por la dictadura del proletariado.

En el texto, más adelante, se dice que la revolución democrático-burguesa no está terminada no solamente desde el punto de vista económico y nacional, sino tampoco "desde el punto de vista de la naturaleza de clase del poder (dictadura del proletariado y los campesinos)". Esto no puede significar más que una cosa: la prohibición al proletariado chino de luchar por el poder en tanto que no haya a la cabeza de China un "verdadero" gobierno democrático. Desgraciadamente, no se indica dónde encontrarlo.

La confusión aumentó todavía más desde el momento en que la consigna de los soviets fue rechazada para China en el curso de estos dos últimos años, ya que, según se decía, la creación de los soviets sólo es admisible cuando se pasa a la revolución proletaria ("teoría" de Stalin). No obstante, cuando fue realizada la transformación revolucionaria, cuando los que participaban en ella llegaron a la conclusión de que se trataba precisamente del paso a la revolución proletaria, se les acusó de "trotskysmo". ¿Con semejantes métodos se puede educar al partido y ayudarle a cumplir sus grandes tareas?

A fin de salvar una posición desesperada, la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (en ruptura con el curso de otras ideas), saca prematuramente su último argumento: invoca al imperialismo. Se encuentra con que la tendencia a saltar por encima de la etapa democrático-burguesa:

"...es tanto (¡!) más nociva cuanto que al plantear así la cuestión se elimina (¿?) la particularidad nacional más importante de la revolución china, que es una revolución semicolonial".

La única significación que pueden tener estas palabras absurdas es la idea de que el yugo del imperialismo será derribado por una especie de dictadura no proletaria. Es lo mismo que decir que se invoca la "particularidad nacional más importante" en el último momento para embellecer la imagen bien de la burguesía china indígena, bien de la "democracia" pequeño burguesa de China. Este argumento no puede tener otro sentido. Pero ya hemos examinado de una forma bastante detallada esta concepción en el capítulo que trata "sobre la naturaleza de la burguesía colonial". Es inútil volver sobre ello.

Es preciso que China conozca todavía una lucha gigantesca, encarnizada, sangrienta, prolongada, por conquistas tan elementales como la liquidación de las formas más "asiáticas" de servidumbre, la emancipación y la unidad del país. Pero como lo ha mostrado el curso de los acontecimientos, es precisamente este hecho el que hace imposible en el porvenir la existencia de una dirección, o incluso de una semidirección burguesa de la revolución. La unidad y la emancipación de China constituyen hoy un problema internacional, lo mismo que la existencia de la URSS. Sólo se puede resolver este problema por medio de la lucha encarnizada de las masas populares, masas aplastadas, hambrientas, perseguidas, bajo la dirección directa de la vanguardia proletaria. Lucha no solamente contra el imperialismo mundial sino, también, contra sus agentes económicos y políticos en China, contra la burguesía, incluida la burguesía indígena. Esta es la vía de la dictadura del proletariado.

A partir de abril de 1917, Lenin explicaba a sus adversarios, que le acusaban de haberse pasado a la "revolución permanente", que la dictadura del proletariado y del campesinado ya se había realizado en parte, en la época de la dualidad de poder. Más tarde precisó que esta dictadura había encontrado su prolongación en el primer período del poder de los soviets cuando el campesinado entero realizaba con los

obreros la transformación agraria, mientras que la clase obrera no procedía todavía a la confiscación de las fábricas y hacía la experiencia del control obrero. En lo que se refiere a "la naturaleza de clase del poder", la "dictadura" socialista revolucionaria y menchevique dio lo que podía dar: un aborto de dualidad de poder. En lo que se refiere a la transformación agraria, la revolución arrojó al mundo un bebé sano y fuerte, pero fue ya la dictadura del proletariado quien ejerció de comadrona. En otras palabras, todo lo que la fórmula teórica de la dictadura del proletariado y el campesinado trataba de unir se vio descompuesto en el curso de la lucha de clases. La cáscara vacía del medio poder fue entregada provisionalmente a Kerensky y Tseretelli, mientras que el verdadero núcleo de la revolución agraria y democrática pertenecía a la clase obrera triunfante. Esta es la disociación dialéctica de la dictadura democrática que no han comprendido los dirigentes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Se han hundido en un callejón sin salida político, al condenar mecánicamente el procedimiento que consiste en "saltar por encima de la etapa burguesa y democrática", y al intentar dirigir un proceso histórico por medio de circulares. Si se entiende por etapa burguesa y democrática la realización de la revolución agraria por la vía de la dictadura "democrática", entonces es la Revolución de Octubre la que saltó audazmente "por encima" de la etapa burguesa y democrática. ¿Hay que condenarla?

¿Por qué, entonces, lo que fue inevitable históricamente en Rusia, lo que expresó el bolchevismo en su más alto grado, resulta ser ahora "trotskysmo" en China? Es, evidentemente, en virtud de la misma lógica que proclama que para China es conveniente la teoría de Martynov, que durante veinte años fue desacreditada por el bolchevismo en Rusia.

¿Pero se puede a este respecto, en general, admitir una analogía con la situación en Rusia? Nosotros respondemos que la consigna de la dictadura del proletariado y el campesinado es lanzada por los dirigentes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista basándose solamente en el método de las analogías, pero de las analogías literarias, formales, y no a partir del materialismo histórico. Se puede admitir una analogía entre China y Rusia si se aborda la comparación de una forma correcta. Lenin lo hizo excelentemente no después de los hechos, sino adelantándose a ellos, previendo los errores futuros de los epígonos. Lenin tuvo que defender cientos de veces a la revolución proletaria de Octubre, que se atrevió a conquistar el poder aunque los problemas burgueses y democráticos no hubieran recibido todavía solución; Lenin respondía: es precisamente por esta razón y justamente para darles una.

El 16 de enero de 1923 Lenin escribía a propósito de los pedantes que se pronunciaban contra la conquista del poder refiriéndose a un argumento "indiscutible", el hecho de que Rusia no estaba madura:

"Ni siquiera se les ocurre, por ejemplo, que Rusia, situada en la divisoria entre los países civilizados y los que han emprendido definitivamente por primera vez, a causa de esta guerra, el camino de la civilización (los países de todo el Oriente, los países no europeos), que Rusia, digo, podía y debía mostrar, por eso, ciertas peculiaridades que, claro está, no se salen de la pauta general del desarrollo mundial, pero que distinguen su revolución de todas las revoluciones anteriores habidas en los países de Europa Occidental, introducen algunas innovaciones parciales al desplazarse a los países orientales"

Para Lenin, la "particularidad" que precisamente aproximaba a Rusia a los países de oriente era que, desde los albores del movimiento, el joven proletariado debía barrer la

barbarie feudal y todas las demás antiguallas para abrir la vía hacia el socialismo.

Si se toma como punto de partida la analogía leninista entre China y Rusia, podemos decir: desde el punto de vista de la naturaleza política del poder, todo lo que podía realizar la dictadura democrática ha sido intentado en China, primero en el Cantón de Sun Tat-sen, después en la marcha de Cantón a Shanghái con el golpe de estado de Shanghái como acto final; después en donde el Kuomintang de izquierda apareció en su forma pura, es decir, según las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, como organizador de la revolución agraria y, en realidad, como su verdugo. En cuanto a las tareas de la revolución burguesa y democrática, deberán llenar el primer periodo de la futura dictadura del proletariado y de los campesinos pobres chinos. Cuando no solamente el papel de la burguesía china sino, también, el de la "democracia" ha podido desvelarse enteramente, cuando se ha convertido en algo absolutamente incontestable que, en las batallas futuras, la "democracia" ejercerá sus funciones de verdugo más vigorosamente aún que en el pasado, avanzar en la actualidad la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado es, simplemente, permitir disimular nuevas variedades del Kuomintang, es tender una trampa al proletariado.

Recordemos, para completar, lo que Lenin dijo brevemente respecto a los bolcheviques que continuaban oponiendo la experiencia socialista revolucionaria y menchevique a la consigna de la "verdadera" dictadura democrática:

"El que no habla más que de "dictadura revolucionaria democrática del proletariado y el campesinado", marcha con retraso, se pasa de hecho del lado de la pequeña burguesía contra la lucha de la clase proletaria; debe ser relegado a los archivos de las "rarezas" bolcheviques de antes de la revolución (podríamos llamarlos los archivos de los "viejos bolcheviques")"

Estas palabras suenan todavía hoy como si fueran actuales.

No hay que decir que en la actualidad no se trata en absoluto de llamar al Partido Comunista de China a levantarse inmediatamente por la conquista del poder. No se puede suprimir las consecuencias de una derrota revisando simplemente la táctica. Actualmente, la revolución está en un reflujo. La verborrea apenas disimulada que contiene la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista cuando asegura que la revolución sigue de nuevo su curso ascendente, porque hay en China ejecuciones sin número y una dura crisis comercial e industrial, revela una ligereza de espíritu criminal, pero nada más. Después de tres derrotas considerables, una crisis económica no excita al proletariado, sino que le deprime. Se encuentra ya agotado sin ella, y las ejecuciones están destruyendo al partido, políticamente debilitado. En China, hemos entrado en un período de reflujo; por tanto, hay que profundizar en los problemas teóricos, favorecer la autoeducación crítica del partido, establecer y consolidar firmes puntos de apoyo en todos los dominios del movimiento obrero, constituir células en los pueblos, dirigir y unificar los combates parciales, primero defensivos y después ofensivos, de los obreros y los campesinos pobres.

¿Por dónde comenzará el nuevo flujo de las masas? ¿Cuáles son las circunstancias que darán a la vanguardia proletaria, situada a la cabeza de masas formadas por varios millones, el impulso revolucionario necesario? No se puede predecir. Será el porvenir el que mostrará si bastarán los procesos internos por sí solos, o si será un choque venido desde fuera el que ayude.

Existen razones suficientes para pensar que el desastre de la revolución china, estrechamente condicionado por una dirección errónea, le permitirá a la burguesía china

y extranjera salir triunfante, en cierta medida, de la espantosa crisis económica que asola actualmente al país; no es necesario decir que este resultado será conseguido a expensas de los obreros y los campesinos. Esta fase de "estabilización" agrupará de nuevo a los obreros, les dará cohesión, les devolverá la confianza de clase en sí mismos y los opondrá de nuevo, más brutalmente, al enemigo; pero este movimiento se situará en una etapa histórica más elevada. Sólo cuando se levante una nueva ola ofensiva del movimiento proletario se podrá evocar seriamente la perspectiva de una revolución agraria.

No está excluido que, en el primer período, esta tercera revolución reproduzca, de forma muy abreviada y modificada, las etapas ya atravesadas, presentando, por ejemplo, algunas nuevas parodias de "frente nacional unificado". Pero este primer período difícilmente le concederá tiempo al partido para proclamar ante las masas populares sus "tesis de abril", es decir, su programa y su táctica para tomar el poder. Ahora bien, ¿qué dice el proyecto de programa al respecto?

"La transición que lleva aquí [en China] a la dictadura del proletariado no es posible más que a través de toda una serie de grados preparatorios [¿?], después de todo un período de transformación durante el crecimiento [¿?] de la revolución democrática en revolución socialista."

Con otras palabras, todos los "grados" pasados no cuentan, el proyecto de programa ve delante lo que ya ha quedado atrás. Esta es una manera conformista de abordar la cuestión. Es abrir en toda su amplitud la puerta a nuevas experiencias del tipo de la del Kuomintang. De esta forma, escondiendo los viejos errores, se prepara inevitablemente el camino a nuevos errores.

Si abordamos el nuevo impulso revolucionario cuyo ritmo, con seguridad, será incomparablemente más rápido que el de los precedentes, conservando el esquema caduco de la "dictadura democrática", podemos estar seguros de que la tercera revolución irá a la ruina igual que la segunda.

4- El aventurerismo como consecuencia del oportunismo

El segundo párrafo de la misma resolución del Plenario de Febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista dice así:

"La primera oleada del amplio movimiento revolucionario de los obreros y los campesinos, cuyo curso, en lo esencial, seguía las consignas y en gran parte la dirección del partido comunista, ya se ha retirado. Ha terminado, en toda una serie de centros del movimiento revolucionario, con las derrotas más crueles de los obreros y los campesinos, con la destrucción material de los comunistas y, en general, de los cuadros revolucionarios del movimiento obrero y campesino."

Cuando subía la marea, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista decía que todo el movimiento marchaba bajo la bandera azul y bajo la dirección del Kuomintang, que sustituía incluso a los soviets. Por esto precisamente el partido comunista se subordinó al Kuomintang. Pero también es precisamente por esta razón por la que el movimiento revolucionario ha terminado en "las derrotas más crueles". Ahora, estando reconocidas las derrotas, se intenta borrar completamente al Kuomintang, hacer como si no hubiera existido, como si el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no hubiera proclamado que la bandera azul era también su bandera.

Antes se nos decía que no había habido una sola derrota, ni en Shanghái ni en

U-Tchang; que se trataba de etapas de la revolución, que pasaba a "un estadio más elevado". Esto es lo que nos enseñaban. Ahora se proclama brutalmente que la suma de todas esas etapas constituye "las derrotas más crueles". De todos modos, para camuflar en cierta medida este error inaudito de previsión y de valoración, el párrafo con el que concluye la resolución declara:

"El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista prescribe como un deber para todas las secciones de la Internacional Comunista luchar contra la calumnia de la socialdemocracia y los trotskystas, que afirman que la revolución china está liquidada (¿?) ..."

En el primer párrafo de la resolución se nos decía que el "trotskysmo" consistía en creer que la revolución china es permanente, es decir, que se transforma en el curso de su crecimiento, pasando precisamente ahora de la fase burguesa a la fase socialista. Leyendo el último párrafo, nos enteramos que, según la concepción de los "trotskystas", "la revolución china está liquidada". ¿Cómo puede una revolución liquidada ser permanente? Esto es puro Bujarin. Hay que ser totalmente irresponsable e irreflexivo para permitirse presentar contradicciones semejantes, que minan en su raíz todo pensamiento revolucionario.

Si por "liquidación" de la revolución se entiende el hecho que la ofensiva de los obreros y los campesinos ha sido rechazada y ahogada en sangre, que las masas están en un retroceso y un reflujo, que antes de que haya un nuevo ascenso de la ola, a no ser que concurran otras circunstancias, deben todavía producirse dentro de las mismas masas procesos moleculares que necesitan una cierta duración imposible de determinar por adelantado, si es esto lo que entiende por liquidación, entonces no se distingue en nada de las "derrotas más crueles" que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista ha debido reconocer finalmente.

¿O quizá debemos entender la palabra "liquidación" literalmente, como el aplastamiento definitivo de la revolución china, la imposibilidad de su renacimiento en una nueva etapa? Se podría hablar de una perspectiva parecida con seriedad (es decir, no para crear confusión) solamente en dos casos: si China estuviese abocada al desmembramiento y la desaparición completa (pero nada permite semejante hipótesis), o bien si la burguesía china se mostrase capaz de resolver los problemas fundamentales de su nación por sus propios medios no revolucionarios. ¿No es esta última variante la que intentan atribuirnos, ahora, los teóricos del "bloque de las cuatro clases", que han hecho doblegarse al partido comunista bajo el yugo de la burguesía?

La historia se repite. Los ciegos que, durante un año y medio, no comprendieron las proporciones de la derrota de 1923, nos acusaron, a propósito de la revolución alemana, de ser unos "liquidadores". Pero esta lección que le costó tan cara a la Internacional Comunista no les ha aprovechado. En la actualidad retoman sus viejas fórmulas, aplicándolas no a Alemania, sino a China. Es cierto que experimentan con más urgencia que hace cuatro años la necesidad de encontrar "liquidadores". En efecto, ahora es algo patente que si ha habido alguien que haya "liquidado" la segunda revolución china, han sido precisamente los autores de la alianza con el Kuomintang.

La fuerza del marxismo reside en su capacidad de previsión. En este punto, la Oposición puede subrayar la completa confirmación de sus previsiones por la experiencia: primero con respecto al Kuomintang en su conjunto, después con respecto al Kuomintang "de izquierda" y el gobierno de U-Tchang, y, en fin, el "anticipo" de la tercera revolución, el golpe de estado de Cantón. ¿Puede haber una confirmación mejor de la justeza de

nuestras opiniones en el plano teórico?

La misma línea oportunista que, a través de una política de capitulación ante la burguesía ya provocó, en las dos primeras etapas, las derrotas más crueles para la revolución, "se transformó, pero para agravarse" durante la tercera etapa, hasta convertirse en una política de incursiones aventuristas contra la burguesía, desembocando así en la derrota.

Si la dirección no se hubiese apresurado tanto ayer en olvidar las derrotas que ella misma había provocado, habría comenzado por explicarle al partido comunista que no se consigue la victoria en un abrir y cerrar de ojos, que en la vía que conduce hacia la insurrección hay todavía un período de luchas intensas, incansables, furiosas por la conquista política de los obreros y los campesinos.

El 27 de septiembre de 1927, en el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista decíamos:

"Los diarios de hoy anuncia que el ejército revolucionario ha tomado Swatow. Hace ya varias semanas que avanzan los ejércitos de Ho-Lun y Ye- Tin. Pravda los califica de revolucionarios... Pero yo os pregunto: ¿cuáles son las perspectivas que se abren para la revolución china como consecuencia del avance del ejército revolucionario y de la toma de Swatow? ¿Cuáles son las consignas del movimiento? ¿Cuál es el programa? ¿Cuáles deben ser las formas de organización? ¿Dónde ha ido a esconderse la consigna de los soviets chinos lanzada repentinamente (por un día) por Pravda en julio?"

Sin la oposición previa del partido comunista al Kuomintang en su conjunto, sin una agitación llevada a cabo por el partido entre las masas a favor de los soviets y el poder de los soviets, sin una movilización de las masas tras las consignas de la revolución agraria y la liberación nacional, sin la creación, la extensión y el reforzamiento sobre el terreno de los soviets de diputados de obreros, soldados y campesinos, la insurrección de Ho-Lun y de Ye-Tin (incluso dejando de lado su política oportunista) sólo podía ser una aventura revolucionaria, majnovismo seudocomunista; no podía más que estrellarse contra su propio aislamiento. Y se estrelló.

El golpe de Cantón fue una réplica más grave, a mayor escala, de la aventura de Ho-Lun y de Ye-Tin, y sus consecuencias fueron infinitamente más trágicas

La resolución de febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista combate el espíritu putschista del Partido Comunista de China, es decir, la tendencia a organizar enfrentamientos armados. De todos modos, no dice que estas tendencias sean una reacción a toda la política oportunista de 1925-1927, y la consecuencia inevitable de la orden estrictamente militar, dada desde arriba, de "cambiar de ritmo", sin que haya habido una valoración de todo lo que se ha hecho, sin que hayan sido revisadas abiertamente las bases de la táctica y se haya propuesto una visión clara del porvenir. La campaña de Ho-Lun y el golpe de estado de Cantón fueron explosiones de putschismo (y en esas condiciones no podía ser de otro modo).

Sólo se puede elaborar un verdadero antídoto para el putschismo y para el oportunismo, comprendiendo bien la siguiente verdad: la dirección de la insurrección de los obreros y campesinos pobres, la conquista del poder y la instauración de la dictadura del proletariado recaen, de ahora en adelante, con todo su peso, sobre el Partido Comunista de China. Si esta verdad penetra enteramente en él, estará tan poco inclinado a improvisar incursiones militares contra las ciudades, o insurrecciones que en realidad son trampas, como a correr servilmente tras la bandera del enemigo.

La resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista se condena a sí misma a

la esterilidad, aunque no sea más que porque diserta de una forma totalmente arbitraria sobre el carácter inaceptable del salto por encima de las etapas, sobre la nocividad del putschismo, y porque guarda totalmente silencio sobre las causas sociales del golde estado en Cantón y del efímero régimen soviético al que dio nacimiento. Nosotros, opositores, estimamos que el golpe de estado fue una aventura intentada por la dirección a fin de salvar su "prestigio". Pero para nosotros está claro que incluso una aventura se desarrolla según las leyes que determina la estructura del medio social. Esta es la razón por la que buscamos descubrir, en la insurrección de Cantón, los rasgos de la futura etapa de la revolución china. Estos rasgos coinciden plenamente con el análisis teórico que habíamos establecido antes de esta insurrección. Pero el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que considera que la sublevación de Cantón fue un episodio correcto y normal del desarrollo de la lucha, tiene también el deber de caracterizar su naturaleza de clase. Sin embargo, la resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista no dice una sola palabra sobre ello, aunque el plenario se haya celebrado inmediatamente después de los acontecimientos de Cantón. ¿No es ésta la prueba más convincente de que la dirección actual de la Internacional Comunista, empeñándose en seguir una línea de conducta errónea, deba limitarse a hablar de los pretendidos errores cometidos en 1925 o a lo largo de otros años, pero no se atreva a abordar la insurrección de Cantón de 1927, cuya significación anula totalmente el esquema de la revolución en Oriente tal como lo había establecido el proyecto de programa?

5- Los soviets y la revolución

La resolución de febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista hace responsables al camarada N... ya otros del hecho de "que no haya habido en absoluto un soviet elegido en Cantón" como el órgano de la insurrección (subrayado en el texto de la resolución). Esta acusación encubre en realidad una confesión asombrosa.

El informe de Pravda (n° 31), establecido sobre la base de una documentación directa, anunciaba que el poder de los soviets ha sido instaurado en Cantón. Pero no contenía ni una sola palabra que indicase que el soviet de Cantón no había sido elegido, es decir, que no era un soviet (porque ¿cómo podría no ser elegido un soviet?). Nos hemos enterado de esto gracias a una resolución. Meditemos un poco sobre su significación. El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista enseña en la actualidad que es necesario un soviet para hacer la insurrección y que no hay ninguna necesidad de él antes de eso. ¡Pero he aquí que la insurrección es decidida por un soviet que no existe! No es en absoluto una cosa sencilla conseguir la elección de un soviet: hace falta que las masas sepan por experiencia lo que es un soviet, que comprendan esta institución, que su pasado las haya acostumbrado a una organización soviética elegida. Esto ni siquiera se planteó en China, porque la consigna de los soviets fue calificada de trotskysta precisamente en el curso del período en el que hubiera debido convertirse en el eje de todo el movimiento. Pero cuando, con toda precipitación, se decidió la insurrección para trascender las derrotas, fue necesario también designar por orden un soviet. Si no se ponen totalmente al desnudo las raíces de este error, la consigna de los soviets se puede transformar incluso en un nudo corredizo para estrangular la revolución.

Lenin ya había explicado a los mencheviques que la tarea histórica fundamental de los soviets es la de organizar o ayudar a organizar la conquista del poder; y después, que al

día siguiente de la victoria se convierten en el aparato de este poder. Los epígonos (y no los discípulos) han sacado la conclusión que no se pueden organizar los soviets hasta que suena la campanilla de la insurrección. Transforman con posterioridad la generalización leninista en una breve y pequeña receta que, lejos de servir a la revolución, la pone en peligro.

Antes de la toma del poder en octubre de 1917 por los soviets bolcheviques habían existido durante nueve meses unos soviets socialistas- revolucionarios y mencheviques. Los primeros soviets revolucionarios habían existido doce años antes en San Petersburgo, Moscú y docenas de otras ciudades. Antes de que el soviet de 1905 se extendiese a las fábricas y talleres de la capital se había creado en Moscú, durante la huelga, un soviet de diputados de los impresores. Varios meses antes, en mayo de 1905, la huelga de Ivanovo-Vozniesensk había hecho surgir un órgano dirigente, que ya presentaba los rasgos esenciales de un soviet de diputados obreros. Han transcurrido más de doce años entre el primer ensayo de creación de un soviet de diputados obreros y la gigantesca experiencia que fue el establecimiento del poder de los soviets. Evidentemente, este retraso no se aplica obligatoriamente en absoluto a los demás países, entre ellos China. Pero imaginar que los obreros chinos serán capaces de levantar soviets con la ayuda de una pequeña y breve receta con la que se sustituye la generalización leninista, es reemplazar la dialéctica de la acción revolucionaria por una ordenanza impotente y fastidiosa propia de un pedante. Los soviets no hay que establecerlos en la víspera de la insurrección, cuando se lanza la consigna de la conquista inmediata del poder; en efecto, si se llega al estadio de la conquista del poder, si las masas están preparadas para la insurrección, sin que existan soviets, esto significa que otras formas y otros métodos de organización han permitido efectuar la tarea de preparación que asegurará el éxito de la insurrección; la cuestión de los soviets no tiene entonces más que una importancia secundaria ya, se reduce a un problema de técnica organizativa, o incluso a una cuestión de vocabulario. La tarea de los soviets no consiste simplemente en exhortar a las masas a la insurrección o en desatarla, sino fundamentalmente en conducir a las masas a la sublevación pasando por las etapas necesarias. Al principio, el soviet no gana en absoluto a las masas gracias a la consigna de la insurrección, sino gracias a otras consignas parciales; sólo a continuación, paso a paso, va llevando a las masas hacia esta consigna, sin dispersarlas por el camino e impidiendo que la vanguardia se separe del conjunto de la clase. Lo más frecuente es que el soviet se constituya principalmente sobre la base de una lucha huelguística, que tiene ante sí una perspectiva de desarrollo revolucionario, pero que se limita en el momento considerado a las reivindicaciones económicas. En la acción, las masas deben sentir y comprender que el soviet es su organización, que es de ellas, que reagrupa sus fuerzas para la lucha, para la resistencia, para la autodefensa y para la ofensiva. Las masas pueden sentir y comprender esto a través de experiencias que adquieren durante semanas, meses, incluso años, con o sin discontinuidad, pero no en la acción de un día ni, tampoco en general, en una acción llevada a cabo en una sola vez. Esta es la razón por la que sólo una dirección de epígonos y burócratas puede retener a una masa que se despierta y se dispone a crear soviets, cuando el país atraviesa una época de sacudidas revolucionarias, cuando la clase obrera y los campesinos pobres del campo ven abrirse ante ellos la perspectiva de la conquista del poder, aunque no sea sino en una de las etapas ulteriores, e incluso si en la etapa considerada esta perspectiva no aparece más que ante una minoría restringida. Esa es la concepción que siempre hemos tenido de los soviets. Hemos visto

en ellos una forma de organización vasta y flexible, accesible desde los primeros pasos de su ascenso revolucionario a las masas que no hacen más que despertarse, y capaz de unir a la clase obrera en su conjunto, cualquiera que sea el número de los que entre ella hayan alcanzado un nivel de desarrollo suficiente para comprender los problemas de la conquista del poder.

¿Es necesario todavía citar a este respecto los testimonios escritos? He aquí, por ejemplo, lo que escribía Lenin respecto a los soviets en la época de la primera revolución:

"El Partido Obrero Socialdemócrata ruso [denominación del partido en aquella época] no ha renunciado jamás a utilizar en un ascenso revolucionario más o menos fuerte ciertas organizaciones de obreros sin partido, del tipo de los soviets de diputados obreros, a fin de aumentar la influencia de los socialdemócratas sobre la clase obrera y de consolidar el movimiento obrero socialdemócrata."

Los testimonios literarios e históricos de este tipo que podríamos citar son innumerables. Pero la cuestión parece que está suficientemente clara sin ellos.

Tomando a contrapié esta opinión, los epígonos han transformado los soviets en una especie de uniforme de gala con el que el partido viste simplemente al proletariado en la víspera de la conquista del poder. Pero entonces es cuando no se puede improvisar unos soviets en veinticuatro horas, por encargo, directamente con el objetivo de preparar la insurrección. Las experiencias de este tipo revisten inevitablemente el carácter de una ficción destinada a ocultar, mediante una apariencia ritual del sistema soviético, la ausencia de las condiciones necesarias para la toma del poder. Esto es lo que se produjo en Cantón, donde el soviet fue simplemente designado por orden para respetar el ritual. Es aquí donde lleva la manera de los epígonos de plantear la cuestión.

***

En la polémica que se ha levantado a propósito de los acontecimientos chinos se ha acusado a la Oposición de una contradicción, según parece, flagrante: mientras que a partir de 1926 la Oposición ha propuesto en sus intervenciones la consigna de los soviets en China, sus representantes se pronunciaron contra ella en Alemania, en el otoño de 1923. Quizá no se haya manifestado nunca la escolástica dentro del pensamiento político de una forma tan ruidosa como por medio de esta acusación. Efectivamente, exigimos que se abordase en China la creación de los soviets, considerados como la organización de los obreros y los campesinos que tenía un valor propio, en el momento en que ascendía la marea. La institución de los soviets debería haber tenido como función principal la de oponer a los obreros y los campesinos a la burguesía del Kuomintang y a su agencia, que constituía su izquierda. La consigna de los soviets en China significaba, en primer lugar, la necesidad de romper el vergonzoso "bloque de las cuatro clases" que llevaba al suicidio, y de hacer salir al partido comunista del Kuomintang. El centro de gravedad del problema no se encontraba, por tanto, en una forma abstracta de organización, sino en una línea de conducta de clase.

En Alemania, en cambio, no se trataba en el otoño de 1923 más que de una forma de organización. Como consecuencia de la pasividad extrema, del retraso y lentitud manifestadas por la dirección de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Alemania, se había dejado pasar el momento favorable para llamar a los obreros a la creación de soviets; gracias a la presión de la base, los comités de fábrica ocuparon por sí mismos dentro del movimiento obrero alemán, en el otoño de 1923, el lugar que habrían tenido los soviets, con un éxito seguramente mayor, si el partido comunista

hubiera llevado a la práctica una política correcta y audaz. En aquel momento, la situación era muy grave. Perder todavía más tiempo era dejar escapar definitivamente una situación revolucionaria. La insurrección estaba por fin a la vista, y su lanzamiento previsto en el plazo mínimo. Proclamar en tales circunstancias la consigna de los soviets habría sido cometer la mayor necedad teórica que se puede concebir. El soviet no es por sí mismo un talismán dotado de poderes milagrosos. En la situación de entonces, unos soviets creados apresuradamente no habrían sido más que un duplicado de los comités de fábrica; habría sido necesario privar a éstos de sus funciones revolucionarias para transmitirlas a unos soviets recién creados y que no gozaban todavía de ninguna autoridad; y eso ¿en qué momento? Cuando cada día contaba. Se habría sustituido la acción revolucionaria por el juego más nefasto, que consiste en distraerse, en el terreno organizativo, con puerilidades.

Es indiscutible que la forma de organización soviética puede tener una importancia enorme, pero solamente cuando traduce en el momento adecuado una línea de conducta política correcta. Sin embargo, puede adquirir una significación negativa de amplitud igualmente considerable cuando se transforma en una ficción, en un fetiche, en una cáscara vacía. Unos soviets alemanes creados en el último minuto, en el otoño de 1923, no habrían aportado ninguna novedad política; habrían introducido la confusión en el terreno organizativo. En Cantón fue todavía peor. El soviet creado apresuradamente, para ofrecer un sacrificio a los ritos, no servía más que para camuflar un putsch aventurero. Gracias a eso nos hemos enterado, después de los hechos consumados, que el soviet de Cantón se parecía a un antiguo dragón chino: estaba dibujado simplemente sobre el papel. La política de las marionetas y los dragones de papel no es la nuestra. Nosotros nos opusimos a que se improvisasen en Alemania, en 1923, unos soviets por telégrafo. Nosotros queríamos la creación de soviets en China en 1926. Nosotros nos habríamos opuesto a la creación de un soviet de carnaval en Cantón en diciembre de 1927. No existe ahí contradicción, sino, por el contrario, una profunda unidad en la concepción de la dinámica del movimiento revolucionario y de sus formas de organización.

La cuestión del papel y de la significación de los soviets, que ha sido desfigurada, embarullada y oscurecida por la teoría y la práctica aplicadas en el curso de los últimos años, no ha sido clarificada en absoluto en el proyecto de programa.

6- El problema del carácter de la futura revolución china

La consigna de la dictadura del proletariado, destinada a arrastrar tras él a los campesinos pobres, está indisolublemente ligada al problema del carácter socialista de la futura revolución, de la tercera revolución china. Sin embargo, como no es solamente la historia la que se repite, como los errores que los hombres oponen a sus exigencias se renuevan igualmente, oímos formular ya la objeción siguiente: China no está madura para la revolución socialista. ¿Es que Rusia, considerada aisladamente, estaba madura para el socialismo? Según Lenin, no. Lo estaba para la dictadura del proletariado, el único método que permite resolver los problemas nacionales urgentes. No obstante, el destino de la dictadura en su conjunto está determinado, en última instancia, por la marcha de la evolución mundial, lo que no excluye, sino que, por el contrario, presupone una política correcta de la dictadura proletaria: consolidación y desarrollo de la alianza de los obreros y los campesinos, recurrir a todas las medidas que favorezcan la adaptación, por una parte, a las condiciones nacionales y, por otra parte, al movimiento

de la evolución mundial. Estas verdades valen también para China.

En el mismo artículo, Nuestra revolución (16 de enero de 1923), en el que Lenin establecía que los rasgos originales de Rusia reproducían en su desarrollo las particularidades de la evolución de los países orientales, califica de "infinitamente banal" el argumento de la socialdemocracia europea según el cual "nosotros no hemos madurado aún para el socialismo, de que (como se expresan ciertos "eruditos" señores que militan en sus filas) en nuestro país no existen las premisas económicas objetivas para el socialismo". Pero si Lenin se burla de los "eruditos" señores, no es porque él mismo suponga la existencia de los fundamentos del socialismo en Rusia, sino porque su ausencia, si bien impide que lo pueda construir con sus solas fuerzas, no implica que haya que renunciar al poder, como lo pensaban y continúan pensando todavía los pedantes y los filisteos. En este artículo, Lenin responde, por centésima o por milésima vez, a los sofismas de los héroes de la II Internacional: "Esta tesis indiscutible ("Rusia no ha alcanzado un nivel de desarrollo de las fuerzas productivas que haga posible el socialismo"), que les parece decisiva para juzgar nuestra revolución". Esto es lo que no pueden ni quieren comprender los autores del proyecto de programa. Por sí misma, la tesis de la falta de madurez económica y cultural, tanto de China como de Rusia (evidentemente mayor todavía en China que en Rusia) no puede ser discutida. Pero no se puede deducir de ahí en absoluto que el proletariado deba renunciar a la conquista del poder, cuando esta conquista es dictada por todas las condiciones históricas y por una situación revolucionaria en el país.

La cuestión histórica concreta, política, se reduce a saber no si China está económicamente madura para establecer su propio socialismo, sino más bien si, políticamente, está madura para la dictadura del proletariado. Estas dos preguntas no son idénticas en absoluto. Lo serían si no existiese en el mundo una ley del desarrollo desigual. En el presente caso, esta ley, que se extiende enteramente a las relaciones mutuas entre la economía y la política, es perfectamente aplicable. ¿Está China, entonces, madura para la dictadura del proletariado? Sólo la experiencia de la lucha podrá decirlo de una forma indiscutible. Por esta misma razón, sólo la lucha puede decidir en qué condiciones se efectuarán la unificación, la liberación y el renacimiento de China. Quien dice que China no está madura para la dictadura del proletariado, afirma con ello que la tercera revolución china se verá aplazada por muchos años.

Ciertamente, no quedarían muchas esperanzas si las supervivencias del feudalismo fueran realmente dominantes dentro de la economía china, como lo afirman los dirigentes del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Pero afortunadamente y en general, las supervivencias no pueden dominar. Tampoco sobre este punto repara el proyecto de programa los errores cometidos, sino que, por el contrario, los acentúa con una nebulosa evasión. El proyecto habla del "predominio de las relaciones feudales medievales tanto en la economía del país como en su superestructura política". Esto es radicalmente falso. ¿Qué significa "predominio"? ¿Se trata del número de personas afectadas? ¿O de un papel dominante y dirigente en la economía del país? Un crecimiento interno extremadamente rápido de la industria, basado en la importancia del capital comercial y bancario y en la conquista del país por su parte, la dependencia completa en la que se encuentran las regiones campesinas más importantes con relación al mercado, el papel enorme y en constante crecimiento del comercio exterior, la subordinación total del campo chino a las ciudades, todos estos hechos afirman el predominio total, la dominación directa de las relaciones capitalistas en China. Ciertamente, las relaciones

feudales de servidumbre y semiservidumbre son muy importantes. Por una parte, datan todavía de la época feudal; por otra parte, son formaciones nuevas, resurrecciones del pasado debidas al retraso que sufre el desarrollo de las fuerzas productivas, a la sobrepoblación agraria, a la acción del capitalismo comercial y usurero, *etc.* Pero lo que domina no son las relaciones "feudales" (o más exactamente la servidumbre y, en general, las relaciones precapitalistas), sino precisamente las relaciones capitalistas. Solamente el papel predominante de las relaciones capitalistas permite, por otra parte, pensar seriamente en la perspectiva de la hegemonía del proletariado en la revolución nacional. De otra forma, no se unirían los extremos.

"La fuerza del proletariado en no importa qué país capitalista es infinitamente más grande que la proporción del proletariado con respecto a la población total. Esto es así porque el proletariado domina económicamente el centro y los nervios de todo el sistema de la economía capitalista, y también porque en el terreno económico y político el proletariado expresa bajo la dominación capitalista los intereses reales de la enorme mayoría de los trabajadores.

Igualmente, el proletariado, aunque constituya una minoría dentro de la población (o cuando es la vanguardia del proletariado, consciente y verdaderamente revolucionaria, la que constituye esta minoría), es capaz de derrocar a la burguesía y de arrastrar inmediatamente a su lado numerosos aliados provenientes de la masa de los semiproletarios y los pequeño burgueses, masa que no se pronunciará jamás de antemano por la dominación del proletariado, que no comprenderá las condiciones y las tareas de esta dominación, sino que se convencerá solamente por su experiencia posterior de la ineluctabilidad, de la justicia, de la legitimidad de la dictadura proletaria"

El papel del proletariado chino en la producción ya es considerable. En el curso de los años próximos no hará sino crecer. Como lo han mostrado los acontecimientos, su papel político hubiera podido ser grandioso. Pero toda la conducta de la dirección se orientó en el sentido de reducir a la nada la posibilidad que se le ofrecía al proletariado de asegurarse el papel dirigente.

El proyecto del programa dice que la construcción del socialismo no es posible en China más que "si es apoyada directamente por los países de dictadura proletaria". De tal forma, nos encontramos aquí con respecto a China lo que el partido había admitido siempre a propósito de Rusia. Pero si no existen fuerzas suficientes en China para construir por sí mismas la sociedad socialista, entonces, según la teoría de Stalin y Bujarin, el proletariado chino no debería tomar el poder en ninguna etapa de la revolución. ¿O bien el hecho de que exista la URSS resuelve la cuestión de manera inversa? En tal caso nuestra técnica sería suficiente para construir la sociedad socialista no solamente entre nosotros en la URSS, sino también en China, es decir, en dos grandes países muy atrasados económicamente y que comprenden seiscientos millones de habitantes. ¿O, tal vez, podemos admitir en China el carácter ineluctable de la dictadura del proletariado porque esta dictadura se introducirá en el circuito de la revolución socialista mundial y se convertirá no solamente en un eslabón de éste, sino también en una de sus formas motrices? Pero es justamente así como planteaba Lenin el problema de la Revolución de Octubre, cuya "originalidad" consiste precisamente en un desarrollo análogo al de los países de oriente. Vemos así como la teoría del socialismo en un solo país, creada en 1925 para combatir el "trotskysmo", siembra problemas y confusión cada vez que se aborda un nuevo y gran problema revolucionario.

El proyecto de programa va todavía más lejos en esta vía. Opone a China y a la India

"la Rusia de antes de 1917", Polonia ["etc." ¿?]), consideradas como países que disponen "de un cierto mínimo de industria para construir triunfalmente el socialismo", o bien (como se dice de forma más precisa, y más errónea, en otro contexto) como países que disponen de las "bases materiales necesarias y suficientes para construir el socialismo integral". Se trata aquí, como ya sabemos, de un verdadero juego de palabras con la expresión de Lenin: bases "necesarias y suficientes". Hay ahí una fullería inadmisible, porque Lenin enumera con precisión las bases políticas y las condiciones de organización, incluidas las que proceden de la técnica, de la cultura y del rol internacional. Pero lo esencial continúa siendo el problema de saber cómo se puede determinar a priori el mínimo de industria suficiente para construir el socialismo completo, cuando se trata de una lucha mundial entre dos sistemas económicos, entre dos regímenes sociales, y, por otra parte, nuestra base económica es mucho más débil.

Si sólo tenemos en cuenta la palanca económica, está claro que la nuestra, la de la URSS, y con mayor motivo la de China y la India, es infinitamente menos poderosa que la del capitalismo mundial. Pero el problema en su totalidad se resolverá por medio de la lucha revolucionaria entre dos sistemas políticos, lucha de envergadura mundial. En la lucha política, la palanca más potente está de nuestro lado o, más exactamente, puede y debe, si practicamos una política correcta, caer en nuestras manos.

Siempre en el mismo artículo, Nuestra revolución, después de las palabras "para construir el socialismo se requiere determinado nivel cultural", Lenin subraya: "aunque nadie puede decir cuál es este determinado "nivel cultural"..." ¿Por qué no puede decirlo nadie? Porque esta cuestión se resuelve por una lucha, por una emulación de envergadura mundial entre dos sistemas sociales y dos culturas. Rompiendo enteramente con esta idea de Lenin, que examina el fondo mismo del problema, el proyecto de programa afirma que la Rusia anterior a 1917 poseía precisamente este "mínimo de técnica" y, como consecuencia, también de cultura, necesario para construir el socialismo en un solo país. Los autores del proyecto intentan decir en el programa lo que a priori "nadie puede decir". Es imposible, es absurdo buscar el criterio del "mínimo" suficiente en una estadística nacional ("Rusia antes de 1917"), cuando todo el problema se resuelve en la dinámica revolucionaria. Sobre este criterio erróneo y arbitrariamente aislado para una nación es sobre donde descansa la base teórica del espíritu nacional, que manifiesta sus límites en política y se convierte después en una fuente de inevitables errores nacional-reformistas y socialpatriotas.

7- Sobre la idea reaccionaria de los "partidos obreros y campesinos bipartitos" para el oriente

Las lecciones de la segunda revolución china son enseñanzas para toda la Internacional Comunista, y en primer lugar para todos los países de oriente.

Todos los argumentos avanzados para defender la línea menchevique en la revolución china deberían tener (si se les tomase en serio) tres veces más fuerza cuando se les aplica a India. Allá abajo, en esa colonia clásica, el yugo del imperialismo tiene unas formas infinitamente más directas y más concretas que en China. Las supervivencias de las relaciones feudales, es decir, de la servidumbre, son en India, de otra forma, mucho más profundas y más considerables. A pesar de ello (o, para hablar con más exactitud, precisamente por esta razón) los métodos aplicados en China, que han arruinado la revolución, tendrían en India unas consecuencias todavía más funestas. Sólo un

movimiento inmenso e indomable de las masas populares (que, por la misma razón de su envergadura y su imbatibilidad, de sus objetivos y de sus lazos internacionales, no puede tolerar ninguna medida a medias por parte de la dirección) podrá derrocar a los terratenientes indios, la burocracia anglo-india y el imperialismo británico.

La dirección de la Internacional Comunista ha cometido ya muchos errores en India, pero las circunstancias no han permitido todavía la manifestación de esos errores en una escala tan grande como en China. Podemos, pues, esperar que las enseñanzas de los acontecimientos chinos permitan rectificar a tiempo la línea política de la dirección para India y los demás países de oriente.

Para nosotros la cuestión central, una vez más y como siempre, es la del partido comunista, de su independencia completa, de su carácter de clase intransigente. En esta vía, el peligro más grande es el de la creación de pretendidos partidos "obreros y campesinos" en los países orientales.

A partir de 1924, que pasará a la historia como el año en que fueron abiertamente revisadas numerosas tesis fundamentales de Marx y de Lenin, Stalin sacó la fórmula de los "partidos obreros y campesinos bipartitos para los países de oriente". Esta fórmula estaba basada sobre la existencia de ese mismo yugo nacional que servía en oriente de camuflaje al oportunismo al igual que la "estabilización" en occidente. Llegaban telegramas provenientes de la India, así como del Japón, país que no sufría opresión nacional, anunciando con frecuencia en el curso del último período intervenciones de "partidos obreros y campesinos" provinciales. Se hablaba de ellos como de organizaciones próximas, amigas de la Internacional Comunista, casi como de organizaciones "pertenecientes ella", sin, no obstante, dibujar concretamente su silueta política; en una palabra, como se hablaba y escribía, todavía recientemente, a propósito del Kuomintang.

Ya en 1924, Pravda anunciaba:

"Ciertos indicios muestran que el movimiento de liberación nacional en Corea se constituye progresivamente en el terreno organizativo, y que adopta la forma de un partido obrero y campesino".

Mientras tanto, Stalin enseñaba a los comunistas de oriente:

"Los comunistas deben pasar de la política de frente único nacional a la de bloque revolucionario de los obreros y la pequeña burguesía. En tales países, este bloque puede tomar la forma de un partido único, partido obrero y campesino, del tipo del Kuomintang."

Las pequeñas reservas que seguían a propósito de la autonomía de los partidos comunistas (sin duda semejantes a la "autonomía" del profeta Jonás en el vientre de la ballena) sólo servían de camuflaje. Estamos profundamente convencidos de que el VI Congreso debería decir que, en esta materia, el menor equívoco es funesto y debe ser rechazado. Hay ahí una forma nueva, completamente falsa, totalmente antimarxista de plantear el problema fundamental del partido, sus relaciones con la clase y con las clases.

Se defendía la necesidad para el partido de entrar en el Kuomintang pretendiendo que este último, a partir de su composición social, era el partido de los obreros y los campesinos, que las 9/10 partes del Kuomintang (y esta cifra fue repetida cientos de veces) pertenecía a la tendencia revolucionaria y estaban dispuestos a marchar cogidos de la mano con el partido comunista. Sin embargo, en el momento de las sublevaciones de Shanghái y U-Tchang, y después, estos 9/10 de revolucionarios del Kuomintang

desaparecieron como si se hubiesen caído al agua. Nadie ha vuelto a encontrar sus huellas. Y los teóricos de la colaboración de clases en China, Stalin y Bujarin, no se molestaron siquiera en explicar dónde se habían metido los 9/10 de miembros del Kuomintang, los 9/10 de obreros y campesinos, simpatizantes absolutamente "próximos". Sin embargo, la respuesta que se dé a esta pregunta tiene una importancia decisiva si se quiere comprender el destino de todos estos partidos "bipartitos" predicados por Stalin, e incluso comprender más claramente la idea, que rechazan bien lejos no sólo el programa del Partido Comunista Ruso (Bolchevique) de 1919, sino incluso el Manifiesto del Partido Comunista de 1847 247

La cuestión de saber dónde han ido a parar esos famosos 9/10 no se nos presentará de forma clara a menos que comprendamos: primero, la imposibilidad de la existencia de un partido bipartito, es decir, de un partido de dos clases que expresan simultáneamente dos líneas históricas contradictorias, la del proletariado y la de la pequeña burguesía; segundo, la imposibilidad de fundar dentro de una sociedad capitalista un partido campesino que tenga un papel independiente, es decir, que exprese los intereses del campesinado y que sea al mismo tiempo independiente del proletariado y de la burguesía.

El marxismo siempre ha enseñado, y el bolchevismo ha confirmado esta enseñanza, que el proletariado y el campesinado son dos clases diferentes, que es incorrecto identificar sus intereses, de cualquier manera que sea, dentro de la sociedad capitalista, que un campesino no puede adherirse a un partido comunista más que en la medida en que pase del punto de vista del propietario al del proletariado. La alianza de los obreros y los campesinos bajo la dictadura del proletariado no contradice esta tesis, sino que la confirma por otras vías y en una situación diferente. Si no hubiese clases diversas, teniendo intereses diversos, no sería necesaria una alianza. Esta no es compatible con la revolución socialista más que en la medida en que se la introduzca en el férreo marco de la dictadura proletaria. No es posible, entre nosotros, conciliar la existencia de esta dictadura con la de una liga llamada campesina, precisamente porque toda organización campesina "que tuviera su valor propio", que pretendiese resolver problemas políticos concernientes a toda la nación, terminaría inevitablemente por convertirse en un instrumento en manos de la burguesía.

En los países capitalistas, las organizaciones que se dicen partidos campesinos constituyen, en realidad, una variedad de los partidos burgueses. Todo campesino que no adopte el punto de vista del proletario, abandonando el punto de vista del propietario, será inevitablemente arrastrado, en las cuestiones fundamentales de la política, por la burguesía. No es preciso decir que todo partido burgués que se apoye o quiera apoyarse en los campesinos (y, cuando sea posible, en los obreros) habrá de camuflarse bajo una mezcolanza de colores. La famosa idea de los partidos obreros y campesinos parece haber sido especialmente concebida para permitir el camuflaje de los partidos burgueses obligados a buscar un apoyo entre los campesinos, pero deseosos también de contar con obreros en sus filas. Desde este momento, el Kuomintang ha entrado para siempre en la historia como el prototipo clásico de un partido de este género.

La sociedad burguesa, como ya se sabe, está constituida de tal forma que las masas no poseedoras, descontentas y engañadas, se encuentran abajo, mientras que los hombres satisfechos que las engañan están arriba. Todo partido burgués se construye siguiendo ese principio, si es verdaderamente un partido, es decir, si comprende una proporción lo bastante considerable de la masa. En la sociedad dividida en clases no hay más que una

minoría de explotadores, estafadores y aprovechados. Así, pues, todo partido capitalista está obligado a reproducir y reflejar de una u otra forma, en sus relaciones internas, las relaciones que existen en la sociedad burguesa en general. Así, pues, en todo partido burgués de masas la base es más democrática, está más "a la izquierda" que las altas esferas. Este es el caso del centro alemán de los radicales franceses y todavía más de la socialdemocracia. Es por esta razón por lo que las jeremiadas incansables de Stalin, Bujarin, etc., lamentándose de que la base "de izquierda" del Kuomintang, la "aplastante mayoría", los "9/10", etc., no se reflejan en las esferas superiores, son vanas y no tienen ninguna excusa. Lo que se describe en estas estrambóticas jeremiadas, como un malentendido efímero y embarazoso que hay que eliminar con medidas organizativas, instrucciones y circulares, es en realidad la característica esencial de un partido burgués, sobre todo en un período revolucionario.

Bajo esta luz es como hay que examinar el argumento fundamental de los autores del proyecto de programa, destinado a defender todos los bloques oportunistas en general, lo mismo en Inglaterra que en China. Según ellos, la fraternización con las altas esferas se practica en interés sólo de la base. Como ya se sabe, la Oposición exigía que el partido saliese del Kuomintang:

"Uno se pregunta por qué, dice Bujarin. ¿Por qué los jefes del Kuomintang vacilan f¿?) por arriba? ¿Y la masa del Kuomintang, no es más que ganado? ¿Desde cuándo se decide la actitud a observar hacia una organización de masas a partir de lo que pasa en sus "esferas elevadas"?"

Parece inverosímil que se pueda presentar semejante argumento dentro de un partido revolucionario. "¿Y la masa del Kuomintang, no es más que ganado?", pregunta Bujarin. Ciertamente, es un rebaño. En todo partido burgués, la masa es siempre un rebaño en diversos grados. (Pero, en fin, para nosotros, ¿no es la masa un rebaño?) En efecto, y es precisamente por eso por lo que nos está prohibido empujarla en los brazos de la burguesía, camuflando a ésta bajo el nombre de partido obrero y campesino. Es justamente por esto por lo que nos está prohibido subordinar el partido del proletariado al de la burguesía y por lo que debemos, por el contrario, a cada paso, oponer el uno al otro. Las altas esferas del Kuomintang de las que habla con ironía Bujarin, como de una cosa secundaria, superpuesta, efímera, son en realidad el alma del Kuomintang, su esencia social. Ciertamente, la burguesía no es dentro del partido más que las "altas esferas", de la misma forma que en la sociedad. Pero estas altas esferas son poderosas por su capital, sus conocimientos, sus relaciones, las posibilidades que tienen siempre de apoyarse en los imperialistas, y sobre todo su poder de hecho en el estado y en el ejército, cuyos cuadros más altos se confunden íntimamente con la dirección del mismo Kuomintang. Son precisamente estas "altas esferas" las que redactan las leyes antihuelga, las que sofocan los movimientos campesinos, las que ponen a los comunistas a la sombra permitiéndoles, como mucho, no ser más que la tercera parte del partido y haciéndoles jurar que pondrán el sunyasenismo pequeñoburgués por encima del marxismo. La base se aproximaba a estas altas esferas y le servía (como Moscú) de punto de apoyo "por la izquierda", mientras que los generales, los compradores y los imperialistas las apoyaban por la derecha. Considerar al Kuomintang no como un partido burgués, sino como una arena neutra en la que se lucha para tener consigo a las masas, sacar como un triunfo las 9/10 partes constituidas por la base de izquierda para ocultar la cuestión de saber quién es el amo dentro de la casa, esto significaba consolidar la fuerza y el poder de las "altas esferas"; esto era ayudarlas a transformar

a masas cada vez más numerosas en un "rebaño" y preparar en las condiciones más favorables para estas altas esferas el golpe de estado de Shanghái.

Basándose en la idea reaccionaria del partido bipartito, Stalin y Bujarin se imaginaban que los comunistas y las "izquierdas" obtendrían la mayoría dentro del Kuomintang y, con ello mismo, el poder en el país, ya que en China el poder está en manos del Kuomintang. En otras palabras, se imaginaban que por medio de simples reelecciones en el congreso del Kuomintang, el poder pasaría de manos de la burguesía a manos del proletariado. ¿Se puede concebir una devoción más enternecedora, más idealista hacia la "democracia dentro del partido"... cuando se trata de un partido burgués? Porque el ejército, la burocracia, la prensa, los capitales, están en manos de la burguesía. Eso es precisamente lo que le asegura también el timón del partido en el poder. Las "altas esferas" de la burguesía no toleran (o no han tolerado) 9/10 partes de izquierdas (y de izquierdas de este tipo) más que en la medida en que no atenten contra el ejército, la burocracia, la prensa o los capitales. Gracias a estos poderosos medios, la esfera burguesa superior mantiene su poder no solamente sobre las pretendidas 9/10 parte de los miembros de "izquierda" del partido, sino sobre las masas populares en su conjunto. No obstante, la teoría del bloque de las clases, que ve en el Kuomintang un partido obrero y campesino, hace así todo lo que puede para ayudar a la burguesía. En cambio, cando la burguesía a continuación se enfrenta a las masas y las ametralla, no se oye ni siquiera balar, en esta colisión entre dos fuerzas reales, a los famosos 9/10. La lastimosa ficción democrática desaparece sin dejar huellas, frente a la sangrienta realidad de la lucha de clases.

Este es el verdadero mecanismo político, el único posible de los "partidos bipartitos obreros y campesinos para Oriente". No existe ni existirá ningún otro.

***

Aunque, en su exposición de motivos, la teoría de los partidos bipartitos cita la opresión nacional, que pretendidamente abroga la teoría de Marx sobre las clases, conocemos ya abortos "obreros y campesinos" en el Japón, que no sufre opresión nacional. Pero esto no es todo, y el asunto no concierne solamente a oriente. La idea "bipartita" intenta convertirse en universal. En este terreno, la tentativa más parecida a una caricatura fue la que hizo el partido comunista norteamericano para apoyar la campaña presidencial del senador burgués "antitrust" La Follette, a fin de llevar así a los granjeros americanos hacia la revolución social. Pepper, el teórico de la maniobra, uno de los que hicieron perecer la revolución húngara porque no se había fijado en el campesinado magyar, intentó en América (sin duda para compensar) destruir al partido comunista norteamericano disolviéndolo entre los farmers. Según Pepper, la superplusvalía del capitalismo norteamericano transformaría al proletariado de Norte América en una aristocracia obrera mundial; en cambio, la crisis agraria arruinaría a los campesinos y los empujaría por la vía de la revolución socialista. El partido, que contaba con varios millones de miembros, y sobre todo emigrantes, debería, según la concepción de Pepper, "encajarse" con los campesinos por intermedio de un partido burgués, y después, tras haber formado un partido "bipartito", asegurar la revolución socialista frente a la pasividad o la neutralidad del proletariado corrompido por la superplusvalía. Esta idea delirante ha contado con sus partidarios y semipartidarios en las esferas superiores de la Internacional Comunista. Durante varias semanas la balanza osciló tanto hacia un lado como hacia otro, hasta que se hizo por fin una concesión al ABC

del marxismo (entre bastidores se decía que a los prejuicios del trotskysmo). Hubo que sacar a lazo al partido comunista norteamericano del partido de La Follette, que murió antes que su fundador.

Todo lo que el nuevo revisionismo inventa primeramente para oriente, es transportado inmediatamente a occidente. Si Pepper intentó, al otro lado del océano, violar a la historia con su partido bipartito, los últimos informes recibidos muestran que el ensayo llevado a cabo con el Kuomintang ha encontrado imitadores en Italia, donde se intenta, según parece, imponer a nuestro partido la consigna monstruosa de una "asamblea republicana apoyada sobre los comités obreros y campesinos" . En esta consigna, el espíritu de Chiang Kai-shek confraterniza con el de Hilferding.

Verdaderamente, ¿llegaremos hasta eso?

***

Para concluir, nos queda todavía por recordar que la idea de un partido "obrero y campesino" expulsa de la historia del bolchevismo toda la lucha con los populistas, sin la que no habría habido Partido Bolchevique. En el año 1900, Lenin escribía respecto a los socialistas revolucionarios:

"La idea fundamental de su programa no era en absoluto la de que fuese necesaria una alianza de las fuerzas del proletariado y el campesinado, sino la de que no existía un abismo de clase entre uno y otro, que no hacía falta trazar una línea de demarcación de clase entre ellos, que la concepción socialdemócrata del carácter pequeño burgués del campesinado, que le distinguía del proletariado, era radicalmente falsa"

En otras palabras, el partido bipartito obrero y campesino es la idea central del populismo ruso. Sólo luchando contra él ha podido crecer el partido de la vanguardia proletaria en la Rusia campesina.

Con una tenacidad incansable, Lenin repetía en la época de la revolución de 1905: "Desconfiar del campesinado, organizarse independientemente de él, estar preparado para luchar contra él si interviene de una forma reaccionaria o antiproletaria." (subrayado por mí)

En 1906, Lenin escribía:

"Un último consejo: proletarios y semiproletarios de las ciudades y del campo, organizaos separadamente. No confiéis en ningún pequeño propietario, por muy pequeño que sea, por muy "trabajador"... Nosotros apoyamos enteramente al movimiento campesino, pero debemos recordar que es el movimiento de otra clase, no el de aquella que puede llevar y llevará a cabo la transformación socialista."

Esta idea vuelve a aparecer en centenares de pequeños y grandes trabajos de Lenin. En 1908 explica:

"No se puede concebir en ningún caso la alianza del proletariado y el campesinado como la fusión de clases diversas o como la de los partidos del proletariado y el campesinado. No solamente una fusión, sino incluso un acuerdo duradero sería funesto para el partido socialista de la clase obrera y debilitaría la lucha democrática revolucionaria." (subrayado por mí)

¿Se puede condenar de una forma más mordaz, más despiadada, más mortal, la idea misma del partido obrero y campesino?

En cuanto a Stalin, él enseña:

"El bloque revolucionario, antiimperialista puede tomar, pero no debe siempre [¡!], obligatoriamente (¡!), tomar la forma de un partido obrero y campesino único, ligado al

punto de vista de su forma (¿?) por una plataforma única."

Lenin enseñaba que la alianza de los obreros y los campesinos no debía, en ningún momento y en ningún caso, conducir a la unificación de los partidos. Stalin no hace a Lenin más que una concesión: aunque según él el bloque de las clases debe tomar "la forma de un partido único, de un partido obrero y campesino, del tipo del Kuomintang", la fórmula no es siempre obligatoria. Gracias al menos por la restricción.

Lenin plantea la cuestión en la época de la Revolución de Octubre con la misma intransigencia. Generalizando la experiencia de las tres revoluciones rusas, Lenin, a partir de 1918, no deja escapar una ocasión de repetir que, en una sociedad en la que predominan las relaciones capitalistas, hay dos fuerzas que deciden: la burguesía y el proletariado:

"Si el campesino no sigue a los obreros, va a remolque de la burguesía. No hay y no puede haber término medio."

No obstante, un "partido obrero y campesino" representa precisamente un intento de compromiso.

Si la vanguardia del proletariado ruso no se hubiera opuesto al campesinado, si no hubiese llevado una lucha despiadada contra la confusión pequeño burguesa y escurridiza de este campesinado, se habría disuelto ella misma inevitablemente entre los elementos pequeñoburgueses por intermedio del partido socialrevolucionario o de cualquier otro "partido bipartito" que, por su parte, la habría sometido inevitablemente a la dirección de la burguesía. Para llegar a la alianza revolucionaria con el campesinado (y eso no se consigue sin dolor), la vanguardia proletaria, y con ella la clase obrera en su conjunto, debieron liberarse de las masas populares pequeño burguesas; esto no se logra más que educando al partido proletario dentro de un espíritu de intransigencia de clase bien templado.

Cuanto más joven es el proletariado, cuanto más recientes e íntimos son sus "lazos" de parentesco con el campesinado, cuanto más grande es la proporción de la población que constituye este último, más importancia cobra la lucha contra toda alquimia política "bipartita". En occidente, la idea de un partido obrero y campesino es sencillamente ridicula. En oriente, es funesta. En China, en la India, en el Japón, es el enemigo mortal no solamente de la hegemonía del proletariado en la revolución, sino también de la autonomía más elemental de la vanguardia proletaria. El partido obrero y campesino no puede ser más que una base, una pantalla, un trampolín para la burguesía.

Fatalmente, en esta cuestión esencial para todo el oriente, el revisionismo actual no hace más que repetir los errores del viejo oportunismo socialdemócrata de antes de la revolución. La mayoría de los jefes de la socialdemocracia europea creían que nuestra lucha contra los socialistas revolucionarios era un error; recomendaban con insistencia la fusión de los dos partidos, pensando que para el "oriente" ruso, el partido obrero y campesino vendría justo a la medida. Si hubiésemos escuchado estos consejos, jamás habríamos realizado ni la alianza de los obreros y los campesinos ni la dictadura del proletariado. El partido obrero y campesino "bipartito" de los socialistas revolucionarios se convirtió entre nosotros, y no podía ser de otra forma, en una agencia de la burguesía imperialista; en otras palabras, intentó en vano ejercer el papel histórico que el Kuomintang ha cubierto con éxito de una forma diferente, con "originalidad", y gracias a los revisionistas del bolchevismo. Sin una condena despiadada de la idea misma de los "partidos obreros y campesinos en oriente", la Internacional Comunista no tiene ni podrá tener un programa.

8- Hay que verificar qué ha dado de sí la Internacional Campesina

Una de las principales, si no la más importante, acusación lanzada contra la Oposición fue la de haber "subestimado" al campesinado. También sobre este punto la vida ha aportado su control, tanto en el plano interior como a escala internacional. Y ocurrió que los dirigentes oficiales cometieron el error de subestimar en toda línea el papel y la importancia del proletariado con relación al campesinado. Se pueden registrar los errores más graves en los terrenos económico, político e internacional.

En la base de todos los errores cometidos en el interior del país en 1923, encontramos la subestimación de la importancia de la industria, dirigida por el proletariado, con relación al conjunto de la economía nacional y a la alianza con el campesinado. En China, la revolución se ha perdido por causa de la incomprensión del papel animador y decisivo del proletariado en la revolución agraria.

Desde este mismo punto de vista es como hay que verificar y juzgar toda la actividad de la Internacional Campesina, que, desde el comienzo, no era más que una experiencia que exigía la mayor circunspección, la severidad en la elección de los medios y su conformidad a los principios. No es difícil comprender por qué.

Como consecuencia de su historia y de sus condiciones de vida, el campesinado es la menos internacional de todas las clases. Lo que se denomina la originalidad nacional tiene su fuente principal precisamente en el campesinado. No se le puede embarcar en la vía internacional (únicamente, por otra parte, a sus masas semiproletarias) más que bajo la dirección del proletariado. Sólo en la medida en que, en un país, gracias al proletariado, el campesinado se sustraiga a la influencia de la burguesía (aprendiendo a ver en el proletariado no solamente un aliado, sino también un guía) se le podrá conducir por el camino de la política internacional.

Los esfuerzos para agrupar al campesinado de los diversos países por sus propias fuerzas en una organización internacional, por encima de la cabeza del proletariado y fuera de los partidos comunistas, están destinados de antemano al fracaso; en última instancia, no pueden más que perjudicar a la lucha del proletariado, que busca extender su influencia entre los obreros agrícolas y los campesinos pobres.

Tanto en el curso de las revoluciones burguesas como en el de las contrarrevoluciones, a partir de las guerras campesinas en el siglo XVI e incluso antes, el campesinado, representado por sus diversas capas, ha ejercido un papel considerable, a veces decisivo. Pero este papel nunca ha tenido un valor propio. Directa o indirectamente, el campesinado sostuvo siempre a una fuerza política contra otra. La distinción entre los diversos componentes de la sociedad capitalista ha aumentado considerablemente en la época del capital financiero, si se la compara con las fases precedentes de la evolución capitalista. Esto significa que, comparativamente, el peso del campesinado ha disminuido en vez de aumentar. En todo caso, en el período imperialista, el campesinado es todavía menos apto para seguir una línea política que tenga su valor propio (incluso en el terreno nacional, por no hablar del terreno internacional) que en la época del capitalismo industrial. En la actualidad, en los Estados Unidos, los campesinos son infinitamente menos capaces de ejercer un papel político autónomo que hace cuarenta o cincuenta años, cuando no pudieron ni supieron, como lo testifica la experiencia del movimiento populista, crear un partido nacional de valor.

La agrarización efímera más importante de Europa, a causa del declive económico como consecuencia de la guerra, alimentó, por un momento y entre algunos, ilusiones sobre el

papel que podrían desempeñar los partidos "campesinos", es decir, burgueses y pseudo campesinos, que se oponían demagógicamente a los partidos de la burguesía. Si en alguna medida se pudo, en la efervescencia campesina que siguió a la guerra, arriesgarse a la creación de la Internacional Campesina para verificar experimentalmente las nuevas relaciones entre el proletariado y el campesinado, y entre éste y la burguesía, sería ya claramente el momento de establecer el balance de la experiencia de sus cinco años de existencia, de poner al desnudo los aspectos cruelmente negativos y de intentar determinar sus aspectos positivos.

En todo caso, hay una conclusión indiscutible: la experiencia de los partidos "campesinos" de Bulgaria, de Polonia, de Rumania, de Yugoslavia (es decir, de todos los países atrasados), la vieja experiencia de nuestros socialistas revolucionarios y la tan reciente del Kuomintang (la sangre de las heridas todavía no se ha secado), las experiencias episódicas de los países desarrollados (sobre todo la de La Follette-Pepper en los Estados Unidos), prueban de forma indudable este hecho: en la época del capitalismo decadente, es todavía más vano esperar ver surgir partidos campesinos que tengan su valor propio (que sean partidos revolucionarios, antiburgueses) de lo que lo era en la época del capitalismo ascendente.

"La ciudad no puede ser el igual del campo. El campo no puede ser el igual a la ciudad en las condiciones históricas de nuestra época. Inevitablemente, la ciudad arrastra tras de sí al campo. Inevitablemente, el campo sigue a la ciudad. La cuestión es, simplemente, saber qué clase de las que hay en la ciudad arrastrará tras de sí al campo."

El campesinado ejercerá todavía un papel decisivo en las revoluciones de oriente. Pero, una vez más, este papel no será dirigente, y tampoco tendrá un valor propio. Los campesinos pobres de Hupé, de Kuantung o de Bengala pueden ejercer un papel de envergadura nacional o incluso internacional; pero de todos modos, sólo será así a condición de que apoyen a los obreros de Shanghái, de Hankow, de Cantón o de Calcuta. Es la única salida que puede permitir al campesinado revolucionario desembocar en la vía internacional. Todo intento de ligar directamente al campesino de Hupé con el de Galitzia o el de la Dobrudja, el fellah egipcio al farmer del Far West norteamericano, no tiene ninguna esperanza.

Pero está en la naturaleza de la política que todo lo que no sirve directamente a los intereses de una clase se convierta inmediatamente en un instrumento utilizado para otros fines, a menudo totalmente opuestos. ¿No hemos visto a un partido burgués, apoyándose sobre el campesinado (o aspirando a apoyarse sobre él), juzgar provechoso sacar un seguro en la Internacional Campesina; a falta de poder hacerlo en la Internacional Comunista, contra los golpes que le daba el partido comunista de su país (de la misma manera que Purcell, en el terreno sindical, se protegía por medio del Comité Angloruso)? Si La Follette no intentó hacerse inscribir en la Internacional Campesina, eso se debe a la extrema debilidad del partido comunista norteamericano; además, su dirigente de entonces, Pepper, abrazaba sin necesidad de ello a La Follette en un apretón perfectamente desinteresado que aquél no había pedido. Ya Raditch, jefe bancario del partido de los kulaks croatas, tenía necesidad, en el camino que le llevaba hacia la cartera ministerial, de dejar su tarjeta de visita a la Internacional Campesina. El Kuomintang fue mucho más lejos: después de haber conservado su lugar en la Internacional Campesina y en la Liga Antiimperialista, llamó también a las puertas de la Internacional Comunista y recibió la bendición del Buró Político del Partido Comunista de la URSS, con la excepción de una sola voz.

Es algo particularmente simbólico de la política de la dirección durante los últimos años que, mientras se reforzaban las tendencias a la liquidación de la Internacional Sindical Roja (el llamamiento mismo fue retirado de los estatutos sindicales), no se planteaba siquiera en la prensa oficial, si recordamos bien, la cuestión de saber en qué consistían exactamente las conquistas de la Internacional Campesina.

Es preciso que el VI Congreso controle seriamente la actividad de la Internacional Campesina a la luz del internacionalismo proletario. Sería el momento de establecer el balance marxista de la experiencia en curso. Hay que introducir este balance, bajo una forma u otra, dentro del programa: el proyecto actual no dice ni media palabra ni de los "millones" de adherentes de la Internacional Campesina, ni tan siquiera de su existencia.

9- Conclusión

Hemos presentado una crítica de algunas de las tesis fundamentales del proyecto de programa; estamos muy lejos de haber extendido esta crítica a todas las tesis, pues no disponíamos más que de dos semanas. Nos hemos visto en la obligación de ceñirnos a los problemas más actuales, los más estrechamente ligados a la lucha revolucionaria y a la que se ha librado en el seno del partido en el último período.

Gracias a la experiencia de las pretendidas "discusiones", sabemos por adelantado que frases arrancadas del contexto, incluso lapsus calami, pueden convertirse en la fuente de nuevas teorías destinadas a destronar al "trotskysmo". Hay todo un período que está lleno de esta historia triunfante. Esperamos muy tranquilamente las peores vociferaciones teóricas que, una vez más, se arrojarán sobre nosotros.

De todos modos, es probable que los autores del proyecto prefieran no servirse para acusarnos de nuevos artículos críticos sino de la extensión del viejo artículo 58. No es necesario decir que este argumento nos parece menos convincente todavía.

El VI Congreso tiene que adoptar un programa. A lo largo de toda esta obra nos hemos dedicado a demostrar que es absolutamente imposible tomar como base para este programa el proyecto elaborado por Bujarin y Stalin.

El momento actual es el de un giro en la vida del Partido Comunista de la URSS (Bolchevique) y de toda la Internacional Comunista. Todos los pasos y decisiones recientes del comité central de nuestro partido y del Plenario de Febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista lo prueban. Estas medidas son absolutamente insuficientes, y las resoluciones son contradictorias (algunas de ellas, como la del Plenario de Febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, son radicalmente erróneas). A pesar de ello, a través de todas estas decisiones se esboza una tendencia al giro hacia la izquierda. No tenemos ninguna razón para sobreestimarla, tanto más cuanto que tiene lugar en el mismo momento en que se aplasta al ala revolucionaria, protegiendo al ala derecha. Sin embargo, no hemos pensado ni por un solo instante en subestimarla, porque viene impuesta por el callejón sin salida al que ha conducido el curso anterior. Todo verdadero revolucionario hará lo que mejor pueda, en su puesto, con los medios de que disponga, para que el giro a la izquierda que se esboza se acentúe, con el mínimo posible de dificultades y de traumas para el partido, hasta que se convierta en una orientación revolucionaria leninista. Pero, por el momento, estamos todavía lejos. Actualmente, la Internacional Comunista atraviesa un período de enfermedad, tal vez el más difícil de su desarrollo, aquel en el que el viejo curso está todavía lejos de ser

abandonado y el nuevo encierra elementos heterogéneos. El proyecto de programa refleja entera y perfectamente este estadio de transición. Sin embargo, tales momentos, por su misma naturaleza, son poco favorables a la elaboración de documentos que deban determinar la actividad de nuestro partido internacional para toda una serie de años. Por muy doloroso que sea, hay que esperar todavía, aunque se haya perdido ya tanto tiempo. Hay que dejar que las cosas se decanten, que pase la confusión, que se anulen las contradicciones y que se precise el nuevo giro.

El congreso no se ha reunido durante cuatro años. La Internacional Comunista ha vivido nueve años sin un programa codificado. En este momento no hay más que una forma de abordar la cuestión: decidir que el VII Congreso tenga lugar dentro de un año, y terminar de una vez por todas con las tentativas de usurpación de los derechos de la Internacional Comunista, restablecer en todos los partidos y por tanto en la misma internacional un régimen normal que haga posible una verdadera discusión del proyecto de programa y permita oponer al proyecto ecléctico un proyecto distinto, marxista, leninista. No debe haber cuestiones prohibidas para la Internacional Comunista, para las asambleas y conferencias de sus partidos y para la prensa. Es necesario, durante este año, labrar profundamente el campo entero con el arado del marxismo. Sólo un trabajo así permitirá dotar al partido internacional del proletariado de un programa, es decir, de un gran faro que aclarará el pasado con una luz exacta y proyectará rayos brillantes muy lejos, hacia el porvenir.

Alma Ata, julio de 1928

LA CUESTIÓN CHINA DESPUÉS DEL VI CONGRESO

Las lecciones y los problemas de la estrategia y la táctica de la revolución china constituyen actualmente la mejor de las enseñanzas para el proletariado internacional. La experiencia adquirida en 1917 ha sido modificada, desfigurada, falsificada, hasta hacerla irreconocible, por los epígonos que han llevado al poder las derrotas sucesivas de la clase obrera mundial. La revolución china ha verificado por reducción al absurdo la política bolchevique. La estrategia de la Internacional Comunista en China fue un gigantesco juego de "gana quien pierde". Hay que utilizar la antítesis china, oponerla a la experiencia de Octubre para hacer aprender el alfabeto del bolchevismo a la joven generación de revolucionarios. Por sí misma, China tiene una importancia mundial. Pero lo que pasa dentro de ese país decide no solamente su suerte, sino también el destino mismo de la Internacional Comunista, en el pleno sentido de la palabra. Lejos de sacar un balance correcto y de aportar alguna claridad, el VI Congreso ha consagrado los errores cometidos y los ha completado con un nuevo embrollo, colocando al Partido Comunista de China en una situación inextricable para largos años. Los rayos burocráticos de la excomunión, evidentemente, no nos harán callar cuando está en juego la suerte de la revolución internacional. Quienes nos excomulgan son los responsables directos de las derrotas sufridas: por eso temen a la luz.

***

A lo largo de los cinco últimos años, ningún partido ha sufrido tan cruelmente el oportunismo de la dirección de la Internacional Comunista como el Partido Comunista de China. En China hemos tenido un ejemplo perfecto (y que, precisamente por esta razón, llevó a la catástrofe) de la aplicación de la política menchevique a una época revolucionaria. Además, el menchevismo disponía del monopolio, puesto que la autoridad de la Internacional Comunista y el aparato material del poder de los soviets lo protegían de la crítica bolchevique. Tal concurso de circunstancias es único en su género. Ha permitido que una revolución a la que se le presentaba el mejor porvenir haya sido confiscada por la burguesía china, ha permitido el reforzamiento de la burguesía cuando, según todos los datos, ésta no podía esperarlo. Incluso hoy mismo, los errores del oportunismo no han sido reparados. Todo el desarrollo de los debates del congreso, los informes de Bujarin y de Kuusinen, las intervenciones de los comunistas chinos, todo esto demuestra que la política seguida por la dirección en China era y es todavía errónea. Partiendo del oportunismo abierto, bajo la forma de colaboracionismo (1924-1927), ha hecho a finales de 1927 un zigzag brusco y se lanza a las aventuras. Después de la insurrección de Cantón, rechaza el putschismo y pasa a una tercera fase, la más estéril, intentando combinar las viejas tendencias oportunistas con un radicalismo impotente, de pura forma, que durante cierto período se llamó entre nosotros "ultimatismo" y "oztovismo", la peor variedad de ultraizquierdismo.

Todo comunista chino no puede avanzar ahora ni un solo paso sin haber valorado previamente en su justa medida la dirección oportunista que condujo a una aplastante derrota en las tres etapas (Shanghái, U-Tchang y Cantón), y sin haber medido plenamente la inmensa ruptura provocada por estas derrotas en la situación social y política, interior e internacional de China.

Los debates del congreso han mostrado qué ilusiones burdas y peligrosas subsisten todavía en la concepción de los dirigentes comunistas chinos. Para defender la insurrección

de Cantón, uno de los delegados chinos se refirió al hecho que, después de la derrota sufrida en esta ciudad, los efectivos del partido no hubieran bajado sino aumentado. Incluso aquí, a miles de kilómetros del teatro de los acontecimientos revolucionarios, parece increíble que una información tan monstruosa haya podido ser presentada a un congreso mundial sin suscitar una refutación indignada. Sin embargo, nos enteramos, gracias a las observaciones presentadas por otro delegado sobre otro punto, de que si el Partido Comunista de China ha ganado (¿por mucho tiempo?) decenas de millares de nuevos miembros entre los campesinos, en cambio ha perdido a la mayoría de sus obreros. Este es un proceso amenazante, que marca sin posibilidad de error cierta fase del declive del Partido Comunista de China, que los comunistas chinos describían en el congreso como un signo de crecimiento, de progresión. Cuando la revolución es derrotada en las ciudades y los centros más importantes del movimiento obrero y campesino, hay y habrá siempre, sobre todo en un inmenso país como China, regiones frescas, precisamente porque son atrasadas, que contengan fuerzas revolucionarias intactas. En la periferia lejana, los sobresaltos de la oleada revolucionaria durarán mucho tiempo todavía. Sin tener datos directos sobre la situación de las regiones chinas y musulmanas del suroeste, no se puede hablar con precisión de la probabilidad de una fermentación revolucionaria, en esos lugares y en un período próximo. Pero todo el pasado de China hace posible esta eventualidad. Es absolutamente evidente que este movimiento no será más que un eco tardío de las batallas de Shanghái, Hankow y Cantón. Después de la derrota decisiva sufrida por la revolución en las ciudades, el partido puede todavía, durante algún tiempo, encontrar decenas de millares de nuevos miembros en el campesinado que despierta. Esto es importante, porque es el signo precursor de las grandiosas posibilidades que encierra el porvenir. Pero, en el período actual, no es más que una forma de la disolución y la liquidación del Partido Comunista de China, que al perder su núcleo proletario no responde ya a su destino histórico.

Una época de declive revolucionario, por su misma esencia, está llena de amenazas para un partido revolucionario. En 1852 decía Engels que un partido revolucionario que deja escapar una situación revolucionaria o que sufre una derrota decisiva durante ésta, desaparece inevitablemente de la historia durante un cierto período de la misma. La contrarrevolución afecta tanto más cruelmente a un partido revolucionario cuando el aplastamiento de la revolución no ha sido causado por una relación de fuerzas desfavorable, sino por errores evidentes, indiscutibles de la dirección (como fue precisamente el caso en China). Añádase a esto la juventud del Partido Comunista de China, la ausencia de cuadros fuertemente templados y de tradiciones sólidas; añádanse también los cambios efectuados a la ligera en la dirección, que, allí como en todas partes, fue considerada como gerente responsable y tuvo de expiar los errores de la Internacional Comunista. Todo esto junto le crea al Partido Comunista de China condiciones verdaderamente fatales para la época contrarrevolucionaria, cuya duración no puede ser prevista.

Sólo planteando clara y valientemente todas las cuestiones fundamentales, las de ayer y las de hoy, se le puede evitar la suerte evocada por Engels (liquidación política durante determinado período).

Hemos examinado la dinámica de clase de la revolución china en un capítulo especial de la crítica a la que hemos sometido las tesis fundamentales del proyecto de programa de la Internacional Comunista. Hoy no vemos la necesidad de añadir nada a ese capítulo, y mucho menos para hacer ninguna modificación en él. Hemos llegado a la conclusión

que el desarrollo ulterior de la revolución china sólo puede efectuarse por medio de la lucha del proletariado chino, arrastrando a cientos de millones de campesinos pobres a la conquista del poder. La solución de los problemas fundamentales, burgueses y democráticos, conduce necesariamente en China a la dictadura del proletariado. Oponer a la dictadura del proletariado la dictadura democrática de los obreros y los campesinos sería una tentativa reaccionaria de hacer volver atrás la situación, a etapas que datan de la coalición del Kuomintang. Este diagnóstico político general determina la línea estratégica de la etapa siguiente, o, más exactamente, de la tercera revolución china; no anula, sin embargo, los problemas de táctica de hoy y de mañana.

1- La revolución permanente y la insurrección de Cantón

En noviembre de 1927, el Plenario del Comité Central del Partido Comunista de China constataba:

"Las circunstancias objetivas que existen actualmente en China son tales que la duración de la situación directamente revolucionaria se medirá no en semanas o en meses, sino en largos años. La revolución china tiene un carácter duradero, no se ha detenido. Por su carácter constituye lo que Marx llamaba una "revolución permanente"."

¿Es esto cierto? Si se comprende bien esta afirmación, es cierta. Pero hay que comprenderla desde la óptica de Marx, y no a la de Lominadzé. Bujarin, que desenmascaró a este último por la utilización que hacía de esta fórmula, no está más cerca de Marx que él. Toda verdadera revolución, en una sociedad capitalista, sobre todo en un gran país y más en particular hoy en día, en la época imperialista, tiende a transformarse en revolución permanente, es decir, a no detenerse en las etapas alcanzadas, a no limitarse a los marcos nacionales, sino a extenderse y profundizarse hasta la transformación total de la sociedad, hasta la abolición definitiva de las diferencias de clase y, por tanto, hasta la supresión completa y final de la posibilidad misma de una nueva revolución. Es en esto en lo que consiste la concepción marxista de la revolución proletaria, que se distingue por ello de la revolución burguesa, limitada ésta por su marco nacional y por sus objetivos específicos. La revolución china tiende a convertirse en permanente en la medida en que encierra la posibilidad de la conquista del poder por el proletariado. Hablar de revolución permanente sin hablar de esta posibilidad y sin contar con ella es hablar para no decir nada. Sólo el proletariado, después de haberse apropiado del poder del estado y de haberlo transformado en instrumento de lucha contra todas las forma de opresión y explotación, tanto dentro del país como más allá de sus fronteras, asegura a la revolución un carácter continuo y la lleva hasta la edificación de la sociedad socialista integral. La condición necesaria de esta edificación es, por tanto, una política que prepare al proletariado para tomar el poder en el momento oportuno. Lominadzé ha hecho de la posibilidad de un desarrollo permanente de la revolución (a condición que la política comunista sea correcta) una fórmula escolástica que garantiza de una sola vez y definitivamente una situación revolucionaria "para largos años". La permanencia de la revolución se convierte así en una ley situada por encima de la historia, independiente de la política de la dirección y del desarrollo material de los acontecimientos revolucionarios. Como siempre sucede en casos similares, Lominadzé y compañía se decidieron a proclamar su fórmula metafísica en cuanto al carácter permanente de la revolución cuando la dirección política de Stalin, Bujarin, Tchen Du-siu y Tan Pinsian habían saboteado completamente la situación revolucionaria.

Después de haber asegurado así la continuidad de la revolución para largos años, el Plenario del Comité Central del Partido Comunista de China, liberado de toda especie de dudas, deducía de esta fórmula que las condiciones eran favorables para la insurrección:

"No solamente la fuerza del movimiento revolucionario de las masas trabajadoras de China no se ha agotado todavía, sino que únicamente ahora empieza a manifestarse por una progresión nueva de la lucha revolucionaria. Estos hechos obligan al Plenario del Comité Central del Partido Comunista de China a reconocer que existe actualmente [noviembre de 1927] en toda China una situación directamente revolucionaria."

La insurrección de Cantón fue la consecuencia inevitable de esta apreciación. Si la situación hubiera sido verdaderamente revolucionaria, la derrota de Cantón sólo habría constituido un episodio particular, y, en todo caso, esta sublevación no habría aparecido como una aventura. A pesar de las condiciones desfavorables en el mismo Cantón, la dirección habría tenido el deber de desencadenar muy rápidamente la insurrección, con el fin de dispersar y debilitar así las fuerzas del enemigo y facilitar la sublevación en otras partes del país.

Sin embargo, varios meses más tarde (y no "largos años") tuvo que confesar que la situación política se había deteriorado bruscamente, y ello antes de la insurrección de Cantón. Las campañas de Ho-Lun y de Ye-Tin ya se desarrollaban en un momento de reflujo revolucionario: los obreros se separaban de la revolución y las tendencias centrífugas se reforzaban. Esto no está en absoluto en contradicción con la existencia de movimientos campesinos en diversas provincias. Siempre ocurre así.

¡Que los comunistas chinos se pregunten ahora, pues, si se habrían atrevido a decidir para diciembre la insurrección de Cantón de haber sabido que, para dicho período, estaban agotadas las fuerzas principales de la revolución y había comenzado el gran declive! Está claro que si hubiesen comprendido en el momento oportuno este cambio radical de la situación, en ningún caso habrían llamado a la insurrección de Cantón. La única forma de explicar la política de la dirección que ha decidido y realizado esta revuelta es que no había comprendido el sentido y las consecuencias de las derrotas de Shanghái y Hupe. No puede haber ninguna otra interpretación. Pero la incomprensión puede servir mucho menos de excusa a la dirección de la Internacional Comunista si se tiene en cuenta que la Oposición había advertido, en el momento oportuno, del cambio de la situación y los nuevos peligros. Los tontos y los calumniadores la habían acusado por ello de derrotismo.

La resolución del VI Congreso confirma que la resistencia insuficientemente opuesta a las "disposiciones putschistas" trajo como consecuencia las sublevaciones infructíferas de Hunan, Hupe, *etc.* ¿Qué hay que entender por "disposiciones putschistas"? Conforme a las directrices de Stalin y Bujarin, los comunistas chinos creían que la situación en China era directamente revolucionaria y que los movimientos parciales tenían todas las posibilidades de ampliarse hasta convertirse en una insurrección general. De esta forma, el desencadenamiento de estos golpes de mano era el resultado de una valoración errónea de las circunstancias en las que se encontraba China hacia el segundo semestre de 1927, inmediatamente después de las derrotas sufridas.

En Moscú se podía hablar mucho de la "situación directamente revolucionaria", acusar a los oposicionistas de derrotismo, con sólo inmunizarse contra el porvenir (sobre todo después de Cantón) por medio de reservas a propósito del "putschismo". Pero en el teatro de los acontecimientos, en la misma China, todo revolucionario honesto tenía el deber de hacer, en la medida de sus fuerzas, todo lo que pudiera para acelerar

la sublevación, ya que la Internacional Comunista había declarado que la situación general era propicia para una insurrección a escala nacional. Así manifiesta el régimen de duplicidad su carácter abiertamente criminal. Al mismo tiempo, la resolución del congreso dice:

"El congreso estima que es absolutamente inexacto considerar la insurrección de Cantón como un putsch. Fue una heroica batalla de retaguardia [¡!] del proletariado chino en el curso del período de la revolución china que acaba de transcurrir; a pesar de los errores de la dirección, este levantamiento permanecerá, para la nueva etapa soviética de la revolución, como un estandarte."

Aquí, la confusión alcanza su cénit. Se subraya el heroísmo del proletariado de Cantón, se hace de él un biombo para ocultar los errores de la dirección, no la de Cantón (que la resolución abandona completamente), sino la de Moscú, que, todavía la víspera, lejos de hablar de una "batalla de retaguardia", hablaba de derrocamiento del gobierno del Kuomintang. ¿Por qué, después de la experiencia de Cantón, el llamamiento a la insurrección es denunciado como putschismo? Porque esta experiencia confirma la inoportunidad del levantamiento. La dirección de la Internacional Comunista necesitaba una nueva lección, dada por el ejemplo, para descubrir lo que ya aparecía claramente sin necesidad de la misma. Pero estas lecciones complementarias para retrasados mentales, dadas así en vivo, ¿no cuestan demasiado caras al proletariado?

Lominadzé (uno de los niños prodigio de la estrategia revolucionaria) juraba en el XV Congreso del Partido Comunista de la URSS que la insurrección de Cantón era necesaria, justa y saludable, precisamente porque inauguraba una era de lucha directa de los obreros y los campesinos por la conquista del poder. Se estuvo de acuerdo con él. En el VI Congreso, Lominadzé ha reconocido que la insurrección no inauguraba una era triunfal, sino que clausuraba una era de derrotas. A pesar de ello, se continúa considerando este levantamiento como necesario, justo y saludable. Simplemente se le ha cambiado el nombre: de un choque entre las vanguardias de las fuerzas en presencia, ha pasado a ser una "batalla de retaguardia". Todo lo demás continúa igual. El intento que se ha hecho de escapar a la crítica de la Oposición camuflándose detrás del heroísmo de los obreros de Cantón tiene tanto peso como, por ejemplo, el del general Rennenkampf intentando pavonearse con el heroísmo de los soldados rusos que él ahogó, con su estrategia, en los pantanos mazurianos. Los proletarios de Cantón son culpables, sin haber cometido ningún error, simplemente por exceso de confianza en su dirección. La dirección de Cantón es culpable de haber tenido una confianza ciega en la política con el espíritu de aventura.

Es radicalmente erróneo comparar la insurrección de Cantón de 1927 con la de Moscú en 1905. Durante el año 1905, el proletariado ruso avanzó paso a paso, arrancando concesiones al enemigo y sembrando la descomposición en sus filas, reuniendo siempre alrededor de su vanguardia una parte cada vez más importante de las masas populares. La huelga de octubre de 1905 fue una victoria inmensa cuya significación histórica fue mundial. El proletariado ruso tenía su propio partido, que no estaba supeditado a ninguna disciplina burguesa o pequeño burguesa. El valor propio, la intransigencia, el espíritu ofensivo del partido aumentaban en cada nueva etapa.

El proletariado ruso había creado soviets en decenas de ciudades, y no en la víspera de la revuelta, sino en el curso del proceso de una lucha de masas por medio de la huelga. A través de estos soviets, el partido estableció una ligazón con las amplias masas, controló su espíritu revolucionario y las movilizó. Viendo que cada día modificaba la correlación

de fuerzas a favor de la revolución, el gobierno zarista pasó a la contraofensiva y le impidió, así, a la dirección revolucionaria disponer de todo el tiempo necesario para movilizar todas sus fuerzas. Bajo tales condiciones, la dirección revolucionaria debía poner todo en marcha para verificar en la práctica el estado de espíritu del último factor decisivo: el ejército. Ese fue el sentido de la insurrección de diciembre de 1905.

En China, los acontecimientos se desarrollaron de un modo directamente contrario. La política estalinista del Partido Comunista de China consistió en una serie de capitulaciones ante la burguesía, acostumbró a la vanguardia obrera a soportar el yugo del Kuomintang. En marzo de 1926, el partido capituló ante Chiang Kai-shek, cuya posición consolidó debilitando la suya propia; comprometió la bandera del marxismo y se transformó en un instrumento secundario de la dirección burguesa. El partido sofocó el movimiento agrario y las huelgas obreras, aplicando las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista sobre el bloque de las cuatro clases. El partido renunció a la organización de los soviets para no complicar, en la retaguardia, la situación de los generales chinos; de tal forma, entregó a Chiang Kai-shek, atados de pies y manos, a los obreros de Shanghái. Después del aplastamiento de Shanghái, de acuerdo con las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, el partido depositó todas sus esperanzas en el Kuomintang de izquierda, pretendido "centro de la revolución agraria". Los comunistas entraron en el gobierno de U-Tchang, que reprimió la huelga y los levantamientos campesinos: preparaban así una nueva y más cruel destrucción de las masas revolucionarias. Después se lanzó una directriz absolutamente aventurista, ordenando una orientación urgente hacia la insurrección. Ese es el origen, primeramente, de la aventura de Ho-Lun y de Yé-Tin, y posteriormente de aquella otra, mucho más dolorosa todavía, que fue el levantamiento de Cantón.

No, todo esto no es en absoluto comparable a la insurrección de diciembre de 1905.

Si un oportunista llama a los acontecimientos de Cantón una aventura, es porque fue una insurrección. Si un bolchevique utiliza para esos hechos la misma denominación, es porque fue una insurrección inoportuna. No en vano un proverbio alemán afirma que cuando dos hombres dicen la misma cosa, eso no significa la misma cosa.

Los funcionarios estilo Thaelmann pueden, a propósito de la revolución china, continuar hablando a los comunistas alemanes de la "apostasía" de la Oposición. Nosotros enseñaremos a los comunistas de Alemania a darle la espalda a los Thaelmann. En efecto, la apreciación llevada a cabo sobre la insurrección de Cantón plantea la cuestión de las lecciones del III Congreso, de un asunto en el que el proletariado alemán se jugó la cabeza.

En marzo de 1921 el Partido Comunista de Alemania intentó una insurrección, apoyándose sobre una minoría agitada del proletariado, mientras que la mayoría, fatigada, transformada en desconfiada por las derrotas anteriores, permanecía pasiva. Los que, en aquella época, dirigieron este intento se esforzaron también en hacerse apreciar por el heroísmo de los obreros en los combates de marzo. Sin embargo, el III Congreso, lejos de felicitarles por esta empresa, condenó su espíritu de aventura. ¿Cuál fue entonces nuestra valoración de los acontecimientos de marzo? "Su esencia [escribíamos] se resume en que el joven partido comunista, horrorizado por un declive patente en el movimiento obrero, hizo un intento desesperado de aprovecharse de la intervención de uno de los destacamentos más activos del proletariado, para "electrizar" a la clase obrera y llevar las cosas, si era posible, hasta una batalla decisiva" Thaelmann no ha comprendido nada de todo esto.

Desde julio de 1923 habíamos exigido que se fijase la fecha de la insurrección en Alemania, con gran asombro de Clara Zetkin, Warsky y otros viejos socialdemócratas, muy venerables pero incorregibles. Pero, a comienzos de 1924, cuando Clara Zetkin declaró que en aquel momento veía la eventualidad de un levantamiento con mucho "más optimismo" que el año anterior, no podíamos hacer otra cosa que encoger los hombros.

"Una verdad elemental del marxismo dice que la táctica del proletariado socialista no puede ser la misma en una situación revolucionaria que cuando ésta no existe."

Este ABC [señalado por Lenin] es admitido verbalmente por todo el mundo hoy en día, pero está muy lejos de ser aplicado en realidad.

La cuestión no es saber lo que los comunistas deben hacer cuando las masas se levantan por sí mismas. Esa es una cuestión especial. Cuando las masas se levantan, los comunistas deben estar con ellas, deben organizarías e instruirlas. Pero el problema se plantea de otra forma: ¿Qué es lo que la dirección ha hecho y qué es lo que tenía que hacer durante las semanas y los meses que precedieron a la insurrección de Cantón? La dirección tenía el deber de explicar a los obreros revolucionarios que, después de las derrotas sufridas como consecuencia de una política errónea, la correlación de fuerzas había cambiado completamente a favor de la burguesía. Trastornadas por el choque, enormes masas obreras, que habían librado inmensos combates, abandonaban el campo de batalla. Es absurdo pensar que se pueda marchar hacia una insurrección campesina cuando las masas proletarias se retiran. Entonces es necesario agruparse, librar combates defensivos, evitando la batalla general (presentándose ésta, visiblemente, sin esperanzas). Si a pesar de un trabajo así de esclarecimiento y de educación, despreciando estas explicaciones, las masas de Cantón se hubiesen sublevado (lo que era poco probable), los comunistas deberían haberse puesto a su cabeza. Pero lo que ocurrió fue justamente lo contrario. La insurrección fue ordenada de antemano, a sabiendas y premeditadamente, a partir de una estimación incorrecta de toda la situación. Se arrastró a un destacamento del proletariado a una lucha manifiestamente sin esperanzas, que permitió al enemigo aniquilar más fácilmente a la vanguardia de la clase obrera. No decirlo abiertamente es engañar a los obreros chinos y preparar nuevas derrotas. El VI Congreso no lo ha dicho.

¿Significan estas críticas que la insurrección de Cantón fuera solamente una aventura, y llevan a una única conclusión, a saber, que la dirección fue completamente incapaz? No, no es ese su sentido. La insurrección de Cantón ha mostrado que, incluso en una ciudad no industrializada, con las viejas tradiciones pequeñoburguesas del sun-yat-senismo, el proletariado se ha revelado capaz de ir a la insurrección, combatir con valentía y conquistar el poder. Este hecho tiene una importancia enorme. Prueba una vez más cuán grande es el papel histórico que puede ejercer la clase obrera, incluso si es relativamente débil numéricamente, en un país históricamente atrasado y en el que la mayoría de la población se compone de campesinos y de pequeños burgueses dispersos. El acontecimiento, una vez más después de 1905 y 1917, ha desmentido completamente a los filisteos estilo Kuusinen, Martinov y compañía, que predican que no se puede soñar con la dictadura del proletariado en la China "agraria". Y, sin embargo, los Martinov y los Kuusinen son actualmente los inspiradores cotidianos de la Internacional Comunista.

La insurrección de Cantón ha mostrado al mismo tiempo que, en el momento decisivo, el proletariado no ha podido encontrar, incluso en la capital pequeñoburguesa del sun-

yat-senismo, un solo aliado político, ni tan siquiera entre los residuos del Kuomintang de izquierda o de ultra-izquierda. Esto significa que la tarea vital que consiste en realizar la alianza entre los obreros y los campesinos pobres incumbe directa y exclusivamente, en China, al partido comunista. Su cumplimiento es una de las condiciones del triunfo de la tercera revolución china, cuya victoria dará el poder a la vanguardia del proletariado, apoyada por la unión de los obreros y los campesinos pobres.

Si se quiere hablar de "apostasía", habremos de decir que los traidores de los héroes y las víctimas de la insurrección de Cantón son aquellos que rehúsan sacar las lecciones de este levantamiento para esconder los crímenes de la dirección. He aquí esas lecciones:

1 ° La insurrección de Cantón ha mostrado que, en China, la vanguardia proletaria es la única capaz de realizar el levantamiento y conquistar el poder. Después de la experiencia de colaboración habida entre el partido comunista y el Kuomintang, la insurrección ha mostrado la total falta de vitalidad y el carácter reaccionario de la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado, opuesta a la de la dictadura del proletariado arrastrando tras de sí a los campesinos pobres.

2º La insurrección de Cantón ha mostrado que, por ser concebida y ejecutada en un sentido contrario al de la marcha de la revolución, aceleró y profundizó su repliegue, facilitando la aniquilación de las fuerzas proletarias por la contrarrevolución burguesa. Esta catástrofe da al período interrevolucionario un carácter doloroso, que será crónico y duradero. El mayor problema es ahora el renacimiento del partido comunista en tanto que organización de la vanguardia del proletariado.

Estas dos conclusiones tienen la misma importancia. Solamente considerándolas conjuntamente se puede juzgar la situación y fijar las perspectivas. El VI Congreso no ha hecho ninguna de las dos cosas. Tomando como base las resoluciones del IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (febrero de 1928), que afirmaba que la revolución china "continuaba", el congreso esquivó la verdad; llegó hasta afirmar que esta revolución entraba en una fase preparatoria. Pero este velo no servirá para nada. Hay que hablar clara y sinceramente; hay que reconocer neta, abierta y brutalmente la ruptura que se ha producido, ajustar la táctica y, al mismo tiempo, seguir una orientación tal que la vanguardia del proletariado sea llevada a ejercer, por medio de la insurrección, un papel preponderante en la China soviética del porvenir.

2- El período interrevolucionario y sus tareas

La política bolchevique se caracteriza no solamente por su envergadura revolucionaria, sino también por su realismo político. Estos dos aspectos del bolchevismo son inseparables. La más importante de las tareas es saber reconocer en el momento oportuno una situación revolucionaria *y* explotarla hasta el final. Pero no es menos importante ser capaz de comprenderlo cuando esta situación ha pasado *y* se ha transformado políticamente en su contraria. No hay nada más vano y más indigno que mostrar el puño después de la batalla. Esta es, sin embargo, la especialidad de Bujarin. Primero ha explicado que el Kuomintang y los soviets eran una misma cosa, y que, a través del Kuomintang, los comunistas podían conquistar el poder sin batalla. Y cuando el Kuomintang aplasta a los obreros, con la ayuda de Bujarin, éste amenaza con el puño. Cuando Bujarin no hacía más que corregir o "completar" a Lenin, su aspecto caricaturesco no sobrepasaba ciertos límites modestos. Cuando pretende dirigir por sí mismo, aprovechando la falta total de conocimientos de Stalin, Rykov y Molotov en las cuestiones internacionales, el

pequeño Bujarin se hincha hasta convertirse en una caricatura gigante del bolchevismo. La estrategia de Bujarin se reduce a rematar y mutilar, en la época del declive, todo lo que ha quedado vivo de la revolución manchada y echada a perder.

Hay que comprender claramente que no hay en la actualidad una situación revolucionaria en China. Es, por el contrario, una situación contrarrevolucionaria la que la ha sustituido; comienza un período interrevolucionario de duración indeterminada. Volved la espalda con menosprecio a quien diga que eso es pesimismo y falta de fe. Cerrar los ojos ante los hechos: ahí está la mala fe, y la más infame de todas.

En China la situación continúa siendo revolucionaria en el fondo en la medida en que todas las contradicciones internas y externas de este país no tienen otra solución que la revolución. Pero en este sentido no hay un solo país en el mundo en el que la situación no deba, algún día, convertirse en abiertamente revolucionaria, a excepción de la URSS, donde, a pesar de cinco años de deslizamiento oportunista, la forma soviética de la dictadura proletaria mantiene todavía la posibilidad de un renacimiento de la Revolución de Octubre por la vía de las reformas.

En ciertos países, la transformación de la revolución potencial en una revolución real es una posibilidad más próxima; en otros es muy lejana. Resulta tanto más difícil predecir la mutación por cuanto que ésta no está solamente determinada por la gravedad de las contradicciones internas, sino también por la intervención de los factores mundiales. Se puede suponer, por muchas razones, que la revolución tendrá lugar en Europa antes que en América del Norte. Pero las previsiones anunciando que la revolución estallará primero en Asia y después en Europa ya tienen un carácter más condicional. Esto es posible, incluso probable, pero no tiene que ser fatalmente así. Nuevas dificultades y complicaciones parecidas a la ocupación del Ruhr en 1923, o bien la agravación de la crisis del comercio y la industria bajo la presión de los Estados Unidos, pueden arrojar en un futuro próximo a los estados europeos a una situación directamente revolucionaria, como en Alemania en 1923, en Inglaterra en 1926 o en Austria en 1927.

El hecho que China atravesase todavía ayer una crisis revolucionaria aguda no aproxima la revolución, ni la adelanta para hoy o para mañana, sino que, por el contrario, la aleja. El período que siguió a la revolución de 1905 conoció grandes conmociones revolucionarias y transformaciones en los países de oriente (Persia, Turquía, China) pero en la misma Rusia la revolución no renació sino doce años más tarde, en relación con la guerra imperialista. Ciertamente, estos plazos no son obligatorios para China. El ritmo general de desarrollo de las contradicciones mundiales se ha acelerado: es todo lo que puede decirse. Pero hay que tener en cuenta el hecho que, precisamente en China, la revolución ha sido rechazada hasta un futuro indeterminado. Hay algo más grave: no han terminado todavía las consecuencias de la derrota. Entre nosotros, el reflujo se prolongó durante 1907, 1908, 1909 y, parcialmente, 1910, año en que, en gran medida, gracias a la recuperación de la industria, la clase obrera se reanimó. Ante el Partido Comunista de China se abre un barranco no menos abrupto. Es necesario, en esta situación, saber agarrarse a cada saliente, conservar con tenacidad cada punto de apoyo con el fin de no caerse y romperse el cuello.

El Partido Comunista de China, y para comenzar su vanguardia, debe asimilar la inmensa experiencia de las derrotas y, con métodos de acción nuevos, reconocer la nueva situación; debe reajustar sus filas dislocadas; debe renovar sus organizaciones de masas; debe, más clara y netamente que hasta ahora, precisar su actitud frente a los problemas que se plantean al país: unidad y liberación nacional, revolución agraria.

Por otra parte, la burguesía china tiene que gastar el capital acumulado en sus victorias. Las contradicciones que existen en su seno, así como entre la burguesía y el mundo exterior, deben ser, una vez más, puestas al desnudo y agravadas. Un nuevo reagrupamiento de las fuerzas debe tener una repercusión en el campesinado y relanzar su actividad. Gracias a estos signos se podrá reconocer que la situación ha vuelto a convertirse en revolucionaria a un nivel histórico más elevado.

"Los que han tenido que vivir (decía Lenin el 23 de febrero de 1918) los largos años de las batallas revolucionarias, en la época del ascenso de la revolución y en la época de su caída en el abismo, cuando los llamamientos revolucionarios a las masas no encontraban ningún eco, saben que, sin embargo, la revolución siempre vuelve a levantarse."

El ritmo que siga la revolución china "levantándose" no dependerá solamente de las condiciones objetivas sino, también, de la política de la Internacional Comunista.

La resolución del congreso da un rodeo diplomático alrededor de estos problemas esenciales; siembra reservas a derecha e izquierda a fin de salvarse: podemos decir que, como los abogados, crea de antemano los motivos que permitirán presentar los recursos de casación y apelación.

Es cierto que reconoce que "la consigna del levantamiento de las masas se convierte en una consigna propagandística, y sólo en la medida en que se prepare un nuevo flujo de la revolución se convertirá de nuevo en práctica e inmediatamente aplicable". Notemos, de pasada, que en febrero de este año una actitud parecida era todavía denominada trotskysmo. Hay que comprender, sin duda, que este término designa la capacidad para tener en cuenta los hechos y sus consecuencias más rápidamente de lo que pueda hacerlo la dirección de la Internacional Comunista.

Pero la resolución del congreso no va más lejos de esta transformación de la insurrección armada en una consigna de propaganda. Los informes no aportan ninguna otra cosa sobre este punto. ¿Qué debemos esperar en el curso del próximo período? ¿Qué orientación hay que seguir en el trabajo? No hay ninguna perspectiva.

Para captar bien y a fondo las lecciones que se pueden sacar todavía de una reflexión sobre este tema, echemos de nuevo un vistazo a la jornada de ayer, a esta misma resolución del comité central chino que ofrece la manifestación más asombrosa de una ligereza de espíritu "revolucionario" agravada por el oportunismo.

El Plenario del Comité Central del Partido Comunista de China, dirigido por los niños prodigio del centrismo de izquierda, adoptaba, en noviembre de 1927, en vísperas de la insurrección de Cantón, la resolución siguiente:

"Considerando la situación política creada después del golpe de estado contrarrevolucionario de Hunan, el Comité Central del Partido Comunista de China ha afirmado ya, en sus tesis de agosto, que sobre la base de las actuales relaciones sociales, económicas y políticas, la estabilización de la reacción militar burguesa en China es absolutamente imposible."

En esta extraordinaria tesis sobre la estabilización se ha hecho la misma operación, sólo que a propósito de la situación revolucionaria. Estos dos conceptos han sido transformados en sustancias irremediablemente opuestas la una a la otra. Si (no importa bajo qué circunstancias) la situación revolucionaria está asegurada para "largos años", está claro que la estabilización, pase lo que pase, es "absolutamente imposible". Una completa a la otra, dentro de un sistema de principios metafísicos. Bujarin y su amigo-enemigo Lominadzé comprenden tan mal, tanto uno como otro, que la situación revolucionaria y su contrario, la estabilización, no son solamente un terreno para la

lucha de clases, sino que constituyen también su contenido viviente. Hemos escrito ya una vez que la "estabilización" es un "objeto" de la lucha de clases, y no una arena fijada de antemano para ésta. El proletariado quiere desarrollar y utilizar una situación de crisis, mientras que la burguesía pretende poner fin a esa crisis y superarla por medio de la estabilización. La estabilización es el "objeto" de la lucha de estas fuerzas fundamentales de clase. Bujarin se rió primero burlonamente de esta definición, para introducirla en seguida, textualmente, de tapadillo, en un informe impreso, presentado a un plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Pero, incluso admitiendo nuestra fórmula, especialmente dirigida contra su escolástica, Bujarin no comprendió en absoluto el significado de nuestra definición. En cuanto a las cabriolas caprichosas que ejecuta hacia la izquierda Lominadzé, su radio es muy restringido, porque el valiente niño prodigio no se atreve a romper la cuerda que le sujeta a Bujarin.

Naturalmente, la estabilización absoluta es algo totalmente opuesto a una situación revolucionaria absoluta. La conversión de uno de estos absolutos en el otro es "absolutamente imposible". Pero si se desciende de esas ridículas cimas teóricas, nos encontramos con que antes del triunfo completo y definitivo del socialismo hay grandes probabilidades de que la situación revolucionaria se convierta, más de una vez, en estabilización relativa (y viceversa). Permaneciendo el resto de las cosas iguales, el peligro de transformación de una situación revolucionaria en estabilización burguesa es tanto mayor cuanto menos capaz sea la dirección revolucionaria de explotar la situación. La dirección de la camarilla de Chiang Kai-shek fue superior a la de Chen Tu-siu y Tan Pinsian. Pero no es esta dirección la que tomaba las decisiones: el imperialismo entero guiaba a Chiang Kai-shek con amenazas y promesas y por medio de su ayuda directa. La Internacional Comunista guiaba a Chen Tu-siu. Aquí cruzaron sus espadas dos direcciones de envergadura mundial. La de la Internacional Comunista mostró en todas las etapas de la lucha su perfecta mediocridad, facilitando así al máximo la tarea de la dirección imperialista. Bajo tales condiciones, la transformación de la situación revolucionaria en estabilización burguesa no solamente no es "imposible", sino que es absolutamente inevitable. Más aún: se realiza, dentro de determinados límites ya se ha producido.

Para Europa, Bujarin ha anunciado un nuevo período de estabilización "orgánica". Asegura que en los próximos años no se debe esperar en Europa una repetición de los acontecimientos de Viena ni, en general, sacudidas revolucionarias. No se sabe por qué. La lucha por la conquista del poder pasa al último plano en Europa, en beneficio de la lucha que hay que llevar a cabo contra la guerra. En cambio, cuando se trata de China, se niega la estabilización de la misma forma que el V Congreso la negó para Alemania después de la derrota de 1923. Todo pasa y todo cambia, exceptuando los errores de la Internacional Comunista.

La derrota de los obreros y los campesinos en China se corresponde inevitablemente con una consolidación política de las clases dirigentes chinas; ahí está precisamente el punto de partida de la estabilización económica. Una cierta puesta en orden de la circulación interior y de las relaciones comerciales exteriores después de la pacificación o la limitación del sector en el que reina la guerra civil, entrañan automáticamente una recuperación de la actividad económica. Las necesidades vitales del país, completamente devastado y agotado, deben ser satisfechas en algún grado. El número de los obreros empleados tiene que aumentar.

Sería ceguera cerrar los ojos a la existencia de ciertas premisas políticas para el

desarrollo ulterior de las fuerzas productivas del país, desarrollo que, naturalmente, tomará formas de servidumbre capitalista. Las premisas políticas no bastan por sí solas. También es necesario un impulso económico, sin el cual no se lograría el éxito sobre la reorganización más que con una relativa lentitud. Este empujón exterior puede venir dado por la afluencia de capitales extranjeros. En este momento, Norte América ya ha tomado el atajo, adelantando al Japón y a Europa, al consentir, en la forma, la conclusión de un "tratado equitativo". La depresión interna, habiendo recursos disponibles, hace más que probable una vasta intervención económica de los Estados Unidos en China, manteniendo evidentemente el Kuomintang las puertas ampliamente abiertas. No hay duda de que los países europeos (en particular Alemania, en lucha contra la crisis que se agrava rápidamente) intentarán desembarcar en el mercado chino.

Dada la inmensa extensión de China y lo multitudinario de su población, incluso éxitos débiles en la construcción de carreteras, incluso un simple aumento en la seguridad de los transportes, acompañados de cierta regularización del cambio, deben aumentar automáticamente de forma considerable la circulación comercial y, por ello mismo, animar a la industria. En la actualidad, los países capitalistas más importantes, entre ellos y no el que menos los Estados Unidos, preocupados por la salida de sus automóviles, están interesados en el establecimiento de carreteras de todo tipo.

Para estabilizar el cambio chino y para trazar las carreteras es preciso un gran empréstito del extranjero. Se está discutiendo la posibilidad de tal empréstito y se reconoce como absolutamente real en la prensa financiera anglosajona influyente. Se habla de un consorcio internacional bancario para amortizar las deudas de China y concederle nuevos créditos. Actualmente, la prensa bien informada ya estima que este futuro negocio es el "más importante de la historia mundial".

En qué medida serán ejecutados estos proyectos grandiosos es algo imposible de decir sin una documentación más abundante; no obstante, ésta se refiere, en parte, a operaciones que tienen lugar entre bastidores. Pero no hay duda que, en un futuro próximo, los acontecimientos seguirán esta dirección. Hoy la prensa ya ofrece decenas de informaciones mostrando que la pacificación extremamente relativa de China y su unificación, todavía más relativa, ya han provocado un progreso en los terrenos más diversos de la vida económica. Una buena cosecha en casi toda China apunta en el mismo sentido. Los diagramas de la circulación interior, de las importaciones, de las exportaciones, evidencian signos de desarrollo.

Sobra decir que no se deben repetir los errores de ayer al revés. A la estabilización semicolonial capitalista no hay que atribuirle no se sabe qué rasgos rígidos, incambiables, metafíisicos para decirlo en una sola palabra. Será una estabilización muy desigual, expuesta a todos los vientos de la política mundial, así como a los peligros internos, que todavía no han sido eliminados. No obstante, esta estabilización burguesa, muy relativa, es algo muy distinto a una situación revolucionaria. Es verdad que, materialmente, las relaciones fundamentales entre las clases continúan siendo las mismas. Pero las relaciones políticas entre sus fuerzas, para el período que estamos considerando, se han modificado radicalmente. El hecho que el partido comunista se haya visto obligado casi enteramente a retroceder a sus posiciones de partida, manifiesta también esta modificación. Deberá reconquistar su influencia política partiendo casi desde cero. Lo que se ha adquirido es la experiencia. Pero para que resulte positiva y no negativa, esta experiencia debe ser juiciosamente asimilada, esto es completamente necesario. Mientras tanto, la burguesía actúa con más seguridad, con más cohesión. Ha pasado a

la ofensiva. Se fija a sí misma grandes tareas para mañana. El proletariado retrocede, está lejos de resistir siempre los golpes. El campesinado, privado de una dirección un poco centralizada, hierve aquí y allá, pero sin posibilidades reales de éxito. No obstante, el capital extranjero viene en ayuda de la burguesía china con la intención de doblegar todavía más cerca del suelo, por intermedio de ésta, a las masas laboriosas chinas. Ese es el mecanismo de la estabilización. Pasado mañana, cuando Bujarin se tope de frente con los hechos, proclamará que hasta entonces se podía considerar la estabilización como "ocasional", pero que, en la actualidad, está claro que es "orgánica". En otras palabras, una vez más saltará por encima de las parihuelas, sólo que apoyándose esta vez sobre el pie derecho.

La recuperación económica se corresponderá, por su parte, con la movilización de nuevas decenas y centenares de miles de obreros chinos, con el fortalecimiento de sus filas, con el crecimiento de su peso específico en la vida social del país, y por ello mismo con un aumento de la confianza revolucionaria en sí mismos. La animación del comercio y la industria en China hará que pronto alcance toda su agudeza el problema del imperialismo. Si el Partido Comunista de China, influenciado por la escolástica de Bujarin y Lominadzé, da la espalda al proceso que se desarrolla efectivamente en el país, perderá el punto de apoyo económico de la recuperación del movimiento obrero. Al principio, el aumento del peso específico del proletariado y de su confianza de clase se manifestará en un renacimiento de las luchas, en las huelgas y la consolidación de los sindicatos. Es inútil decir que así se abrirán serias posibilidades ante el Partido Comunista de China. Ignoramos cuánto tiempo tendrá que permanecer en la clandestinidad. En cualquier caso, es necesario reforzar y perfeccionar la organización ilegal a lo largo del próximo período. Pero esta tarea no puede ser llevada a cabo al margen de la vida y la lucha de las masas. El aparato ilegal tendrá tantas más posibilidades de desarrollarse cuanto más íntimamente lo arropen las organizaciones legales y semilegales de la clase obrera, y cuanto más penetre dentro de ellas. Es necesario que el Partido Comunista de China renuncie a todas las orejeras doctrinales y que esté atento al pulso de la vida económica del país. En el momento oportuno, debe ponerse a la cabeza de las huelgas, tomar la iniciativa de la resurrección de los sindicatos y de la lucha por la jornada de ocho horas. Sólo bajo estas condiciones puede realizarse sobre una base seria su participación en la vida política del país.

***

"No puede plantearse [decía en el congreso uno de los delegados chinos] una consolidación del poder del Kuomintang." (Pravda, 28 de agosto de 1928.) Esto es falso. Puede perfectamente "plantearse" una consolidación, incluso muy considerable, del poder del Kuomintang, incluso para un período también muy importante.

En el período considerado la burguesía china ha logrado victorias muy importantes sobre los obreros y los campesinos con una facilidad que no preveía. La consecuente recuperación de su conciencia de clase se ha hecho sentir netamente en la conferencia económica que se reunió a fines de junio en Shanghái, conferencia que, de alguna forma, ha sido el preparlamento económico de la burguesía china. Ha mostrado que quiere recoger los frutos de su victoria. En este camino evita a los militaristas y a los imperialistas, con cuya ayuda ha triunfado sobre las masas. La burguesía quiere la autonomía aduanera, este jalón de la independencia económica, y la unificación tan completa como sea posible de China: abolición de las aduanas interiores, que

desorganizan el mercado; supresión de la arbitrariedad de las autoridades militares, que confiscan el material que circula por los ferrocarriles y atenían contra la propiedad privada; reducción de los ejércitos, que pesan gravemente sobre la economía del país. La creación de un valor monetario único y la puesta en orden de la administración también persiguen ese objetivo. Todas estas exigencias han sido formuladas por la burguesía en su preparlamento económico. El Kuomintang ha tomado nota formalmente; pero, totalmente dividido entre las camarillas militares regionales, es un obstáculo para la realización de estas medidas.

Los imperialistas extranjeros representan otro obstáculo más importante. No sin razón, la burguesía cree que explotará con más éxito las contradicciones interimperialistas y que obtendrá compromisos más ventajosos, cuanto mejor haya sabido obligar en su provecho a las camarillas militares del Kuomintang a someterse al aparato del estado burgués centralizado. En este sentido se dirigen las aspiraciones actuales de los elementos más "progresistas" de la burguesía y de la democracia pequeñoburguesa.

La idea de la Asamblea Nacional, coronación de las victorias conseguidas, medio de barrer a los militaristas, representación autorizada de la burguesía china en los negocios a tratar con el capital extranjero, nace de esta voluntad. El progreso económico que se esboza ante nosotros no puede más que envalentonar a la burguesía, y la obliga a ver con una hostilidad particular todo lo que pueda atentar contra la regularidad de la circulación de las mercancías y desorganice el mercado nacional. La primera etapa de la estabilización económica aumentará con seguridad las posibilidades de éxito del parlamentarismo chino, y exigirá, como consecuencia, que el Partido Comunista de China dé pruebas también en esta cuestión, en el momento oportuno, de su iniciativa política.

Puesto que ha vencido a los obreros y los campesinos, la burguesía china sólo puede plantearse una asamblea archicensataria, que tal vez dará simplemente forma a las representaciones industriales y comerciales sobre la base de las cuales se convocó la conferencia económica de Shanghái. La democracia pequeñoburguesa, que inevitablemente comenzará a agitarse contra el declive de la revolución, formulará consignas más "democráticas". Buscará ligarse así a ciertas capas superiores de las masas populares de las ciudades y el campo.

El desarrollo "constitucional" de China, al menos en su próxima etapa, está íntimamente ligado a la evolución interna del Kuomintang, que concentra actualmente el poder del estado. El último pleno de agosto del Kuomintang ha decidido, por lo que podemos saber, convocar para el 1 de enero de 1929 el congreso del partido, que ha sido retrasado durante tanto tiempo como consecuencia del miedo que tenía el centro a perder el poder (como vemos, la "particularidad" de China no es muy particular). En su orden del día figura el problema de la constitución china. Es cierto que acontecimientos cualesquiera, interiores o exteriores, pueden impedir el congreso de enero del Kuomintang y toda la era constitucional de la estabilización de la burguesía china. Esta eventualidad siempre es posible. Pero si no intervienen nuevos factores, la cuestión del régimen estatal en China, los problemas constitucionales, estarán en el centro de la atención pública en el próximo período.

¿Qué posición tomará el partido comunista? ¿Qué opondrá a ese proyecto de constitución del Kuomintang? ¿Puede decir el partido comunista que, como se prepara para crear soviets en el porvenir, cuando se produzca un reavivamiento revolucionario, le es indiferente que exista o no, de aquí a entonces, en China una Asamblea Nacional

(poco importa que sea censataria o abierta a todo el pueblo)? Semejante actitud sería superficial, vacía, pasiva.

El partido comunista puede y debe formular la consigna de una Asamblea Constituyente con plenos poderes, elegida por sufragio universal, igual, directo y secreto. Durante la agitación que se desarrolle a favor de esta consigna evidentemente se tendrá que explicar a las masas que es muy dudoso que se convoque una asamblea así, y que si lo fuera, sería impotente mientras el poder material continuase en manos de los generales del Kuomintang. Así aparece la posibilidad de abordar de una forma nueva la consigna del armamento de los obreros y los campesinos.

La animación política ligada a la recuperación económica, convertirá de nuevo en protagonista la cuestión agraria. Pero, durante cierto período, ésta puede verse planteada en el terreno parlamentario, es decir, que puede ser que veamos a la burguesía, y sobre todo a la democracia pequeñoburguesa, intentar "resolverla" por la vía legislativa. El partido comunista no puede adaptarse a la legalidad burguesa, no puede capitular ante la propiedad burguesa. Por tanto, puede y debe tener su propio proyecto acabado para dar una solución de conjunto a la cuestión agraria sobre la base de la confiscación de las propiedades terratenientes que sobrepasen cierta extensión (variable según las provincias). En el fondo, el proyecto comunista de ley agraria debe ser la futura revolución agraria. Pero el partido comunista puede y debe introducir su fórmula en la lucha por la Asamblea Nacional, y dentro de esta asamblea misma, si llega a ser convocada.

La consigna de la Asamblea Nacional (o Constituyente) se combina así estrechamente con las otras: la jornada de ocho horas, la confiscación de tierras y la independencia nacional completa de China. En estas consignas es donde se manifiesta la etapa democrática del desarrollo de la revolución china. En el plano político internacional, el partido comunista reivindicará la alianza con la URSS. Combinando juiciosamente estas consignas, avanzando cada una en el momento oportuno, el partido comunista podrá salir de la clandestinidad, formar un bloque con las masas, conquistar su confianza y aproximar así el momento de la creación de los soviets y de la lucha directa por el poder.

Esta etapa democrática de la revolución impone tareas históricas muy determinadas. Pero el carácter democrático de estas tareas no determina en absoluto, por sí mismo, las clases que resolverán estos problemas ni fija las condiciones bajo las que lo harán. En el fondo, todas las grandes revoluciones burguesas tenían que resolver problemas del mismo tipo, pero se planteaban con mecanismos de clase diferentes. En la lucha por los objetivos democráticos en China, en el curso del período interrevolucionario, el partido comunista reunirá sus fuerzas, controlará él mismo sus consignas y sus métodos de acción. Si, por ello mismo, le toca pasar por un período de parlamentarismo (lo que es posible, incluso probable, pero en absoluto inevitable), la vanguardia proletaria podrá reconocer a sus enemigos y adversarios examinándolos a través del prisma del parlamento. A lo largo del período preparlamentario y parlamentario esta vanguardia deberá llevar una lucha intransigente para conquistar la influencia sobre los campesinos, para dirigir políticamente al campesinado de forma directa. Incluso en el caso que la Asamblea Nacional llegase a constituirse de manera muy democrática, los problemas fundamentales no dejarían de tener que ser resueltos por la fuerza. A través del período parlamentario, el partido comunista llegará a una lucha directa e inmediata por el poder, pero poseerá una base histórica más madura; la victoria se hará más segura.

Hemos dicho que la etapa parlamentaria era probable, pero no inevitable. Una nueva

descomposición del país, así como causas exteriores, pueden impedirla; de todos modos, en el primer caso podría surgir un movimiento a favor de parlamentos regionales. Pero todo esto no disminuye la importancia de la lucha por una Asamblea Nacional convocada democráticamente que, por sí misma, se introduciría como una cuña entre los agrupamientos de las clases poseedoras y ampliaría el marco de la actividad del proletariado.

Sabemos por adelantado que todos los "dirigentes" que han predicado el bloque de las cuatro clases y las comisiones de arbitraje en lugar de las huelgas, que han ordenado mediante despachos no extender el movimiento agrario, que han aconsejado no aterrorizar a la burguesía, que han prohibido la creación de los soviets, subordinado el partido comunista al Kuomintang, aclamado a Wan Tin-wie como jefe de la revolución agraria, sabemos que todos estos oportunistas culpables de la derrota de la revolución van a intentar engordar a costa del ala izquierda y que ven en nuestra forma de plantear el problema "ilusiones constitucionales" y una "desviación socialdemócrata". Creemos que es indispensable prevenir a tiempo a los comunistas y a los obreros avanzados chinos contra el falso radicalismo vacío de aquellos que, ayer mismo, tenían como favorito a Chiang Kai-shek. No es posible desembarazarse de un proceso histórico por medio de citas deformadas, de la confusión, de kilómetros de resoluciones; mediante toda clase de trucos burocráticos y literarios no se puede escapar de los hechos y las clases. Los acontecimientos llegan y juzgan. Aquellos para quienes no sea suficiente con el control del pasado no tienen más que esperar al del porvenir. Pero que no olviden en ningún momento que esta verificación se realiza a costa de la vanguardia proletaria.

3-Los soviets y la Asamblea Constituyente

Esperamos que no sea necesario plantear aquí el problema general de la democracia formal, es decir, de la democracia burguesa. Nuestra actitud con respecto a ella no tiene nada en común con la negación estéril del anarquismo. La consigna y las normas de la democracia se presentan bajo formas diversas para los diferentes países, según la etapa en que se encuentre la evolución de la sociedad burguesa. Las consignas democráticas contienen durante cierto tiempo ilusiones y engaños, pero encierran en su seno una fuerza política animadora:

"Mientras la lucha de la clase obrera por todo el poder entero no esté a la orden del día, tenemos el deber de utilizar todas las formas de la democracia burguesa." [Lenin]

Desde el punto de vista político, la cuestión de la democracia formal recubre el problema de nuestra actitud no solamente frente a las masas pequeñoburguesas sino, también, frente a las masas obreras, en la medida en que estas últimas no hayan adquirido todavía una conciencia revolucionaria de clase. En condiciones en que progresaba la revolución, en el momento de la ofensiva del proletariado, la irrupción en la vida política de las capas de base de la pequeña burguesía se manifestó en China por medio de revueltas campesinas, conflictos con las tropas gubernamentales, huelgas de todo tipo, la masacre de los pequeños administradores. En la actualidad, todos los movimientos de este tipo disminuyen claramente. La soldadesca triunfante del Kuomintang domina la sociedad. Cada día de estabilización producirá choques cada vez más numerosos entre este militarismo y esta burocracia, por una parte, y, por la otra, no solamente los obreros avanzados, sino también la masa pequeñoburguesa predominante en las ciudades y en el campo e incluso, dentro de determinados límites, la gran burguesía. Antes de que el

desarrollo de estas colisiones las transforme en una lucha revolucionaria clara, pasarán, según todos los datos, por un estadio "constitucional". Los conflictos entre la burguesía y sus propias camarillas militares se extenderán inevitablemente, por medio de un "tercer partido" o por otras vías, a las capas superiores de las masas pequeñoburguesas. En el plano económico y cultural, estas masas son extraordinariamente débiles. Su fuerza política potencial se reduce a su número. Las consignas de la democracia formal conquistan o son capaces de conquistar no solamente a las masas pequeñoburguesas sino, también, a las grandes masas obreras, precisamente porque les ofrecen la posibilidad (al menos aparente) de oponer su voluntad a la de los generales, los terratenientes y los capitalistas. La vanguardia proletaria educa a las masas sirviéndose de esta experiencia y las lleva hacia adelante.

El ejemplo de Rusia muestra que, cuando progresa la revolución, el proletariado organizado en soviets puede, por medio de una política correcta dirigida hacia la conquista del poder, arrastrar al campesinado, hacerle chocar frontalmente con la democracia formal personificada por la Asamblea Constituyente y empujarle por el camino de la democracia soviética. En cualquier caso, no se llega a estos resultados oponiendo simplemente los soviets a la Asamblea Constituyente, sino arrastrando a las masas hacia los soviets, conservando siempre las consignas de la democracia formal hasta el momento de la conquista del poder e incluso después.

"Es un hecho histórico plenamente establecido y absolutamente indiscutible que en septiembre, octubre y noviembre de 1917, en virtud de una serie de condiciones particulares, la clase obrera de las ciudades, los soldados y los campesinos de Rusia estaban preparados de un modo excepcional para aceptar el régimen soviético y disolver el parlamento burgués más democrático. Y pese a ello, los bolcheviques no boicotearon la Asamblea Constituyente, sino que participaron en las elecciones, tanto antes como después de la conquista del poder político por el proletariado...incluso unas semanas antes de la victoria de la república soviética, e incluso después de esta victoria, la participación en un parlamento democrático burgués, lejos de perjudicar al proletariado revolucionario, le permite demostrar con mayor facilidad a las masas atrasadas por qué semejantes parlamentos merecen ser disueltos, facilita el éxito de su disolución, facilita "la caducidad política" del parlamentarismo burgués." (Lenin)

Cuando adoptamos las medidas prácticas directas para dispersar la Asamblea Constituyente recuerdo cómo Lenin insistió especialmente en que se hiciera venir a Petrogrado uno o dos regimientos de cazadores letones, compuestos sobre todo de obreros agrícolas. "La guarnición de Petrogrado es casi enteramente campesina; puede vacilar ante la Constituyente." Así expresaba Lenin sus preocupaciones. En este asunto no se trataba en absoluto de "tradiciones" políticas, porque el campesinado ruso no podía tener tradiciones serias de democracia parlamentaria. El fondo del problema es que la masa campesina, una vez que se ha despertado a la vida histórica, no se siente inclinada en absoluto a confiar de repente en una dirección proveniente de las ciudades, incluso si es proletaria, sobre todo en un período no revolucionario; esta masa busca una fórmula política simple que exprese directamente su propia fuerza política, es decir, el predominio del número. La expresión política de la dominación de la mayoría es la democracia formal.

No hay que decir que sería una pedantería digna de Stalin afirmar que las masas populares no pueden y no deben jamás, bajo ninguna circunstancia, "saltar" por encima del escalón "constitucional". En algunos países, la época del parlamentarismo dura

largas decenas de años, incluso siglos. En Rusia, este período no se prolongó más que durante los pocos años del régimen seudoconstitucional y el único día de existencia de la Constituyente. Históricamente, se puede concebir perfectamente situaciones en las que no existan siquiera estos pocos años y este único día. Si la política revolucionaria hubiera sido correcta, si el partido comunista hubiera sido completamente independiente del Kuomintang, si se hubieran formado soviets en 1925-1927, el desarrollo revolucionario habría podido conducir a la China de hoy a la dictadura del proletariado, sin pasar por la fase democrática. Pero incluso en ese caso la fórmula de la Asamblea Constituyente que el campesinado no ha ensayado en el momento más crítico, que no ha experimentado y que, por tanto, le ilusiona todavía, habría podido, tras la primera diferencia seria entre el campesinado y el proletariado, al día siguiente mismo de la victoria, convertirse en la consigna de los campesinos y de los pequeño burgueses de las ciudades contra los proletarios. A pesar de todo, los conflictos importantes entre el proletariado y el campesinado, incluso en unas condiciones favorables a su alianza, son absolutamente inevitables, como lo demuestra la Revolución de Octubre. Nuestra mayor ventaja residía en este hecho: la mayoría de la Asamblea Constituyente se había formado durante la lucha de los partidos dominantes por la continuación de la guerra y contra la confiscación de la tierra por los campesinos; por consiguiente, estaba seriamente comprometida a los ojos del campesinado en el momento en que fue convocada la asamblea.

***

¿Cómo caracteriza la resolución del congreso, adoptada tras la lectura del informe de Bujarin, el período actual del desarrollo de China y las tareas que se desprenden? El párrafo 54 de esta resolución dice:

"En la actualidad, la tarea principal del partido (durante el período comprendido entre dos oleadas de ascenso revolucionario) es luchar por conquistar a las masas, es decir, que debe realizar un trabajo de masas entre los obreros y los campesinos, restablecer sus organizaciones, utilizar todo descontento contra los propietarios terratenientes, los burgueses, los generales, los imperialistas extranjeros."

Aquí hay realmente un ejemplo clásico de doble sentido, del tipo de los más célebres oráculos de la antigüedad. El período actual está caracterizado como "comprendido entre dos oleadas de ascenso revolucionario". Esta fórmula nos resulta conocida. El V Congreso la había aplicado a Alemania. Toda situación revolucionaria no se desarrolla uniformemente, sino que conoce flujos y reflujos. Esta fórmula ha sido elegida con premeditación, para que no se pueda pensar al interpretarla que confiesa la existencia de una situación revolucionaria, en la cual se produce simplemente un pequeño momento de "calma" antes de la tempestad. Por si acaso, se podría creer también que admite que se agotará todo un período entre dos revoluciones. Tanto en un caso como en otro, será posible comenzar una futura resolución con las palabras "como habíamos previsto" o "como habíamos predicho".

En todo pronóstico histórico hay, inevitablemente, un elemento condicional. Cuanto más breve es el período considerado, más importante es este elemento. En general, es imposible establecer un pronóstico que dispense a los dirigentes del proletariado de tener que analizar más tarde la situación. Un pronóstico no fija una necesidad invariable; es su orientación lo que tiene importancia. Se puede y se debe ver hasta qué punto todo pronóstico es condicional. Se puede incluso, en determinadas situaciones, presentar

varias variantes para el porvenir, delimitándolas de forma reflexiva. En fin, en el caso de una situación problemática, se puede renunciar totalmente, a título provisional, a establecer un pronóstico y aconsejar simplemente esperar y observar. Pero todo eso debe ser hecho clara, abierta y honestamente. A lo largo de los cinco últimos años, los pronósticos de la Internacional Comunista no han sido directrices, sino trampas para la direcciones de los partidos de los diversos países. El objetivo principal de estos pronósticos es inspirar la veneración por la sabiduría de la dirección y, en caso de derrota, salvar el "prestigio", ese supremo fetiche de los débiles.

Es un método que permite obtener revelaciones de los oráculos, y no proceder a análisis marxistas. Presupone, en la práctica, la existencia de "chivos expiatorios". Es un sistema desmoralizador. Los errores ultraizquierdistas de la dirección alemana en 1924-1925 eran, justamente, el resultado de la misma manera pérfida de formular con doble sentido una opinión sobre las "dos oleadas del ascenso revolucionario". La resolución del VI Congreso puede producir otras tantas desgracias.

Hemos conocido la ola revolucionaria de antes de Shanghái, y después la de U-Tchang. Ha habido muchas otras, más limitadas y más localizadas. Todas se basaban en el ascenso revolucionario general de 1925-1927. Pero este ascenso histórico ha terminado. Hay que comprenderlo y decirlo con claridad. De ello se desprenden consecuencias estratégicas importantes.

La resolución hace referencia a la necesidad de "utilizar" todo descontento contra los propietarios terratenientes, los burgueses, los generales y los imperialistas extranjeros. Esto es indiscutible, pero es demasiado vago. ¿Cómo "utilizarlo"? Si estamos entre dos oleadas de ascenso revolucionario, entonces toda manifestación un poco importante de descontento puede ser considerada como el famoso "comienzo de la segunda oleada" (según Zinóviev y Bujarin). Entonces la consigna propagandística de la insurrección armada deberá convertirse rápidamente en una consigna de acción. De ahí puede nacer un "segundo ataque" de putschismo. El partido utilizará de una forma totalmente distinta el descontento de las masas si lo considera situado en una perspectiva histórica correcta. Pero el VI Congreso no dispone de esta "bagatela" (una perspectiva histórica correcta) en ninguna cuestión. Esta laguna hizo del V Congreso un fracaso. Por ello puede desmembrarse enteramente la Internacional Comunista.

Después de haber condenado de nuevo las tendencias putschistas a las que ella misma prepara el terreno, la resolución del congreso continúa:

"Por otra parte, ciertos camaradas han caído en un error oportunista: avanzan la consigna de la Asamblea Nacional."

En qué consiste el oportunismo de esta consigna es algo que no explica la resolución. Solamente el delegado chino Strajov, en su discurso de clausura sobre las lecciones de la revolución china, intenta dar una explicación. He aquí lo que dice:

"Por la experiencia de la revolución china vemos que cuando la revolución en las colonias (¿?) se aproxima al momento decisivo, la cuestión se plantea netamente: o bien la dictadura de los propietarios terratenientes y de la burguesía, o bien la del proletariado y el campesinado."

Naturalmente, cuando la revolución (y no solamente en las colonias) "se aproxima al momento decisivo", entonces toda forma de actuar como se ha hecho con el Kuomintang, es decir, todo colaboracionismo, es un crimen de consecuencias fatales: sólo se puede concebir, pues, una dictadura de los poseedores o una dictadura de los trabajadores. Pero, como ya hemos visto, incluso en momentos semejantes, para triunfar de forma

revolucionaria sobre el parlamentarismo, no se le debe negar estérilmente. No obstante, Strajov va todavía más lejos:

"Allí (en las colonias) la democracia no puede existir: sólo es posible la dictadura burguesa abierta. No puede haber ninguna vía constitucional."

Esto es extender de forma doblemente inexacta una idea correcta. Si en los "momentos decisivos" de la revolución, la democracia burguesa se ve inevitablemente torpedeada (y no solamente en las colonias), esto no significa en absoluto que sea imposible en los períodos interrevolucionarios. Pero precisamente Strajov y todo el congreso no quieren reconocer que ya ha pasado el "momento decisivo", durante el cual los comunistas se complacían en las peores ficciones democráticas en el seno del Kuomintang. Antes de un nuevo "momento decisivo" hay que atravesar un largo período, durante el cual se deberá abordar de una forma nueva los problemas viejos. Afirmar que no puede haber en las colonias períodos constitucionales o parlamentarios es renunciar a utilizar unos medios absolutamente esenciales, y es, sobre todo, hacer difícil para uno mismo una orientación política correcta, es empujar al partido a un callejón sin salida.

Decir que para China, como, por otra parte, para todos los demás estados del mundo, no existe salida hacia el desarrollo libre, dicho de otra forma socialista, por la vía parlamentaria, es algo correcto. Pero decir que en el desarrollo de China o de las colonias no puede haber ningún período o etapa constitucional, es algo distinto e incorrecto. En Egipto había un parlamento, ahora disuelto. Es posible que renazca. A pesar del estatuto colonial de este país, hay un parlamento en Irlanda. Lo mismo ocurre en todos los Estados de América del Sur, por no hablar de los dominions de Gran Bretaña. Existen "sucedáneos" de parlamentos en la India. Todavía pueden desarrollarse más: en este punto, la burguesía británica es muy hábil. ¿Cómo se puede afirmar que, después del aplastamiento de su revolución, China no atravesará una fase parlamentaria o seudoparlamentaria, o que no será el escenario de una lucha política seria para alcanzar este estadio? Una afirmación semejante no tiene ninguna base.

El mismo Strajov dice que, precisamente, los oportunistas chinos aspiran a sustituir la consigna de los soviets por la de la Asamblea Nacional. Es posible, probable, incluso inevitable. Toda la experiencia del movimiento obrero mundial, y del movimiento ruso en particular, prueba que los oportunistas son siempre los primeros en agarrarse a los métodos parlamentarios y, en general, a todo aquello que, de cerca o de lejos, se parezca al parlamentarismo. Los mencheviques se agarraban a la actividad en la Duma, oponiéndola a la acción revolucionaria. La utilización de los métodos parlamentarios hace surgir inevitablemente todos los peligros ligados al parlamentarismo: ilusiones constitucionales, legalismo, tendencia a los compromisos, *etc.* Estos peligros, estas enfermedades, sólo se pueden combatir por medio de una orientación revolucionaria de toda la política. Pero el hecho que los oportunistas prediquen la lucha por la Asamblea Nacional no es en absoluto un argumento que justifique por parte nuestra una actitud negativa hacia el parlamentarismo. Después del golpe de estado del 3 de junio de 1907 en Rusia, la mayoría de los elementos dirigentes del Partido Bolchevique eran favorables al boicot a una Duma mutilada y trucada. En cambio, los mencheviques estaban completamente de acuerdo en participar en la Duma. Esto no le impidió a Lenin intervenir vigorosamente para que fuese utilizado incluso el "parlamentarismo" del 3 de junio, en la conferencia del partido que unía todavía en aquella época a las dos fracciones. Lenin fue el único bolchevique que votó con los mencheviques a favor de la participación en las elecciones. Evidentemente, la "participación" de Lenin no

tenía nada que ver con la de los mencheviques, como lo demostró toda la marcha posterior de los acontecimientos; no se oponía a las tareas revolucionarias, sino que contribuía a ellas durante la época comprendida entre dos revoluciones. Aun utilizando el seudoparlamento contrarrevolucionario del 3 de junio, nuestro partido, a pesar de su gran experiencia de los soviets de 1905, continuaba llevando la lucha por la Asamblea Constituyente, es decir, por la forma más democrática de la representación parlamentaria. Hay que conquistar el derecho a renunciar al parlamentarismo uniendo a las masas alrededor del partido y llevándolas a luchar abiertamente por la conquista del poder. Es ingenuo creer que se puede sustituir este trabajo por la simple renuncia a la utilización revolucionaria de los métodos y las formas contradictorias y opresivas del parlamentarismo. En esto consiste el error más burdo de la resolución del congreso, que hace aquí una vulgar cabriola ultraizquierdista.

Veamos, en efecto, cómo todo ha sido puesto del revés. Siguiendo la lógica de la dirección actual, y de acuerdo con las resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista, China no se acerca a su año 1917, sino a su 1905. Por esta razón, concluyen mentalmente los dirigentes, ¡abajo la consigna de la democracia formal! Realmente, no queda ni una sola articulación que los epígonos no se hayan tomado la molestia de luxar. ¿Cómo se puede rechazar la consigna de la democracia y sobre todo la más radical, la representación democrática del pueblo, bajo las condiciones de un período no revolucionario, cuando la revolución no ha cumplido sus tareas más inmediatas: la unidad de China y su depuración de todas las antiguallas feudales, militares y burocráticas?

El Partido Comunista de China, que yo sepa, no ha tenido un programa propio. El Partido Bolchevique llegó a la Revolución de Octubre y la realizó armado con su viejo programa, en el que las consignas de la democracia ocupaban un lugar importante. Bujarin intentó suprimir este programa mínimo, igual que intervino más tarde contra las reivindicaciones transitorias del programa de la Internacional Comunista. Pero esta actitud de Bujarin no ha quedado en la historia del partido más que como una anécdota. Como es sabido, es la dictadura del proletariado quien ha llevado a cabo la revolución democrática en Rusia. Eso tampoco quiere comprenderlo en absoluto la dirección actual de la Internacional Comunista. Pero nuestro partido sólo llevó al proletariado a la dictadura porque defendía con energía, perseverancia y abnegación, todas las consignas, todas las reivindicaciones de la democracia, incluidas la representación popular basada en el sufragio universal, la responsabilidad del gobierno ante los representantes del pueblo, *etc.* Sólo una agitación así le permitió al partido proteger al proletariado de la influencia de la democracia pequeñoburguesa, eliminar la influencia de ésta sobre el campesinado, preparar la alianza de los obreros y los campesinos e incorporar a sus filas a los elementos revolucionarios más resueltos. ¿Es que esto no era más que oportunismo?

***

Strajov dice que nuestra consigna es la de los soviets y que sólo un oportunista puede sustituirla por la de la Asamblea Nacional. Este argumento revela de la manera más ejemplar el carácter erróneo de la resolución del congreso. En la discusión nadie contradijo a Strajov; al contrario, su posición fue aprobada y ratificada por la resolución principal sobre la táctica. Sólo ahora podemos ver con claridad cuán numerosos son, en la dirección actual, los que han hecho la experiencia de una, dos e incluso tres revoluciones dejándose llevar por la marcha de las cosas y la dirección de Lenin, pero

sin meditar sobre el sentido de los acontecimientos y sin asimilar las más grandes lecciones de la historia. Estamos en gran medida obligados a repetir todavía ciertas verdades elementales.

En mi crítica del programa de la Internacional Comunista he mostrado cómo los epígonos han desfigurado y mutilado monstruosamente el pensamiento de Lenin, que afirmaba que los soviets son órganos de la insurrección y órganos de poder. Se ha sacado la conclusión de que no se pueden crear soviets más que en la "víspera" de la insurrección. Esta idea grotesca ha encontrado su expresión más acabada, como siempre, en la misma resolución del plenario de noviembre último del comité central chino, que hemos descubierto recientemente. Dice:

"Se puede y se deben crear los soviets como órganos del poder revolucionario solamente en el caso en el que nos encontremos en presencia de un progreso importante, indiscutible, del movimiento revolucionario de las masas, y cuando tenga asegurado un éxito sólido dicho movimiento."

La primera condición, "el progreso importante", es indiscutible. La segunda condición, "la garantía del éxito", y además de un éxito "sólido", es simplemente una tontería digna de un pedante. Sin embargo, en la continuación del texto de esta resolución se desarrolla ampliamente esta estupidez:

"Evidentemente, no se puede abordar la creación de los soviets cuando la victoria no está totalmente garantizada, porque podría suceder que toda la atención se concentrase únicamente sobre las elecciones a los soviets y no sobre la lucha militar, a partir de lo cual podría instalarse el democratismo pequeñoburgués, lo que debilitaría la dictadura revolucionaria y crearía un peligro para la dirección del partido."

El espíritu de Stalin, reflejándose a través del prisma del niño prodigio Lominadzé, planea sobre estas líneas inmortales. Sin embargo, todo esto es simplemente absurdo. Durante la huelga de Hong-Kong y de Shanghái, durante todo el violento progreso posterior del movimiento de los obreros y los campesinos, se podía y se debían crear los soviets como órganos de la lucha revolucionaria abierta de las masas, que tarde o temprano, y en absoluto inmediatamente, llevaría a la insurrección y a la conquista del poder. Si la lucha, en la fase considerada, no se eleva hasta la insurrección, evidentemente los soviets mismos también se reducen a nada. No pueden convertirse en instituciones "normales" del estado burgués. Pero en ese caso, es decir, si los soviets son destruidos antes de la insurrección, las masas trabajadoras hacen de todos modos una adquisición enorme con el conocimiento práctico que extraen de los soviets y la familiaridad que adquieren con su mecanismo. En la etapa siguiente de la revolución, su edificación está así garantizada de una forma más fructífera y a una escala más vasta; sin embargo, incluso en la fase siguiente, puede ocurrir que no lleven directamente ni a la victoria ni a la insurrección siquiera. Acordémonos firmemente de esto: la consigna de los soviets puede y debe ser avanzada desde las primeras etapas del progreso revolucionario de las masas. Pero debe ser un progreso real. Las masas obreras deben afluir hacia la revolución, colocarse bajo su bandera. Los soviets dan una expresión organizativa a la fuerza centrípeta del desarrollo revolucionario. Estas consideraciones implican que durante el período del reflujo revolucionario, en que se manifiestan tendencias centrífugas dentro de las masas, la consigna de los soviets se convierte en doctrinaria, en inerte o, lo que no es mejor, en una consigna de aventureros. No es posible mostrarlo más clara ni más trágicamente de como lo ha hecho la experiencia de Cantón.

Ahora la consigna de los soviets no tiene otro valor en China que el de abrir una

perspectiva, y en ese sentido tiene un papel propagandístico. Sería absurdo oponer los soviets, la consigna de la tercera revolución china, a la Asamblea Nacional, es decir, a la consigna que es resultado del desastre de la segunda revolución china. El abstencionismo, en un período interrevolucionario, sobre todo después de una cruel derrota, sería una política suicida.

Se podría decir (hay muchos sofistas en el mundo) que la resolución del VI Congreso no significa el abstencionismo: no hay ninguna Asamblea Nacional, nadie la convoca todavía ni promete convocarla, y, como consecuencia, no hay nada que boicotear. Semejante razonamiento sería, sin embargo, demasiado lastimoso, formal, infantil, bujarinista. Si el Kuomintang se viese forzado a convocar la Asamblea Nacional, ¿es que la boicotearíamos en esta situación? No. Desenmascararíamos sin piedad la falsedad y la mentira del parlamentarismo del Kuomintang, las ilusiones constitucionales de la pequeña burguesía; exigiríamos la extensión integral de los derechos electorales; al mismo tiempo, nos lanzaríamos a la arena política para oponer en el curso de la lucha por el parlamento, en el curso de las elecciones, y dentro del mismo parlamento, los obreros y los campesinos pobres a las clases poseedoras y sus partidos. Nadie se empeñará en predecir cuáles serían para el partido, actualmente reducido a una existencia clandestina, los resultados obtenidos así. Si la política fuese correcta, las ventajas podrían ser muy importantes. Pero en este caso, ¿no está claro que el partido puede y debe no solamente participar en las elecciones si las decide el Kuomintang, sino también exigir que traigan consigo una movilización de masas alrededor de esa consigna?

Políticamente, el problema está ya planteado; cada día que pase lo confirmará. En nuestra crítica del programa hemos hecho referencia a la probabilidad de una cierta estabilización económica en China.

Posteriormente, los periódicos han aportado decenas de testimonios sobre el comienzo de una recuperación económica (véase el Boletín de la Universidad China). Ahora, ya no es una suposición, sino un hecho, aunque la recuperación no esté todavía más que en su primera fase. Pero es precisamente al principio cuando hay que percibir el sentido de la tendencia; si no, no se hace política revolucionaria, sino seguidismo. Lo mismo ocurre con la lucha política en torno a los problemas de la constitución. Ahora no es ya una previsión teórica, una simple posibilidad, sino algo más concreto. No es gratuito que el delegado chino haya vuelto varias veces sobre el tema de la Asamblea Nacional; no es por azar que el congreso ha creído necesario adoptar una resolución especial (y particularmente falsa) a este respecto. No es la Oposición la que ha planteado este problema, sino precisamente el desarrollo de la vida política en China. Aquí también hay que saber percibir la tendencia desde su inicio. Cuanto más intervenga el partido comunista, con audacia y resolución, sobre la consigna de la Asamblea Constituyente democrática, menos espacio dejará a los diferentes partidos intermediarios, y más sólido será su propio éxito.

Si el proletariado chino debe vivir todavía varios años (incluso aunque sólo sea un año) bajo el régimen del Kuomintang, ¿va a poder renunciar el partido comunista a la lucha por la extensión de las posibilidades legales de todo tipo: libertad de prensa, de reunión, de asociación, derecho de huelga, etc.? Si renunciase a esta lucha se transformaría en una secta inerte. Pero esa es una lucha por las libertades democráticas. El poder de los soviets significa el monopolio de la prensa, de las reuniones, etc., en las manos del proletariado. ¿Es posible que el partido comunista saque ahora esta consigna? En

la situación que estamos considerando sería una mezcla de infantilismo y de locura. El partido comunista no está luchando en la actualidad por conquistar el poder, sino por mantener y consolidar su ligazón con las masas en nombre de la lucha por el poder en el porvenir. La lucha por la conquista de las masas está inevitablemente ligada a la lucha desarrollada contra las violencias de la burocracia del Kuomintang frente a las organizaciones de masas, frente a sus reuniones, frente a su prensa, *etc.* En el curso del período próximo, ¿va el partido comunista a combatir por la libertad de prensa, o dejará esta tarea a un "tercer partido"? ¿Se limitará el partido comunista a la presentación de reivindicaciones democráticas aisladas (libertad de prensa, de reunión, etcétera), lo que equivaldría a un reformismo liberal, o planteará las consignas democráticas más consecuentes? En el plano político, eso significa la representación popular basada en el sufragio universal.

***

Uno puede preguntarse si la Asamblea Constituyente democrática es "realizable" después de la derrota de la revolución en una China semicolonial rodeada por los imperialistas. Sólo es posible responder a esta pregunta por medio de conjeturas. Pero cuando se trata de una reivindicación, cualquiera que sea, formulada en las condiciones generales de la sociedad burguesa o en cierto estado de esta sociedad, el simple criterio de la posibilidad de su realización no es decisivo para nosotros. Es muy probable, por ejemplo, que el poder de la monarquía y la Cámara de los Lores no sean eliminados en Inglaterra antes de la instauración de la dictadura revolucionaria del proletariado. A pesar de ello, el partido comunista inglés debe hacer figurar su abolición entre sus reivindicaciones parciales. No son las conjeturas empíricas sobre la posibilidad o imposibilidad de realizar cualquier reivindicación transitoria las que pueden resolver el problema. Es su carácter social e histórico el que decide: ¿es progresiva para el desarrollo ulterior de la sociedad? ¿Corresponde a los intereses históricos del proletariado? ¿Consolida su conciencia revolucionaria? En este sentido, reclamar la prohibición de los trusts es pequeño burgués y reaccionario; además, como lo ha demostrado la historia de Norte América, esta reivindicación es completamente utópica. En cambio, bajo determinadas condiciones, es totalmente progresivo y correcto exigir el control obrero sobre los trusts, aunque sea dudoso que se pueda lograr en el marco del estado burgués. El hecho que esta reivindicación no sea satisfecha mientras domine la burguesía, debe empujar a los obreros al derrocamiento revolucionario de la burguesía. De esta forma, la imposibilidad política de realizar una consigna puede no ser menos fructífera que la posibilidad relativa de realizarla.

¿Llegará China, durante un cierto período, al parlamentarismo democrático? ¿En qué grado, con qué fuerza y duración? A este respecto, sólo podemos entregarnos a conjeturas. Pero sería fundamentalmente erróneo suponer que el parlamentarismo sea irrealizable en China y suponer que no debemos llevar a las camarillas del Kuomintang ante el tribunal del pueblo chino. La idea de la representación del pueblo entero, como lo ha mostrado la experiencia de todas las revoluciones burguesas, y en particular las que liberaron a las nacionalidades, es la más elemental, la más simple y la más apta para despertar el interés de amplias capas populares. Cuanto más se resista la burguesía que domina a esta reivindicación "del pueblo entero", más se concentrará la vanguardia proletaria alrededor de nuestra bandera, más madurarán las condiciones políticas para la verdadera victoria sobre el estado burgués, sea el gobierno militar del Kuomintang o

un gobierno parlamentario.

Se puede replicar: pero sólo se podrá convocar una verdadera Asamblea Constituyente a través de los soviets, es decir, a través de la insurrección. ¿No sería más sencillo comenzar por los soviets y limitarse a ellos? No, no sería más sencillo. Sería justamente poner el carro delante de los bueyes. Es muy probable que sólo sea posible convocar la Asamblea Constituyente por medio de los soviets, y que así esta asamblea se convierta en superfina antes de haber visto la luz del día. Esto puede suceder, de la misma forma que puede no suceder. Si los soviets, por medio de los cuales podrá reunirse una "verdadera" Asamblea Constituyente, están ya allí, veremos si es todavía necesario proceder a esta convocatoria. Pero en la actualidad no existen soviets. No se podrá comenzar a establecerlos hasta que empiece un nuevo ascenso de las masas, que puede producirse dentro de dos o tres años, dentro de cinco años o de más. No existe tradición soviética en China. La Internacional Comunista ha desarrollado en este país una agitación contra los soviets, y no a favor de ellos. No obstante, mientras tanto, las cuestiones constitucionales se dedican a salir por todas las grietas.

A lo largo de su nueva etapa, ¿puede saltar la revolución china por encima de la etapa de la democracia formal? De lo que se ha dicho más arriba resulta que, desde un punto de vista histórico, no está excluida tal posibilidad. Pero es absolutamente inadmisible que se aborde el problema limitándose a esta eventualidad, que es la menos probable y la más lejana. Es dar prueba de ligereza de espíritu en el terreno político. El congreso adopta sus decisiones para más de un mes, e incluso, como ya sabemos, para más de un año ¿Cómo se puede dejar a los comunistas chinos atados de pies y manos, tachando de oportunismo la forma de lucha política que, en la próxima etapa, puede adquirir la mayor importancia?

Sin duda alguna, al entrar en la vía de la lucha por la Asamblea Constituyente, se puede reanimar y reforzar a las tendencias mencheviques dentro del Partido Comunista de China. No es menos importante combatir al oportunismo cuando la vida política se orienta hacia el parlamentarismo o hacia la lucha por su instauración que cuando se está en presencia de una lucha revolucionaria directa. Pero como ya se ha dicho, de ello deriva la necesidad de no tachar de oportunismo las consignas democráticas, sino de prever garantías y elaborar métodos de lucha bolcheviques a los que sirvan estas consignas. En grandes líneas, estos métodos y estas garantías son los siguientes:

Iº En relación a su objetivo principal, la conquista del poder con las armas en la mano, el partido debe recordar que las consignas democráticas sólo tienen un carácter secundario, provisional, pasajero, episódico. Debe explicarlo así. Su importancia fundamental reside en que permiten desembocar en la vía revolucionaria.

2º En la lucha por las consignas de la democracia el partido debe arrancar las ilusiones constitucionales y democráticas de la pequeña burguesía y de los reformistas que expresan sus opiniones, explicando que el poder dentro del estado no se obtiene por medio de las formas democráticas del voto, sino por medio de la propiedad y el monopolio de la enseñanza y el armamento.

3 º Explotando a fondo las divergencias de puntos de vista que existan en el seno de la burguesía (pequeña y grande) con respecto a las cuestiones constitucionales, franqueando las diversas vías posibles hacia un campo de actividad abierta; combatiendo por la existencia legal de los sindicatos, de los clubes obreros, de la prensa obrera; creando donde y cuando sea posible organizaciones políticas legales del proletariado colocadas bajo la influencia directa del partido; tendiendo nada más sea posible a

legalizar más o menos los diversos dominios de la actividad del partido (éste deberá, ante todo, asegurar la existencia de su aparato ilegal, centralizado, que dirigirá todas las ramas de la actividad del partido, legal e ilegal).

4º El partido debe desarrollar un trabajo revolucionario sistemático entre las tropas de la burguesía.

5 º La dirección del partido debe desenmascarar implacablemente todas las vacilaciones oportunistas que tiendan a una solución reformista de los problemas planteados al proletariado de China, debe separarse de todos los elementos que conscientemente se esfuercen en subordinar el partido al legalismo burgués.

Sólo teniendo en cuenta estas condiciones asignará el partido a las distintas ramas de su actividad su justa proporción, no dejará pasar un nuevo cambio de la situación en el sentido de un nuevo reavivamiento revolucionario, entrará desde el comienzo en la vía de la creación de los soviets, movilizando a las masas alrededor de éstos, y los opondrá desde su creación al estado burgués, con todos sus camuflajes parlamentarios y democráticos.

4- Otra vez más sobre la consigna de la "dictadura democrática"

La consigna de la Asamblea Constituyente se opone tan poco a la fórmula de la dictadura democrática como a la de la dictadura del proletariado. El análisis teórico y la historia de nuestras tres revoluciones lo testifican.

La fórmula de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado fue en Rusia la expresión algebraica, o, dicho de otra forma, la expresión más general, la más amplia, de la colaboración del proletariado y las capas inferiores del campesinado en la revolución democrática. La lógica de esta fórmula provenía del hecho de que sus grandes componentes no habían sido juzgados en la acción. En particular, no había sido posible predecir de forma totalmente categórica si, bajo las condiciones de la nueva época, el campesinado sería capaz de convertirse en una nueva fuerza más o menos independiente, en qué medida lo sería, y qué relaciones políticas recíprocas entre los aliados resultarían de ello dentro de la dictadura. El año 1905 no había llevado la cuestión hasta el punto de una verificación decisiva; 1917 demostró que cuando el campesinado lleva sobre sus espaldas a un partido (los socialistas revolucionarios) independiente de la vanguardia del proletariado, este partido se encuentra colocado bajo la total dependencia de la burguesía imperialista. A lo largo del período 1905-1917, la transformación imperialista, que trajo consigo el desarrollo de la democracia pequeñoburguesa así como el de la socialdemocracia internacional, se aceleró. Por eso, en 1917, la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado se realizó verdaderamente por medio de la dictadura del proletariado, arrastrando consigo a las masas campesinas. Por ello mismo, el "transcrecimiento" de la revolución, pasando de la fase democrática al estadio socialista, se efectuó ya bajo la dictadura del proletariado.

En China, la consigna de la dictadura democrática del proletariado y el campesinado habría podido tener una cierta lógica política, mucho más limitada y episódica que en Rusia, si hubiera sido formulada en el momento adecuado, en 1925-1926, para probar a las fuerzas vivificadoras de la revolución; hubiera sido sustituida, igualmente en el momento oportuno, por la de la dictadura del proletariado arrastrando a los campesinos pobres. Todo lo necesario al respecto ha sido dicho en la Crítica del proyecto de programa.

Queda todavía por preguntarse: ¿no puede el período interrevolucionario actual, ligado a un nuevo reagrupamiento de las fuerzas de clase, favorecer el renacimiento de la consigna de la dictadura democrática? Más arriba hemos respondido: no; la hace desaparecer definitivamente. El período de la estabilización interrevolucionaria se corresponde con el crecimiento de las fuerzas productivas, con el desarrollo de la burguesía nacional, con el aumento numérico del proletariado y el desarrollo de su cohesión, con la acentuación de las diferencias en el campo y la acentuación de la degeneración capitalista en la democracia al estilo Wan Tin-wie o cualquier otro demócrata pequeñoburgués con un "tercer partido", *etc.* En otras palabras, China pasará por procesos análogos en sus grandes líneas a los que atravesó Rusia bajo el régimen del 3 de junio. En aquel tiempo estábamos seguros de que dicho régimen no sería eterno, ni siquiera de larga duración, y de que desembocaría en una revolución (con la ayuda relativa de la guerra). Pero la Rusia que salió del régimen de Stolypin no era la misma que cuando empezó. Los cambios sociales que el régimen interrevolucionario introducirá en China dependen en particular de la duración de ese régimen. La tendencia general de esas modificaciones no es menos indiscutible desde ahora mismo: acentuación de las contradicciones de clase y eliminación completa de la democracia pequeñoburguesa en tanto que fuerza política independiente. Pero esto significa justamente que, en la tercera revolución china, una coalición "democrática" de los partidos políticos tomaría un sentido más reaccionario y más antiproletario todavía de lo que lo fue el del Kuomintang en 1925-1927. No queda, pues, otra cosa que realizar que una coalición de las clases bajo la vanguardia proletaria. Es precisamente la vía de Octubre. Presenta muchas dificultades, pero no existe otra.

5-Apéndice: Un interesante documento sobre la política y el régimen de la Internacional Comunista

Hemos hecho referencia anteriormente a la "interesante" resolución del Plenario del Comité Central del Partido Comunista de China (noviembre de 1927), precisamente la que el IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista acusó de "trotskysta", *y* a propósito de la cual, Lominadzé se justificaba de forma tan variada, mientras que Stalin, con obstinación, se escondía tras el silencio. En realidad, esta resolución combina el oportunismo *y* una táctica aventurista, *y* refleja con una exactitud perfecta la política del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, antes *y* después de julio de 1927. Cuando la condenaron, después de la derrota de la insurrección de Cantón, los dirigentes de la Internacional Comunista no solamente no la reprodujeron, sino que no presentaron siquiera ningún extracto. Era demasiado humillante verse a sí mismos en el espejo chino. Esta resolución se ha publicado en una "documentación" especial *y* difícil de conseguir, publicada por la Universidad China Sun Tat-sen (n° 10).

El n° 14 de la misma publicación llegó a nuestras manos cuando nuestro trabajo (La cuestión china después del VI Congreso) estaba ya terminado; contiene otro documento no menos interesante, aunque de un carácter diferente: es una crítica; se trata de una resolución adoptada por el Comité Provincial de Kiang-Su del Partido Comunista de China, el 7 de mayo de 1929, en relación con las decisiones del IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Recordemos que Shanghái y Cantón forman parte de la provincia de Kiang-Su.

Esta resolución constituye, como ya se ha dicho, un documento interesante, a pesar de los errores de principio y de los malentendidos políticos que contiene. En el fondo,

la resolución no hace más que condenar implacablemente las decisiones del IX Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, y, en general, toda la dirección de la internacional en la revolución china. Naturalmente, de conformidad con el régimen actual de la Internacional Comunista, la crítica dirigida contra su Comité Ejecutivo tiene un carácter restringido, convencionalmente diplomático. La resolución apunta hacia su propio comité central, que desempeña el papel de un ministerio responsable asistiendo a un monarca irresponsable, el cual, como ya se sabe, "no puede equivocarse". Hay incluso amables elogios referentes a ciertas partes de la resolución del comité ejecutivo. Esta forma de abordar las cuestiones por medio de "maniobras" es, en sí misma, una crítica cruel del régimen de la Internacional Comunista: la hipocresía es inseparable del burocratismo. Pero lo que en el fondo dice la resolución de la dirección política y de sus métodos constituye una acusación todavía mucho más grave.

"Después de la Conferencia del 7 de agosto [1927], informa el Comité de Kiang-Su, el comité central formuló un juicio sobre la situación que se reducía a decir que, aunque la revolución había sufrido una triple derrota, atravesaba no obstante una fase de ascenso."

Esta apreciación concuerda enteramente con la caricatura que hizo Bujarin de la teoría de la revolución permanente, caricatura que aplicó primero a Rusia, después a Europa y por fin a Asia. Los acontecimientos reales de la lucha, es decir, las tres derrotas, deberían haber sido, según parece, considerados todos ellos en sí mismos, y el "ascenso" permanente, separado, también por sí mismo.

De la resolución adoptada por el VII Plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (mayo), el comité central del partido chino saca la conclusión siguiente:

"Hay que preparar y organizar inmediatamente insurrecciones en todas partes donde sea objetivamente posible."

¿Cuáles eran, sobre este punto, las condiciones políticas? En agosto de 1927, el comité de Kiang-Su declara:

"El informe político del comité central señala que los obreros de Hunan, después de una cruel derrota, abandonaron a la dirección del partido, que no estamos en presencia de una situación revolucionaria objetiva... pero, a pesar de ello, el comité central dice claramente que el conjunto de la situación, desde el punto de vista económico, político y social (¡justamente! L. T.) es favorable a la insurrección. Puesto que ya no es posible desatar revueltas en las ciudades, hay que trasladar la lucha armada al campo. Es ahí donde deben estar los focos de la sublevación, mientras que la ciudad debe ser una fuerza auxiliar".

Recordemos que inmediatamente después del Plenario de mayo del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que confió la dirección de la revolución agraria al Kuomintang de izquierda, éste se lanzó a abatir a los obreros y los campesinos. La posición del comité ejecutivo se hizo absolutamente insostenible. En China se necesitaban, a cualquier precio y sin tardanza, actos de "izquierda" para refutar la "calumnia" de la Oposición, es decir, su pronóstico irrefutable. Esta es la razón por la cual el comité central chino se encontró cogido entre la espada y la pared y fue obligado, en agosto de 1927, a cambiar de arriba a abajo la política proletaria. Aunque no hubiera una situación revolucionaria, y a pesar del abandono del partido por las masas obreras, constataba el comité central, la situación económica y social era "favorable a la insurrección". En todo caso, un levantamiento victorioso habría sido muy "favorable" al prestigio del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Dado que los obreros abandonaban la revolución, era

necesario, según se pretendía, volver la espalda a las ciudades e intentar desencadenar levantamientos aislados en el campo.

Sobre el plenario de mayo [1927] del comité ejecutivo ya señalábamos que los levantamientos de Ho-Lun y Ye-Tin estaban marcados por el espíritu aventurero y condenados inevitablemente a la derrota, porque no habían sido suficientemente preparados desde el punto de vista político y no estaban ligados con el movimiento de masas; es lo que ocurrió. La resolución del comité de Kiang-Su dice a este respecto:

"A pesar de la derrota de los ejércitos de Ho-Lun y de Ye-Tin en Kuangtung, incluso después del plenario de noviembre, el comité central insiste en atenerse a la táctica de los levantamientos inmediatos y toma como punto de partida la creencia en la marcha directa hacia adelante de la revolución."

Por razones comprensibles, el comité de Kiang-Su deja pasar en silencio el hecho de que esta apreciación fuera también la del mismo Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que trataba de "liquidadores" a los que estimaban la situación en su justo término, y que el comité central chino fue forzado en noviembre de 1927, bajo pena de ser inmediatamente depuesto y expulsado del partido, a presentar el declive de la revolución como su ascenso.

La insurrección de Cantón se desarrolló a partir de esta inversión de los términos del problema; este levantamiento no fue considerado, bien entendido, como una batalla de retaguardia (sólo unos locos rabiosos podrían haber llamado a la insurrección y a la conquista del poder a través de una "batalla de retaguardia"); no, este levantamiento fue concebido como una parte del golpe de estado general. La resolución de Kiang-Su dice sobre este punto:

"Durante la insurrección de diciembre en Cantón, el comité central decidió de nuevo lanzar un levantamiento inmediato en el Hunan, en Hupé, en el Kiang-Si, para defender Kuangtung, para ampliar el marco del movimiento dándole una envergadura ampliada a toda China (uno puede darse cuenta de esto a partir de las cartas de información del comité central, n° 16 y 22). Estas medidas procedían de una estimación subjetiva de la situación y no se correspondían con las condiciones objetivas. Evidentemente, en una posición semejante las derrotas son inevitables."

La experiencia de Cantón horrorizó a los dirigentes no solamente en China, sino también en Moscú. Fue lanzada una advertencia contra el putschismo, pero en el fondo la línea política no varió en nada. La orientación continuó siendo la misma: hacia la insurrección. El Comité Central del Partido Comunista de China transmitía esta directriz de doble sentido a las instancias inferiores; puso también en guardia, por su parte, contra la táctica de escaramuzas, exponiendo en sus circulares definiciones académicas del espíritu de aventura.

"Pero, dado que el comité central se basaba en su estimación del movimiento revolucionario en un ascenso continuo (como lo decía justamente y con razón la resolución de Kiang-Su), no hubo modificaciones esenciales en su actitud. Las fuerzas enemigas son mucho más subestimadas y, al mismo tiempo, no se presta atención al hecho de que nuestras organizaciones han perdido contacto con las masas... Así, aunque el comité central envió a todas partes su carta de información número 28 (sobre el putschismo), no corrigió al mismo tiempo sus errores."

Una vez más, no se trata simplemente del comité central del partido chino. El Plenario de Febrero del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tampoco aporta cambios en su política. Limitándose a condenar la táctica de las escaramuzas en general, para

asegurarse contra toda eventualidad, la resolución de este plenario se lanza con furor contra la Oposición, que mostraba la necesidad de cambiar resueltamente de orientación. En febrero de 1928 se continuaba como hasta entonces, dirigiéndose hacia la insurrección. El Comité Central del Partido Comunista de China no servía más que como una máquina para transmitir esta directriz.

El comité de Kiang-Su dice:

"La circular del comité central n° 38, de 6 de marzo [obsérvese bien: ¡6 de marzo de 1928! L. T.]> muestra muy claramente que el comité central mantiene todavía la ilusión cuando estima la situación como favorable a la insurrección general en el Hunan, en Hupé, en el Kiang-Si, y la conquista del poder como posible en toda la provincia de Kuangtung. La discusión sobre la elección de Tchancha o de Hankow como centro de la insurrección, continuaba todavía entre el buró político del comité central y el instructor del comité central en el Hunan y en Hupé".

Tal fue el sentido desastroso de la resolución del plenario de febrero: falsa en el terreno de los principios, ofrece en el aspecto práctico un doble sentido premeditado. La idea de fondo era siempre la misma: si, contra todo pronóstico, la sublevación se extiende, nos referiremos a los pasajes que se dirigen contra los liquidadores; si la insurrección no va más lejos que las refriegas de los rebeldes, señalaremos con el dedo los párrafos que ponen en guardia contra el putschismo.

Aunque la resolución de Kiang-Su no se atreva en ninguna parte a criticar al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista (todos saben lo que supone), no obstante, en ninguno de sus documentos ha dado la Oposición unos golpes tan mortales a la dirección de la Internacional Comunista como lo hace el comité de Kiang-Su en esta requisitoria, formalmente dirigida contra el Comité Central del Partido Comunista de China. Después de una exposición cronológica de las manifestaciones del espíritu aventurero en el terreno de la política, la resolución se vuelve hacia las causas generales de esta orientación desastrosa.

"¿Cómo explicar [pregunta] esta estimación errónea por parte del comité central, que influyó sobre la lucha práctica y contenía serios errores? De la manera siguiente:

1 ° El movimiento revolucionario fue valorado como un ascenso continuo (¡"revolución permanente" al estilo de Bujarin y Lominadzé! L:T)

2° No se prestó atención a la pérdida de contacto entre nuestro partido y las masas, ni a la desagregación de las organizaciones de masas cuando la revolución llegó a un giro decisivo.

3° No se tuvo en cuenta el nuevo reagrupamiento de las fuerzas de clase que se produjo en el campo enemigo a partir de este giro.

4° No se tomó en consideración la dirección del movimiento en las ciudades.

5 ° Se despreció la importancia del movimiento antiimperialista en un país semicolonial.

6° En el momento de la insurrección no se tuvieron en cuenta las condiciones objetivas ni la necesidad de adaptar a éstas los diversos medios de lucha.

7° Se hizo sentir una desviación campesina.

8° El comité central, en su estimación de la situación, se dejó guiar por un punto de vista subjetivo."

Es dudoso que el comité de Kiang-Su haya leído lo que había escrito la Oposición sobre todas estas cuestiones. Podemos incluso afirmar con seguridad que no lo ha leído. Porque si lo hubiera hecho, tendría miedo a formular con tanta precisión unas consideraciones que coinciden completamente al respecto con las nuestras. El comité

de Kiang-Su se ha servido, sin saberlo, de nuestra prosa.

Los ocho puntos enumerados anteriormente y que caracterizan la línea errónea de conducta del comité central (dicho de otra forma, del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista) tienen la misma importancia. Si queremos añadir algunas palabras sobre el quinto punto es porque vemos aquí una confirmación particularmente brillante y concreta de la justeza de nuestra crítica en sus rasgos más esenciales. La resolución de Kiang-Su acusa a la política del comité central de despreciar los problemas del movimiento antiimperialista en un país colonial. ¿Cómo se ha podido llegar a esto? Por la fuerza de la dialéctica de la falsa línea de conducta política; los errores, como todo, tienen su dialéctica. El punto de partida del oportunismo oficial se encontraba en la constatación de que la revolución china es en el fondo una revolución antiimperialista, y que el yugo del imperialismo agrupa a todas las clases, o al menos a "todas las fuerzas vivas del país". Nosotros objetamos que una lucha fructífera contra el imperialismo sólo es posible mediante la ampliación audaz de la lucha de clases y, como consecuencia, de la revolución agraria. Nos hemos levantado con fuerza contra el intento de subordinar la lucha de clases al criterio abstracto de la lucha contra el imperialismo (sustitución del movimiento huelguístico por las comisiones de arbitraje, consejos dados por medio de despachos telegráficos de no avivar la revolución agraria, prohibición de establecer soviets, etcétera). Tal fue la primera etapa. Después de la "traición" del amigo Wan Tin-wie se produjo verdaderamente un giro de 180°. Ahora se pretende que el problema de la independencia aduanera, es decir, de la soberanía económica (y por tanto política) de China es un problema secundario "burocrático" (Stalin). Lo esencial de la revolución china consistiría en la transformación agraria. La concentración del poder en manos de la burguesía, el abandono de la revolución por los obreros, la ruptura entre el partido y las masas, han sido apreciados como fenómenos secundarios, en comparación con las revueltas campesinas. En lugar de una verdadera hegemonía del proletariado, tanto en la lucha antiimperialista como en el problema agrario, es decir, en el conjunto de la revolución democrática, se produjo una capitulación vergonzosa ante las fuerzas elementales campesinas, acompañadas de aventuras "secundarias" en las ciudades. Sin embargo, esta capitulación prepara fundamentalmente el putschismo. Toda la historia del movimiento revolucionario en Rusia, así como en los demás países, lo testimonia así. Los acontecimientos de China del año pasado lo han confirmado.

En su estimación y sus advertencias, la Oposición ha partido de consideraciones teóricas generales apoyadas sobre informaciones oficiales muy incompletas, a veces conscientemente deformadas. El comité de Kiang- Su ha partido de hechos directamente observados desde el centro del movimiento revolucionario; desde el punto de vista teórico, este comité se debate todavía en las redes de la escolástica bujarinista. El hecho que sus conclusiones empíricas coincidan punto por punto con las nuestras tiene, en política, la misma significación que, por ejemplo, en química, el descubrimiento en los laboratorios de un nuevo elemento simple cuya existencia hubiera sido enunciada sobre la base de deducciones teóricas. Desgraciadamente, el triunfo de nuestro análisis marxista en el plano teórico tiene como corolario político, en el caso considerado, derrotas mortales para la revolución.

***

El giro que se produjo en la política del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, a mediados de 1927, fue brusco y marcado en su misma naturaleza por el espíritu

aventurero: no podía hacer otra cosa que provocar malsanas heridas en el Partido Comunista de China, que fue cogido de improviso. En este punto, pasamos de la línea de conducta política del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista al régimen interno de esta internacional y a los métodos organizativos de la dirección. He aquí lo que dice a este respecto la resolución del comité de Kiang-Su:

"Después de la Conferencia del 7 de agosto de 1927, el comité central debió cargar con la responsabilidad de las tendencias putschistas, ya que exigía severamente a los comités locales que la nueva línea de conducta política fuera aplicada; si alguno no estaba de acuerdo con ella, sin más ceremonia no se le permitía renovar su carné del partido, y se excluía incluso a los camaradas que ya lo habían renovado... En esta época, el estado de ánimo putschista se expandió ampliamente dentro del partido; si alguno expresaba dudas sobre la política de los levantamientos, era calificado inmediatamente de oportunista y atacado despiadadamente. Esta circunstancia provocó grandes fricciones en el seno de las organizaciones del partido".

Estas operaciones se desarrollaban con el acompañamiento de piadosas y académicas advertencias contra los peligros del putschismo "en general".

La política de la insurrección brusca, improvisada desde arriba, exigía una recomposición urgente y un reagrupamiento del partido entero. El comité central conservó a aquellos que admitían en silencio la orientación hacia la insurrección a pesar de un declive manifiesto de la revolución. Sería bueno publicar las directrices dadas por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista durante este período. Podrían reunirse en un manual para la organización de la derrota. La resolución de Kiang-Su expone:

"El comité central continúa sin hacer notar las derrotas y el estado de depresión de los obreros; no ve que esta situación es el resultado de los errores cometidos bajo su dirección".

Pero hay más:

"El comité central acusa no se sabe a quién (¡justamente! L. T) de que:

Los comités locales no han controlado suficientemente bien la reorganización;

No se ha hecho ocupar funciones a los elementos obreros y campesinos;

Las organizaciones locales no han sido depuradas de los elementos oportunistas."

Todo se hace bruscamente, por medio de telegramas; como sea, hay que cerrar bien la boca a la Oposición. Como de todos modos las cosas no marchan, el comité central afirma:

"El estado de ánimo de las masas sería muy diferente si la señal de la revuelta hubiese sido lanzada al menos en una provincia."

Y el comité de Kiang-Su pregunta con razón, guardando prudentemente silencio sobre el hecho de que el comité central no hiciese más que ejecutar las directrices del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista:

"Esta última indicación, ¿no es una prueba del putschismo al 100% del mismo comité central?"

Durante cinco años, se ha dirigido y se ha educado al partido en un espíritu oportunista. En la actualidad se le exige que sea ultrarradical y que "destaque inmediatamente" hacia delante jefes obreros. ¿Cómo?... Muy simplemente, fijando un cierto porcentaje. El comité de Kiang-Su se queja:

"Iº No se tiene en cuenta el hecho que los que sean designados para completar los cuadros de dirección deberían ser seleccionados en el curso de la lucha. El comité central se limita a fijar formalmente por adelantado un porcentaje de obreros y de campesinos

en los órganos dirigentes de las diversas organizaciones.

2º A pesar de los numerosos arrestos, no se examina el grado de restablecimiento del partido, sino que se dice solamente, formalmente, que hay que reorganizar.

3 º El comité central dice simplemente, de forma dictatorial, que las organizaciones locales no destacan nuevos elementos, que no se desembarazan del oportunismo; al mismo tiempo, el comité central lanza ataques infundados contra los cuadros y los destituye con ligereza.

4º Sin prestar atención a los errores debidos a su propia dirección, el comité central exige, sin embargo, la disciplina de partido más severa a los militantes de base."

¿No parecen haber sido copiados todos estos párrafos de la plataforma de la Oposición? No; los ha dictado la vida. No obstante, como la plataforma también está copiada de la vida, coinciden. ¿Dónde está entonces la "particularidad" de las condiciones chinas? El burocratismo lo nivela todo, todas las particularidades. La política y el régimen interno son determinados por el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, más exactamente por el Comité Central del Partido Comunista de la URSS. El Comité Central del Partido Comunista de China lo hace bajar todo hasta las instancias inferiores. He aquí cómo se lleva a cabo esto, según la resolución de Kiang-Su:

"La declaración siguiente, hecha por un camarada de un comité regional, es muy característica: "En la actualidad, el trabajo es muy difícil; no obstante, el comité central muestra que hay una forma muy subjetiva de considerarlo. Lanza acusaciones y dice que el comité provincial no es bueno; este último, por su parte, acusa a las organizaciones de base y afirma que el comité regional es malo. Este se pone a acusar y asegura que son los camaradas que trabajan sobre el terreno los que no son buenos. Y los camaradas se defienden diciendo que las masas no son revolucionarias"".

Es realmente un cuadro brillante. Unicamente, que no tiene nada de particularmente chino.

Cada resolución del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista registrando nuevas derrotas declara, por una parte, que todo estaba previsto, y por otra, que son los "ejecutores" los responsables de las derrotas, porque no han comprendido la línea que se les había indicado desde arriba. Falta por establecer cómo una dirección tan perspicaz ha podido preverlo todo excepto que los ejecutores no tienen talla para aplicar sus directrices. Para una dirección, lo esencial no consiste en presentar una línea de conducta abstracta, en escribir una carta sin dirección, sino en elegir y educar a los ejecutores. La justeza de la dirección se verifica precisamente en la ejecución. La seguridad y la perspicacia de la dirección sólo se confirman cuando concuerdan las palabras y los actos. Pero si de forma crónica, en cada etapa, a lo largo de varios años, la dirección se ve obligada, post factum, después de cada giro que lleva a cabo, a lamentarse de que no ha sido comprendida, que han deformado su pensamiento, que los ejecutores han hecho fracasar su plan, ahí hay un signo seguro de que el error le incumbe enteramente. Esta "autocrítica" es tanto más grave cuanto que es involuntaria e inconsciente. Siguiendo el espíritu del VI Congreso, la dirección de la Oposición debe ser responsabilizada de cada grupo de tránsfugas; por contra, la dirección de la Internacional Comunista no tendría que responder en absoluto de los comités centrales de todos los partidos nacionales, en los momentos históricos más decisivos. Pero una dirección que no responde de nada es una dirección irresponsable. Ahí está la raíz de todos los males.

Protegiéndose contra la crítica de la base, el Comité Central del Partido Comunista

de China se refiere al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, es decir, traza sobre el suelo una raya de tiza que no puede ser traspasada. El comité de Kiang-Su tampoco la traspasa. Pero, dentro de los límites fijados por esta raya, le dice a su comité central verdades amargas que, automáticamente, se aplican al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Nos vemos de nuevo forzados a citar un extracto sacado del interesante documento de Kiang-Su:

"El comité central dice que toda la dirección anterior ha estado de acuerdo con las directrices de la Internacional Comunista, ¡como si todas las vacilaciones y errores no dependieran más que de los militantes de base! Si se adopta una forma semejante de ver las cosas, el mismo comité central no podrá ni reparar sus errores ni educar a los camaradas para el estudio de esta experiencia. No le será posible reforzar su ligazón con el aparato de la base del partido. El comité central dice siempre que su dirección fue correcta; achaca todos los errores a los camaradas de base, señalando siempre de forma especial las vacilaciones de los comités de base del partido."

Y un poco más adelante:

"Si la dirección no hace más que atacar con ligereza a los camaradas y a los órganos locales de dirección señalando sus errores, pero sin analizar de hecho las causas de esos errores, esto no puede provocar más que fricciones en el seno del partido; semejante actitud es desleal ["brutal y desleal" L. T.) y no puede ser útil ni a la revolución ni al partido. Si la dirección misma disimula sus errores y carga con sus faltas a los demás, semejante conducta tampoco será útil ni al partido ni a la revolución".

Es una forma simple pero clásica de caracterizar la tarea del centrismo burocrático, que descompone y devasta las conciencias. La resolución de Kiang-Su muestra de forma absolutamente ejemplar cómo y mediante qué métodos se ha conducido varias veces a la revolución china a la derrota, y al partido chino al borde de la muerte. Porque los cien mil militantes imaginarios que tiene sobre el papel el Partido Comunista de China no representan más que una forma burda de engañarse a sí mismo.

Constituirían entonces la sexta parte de los efectivos totales de los partidos comunistas de todos los países capitalistas. Los crímenes de la dirección contra el comunismo chino están todavía lejos de haber sido pagados todos. Nuevas caídas amenazan aún su futuro. Y la recuperación será dolorosa. Cada paso en falso la empujará todavía más abajo. La resolución del VI Congreso condena al Partido Comunista de China a errores y tácticas erróneas. Es imposible la victoria con la orientación actual de la Internacional Comunista, con su actual régimen interior. Hay que cambiar la orientación, hay que cambiar el régimen. Esto es lo que dice, una vez más, la resolución del Comité Provincial de Kiang-Su.

Alma Ata, 4 de octubre de 1928

¿QUIÉN DIRIGE HOY EN DÍA LA INTERNACIONAL COMUNISTA?

No hay nada que caracterice mejor la transformación del partido oficial de la Unión Soviética que su actitud con respecto a los problemas de la revolución internacional. Para la mayoría de la gente del aparato, la Internacional Comunista se ha convertido en un departamento del que sólo se ocupan aquellos que están encargados de esa función. En estos últimos años, la dirección ha desacostumbrado al partido a interesarse efectivamente por la vida interna del movimiento obrero internacional, y más en particular de la del partido comunista mundial. Hay que decirlo francamente: la información periodística actual de la URSS sobre los movimientos que tienen lugar en el seno de la clase obrera mundial está muy por debajo de la que daban, antes de la guerra, los buenos órganos de la socialdemocracia. No se puede creer en la información actual, esencialmente oficial, porque siempre está en función de lo que los medios dirigentes consideran los intereses del momento. Hay que renunciar a seguir día a día el desarrollo del movimiento obrero y la lucha interna que se libra en él. Ciertas manifestaciones son disimuladas y otras, por el contrario, voluntariamente aumentadas; pero incluso esto es episódico. Después de un largo período, en el que un partido u otro han desaparecido del campo visual de nuestra prensa, ¡surge imprevistamente un "nuevo peligro", una "nueva desviación", una catástrofe! En todo caso, el lector sólo se entera de esta catástrofe cuando los órganos dirigentes interesados ya hayan tomado "sus medidas". El lector (es decir, el partido) es simplemente informado de que la catástrofe, cuya amenaza ignoraba completamente, ha sido felizmente conjurada gracias a la decisión tomada la víspera por el buró de la internacional, y que la sección nacional interesada tiene asegurado de nuevo un desarrollo "monolítico". La repetición monótona de este procedimiento embrutece a la gente y la sume en la indiferencia. El militante de base del partido empieza a ver las catástrofes intermitentes de la internacional (o las de su propio partido) como ve el campesino el granizo o la sequía: diciéndose que no hay nada que hacer y que hay que tener paciencia.

Es evidente que este fenómeno sólo se explica por las graves derrotas de la revolución mundial, cuyo sentido no ha sido explicado jamás a las masas del partido, a fin de camuflar las carencias de la dirección. La fuerza destructiva de estos métodos es inmensa. Sólo el potente capital ideológico, moral y político heredado del pasado y el hecho mismo de la existencia del estado obrero le permiten a la internacional agrupar todavía en el marco de su organización universal (exceptuada la URSS) cuatro o cinco centenares de millares de militantes, como máximo.

La mala fe teórica se ha convertido en una de las armas esenciales de la lucha interna. Este hecho es, por sí solo, el índice seguro del profundo mal que corroe al organismo de la internacional. Con la mala fe ideológica de una dirección revolucionaria ocurre lo mismo que con la higiene de un cirujano. Una y otra conducen fatalmente a la gangrena del organismo. Pero la mala fe teórica de la dirección de la internacional no es un simple azar ni una cualidad que le sea inherente: proviene de la contradicción que existe entre los principios del leninismo y la política efectiva de la fracción estalinista.

Cuanta menos autoridad y cohesión, más coerción hay. La disciplina, necesaria como la sal para los alimentos, ha sustituido en estos últimos años a los alimentos mismos. Pero nadie ha logrado hasta ahora alimentarse de sal. La selección se opera conforme

a la orientación y los métodos del partido: cada vez más, los combatientes comunistas son reemplazados por el estado mayor burocrático del comunismo. Esto se constata de la forma más clara y manifiesta en la morada misma de la dirección comunista: el aparato central de la internacional.

También es de la mayor importancia saber a qué clase de elementos, a qué tipo político pertenecen los representantes que, en la actualidad, tienen entre sus manos los mecanismos de mando de la Internacional Comunista. No poseo la estadística general ni las características políticas de la burocracia de la internacional. Pero, por otra parte, no es necesario. Basta con señalar con el dedo las figuras más "destacadas" que personifican la línea dirigente y el régimen actual.

Como no pretendo dedicarme en estas notas rápidas a un trabajo sistemático, y, sin embargo, tenemos que visitar la galería de la internacional estalinista empezando por alguno, citaré en primer lugar a Bela Kun, sin pretender con ello exagerar su importancia, ni en el buen sentido ni en el malo. Con toda justicia, hay que reconocer que Bela Kun no es el peor elemento de los medios dirigentes de la internacional; otros dos comunistas húngaros lo complementan: Varga y Pepper. Los tres, que intervienen casi continuamente como profesores y directores espirituales de las secciones nacionales, juegan un papel internacional. Dos de ellos, Kun y Peper, son dos especialistas altamente cualificados en la lucha contra el "trotskysmo". La efímera república soviética húngara les confiere todavía cierto lustre de autoridad. Sin embargo, no hay que olvidar que estos políticos no llegaron a tomar el poder: les fue puesto ante las narices por una burguesía metida en un callejón sin salida. Habiendo tomado el poder sin combate, los dirigentes húngaros mostraron que no tenían la talla para conservarlo. Su política fue una cadena de errores. Ciñámonos a mencionar dos eslabones: en primer lugar se olvidaron de la existencia del campesinado y no le dieron la tierra; en segundo lugar, en su alegría, hicieron que el joven partido comunista se fusionase con la socialdemocracia de izquierda cuando aquél logró el poder. Mostraron así (y Bela Kun a la cabeza) que la experiencia rusa no les había hecho comprender ni el problema campesino ni el papel del partido en la revolución. Naturalmente, estos errores, que costaron la vida a la revolución húngara, se explican por la juventud del partido húngaro y por la extrema falta de preparación política de sus jefes. Pero ¿no es sorprendente que Bela Kun, lo mismo que su sombra socialdemócrata, Pepper, puedan creerse designados para denunciar en nosotros, los oposicionistas, una subestimación de los campesinos y una incomprensión del papel del partido? ¿Dónde se ha visto que un hombre que, por ligereza, haya cortado los brazos y las piernas a sus familiares sea promovido, por ese hecho, al rango de profesor de cirugía?

En el III Congreso, Bela Kun, flanqueado por su complemento indispensable, adoptó una actitud ultraizquierdista. Defendieron la estrategia que fue aplicada en Alemania, en marzo de 1921, y uno de cuyos principales inspiradores era Bela Kun. Partían del punto de vista de que si no se provocaba inmediatamente la revolución en occidente, la república soviética estaba condenada a morir. Bela Kun intentó convencerme varias veces de "tentar la suerte" en esta vía. Yo rechacé siempre su "aventurerismo", y en el III Congreso, junto con Lenin, le expliqué que la tarea de los comunistas europeos es "salvar" a la URSS no procediendo a montajes teatrales revolucionarios, sino preparando seriamente a los partidos europeos para la toma del poder. Hoy en día, Bela Kun, junto con los Pepper de todo pelaje, cree poder acusarme de "escepticismo" hacia las fuerzas vivas de la república soviética; según él, yo especularía únicamente con la revolución

mundial. Lo que se llama la ironía de la historia reviste aquí el aspecto de una verdadera bufonada. A decir verdad, no es casualidad que el III Congreso oyese resonar como un leitmotiv la fórmula de Lenin: "Todo por la necedad de Bela Kun." Y cuando, en mis conversaciones privadas con Lenin, yo intentaba tomar la defensa de Bela Kun contra los ataques demasiado crueles, Lenin respondía: "Yo no discuto que sea un hombre combativo, pero en política no vale para nada; hay que hacer que nadie lo tome en serio."

En cuanto a Pepper, es el prototipo del adaptado, del cliente político. Semejantes individuos se han posado y se posarán siempre sobre toda la revolución victoriosa, como las moscas sobre el azúcar. Después de la catástrofe de la república soviética húngara, Pepper intentó entrar en contacto con el conde Karoly. En el III Congreso era ultraizquierdista. En Norte América se convirtió en el heraldo del partido de La Follette y metió al joven partido comunista en el pantano hasta la cintura. Es inútil decir que se ha convertido en el profeta del socialismo en un solo país y que ha llegado a ser uno de los más feroces antitrotskystas. Esta es hoy su profesión, lo mismo que otros tienen una agencia matrimonial o venden billetes de lotería.

Hay que repetir sobre Varga lo que ya he dicho: que es el tipo acabado de Polonio teórico, al servicio de todas las direcciones de la Internacional Comunista. Es cierto que sus conocimientos y sus cualidades analíticas hacen de él un militante útil y calificado. Pero no hay en él ni una huella de fuerza de pensamiento ni de voluntad revolucionaria. Era brandleriano bajo Brandler, masloviano bajo Maslov, thaelmanniano bajo ese negado que se llama Thaelmann. Concienzuda y escrupulosamente, sirve siempre los argumentos económicos de la línea política adversa. En cuanto al valor objetivo de sus trabajos, se limita simplemente a la calidad política del encargo, sobre el que él mismo no tiene ninguna influencia. Defiende la teoría del socialismo en un solo país, como ya he dicho, alegando la falta de cultura política del obrero ruso, que tiene necesidad de perspectivas "consoladoras".

Manuilsky, como Pepper, goza de una reputación suficientemente sólida hasta en el seno de la fracción a la que pertenece actualmente. Estos seis últimos años han pervertido definitivamente a este hombre, cuya cualidad maestra es la versatilidad moral. Hubo un tiempo en que tuvo algún valor no ya teórico ni político, sino literario. Ardía en él una débil llama. No obstante, había una especie de gusano interior que le roía sin cesar. Huyendo de sí mismo, Manuilsky estaba siempre buscando a alguien sobre quien apoyarse. Siempre hubo en él algo de "comisionista". Baste con decir que se las ingenió durante mucho tiempo para verse asociado a... Alexinsky. Durante la guerra, Manuilsky no se portó del todo mal. Sin embargo, su internacionalismo fue siempre superficial. El período de Octubre fue para él un período de vacilaciones. En 1918 proclamó de forma absolutamente imprevista (sobre todo para mí) que Trotsky había liberado al bolchevismo de su estrechez nacional. Por lo demás, nadie concedía importancia a sus escritos. Se consumió dulcemente en Ucrania, sin gran utilidad, en calidad de administrador, pero se afianzó, en cambio, como un excelente narrador de anécdotas. Como todos los dirigentes de hoy, no resurgió y comenzó su ascensión hasta después de la muerte de Lenin. Sus intrigas contra Rakovsky le sirvieron de trampolín. La estima general de que gozaba Rakovsky en Ucrania era tal que, a pesar de las incitaciones venidas de Moscú, nadie se atrevía en 1923 a abrir la campaña contra él: Manuilsky se atrevió. En las conversaciones privadas, entre dos anécdotas, confesaba francamente el tipo de tarea que cumplía y mostraba su desprecio por su patrón, y

más aún por sí mismo. Su conocimiento del "extranjero" fijó el campo de sus intrigas posteriores: la Internacional Comunista. Si se recogiese lo que han dicho de él Zinóviev y Stalin, se obtendría un tratado muy curioso de cinismo político. Por otra parte, la cosa cambiaría muy poco si se recogiera lo que Manuilsky ha dicho de Zinóviev y Stalin. En el VI Congreso, Manuilsky fue el principal acusador de la Oposición. Para quien conozca el personal dirigente y el pasado del partido, este hecho resuelve por sí solo la cuestión.

En el aparato de la internacional y en la prensa, Waletsky juega uno de los papeles más visibles. En La Internacional Comunista y en Pravda, le toca con frecuencia denunciar al trotskysmo desde el punto de vista "teórico" y "filosófico". La naturaleza le ha creado para este tipo de tarea. A los ojos de la generación joven, Waletsky es simplemente un ilustre desconocido. La vieja generación le conoce desde hace mucho tiempo. Al principio del siglo, Waletsky hizo su aparición en Siberia como fanático partidario del Partido Socialista Polaco. En aquel momento, su ídolo era Pilsudsky. En política, Waletsky era nacionalista; en teoría, era un idealista y un místico. Fue el propagandista de la teoría de la decadencia y de la creencia en dios y en Pilsudsky. En nuestra colonia de deportados estaba aislado. Cuando la escisión del Partido Socialista Polaco, provocada por la revolución de 1905, Waletsky se encontró en el ala más "socialista", pero sólo para defender una plataforma de las más mencheviques.

Entonces ya combatía la teoría de la "revolución permanente", considerando no solamente como fantástica, sino como insensata la idea de que, en la Rusia atrasada, el proletariado pudiese llegar al poder antes que en occidente. Durante la guerra estuvo, en el mejor de los casos, a la derecha de Martov. Podemos estar seguros de que cinco minutos antes de la Revolución de Octubre Waletsky era un enemigo feroz del bolchevismo. No tengo información sobre cuándo se hizo "bolchevique", pero de todas formas fue después de que el proletariado ruso hubiera tomado el poder sólidamente en sus manos. En el III Congreso deambulaba entre la línea de Lenin y los ultraizquierdistas. Bajo Zinóviev, fue zinovievista, para convertirse oportunamente y en seguida en estalinista. Su movilidad y elasticidad son inagotables. No llevando más que un equipaje ligero, le resulta fácil cambiar de vagón. Hoy en día, este ex nacionalista, idealista, místico, menchevique, enseña a la clase obrera cómo se toma el poder, aunque él mismo sólo lo aprendiese por primera vez después de su conquista. La gente del calibre de Waletsky no podrá jamás conquistar nada. Pero son perfectamente capaces de perder lo que ha sido conquistado.

El pasado de Warsky es infinitamente más serio. Durante varios años siguió a Rosa Luxemburgo, a la que Waletsky vio siempre con el odio ciego del chovinista polaco. Pero Warsky ha retenido mejor los aspectos débiles de Rosa Luxemburgo que sus aspectos fuertes, el más interesante de los cuales fue su inflexibilidad revolucionaria. A pesar de todo, Warsky ha seguido siendo hasta hoy el socialdemócrata "revolucionario" de tipo antiguo. Eso le aproxima a Clara Zetkin, como lo hemos visto claramente en la actitud que tomaron los dos ante los acontecimientos alemanes de 1923. Warsky no se ha sentido nunca a gusto en el bolchevismo. De ahí viene su "conciliacionismo" momentáneo, basado sobre un malentendido, con respecto a la Oposición en 1923. Pero desde el momento en que se precisaron las líneas, Warsky encontró su lugar natural en las filas oficiales. La lucha de los epígonos contra la "revolución permanente" y la "subestimación" del campesinado llevaron al temeroso Warsky a tomar la insurrección victoriosa de Pildsusky por una especie de "dictadura democrática del proletariado y de los campesinos" y a empujar a los comunistas polacos a apoyar el golpe de estado fascista.

Este solo ejemplo da la medida de la perspicacia marxista y la firmeza revolucionaria de Warsky. Es inútil decir que, habiendo "reconocido sus errores", es hoy uno de los pilares de estalinismo. ¿Cómo es que el viejo compañero de Rosa Luxemburgo (esa intemacionalista hasta el fondo del corazón) enseña a los obreros polacos la edificación del socialismo en un solo país? Pero es muy dudoso que hombres de este tipo puedan hacer aprender a los obreros polacos la forma de arrancar el poder a la burguesía.

Clara Zetkin es desde hace mucho tiempo una figura meramente decorativa del Buró del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Podría no calificársela tan cruelmente, si no fuera patético verla servir de velo a métodos que no solamente la comprometen, sino que hacen un daño inmenso a la causa del proletariado internacional. La fuerza de Zetkin siempre ha radicado en su temperamento. No ha tenido nunca independencia ideológica. Rosa Luxemburgo le sirvió durante mucho tiempo de pivote político. A continuación buscó uno en Paul Levi, y en cierta medida en Brandler.

Después de las jornadas de marzo de 1921, Zetkin no hizo más que levantarse contra las "tonterías de Bela Kun"; en el fondo defendía "la vieja política, que había pasado la prueba", de la acumulación incesante de fuerzas. En una entrevista que tuvimos con ella Lenin y yo, Lenin, delicadamente pero con insistencia, le dijo: "Los jóvenes cometerán muchas tonterías, pero de todos modos harán una buena revolución". Zetkin protestó: "No harán siquiera una mala". Lenin y yo nos miramos y no pudimos evitar reírnos.

Las breves y vagas semisimpatías de Zetkin hacia la Oposición del 1923 provenían únicamente de que yo me había opuesto a que se hiciera recaer sobre el grupo de Brandler los errores de la internacional en la catástrofe alemana de 1923. A lo largo de 1923, Zetkin manifestó todos los rasgos de la buena vieja socialdemocracia; no comprendió ni el brusco cambio de la situación ni la necesidad de un giro audaz. En el fondo, Zetkin no tomó parte alguna en la solución de los problemas. Pero, como emblema, su autoridad tradicional le es necesaria a los Manuilsky, a los Pepper, a los Heinz Neumann.

Entre las personas que, en el curso de este último período, dirigen la acción de la internacional desde el fondo del buró del ejecutivo, el representante del Partido Comunista de Checoslovaquia, Sméral, convertido también en uno de los caballeros inexorables del neo bolchevismo, no es de los que ocupan la última fila. Sméral y la inexorabilidad son como y la sinceridad o Shylock y el desinterés. Sméral ha pasado por la fuerte escuela austríaca; si se distingue del tipo austro-marxista, no es más que por no haber llegado nunca a su altura. En la vieja socialdemocracia checa, Sméral estaba en una semioposición de una naturaleza tanto más difícil de captar cuanto que sus "ideas" daban siempre la impresión de una mancha de aceite creciendo. Podemos decir que al socialnacionalismo de Nemets y tutti quanti, Sméral oponía un estatismo imperialista austrohúngaro inspirado en Renner, pero con menos conocimientos y talento que éste. La república checa se ha realizado, sin embargo, no como el fruto de la política de Kramarj, Benes y Nemets, sino como el producto bastardo de la acción del imperialismo anglofrancés. Como quiera que sea, Checoslovaquia hizo su aparición y el austrohúngaro Sméral se vio metido en un callejón sin salida político. ¿A dónde ir? Fueron muchos los obreros que en un principio se dejaron embriagar por el estatismo checoslovaco. Eran todavía muchos más aquellos cuyo corazón latía por la Rusia de Octubre. Pero no había ni uno solo que se entristeciese por el imperio austrohúngaro. Entre tanto, Sméral hizo su peregrinación a Moscú. Recuerdo cómo descubrí a Lenin el mecanismo psicológico del bolchevismo de Sméral. Lenin repetía con una sonrisa muy

elocuente: "Es probable, ¿sabe?, es muy probable. Nos vendrán ahora muchos como ése. Hay que abrir los ojos. Hay que controlarlos a cada paso."

Sméral estaba profundamente convencido de que el hecho de cambiar el nombre del partido checo por el de partido comunista resolvía la cuestión. En resumidas cuentas, hizo todo lo que pudo por su parte para justificar después la afirmación de Otto Bauer sobre los dos buenos partidos socialdemócratas de Europa: la socialdemocracia austríaca y el Partido Comunista de Checoslovaquia. La "jornada roja" de este año ha mostrado con una brillantez trágica que cinco años de "bolchevización" zinóvievista, bujarinista, estalinista y smeralianista no le han servido al partido para nada, absolutamente para nada, lo que quiere decir en primer lugar a su dirección. Pero, sin embargo, Sméral ha echado raíces. Cuanto más ha caído ideológicamente la dirección de la internacional, más ha ascendido Sméral. Esta clase de elementos constituye un excelente barómetro político. No es necesario decir que para este "bolchevique" patentado, nosotros, los oposicionistas, no somos otra cosa que oportunistas jurados. Pero los obreros checos deben saber bien que Sméral jamás les conducirá a la conquista del poder.

Kolarov es otra variedad de este tipo que se ha formado en estos cinco años en el hotel Lux. Su pasado es más serio porque, durante un largo período, perteneció al partido búlgaro de los "estrechos" (tiesnaki), que se esforzó por permanecer en el campo del marxismo. Pero a pesar de su intransigencia aparente, era un marxismo de propaganda atentista, un marxismo pasivo y medianamente inerte. En resumen, en las cuestiones internacionales, los tiesnaki se inclinaban mucho más a favor de Plejánov que de Lenin. El aplastamiento de Bulgaria en la guerra imperialista, y posteriormente la Revolución de Octubre, los empujaron al bolchevismo. Kolarov se estableció en Moscú. En los primeros años de la revolución nos lanzábamos ávidamente sobre todo marxista extranjero o, más que nada, sobre todo elemento al que supusiéramos marxista revolucionario. Fue a este título que se llamó a Kolarov al aparato de la internacional en calidad de secretario general eventual. Pero varios meses después debimos, unánimemente, abandonar nuestras esperanzas. Lenin resumió su impresión sobre Kolarov en términos que no quiero reproducir aquí. En 1923, Kolarov dio de nuevo su medida en los acontecimientos búlgaros: el mismo resultado. Ya en vida de Lenin se había decidido apartar a Kolarov de todo papel dirigente en la internacional. Pero después de la enfermedad y muerte de Lenin se entabló una lucha vivificante contra el trotskysmo. Kolarov se sumergió de buenas a primeras en este baño y salió regenerado. Marchó primero con Zinóviev contra Trotsky, y después con Bujarin contra Zinóviev; hoy marcha con Stalin contra Bujarin. En una palabra, es un bolchevique de "Lux", impermeable, incombustible, insumergible.

Kuusinen es uno de los que mataron a la revolución finlandesa en 1918. Bajo el empuje de los acontecimientos y de las masas, y a pesar de sus sabias intenciones, Kuusinen se vio obligado a aceptar la revolución, pero, como buen filisteo, quiso acomodarla según las mejores recetas vegetarianas. Durante la insurrección, con la elocuencia que le caracteriza, invitó al buen público a permanecer en casa, a fin de que no hubiera víctimas. Si, como en Hungría, los acontecimientos hubiesen arrojado el poder a sus pies, no se habría agachado inmediatamente a recogerlo. Pero nadie le arrojó el poder a los pies: había que conquistarlo. La situación era excepcionalmente favorable. Sólo se necesitaban la audacia revolucionaria y disposiciones ofensivas. En otras palabras, eran necesarias las cualidades de las que Kuusinen es la viva negación. Se reveló absolutamente incapaz de tomar la ofensiva contra la burguesía finlandesa, que de esta forma contó con la posibilidad de ahogar en sangre la heroica insurrección. Pero,

en cambio, ¡de qué disposiciones ofensivas no dio prueba Kuusinen con respecto al ala izquierda de la internacional cuando se miró y se dio cuenta de que, según la expresión de Shakespeare, él no valía menos que los que no valían más que él! Ahí no arriesgaba nada. Nadaba entre dos aguas, como los que le mandaban. El pequeño razonador se convirtió en un gran intrigante. En las mentiras de las que se han servido los epígonos en estos últimos años para intoxicar la conciencia de los obreros de todos los países, podemos decir que Kuusinen se ha llevado la parte del león. Pero a veces ocurre que la parte del león le toca a una liebre. Como lo muestra el informe colonial que hizo en el VI Congreso, Kuusinen continúa siendo el mismo que cuando ayudó a la burguesía a estrangular al proletariado finlandés y a la burguesía china a aplastar al proletariado chino.

Un personaje como Petrovsky-Bennet ejerce en este momento un papel muy activo dentro de la internacional. Son los personajes de este tipo los que deciden hoy en día, puesto que los "jefes oficiales", dejando aparte su competencia, no se ocupan, por así decirlo, de los problemas de la internacional. Prácticamente, son los Petrovsky-Bennet los que dirigen, tomando buen cuidado de cubrirse, es decir, consiguiendo en el momento oportuno un sello autorizado. Pero ya veremos eso más adelante.

Petrovsky es un bundista-menchevique, tipo norteamericano, de la peor especie. Durante mucho tiempo, fue uno de los pilares del miserable y lastimoso periódico judío socialista-amarillo de Nueva York, que se entusiasmaba con las victorias de los alemanes antes de lamer las botas de Wilson. Regresado a Rusia en 1917, Petrovsky se dedicó a frecuentar los mismos medios bundista-mencheviques. Como Guralsky y como Rafes, sólo se unió al bolchevismo después de que los bolcheviques hubieran tomado el poder. En el trabajo militar se mostró como un hombre con dotes de ejecución y un funcionario ingenioso, pero nada más que un funcionario. El difunto Frunze, excelente soldado, pero que no brillaba por un sentido político agudo, me dijo muy a menudo: "Se desprende de Petrovsky un horrible olor a bundismo."

No solamente en las cuestiones de la administración militar, sino también en las cuestiones políticas, Petrovsky se alineaba invariablemente con sus superiores. Muy a menudo, le dije riendo a mi difunto amigo Skliansky que Petrovsky "buscaba" apoyarme en demasía. Skliansky, que apreciaba las cualidades prácticas de Petrovsky (y que por esta razón le defendía), respondía en broma a este agravio: "No hay nada que hacer, es su forma de ser." Y, en efecto, no se trataba de arribismo, en el sentido propio del término, sino de un instinto de adaptación que se bastaba a sí mismo, de un mimetismo profundo, de un oportunismo orgánico.

Rafes, otra variedad del mismo tipo, se ha mostrado tan capaz como ministro de Petliura como consejero de la revolución china. Hasta qué punto contribuyó con su apoyo a la muerte del petliurismo no sabría juzgarlo. Pero cada línea de sus informes y sus artículos prueba que ha hecho todo lo posible para llevar a la perdición a la revolución china.

El elemento natural de los Petrovsky, de los Rafes, de los Guralsky, es el trasiego entre bastidores, las mediaciones y las combinaciones, los trucos diplomáticos alrededor del Comité Angloruso o del Kuomintang, dicho brevemente, las intrigas sobre la revolución. La flexibilidad y las facultades de adaptación de estos individuos tienen un límite fatal: no son orgánicamente capaces ni de dar pruebas de iniciativa revolucionaria en la acción ni de defender sus concepciones en minoría. Y, sin embargo, sólo estas dos cualidades, que se complementan la una a la otra, forman al verdadero revolucionario. Si no es capaz

de mantenerse firme en minoría, no se podrá reagrupar a una mayoría revolucionaria segura, firme, valiente. Por otra parte, una mayoría revolucionaria, incluso una vez conquistada, no se convierte en absoluto en un patrimonio permanente e intangible. La revolución proletaria atraviesa altos y bajos considerables, atolladeros, túneles y pendientes escarpadas. Es por lo que la selección incesante de los revolucionarios les templa no solamente en la lucha de masas contra el enemigo, sino también en la lucha ideológica en el interior del partido; su capacidad para conservar el control de sí mismos en los grandes acontecimientos y en los cambios bruscos es de una importancia decisiva para el partido. Goethe dijo que una cosa, una vez adquirida, debe ser reconquistada constantemente para ser efectivamente poseída.

En la primera depuración del partido, Lenin recomendaba expulsar al 99% de los antiguos mencheviques. Le preocupaba del menchevismo menos la línea conciliadora que el tipo psicológico del adaptado en busca de un color protector y dispuesto a disfrazarse de bolchevique sólo para no luchar contra la corriente. Si Lenin recomendaba eliminar tan despiadadamente a los adaptados, estos elementos, por el contrario, comenzaron después de su muerte a ejercer un papel considerable dentro del partido, y un papel decisivo en la internacional. Guralsky coronó y descoronó a los jefes de los partidos francés, alemán y otros. Petrovsky y Pepper dirigieron el mundo anglosajón; Rafes enseñó la estrategia revolucionaria al pueblo chino; Borodin fue consejero del estado de la revolución nacional. Todas son variedades de un único y mismo tipo: los "niños de pecho" de la revolución.

Es inútil añadir que el "curso de izquierda" actual de Stalin no ha inquietado en absoluto a este público. Al contrario, todos los Petrovsky propagan hoy alegremente la orientación de izquierda, y los Rafes luchan contra el peligro de derecha. En esta campaña de centro-izquierda, inflada y puramente formal en sus tres cuartas partes, los adaptados se sienten como pez en el agua mostrando a bajo precio (a sí mismos y a los demás) qué estupendos revolucionarios son. Al mismo tiempo, y más que nunca, siguen conservando su fisonomía. Si hay algo que pueda matar a la internacional es semejante orientación, semejante régimen, semejante espíritu encarnado en los Petrovsky.

Uno de los inspiradores y de los educadores seguros de la internacional después de Lenin es Martinov, figura absolutamente simbólica en la historia del movimiento revolucionario. El teórico más consecuente y, por ello mismo, el más bendecido del menchevismo, Martinov, se puso pacientemente al abrigo de la revolución y la guerra civil en un confortable refugio, lo mismo que un viajero se pone al abrigo del mal tiempo. No se arriesgó a salir a la luz del día hasta el sexto año de Octubre. En 1923, Martinov reapareció inopinadamente al publicar un artículo en la revista Krasnaia Nov, de Moscú. En una sesión del buró político, en la primavera de 1923, mitad en broma y mitad en serio, pero, a pesar de todo, portador de un mal presagio, declaré de paso: "Tened cuidado de que Martinov no vaya a escurrirse dentro del partido." Lenin, con las dos manos alrededor de la boca en forma de altavoz me dijo al oído, aunque se oyó en toda la sala: "Ya se sabe que es un imbécil." Yo no tenía ningún motivo para discutir esta breve definición, lanzada en un tono de absoluta convicción. Unicamente hice notar que, evidentemente, no es posible construir un partido solamente con gente inteligente, y que Martinov podía, por descuido, pasar en otra categoría. Sin embargo, la broma ha tomado un aspecto serio. Martinov no solamente se ha infiltrado en el partido, sino que también se ha convertido en uno de los principales inspiradores de la internacional. Lo han acercado y lo han hecho ascender, o, más bien, se han acercado y se han rebajado,

únicamente a causa de su lucha contra el "trotskysmo". En este aspecto no le ha sido necesaria ninguna reeducación; ha continuado atacando la "revolución permanente" como en los veinte años anteriores. Antes hablaba de mi subestimación del liberalismo burgués y de la democracia burguesa. No ha cambiado de cliché; simplemente, ha intercalado el campesinado.

En las revistas mencheviques de la época de la reacción se pueden encontrar numerosos artículos de Martinov destinados a probar que el "trotskysmo ha triunfado, por un momento, en octubre, noviembre y diciembre de 1905" (sic), cuando los elementos se desencadenaron y extinguieron todas las llamas de la razón menchevique. En el punto culminante de la revolución (octubre, noviembre, diciembre de 1905) Martinov veía su decadencia "trotskysta". Para él, el punto culminante sólo se alcanzó con las Dumas del Imperio, los bloques con los kadetes y así sucesivamente, es decir, con el comienzo de la contrarrevolución.

Habiendo esperado en su refugio el fin de un nuevo juego, infinitamente más terrible, de los "elementos desencadenados" (la Revolución de Octubre, la guerra civil, la revolución en Alemania y Austria-Hungría, el golpe de estado soviético en Hungría, los acontecimientos de Italia, etc.) Martinov llegó, en 1923, a la conclusión que había llegado el momento de volver a encender la llama de la razón dentro del partido comunista ruso. Empezó por donde se había detenido en la época de la reacción stolypinista. En Krasnaia Nov escribió:

"En 1905, Trotsky razonaba con más lógica y más sistemáticamente que los bolcheviques y los mencheviques. Pero el defecto de sus razonamientos consistía en que Trotsky era "demasiado consecuente". El cuadro que bosquejaba daba con anticipación una encantadora idea, muy precisa, de la dictadura bolchevique de los tres primeros años de la Revolución de Octubre, que, como ya sabemos, ha terminado por desembocar en un callejón sin salida, después de haber separado al proletariado del campesinado, lo que tuvo como resultado obligar al Partido Bolchevique a retroceder profundamente".

Martinov cuenta aquí con toda franqueza qué es lo que le ha reconciliado con Octubre: el gran retroceso de la NEP., hecho necesario por la detención de la revolución mundial. Profundamente convencido de que los tres primeros años de la Revolución de Octubre no habían sido más que la expresión del error "histórico del trotskysmo", Martinov se incorporó al partido, y, sin esperar más, tomó su lugar entre la artillería pesada para la lucha contra la Oposición. Con más elocuencia que muchas consideraciones teóricas, este hecho ilustra por sí solo la evolución profunda que se ha operado en las esferas superiores de la dirección del partido en estos últimos años.

En su obra inédita Lenin y la dictadura del proletariado y los campesinos (en la actualidad, los trabajos serios y concienzudos se quedan por lo general en el estado de manuscritos; sobre los asuntos espinosos sólo se imprimen los bajos productos del aparato), el camarada B. Lifchitz ofrece, en una corta nota, un edificante retrato político de Martinov:

"La biografía política de este hombre reclama, me parece, una atención especial. Se incorpora a los narodnikis cuando comienza su degeneración de epígonos (hacia mediados de 1880). Viene al marxismo y a la socialdemocracia para presidir el deslizamiento de una parte de los socialdemócratas, de la plataforma del grupo de "La Emancipación del Trabajo" y del grupo de Lenin, la "Unión de Combate de Petersburgo", a la plataforma del economicismo oportunista. Este adversario de la víspera de los partidarios de Iskra se acerca en seguida a Iskra (de hecho a los nuevos elementos de Iskra), en el momento

en que los dirigentes que quedan se desvían de sus posiciones políticas anteriores. Quedando ahí, de alguna forma, para desempeñar papeles de segunda fila (fuera de la redacción de Iskra), da prácticamente, en su Dos dictaduras, una plataforma a la táctica oportunista-conciliadora de los mencheviques en la revolución de 1905. Después, este menchevique de ayer, de los más venenosos antibolcheviques, se une de nuevo a los bolcheviques en el momento (1923) en que sus dirigentes, actuando cada vez más como epígonos, se deslizan ya fuera de las posiciones bolcheviques. Manteniéndose ahí todavía en papeles de segundo plano (fuera del buró político y del buró de la internacional), inspira prácticamente la lucha contra la fracción bolchevique del partido y, en sus artículos y sus cursos, suministra una plataforma a la táctica oportunista y conciliadora de los estalinistas en la revolución china... Una especie de fatalidad parece acompañar decididamente a esta figura."

La "fatalidad" de la figura de Martinov casa excelentemente con su lado cómico involuntario. Lento de paso y pesado de espíritu, creado por la naturaleza para los furgones de la revolución, Martinov está tocado por una noble pasión: unir teóricamente los dos extremos. Del hecho de que no se una más que a las corrientes ideológicas decadentes o a las derivaciones decadentes de corrientes sanas, le viene, en sus esfuerzos por unir los dos extremos, llevar cada error hasta el colmo de la ineptitud. El autor de Dos dictaduras ha dado en 1926-1927 la definición teórica del "bloque de las cuatro clases", sobreentendiendo por ello que la burguesía china, con la ayuda de la internacional, se ha instalado a horcajadas sobre tres clases: los obreros, los campesinos y los pequeños burgueses de las ciudades. En marzo de 1927, Martinov preconizaba la consigna de la "transfusión de sangre obrera al Kuomintang", justo en vísperas del día en que Chiang Kai-shek iba a proceder a la efusión de sangre obrera. Cuando se entablaron en el partido las discusiones "anglorusa" y "china", Martinov revivió su juventud trasplantando el viejo menchevismo, sin modificaciones ni adiciones, en la forma más intacta y más estúpida. Mientras que los demás se esforzaban en buscar e inventar una teoría que justificase el deslizamiento político, Martinov sacó una de su bolsillo, concebida desde hacía mucho tiempo, toda ella preparada y que sólo había sido ligeramente olvidada. Eso le confirió una superioridad manifiesta.

Ahora bien, este hombre "fatal" es uno de los principales inspiradores de la Internacional Comunista. Enseña a orientarse, a prever la marcha ulterior del desarrollo revolucionario, a elegir a los cuadros, a discernir a tiempo una situación revolucionaria y a movilizar a las masas para el derrocamiento de la burguesía. No se puede imaginar una caricatura más dañina.

En la sección de propaganda de la internacional opera y, por así decirlo, dirige un tal Lentsner. Sea cual fuere la insignificancia de esta figura, es bueno decir algunas palabras sobre ella, como la parte en nada accidental de un todo. En un momento determinado, Lentsner trabajó en la edición de mis Obras. Tuve conocimiento de él por primera vez como representante del "profesorado rojo". No tenía ningún pasado revolucionario. Después de todo, no se le podía reprochar: era joven. Entró en la política una vez que ya estaba hecha la revolución. Lo peor fue que la demolición caótica que se producía en todos los dominios le permitió, con un mínimo bagaje teórico, hacer su carrera como "profesor rojo". En otras palabras, la revolución fue para él, sobre todo, una carrera. Su ignorancia me sorprendió particularmente. En las anotaciones que escribía había que revisar no solamente el pensamiento, sino también la etimología y la sintaxis del "Señor Profesor". Había que prestar atención sobre todo a sus excesos de celo:

Lentsner parecía menos un adepto que un cortesano. En aquel período de 1923 muchos arribistas impacientes y arribistas no colocados en el aparato buscaban su oportunidad aquí y allá. De todos modos, había que mostrarse indulgente con los conocimientos superficiales de Lentsner; los militantes más serios estaban sobrecargados de tareas: en aquel momento no se revocaba todavía a los oposicionistas.

Lentsner me preparó los materiales para las Lecciones de Octubre, hizo las verificaciones de los textos, reunió las citas siguiendo mis indicaciones, *etc.* Cuando se desencadenó la campaña antitrotskysta, después de mucho tiempo en gestación, y se la ligó abiertamente a las Lecciones de Octubre, Lentsner no supo dónde meterse, y, en veinticuatro horas, cambió su fusil de hombro. Para asegurarse más sólidamente, utilizó los materiales que había preparado en un sentido diametralmente opuesto, es decir, contra el trotskysmo. Escribió un folleto contra la revolución permanente, como era de esperar; este folleto estaba ya en prensa, pero, en el último momento, por orden del buró político, la composición fue destruida: verdaderamente, era demasiado molesto tener relación con ese personaje. No obstante, Zinóviev le mimó y le colocó en la internacional. Al lado de los Kuusinen y los Martinov, Lentsner se convirtió en uno de los dirigentes de la acción cotidiana de la internacional. Este profesor rojo escribió artículos de directrices en la revista oficial de La Internacional. Las pocas líneas que he leído suyas me han convencido de que Lentsner no sabe hoy mejor que ayer escribir dos palabras seguidas correctamente. Pero visiblemente no hay nadie en la redacción de La Internacional Comunista no sólo para velar por el marxismo, sino ni siquiera para velar por la gramática. Estos Lentsner dan la fisonomía del aparato de la internacional.

Lozovsky ocupa en la Internacional Sindical Roja un lugar de dirigente, y en la Internacional Comunista influyente. Si, al principio, bajo la antigua dirección del partido, su papel era puramente técnico, e incluso como tal seriamente discutido y considerado como temporal, no es menos cierto que en este último período Lozovsky ha pasado a primera fila.

No se le pueden negar a Lozovsky ciertas aptitudes, una facilidad de orientación, un cierto olfato. Pero todas estas aptitudes tienen en él un carácter muy fugaz y superficial. Empezó, creo, por el bolchevismo, pero se alejó en seguida para largos años. Conciliador, intemacionalista durante la guerra, militó conmigo, en París, en Nache Slovo, en donde representó siempre la tendencia de extrema derecha. Tanto en las cuestiones internas del movimiento obrero francés como en los problemas de la internacional y de la revolución rusa, se inclinaba invariablemente hacia la derecha, hacia el centrismo pacifista. En 1917 fue el único del grupo Nache Slovo que no se unió a los bolcheviques. Fue un gran enemigo de la Revolución de Octubre. Le duró, me parece, hasta 1920, año en el que movilizó contra el partido a una fracción de los ferroviarios y de los sindicados en general. Se sumó a la Revolución de Octubre con Martinov, en todo caso después de que ésta no sólo se había hecho, sino que se había defendido contra los peligros más amenazantes. Su conocimiento de las lenguas y la vida occidental le condujo, en aquellos años en que el reparto de los militantes era todavía muy caótico, a la Internacional Sindical Roja. Cuando, en el buró político, nos encontramos colocados ante este hecho, todos nosotros (y Lenin el primero) movimos significativamente la cabeza; nos consolamos diciéndonos que en la primera ocasión habría que reemplazarlo. Pero la situación se modificó. Lenin cayó enfermo y murió. Comenzaron los desplazamientos, cuidadosamente preparados entre los bastidores del aparato. Lozovsky salió a flote. ¿No había polemizado contra mí durante la guerra, para defender el longuetismo y la democracia pequeñoburguesa

en Rusia? ¿No había polemizado contra la Revolución de Octubre, el terror rojo, la guerra civil? Después de una breve pausa, reanudó la lucha contra el "trotskysmo". Eso reafirmó su situación en la Internacional Sindical Roja y le aseguró enseguida una en la Internacional Comunista. En el momento álgido de la orientación martinovista, Lozovsky se encontró incluso, en cierta medida, en el ala izquierda. Pero esto no es peligroso ni para Lozovsky ni para la internacional, porque, a pesar de toda su precipitación aparente, Lozovsky conoce perfectamente los límites a partir de los cuales deja de ser estimulado el izquierdismo. Como sucede frecuentemente, un espíritu exaltado se mezcla en Lozovsky con el conservadurismo ideológico. En un artículo mordaz, puede recomendar a los trabajadores de África del Sur y a los indígenas de las Islas Filipinas derrocar a su burguesía y, una hora después, olvidar su consejo. Pero en todos los casos serios en los que debe tomar decisiones en las que entra en juego su responsabilidad, Lozovsky se inclina invariablemente a la derecha. No es un hombre de acción, revolucionario, es un pacifista orgánico. El porvenir lo demostrará más de una vez.

La forma en que fueron dirigidos los jóvenes partidos de oriente, que tenían ante sí tareas grandiosas, aparece, por decirlo así, como la página más sombría de la historia de la internacional después de Lenin.

Baste con decir que el papel dirigente pertenecía a Raskolnikov. A diferencia de los que hemos citado anteriormente, éste es indiscutiblemente un revolucionario combativo, un bolchevique que tiene cierto pasado revolucionario. Pero sólo la espantosa devastación de las filas dirigentes ha podido hacer que Raskolnikov se haya visto colocado en la dirección... de la literatura proletaria y de las revoluciones de Asia. Es tan incompetente en un dominio como en el otro. Sus actos fueron siempre mejores que sus discursos y sus artículos. Se expresa antes de haber pensado. Ciertamente, no es malo tenerlo cerca en un período de guerra civil. Pero es mucho menos bueno en un período de guerra ideológica. Regresado de Afganistán en 1923, Raskolnikov se lanzó a la batalla al lado de la Oposición. Tuve que moderarle con mucha insistencia, por miedo a que hiciera más mal que bien. Por esta razón o por otra, se convirtió, pocos días después, en un combatiente activo del otro campo. No sé si ha estudiado mucho el oriente durante su estancia en Afganistán. En cambio, escribió muchos recuerdos sobre los primeros años de la revolución y creyó necesario reservar un espacio bastante grande al autor de estas líneas. En 1924 reescribió sus recuerdos (ya publicados), y donde había puesto el signo "más" puso el signo "menos", y al contrario. Esta refundición tiene un carácter tan primitivo e infantil, que no se puede siquiera calificar seriamente de falsificación. Se basa en una forma de pensar esencialmente primitiva. La actividad de Raskolnikov en el campo de la literatura proletaria constituirá una de las anécdotas más divertidas de la historia de la revolución. Pero, realmente, este aspecto no nos interesa. La obra de Raskolnikov como dirigente de la sección oriental de la internacional tiene un carácter mucho más trágico. Basta con leer el prefacio de Raskolnikov al informe de Tan PinSian para convencerse, una vez más, de la facilidad con la que ciertas naturalezas recaen, cuando las condiciones se prestan a ello, en la ignorancia política. Para el informe menchevique de Tan PinSian, Raskolnikov ha escrito un prefacio elogiosamente menchevique. Es cierto que hay que añadir que el informe de Tan PinSian ha sido aprobado por la VII sesión del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista. Raskolnikov es menos el inspirador responsable que la víctima de este mecanismo. Pero su desafortunada dirección es, por su parte, una fuente de inmensas desgracias y de numerosas pérdidas.

El movimiento indio está representado en la internacional por Roy Es dudoso que

se pueda hacer más daño al proletariado indio del que le han hecho Zinóviev, Stalin y Bujarin por medio de Roy. En la India, como en China, se ha llevado y se lleva a cabo una acción que casi siempre está dirigida al nacionalismo burgués. En todo el período posleninista, Roy ha hecho propaganda a favor de un "partido del pueblo" que, como él mismo ha dicho, "ni por su título ni por su naturaleza" debería ser el partido de la vanguardia proletaria. Es una adaptación del kuomintanguismo, del estalinismo y del lafollettismo a las condiciones del movimiento nacional de la India. Políticamente, esto quiere decir: por medio de Roy, la dirección de la Internacional Comunista calza los estribos a los futuros Chiang Kai-shek indios. En cuanto a las concepciones de Roy, son una mezcla de ideas socialistas-revolucionarias y de liberalismo, acomodadas a la salsa de la lucha contra el imperialismo. Mientras los "comunistas" organizan partidos "obreros y campesinos", los nacionalistas indios ponen la mano sobre los sindicatos profesionales. En la India se prepara la catástrofe tan metódicamente como en China. Hoy ha tomado como modelo los ejemplos chinos e interviene en los congresos chinos como profesor. Huelga decir que este nacionaldemócrata, intoxicado por una ersatz de "marxismo", es un enemigo irreductible del "trotskysmo", lo mismo que su hermano espiritual Tan PinSian.

En Japón no van mejor las cosas. El Partido Comunista de Japón es invariablemente representado en la internacional por Katayama. A medida que la dirección de la Internacional comunista se ha ido quedando vacía, Katayama se ha convertido en un pilar bolchevique. A decir verdad, Katayama es, por sí mismo, un malentendido total. A diferencia de Clara Zetkin, no se le puede calificar siquiera de figura decorativa, porque está totalmente desprovisto de carácter decorativo. Sus concepciones forman un progresismo coloreado muy ligeramente de marxismo. Por toda su formación, Katayama está mucho más cerca del mundo de las ideas de Sun Tat-sen que de Lenin. Esto no le impide a Katayama excluir a los bolcheviques-leninistas de la internacional y, en general, decidir por medio de su voto el destino de la revolución proletaria. En recompensa por sus servicios en la lucha contra la Oposición, la internacional apoya en el Japón la autoridad ficticia de Katayama. Los jóvenes comunistas japoneses le contemplan con deferencia y siguen sus enseñanzas. ¿Cuáles? Por algo existe este proverbio japonés: "Se puede adorar incluso a una cabeza de sardina; la cuestión es creer."

Entre tanto, en Japón no hay más que una sucesión sin fin de intentos de los diversos "partidos obreros y campesinos" de derecha, de centro, de izquierda, que, todos en el mismo grado, constituyen un atentado organizado contra la independencia política de la vanguardia proletaria. Las notas y las contranotas diplomáticas, las conferencias y las contraconferencias de unidad crecen y se multiplican, absorbiendo y pervirtiendo a los poco numerosos comunistas, apartándolos del verdadero trabajo de agrupamiento y educación de los obreros revolucionarios. La prensa de la internacional no da casi ninguna información sobre la acción revolucionaria actual de los comunistas japoneses, sobre el trabajo ilegal, la organización, las proclamas, *etc.* En cambio, casi todas las semanas nos enteramos de nuevas iniciativas de un nuevo comité para la reorganización del partido obrero y campesino de izquierda en el sentido de la unión con el ala izquierda del partido obrero campesino de centro que, por su parte, se decanta hacia el ala izquierda del partido de derecha, y así sucesivamente, indefinidamente. ¿Qué pinta aquí el bolchevismo? ¿Qué pueden tener que ver Marx y Lenin con este indecente trasiego de ratones?

Pero habrá que volver, desde otro punto de vista más a fondo, sobre los palpitantes

problemas de oriente.

***

Como se ve, el sentido general de los cambios que se han operado en la dirección de la internacional aparece con toda claridad cuando desfilan sus responsables. La gente de Martinov, los adaptados de todas clases dirigen la internacional. Los franceses tienen un término político: rallié, que la frecuencia de las revoluciones políticas ha hecho necesario entre ellos. Si los republicanos han tenido que adaptarse al imperio, los realistas y los bonapartistas por su parte han tenido que adaptarse a la república. No lo hicieron en absoluto inmediatamente, sino después de estar convencidos de la estabilidad del régimen republicano. No son republicanos que lucharan por la república, sino hombres que caritativamente aceptaron de ella funciones y prebendas. Esto es lo que se llama ralliés. Pero no hay que creer que este tipo sea específico de la revolución burguesa. La base del ralliement no es la revolución, sino su victoria y el estado creado por esta victoria.

Es evidente que verdaderos combatientes, sobre todo en los otros países, pertenecientes a las jóvenes generaciones y, en cierta medida, también a las generaciones más viejas, se han acercado y se acercan a la Revolución de Octubre. Pero el régimen actual de la internacional no les permite elevarse hasta el nivel de dirigentes independientes, mucho menos al de jefes revolucionarios. Elimina, barre, deforma y pisotea todo lo que es independiente, ideológicamente firme y voluntarioso. Tiene necesidad de adaptados, los encuentra sin esfuerzo, los agrupa y los arma.

Entre los adaptados se distinguen dos grandes tipos, que van desde los elementos políticamente toscos pero honestos, desprovistos de perspicacia y de iniciativa, hasta los arribistas más empedernidos. Pero incluso los mejores entre estos ralliés (como lo impone la psicología y como lo prueba la experiencia) muestran ante las nuevas revoluciones los defectos de los que dieron prueba antes, incluso en vísperas de Octubre: imprevisión, falta de iniciativa creadora y de verdadero coraje revolucionario. Los Kolarov, los Pepper, los Kuusinen, los Waletsky, los Martinov, los Petrovsky, los Lozovsky que han hecho fracasar, que han anunciado falsamente o que han matado, éste, una; aquel de allí, dos; el otro, tres revoluciones, e incluso más, se dicen seguramente: "Que caiga una nueva revolución en nuestras manos, y esta vez demostraremos lo que somos." Lo mismo que el cazador con mala puntería que jura, después de cada tiro fallado, que apuntará mejor a la pieza siguiente. Recordando sus errores e inquietos por la idea de que no han sido olvidados, estos revolucionarios de después de la revolución siempre están dispuestos, a una señal desde arriba, a dar pruebas de audacia en todos los confines de la tierra. Esta es la razón por la que las situaciones revolucionarias desperdiciadas se alternan con aventuras revolucionarias no menos trágicas.

Lo mejor que se puede hacer con todas las variedades de Martinov, Kuusinen y Pepper es mantenerlos a una distancia de tiro de cañón de los centros en los que se decide el destino de la revolución.

***

Se puede objetar que todos los personajes que he enumerado no son más que de segundo orden, y que la "verdadera" dirección está concentrada en el Buró Político del Partido Comunista de toda la Unión (Bolchevique). Pero esto es una ilusión. En tiempos de Lenin, la dirección inmediata de los asuntos de la internacional había sido confiada a

Zinóviev, Radek y Bujarin. En el examen de los problemas de alguna importancia tomaban parte Lenin y el autor de estas líneas. No hay que decir que, en todas las cuestiones esenciales de la internacional, el diapasón estaba en manos de Lenin. Ninguno de los miembros actuales del buró político, con la excepción de Bujarin, tomaba la menor parte en la dirección de la internacional, y, bien entendido, no era debido simplemente al azar. La naturaleza de este trabajo presupone no solamente un cierto nivel teórico y político, sino también el conocimiento directo de la vida interior de los países de occidente y la posesión de las lenguas que permita seguir continuamente la prensa extranjera. En el actual buró político, nadie con la excepción de Bujarin, que, en vida de Lenin, no era más que suplente del buró político, posee siquiera estas aptitudes formales.

El Testamento de Lenin ofrece una caracterización de Bujarin de alguna forma contradictoria. Por una parte, habla de él como de un "teórico" de los más preciosos y con más porvenir del partido; por otra parte, indica que "es muy dudoso que sus concepciones teóricas puedan ser consideradas como concepciones marxistas, porque hay en él algo de escolástico (no ha comprendido nunca a fondo la dialéctica)". ¿Cómo es que un no-dialéctico, un escolástico, puede ser el teórico de un partido marxista? No me detendré en el hecho de que el Testamento, escrito con un objetivo determinado para el partido, está impregnado del deseo de "equilibrar", aunque no sea más que en cierta medida, los rasgos característicos de cada militante dirigente del partido: Lenin lima cuidadosamente el elogio demasiado marcado, como suaviza el juicio demasiado duro. No obstante, estas atenuaciones conciernen a la forma del Testamento y no al fondo, y no explican cómo pueden ser "preciosos" los trabajos marxistas de un escritor que no ha asimilado la dialéctica. De todos modos, la caracterización que ofrece Lenin, a pesar de su contradicción aparente, destinada a dorar un poco la píldora, no es realmente contradictoria, y es profundamente justa.

La dialéctica no suprime la lógica formal, como la síntesis no suprime el análisis, sino que, al contrario, se apoya en ella. La manera de pensar de Bujarin es formalmente lógica, y de un extremo al otro abstractamente analítica. Sus mejores páginas se relacionan con el campo del análisis formalmente lógico. Allá donde el pensamiento de Bujarin discurre por las líneas trazadas ya por el buril de Lenin y de Marx, puede ofrecer preciosos resultados parciales, en realidad siempre impregnados con un cierto resabio de escolástica. Pero allí donde Bujarin penetra por sí mismo en una esfera nueva, allí donde está obligado a combinar elementos extraídos de diferentes dominios (económico y político, sociológico e ideológico) manifiesta una arbitrariedad completamente irresponsable e imponderable, multiplicando las generalizaciones abusivas y jugando con los conceptos como si fueran balones. Si se tomara alguien la molestia de reunir y clasificar cronológicamente todas las "teorías" que Bujarin ha servido a la internacional desde 1919, y sobre todo desde 1923, extraería un cuadro recordando la noche de Walpurgis, donde los miserables manes del marxismo temblarían bajo todos los vientos de la escolástica.

El VI Congreso de la Internacional Comunista ha llevado las contradicciones del aparato dirigente al paroxismo, y, como consecuencia, al absurdo. En apariencia, la dirección parecía pertenecer a Bujarin: él hizo el informe moral, indicó la línea estratégica, propuso e hizo votar el programa (lo que no es una minucia), inauguró el congreso y lo clausuró estableciendo su balance. Su preeminencia parecía absoluta. No obstante, todo el mundo sabe que la influencia real de Bujarin sobre el congreso estaba cerca del cero. Las interminables charlas de Bujarin se parecían a las burbujas que despide un

individuo que se ahoga. Durante este tiempo, sin que fuera respetado el espíritu de los informes, o para salir al encuentro de ese espíritu, se operaba el reagrupamiento entre los delegados y se afirmaba su organización fraccional. Esta duplicidad fenomenal reveló qué papel tan accesorio, secundario, decorativo en suma, juega la "ideología" bajo el régimen burocrático del aparato. Pero si no se puede hablar ahora ya de la dirección de Bujarin, puesto que la clave del VI Congreso fue su liquidación, queda Stalin. Pero ahí caemos de una paradoja en otra: al que se llama hoy, con algo de razón, el dirigente de la internacional no se mostró en el congreso, y en sus discursos posteriores se desembarazó de los problemas del programa y la estrategia de la internacional con unas pocas frases que no querían decir nada. De nuevo, no hay en ello nada de fortuito.

No hay necesidad de extenderse sobre el carácter groseramente empírico de la política de Stalin. Con más o menos retraso, no más que el reflejo pasivo de choques sociales subterráneos. Sin embargo, durante cierto período y en condiciones determinadas, la fuerza del centrismo del aparato reside en el empirismo de su adaptación. Pero ahí está precisamente su talón de Aquiles.

Los que no le conocen, difícilmente pueden hacerse una idea del nivel de los conocimientos científicos y los recursos teóricos de Stalin. En vida de Lenin, jamás se nos pasó a ninguno por la cabeza interesarle en las discusiones de los problemas teóricos o de las cuestiones estratégicas de la internacional. Lo más que le tocó hacer fue, a veces, votar sobre tal o cual cuestión si las diferencias de puntos de vista entre los dirigentes rusos de la internacional hacían necesario un voto formal del buró político. En todo caso, hasta 1924, es imposible encontrar un artículo o un discurso de Stalin consagrado a los problemas internacionales. Sin embargo, esta "cualidad" (el hecho de no haber estado ligado personalmente por ninguna obligación o tradición ideológica a los problemas teóricos e internacionales fundamentales) le hizo inmejorablemente apto para dirigir la política de retroceso cuando, dentro del país, las clases aplastadas por la Revolución de Octubre comenzaron a levantarse y a hacer presión sobre el partido. Stalin se convirtió en necesario cuando comenzó a rebobinarse al revés la película de Octubre. "Toda época social [dijo Marx, retomando la expresión de Helvetius] exige sus grandes hombres; cuando no existen, los inventa." De esta forma, Stalin es el gran hombre "inventado" del período de reacción contra Octubre.

Es sabido que el marxismo no "niega" en absoluto el principio personal en la historia; al contrario, es capaz de dilucidar mejor que cualquier otra doctrina la función histórica de una personalidad destacada. Pero el fetichismo del principio personal es totalmente extraño al marxismo. El papel de la personalidad se explica siempre por las condiciones objetivas expresadas en las relaciones entre las clases. Hubo períodos históricos en los que, según la expresión de un enemigo inteligente, Ustrialov, "para salvar al país" se reveló necesaria una mediocridad, y nada más. En su Dieciocho Brumario, Marx mostró, según sus propias palabras, "cómo la lucha de clases ha creado las circunstancias y las condiciones que han permitido a un personaje mediocre y vulgar ejercer el papel de héroe". Marx pensaba en Napoleón III. El sustrato social del poder de éste fueron los pequeños propietarios campesinos, bajo la neutralización recíproca de la burguesía y el proletariado. Los elementos esenciales de esta situación existen igualmente entre nosotros. Todo reside en su correlación de fuerzas y en las tendencias del desarrollo ulterior. Para determinar esas tendencias tendremos que enfrentarnos a ellas todavía. Pero, mientras esperamos, es indiscutible que cuanto más se avanza, más aparece el régimen estalinista como la preparación del bonapartismo.

El desprecio hacia las cuestiones de principio y la limitación del pensamiento han caracterizado siempre a Stalin. En 1925, el periódico del partido en Tiflis, Zaria Vostoka, le hizo un mal servicio al publicar su carta del 24 de enero de 1911. El bloque de Lenin con Plejánov para la lucha contra los liquidadores y los conciliadores es denominado por Stalin "una tempestad en un vaso de agua" (ni más ni menos), y prosigue:

"En general, los obreros comienzan a ver a los grupos del extranjero con desdén; que se enfurezcan cuanto deseen; nosotros pensamos que aquel que cree verdaderamente en los intereses del movimiento, trabaja; el resto se va pronto. Mi opinión es que el resultado será mejor así."

Así, pues, en 1911, Stalin dejaba desdeñosamente a Lenin el cuidado de "enfurecerse" en la lucha contra el liquidacionismo. En cuanto al grupo que había formado Lenin sobre problemas ideológicos, Stalin lo llamaba con desprecio "una tempestad en un vaso de agua". ¡Qué repugnante hipocresía impregna hoy la intransigencia retrospectiva de Stalin en lo que concierne a la vieja lucha ideológica!

Pero no se trata solamente de 1911. En la primavera de 1917, Stalin, "semidefensista revolucionario", estaba de acuerdo en principio en que el partido se uniese al defensista revolucionario Tseretelli. En las actas, hasta hoy disimuladas, de la conferencia del partido de 1917, leemos:

"Orden del día: propuesta de unión de Tseretelli.

Stalin.- Debemos aceptar. Debemos definir nuestra propuesta de realización de la unión. La unión es posible sobre la base de Zimmerwald Kienthal."

A los temores expresados por ciertos delegados de la conferencia, Stalin respondió:

"No se debe adelantar ni prevenir los desacuerdos. Sin desacuerdos, el partido no vive. Dentro del partido, liquidaremos los pequeños desacuerdos."

Los desacuerdos con Tseretelli le parecían a Stalin "pequeños desacuerdos", igual que, seis años antes, la lucha teórica de Lenin contra los liquidadores le parecía "una tempestad en un vaso de agua". En este desprecio cínico de los principios de la política y en este empirismo conciliador, radican en potencia la futura alianza con Chiang Kai-shek, la colaboración con Purcell, el socialismo en un solo país, el partido obrero y campesino bipartito y la unión con los Martinov, los Pepper y los Petrovsky, para la lucha contra los bolcheviques-leninistas.

Citemos todavía una carta de Stalin, escrita el 7 de agosto de 1923, a propósito de la situación en Alemania:

"¿Debemos nosotros los comunistas intentar (en la fase actual) apoderarnos del poder sin los socialdemócratas? ¿Estamos lo bastante maduros para eso? Creo que todo reside ahí. Al tomar el poder, teníamos en Rusia reservas como: a) el pan; b) la tierra a los campesinos; c) el apoyo de la inmensa mayoría de la clase obrera; d) la simpatía de los campesinos. Los comunistas alemanes no tienen en este momento nada parecido (¿?). Ciertamente, tienen como vecina a la nación soviética, lo que nosotros no teníamos, pero ¿qué podemos ofrecerles nosotros en el momento actual? Si hoy, en Alemania, el poder, por decirlo así, cayera y los comunistas se apoderasen de él, fracasarían con grandes pérdidas (¿?¡!). Eso en el "mejor" de los casos. Y en el peor les harían pedazos y les obligarían a retroceder. El problema no reside en que Brandler quiera "educar a las masas", lo esencial es que la burguesía, más los socialdemócratas de derecha, transformarían con seguridad el curso, la demostración, en una batalla general (en este momento todas las probabilidades están de su lado), y les aplastarían. En verdad que los fascistas no duermen, pero nos interesa que ataquen los primeros: eso reagrupará

a toda la clase obrera en torno a los comunistas (Alemania no es Bulgaria). Por otra parte, según todas las informaciones, los fascistas son débiles en Alemania. En mi opinión, se debe retener a los alemanes en vez de estimularlos."

Sólo hay que añadir a este pasmoso documento (a cuyo análisis debemos renunciar aquí) que en la primavera de 1923, antes de la llegada de Lenin a Rusia, Stalin no planteaba la conquista del poder de una forma más revolucionaria que en 1923 para Alemania. ¿No es evidente, así, que Stalin es el hombre más calificado para abrir el fuego sobre Brandler y los derechistas en general?

En cuanto al nivel teórico de Stalin, basta, en suma, con recordar que declaraba (tratando de explicar la razón por la que Marx y Engels rechazaban la idea reaccionaria de la construcción del socialismo en un solo país) que en la época de Marx y Engels "no podía plantearse la ley del desarrollo desigual en los países capitalistas". ¡No podía plantearse! Esto es lo que se escribió el 15 de septiembre de 1925.

¿Qué se diría de un matemático que llegase a afirmar que Lagrange, Gauss o Lobatchevsky no podían conocer todavía los logaritmos? En Stalin no se trata de un caso aislado. Si se examina el eclecticismo picado de sus discursos y sus artículos, se percibe que se componen casi únicamente de ese género de perlas y de diamantes de una ignorancia casi virginal.

En sus ataques, primero contra el "trotskysmo", después contra Zinóviev y Kamenev, Stalin golpeaba siempre en el mismo punto: contra los viejos revolucionarios emigrados. Los emigrados desarraigados que no tienen en la cabeza más que la revolución internacional... Sin embargo, hoy son necesarios nuevos dirigentes, capaces de realizar el socialismo en un solo país. La lucha contra la emigración, que de alguna manera es la continuación de la carta de 1911 contra Lenin, es parte integrante de la ideología estalinista del socialismo nacional. Sólo un desconocimiento completo de la historia le permite a Stalin recurrir a este argumento manifiestamente reaccionario. Después de cada revolución, la reacción ha comenzado por la lucha contra los emigrados y los extranjeros. Si la Revolución de Octubre retrocediese una etapa más en la vía ustrialovista, el equipo siguiente, el tercer equipo de jefes, se pondría, con seguridad, a perseguir en general a los revolucionarios profesionales: ¡Mientras que éstos se han visto aislados de la vida al refugiarse en la acción clandestina, ellos, los nuevos jefes, siempre han estado arraigados!

Nunca la estrechez de espíritu provinciano-nacional de Stalin se había mostrado de forma tan brutal como en este deseo de hacer de los viejos "emigrados" revolucionarios un objeto de terror. Para Stalin, la emigración significa el abandono de la lucha y la vida política. Le resulta orgánicamente inconcebible que un marxista ruso, habiendo vivido en Francia o en los Estados Unidos, se haya vinculado a la lucha de la clase obrera francesa o norteamericana, por no hablar del hecho de que, la mayor parte del tiempo, los emigrados rusos hayan cumplido importantes funciones al servicio de la revolución rusa.

Es curioso que Stalin no se dé cuenta de que al atacar a la vieja emigración "desarraigada", ataca sobre todo al Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, que está compuesto por extranjeros emigrados a la Unión Soviética, donde han sido investidos de la dirección del movimiento obrero internacional. Pero es sobre todo contra sí mismo, como "jefe" de la internacional, contra quien asesta Stalin los golpes más dolorosos: no es posible imaginar un "emigrado" más perfecto, es decir, más aislado que él con relación a todos los países extranjeros. Sin ningún conocimiento de la historia ni de la vida interior de los

países extranjeros, sin un conocimiento personal de su movimiento obrero, incluso sin la posibilidad de seguir la prensa extranjera, Stalin se ve llamado hoy a forjar y a resolver los problemas de la revolución internacional. En otras palabras, Stalin es la encarnación más absoluta de la caricatura de la emigración en la forma en que se la representa su imaginación. Esto es también lo que explica por qué las incursiones en el campo de las cuestiones internacionales a partir del otoño de 1924 (se puede encontrar sin esfuerzo el día y la fecha) tienen siempre un carácter episódico, entrecortado, accidental, sin ser por ello menos nocivas.

No se debe al azar que el empirismo profundamente cínico de Stalin y la pasión de Bujarin por el juego de las generalizaciones hayan marchado juntos durante un período relativamente largo. Stalin actuaba bajo el efecto de los choques sociales directos; Bujarin, con su dedo meñique, removía cielo y tierra para justificar el nuevo giro brusco. Stalin consideraba las generalizaciones de Bujarin como un mal inevitable. Por sí mismo, consideraba como antes que no había razón para inquietarse por "tempestades" teóricas "en un vaso de agua". Pero, en cierto sentido, las ideas viven su propia vida. Los intereses se adhieren a las ideas. Apoyadas sobre los intereses, las ideas cimientan a los hombres. Así, sirviendo a Stalin, Bujarin se ha convertido en el teórico que alimenta al grupo de derecha, mientras que Stalin continúa siendo el práctico de los procedimientos centristas. Ahí está la causa de su desacuerdo. En el VI Congreso, el desacuerdo estalló con tanto mayor escándalo cuanto que había sido disfrazado durante mucho tiempo.

El interés real, y no puramente formal, que lleva a Stalin a la internacional es recibir de sus cuadros dirigentes el apoyo necesario al siguiente giro de su política interior. En otras palabras, lo que se exige de la internacional es una docilidad de aparato.

En el VI Congreso, Bujarin leyó a una carta de Lenin a Zinóviev y a él mismo en la que les prevenía de que, si se dedicaban a reemplazar en la internacional a los hombres inteligentes e independientes por dóciles imbéciles, la matarían con seguridad. Bujarin sólo se ha arriesgado a dar a conocer estas líneas cuando le han sido necesarias para defenderse contra Stalin. En el fondo, la advertencia de Lenin, que resuena tan trágicamente hoy, engloba a la vez al régimen de Zinóviev, al de Bujarin y al de Stalin. También esta parte del Testamento ha sido pisoteada. En el momento actual no solamente dentro del partido comunista ruso, sino en todos los partidos comunistas extranjeros sin excepción, todos los elementos que han edificado la internacional y que la han dirigido en la época de los cuatro primeros congresos, están apartados de la dirección y excluidos del partido. Este relevo general de los cuadros dirigentes no se debe, seguramente, al azar. La línea de Stalin necesita estalinistas, no leninistas.

Esta es la razón por la que los Pepper, los Kuusinen, los Martinov, los Petrovsky, los Rafes, los Manuilsky y consortes son tan útiles e irreemplazables. Están hechos para adaptarse. Tratando de obtener de la internacional la obediencia completa, realizan su supremo destino. Para muchos de sus pensionados, el burocratismo se ha convertido en la premisa de una "libertad" individual superior. Están preparados para cualquier cambio radical de opinión, a condición de tener el aparato detrás de ellos, y al mismo tiempo se creen los herederos directos de la Revolución de Octubre y sus mensajeros en el mundo. ¿Qué más necesitan? A decir verdad, construyen una internacional a su imagen y semejanza.

Esta "obra" conserva, sin embargo, un defecto fatal: no tiene en cuenta la resistencia de los materiales, es decir, la clase obrera viviente. En los países capitalistas, la resistencia ha aparecido antes, porque entre los comunistas no hay un aparato coercitivo. A pesar

de todas sus simpatías por la Revolución de Octubre, las masas obreras no están en absoluto dispuestas a confiar en el primer garrote transformado en jefe y adorar a una "cabeza de sardina". Las masas no pueden y no quieren comprender el mecanismo del aparato. Las instruyen graves acontecimientos. No ven más que errores, confusiones y derrotas. Los obreros comunistas sienten enfriarse la atmósfera a su alrededor. Sus inquietudes se transforman en un problema ideológico, que se convierte en la base de los agrupamientos fraccionales.

Está claro: la Internacional Comunista ha entrado en un período en el que hay que expiar duramente los errores de seis años a lo largo de los cuales se han tratado las ideas como billetes depreciados, a los revolucionarios como funcionarios y a las masas como a un coro dócil. Las crisis más graves están todavía por llegar. Las necesidades ideológicas de la vanguardia proletaria ya se abren paso, haciendo crujir los aros del aparato. El monolitismo engañoso se desmorona en la Internacional Comunista más rápidamente que en el partido comunista ruso, en el que, ya desde ahora, la presión del aparato es enteramente reemplazada por la represión económica y estatal.

No hay necesidad de nombrar los peligros del desmembramiento fraccional. Pero hasta la fecha nadie ha logrado vencer el fraccionalismo con lamentaciones. El conciliacionismo, del que se quejan tanto todas las resoluciones, es todavía menos capaz de debilitar al fraccionalismo. El mismo es un producto semiacabado de la lucha fraccional. El conciliacionismo está inevitablemente llamado a diferenciarse y ser reabsorbido. Toda suavización o camuflaje de las divergencias de opiniones no haría más que agravar el caos y conferir un carácter más duradero y más doloroso a las formaciones fraccionales. Sólo se puede vencer el problema creciente nacido del fraccionalismo adoptando una línea de principio clara. Desde este punto de vista, el actual período de lucha ideológica declarada es un profundo factor de progreso; basta con no compararlo con el ideal abstracto del "monolitismo" sino con la realidad mortífera de estos últimos años.

Tres líneas esenciales se presentan en el plano internacional: la línea de derecha, que es una tentativa ilusoria de resucitar en las nuevas condiciones a la socialdemocracia de antes de la guerra, en el mejor de los casos tipo Bebel (Brandler, etc.); la línea de izquierda, que es la continuación y el desarrollo del bolchevismo y la Revolución de Octubre: es la nuestra; por fin, la línea centro, que oscila entre las dos líneas principales, alejándose tanto de una como de otra, desprovista de todo contenido de principio propio y, en definitiva, sirviendo siempre de cortina al ala derecha: son Stalin y sus partidarios.

Van a producirse todavía desplazamientos de tipo personal, incluso en las altas esferas. En cuanto al grueso de las masas comunistas, las masas del partido y las masas sin partido, su autodeterminación está todavía enteramente por realizarse. Se trata, por tanto, de conquistar a las masas. La lucha no debe revestir por este hecho sino una intransigencia aún mayor. No se conquista a las masas con alusiones o medias palabras. La dialéctica del desarrollo es tal que sólo se puede salvar a la internacional del peligro de la descomposición fraccional por medio de un agrupamiento decidido, firme e intransigente de la fracción internacional de los bolcheviques- leninistas.

Respuesta de Trotsky a Preobrazhensky

21 de abril de 1928

Su carta tardó veintidós días en llegar. Es difícil discutir cuestiones vitales en semejantes condiciones, y en mi opinión la cuestión china se ubica entre las más vitales, porque la lucha todavía se está desarrollando, los ejércitos guerrilleros están en el campo, y la insurrección armada ha sido colocada a la orden del día, como usted sabe indudablemente a partir de la resolución del último plenario del Comité ejecutivo de la Internacional Comunista.

Para comenzar, quiero responder a un punto menor pero irritante. Usted dice que yo polemizo sin necesidad contra usted con el seudónimo de Zinóviev. En esto usted se equivoca completamente. Creo, dicho sea de paso, que el malentendido surgió como resultado de la irregularidad del correo. Yo escribí sobre el asunto de Cantón en la época en que fui enterado de la famosa carta de los dos mosqueteros (Zinóviev y Kámenev), y además de esto, llegaban informes de Moscú de que se les había provisto de secretarios para denunciar al "trotskismo". Estaba seguro de que Zinóviev publicaría varias cartas mías acerca de la cuestión china en las que yo buscaba demostrar que en ningún caso habría una etapa especial en la revolución china de dictadura democrática del proletariado y los campesinos, porque allí existen muchas menos condiciones que en nuestro propio país, y como la experiencia, y no la teoría, ya nos lo ha demostrado, la dictadura democrática del proletariado y los campesinos, como tal, no se ha materializado en nuestro propio país. Así, toda mi carta fue escrita bajo el impacto de las "denuncias" pasadas y futuras de parte de Zinóviev. Al referirme a la acusación de ignorar al campesinado, ni por un momento me olvidé de ciertas discusiones nuestras acerca de China; pero no tenía razón alguna para poner en sus labios esta acusación banal en mi contra; porque usted, confío, reconoce que es posible, sin ignorar en lo más mínimo al campesinado, llegar a la conclusión de que el único camino para resolver el problema campesino es a través de la dictadura del proletariado. De modo que usted, querido E.A. -por favor no se ofenda ante una metáfora de cazador-asume gratuitamente el papel de una liebre asustada que concluye que el fusil apunta hacia ella cuando la persecución sigue, en realidad, un camino totalmente distinto.

Llegué a la conclusión de que no habría dictadura democrática de los obreros y campesinos en China desde el momento en que se formó por primera vez el gobierno de Wuhan. Me basé precisamente en el análisis de los hechos sociales más fundamentales y no sobre la forma en que se refractaban políticamente, lo cual, como bien se sabe, a menudo asume formas peculiares, puesto que en esta esfera entran factores de segundo orden, incluyendo la tradición nacional. Me convencí de que los acontecimientos sociales básicos ya se habían abierto camino a través de todas las peculiaridades de la superestructura política, cuando el hundimiento de Wuhan destruyó totalmente la leyenda del Kuomintang de izquierda, que, según se decía, abarcaba las nueve décimas partes de todo el Kuomintang. En 1924-1925 era casi un lugar común aceptado que el Kuomintang era un partido obrero y campesino. Este partido demostró "inesperadamente" ser capitalista burgués. Entonces se creó otra versión: que esto último sólo lo era "la dirección", pero que el verdadero Kuomintang, las nueve décimas partes del Kuomintang, era un partido campesino revolucionario. Una vez más resultó

"inesperado" que el Kuomintang de izquierda, en todo y en parte, procediera a aplastar el movimiento campesino, que, como bien se sabe, tiene grandes tradiciones en China y sus propias formas organizativas tradicionales que se difundieron durante estos años. Es por eso que cuando usted escribe, en el espíritu de la abstracción absoluta, que "es imposible decir hoy si la pequeña burguesía china podrá crear algún tipo de partido análogo a nuestros social revolucionarios o si tal partido será creado por los comunistas de derecha que rompen con el partido", etcétera, yo contesto a este argumento de "la teoría de las improbabilidades" como sigue: en primer lugar, aún donde el partido de los social revolucionarios está por ser creado, de ninguna manera surgirá de esto una dictadura del proletariado y los campesinos, precisamente como no la hubo en nuestro país, pese a que había condiciones muchísimo más favorables: en segundo lugar, en vez de adivinar si la pequeña burguesía será capaz en el futuro (es decir, con un mayor agravamiento de las tensiones de clase) de jugar un papel independiente mayor o menor (¿suponiendo que una astilla de madera pudiera disparar una bala repentinamente?), uno debería preguntarse por qué la pequeña burguesía resultó incapaz de jugar semejante papel en un pasado reciente, cuando tenía a su disposición las condiciones más favorables: el partido comunista fue lanzado al seno del Kuomintang, este último fue declarado un partido obrero y campesino, fue apoyado por toda la autoridad de la Internacional Comunista y la URSS, el movimiento campesino se amplió y buscó dirección, la intelligentsia estaba movilizada ampliamente desde 1919, *etc.*

Usted escribe que China aún enfrenta "el problema colosal de la revolución democrático burguesa agraria". Para Lenin ésta era la raíz de la cuestión. Lenin señaló que el campesinado aún como estado, es capaz de jugar un papel revolucionario en la lucha contra el estado de la nobleza terrateniente, y que la burocracia se ligaba indisolublemente a esta última, coronada por la autocracia zarista. En la etapa subsiguiente, dice Lenin, los kulaks romperán con los obreros y junto con ellos una sección considerable de los campesinos medios, pero esto tendrá lugar ya durante la transición a la revolución proletaria, como parte integral de la revolución internacional. ¿Pero cómo está la situación en China? China no tiene nobleza terrateniente, no tiene estado campesino fusionado por una comunidad de intereses contra los terratenientes. La revolución agraria en China apunta contra la burguesía urbana y rural. Radek ha enfatizado esto a menudo. Hasta Bujarin lo ha entendido a medias. ¡En esto reside el quid de la cuestión!

Usted escribe que "el contenido social de la primera etapa de la futura tercera revolución china no puede caracterizarse como un vuelco socialista". Pero aquí se corre el riesgo de caer en el escolasticismo bujarinista, y de ocuparnos de minucias terminológicas en vez de hacer una caracterización viva del proceso dialéctico. ¿Cuál fue el contenido de nuestra revolución desde octubre de 1917 hasta julio de 1918? Dejamos los talleres y fábricas en manos de los capitalistas, limitándonos al control obrero, expropiamos las propiedades rurales e implementamos el programa social revolucionario pequeñoburgués de socialización de la tierra, y para coronarlo, durante este período, teníamos un copartícipe en el poder en los social revolucionarios de izquierda. Podría decirse con toda justificación que "el contenido social de la primera etapa de la revolución de octubre no puede caracterizarse como un vuelco socialista". Yo creo que Yakovlev y muchos otros profesores rojos han hecho gran cantidad de sofismas alrededor de este tema. Lenin dijo que completamos la revolución burguesa en route. Pero la revolución china (la "tercera") tendrá que lanzarse contra el kulak en sus primeras etapas; tendrá

que expropiar las concesiones de los capitalistas extranjeros, porque sin eso no puede haber unificación china en el sentido de una soberanía estatal genuina en la economía y la política. En otras palabras, la primerísima etapa de la tercera revolución china será menos burguesa en su contenido que la primera etapa de la Revolución de Octubre.

Por otra parte, los acontecimientos de Cantón (así como otros acontecimientos anteriores) han demostrado que la burguesía "nacional", teniendo detrás de ella a los consejeros y bancos extranjeros en Hong Kong, tiene una posición con respecto al menor movimiento independiente de los obreros y los campesinos que vuelve el control obrero sobre la producción menos probable que en nuestro caso. Lo más probable es que expropiemos todas las fábricas en los primeros momentos de la "tercera revolución china".

Claro que usted simplemente propone dejar de lado la evidencia del alzamiento de Cantón. Usted dice "puesto que" la insurrección de Cantón fue una aventura -esto es, no una empresa que surgió del movimiento de masas-entonces, "¿cómo puede tal empresa crear una nueva situación [...]?" Ahora, usted mismo sabe que es totalmente inadmisible simplificar la cuestión de esta manera. Yo sería el último en argumentar contra el hecho de que hubo elementos de aventurerismo en el alzamiento de Cantón. Pero pintar los acontecimientos de Cantón como una especie de magia de la cual no surgen conclusiones es un intento súper simplificado de evadir el análisis del verdadero contenido de la experiencia de Cantón. ¿En qué reside el aventurerismo? En el hecho de que la dirección, buscando cubrir sus pecados anteriores, forzó monstruosamente el curso de los acontecimientos, y provocó un aborto. Existió el movimiento de masas pero era inadecuado e inmaduro. Es una equivocación pensar que posiblemente un aborto no nos puede enseñar nada acerca del organismo materno y el proceso de gestación. El significado decisivo, teórico, enorme de los acontecimientos de Cantón en cuanto a las cuestiones fundamentales de la revolución china, yace precisamente en el hecho de que aquí tenemos ("gracias a" la aventura. ¡Sí! ¡Por supuesto!), lo que pasa muy rara vez en la historia y en la política, un virtual experimento de laboratorio a escala gigantesca. Lo hemos pagado muy caro, pero eso nos da menos razón aún para dejar de lado sus lecciones.

Las condiciones para el experimento eran casi "químicamente puras". Todas las resoluciones adoptadas previamente habían establecido, sellado y canonizado, de la misma manera en que dos por dos es cuatro, que la revolución era burguesa agraria, que sólo aquellos que "saltean etapas" podían hablar de la dictadura del proletariado basada en una alianza con los campesinos pobres, que componen el ochenta por ciento del campesinado chino, etcétera. El último congreso del Partido Comunista de China se convocó bajo esta bandera. Un representante especial del Comintern, el camarada N., estuvo presente. Se nos dijo que el nuevo Comité Ejecutivo del Partido Comunista de China estaba por encima de toda sospecha. En esta época, la campaña contra el llamado trotskismo llegó a su ritmo más enloquecido, también en China. Sin embargo en el umbral de los acontecimientos de Cantón, el Comité ejecutivo del Partido Comunista de China adoptó, en las palabras de Pravda, una resolución declarando que la revolución china había asumido un carácter "permanente". Aún más, el representante del Comintern; camarada N., mantuvo la misma posición. Por carácter "permanente" de la revolución debemos entender lo siguiente: cara a cara con la tarea práctica altamente responsable (aunque fue planteada en forma inmadura) los comunistas chinos y aún el representante del Comintern, luego de tomar en cuenta toda la experiencia pasada,

y, diríamos, todos los avances políticos, sacó la conclusión de que sólo los obreros dirigidos por los comunistas podían dirigir a los campesinos contra los propietarios agrícolas (la burguesía urbana y rural); y que sólo la dictadura del proletariado basada en una alianza con los cientos de millones de campesinos pobres podía surgir de semejante lucha victoriosa. Al igual que durante la Comuna de París, que también contenía elementos de una experiencia de laboratorio (porque la insurrección tuvo lugar en una sola ciudad aislada del resto del país), los proudonistas y blanquistas tuvieron que recurrir a medidas que iban directamente en contra de sus propias doctrinas, y así (según Marx) se reveló aún más claramente la verdadera lógica de las relaciones de clase. Así en Cantón, también, los dirigentes, que estaban llenos de prejuicios contra el fetiche de la "revolución permanente", una vez que se pusieron a trabajar fueron culpables de cometer este pecado original permanente desde sus primeros pasos. ¿Qué pasó, entonces, con la antitoxina previa de martinovismo que había sido inyectada en dosis bovinas y asnales?

¡Ah no! Si ésta fuera solamente una aventura, es decir, una especie de magia, que nada mostrara, entonces esta aventura habría asumido la imagen y semejanza de sus creadores. ¡Pero no! Esta aventura entró en contacto con la tierra, fue alimentada por la savia de movimientos y relaciones de masas reales (aunque inmaduros); y fue debido a esto que dicha "aventura" tomó a sus creadores por los fundillos, los levantó, los sacudió en el aire y luego los depositó de cabeza, golpeando sus cráneos contra los pavimentos chinos para ver si así adquirían firmeza... Como lo demuestran las últimas resoluciones y el último artículo acerca de este tema, dichos "creadores" todavía están parados cabeza abajo, bailando "permanentemente" con sus pies en el aire.

Es ridículo e impermisible decir que resulta "inoportuno" sacar conclusiones de los acontecimientos vivos que cualquier obrero revolucionario debe meditar hasta el fin. En la época del alzamiento de Ho Lun-yetin quise plantear abiertamente que en vista de la consumación del ciclo de desarrollo del Kuomintang, sólo la vanguardia proletaria podía aspirar al poder. Esto presupondría un nuevo enfoque, una nueva auto- apreciación de su parte -luego de una revaluación de la situación objetiva-y esto mismo hubiera excluido cualquier enfoque aventurero ante la situación, como por ejemplo: "esperaremos el momento en nuestro rinconcito, el mujik vendrá en nuestro socorro y algo hará, y de alguna manera alguien tomará el poder y hará algo". En esa época, ciertos camaradas me dijeron, no es oportuno plantear estas cuestiones con respecto a Ho-Lun, que ya ha sido aplastado". De ninguna manera tendía a sobreestimar el alzamiento de Ho-Lun; sí consideré, sin embargo que era la última señal a favor de la necesidad de revisar la orientación de la revolución china. Si todas estas cuestiones se hubieran planteado oportunamente en esa época, entonces, tal vez, los autores ideológicos de la aventura de Cantón se habrían visto obligados a pensar bien las cosas, y el partido chino no habría sido destruido tan implacablemente; y si no, a la luz de nuestros pronósticos y advertencias, los acontecimientos de Cantón hubieran sido una importante lección que hubiera entrado en la conciencia de cientos y miles como ocurrió por ejemplo con la advertencia de Radek sobre Chiang Kai-shek en vísperas del golpe de estado de Shanghái. No, el tiempo propicio ha pasado. Yo no sé cuándo se reanimará la revolución china. Pero podemos utilizar todo el tiempo que quede a nuestra disposición para la preparación, sobre todo teniendo en cuenta el nuevo curso de los acontecimientos.

Usted escribe que es necesario estudiar la historia de China, su vida económica, sus datos estadísticos, etcétera. Nadie puede objetarlo (a menos que esto sea un argumento

destinado a postergar la cuestión hasta el día del juicio final). Para justificarme, sin embargo, debo decir que desde mi llegada a Alma Ata me he ocupado solamente del problema chino (y de la India, Polinesia, etcétera, para un estudio comparativo). Por supuesto quedan más lagunas que lugares cubiertos, pero sin embargo debo decir que en todos los libros nuevos (para mí), todavía no encuentro nada novedoso en cuanto a principios. Pero el punto principal se mantiene (la confirmación de nuestros pronósticos por la experiencia) primero en relación al conjunto del Kuomintang, luego en relación al Kuomintang "de izquierda" y el gobierno de Wuhan y, finalmente, en relación a la "experiencia" para la tercera revolución en la forma del alzamiento de Cantón. Por eso considero que no puede haber postergación.

Dos cuestiones finales:

Usted pregunta: ¿Tuvo razón Lenin cuando durante la guerra defendió contra Bujarin la idea de que Rusia todavía tenía por delante una revolución burguesa? Sí, tenía razón; la formulación de Bujarin era esquemática y escolástica, es decir, representaba la misma caricatura de la revolución permanente que Bujarin trata de atribuirme ahora. Pero también esta cuestión tiene otro aspecto. ¿Tuvo razón Lenin cuando contra Stalin, Zinóviev, Rikov, Kámenev, Frunze, Kalinin, Tomsky, etcétera (y ni qué hablar de los Liadovs), planteó sus tesis en abril? ¿Tuvo razón cuando contra Zinóviev, Kámenev, Rikov, Miliutin, etcétera defendió la toma del poder por el proletariado? Usted sabe mejor que yo que si Lenin no hubiera llegado a Petrogrado en abril de 1917, no habría habido revolución de octubre. Hasta febrero de 1917 la consigna de dictadura del proletariado y del campesinado era históricamente progresiva; luego del vuelco de octubre la misma consigna (levantada por Stalin, Kámenev y otros) se convirtió en una consigna reaccionaria.

De abril a mayo de 1927 apoyé la consigna de dictadura democrática del proletariado y los campesinos para China (mas correctamente, acepté esta consigna) en la medida en que las fuerzas sociales todavía no habían dado su veredicto político, aunque la situación en China era muchísimo menos propicia para esta consigna que la que existía en Rusia. Luego de que la acción histórica colosal dio su veredicto (la experiencia de Wuhan) la consigna de dictadura democrática se convirtió en una fuerza reaccionaria y llevará inevitablemente al oportunismo o al aventurerismo.

Usted señala además que para el salto de octubre tuvimos el punto de partida de febrero. Es cierto. Si, aún al comienzo de la expedición al norte, hubiéramos empezado a construir soviets en las regiones "emancipadas" (y las masas luchaban por ello), hubiéramos obtenido una ventaja, desintegrado a los ejércitos enemigos, obtenido nuestro propio ejército y hubiéramos tomado el poder; si no en toda China de una vez, al menos en una parte muy considerable. En la actualidad, por supuesto, la revolución está en decadencia. La cháchara de los escritorzuelos irresponsables sobre el hecho de que la revolución está al borde de una nueva alza, en la medida en que en China, si se quiere, hay innumerables ejecuciones y una cruel crisis comercial e industrial hace estragos, es una idiotez criminal. Luego de tres enormes derrotas la crisis no levanta al proletariado, sino que al contrario lo oprime mientras que las ejecuciones destruyen al partido políticamente debilitado.

Hemos entrado en el período de reflujo. ¿Qué es lo que dará el impulso a una nueva ola ascendente? O dicho de otra manera: ¿Qué condiciones le darán el impulso necesario a la vanguardia proletaria a la cabeza de las masas obreras y campesinas? Esto no lo sé. El futuro demostrará si los procesos internos son suficientes o si se necesita un impulso

desde afuera. Estoy dispuesto a admitir que la primera etapa del movimiento puede repetir en forma abreviada y corregir las etapas de la revolución que ya hemos pasado (por ejemplo, alguna parodia nueva de "el frente nacional" contra Chang Tso-lin); pero esta primera etapa bastará sólo para permitir que el partido comunista levante y proclame a las masas populares sus Tesis de abril, es decir, su programa y estrategia de la conquista del poder por el proletariado. Si, en cambio, entramos en una nueva alza, que se desarrollará con un ritmo incomparablemente más rápido que en el pasado, con un esquema de "dictadura democrática" que hoy ya está gastado, entonces uno podría jugarse la cabeza por adelantado a que en China se encontrarán muchos Liadovs, pero ni un Lenin para efectuar (contra todos los Liadovs) el rearme táctico del partido, al día siguiente del alza revolucionaria.

Tercera carta de Trotsky a Preobrazhensky

24 de mayo de 1928
Estimado E.A.;

Recibí su carta por avión ayer. De esta manera han llegado todas las cartas. La última tardó dieciséis días en llegar, es decir seis días menos que por correo ordinario. Hace dos días le envié una respuesta detallada a sus objeciones acerca de la revolución china. Pero al despertar esta mañana recordé que (aparentemente) no había contestado al argumento que usted considera más importante, así como yo lo entiendo. Usted dice: "Su error fundamental yace en el hecho de que usted determina el carácter de una revolución sobre la base de quién la hace, cuál clase, es decir, por el sujeto efectivo mientras que le asigna sólo importancia secundaria al contenido social objetivo del proceso."

Entonces usted aduce como ejemplo la revolución de noviembre en Alemania, la revolución de 1789 en Francia, y la futura revolución china.

Este argumento es en esencia sólo una generalización "sociológica" (para utilizar la terminología johnsoniana) de todos sus otros enfoques históricos y económicos concretos. Pero también quiero responder a sus puntos de vista en su formulación sociológica general, porque al hacerlo el "error fundamental" (de su parte y no de la mía) resalta con mayor claridad.

¿Cómo caracterizar una revolución? ¿Por la clase que la dirige o por su contenido social? Hay una trampa teórica subyacente al contraponer la primera a la última en forma tan general. El período jacobino de la revolución francesa fue, por supuesto, el período de la dictadura pequeñoburguesa, en el cual, además, la pequeña burguesía en armonía total con su "naturaleza sociológica", abrió el camino para la gran burguesía. La revolución de noviembre en Alemania fue el comienzo de la revolución proletaria pero fue detenida en sus primeros pasos por la dirección pequeñoburguesa, y sólo logró unas pocas cuestiones que no fueron cumplidas por la revolución burguesa. ¿Cómo llamamos a la revolución de noviembre: burguesa o proletaria? Ambas respuestas son incorrectas. El lugar de la revolución de octubre será restablecido cuando establezcamos la mecánica de esta revolución y determinemos sus resultados. No habrá contradicción en este caso entre la mecánica (poniendo bajo este nombre, por supuesto, no sólo la fuerza motriz sino también la dirección) y los resultados: ambos poseen un carácter "sociológicamente" indeterminado. Me tomo la libertad de plantearle la cuestión: ¿Cómo llamaría usted a la revolución húngara de 1919? Usted dirá: proletaria. ¿Por qué? ¿Acaso el "contenido" social de la revolución húngara no resultó ser capitalista? Usted contestará; éste es el contenido social de la contrarrevolución. Correcto. Aplique ahora esto a China. El "contenido social" bajo la dictadura del proletariado (basado en una alianza con el campesinado) puede permanecer durante un período como no socialista todavía, pero el camino al desarrollo burgués desde la dictadura del proletariado sólo puede producirse a través de la contrarrevolución. Por esta razón, en la medida en que concierne al contenido social, es necesario decir: "esperar y ver".

El quid de la cuestión yace precisamente en el hecho de que aunque la mecánica política de la revolución depende en última instancia de una base económica (no sólo nacional sino internacional), no puede, sin embargo, deducirse con una lógica abstracta

de esta base económica. En primer lugar, la base misma es muy contradictoria y su "madurez" no permite la determinación estadística por sí sola; en segundo lugar, la base económica y la situación política deben enfocarse no en el marco nacional sino en el internacional, teniendo en cuenta la acción y reacción dialécticas entre lo nacional y lo internacional; tercero, la lucha de clases y su expresión política, desarrollándose sobre bases económicas, también tiene su lógica imperiosa del desarrollo, que no puede saltearse. Cuando Lenin dijo en abril de 1917 que sólo la dictadura del proletariado podía salvar a Rusia de la desintegración y la destrucción, Zujanov (su opositor más coherente) lo refutó con dos argumentos fundamentales: 1) el contenido social de la revolución burguesa aún no se había logrado; 2) Rusia no había madurado económicamente para la revolución socialista. ¿Y cuál fue la respuesta de Lenin? Si Rusia ha madurado o no es algo que "debemos esperar y ver"; esto no se determina estadísticamente, sino por el curso de los acontecimientos y, además, sólo a escala internacional. Pero, dijo Lenin, independientemente de cómo se determinará este contenido social al fin, en el momento actual, hoy, no hay otro camino para la salvación del país (de la hambruna, de la guerra y de la esclavitud) si no es por la toma del poder por el proletariado.

Esto es precisamente lo que debemos decir hoy en relación a China. En primer lugar, es incorrecto alegar que la revolución agraria impone el contenido básico de la actual lucha histórica. ¿En qué debe consistir esta revolución agraria? ¿En la repartición universal de la tierra? Pero ha habido reparticiones universales similares en la historia china. Y luego la evolución siempre volvió a "su órbita correspondiente". La revolución agraria es la destrucción de los terratenientes y de los funcionarios chinos. Pero la unificación nacional de China y su soberanía económica implican su emancipación del imperialismo mundial, para el que China sigue siendo la válvula de escape más importante contra el colapso del capitalismo europeo y, mañana, del capitalismo americano. El cambio agrario en China sin una unificación nacional y una autonomía tarifaria (en esencia: el monopolio del comercio exterior) no abre ningún camino ni perspectiva para China. Esto es lo que predetermina el alcance gigantesco y la monstruosa agudeza de la lucha que enfrenta China hoy, luego de la experiencia ya sufrida por todos los participantes. Entonces, ¿qué debe decirse a sí mismo un comunista chino bajo estas condiciones? Puede razonar de la siguiente manera: el contenido social de la revolución china sólo puede ser burgués (como demuestran tales y tales tablas estadísticas), por ende, no debemos plantearnos la tarea de la dictadura del proletariado; el contenido social prescribe en el caso más extremo, una dictadura de coalición del proletariado y los campesinos. Pero para una coalición (lo que está en cuestión aquí, por supuesto, es una coalición política, y no una alianza "sociológica" de clases) se necesita un compañero. Moscú me enseñó que el Kuomintang es un compañero. Sin embargo no se ha materializado ningún Kuomintang de izquierda ¿Qué hacer? Obviamente sólo me queda a mí, comunista chino, consolarme con la idea de que "es imposible decir hoy si la pequeña burguesía china podrá crear cualquier clase de partido"... o si no lo hará. ¿Y de repente lo hace?

Un comunista chino que razonara según semejante esquema degollaría a la revolución.

Se entiende, por supuesto, que de ninguna manera se trata de llamar al Partido Comunista de China a que haga una insurrección inmediata por la toma del poder. El ritmo depende enteramente de las circunstancias. La tarea consiste en garantizar que el Partido comunista esté impregnado completamente con la convicción de que la tercera revolución china puede llegar a un fin triunfante sólo mediante la dictadura del proletariado bajo la dirección del partido comunista. Además, es necesario comprender

a esta dirección no en un sentido "general", sino en el sentido del control directo del poder revolucionario total. Y en lo que hace al ritmo con que construiremos el socialismo en China, esto.. ."es cuestión de esperar y ver".

Un giro crudamente empírico

24 de junio de 1928

Estimado amigo,

Todavía hoy algunos camaradas continúan jugando con la idea de una conferencia lanzada por Preobrazhensky. Vardin (al que Sosnovsky trata de muerto aunque, para ser honesto, jamás ha vivido) ha escrito a la comisión central de control sobre la solicitud que íbamos a hacer para una conferencia. Pero con tal solicitud sólo se puede hacer reír a la gente. Sin embargo, pienso que ya no es necesario argumentar. No solamente porque su autor mismo ha abandonado esta idea, sino también porque se han producido determinados acontecimientos que definen con bastante claridad tanto los límites como el mecanismo del "curso de izquierda".

De forma completamente correcta Sosnovsky aborda todas estas cuestiones desde el punto de vista del régimen del partido. Rakovsky es quien con más encarnizamiento insiste sobre ello. Y precisamente ahora es este el único criterio justo y válido. No porque el régimen del partido fuese la fuente independiente de todo el resto de fenómenos y procesos. No, en una amplia medida el partido es un factor derivativo. Pero al mismo tiempo tiene una significación independiente considerable (y a veces decisiva). Aquí, como en otras cuestiones, se trata de dialéctica. Pero en la medida en que el partido es el único instrumento por medio del cual podemos actuar sobre los procesos sociales, para nosotros la seriedad y profundidad del giro es ante todo la refracción de ese giro en el partido.

Un síntoma digno de ser mencionado ha sido el asunto del mecánico de Jarkov, Bleskov, sobre el que Sosnovsky ha escrito mucho. Inútil repetirlo. Aún más significativa es la decisión en el asunto de Safarov y el resto de "fenecidos". La CCC ha establecido, claramente y con precisión, los límites de la autocrítica: solamente pueden equivocarse los jóvenes. Los viejos no tienen solamente razón hoy sino que, además, siempre la han tenido. Más aún, los comunistas que reconocen que el CC tiene razón hoy en día pero no reconocen que tenía razón ayer, no solamente es que no tienen derecho a dar conferencias sobre el ayer en las escuelas del partido sino que, además, no tienen derecho a ser miembros del partido. Sabe usted, esta decisión por sí sola muestra cómo de crudamente empírico es el giro respecto a los kulak (crudamente empírico y al mismo tiempo en pleno pánico). No se establece la menor relación entre una cosa y otra. Más aún, no se siente la necesidad de establecer relaciones.

Pues si alguien hubiese sentido esa necesidad, incluso un poco, la decisión de Yaroslavsky en el asunto de Safarov y otros fenecidos habría sido completamente imposible. Quién no aprenda esto cometerá los más grotescos errores.

Se podría decir que hay una "lógica objetiva de la situación" que por fuerza deberá abrirse camino, *etc.* Pero, en primer lugar, esta lógica objetiva existía también hace ahora dos o tres años y hace un año. Mientras que la "lógica objetiva" se rompe los dientes, a menudo ocurre que transcurre mucho tiempo durante el cual el bebé histórico deviene completamente presa de la fiebre. Se puede ayudar a la lógica objetiva pero no modificando su propia lógica subjetiva. Es decir, que debemos decir lo que ocurre y no descubrir que los dientes se han roto cuando el blanco empieza a picarse. Incluso

si es cierto que la lógica objetiva llevará a buen seguro a algunos, en algún período, a comprender lo que debe ser comprendido, incluso en ese caso, la obligación del ala revolucionaria no es felicitar a la gente por lo que ha comprendido (es decir empíricamente concedido presa del pánico) sino decir en voz alta e inteligible que no ha comprendido. Y lo que no han comprendido son las 9/10, las 90/100. Y ello hace peligrar lo poco que han comprendido. Y por ello la nueva propuesta de Preobrazhensky concerniente al llamamiento a un congreso me parece un paso atrás, incluso en comparación con su primera propuesta, aunque haya abandonado la tradición eslavófila de soñar despierto y pedir una nueva Zemsky Sobor.

Ha ocurrido otra cosa que creo que es decisiva. Es la aparición de un proyecto de programa. Nos es preciso comprender que es un cuestión mucho más importante que la de las cosechas de cereales, un dominio en el que ellos pueden ir y volver más de diez veces (tantas como el partido se calle) antes que la lógica objetiva les rompa los dientes políticos. Este proyecto es una catástrofe. Estoy a punto de hacer con conciencia el mayor esfuerzo para poner al congreso en guardia contra las consecuencias de este proyecto, analizando todos los elementos que lo componen.

Fundamentalmente este análisis resume nuestro trabajo colectivo de estos últimos años. Pero estoy obligado a asumir las responsabilidades de este análisis precisamente en consideración de la "inoportunidad presente" de una "asamblea" de tipo eslavófila que siempre se ha revelado inoportuna. Porque era "el producto híperexcitado del pensamiento activo".

Considero al proyecto de programa como una catástrofe a pesar del hecho que en él no hay terribles consideraciones sobre nuestra herejía. Pero no las hay, después de todos los zigzag que se han producido, porque es difícil decir bajo una forma programática precisa en qué consiste exactamente esta herejía. He intentado hacerlo por los autores del proyecto y me visto obligado a dejar mi pluma, impotente. Es mucho más difícil hacerlo teniendo en cuenta que tres cuartas partes de este proyecto están consagradas a imitar esta herejía, pero el carácter fraudulento de esta tentativa todavía está presente. El programa pretende con insistencia que es un programa de revolución internacional. En realidad es un programa para la construcción del socialismo en un solo país, es decir un programa de socialpatriotismo, no de marxismo. El disfraz bajo frases de izquierda no cambia nada. El capítulo sobre la estrategia no saca ninguna de las lecciones que se han derivado de la experiencia de la última década. Ello significa que se acuerda con él la sanción a la desastrosa política de los últimos cinco años. La sección de oriente esboza para China la perspectiva de una dictadura democrática obrero-campesina que se transformará, en una etapa ulterior, en dictadura proletaria. Es la preparación para un nuevo kuomintangdismo. Nos hace falta llevar adelante una lucha ideológica abierta contra quienes no comprenden esta cuestión. Sobre semejantes cuestiones, los retrasos y compromisos son criminales.

Estoy a punto de hacer la crítica del proyecto de programa bajo la forma de un largo documento que enviaré al congreso y al boletín de discusión de Pravda. Compruebo que tendrá la dimensión de un folleto, numerosas hojas de imprenta. Escribiéndolo me he visto sorprendido por el hecho que el momento de partida de Zinóviev estaba bien escogido. Acudió a nosotros en un buen momento para ayudarnos a infligir un golpe mortal a la leyenda del "trotskysmo" y nos abandonó más de medio año antes del VI Congreso, lo que nos deja las manos libres para criticar los errores de 1923, los errores del V Congreso, *etc.* Sabe usted que hasta ahora ese era nuestro punto más débil: a

causa de nuestros aliados, nosotros mismo fuimos durante un tiempo culpables de estrechez de espíritu nacional. Ahora podemos rectificar completamente.

¡Cuán absurdamente ha actuado ese desafortunado estratega en relación con su propia "línea" capituladora! Si hubiese esperado algunos meses podría haber sido capaz de apoderarse del giro a izquierda y, al mismo tiempo, romper con nosotros sobre la cuestión de la actitud ante el VI Congreso. Habría abandonado el bloque con semejante dignidad y habría podido sembrar alguna confusión en las filas del partido. Pero en su miserable figura actual sólo ha hecho bien al partido y, por tanto, a nosotros, tanto por la forma en que acudió a nosotros como por la forma en que nos abandonó. Ya es el momento de conferirle el rango de "cambiador de chaqueta socialmente necesaria".

Ahora, sobre la carta al VI Congreso. Puesto que es imposible llevar a cabo la idea de una "asamblea", será necesario decir al principio de la carta al VI Congreso, aproximadamente, lo que sigue:

"A causa de las condiciones en las que nos encontramos se nos ha negado la posibilidad de intercambiar ideas y formular una declaración colectiva al VI Congreso. La presente declaración la he escrito personalmente y asumo la responsabilidad personal por ella. Sin embargo, sobre la base de una correspondencia muy incompleta con una cantidad significativa de camaradas de ideas, es indiscutible que esta carta expresa fundamentalmente nuestras ideas colectivas."

No veo otro medio. En lo concerniente al contenido de la carta, ya lo he señalado en la propuesta que he enviado. En lo concerniente al tono, no debemos cambiar el que mantenemos frente al partido y frente a la Komintern: es el del lazo inseparable entre nosotros y de nuestro auténtico espíritu de partido. En lo tocante a la dirección sus actividades, sus errores, tras los últimos acontecimientos (el asunto Safarov, el proyecto de programa) es necesario un cambio (no a derecha hacia ensoñaciones eslavófilas sino vigorosamente a izquierda, hacia el realismo occidental). Ahora no habrá ya desconfianza de antemano sino desconfianza basada en hechos innegables y pruebas rigurosamente argumentadas en un marco estricto de partido.

Le estrecho la mano

PS. La noticia de la muerte de mi hija me ha cogido de improviso mientras trabajaba en el proyecto de programa y su recuerdo se mantendrá siempre ligado para mí a los problemas de la revolución internacional. He dedicado este trabajo, consagrado a la base programática del partido comunista, a la memoria de mi hija que era joven pero firme y leal miembro del partido, nuestra sólida camarada de ideas. Hemos recibido, y recibimos todavía, telegramas con las expresiones de simpatía de numerosos amigos. Muchas gracias.

Declaración de la Oposición de Izquierda rusa al VI Congreso de la Internacional Comunista

12 de julio de 1928

El congreso que se reúne en estos momentos se celebra tras un intervalo de más de cuatro años marcados por acontecimientos internacionales de la mayor importancia y por crueles errores de la dirección. La Oposición de los bolchevique-leninistas ha ofrecido en numerosas ocasiones su apreciación, sobre estos acontecimientos y errores, en una serie de documentos, artículos y discursos. El curso de los acontecimientos ya ha justificado, y justifica cada vez más, el punto de vista de la Oposición en todas sus consideraciones fundamentales y esenciales (su juicio sobre la derrota de 1923 en Alemania así como sobre las previsiones del desarrollo futuro de la estabilización; su apreciación de la era democrático-pacifista y de la evolución del fascismo y de la socialdemocracia; las relaciones entre Estados Unidos y Europa; la consigna de los Estados Unidos Soviéticos de Europa; los problemas estratégicos de la revolución china y del comité anglo-ruso; las cuestiones relativas al desarrollo económico de la URSS; sobre la construcción del socialismo en un solo país, etc.). No es posible, ni por otra parte necesario manteniéndose en los límites fijados a esta declaración, volver sobre estas cuestiones sobre las que ya hemos arrojado suficiente luz. Bastaría con repetir que todos los errores principistas de la dirección son la consecuencia del deslizamiento provocado por el abandono de la línea de conducta marxista, bolchevique, en beneficio de una línea centrista que en estos últimos tiempos se ha desviado cada vez más a la derecha. La falsa orientación seguida con encarnizamiento durante numerosos años está ligada indisolublemente desde 1923 a la degeneración del régimen interno de los partidos, régimen de funcionarismo burocrático que causa estragos en la Internacional Comunista y en toda una serie de sus secciones, más particularmente en el PC de la URSS. Durante este período, la burocratización ha alcanzado proporciones absolutamente inauditas; se presenta bajo formas que amenazan a los mismos fundamentos del partido del proletariado internacional. El espíritu burocrático y lo arbitrario del aparato del partido se manifiestan, de la forma más patente y más incontestable, en el hecho que la dirección llamada a regir los mayores acontecimientos que se desarrollan en el mundo entero ha evitado, durante más de cuatro años, convocar el congreso de la IC; al mismo tiempo, el CE elegido en el V Congreso ha sufrido un completo reajuste interno al margen de todo congreso con el objetivo de eliminar a su núcleo dirigente designado en el V Congreso . Las consecuencias de esta línea de conducta errónea, así como las penosas derrotas que ha provocado, son las siguientes: retraso en el crecimiento de la IC y en la extensión de su influencia, debilitamiento de la posición internacional de la URSS, enlentecimiento de la velocidad de la evolución económica y de la construcción del socialismo en el primer estado obrero.

La tendencia de las masas a orientarse hacia la izquierda, que comienza a esbozarse en Europa, atraviesa en estos momento su primera etapa y plantea ante la IC problemas de la mayor importancia que exigen un cambio radical de orientación y un nuevo reagrupamiento de las fuerzas en el interior, Por su parte además, la situación política y económica de la república de los soviets refuerza con la misma agudeza esas exigencias. El VI Congreso se reúne en el momento en que, bajo la presión de los acontecimientos,

la rotura de la línea seguida por la dirección ya se manifiesta: el empuje a izquierda está esbozado tanto en una serie de resoluciones y de medidas prácticas adoptadas por el CC del PCUS como en determinadas decisiones del plenario del CE de la IC celebrado en febrero. Este empuje poco coherente a izquierda se ha reflejado parcialmente en el proyecto de programa presentado al VI Congreso: precisamente por ello ese documento presenta un carácter ecléctico y no puede servir en nada, ni en ningún grado, como directiva para la vanguardia proletaria internacional. El abajo firmante ha intentado presentar en dos vastos estudios, escritos a raíz del VI Congreso, una apreciación del proyecto de programa examinado a la luz de las modificaciones que se han producido en la situación política internacional (más particularmente en el curso de los cinco últimos años), así como un juicio sobre el último cambio de actitud del CC del PCUS y sobre el último plenario del CE de la IC en relación con la situación en las URSS y en la IC. Uno de esos trabajos ya ha sido enviado, el otro se le dirigirá al VI Congreso al mismo tiempo que la presente declaración. El objetivo de ésta es plantear ante la instancia suprema de la Internacional Comunista la cuestión de la readmisión en el partido de los bolchevique- leninistas (Oposición) basándose para ello en una exposición clara y precisa de sus convicciones sobre la situación actual y las tareas que le incumben a la IC.

El aislamiento al que están reducidos los partidarios de la "Plataforma de los bolchevique-leninistas (Oposición)", alejados de la capital y separados unos de otros por centenares y millares de quilómetros (deportados en Siberia, en Asia Central, etc.) le impide por completo elaborar en común una declaración colectiva. Las cartas dirigidas a los opositores exiliados (tanto como los envíos certificados en recomendado) solo llegan de forma excepcional: llega una carta de cada cuatro, y ello tras interrupciones de uno, dos o tres meses; en esta situación, la presente declaración sólo puede llevar obligatoriamente mí nombre. Es muy probable, incluso seguro, que si este documento hubiese sido sometido a una discusión colectiva, en esa discusión se hubieran aportado modificaciones importantes. Sin embargo, la correspondencia que actualmente mantengo con aquellos que sienten afinidad de ideas conmigo, por restringida y ahogada que esté, me permite afirmar con una total seguridad que en lo esencial esta carta expresa la opinión, si no de la totalidad al menos sí de la aplastante mayoría de los partidarios de la plataforma de la Oposición y, en particular, la de varios centenares de deportados.

Es imposible concebir una política justa en el interior de la URSS sin una política justa en la IC. Por tal motivo, la cuestión de la línea a adoptar por la IC, es decir la elección estratégica de la vía a seguir en la revolución internacional, domina en nosotros al resto de cuestiones. Pero la historia ha querido que la clave de la política de la IC esté constituida por la del PC de la URSS. Es inútil hablar aquí de las condiciones y causas que le han conferido a ese partido, con pleno derecho, el papel de partido dirigente en la IC. Sólo gracias a la dirección ejercida por el PC de la URSS la IC ha alcanzado conquistas realmente formidables durante los primeros años de su existencia. Pero la política errónea practicada después por los dirigentes del PC de la URSS, así como la burocratización del régimen interno de este último, han hecho que la influencia fecunda ejercida por el bolchevismo sobre la IC, desde el punto de vista doctrinal y político, se haya visto cada vez más reemplazada y eliminada en beneficio de "combinaciones" que son obra de funcionarios y administradores. Lo que también explica muy bien la ausencia de congresos durante cuatro años es el voto en el último plenario del CE de la IC de una resolución que afirma que la "Oposición del PC de la URSS cuenta con el derrocamiento

del poder de los soviets": esta afirmación sólo desacredita a quienes la han votado, y de ninguna manera logra manchar el valor revolucionario de los bolchevique-leninistas (Oposición). La tarea presente consiste en salvaguardar, o más exactamente hacer renacer, la influencia decisiva de las ideas y de la política bolchevique en los jóvenes partidos de la Internacional Comunista, liberándolos al mismo tiempo de las órdenes de los burócratas. Esta tarea está indisolublemente unida con la de las modificaciones que hay que realizar en la orientación y el régimen interno del mismo PC de la URSS. Guiándonos, así, por puntos de vista sobre el futuro internacional y por los intereses esenciales de la Internacional Comunista, concentramos en la presente declaración nuestra atención en la crisis del PC de la URSS, en los agrupamientos existentes en su seno, y en las circunstancias que de ello se derivan, tales y como se presentan según nosotros ante la Oposición.

Unicamente un espíritu superficial podría dejar de ver las inmensas dificultades objetivas que se levantan y se levantarán, por cierto, a toda dirección del PC de la URSS en la presente situación. Estas dificultades se deben ante todo a causas fundamentales tales como el carácter pequeño burgués del país y el asedio capitalista. Los errores cometidos por la dirección durante los cinco últimos años han significado, además, una acumulación renovada de dificultades nuevas. Estigmatizar los errores no destruye sus consecuencias y éstas devienen, a su vez, una condición objetiva. Toda dirección estará obligada a tomar como punto de partida la situación objetiva, complicada en alto grado por una acumulación obstinada de errores. Ello significa que no existe solución simple y rápida. Hasta cierto punto se puede admitir que una solución encarada resueltamente hacia la derecha, difuminando los límites de la Nep y restringiendo los del comercio exterior, daría resultados más rápidos y más directos que una orientación hacia la izquierda. Solamente esos resultados nos llevarían por una vía diferente. Una fuerte importación de mercancías y capitales extranjeros que siguiera a la abolición o limitación del monopolio, la bajada de los precios industriales, la extensión de la exportación, etc., todo ello entrañaría, durante el período que siguiese inmediatamente, una atenuación de la desproporción, una reducción de la amplitud de la "tijeras", cierta regularización del mercado, el enriquecimiento de la aldea, es decir de los elementos ricos de ésta, e incluso a una cierta disminución del paro. Pero esos resultados se obtendrían en la vía del capitalismo que, después de algunas breves etapas, integraría a la URSS en la cadena imperialista. La "Rusia n° 2" sería el eslabón más débil de esa cadena y de ello resultaría para ella una vida de semicolonia. Sin embargo, antes de que apareciese la vía a la derecha como la del capitalismo atrasado y esclavista, de la explotación odiosa de los trabajadores, de nuevas guerras al servicio de los amos del imperialismo mundial, los resultados inmediatos de la política de derecha podrían ser aceptados, a los ojos de masas considerables del campo e incluso de las ciudades, como una salida al impasse en el que se encuentra actualmente la economía, ante la penuria de mercancías, las colas en las puertas de las panaderías y el paro en aumento. Precisamente ahí reside, desde el punto de vista político, el peligro de la orientación a derecha; tras la penosa experiencia de la política centrista, podría dar resultados engaños y atractivos, tras haber cumplido la primera etapa de la ruptura que lleva directamente al abismo del capitalismo. No existe, ni puede existir, receta simple de izquierda que permita triunfar de un solo golpe frente a las dificultades que se levantan en la vía del socialismo. En general, dentro de los límites de una sola nación, es imposible vencer enteramente las dificultades que provienen del retraso de la revolución mundial. Es necesario que esto

se diga clara, firme, honestamente y de forma marxista y leninista.

No obstante, es tan poco lógico extraer deducciones pesimistas sobre la URSS, basándose en la indefectible dependencia que liga la construcción del socialismo a la revolución internacional, como llegar a conclusiones del mismo tipo sobre la revolución alemana porque ésta depende directamente de los éxitos de la dictadura en la URSS. La idea misma de que se pueda deducir lógicamente el pesimismo del hecho que nuestra edificación socialista está en función de las relaciones internacionales es una deshonra para un marxista.

Pero, aunque la suerte de la revolución esté en función de su carácter internacional, de ello no resulta en absoluto que el partido de cada país esté exento del deber de hacer en ese sentido el máximo esfuerzo. Por el contrario, esta obligación no hace más que aumentar: en efecto, los errores cometidos en el interior de la URSS no solamente retrasan la construcción del socialismo en nuestro país sino que golpean, de la forma más directa, a la revolución mundial. Si en tiempo oportuno, es decir desde el XII Congreso, se hubiese fijado el objetivo de vencer la desproporción existente en el dominio económico gracias a una justa política de reparto de los ingresos nacionales y mediante una industrialización intensa, nuestra posición sería ahora mucho más ventajosa. Cierto que incluso en ese caso se levantarían aún importantes dificultades ante nosotros. Pero en la lucha mundial que llevamos adelante lo que importa es la velocidad y los plazos. Si el desarrollo económico tuviese una velocidad más rápida, si, en consecuencia, las relaciones de fuerza entre las clases en el interior del país nos fuesen más favorables, podríamos marchar con una infinita mayor seguridad hacia las victorias del proletariado en los países más avanzados. En sí mismo, el curso a izquierda no implica la construcción, con nuestras propias fuerzas, del socialismo por completo. Tampoco puede implicar el triunfo completo sobre las contradicciones internas del país durante el tiempo en que éste subsista en el conjunto del mundo. Pero puede establecer gradualmente un ajuste más justo de los contrastes internos entre las clases, más justo desde el punto de vista del socialismo en construcción: apresurando la velocidad del crecimiento, gracias a una política más justa del reparto de la renta nacional, llegando a un reforzamiento más serio y más sistemático de las posiciones dominantes ocupadas por el proletariado, reforzando desde el punto de vista política una línea de conducta de clase más clara y firme, estableciendo lazos más profundos con la obra de la IC, asegurando, por fin, la prevalencia y la dirección marxista en los problemas fundamentales de la revolución proletaria mundial. El conjunto de todo ello constituye, precisamente, todo lo que es necesario para vencer desde el punto de vista internacional. El curso a izquierda presupone un plan económico repartido en diversos años, plan profundamente meditado, plan audaz de gran envergadura, que no oscile de un lado a otro bajo los golpes de las maniobras debidas a cambios de coyuntura, maniobras absolutamente necesarias pero que no deben adquirir una importancia decisiva. El curso de izquierda presupone también la existencia de una dirección extremadamente coherente, capaz de remontar la corriente, de salvaguardar en su estrategia la línea de conducta general y de mantenerla a través de todas las sinuosidades impuestas por la táctica. Ahora bien, ello exige optimismo real ante las cuestiones de la revolución proletaria internacional y, sobre esta base inquebrantable, una profunda fe en la posibilidad de construir con éxito el socialismo en nuestro país. Las circulares sólo pueden llevar a un zigzag hacia la izquierda. Pero es imposible aplicar el curso de izquierda a golpe de circulares. Para realizar ese curso proletario, leninista, nuestro partido, desde la base

hasta la cúspide, necesita una orientación nueva, un nuevo reagrupamiento de sus fuerzas. Es un proceso que debe desarrollarse seria y largamente. Hay que restituirle al partido su pensamiento colectivo libre, su ágil voluntad. Es preciso que el partido cese de tener miedo a sus cuadros. Es necesario que los cuadros ni puedan ni osen aterrorizar al partido. El partido debe volver a ser el partido. Una política de derecha es posible, entrañando victorias evidentes y relativamente rápidas... para el capitalismo. Una política de izquierda es igualmente posible en tanto que política de dictadura del proletariado, de construcción del socialismo y de revolución internacional. Pero lo que no puede existir en tanto que política durable y victoriosa (y mucho más en tanto que política bolchevique) es el llamado "curso de izquierda", practicando métodos de "combinaciones" centristas, estrangulando al partido y continuando con la demolición de su ala izquierda. A menos que el partido imponga su transformación en un curso de izquierda, un zigzag de izquierda del centrismo de este tipo quebrará inevitablemente, y ello se producirá por otra parte mucho antes de que pueda llevar a resultados prácticos de alguna importancia. En ese momento la derecha podrá tener todos los triunfos en su mano; se reforzará inmediatamente a costa del centro actual, puede que incluso escogiendo a sus jefes entre las filas de éste.

Quienes piensan que el viraje a izquierda efectuado por el aparato del partido reduce a la nada el peligro de la derecha se equivocan totalmente. Por el contrario, ese peligro jamás ha sido más amenazador, más inminente, como lo es hoy en día. La posición más peligrosa para un vehículo que asciende una cuesta muy fuerte es cuando las ruedas delanteras ya han franqueado la cima mientras que las traseras, el pesado fardo y los viajeros, todavía están al otro lado de la pendiente. Precisamente en ese momento se necesita el máximo esfuerzo de los caballos y del cochero; es en ese momento sobre todo cuando los mismos viajeros deben empujar las ruedas.

Pero desgraciados de ellos si dormitan o dudan apretujándose unos contra otros mientras el cochero, girándose hacia atrás, brande a modo de látigo el artículo 58 del Código Penal para ahuyentar a quienes, arremangados, agarran los radios, empujan el vehículo y los sostienen con sus espaldas por detrás. Es justo en ese momento cuando el vehículo puede precipitarse con todo su peso hacia atrás y rodar por la abrupta pendiente. Jamás el peligro de la derecha fue tan grande, tan amenazador, tan inminente, como lo es en el presente.

¿En la hora actual cuál es el significado de ese peligro de derecha? Se trata menos de peligro de una contrarrevolución burguesa acabada y actuando abiertamente que el peligro de un Termidor, es decir de un golpe de estado o de un empuje contrarrevolucionario parcial que, precisamente por inacabado, puede todavía disimularse durante mucho tiempo bajo formas revolucionarias revistiendo ya, en el fondo, un carácter netamente burgués.

En ese caso, la vuelta del Termidor a la dictadura del proletariado no se podría efectuar más que a través de una nueva revolución. Hemos afirmado más de una vez (especialmente en el plenario del comité central de febrero de 1927) que la dirección centrista, acometiendo contra la izquierda, arrastra inevitablemente tras de sí una larga cola de seguidores provenientes de la derecha del partido, incluso de fuera de los límites de éste, y cuya extremidad está formada por termidorianos conscientes y combativos. Hemos predicho que esta cola pesada acabará ineluctablemente empujando a la cabeza y que ese choque podría ser el punto de partida de un profundo reagrupamiento en el seno del partido, es decir de la afirmación cada vez más insolente del ala derecha, de un

desplazamiento a izquierda más brutal y más audaz del núcleo proletario del partido y de una agitación convulsa de la fracción centrista del aparato perdiendo poco a poco sus fuerzas. La insurrección de los kulak de 1927-1928, que se desarrolló sin efusión de sangre y se benefició del apoyo de miembros del partido que querían coexistir pacíficamente con todas las clases, constituye precisamente una de esas agitaciones en las que la cola golpea a la cabeza. Pravda misma ha reconocido oficialmente muchas veces (en un artículo de fondo publicado el 15 de febrero de 1928) que existía en nuestro partido un ala termidoriana o semitermidoriana influyente. ¿Qué otros termidorianos pueden haber, en efecto, en un partido proletario más que aquellos que están dispuestos en todo momento a destruir a la Oposición y que quieren vivir en paz con el kulak, que arrastra tras él al campesino medio contra el poder de los soviets? Con ello no queremos decir que todos aquellos que aplican esa política quieran conscientemente llegar a un Termidor. No, los termidorianos y, con mucha más razón, los semitermidorianos, en general jamás han brillado por su perspicacia histórica profunda; es solamente esto lo que le permite a una gran número de ellos cumplir su papel de defensores de otra clase. Así, el choque de cola empujando a la cabeza se ha producido, choque serio, pero hasta el presente sólo tiene el valor de señal de advertencia. Comienzan a coger forma agrupamientos en el partido, aunque todavía muy imprecisos y muy insuficientes. Una de las formas a través de las que se manifiesta ese proceso es la transformación de la maniobra izquierdista realizada en la cúspide, y que aumenta hasta devenir un zigzag serio hacia la izquierda. Así, las dos ruedas delanteras del partido (puede que incluso solamente una de ellas) parecen haber alcanzado la cumbre de la cuesta cuando todo el carro, tan pesadamente cargado, está todavía en pleno ascenso y este ascenso puede devenir para él una terrible caída.

¿ Ante circunstancias tan críticas cuál es el deber actual de la Oposición de Izquierda? Hablamos aquí, evidentemente, de la verdadera Oposición leninista, no de esos ocasionales compañeros de ruta siempre dispuestos a abandonar sus ideas si se les pide insistentemente para adherirse a otras más fáciles de defender. Para responder más claramente al interrogante del deber de la Oposición hay que comenzar analizando la peor de las eventualidades: hay que suponer que, utilizando año tras año los errores de la dirección, la crónica desorganización del mercado, la carestía de la vida, el paro, la burocracia de la administración, etc., la cola termidoriana intente en el futuro, en un momento difícil, aprovechando dificultades más grandes aún, golpear seriamente a la cabeza, es decir que intente pasar de las formas semilegales de sabotaje capitalista, a las que recurre actualmente, a la guerra civil directa.

¿A priori se puede excluir tal eventualidad? No, desgraciadamente no. Sobre todo si sobrevienen complicaciones internacionales. Quien sostenga lo contrario adormecerá traidoramente al partido.

¿Se puede temer que una importante fracción de los pilares del falso monolitismo del partido en Smolenks, Artemovsk, Chakhty e incluso en Leningrado, e incluso en Moscú, salga de apuros, o traicione directamente? No solamente se puede sino que se debe temer. Las recientes revelaciones sólo levantan a penas el borde de la cortina burocrática. En ese dominio, el partido debe estar presto para hacer frente a los peores peligros.

Por otra parte, se puede imaginar a un opositor que dijese: "¡han creado esta situación con su política: que se las arreglen ellos solos!" No, no se puede concebir a un opositor usando tal lenguaje, a menos que se trate de un agente de los guardias blancos, de

un provocador infiltrado en las filas de la Oposición con la finalidad de perjudicarla. Los opositores combatirán a favor del partido, de la dictadura, de la Revolución de Octubre, como es propio de los revolucionarios abnegados, sin segundas intenciones, tal como lo han afirmado defendiendo el estandarte del bolchevismo bajo las circunstancias históricas más penosas, cuando caían sobre ellos persecuciones y represión duras como el granizo. Los cuadros de la Oposición se mantuvieron firmes ante estas pruebas. Si el burocratismo y la estupidez del aparato del partido quisieran impedirle a los opositores conservar su lugar en las filas del ejército regular en el momento del peligro extremo, los opositores combatirán al enemigo de clase como francotiradores pues un revolucionario defiende la revolución sin necesidad de órdenes para hacerlo. No hablaríamos de esto si no fuese porque furiosos gritos histéricos anuncian que la Oposición se ha hecho derrotista y que trabaja a favor de la caída del poder de los soviets.

El argumento que la actitud de los opositores carece de importancia para la defensa de la dictadura, a causa de su debilidad numérica, aparece, sobre todo ahora, completamente carente de valor. Si la Oposición es débil, ¿por qué el aparato, la prensa, los oradores oficiales, los profesores de las escuelas del partido, durante cinco años, y la GPU en el último período, tienen asignada la tarea principal de la lucha contra la Oposición? ¿para qué todos los discursos, artículos, circulares, instrucciones, libros, toman esta lucha como punto de partida y giran alrededor de ella? Pero, sea cual sea el valor de la influencia ejercida por la Oposición, la que se puede ver y la que existe en potencia, la de hoy en día y la del mañana, sólo una cosa es incontestable: bajo cualquier circunstancia, el partido de la dictadura del proletariado puede contar con ese destacamento, que le pertenece completamente y sin reservas.

Sea como sea, se mantiene en pie otro interrogante de una actualidad más ardiente: ¿qué puede y debe hacer la Oposición ahora, en el presente período, crítico, de crisis? Queremos plantear aquí claramente todas las cuestiones para no dejar lugar a ninguna suposición, a ningún malentendido. ¿La Oposición puede apoyar a la derecha contra los centristas que gozan formalmente del poder a fin de ayudar a su derrocamiento, vengarse así de la odiosa persecución que ha sufrido, de su brutalidad, de su deslealtad, del "oficial de Wrangel", del artículo 58 y otros asuntos dejados adrede en la sombra? Tales combinaciones entre la derecha y la izquierda se han producido en el curso de las revoluciones, también han arruinado revoluciones. En nuestro partido la derecha representa el eslabón al que se agarran en secreto las clases burguesas a fin de arrastrar a la revolución por la vía del Termidor. Por el momento, el centro intenta resistir, o resistir a medias. Está claro que la Oposición no tiene nada en común con un espíritu "de artimañas" aventurero, que confíe en derrocar al centro con el apoyo de la derecha. La Oposición apoya cada paso, incluso dubitativo, que resista a los elementos termidorianos. La Oposición lo hace, y lo seguirá haciendo, de forma completamente independiente del hecho que el centro, apoyándose en la derecha, lo quiera o no. La Oposición no plantea por ello ninguna condición de acuerdo, de concesión, *etc.* Simplemente tiene en cuenta el hecho que el zigzag que actualmente se esboza en la táctica del centro siga paralelamente, a cierta distancia, la línea observada por la estrategia de la política bolchevique. Ya hemos dicho (y la última vez en nuestra declaración leída en el XV Congreso por el camarada Smilga) que la Oposición, incluso expulsada del partido, no se consideraba desligada de sus deberes hacia éste, ni de la responsabilidad que le incumbe al partido en su conjunto ante el país. No podemos repetir aquí íntegramente lo que decíamos entonces. Ello significa en particular que, a pesar de las persecuciones,

de las exclusiones, del artículo 58, etc., cada opositor está presto, como en el pasado, para ejecutar las misiones que el partido le asigne, independientemente de su actitud frente a la dirección y el régimen aplicado por esta dirección. Sin embargo, desde el punto de vista político, ¿puede la Oposición responsabilizarse ante el partido por el giro realizado actualmente calificándolo de curso leninista justo? No, no lo puede hacer. El apoyo que la Oposición le otorga a todo movimiento, incluso parcial, que conduzca a una línea proletaria jamás será una aprobación del centrismo (incluso de izquierda), como la formulan las mediocridades del partido, silenciando su facultad de hacer las cosas sólo a medias, su incoherencia, los errores que continúa cometiendo o cerrando hipócritamente los ojos para no ver sus teorías revisionistas que preparan para el mañana nuevos errores más grandes todavía. Al mismo tiempo que apoya todo paso hacia la izquierda y contra la derecha, la Oposición debe criticar (y criticará) la absoluta insuficiencia de esos pasos y el carácter incierto de ese cambio de opinión, en la medida en que conserve el carácter de medidas ejecutadas bajo órdenes pero que no emanan verdaderamente del partido. La Oposición continuará denunciando con intransigencia ante el partido los inmensos peligros que provienen de la inconsecuencia, de la falta de reflexión política, de las contradicciones políticas del curso actual, que sigue apoyándose en el bloque del centro con la derecha contra el ala izquierda. ¿Bajo esas condiciones puede la Oposición renunciar a su plataforma? Ahora menos que nunca. Abjurar de esta forma equivaldría a renunciar a los fundamentos meditados, generalizados y sistematizados, del curso a izquierda: eso sería rendirle el mejor de los servicios a la derecha, todas las esperanzas y los cálculos de la cual para llegar a la victoria descansan, con justeza, en los zigzag y en la incoherencia de la orientación centrista. La prosecución de la lucha a favor de las ideas y propuestas expresadas en la plataforma es el único apoyo justo, serio y honesto que se le puede dar a cualquier paso un poco progresista del centro. Con esta única condición es como se puede alimentar la esperanza de ver al partido triunfar, con una reforma interna, de transformar el zigzag centrista de izquierda de la dirección en un verdadero curso leninista.

¿Esta lucha a favor de la plataforma de la Oposición es compatible con la unidad del partido? Puede ser provisionalmente incompatible con ella, frente a un régimen burocrático, es decir injusto y malsano: la exclusión de la Oposición lo ha demostrado. Pero la circular del comité central del 3 de junio constituye, ante todo, la confesión a gritos (aunque obligada y forzada) del carácter malsano e insostenible del régimen que se ha creado en nuestro partido durante los últimos cinco años. En un régimen sano, la crítica más rigurosa de los errores principales cometidos por el comité central es perfectamente compatible con la unidad del partido y la disciplina de hierro en la acción. En cuanto a las divergencias de opinión (ahora que han sido sometidas a la prueba gigantesca de los acontecimientos), podrían ser liquidadas por el partido con relativa facilidad, si éste reconquistase sus derechos elementales: en ello convergen en el presente todas las cuestiones.

¿La lucha a favor de las convicciones expresadas en la plataforma de los bolchevique-leninistas (Oposición) es compatible con el abandono del empleo de los métodos fraccionales para defenderlas? Frente a un régimen que, según la misma expresión empleada en la misma circular del 3 de junio, está "afectado del más odioso burocratismo", toda crítica de las opiniones del comité central, del comité provincial, del comité de radio, del secretario de célula, se ahoga con el calificativo de "fracciona!" y casi siempre se ve rechazada, obligatoriamente, a la vía del trabajo fraccional. La Oposición está íntegra y

totalmente dispuesta a no defender sus puntos de vista más que a través de métodos rigurosamente normales en el seno del partido, tomando firmemente como base el conjunto de las resoluciones del X Congreso sobre la democracia en el partido y la prohibición de las fracciones. Sin embargo, incluso ahora, tras los últimos manifiestos y circulares, la Oposición no se hace ninguna ilusión en cuanto al régimen interno del partido. La angelical credulidad que consiste en tomar las palabras por actos, los manifiestos contradictorios por un seguro curso a izquierda, nunca ha sido ni nunca será considerada como una cualidad por un revolucionario proletario, sobre todo si ha vivido y meditado seriamente la experiencia de los últimos cinco años. Además, y tras la tentativa de amputar mecánicamente a la Oposición, el espíritu fraccional jamás ha corroído al partido tanto como ahora. La derecha, el grupo-tampón, las dos porciones de hecho de la Oposición de Leningrado, los bolchevique- leninistas (Oposición), he ahí a los principales grupos que existen ahora en el partido, sin contar a las subfracciones. El centrismo de la fracción dirigente, con su imprecisión e incoherencia en las ideas de la política, es un verdadero antro de cultura para el espíritu fraccional de derecha y de izquierda. No serán medidas desde el exterior, manifiestos y arrestos, lo que permitirá salir de esta situación. Unicamente un curso justo, elaborado y aplicado por el partido entero, puede triunfar sobre el espíritu de fracción que lo devora. No se llegará a tal curso más que con el ejercicio de la crítica en el partido y el examen de las principales desviaciones y vicios del régimen aparecidos durante los cinco últimos años. Hay que condenar el curso para abrir la vía al que es justo. En cuanto a la "autocrítica" anunciada en manifiestos y artículos, se reduce hasta el presente al hecho que se deja que se exprese el descontento de la base contra errores secundarios, o que se sacrifica como víctimas expiatorias a uno o dos centenares de burócratas. La crítica a la gestión se presenta como buena, sana, seria. La crítica a la dirección se presenta como destructora, perniciosa, opositora. Si la autocrítica se mantiene en esos límites, el zigzag centrista a izquierda no será más que un aborto, nada más. Salir de este impase de la "autocrítica" burocrática y legalizada, llevarla a la vía de la democracia en el seno del partido, en los momentos presentes es una necesidad que el mismo partido debe satisfacer. Del éxito más o menos grande de esta empresa depende el éxito de la profunda reforma al margen de la cual el partido no saldrá del punto de inflexión de la crisis que atraviesa. Para resolver este doble problema, sanear sus propias filas y el estado soviético, el partido necesita ante todo claridad en las ideas. La Oposición tiene, pues, el deber de alzar la voz en la autocrítica que determinados centristas, burócratas muy influyentes, consideran como válvula de seguridad que desahoga el descontento acumulado; en realidad debe formar parte integrante del régimen de la democracia en el partido. Ante todo la Oposición debe ayudar a la masa del partido (no solamente en el PC de la URSS sino también en la IC toda entera) a resistir a los burócratas que quieren "proteger" de la autocrítica a los problemas fundamentales de la línea y de la dirección del partido. La experiencia de la dirección económica en la URSS, la del movimiento revolucionario alemán entre 1923 y 1928, la de la revolución china y la del comité anglo-ruso, deben controlarse, aclararse, estudiarse bajo todos sus aspectos,. Al mismo tiempo, la Oposición debe velar con atención para que la "autocrítica" (que, ulteriormente, tropezará inevitablemente y cada vez más con los obstáculos del burocratismo) no se adentre en una vía dirigida contra el partido y no pueda llevar el agua a los molinos anarco-mencheviques. La política oportunista y el régimen burocrático hacen nacer ineluctablemente en el seno de las mismas masas obreras tendencias negativas. Únicamente la Oposición puede proteger

al partido contra ese mal, o, al menos, reducir al mínimo esa reacción, derribando todo camuflaje del aparato, luchando abiertamente a favor de sus consignas integrales, en una palabra, siguiendo firmemente la línea leninista.

El conjunto de nuestros principios, tales y como los exponemos, nos ahorra el trabajo de refutar de nuevo la idea que tratan de atribuirnos haciéndonos decir que el partido ya habría devenido termidoriano y que el Termidor, o el golpe de estado contrarrevolucionario, sería ya un hecho cumplido. El encarnizamiento verdaderamente histérico con el que se propaga esta idea, cuando resulta que no tiene nada en común con nuestra posición, no sirve más que a nuestros enemigos de clase y no hace más que rendir testimonio de la impotencia de nuestros adversarios en la lucha de ideas, nacida de la incapacidad de los centristas para aprehender y comprender la viva dialéctica del proceso histórico. Se llega al mismo resultado cuando intentan atribuirnos la concepción según la cual la IC habría dejado de ser la vanguardia del proletariado mundial y debería ser reemplazada por otra internacional.

Ya hemos declarado, y repetimos, que no podemos asumir ni un ápice de responsabilidad por quienes estiman que el proceso de deslizamiento de la dirección del PC de la URSS y de la IC en relación a la línea de clase está acabado (proceso que existe incontestablemente en el curso de los últimos años) y que, por esta razón, directa o indirectamente, le dan la espalda a esas organizaciones. Por lo mismo, declinamos toda responsabilidad en cuanto a la política de las candidaturas opositoras paralelas a las de los PC, una política que hemos condenado de antemano y contra la que hemos puesto en guardia en una carta enviada al extranjero. Habiéndose publicado en Pravda dicha carta (15 de enero de 1928), las aserciones que persisten en decir que somos solidarios con esas candidaturas paralelas forman parte de las numerosas tentativas de engañar al partido para justificar en cierta medida la amplitud de la represión.

Todos nuestros cálculos descansan en el hecho que existe en el seno del PC de la URSS, de la IC y de la URSS, enormes fuerzas revolucionarias aplastadas por una dirección falsa y un régimen insoportable pero que, bajo el efecto de la experiencia, de la crítica y la marcha de la lucha de clases en el mundo entero, son perfectamente capaces de enderezar la línea seguida por la dirección y asegurar un curso proletario justo. Las tentativas que en estos momentos hace la dirección para escapar de las consecuencias de su propia política, yendo a izquierda y no a derecha, repitiendo y utilizando en parte las ideas y consignas de la Oposición, se hacen bajo la presión, imprecisa aún, del núcleo proletario del partido; constituyen una de las pruebas de que nuestro análisis general y nuestros cálculos son justos.

Ayudaremos con todas nuestras fuerzas a las fuerzas internas del partido, y de la clase obrera, a provocar un enderezamiento de la política quebrantando lo menos posible al PC de la URSS, al estado obrero y a la Internacional. Rechazamos formalmente la acusación de que nuestras declaraciones anteriores sobre la interrupción del trabajo fraccional no fueron sinceras. Esas declaraciones suponían un mínimo de buena voluntad por parte de la mayoría para establecer un régimen que permitiese la defensa de puntos de vista diferentes con métodos normales, elaborados a través de la historia completa del partido. Al aparato burocrático, prepotente y que lucha por su inviolabilidad y su inamovilidad, siempre le es posible cerrarle mecánicamente a los miembros del partido todas las vías, salvo las del trabajo fraccional. Formulando nuestras declaraciones que anunciaban nuestro propósito de renunciar a los métodos fraccionales, siempre nos hemos referido a la enseñanza de Lenin sobre el partido proletario y sobre las condiciones fundamentales

para éste de una existencia sana. Nos basamos en particular en la resolución del 5 de diciembre de 1923 que dice que el burocratismo empuja a los mejores miembros del partido a la vía del asilamiento y al espíritu de fracción. Esta declaración no era una simple formalidad. Expresaba la esencia misma de la discusión. Las acusaciones formuladas contra la Oposición son mucho más poco apropiadas e indignas cuando afirman que ésta, incluso tras el XV Congreso y a pesar de su declaración de sumisión a las resoluciones del partido e interrupción del trabajo fraccional, habrían continuado en realidad. La promesa que hicimos en el congreso suponía nuestro mantenimiento en el partido y, en consecuencia, la posibilidad de defender nuestra opinión permaneciendo en sus filas. En caso contrario, este compromiso no hubiese sido más que una renuncia a toda actividad política en general, hubiese sido el compromiso de dejar de servir al partido y a la revolución internacional. Unicamente funcionarios corrompidos hasta la médula pueden exigirle a un revolucionario semejante abjuración. Unicamente despreciables renegados podrían hacer semejantes promesas. Basándonos en esas posiciones principistas, no podemos en consecuencia tener nada en común con la política de los llamados leninistas que juegan con el partido, que hacen diplomacia en la lucha de clases, que juegan al escondite con las historia y que, reconociendo aparentemente los errores, afirman a escondidas que ellos tenían razón y crean el mito del "trotskysmo", lo demuelen e intentan reconstruirlo de nuevo , que le aplican al partido, en una palabra, la política de la "paz de Brest" , es decir de una capitulación provisional e insincera, hecha con la esperanza de la revancha: esta política, admisible hacia el enemigo de clase, deviene obra de aventureros cuando se practica con el partido mismo. Sólo sentimos repugnancia hacia la filosofía bizantina de arrepentimiento según la cual la preocupación por la unidad del partido exigiría, en la época de la dictadura proletaria, la renuncia a las opiniones de principios que la dirección actual estima inadmisibles por razones de prestigio y que incluso se atreve a perseguir por razones de estado.

Nos consideraríamos como criminales si hubiésemos llevado adelante, durante cinco años, nuestra dura lucha en el seno del partido en nombre de principios lo suficientemente elásticos como para que renunciásemos a ellos bajo una orden o bajo la amenaza de ser expulsados del partido. El servicio al partido está indisolublemente unido a la lucha por la elaboración de una línea política justa. Menospreciamos, pues, a cualquier miembro del partido en el que el miedo a perder provisionalmente su carné del partido (por doloroso que ello sea) triunfe sobre la preocupación de luchar a favor de las tradiciones fundamentales del partido y de su futuro.

Los discursos que proclaman que la actitud actual de la Oposición (fiel a sus convicciones y luchando por ellas) sería incompatible con sus declaraciones a favor de la unidad del partido, transpiran falsedad. Si estimásemos que el ciclo de la evolución del partido hubiese terminado en el XV Congreso, no existiría entonces otra salida histórica más que la creación de un segundo partido. Pero ya hemos dicho que no tenemos nada en común con esta apreciación. Si, con ocasión del almacenamiento del trigo, en correlación con éste y como por azar, se ha visto que en el seno del partido existía una fracción influyente que quería vivir en paz con todas las clases; si, en un lapso de tiempo muy corto, han surgido los asuntos de Chakhty, Artemovsk, Somolensk y muchos otros, todo ello demuestra que el inevitable proceso de diferenciación del partido, de su clarificación y autodepuración, todavía está por hacer. El núcleo proletario tendrá todavía suficientes ocasiones para convencerse de que nuestra apreciación de la política del partido, de su composición, tendencias generales y desarrollo, ha sido

confirmada por hechos de importancia decisiva. Puestos momentáneamente fuera del partido por un régimen mentiroso y malsano, continuamos viviendo con él, trabajando por su futuro. Siendo justas nuestra línea de conducta y nuestras perspectivas, teniendo el verdadero carácter del partido nuestros métodos de lucha a favor de las convicciones leninistas, ninguna fuerza en el mundo podrá arrancarnos de él, oponernos a la vanguardia proletaria internacional y a la revolución comunista. Pero aún será menos posible lograrlo con la aplicación del artículo 58 que sólo deshonra a quienes nos lo aplican. La contradicción que nos obliga a permanecer formalmente fuera del partido, aunque combatiendo a favor de él contra quienes lo desorganizan y minan desde dentro, es una contradicción inevitable, engendrada por la misma vida en el curso de la historia. Solo se puede escapar de ella gracias a un sofisma de jurista y con un único final, la despreciable negación a las propias ideas. La contradicción que se nos impone no es más que un ejemplo particular de las contradicciones más profundas y generales: sólo podrá ser resulta realmente gracias al empleo de los métodos leninistas frente a los problemas fundamentales que se le plantean a la IC y al PC de la URSS. Hasta entonces, la Oposición seguirá siendo la piedra de toque que permita juzgar la línea y el régimen del partido. El castigo que se le ha infringido a la Oposición por su crítica del comité central, crítica totalmente confirmada por los hechos y reforzada por las recientes resoluciones e intervenciones parciales del mismo comité central, ese castigo es una de las manifestaciones más flagrantes de los peores métodos del régimen de los funcionarios y de los peores aspectos de la dirección del partido. Nuevas exclusiones y deportaciones de opositores continúan todavía aterrorizando al partido a pesar de las circulares tranquilizadoras. La cuestión de la readmisión de los opositores en el partido, de la vuelta de los deportados, de la liberación de los encarcelados, deviene la prueba esencial, el medio de control infalible y el primer índice del grado de seriedad y profundidad de todos los recientes pasos a izquierda. El partido y la clase obrera juzgarán, no sobre la base de palabras sino sobre los actos. Esta era la enseñanza de Marx, fue la de Lenin, es la de la Oposición. El VI Congreso de la IC pueden facilitar el restablecimiento de la unidad del partido en gran medida aconsejando firmemente a los órganos centrales del PC de la URSS que deroguen inmediatamente la aplicación del artículo 58 a la Oposición, aplicación basada en una grosera deslealtad política y en un pérfido abuso de poder. La reintegración de los bolchevique-leninistas (Oposición) en el partido es una condición indispensable e inevitable para la vuelta a la vía de Lenin. Es incontestablemente cierto, no solamente para el PC de la URSS sino también para todas las otras secciones de la IC. Todo opositor, al recuperar el lugar que le pertenece por derecho en su partido, del que, repetimos de nuevo, ninguna fuerza ni ninguna resolución lo podrá arrancar, hará todo lo que pueda para ayudar al partido a salir de la crisis actual y a suprimir el espíritu de fracción. No puede haber ninguna duda de que tal compromiso encontrará el apoyo unánime de todos los bolchevique-leninistas (Oposición).

¿Qué esperar del VI Congreso?

17 de julio de 1928

Estimados camaradas,

Esta carta es una respuesta a los correos recibidos últimamente de diversos remitentes. Mi retraso en escribir se debe a un trabajo concerniente al Congreso de la Comintern que me ha tenido ocupado estas últimas semanas. He logrado terminarlo en la fecha deseada.

He enviado al Congreso cuatro documentos en total:

- una crítica del proyecto de programa del Comintern (alrededor de 11 páginas mecanografiadas);
- una carta titulada "¿Y ahora?" ofreciendo una apreciación del cambio actual a la luz de la política de los años transcurridos;
- un anexo a esa carta: informaciones documentales sobre el origen, o más exactamente la fabricación, de la leyenda sobre el trotskysmo;
- una "declaración" en el sentido estricto del término. Esta última, relativamente corta (menos de una página mecanografiada), es un documento formal exigiendo la reintegración de la Oposición en el seno del partido. He difundido ampliamente entre los camaradas esta declaración para que, si lo juzgan necesario, puedan adherirse a ella enviando telegramas a la dirección de la presidencia del congreso. Anteriormente había difundido el borrador. La versión definitiva es más clara, precisa y virulenta pero no difiere del borrador en el plano de los principios. Adjunto a esta carta el sumario de los dos mayores documentos enviados al congreso. Ese trabajo era, necesariamente, de una extrema urgencia. En él probablemente habrá omisiones. Sin embargo, como había que hablar de los problemas que en numerosas ocasiones hemos discutido y examinado, conjunta y separadamente, tengo la impresión de conjunto que esos documentos reflejan, de forma bastante exhaustiva, las diferentes posiciones que existen en el seno de la Oposición sobre las principales cuestiones internacionales y nacionales. Ya he escrito a determinados camaradas que la partida de Zinóviev no ha podido producirse más apropiadamente en términos de fechas. Si hubiese tenido la paciencia de esperar todavía algunos meses habría podido capitular respetando cierta "decencia" externa, acogiéndose al "curso a izquierda", por una parte, y rompiendo con nosotros sobre la base de la apreciación del V Congreso y del régimen del Comintern por otra parte. Al unirse a nosotros descargó un irreparable golpe a la leyenda del trotskysmo desvelando algunos secretos de la corte de Madrid (la "banda de los siete"); pero al abandonarnos nos dejó las manos libres, lo que permite criticar como es debido el V Congreso y la política de los años 1924-25 que juntaba premisas de derecha con un aventurismo izquierdista. Al menos parcialmente trataré de enviar a los camaradas los principales extractos de la crítica al proyecto de programa y de la carta "¿Y ahora?". Esta ofrece una detallada apreciación del régimen del partido y de los métodos de dirección, sobre los que justamente han insistido K. Rakovsky y I. N. Smirnov. En términos de propuestas prácticas, pero esenciales, concernientes a la autocrítica y a la democracia en el partido, he formulado, además de la vuelta y reintegración de la Oposición, dos exigencias: en primer lugar la convocatoria del XVI Congreso en 1928 , con garantías de

discusión firmemente establecidas de antemano y regularidad en la elección; después, la publicación inmediata de todos los artículos, discursos y cartas de Lenin que le han sido ocultados al partido (he enumerado siete grupos de documentos de este tipo).

Desgraciadamente he omitido adjuntar una exigencia que ejercerá inevitablemente en el futuro un papel importante en la vida del partido: se trata de la reducción de su presupuesto en alrededor de veinte veces, es decir hasta 5 o 6 millones de rublos. El presupuesto del partido es el arma de la terrible corrupción y la base de la omnipotencia del aparato. Necesitamos un presupuesto "abierto", sometido al partido, controlado por él y que le pertenezca verdaderamente. Las entregas secretas deben considerarse aparte y ser examinadas por una comisión especial del Congreso cada año.

Es evidente que estas tres exigencias no reemplazan a nuestra plataforma en lo concerniente al régimen del partido. Sin embargo permiten evaluar seriamente la sinceridad y honestidad de las acciones llevadas adelante por la dirección para instaurar la democracia interna.

He recibido observaciones muy interesantes sobre el proyecto de programa, provenientes de los camaradas Rakovsky y Rosengaus. Desafortunadamente sus dos cartas llegaron demasiado tarde; no las he podido utilizar pues. Sin embargo, en conjunto, la crítica de esos camaradas se corresponde completamente con la forma en que he planteado las cuestiones del programa. No hay nada de sorprendente en ello puesto que, principalmente, sólo he tenido que "hacer el balance" de nuestro trabajo colectivo. El problema de la revolución china no se trata en la declaración y en la carta "¿Y ahora?" sino en la "Crítica del proyecto de programa", donde se le consagra un capítulo de los tres de que consta. Este capítulo está orientado, esencialmente, contra la resolución, radicalmente errónea y reaccionaria, adoptada por el pleno de febrero.

¿Qué se puede esperar del Congreso? El camarada Rosanov (Kustanai) ha escrito de forma completamente justa que probablemente el congreso tratará de cubrirnos con la lápida funeraria más pesada y autoritaria "para que ya no podamos levantarnos de la tumba"... Los documentos que he enviado sólo pueden, evidentemente, reforzar este tipo de deseos piadosos.

Por suerte esto es poco realizable. "A medianoche" (tanto como a cualquier otra hora), el marxismo se levantará de la tumba de papel y, como el tambor que no se puede acallar, hará sonar la alarma.

En cuanto a las cuestiones internacionales, verosímilmente el congreso intentará hacer el mismo zigzag a izquierda para el resto de países, Sin embargo, en esta orientación a izquierda se conjugan, como en el V Congreso, elementos de derecha y elementos de aventurerismo izquierdista. Entonces no quisieron comprender la derrota de 1923 y el carácter inevitable del reflujo. En el presente, no quieren reconocer toda la amplitud de la derrota en China y lo ineluctable de un largo período de reagrupamiento de las fuerzas y de recuperación. Entonces fue el putsch de Estonia, en el presente es el putsch de Cantón. Allí se trataba de un romance con Radich y LaFollete, aquí de la continuación de la línea de los partidos con dos componentes.

Es evidente que la importancia del pleno de febrero radica en el reconocimiento del impase al que ha llegado el curso derecha-centro. Pero de esta constatación a una línea marxista el camino es todavía largo. En cualquier caso, el curso a izquierda de los 58 artículos evoca la imagen de un hombre de buena salud que "por alguna razón" habría perdido su nariz... Se sabe que Ruth Fischer ha vuelto a entrar en el partido y que la cuestión concerniente a Maslow se ha aplazado hasta que se juzgue su conducta.

Uno de los camaradas ha sacado de ello la conclusión de que comienza a tomarse una nueva orientación en relación con la izquierda. No, no se trata de eso. En esta situación, la vuelta al partido de los opositores alemanes, e incluso franceses, solo sería una maniobra militar tendente a rodear ulteriormente y aislar en el futuro a nuestro grupo que representa actualmente el principal núcleo del marxismo internacional y del bolchevismo. El maestro y el aprendiz, totalmente desprovistos de escrúpulos, sacrificarán mañana a Thálmann a cambio de Maslow, si a costa de ese precio pudiesen descargar sobre nosotros un nuevo golpe desde el punto de vista de la organización. Siempre hay que tener en cuenta que la oposición europea, igual que el comunismo oficial, no dispone todavía de los cuadros indispensables, formados en el plano teórico y dotados con una experiencia política.

Todavía pueden producirse cambios, saltos y toda suerte de "imprevistos" en general. Tenerles miedo sería simplemente ridículo e indigno. Durante cinco años, la dirección oficial, armada con la colosal autoridad que le confiere la tradición y los recursos inagotables, ha desfigurado el marxismo y trastornado las mentes. Ello ha engendrado una generación entera de revisionistas cuya conciencia está formada por una masa de tonterías reaccionarias sobre la teoría mezclada con un aventurerismo burocrático. Numerosos opositores europeos también han pasado por esta escuela y todavía están lejos de haberse librado de ella. Es preciso labrar de nuevo el campo entero con el potente arado del marxismo. Por ello el menor compromiso teórico por nuestra parte significaría el suicidio político.

Un cambio en la política del VKP y del Comintern será extremadamente importante y podrá incluso devenir una etapa histórica. ¿Por qué? Porque la política de derecha-centro ha entrado en un impase; sinceramente, la política de derecha, si no se ha hecho imposible sí que está frente a dificultades por todo el trabajo que ha realizado la Oposición (y por tanto una solución a izquierda sólo puede imaginarse con la condición de coger prestamos manifiestos, aunque parciales, de nuestra plataforma). El partido no puede ignorarlo. Es imposible que el proceso de crítica y reflexión en el interior del partido no comience, o más exactamente, no se profundice. Con otras palabras, el terreno devendrá cada vez más receptivo a lo que en él sembramos. Es pues inadmisible abordar el cambio a izquierda de manera formal y negativa, como si nada hubiese pasado, como si nada hubiese cambiado, como si todo ello sólo fuesen intrigas. No, se han producido acontecimientos muy importantes y todavía se producirán más: los cambios sobrevenidos en el interior del partido reflejan los cambios profundos en el seno de las clases. Numerosos índices muestran que la cantidad acumulada está a punto de transformarse en una cierta calidad nueva. Por supuesto que ese proceso sufrirá todavía "altos y bajos". Sin embargo, un punto es evidente: los cuadros, incluso poco numerosos, si están armados con una clara comprensión de la situación en su conjunto, si son plenamente conscientes de su misión histórica y si saben o aprenden al mismo tiempo a marchar al ritmo de los movimientos progresistas que se producen en el seno de la masa del partido y de la clase obrera, esos cuadros pueden ejercer un papel decisivo en el momento de los cambios inevitables de la situación en el futuro. De cualquier forma, no se les podrá cubrir con una losa funeraria, se haga lo que se haga.

En conclusión, hablamos de los asuntos personales, de los míos y de los del resto. El camarada Drozdov (d'Och, kirguizo) escribe que según determinados rumores dirijo un koljoz en Alma-Ata e incluso he acudido a determinada reunión con Zelensky. Los rumores concernientes a una progresión tan rápida en mi carrera son evidentemente

exagerados. Sin embargo, las inquietudes de cierto número de camaradas a causa de mi salud lo son también. Desde nuestra mudanza a los "jardines" la malaria casi nos ha abandonado por completo: fiebre una sola vez. El verano en esta región es bastante clemente. Cierto que aquí hemos sufrido una epidemia alarmante de rabia transmitida por perros: la enfermería cura entre 50 o 60 personas por día pero ahora esto también queda lejos. En cuanto a las posibilidades de trabajo no me puedo quejar. He recibido de Moscú una provisión bastante importante de libros, más particularmente sobre India. Recibo normalmente los diarios rusos y las revistas, especialmente las de provincias. He recibido bastantes diarios extranjeros. Los libros me llegan directamente a través de amigos extranjeros. En breve: puedo trabajar.

Diferentes fuentes informan de excesos increíbles cometidos contra numerosos exiliados por la administración local. Todos los camaradas conocen probablemente la historia de Kudim-Korsk (el camarada Vizanikovtsev y otros), la de Kustanai (Ter-Oganesov), la lista no tiene fin. Los ultrajes y las violencias físicas tienen a menudo un carácter fuera de lo común por su impudicia. Pienso que sería necesario comunicar todos los hechos de este tipo al VI Congreso, exigiendo que designe una comisión especial para investigar estos asuntos. En general, hasta donde se puede juzgar por el correo, la aplastante mayoría de los camaradas está llena de coraje y es inquebrantable. Esto es lo más importante.

Consideraciones provisionales sobre el congreso de la Internacional Comunista

9 de septiembre de 1928

Me piden ustedes mi opinión sobre el congreso. Hasta el presente no tengo en mi mano ni el texto definitivo del programa ni las resoluciones del congreso, excepto la de la táctica, adoptada tras la lectura del informe de Bujarin, que recibí ayer. Como es sabido, los proyectos de resoluciones no han sido publicados, esto para impedirles a quienes están en el "otro lado" compararlos con el texto definitivo. Así, una parte considerable de los discursos se le aparece al lector como una alusión a "una cosa que todo el mundo ignora". Un juicio definitivo no puede formarse más que tras haber recibido todas las resoluciones. Por el momento me limitaré a algunas consideraciones provisionales.

- El congreso ha intentado inaugurar una nueva línea de conducta sin haber acabado con la antigua. Automáticamente ambas han chocado. En muchas cuestiones, puntos de partida oportunistas, revisionistas, han acabado en conclusiones ya oportunistas, ya ultraizquierdistas. El congreso ha cambiado de color un poco en el curso del mes que han durado sus sesiones; ha adquirido un tinte de "izquierda". Las expresiones más oportunistas sobre la estabilización están contenidas en el primer informe de Bujarin. Pero ya al final de las tesis que concluyen este informe se han añadido palabras "sobre la posibilidad de cambios históricos brutales", extraídos, palabra a palabra, de nuestros documentos pero sin aportar ninguna exposición de los motivos que caracterizan a la época imperialista.

A pesar del aflujo de nuevos elementos coloniales, provenientes sobre todo de ultramar, a pesar de otras tendencias frescas que aparecieron en los discursos y propuestas de numerosos delegados, el espíritu general de la dirección del congreso y de sus resoluciones fue el del eclecticismo y el epigonismo.

- Aunque, repito, no poseo todavía el texto definitivo del Programa, está claro desde ahora que las cosas no han ido más allá del disimulo de las partes más descarnadas.

El programa es la consagración del eclecticismo; lleva pues en germen toda una serie de abscesos oportunistas, revisionistas y ultraizquierdistas. Igual que las resoluciones del congreso en general, inaugura un período de potente cambio en el seno de la Internacional Comunista.

- El Congreso ha mantenido fijos sus ojos sobre la Oposición. Se ha celebrado bajo el signo de la defensa, de la defensa contra nosotros. De ahí su carácter particularmente confuso y dubitativo. Prudentemente ha emitido reservas sobre cada cuestión. Quien quería cogía la tesis; quien no quería se servía de la reserva. En la sala de sesiones, la Oposición formaba constantemente uno de los "sectores" más importantes, aunque parece que allí no han estado nuestros representantes. En la cuestión del programa, el delegado de Indonesia, Alfonso, fue el único en hablar netamente en nuestro sentido - La cuestión de la estabilización ha sido juzgada diferentemente en diversos momentos del congreso, siendo de nuevo influenciado ese juicio por nuestra actitud sobre ese punto. Para Europa y América, la estabilización ha sido presentada como "orgánica" y no "ocasional" (Bujarin). Esta posición absurda permite deducir fácilmente conclusiones que rompen con toda la apreciación leninista de la época imperialista (ver el segundo capítulo de mi crítica al Programa). Al mismo tiempo se anuncia que "en china, la

revolución continúa". Quien piense que tras las derrotas sufridas ese país atraviesa un período bastante extendido entre dos revoluciones es un liquidador.

- No se ha entregado ningún programa de reivindicaciones transitorias para el período de la "estabilización orgánica" excepto la consigna de lucha contra la guerra.

- La consigna de "lucha contra la guerra" está planteada de una forma aislada, mecánica, a la manera de Bujarin; se le propone a los partidos "concentrar todas sus fuerzas" en ese combate. Como si hubiese un secreto especial en la lucha contra la guerra que no esté contenido en toda la lucha revolucionaria justa contra la burguesía y su estado.

Bujarin plantea exactamente igual la cuestión de la lucha contra la socialdemocracia. "Hemos aprendido ya muchas cosas, pero no hemos aprendido todavía la lucha contra la socialdemocracia". Como si esta última lucha fuese un "arte" particular, independiente de la línea de conducta revolucionaria exacta.

- Si no se ha dado programa de reivindicaciones transitorias por el contrario la lucha por la toma del poder se retrasa a una lejanía indefinida. Se presenta como una de las tareas más importantes que le incumbe a las secciones comunistas europeas... la lucha por la revolución china. Pero en el presente no hay revolución en China; allí hay ahora una contrarrevolución. No se sabe cuándo renacerá la revolución allí. En Europa igualmente, la perspectiva de una revolución está prácticamente borrada por completo.

- El informe de Kuusinen sobre los países coloniales y semicoloniales tiene el mismo carácter lamentable. El desafortunado simplemente ha regurgitado el menchevismo no digerido. Martynov ha tenido el placer de escucharse a sí mismo, tal y como era hace veinte años. El hecho que el congreso no haya expulsado a Kuusinen de la tribuna con una vieja escoba ya es en sí mismo amenazador.

- La cuestión de los partidos "campesinos" y "obreros y campesinos" se mantiene sin resolver. Nadie se ha atrevido a tocar a la Internacional Campesina. Se han alzado voces a favor de la creación de partidos de ese tipo en los que entrarían los partidos comunistas. Las objeciones, cobardemente limitadas, no tuvieron carácter principista. No sé aún si esta cuestión se ha reflejado de alguna forma en las resoluciones. De hecho, esta es una cuestión de vida o muerte para los partidos comunistas coloniales e incluso para toda la Internacional Comunista.

- La consigna de la "dictadura democrática de los obreros y campesinos" se ha transformado definitivamente en una abstracción suprahistórica para las 4/5 partes de la humanidad (Asia, África, América del Sur). Los debates del congreso, incluso tras las actas depuradas, sosas y repintadas de Pravda, muestran con evidencia que la "dictadura democrática del proletariado y del campesinado" significa la vía del Kuomintang con todas las variaciones históricas posibles.

- Estimo necesario citar aquí al respecto las palabras verdaderamente rejuvenecedoras de Martynov:

"Según la opinión de Bujarin estamos en la India en vísperas de la transformación de la revolución burguesa y democrática en revolución socialista. Pero, sin embargo, eso es lo que Radek había dicho de China. ¿Qué deviene entonces con la lucha contra el imperialismo, con la lucha por la liberación nacional, con la etapa de la dictadura antiimperialista de los obreros y campesinos? Desaparecen".

La lucha contra el imperialismo "desaparece" porque está llevada adelante bajo la dictadura del proletariado. Así, en Rusia, la revolución agraria habría "desaparecido" porque únicamente se habría hecho tras el golpe de estado de Octubre.

- La "Liga Antiimperialista" ha quedado como una especie de super- Kuomintang, una arena en la que los aventureros y arribistas de los países coloniales e imperialistas podrán renovar su reputación en detrimento de los pueblos oprimidos y del proletariado. Es suficiente con leer que uno de los representantes de esta línea (mascarada charlatanesca) es el semiPurcell inglés, Maxton, para el que nuestra "Tass" hace publicidad como antaño por Purcell.

- La revolución china habiendo sido declarada "en vías de continuidad", los jefes se han desembarazado así del deber de ofrecerle al partido comunista de China un programa de acción para el período stolypiano de Chiang Kai-shek que atraviesa China actualmente. Las consignas transitorias más necesarias no han sido avanzadas: expropiación de las tierras pertenecientes a los "propietarios terratenientes", jornada de ocho horas, derogación de los tratados desiguales. La lucha por esas consignas, llevada adelante también en el parlamento (cuando se establezca el parlamento), debe conducir, desde que se reanude la revolución de nuevo, a la creación de soviets y a la batalla por la dictadura del proletariado apoyada por los pobres del campo y de las ciudades. Por el contrario, nuestros héroes "saltan por encima" del período reaccionario en el que China ha entrado e intentan taponar todos los agujeros con la panacea de la dictadura democrática que tiene en ese país un significado netamente reaccionario en el Kuomintang.

- El informe de Manouilsky sólo es resaltable por la personalidad del ponente.

Las cosas avanzarán mucho si se pone en escena a este arlequín al que nadie toma en serio (sus mandatarios menos que el resto) presentándolo como el abogado general, el guardián de la doctrina marxista y de la enseñanza bolchevique. Aquí la lucha contra la Oposición ha caído al nivel de una selección de anécdotas. Es un paso imprudente.

El agrupamiento que ha designado a Manuilsky para defender sus ideas da pruebas de haber llegado a su límite extremo.

- El informe de Varga presenta, pesándolos con prudencia, materiales explicados bajo el punto de vista del "socialismo en un solo país" pero de forma que no se hace enteramente responsable de esta teoría. Varga está teóricamente mucho más educado como para no comprender que toda esta concepción no se mantiene en pie.

Cuando yo estaba en Berlín, en la primavera de 1926, Varga me dijo literalmente lo siguiente en presencia de Lapinsky y Krestinsky:

"Evidentemente, esta teoría es falsa, pero le da al obrero ruso una perspectiva de futuro y sostiene su moral. Si este obrero estuviese suficientemente desarrollado como para entusiasmarse con perspectivas de futuro internacional no necesitaríamos la teoría del socialismo en un solo país. Con una palabra, es una piadosa mentira de cura, pero es la salvación."

En la Internacional Comunista, Varga es un teórico a la Polonius (de Hamlet). Esta dispuesto a demostrar teóricamente que las nubes del horizonte se parecen a un camello tanto como, también, a un pez, e incluso, si ello le place al príncipe, al "socialismo en un solo país" y en general a lo que se quiera. La Internacional Comunista posee ya todo un ejército de Polonius de esta índole.

Las tesis constatan "una bolchevización y una consolidación interna" de los partidos de la Internacional Comunista y "la supresión de la lucha interna". A la espera de ello, el congreso (incluso cuando se lo examina a través de la reja de la censura de los redactores) ofrece un cuadro que tiene absolutamente otro carácter. Se desarrolla una lucha violenta y sorda en toda la línea. En el congreso han manifestado su existencia

agrupamientos fracciónales, pequeños y grandes, en las delegaciones de Alemania, Inglaterra, Polonia, los Estado Unidos, Rumania, Yugoslavia, *etc.* La delegación de la URSS no es, naturalmente, una excepción; por el contrario, es la que traslada la escisión a los otros partidos. En una infinitud de discursos, se han podido escuchar quejas sobre la áspera batalla de fracciones "que no se justifica por grandes divergencias políticas".

- ¿Pero nadie se molesta en preguntarse por qué la "lucha fracciona!" "devora" a la "Internacional Comunista consolidada internamente"? La respuesta, sin embargo, es clara. Actualmente la Internacional Comunista se apoya en el bloque de la derecha y del centro o, para hablar más exactamente, en la fracción oportunista. La situación en la URSS y el régimen de la Internacional Comunista han retrasado el desarrollo de las divergencias de opinión de esos agrupamientos, mientras que la lucha de clases hacía esta coalición, desgarrada por todas partes, insoportable. De ahí proviene la áspera lucha fraccional en ausencia de "importantes divergencias políticas".

- En el congreso se habló más de una vez de la integración de la socialdemocracia en el estado capitalista. Incontestablemente la burocracia socialdemócrata y sindical se ve forzada, a causa de la situación de las capas pequeño burguesas cogidas entre la burguesía imperialista y el proletariado, a cargar en todos los momentos críticos, en todas las cuestiones importantes, con las responsabilidades directas del estado burgués. Pero por ello mismo la burocracia socialdemócrata prepara las posiciones de una nueva capa pequeño burguesa.

Esas posiciones están ocupadas en parte por la socialdemocracia de izquierda y, en su mayor parte, por el ala derecha de la Internacional Comunista. En China y en Inglaterra hemos visto esto bajo la forma clásica más acabada. Pero las mismas tendencias existen también en otros países. Es el partido comunista de la URSS el que forma la base de esta situación.

En los agrupamientos centristas de izquierda de la Internacional Comunista vemos frecuentemente un cuadro deformante de las tendencias proletarias que no llegan a expresarse legalmente bajo el actual régimen, ante la destrucción automática de la Oposición.

La diferenciación de las tendencias proletarias y pequeño burguesas en la Internacional Comunista es absolutamente inevitable e inminente.

- En esto de aquí arriba es donde se injertan las tesis concernientes a la "victoria sobre la Oposición trotskysta". Ya se ha dicho más arriba que todo el congreso se ha desarrollado bajo el signo de la defensa contra nosotros. Ya hemos retomado el ataque en el dominio de las ideas en todo el frente internacional. Unicamente imbéciles sin remedio pueden imaginarse (y burócratas hipócritas pueden confirmarlo) que las resoluciones del VI congreso, aprobando las del XV Congreso del partido comunista de la URSS, significan "el fin de la Oposición". El fin está todavía muy lejano. La Oposición no ha hecho más que comenzar.

- Esta resolución realiza una piadosa tentativa para pegarnos al grupo de los aventureros de Suhl que, con obreros engañados, han pasado de la Oposición a la socialdemocracia. No explicaré aquí por qué buenos obreros revolucionarios se ven arrastrados en ocasiones a toda suerte de callejones sin salida de los que no pueden salir por sus propios medios; ¡la culpa recae enteramente en la dirección de la Internacional Comunista! Evidentemente, también nos afecta a nosotros indirectamente: hasta el presente no hemos sabido exponer nuestras concepciones lo bastante claramente, lo bastante resueltamente y concretamente adaptándolas a la situación de cada país. Pero una

cosa está clara: cierto grupo que, durante un breve lapso de tiempo, había acudido a nosotros y a nuestros antiguos aliados del Bloque (Zinóviev y compañía), se ha pasado a los socialdemócratas; nosotros no somos ni más ni menos responsables de lo que lo son los jefes del actual régimen de los casos de Smolensk, Artemovsk, Chakhty, etc., que se han producido bajo su dirección.

Si acarreamos con la responsabilidad de que el grupo de Shul haya renegado, nuestros acusadores deben responder por la de la fracción de los Malajovtsy.

- El congreso ha mostrado de nuevo la ineficacia de las apariencias bastas. Atenuando las divergencias de opinión, sirviéndose de un tono peyorativo, uno puede colarse en el Centro Soyouz (Unión Central de Cooperativas de Consumo) pero no en la Internacional Comunista. El restablecimiento de la unidad de la I.C. debe venir precedido de una depuración interna profunda. Los actuales jefes no dirigirán esta depuración, serán sus primeras víctimas. Lo saben muy bien; así como los pacificadores ingenuos no recibirán más que heridas y chichones. ¡Ninguna concesión a la pacificación vulgar! Por el contrario, ¡lucha inquebrantable por el restablecimiento de la unidad revolucionaria de la Internacional Comunista sobre la base de una depuración de principios!

Las profundas divergencias de opinión que desgarran a la Internacional Comunista, y que aparecen incluso a través de las actas censuradas del VI Congreso, prueban que es imposible hablar de nuestro aislamiento. Bajo la presión de los acontecimientos y de nuestra crítica, la sorda lucha de fracciones en todos los partidos se transformará en un combate entre líneas de conducta bien definidas. La del proletariado adoptará nuestras constataciones como las únicas posibles.

He aquí mis impresiones provisionales tras la lectura de las actas de la Pravda.

(Dos) consideraciones suplementarias:

Lo mejor es llevar adelante un trabajo de investigación teórica a partir del texto del programa de la Internacional Comunista a fin de preparar un proyecto de programa verdaderamente marxista para el VII Congreso.

Según el informe de Piátnitski, la Internacional Comunista en su conjunto, exceptuando al partido ruso, cuenta con 583.000 miembros Esta cifra es increíblemente baja. Pero está bastamente hinchada. Aparece que incluye a 100.000 miembros del Partido Comunista de China; pero según los debates uno se da cuenta de que este último ha perdido a sus obreros y que los "100.000" son campesinos contados como miembros del partido en el momento de los movimientos agrarios. Si el Partido Comunista de China ha conservado la cuarta parte de sus miembros aún lo es más. Se puede pensar que el conjunto de los partidos comunistas en el mundo, al margen del partido comunista ruso, no sobrepasa las 400.000 personas.

La organización del trabajo de cara al congreso

29 de septiembre de 1928

Estimados camaradas,

En los últimos tiempos ha circulado, o comienza a circular, una serie de documentos que en su conjunto me parece que puede servir de base para un trabajo más sistemático, más metódico sobre las cuestiones fundamentales, con un reparto de las tareas. Además de los documentos que he dirigido al VI Congreso, y cuyas copias se han expedido a numerosos camaradas para ser transmitidas aún más lejos, pienso en la carta del camaradas Rakovsky al camarada Valentinov sobre los procesos que se han producido tras Octubre en el seno de la clase obrera y del partido, y al trabajo del camarada Lapin sobre la crítica del Proyecto de Programa. Numerosos camaradas ya conocen la carta del camarada Rakovsky y la han estudiado justamente con atención e interés particulares. Le he rogado a mi hijo que envíe, además, esta carta a nuevas direcciones. Actualmente hacemos lo mismo con el artículo del camarada Lapin sobre el programa de la Internacional Comunista. Es un trabajo muy serio y de gran valor que estudia el programa ante todo bajo los aspectos que yo prácticamente no he abordado en mi Crítica.

Pienso que podríamos concentrar nuestro trabajo teórico y de estudio (o como mínimo el esencial) en la crítica, esclarecimiento, enmienda o modificación del texto del Programa adoptado. Según mi parecer, el "objetivo final" de ese trabajo colectivo debería ser la elaboración de un nuevo proyecto de programa verdaderamente marxista a fin de presentarlo en tiempo conveniente al VII Congreso de la IC. El desarrollo concreto, ilustrado por los hechos, de los diversos enunciados del programa, deberá tener el carácter de comentarios científicos serios a adjuntar a ese programa. Los textos mencionados más arriba (documentos dirigidos al congreso, carta de Rakovsky, artículo de Lapin) me parece que pueden servir de punto de partida para el conjunto de ese trabajo.

La disposición del Programa adoptado por el congreso es completamente imperfecta. Pero podríamos ponernos de acuerdo para aceptarla con reservas a fin de que sirva como andamiaje para nuestra construcción. Nos podremos ocupar en último lugar de las cuestiones de arquitectura cuando el contenido material del texto del programa esté perfectamente definido. Cada cuestión, incluso aquellas que tienen un carácter muy particular, que esté formulada en el mismo programa en algunas palabras debe encontrar en nuestro trabajo una base seriamente documentada.

Por supuesto que no tengo en absoluto la intención de limitar todo nuestro trabajo al marco del programa, aunque este último, en el fondo, sea universal. Se pueden examinar por sí mismas determinadas cuestiones particularmente militantes y actuales; no será inútil, sin embargo, controlarlas cada vez confrontándolas al texto del programa o, más exactamente, verificar este último sirviéndonos de esas cuestiones. Pienso que esta forma de abordar nuestro trabajo le dará a nuestra obra la máxima fecundidad.

Señalaré también aquí que en el trabajo del camarada Lapin hay cierto número de puntos que me parecen inexactos, dudosos, o que, al menos, exigirían una discusión complementaria seria. Así, la consigna que propone para Inglaterra del "Labour Party"

de izquierda me parece errónea. La cuestión de los trust y del control obrero exige ser precisada y además muy seriamente discutida. El problema de las "tendencias" de la economía imperialista "hacia el capitalismo de estado" exige un atento trabajo desde el punto de vista de las estadísticas económicas.

Os ruego que reflexionéis sobre esta cuestión y que habléis al resto de camaradas sobre la posibilidad de repartir los temas sin temer demasiado a un paralelismo que es inevitable e incluso, dentro de ciertos límites, útil.

China *y* la Asamblea Constituyente 1

Diciembre de 1928

Desde antes de la insurrección de Cantón (diciembre de 1927) el camarada Trotsky insistía en hacer comprender que la situación revolucionaria estaba perdida a causa de la falsa estrategia adoptada; esta situación estaba agotada; comenzaba una época contrarrevolucionaria: la estrategia del comunismo tenía que adaptarse a esta nueva época. La Asamblea Constituyente devenía una de las consignas del período actual. Esta fórmula encontró objeciones en las mismas filas de la Oposición. La cuestión china tras el VI Congreso, un trabajo del camarada Trotsky (que confiamos en poder editar próximamente) enteramente consagrado al examen de esta cuestión. Publicamos aquí una breve carta centrada en este problema.

Determinados camaradas, completamente solidarios con mi punto de vista en la estimación de las fuerzas que animan a la revolución china y en la apreciación de las perspectivas de esta revolución, presentan objeciones contra la consigna democrática de la Asamblea Constituyente. Naturalmente que esta divergencia de puntos de opinión no tiene la misma importancia, desde el punto de vista de los principios, que el problema de la evaluación de las tendencias principales y fuerzas de la revolución. Sin embargo, en determinado período, esta cuestión puede adquirir una enorme importancia, como fue el caso de los bolcheviques respecto a la actitud a observar hacia la tercera Duma. Para gran asombro por mi parte, uno de los camaradas, criticando la consigna de Asamblea Constituyente, percibe en ella, de forma absolutamente seria, una maniobra que yo estaría realizando con el objetivo de "engañar" a la burguesía china. Por ello, este camarada, eleva contra mí un extracto recogido en mi Crítica del Programa de la Internacional Comunista que comienza con las siguientes palabras: "no se puede engañar a las clases..." *etc.* Hay aquí un patente malentendido de la mayor importancia. Todo lo esencial relacionado con la significación política de la consigna de Asamblea Constituyente para China está dicho en mi trabajo La cuestión china después del VI Congreso. No lo repetiré aquí.

Si se busca en la Crítica del Programa qué base de argumentación teórica general se le ha dado a esta consigna se encontrará en el capítulo relativo a "Particularidades esenciales de la estrategia en la época revolucionaria y papel del partido" que dice:

"Si no se comprende de una manera amplia, generalizada, dialéctica, que la actual es una época de cambios bruscos, no es posible educar verdaderamente a los jóvenes partidos, dirigir juiciosamente desde el punto de vista estratégico la lucha de clases, combinar exactamente sus procedimientos tácticos ni, sobre todo, cambiar de armas brusca, resuelta, audazmente ante cada nueva situación."

Uno de mis críticos declara: "la consigna de la abolición de los Du- Dziuns y la unidad de China bajo el poder de los soviets es la que sigue siendo justa". En cuanto a la de la Asamblea Constituyente, ésta sería "inaceptable". Me pregunto por qué. Si se considera que la Resolución del Plenario de febrero de 1928 del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista está en lo cierto al declarar que "es justo continuar orientándose hacia la insurrección", entonces, evidentemente, hay que admitir también la justeza de la consigna de los soviets. Pues hay que ser lógicos. Pero consideraba, y sigo haciéndolo, que proclamar en febrero de 1928 un curso insurreccional era la locura más criminal que

se pudiese imaginar. Mucho antes de febrero, la contrarrevolución en China superaba a la clase obrera y al partido. En La cuestión china después del VI Congreso establecí claramente los principales jalones cronológicos del cambio de la situación en China basándome en hechos y documentos indiscutibles. Ese país atraviesa actualmente no una revolución sino una contrarrevolución. En el curso de semejante período, la consigna de los soviets no puede tener sentido más que para cuadros restringidos preparándolos para la tercera revolución china, en el futuro. Esta preparación tiene evidentemente una enorme importancia. Para hacerla, la consigna de los soviets debe ir acompañada de la de la lucha del proletariado por su dictadura a la cabeza de todas las masas pobres de la población y, ante todo, de los campesinos pobres. Pero, junto a la preparación, con la teoría y la propaganda, de cuadros revolucionarios para la revolución futura, todavía queda en pie la cuestión de movilizar a las milicias obreras lo más extendidas posible para participar activamente en la vida política del período que atravesamos. Actualmente el país está administrado por una dictadura militar que sirve a las esferas superiores de la burguesía y a los imperialistas extranjeros. Esta dictadura, habiéndose instalado recientemente después de la lucha revolucionaria (que, vergonzosa y criminalmente, hemos perdido), no puede ser estable aún. Busca solamente serlo estableciendo el "régimen transitorio" de las Cinco Cámaras de Sun Tat-sen. La invención absurda y reaccionaria de éste (que se airea entre nosotros sin gran sentido crítico, incluso en una época en la que sus ideas ralentizan sobre todo el desarrollo revolucionario de China), esta fantasía de filisteo, deviene un instrumento que le sirve de camuflaje "nacional", "constitucional", al régimen fascista, es decir a la dominación militar del partido centralizado del Kuomintang, representando bajo su aspecto más concentrado, los intereses del capital. Por ello mismo, las cuestiones del régimen político y del estado están a la orden del día en China. Esos problemas, inevitablemente, interesan a vastos medios obreros. En una situación que no es revolucionaria es imposible dar otras respuestas a esas cuestiones al margen de las consignas y fórmulas de la democracia política.

Cuando el movimiento de masas progresa, en presencia de circunstancias de crisis revolucionaria general, los soviets, que crecen a causa de ese movimiento y que recogen las necesidades corrientes, devienen una forma natural, comprensible, próxima al punto de vista "nacional" de la unidad de las masas, y ayudan al partido a atraer a estas masas a la insurrección. Pero ¿qué significaría ahora la consigan de soviets bajo las actuales condiciones de China? No olvidéis que allí no hay ninguna tradición soviética. Podría haber existido incluso bajo la eventualidad de una derrota. Pero no existe. La causa de ello es la dirección reaccionaria de Stalin-Bujarin. La consigna de soviets, si no crece a través de un movimiento de las masas e incluso no se apoya en la experiencia del pasado, se corresponde a un llamamiento árido; haced como en Rusia, es decir la consigna de la revolución socialista bajo fu forma más pura, más abstracta y absoluta. Hay que propagar los soviets para que el proletariado y los campesinos conquisten el poder por medio de la insurrección. Pero, hoy en día, hay que oponerle al mecanismo fascista del Kuomintang las consignas de la democracia, es decir aquellas que, bajo la dominación de la burguesía, abren el más amplio campo al espíritu de actividad política del pueblo.

La etapa de la democracia tiene una gran importancia en la evolución de las masas. Bajo determinadas condiciones, la revolución puede permitirle al proletariado ir más allá de esta etapa. Precisamente para facilitar en el futuro esta operación, que ni es sencilla

ni tiene el éxito garantizado de antemano, es preciso utilizar plenamente el periodo interrevolucionario para agotar los recursos democráticos de la burguesía, desarrollando las consignas democráticas ante las grandes masas y obligando a la burguesía a entrar, a cada paso, en contradicción con aquellas. Los anarquistas jamás han comprendido esta política marxista. Los oportunistas que dirigieron el VI Congreso, mortalmente asustados por los frutos de sus trabajos, no lo comprendieron tampoco. Pero nosotros, gracias a dios, no somos ni anarquistas ni oportunistas practicantes de la vergüenza, sino bolchevique- leninistas, es decir dialécticos revolucionarios que han entendido el sentido de la época imperialista y la dinámica de sus brutales cambios.

Alma-Ata, diciembre de 1928

¿Socialismo en un solo país?

1934

"Los países industrialmente más desarrollados no hacen más que poner delante de los países menos progresivos el espejo de su propio porvenir.". Este aforismo de Marx, no basado metodológicamente en la economía mundial en su conjunto sino en un país capitalista tomado como tipo, deviene cada vez menos aplicable a medida que el desarrollo capitalista alcanza a todos los países, independientemente de su suerte precedente y de su nivel económico. Inglaterra prefiguró en su tiempo el futuro de Francia mucho menos que el de Alemania, pero en absoluto el de Rusia o India. Sin embargo, los mencheviques rusos entendían el aforismo condicional de Marx en un sentido absoluto: la Rusia atrasada no debe adelantarse, debe conformarse dócilmente con los modelos hechos. Los liberales también estaban de acuerdo con ese "marxismo".

Otra fórmula de Marx, no menos corriente ("Una sociedad no desaparece nunca antes de que sean desarrolladas todas las fuerzas productoras que pueda contener"), se basa, por el contrario, no sobre un país considerado aisladamente sino en los cambios consecutivos a los regímenes sociales universales (esclavitud, Edad Media, capitalismo). Ahora bien, los mencheviques, habiendo tomado esta tesis desde el punto de vista de un estado aislado, concluyeron que el capitalismo ruso todavía tenía camino por hacer antes de alcanzar el nivel europeo o estadounidense. ¡Pero las fuerzas productivas no se desarrollan en el vacío! No se puede hablar de las posibilidades de un capitalismo nacional dejando a un lado, por una parte, la lucha de clase que se desarrolla sobre esta base y, por otra parte, la dependencia de ese capitalismo en relación con las condiciones mundiales. El derrocamiento de la burguesía por el proletariado procedió de las realidades del capitalismo ruso, y por ese hecho redujo a la nada sus posibilidades abstractas. La estructura de la economía, así como el carácter de la lucha de clases en Rusia, estaban determinados, en un grado decisivo, por las condiciones internacionales. En el plano mundial, el capitalismo había alcanzado un punto en el que cesaba de justificar sus gastos de producción, no en el sentido comercial sino desde el punto de vista sociológico: aduanas, militarismo, crisis, guerras, conferencias diplomáticas y otras plagas, absorben y disipan tanta energía creadora que ya no queda lugar para el bienestar y la cultura, a pesar de todos los logros de la técnica.

El hecho, aparentemente paradójico, que la primera víctima de los vicios del sistema mundial haya sido la burguesía de un país atrasado cae en realidad completamente dentro de la lógica de las cosas. Marx ya señalaba la explicación para su época: "Es natural que en las extremidades del cuerpo burgués se produzcan estallidos violentos antes que en el corazón, pues aquí la posibilidad de compensación es mayor que allí." Bajo las monstruosas cargas del imperialismo antes que nada tenía que caer el estado que todavía no había podido acumular un gran capital nacional pero al que la competencia mundial no le concedía ningún descuento. El crac del capitalismo ruso fue un derrumbe local en la estructura social universal. "Sólo se puede juzgar exactamente a nuestra revolución desde el punto de vista internacional" decía Lenin.

Al fin de cuentas no hemos explicado la revolución de octubre por el estado atrasado de Rusia sino por la ley del desarrollo combinado. La dialéctica histórica no conoce en absoluto estados pura y simplemente atrasados, tampoco situaciones de

progreso químicamente puro. Todo consiste en reciprocidades concretas. La historia contemporánea de la humanidad está llena de "paradojas", no siempre tan grandiosas como el nacimiento de una dictadura proletaria en un país atrasado pero de un carácter histórico análogo. El hecho que estudiantes y obreros de la china atrasada asimilen ávidamente la doctrina materialista, mientras que los líderes obreros de la Inglaterra civilizada crean en la magia de las fórmulas de conjuración eclesiásticas, prueba indudablemente que China ha superado a Inglaterra en determinados dominios. Pero el menosprecio de los obreros chinos hacia la estupidez medieval de Mac Donald no permite concluir que China, en su desarrollo general, sea superior a gran Bretaña. Por el contrario, la preponderancia económica y cultural de esta última puede expresarse mediante cifras precisas. No obstante, por elevadas que éstas sean, ello no impedirá que los obreros de China puedan llegar al poder más pronto que los de Gran Bretaña. Por otra parte, la dictadura del proletariado chino no significará en absoluto la edificación del socialismo en los límites de la Gran Muralla china. Los criterios escolares, de un obtuso pedantismo o de un nacionalismo demasiado estrecho, no valen nada para nuestra época. Lo que ha arrancado a Rusia de su estado atrasado y de la barbarie asiática es la evolución mundial. Si se hace abstracción de sus vías complicadas tampoco se pueden entender sus destinos ulteriores.

Las revoluciones burguesas estaban dirigidas, a igual título, contra las relaciones feudales de propiedad y contra el particularismo de las provincias. Las banderas de la emancipación anunciaban, junto al liberalismo, el nacionalismo. Los occidentales hace mucho tiempo que dejaron de usar esos patucos de niño. Las fuerzas productivas de nuestro tiempo han superado no solamente las formas burguesas de propiedad sino, también, los límites de los estados nacionales. El liberalismo y el nacionalismo han devenido, en igual medida, trabas a la economía mundial. La revolución proletaria se yergue tanto contra la propiedad privada de los medios de producción como contra la parcelación nacional de la economía mundial. La lucha de los pueblos de oriente por la independencia se inserta en ese proceso mundial para confundirse enseguida con él. La creación de una sociedad socialista nacional, si es realizable, señalaría una extrema decadencia de la potencia económica del hombre; pero precisamente por ello no es realizable. El internacionalismo no es un principio abstracto, es la expresión de un hecho económico. Igual que el liberalismo era nacional, el socialismo es internacional. Partiendo de la división mundial del trabajo, el socialismo tiene como tarea llevar al más alto grado el intercambio internacional de bienes y servicios.

Jamás, ni en ninguna parte, la revolución ha coincidido íntegramente, ni puede coincidir, con la imagen que de ella se hacían sus combatientes. No obstante ello, las ideas y los objetivos de los participantes en la lucha son un elemento muy importante de aquella. Esto es particularmente cierto para insurrección de octubre, pues jamás en el pasado se acercó tanto a la idea que se hacían los revolucionarios de una revolución como lo hizo la realidad de los acontecimientos en 1917.

Un estudio sobre la revolución de octubre quedaría inacabado si éste no respondiese, con toda la precisión histórica posible, a este interrogante ¿cómo, bajo el fuego de los acontecimientos, se presentaba el partido a sí mismo el desarrollo ulterior de la revolución y qué esperaba de ella? La pregunta adquiere una importancia tanto mayor si se tiene en cuenta que las jornadas del pasado están más obscurecidas por el juego de nuevos intereses. La política siempre busca un apoyo en el pasado, y si no lo obtiene de buen grado lo arranca frecuentemente a la fuerza. La política oficial de la Unión Soviética

parte de la teoría del "socialismo en un solo país" como de un pretendido punto de vista tradicional del Partido Bolchevique. Las jóvenes generaciones, no solamente las de la Internacional Comunista sino probablemente también las de todos los otros partidos, se han educado en la convicción que el poder soviético se conquistó en nombre de la edificación de un régimen socialista independiente en Rusia.

La realidad histórica no tiene nada que ver con ese mito. Hasta 1917 el partido no admitía en general la idea de que en Rusia pudiese cumplirse una revolución proletaria antes que fuera realizada en occidente. En la Conferencia de Abril (1917), por primera vez y bajo la presión imperiosa de las circunstancias, el partido admitió que el problema era conquistar el poder.

Este reconocimiento, que abría un nuevo capítulo en la historia del bolchevismo, no tenía, sin embargo, nada en común con la perspectiva de un socialismo independiente. Por el contrario, los bolcheviques rehusaban categóricamente la idea caricaturesca que les querían asignar los mencheviques: la idea de edificar un "socialismo campesino" en un país atrasado. La dictadura del proletariado en Rusia era para los bolcheviques un puente hacia la revolución en occidente. El problema de la transformación socialista de la sociedad, en su misma esencia, se declaraba internacional.

Sobre esta cuestión esencial no se produjo un giro de 180 grados hasta 1924. Se declaró por primera vez que la edificación del socialismo era completamente realizable dentro de los límites de la Unión Soviética, independientemente del desarrollo del resto de la humanidad, siempre que, al menos, el poder soviético no fuera derribado por una intervención militar. La nueva teoría adquirió de golpe un efecto retroactivo. Si en 1917 el partido no hubiese creído en la posibilidad de edificar un régimen socialista independiente en Rusia (declaraban los epígonos) no hubiese tenido derecho a tomar el poder en sus manos. En 1926, la Internacional Comunista condenó oficialmente a quienes no reconociesen la teoría del socialismo en un solo país, extendiendo esa condena a todo el pasado a partir de 1905.

Desde entonces fueron catalogadas como antibolcheviques tres órdenes de ideas: negar la posibilidad de supervivencia de la Unión Soviética durante un tiempo indeterminado en medio del cerco capitalista (problema de la intervención militar); negar su capacidad para superar, con las propias fuerzas del país y dentro de los limites nacionales, el antagonismo de la ciudad y el campo (problema de un estado económicamente atrasado y problema del campesinado); negar la hipótesis de la edificación de un régimen socialista cerrado (problema de la división mundial del trabajo). Según la nueva escuela, la inmunidad de la Unión Soviética se puede asegurar, incluso sin revolución en los otros países, por la "neutralización de la burguesía". La colaboración del campesinado en la edificación socialista debe considerarse como ya adquirida. La dependencia en relación con la economía mundial queda anulada por la revolución de octubre y por los logros económicos de los soviets. No reconocer esos tres puntos es adherirse al "trotskysmo", es decir a una doctrina incompatible con el bolchevismo.

El estudio histórico llega aquí al problema de una reconstitución ideológica: es indispensable separar los verdaderos objetivos y opiniones del partido revolucionario de la sedimentación política que los recubrió después. Sea cual sea la brevedad de los períodos que se han sucedido, ese problema adquiere un parecido mucho más grande con el desciframiento de los palimpsestos si se tiene en cuenta que las maquinaciones de la escuela de los epígonos no valen muy a menudo mucho más que las lucubraciones teológicas con las que los monjes de los siglos VII y VIII echaban a perder los pergaminos

y papiros de los clásicos.

Si, en general, en todo el curso de esta obra [Historia de la revolución rusa] hemos evitado obstruir la exposición con numerosas citas, el capítulo presente, y en razón de la naturaleza misma del problema planteado, tendrá que ofrecerle al lector textos auténticos, y en una tal medida que queda excluida la misma idea de una selección artificial. Es indispensable suministrarle al bolchevismo la posibilidad de hablar su propia lengua pues bajo el régimen de la burocracia estalinista se le ha privado de esa posibilidad.

El Partido Bolchevique fue un partido de revolución socialista desde el mismo día de su fundación. Pero consideró que su tarea histórica era, por necesidad, el derrocamiento del zarismo y el establecimiento de un régimen democrático. El contenido social de la revolución debía ser una solución democrática de la cuestión agraria. La revolución socialista se postergaba para un futuro bastante lejano, en cualquier caso indeterminado. Se juzgaba que era incontestable que esa revolución sólo podría estar al orden del día tras la victoria del proletariado en occidente. Esas deducciones, forjadas por el marxismo ruso en la lucha contra el populismo y el anarquismo, entraban en el arsenal del partido. Le seguían consideraciones hipotéticas: en el caso en que la revolución democrática alcanzase en Rusia un potente ímpetu podría darle un impulso directo a la revolución socialista en occidente, y a continuación ello le permitiría al proletariado ruso llegar al poder a marchas forzadas. La perspectiva histórica general no se modificaba incluso ni en el caso más favorable: sólo había aceleración en el desarrollo y se reducían los plazos.

En septiembre de 1905 Lenin escribía, precisamente dentro del espíritu de esas consideraciones: "De la revolución democrática pasaremos enseguida, y precisamente en la medida de nuestras fuerzas, de las fuerzas del proletariado con consciencia de clase y organizado, a la revolución socialista. Estamos a favor de una revolución ininterrumpida [permanente]. No nos quedaremos a mitad camino." Por sorprendente que sea el hecho, Stalin se sirvió de estas líneas para aplastar el viejo pronóstico del partido sobre la marcha real de los acontecimientos en 1917. Sólo que no se comprende por qué los cuadros del partido se vieron cogidos de improviso con las Tesis de Abril de Lenin.

En realidad, la lucha del proletariado por la conquista del poder, según la vieja concepción, sólo tenía que desarrollarse tras la solución de la cuestión agraria en el marco de la revolución burguesa-democrática. Pero la desgracia era que el campesinado, una vez satisfecha su necesidad de tierras, en absoluto sería llevado a apoyar una nueva revolución. Y como la clase obrera rusa, manifiestamente en minoría en el país, no hubiese podido conquistar el poder con sus propias fuerzas, Lenin estimaba como imposible, de forma completamente consecuente, hablar de una dictadura del proletariado en Rusia antes de la victoria del proletariado en occidente.

En 1905, Lenin escribía: "La victoria total de la revolución actual será el fin de la revolución democrática y el comienzo de la lucha decisiva por la revolución socialista. La satisfacción de las reivindicaciones de los campesinos de nuestros días, el aplastamiento completo de la reacción, la conquista de la república democrática, marcarán el fin absoluto del revolucionarismo burgués y aun del pequeñoburgués, será el comienzo de la verdadera lucha del proletariado por el socialismo." Por "pequeña burguesía" se entiende aquí, ante todo, al conjunto del campesinado.

¿De dónde podía venir, pues, la revolución "ininterrumpida" bajo estas condiciones?

Lenin respondía a ello: "Los revolucionarios rusos, que se apoyan en cierto número de generaciones revolucionarias de Europa, tienen el derecho a "soñar" que lograrán realizar con una excepcional plenitud todas las transformaciones democráticas, todo nuestro programa mínimo... Y si se triunfa en este punto entonces... entonces el incendio revolucionario alcanzará a toda Europa... El obrero europeo se levantará a su vez y nos mostrará "cómo se hace esto"; entonces también el levantamiento revolucionario de Europa tendrá su reacción en Rusia y cambiará una época de algunos años de revolución por una época de algunas decenas de años revolucionarios". El contenido independiente de la revolución rusa, incluso en su más alto grado de desarrollo, no supera todavía los límites de una revolución burguesa-democrática. Solamente una revolución victoriosa en occidente podrá abrir la era de la lucha por la conquista del poder incluso por el proletariado ruso. Esta concepción mantuvo en el partido su valor enteramente hasta abril de 1917.

Si se hacen a un lado los aportes episódicos, las exageraciones polémicas y los errores individuales, los debates sobre la cuestión de la revolución permanente durante los años 1905-1917 se reducen a saber no en modo alguno si el proletariado ruso podría construir una sociedad socialista nacional una vez conquistado el poder (ningún marxista ruso dijo ni una palabra sobre ello hasta 1924), sino si aún era posible en Rusia una revolución burguesa efectivamente capaz de resolver la cuestión agraria o si bien para llevar a cabo esta obra sería necesaria la dictadura del proletariado.

¿Sobre qué parte de las antiguas opiniones hizo Lenin una revisión en sus Tesis de Abril? No renunció ni un instante a la doctrina del carácter internacional de la revolución socialista, ni a la idea de que la Rusia atrasada sólo podía adentrarse en la vía del socialismo con la ayuda inmediata de occidente. Pero Lenin proclamó entonces, por primera vez, que el proletariado ruso, precisamente a consecuencia del estado atrasado de las condiciones nacionales, podría llegar al poder más pronto que el proletariado de los países avanzados.

La Revolución de Febrero se mostró impotente para resolver tanto la cuestión agraria como la cuestión nacional. El campesinado y las nacionalidades oprimidas de Rusia tuvieron que apoyar a la revolución de octubre para luchar por las tareas democráticas. El proletariado ruso accedió al poder antes que el proletariado de occidente solamente porque la democracia pequeño burguesa rusa no pudo cumplir la tarea histórica que sí pudo solventar su hermana mayor en occidente. En 1905 el bolchevismo estaba dispuesto a entablar la lucha por la dictadura del proletariado sólo tras haber realizado las tareas democráticas. En 1917 la dictadura del proletariado se instauró porque las tareas democráticas no se habían realizado.

El carácter combinado de la revolución rusa no se agota en ese punto. La toma del poder por la clase obrera suprimía automáticamente la línea de separación entre el "programa mínimo" y el "programa máximo". En la dictadura del proletariado (pero sólo en ella) la transformación de las tareas democráticas en tareas socialistas devenía inevitable, aunque los obreros de Europa no hubiesen tenido entonces todavía tiempo de mostrar "cómo se hace esto".

La inversión de los papeles revolucionarios entre occidente y oriente, por importante que pueda ser para los destinos de Rusia y los del mundo entero, tiene, sin embargo, un significado históricamente limitado. Por lejos que haya corrido adelante la revolución rusa, su dependencia en relación con la revolución mundial no ha desaparecido e incluso no ha disminuido. Las posibilidades de un transcrecimiento de las reformas

democráticas en reformas socialistas están directamente creadas por una combinación de condiciones internas, ante todo por las relaciones recíprocas del proletariado y del campesinado. Pero, en última instancia, los límites de las transformaciones socialistas están determinados por el estado de la economía y la política mundiales. Por muy grande que sea el impulso nacional, éste no da la posibilidad de saltar por encima del planeta.

Al formular su condena del "trotskysmo", la Internacional Comunista ha atacado con una particular virulencia el punto de vista según el cual el proletariado ruso, habiendo tomado la dirección y no habiendo sido apoyado por occidente, "llegará a conflictos... con las amplias masas del campesinado cuyo concurso le estaba asegurado cuando ascendió al poder..." Incluso si se estima que la experiencia histórica ha desmentido enteramente ese pronóstico formulado por Trotsky en 1905, mientras que ni uno de sus críticos actuales admitía la sola idea de la dictadura del proletariado en Rusia, incluso en ese caso, se mantiene como irrefutable un hecho: este es que todos los marxistas rusos, incluyendo a Lenin, consideraban al campesinado como un aliado poco seguro y decepcionante. La verdadera tradición del bolchevismo no tiene nada en común con la doctrina de una armonía preestablecida entre los intereses de los obreros y los campesinos. Por el contrario, la crítica de esta teoría pequeño burguesa siempre fue un elemento extremadamente importante de la lucha que opuso durante largos años a los marxistas y a los populistas.

"La época de la revolución democrática pasará para Rusia [escribía Lenin en 1905] y entonces será ridículo hablar de la "unidad de voluntad" del proletariado y del campesinado..." "El campesinado, en tanto que propietario de tierras, jugará en esta lucha [por el socialismo] el mismo papel traidoramente inestable que juega actualmente la burguesía en la lucha por la democracia. Olvidar esto es olvidar el socialismo, es engañarse a uno mismo y engañar a los demás sobre los verdaderos intereses y objetivos del proletariado."

A fines de 1905, y elaborando para sí mismo un esquema de las relaciones de clases en la marcha de la revolución, Lenin caracterizaba así la situación que debería establecerse tras la liquidación de las propiedades de la nobleza: "... el proletariado lucha ya por la conservación de las conquistas democráticas, con vistas a la revolución socialista. Si el proletariado de Rusia estuviera solo, si no acudiera en su ayuda el proletariado socialista europeo, ésta sería una lucha casi sin esperanzas y su derrota sería tan inevitable como la derrota del partido revolucionario alemán en 1849-1850 o como la derrota del proletariado francés en 1871.

... en esta etapa, la burguesía liberal y el campesinado rico (+en parte el campesinado medio) organizan la contrarrevolución. El proletariado de Rusia más el proletariado europeo organizan la revolución.

En tales condiciones, el proletariado de Rusia puede obtener una segunda victoria. La situación ya no es desesperada. El segundo triunfo puede ser la revolución socialista en Europa.

Los obreros europeos nos mostrarán "cómo se hace esto", y entonces nosotros, juntamente con ellos, haremos la revolución socialista."

Casi en esos mismos días Trotsky escribía: "Las contradicciones en la situación del gobierno obrero de un país atrasado, en el que la aplastante mayoría de la población está compuesta por campesinos, sólo encontrarán solución en el plano internacional, en el terreno de una revolución mundial del proletariado." Stalin citó después, precisamente,

esas palabras para mostrar "todo el abismo que separa a la teoría leninista de la dictadura del proletariado de la teoría de Trotsky". A pesar de una incontestable disimilitud de las concepciones revolucionarias de Lenin y Trotsky en aquel tiempo, en resumidas cuentas la cita prueba justamente, sobre la cuestión de la "inestabilidad traidora" del papel del campesinado, que sus puntos de vista ya coincidían en aquellos lejanos días.

En febrero de 1906, Lenin escribe: "Apoyamos al movimiento campesino hasta el final, pero tenemos que recordar que es el movimiento de otra clase, no de la que puede cumplir y cumplirá la revolución socialista." En abril de 1906 Lenin declaraba: "... la revolución rusa puede triunfar con sus propias fuerzas, pero no puede en ninguna forma mantener y consolidar sus conquistas con sus propias manos. No puede lograrlo si no se produce la revolución socialista en Occidente; sin esa condición, la restauración es inevitable con la municipalización, con el reparto y con la nacionalización, pues en todas y cada una de las formas de posesión y de propiedad, el pequeño propietario constituirá el punto de apoyo de la restauración. Después de la victoria completa de la revolución democrática es inevitable que el pequeño propietario enfrente al proletariado, y lo hará tanto más rápidamente cuanto más pronto se arroje por la borda a todos los enemigos comunes del proletariado y del pequeño propietario, [...] Nuestra república democrática no tiene otra reserva que el proletariado socialista de Occidente."

Bajo combinaciones variadas en la forma, pero invariables en el fondo, esas ideas atraviesan todos los años de la reacción y la guerra. No hay ninguna necesidad de multiplicar los ejemplos. Las concepciones del partido sobre la revolución encontrarían su mayor nitidez y más viva claridad en el fuego de los acontecimientos revolucionarios. Si antes de la revolución los teóricos del bolchevismo ya hubiesen tendido hacia el socialismo en un solo país, esta teoría habría llegado a su completa expansión en el período de la lucha inmediata por el poder. ¿Fue así en realidad? La respuesta la dará 1917.

Volviendo a Rusia tras la insurrección de febrero, Lenin escribía en su carta de despedida a los obreros suizos: "El proletariado ruso no puede con sus solas fuerzas acabar triunfalmente la obra de la revolución socialista. Pero puede [...] facilitar el surgimiento de condiciones para que su aliado más importante, más fiel y más seguro, el proletariado socialista europeo y norteamericano, se lance a la lucha decisiva."

La resolución de Lenin, aprobada por la conferencia de abril, dice esto: "El proletariado de Rusia, que actúa en uno de los países más atrasados de Europa, en medio de una enorme población de pequeños campesinos, no puede proponerse como meta inmediata poner en práctica cambios socialistas." No obstante ceñirse estrechamente en sus líneas iniciales a la tradición teórica del partido, la resolución dio un paso decisivo en una nueva vía. Declaró que la imposibilidad de una transformación socialista independiente de Rusia campesina no daba en ningún caso el derecho a renunciar a la conquista del poder, no solamente con objetivos democráticos sino también en vistas a "una serie de pasos prácticos hacia el socialismo, para lo cual el momento ha madurado", tales como la nacionalización de la tierra, el control de los bancos, *etc.* Las medidas anticapitalistas podrán tener un ulterior desarrollo gracias a las premisas objetivas de la revolución socialista... en los países avanzados más desarrollados. De ahí es precisamente de dónde hay que partir. "Es un error hablar solo de las circunstancias rusas, explica Lenin en su informe, ¿qué problemas se plantearán ante el proletariado ruso en el caso en que un movimiento mundial nos coloque ante la revolución social, he ahí la principal cuestión que se estudia en esta resolución." La cosa está clara: el nuevo punto de

partida en abril de 1917, cuando Lenin logró la victoria sobre el espíritu democrático limitado de los "viejos bolcheviques", ¡dista de la teoría del socialismo en un solo país como el cielo de la tierra!

En cualquier organización del partido, en la capital como en provincias, veremos como de ahí en adelante la cuestión se plantea de la misma forma: en la lucha por el poder hay que recordar que la suerte ulterior de la revolución, en tanto que revolución socialista, vendrá determinada por la victoria del proletariado en los países avanzados. Nadie se opone a esta fórmula; por el contrario, precede los debates como una perspectiva admitida por todos.

En la conferencia del partido en Petrogrado, el 16 de julio, Jaritonov, uno de los que llegaron con Lenin en el "vagón blindado" de los bolcheviques, declaró: "En todas partes decimos que si no hay revolución en Occidente perderemos la partida." Jaritonov no es un teórico; es un agitador medio del partido. En las actas de la misma conferencia se puede leer: "Pavlov recuerda el principio general planteado por los bolcheviques según el cual la revolución rusa sólo florecerá con la condición de recibir el apoyo de una revolución mundial, que sólo es concebible en tanto que revolución socialista..." Decenas y centenares de Jaritonov y Pavlov desarrollan la idea esencial de la Conferencia de Abril. No me viene ahora a la cabeza nadie que protestase contra sus indicaciones o quisiera corregirlas.

El VI Congreso del partido, que se celebró a fines de julio, definía la dictadura del proletariado como la conquista del poder por los obreros y campesinos más pobres. "Sólo esas clases... contribuirán efectivamente al ascenso de la revolución proletaria internacional, que debe liquidar no solamente la guerra sino también la esclavitud del régimen capitalista." El informe de Bujarin descansaba en la idea que la revolución socialista mundial era la única salida a la situación existente. "Si la revolución vence en Rusia antes de que estalle en occidente, deberemos... atizar el incendio de una revolución socialista mundial." En aquellos tiempos no es de una forma muy diferente como Stalin se vio obligado a plantear la cuestión: "Llegará un momento [decía] en el que los obreros levantarán y agruparán en torno a ellos a las capas pobres del campesinado, levantarán el estandarte de la revolución obrera y abrirán la era de la revolución socialista en occidente."

La conferencia de la provincia de Moscú, que sesionó a principios de agosto, nos permite perfectamente lanzar una mirada al laboratorio del pensamiento del partido. En el informe esencial en el que se exponen las decisiones del VI Congreso, Sokolnikov, miembro del Comité Central, dice: "Hay que hacer entender que la revolución rusa debe marchar contra el imperialismo." En el mismo tono se pronunciaron numerosos delegados. Vitolin: "Tenemos que prepararnos para la revolución social que se propagará por Europa occidental." El delegado Belenky: "Si se quiere resolver la cuestión en los marcos nacionales, no tenemos salida. Sokolnikov tiene razón en decir que la revolución rusa sólo vencerá en tanto que revolución internacional... Las condiciones del socialismo en Rusia no están todavía maduras, pero si en Europa comienza la revolución nosotros también marcharemos tras Europa occidental." Stukov: "El principio que la revolución rusa sólo vencerá en tanto que revolución internacional no puede suscitar ninguna duda... La revolución socialista sólo es posible a escala mundial."

Todos están de acuerdo entre ellos en tres puntos: el estado obrero no podrá mantenerse si el imperialismo no es derrocado en occidente; en Rusia las condiciones para el socialismo todavía no están maduras; la tarea de la revolución socialista es

esencialmente internacional. Si, junto a estos puntos de vista, que serán condenados como herejía siete y ocho años más tarde, hubiesen existido en el partido los puntos de vista actualmente reconocidos como ortodoxos y tradicionales, deberían de haber encontrado su expresión en la Conferencia de Moscú, igual que en el congreso del partido que la precedió. Pero ni el ponente ni quienes participaron en los debates, ni los artículos de los diarios, dedican ni una sola palabra a mencionar la existencia en el partido de puntos de vista bolcheviques opuestos a los puntos de vista "trotskystas".

En la conferencia de la ciudad de Kiev, que precedió al congreso del partido, el ponente Gorovitz decía: "La lucha por la salvación de nuestra revolución sólo puede llevarse a escala internacional. Ante nosotros se abren dos perspectivas: si la revolución resulta victoriosa crearemos un estado de transición yendo hacia el socialismo; si no, caeremos bajo el control del imperialismo internacional." Tras el congreso del partido, a comienzos de agosto, Piatakov decía en la nueva conferencia de Kiev: "Desde el principio de la revolución hemos afirmado que la suerte del proletariado ruso depende completamente de la marcha de la revolución proletaria en occidente... Entramos así en la fase de la revolución permanente..." A propósito del informe de Piatakov, Gorovitz, del que acabamos de hablar, declaraba: "Estoy completamente de acuerdo con Piatakov cuando define nuestra revolución como permanente...". Piatakov: "...La única salvación posible para la revolución rusa está en una revolución mundial que dará principio a una transformación social." Pero ¿puede ser que estos ponentes representasen a la minoría? No; nadie les planteó ninguna objeción sobre esta cuestión esencial. En las elecciones de Kiev, tanto uno como otro obtuvieron el mayor número de votos.

Se puede considerar también como absolutamente establecido que, en la conferencia general del partido en abril, en el congreso del partido en julio, en las conferencias de Petrogrado, Moscú y Kiev, se expusieron y confirmaron con votos aprobatorios las mismas ideas que más tarde serían proclamadas incompatibles con el bolchevismo. Mucho más, en el partido no se alzó ni una sola voz que se pudiese interpretar como un presentimiento de la futura teoría del socialismo en un solo país, ni incluso en el grado en el que en los salmos del rey David se descubre una presciencia de los sermones del Cristo.

El 13 de agosto, el órgano central del partido ofrece esta explicación: "... el pasaje de todo el poder a los soviets, aunque no es para nada sinónimo de "socialismo", habría en todo caso quebrado la oposición de la burguesía, y en alianza con las fuerzas productivas existentes y la situación en Europa occidental, habría impuesto una dirección y una transformación de la organización económica en función de los intereses de las masas trabajadoras. Arrojando las cadenas del poder capitalista, la revolución se transformaría en permanente, es decir, continua; habría utilizado su poder, no para perpetuar la ley de la explotación capitalista sino, por el contrario, para destruirla. Sus últimos logros en este campo habrían dependido de los éxitos de la revolución proletaria en Europa. ([...) Tal era y tal es la sola y única perspectiva real para el ulterior desarrollo de la revolución." El autor del artículo era Trotsky, que escribía desde la prisión de Kresty. El redactor en jefe del diario era Stalin. La importancia de esta cita aparece ya por el solo hecho que, hasta 1917, el término "revolución permanente" se empleaba en el Partido Bolchevique exclusivamente para indicar el punto de vista de Trotsky. Algunos años más tarde Stalin declarará: "Lenin luchó contra la teoría de la revolución permanente hasta el final de sus días." En cualquier caso, el mismo Stalin no llevó adelante esa lucha: el artículo apareció sin ninguna observación de la redacción.

Diez días después, Trotsky escribía de nuevo en el mismo diario: "El internacionalismo no es para nosotros una noción abstracta (...) sino un principio práctico profundo y directamente dominante. Para nosotros, los éxitos decisivos y permanentes son inconcebibles sin la revolución europea." Y Stalin todavía no tenía nada que objetar. Mucho más, dos días más tarde él mismo repetía: "¡Que [los obreros y soldados] sepan que solamente en unión con los obreros de Occidente se podrá contar con el triunfo de la revolución en Rusia!" Por "triunfo de la revolución" no se entendía en absoluto la edificación del socialismo (no era cuestión de ello todavía en general) sino solamente la conquista y el mantenimiento del poder.

En septiembre Lenin escribía: "La burguesía predica la inevitable derrota de una comuna en Rusia, es decir, la derrota del proletariado, si éste llegara a conquistar el poder." No hay que asustarse por esos gritos: "habiendo conquistado el poder, el proletariado de Rusia tiene todas las posibilidades de mantenerlo y de conducir a Rusia hasta la victoria de la revolución en Occidente." La perspectiva de la insurrección está aquí determinada con una completa nitidez: mantener el poder hasta el comienzo de la revolución socialista en Europa. Esta fórmula no se lanzó a la buena de Dios; Lenin la retoma día tras otro. El artículo-programa ¿Podrán los bolcheviques retener el poder?, lo resume Lenin en estos términos: "... no hay en el mundo fuerza capaz de impedir que los bolcheviques, si no se dejan asustar y si logran tomar el poder, lo retengan hasta el triunfo de la revolución socialista mundial"

El ala derecha de los bolcheviques reclamaba una coalición con los conciliadores alegando que los bolcheviques "por sí solos" no se sostendrían en el poder. Lenin les replicaba el 1 de noviembre, cuando ya se había producido la insurrección: "Se ha dicho que nosotros solos no podremos mantenernos en el poder, *etc.* Pero no estamos solos. Ante nosotros está Europa entera. Nosotros tenemos que dar el primer paso." Lo que sobresale de una forma particularmente clara del diálogo de Lenin con los bolcheviques de derecha es que ninguna de las partes que mantenían el debate no tuvo ni incluso la idea de una edificación independiente del socialismo en Rusia.

John Reed cuenta como en un mitin en Petrogrado, en la fábrica Obujovsky, un soldado que había vuelto del frente rumano gritaba: "Nos mantendremos con todas nuestras fuerzas hasta que los pueblos del mundo entero se hayan levantado y nos ayuden." Esta fórmula no había caído del cielo y no había sido inventada ni por el soldado anónimo ni por Reed; se la habían inspirado a las masas los agitadores bolcheviques. La voz del soldado regresado del frente rumano era la voz del partido, la voz de la revolución de octubre.

La Declaración de los derechos del pueblo trabajador y explotado (programa de estado presentado en nombre del poder soviético a la Asamblea Constituyente) proclamaba que la tarea del nuevo régimen era "el establecimiento de una organización socialista de la sociedad y la victoria del socialismo en todos los países [...] el poder soviético seguirá firmemente ese camino hasta la completa victoria de la insurrección obrera internacional contra el yugo del capital" La Declaración de los derechos, redactada por Lenin, y que hasta el día de hoy no ha sido derogada, transformó la revolución permanente en una ley fundamental de la República de los Soviets.

Si Rosa Luxemburg, que desde el fondo de su prisión seguía con una atención apasionada y crítica las obras y palabras de los bolcheviques, hubiese descubierto cualquier matiz de socialismo nacional hubiera hecho sonar la alarma inmediatamente. En aquellos días ella criticaba muy severamente (en lo esencial de forma errónea) la política de los

bolcheviques. Y sin embargo he aquí lo que escribía a propósito de la línea general del partido: "El hecho de que los bolcheviques basasen toda su política en la revolución mundial del proletariado constituye precisamente la más esplendorosa expresión de su clarividencia política y de la firmeza de sus principios, de la audacia de su política."

Estos son, precisamente, los puntos de vista que Lenin desarrollaba cotidianamente , que se manifestaban en el órgano central del partido (redactor en jefe Stalin), que inspiraban los discursos de los agitadores, grandes y pequeños, que eran asumidos por los soldados del frente de sectores lejanos, que Rosa Luxemburg consideraba como la mayor prueba de la clarividencia política de los bolcheviques; esos puntos de vista son, precisamente, los que la burocracia de la Internacional Comunista condenó en 1926. "Los puntos de vista de Trotsky y de sus partidarios sobre la cuestión fundamental del carácter y de las perspectivas de nuestra revolución, [se dice en una decisión del VIII plenario de la Internacional Comunista] no tienen nada en común con los puntos de vista de nuestro partido, con el leninismo". Así es como los epígonos del bolchevismo zanjan sus cuentas con su propio pasado.

Si, efectivamente, algunos combatieron en 1917 la teoría de la revolución permanente fueron los cadetes y los conciliadores. Miliukov y Dan denunciaban las "ilusiones revolucionarias del trotskysmo" como la causa principal de la debacle de la revolución de 1905. En su discurso de apertura de la Conferencia Democrática, Chjeídze estigmatizaba la tentativa de "extender el incendio de la guerra capitalista dándole a la revolución un carácter socialista mundial." El 13 de octubre, Kerensky decía en el preParlamento: "En la hora actual no hay enemigos más peligrosos de la revolución, de la democracia y de todas las conquistas de la libertad, que aquellos que... bajo la voluntad aparente de profundizar la revolución y de transformarla en una revolución social permanente, pervierten y, parece ser, ya han pervertido a las masas..." Chjeídze y Kerensky eran adversarios de la revolución permanente por la misma razón por la que eran enemigos de los bolcheviques.

En el II Congreso de los Soviets, en el momento de la toma del poder, Trotsky decía: "Si los pueblos insurreccionales de Europa no aplastan el imperialismo, nosotros seremos aplastados; eso está más allá de toda duda. O bien la Revolución Rusa desencadena la vorágine de la lucha en occidente, o bien los capitalistas de todos los países aplastarán nuestra revolución." "¡Hay una tercera vía!" gritó alguien desde el auditorio. ¿Puede ser que la interrupción proviniese de Stalin? No, provenía de un menchevique. Hicieron falta algunos años más para que los bolcheviques descubriesen la "tercera vía".

Bajo la influencia de innumerables repeticiones en la prensa estalinista mundial, parece casi establecido, por los círculos políticos más diversos, que en la base de las disensiones concernientes a Brest-Litovsk habrían dos concepciones: una que partía de la posibilidad no solamente de mantenerse en el poder sino, también, de edificar el socialismo con las fuerzas internas de Rusia; otra que contaba exclusivamente con la insurrección en Europa. En realidad esta oposición de tesis sólo se estableció algunos años más tarde, y los autores de esta invención no se molestaron siquiera en ponerla de acuerdo, al menos aparentemente, con los documentos históricos. Es cierto que hubiese sido difícil hacerlo: todos los bolcheviques, sin excepciones, estimaban también durante el período de Brest que si la revolución no estallaba en Europa lo más rápidamente posible la república soviética estaba condenada a su pérdida. Unos fijaban su estimación en algunas semanas, otros en algunos meses, nadie contaba con años.

"Desde el principio de la república rusa [escribía Bujarin el 28 de enero de 1918]

el partido del proletariado revolucionario declaró: o bien la revolución internacional, desatada por la revolución rusa, ahogará a la guerra y al capital, o bien el capital internacional ahogará a la revolución rusa." Pero Bujarin, que en aquellos días estaba a la cabeza de los partidarios de una guerra revolucionaria contra Alemania, ¿no atribuía acaso las opiniones de su fracción a todo el partido? Por natural que sea esta suposición está enteramente refutada por los documentos.

Las actas del Comité Central de 1917 y de principios de 1918, publicadas en 1929, a pesar de sus lagunas y de su presentación tendenciosa, ofrecen también sobre esta cuestión indicaciones inapreciables "Sesión del 11 de enero de 1918. El camarada Serguev (Artem) señala que todos los oradores están de acuerdo en este punto: nuestra república socialista está amenazada de desaparición si no se produce revolución socialista en Occidente." Serguev se mantenía en la posición de Lenin, es decir que era partidario de la firma del tratado de paz. A Serguev no se le planteó ninguna objeción. Los tres grupos en desacuerdo llamaban, a quién más de todos, a una premisa común: sin revolución mundial no nos mantendremos.

Stalin aportó, ciertamente, una nota particular a los debates: motivó la necesidad de firma la paz separada diciendo que "no hay movimiento revolucionario en occidente, de hecho no hay nada, solamente hay una revolución en potencia y no podemos contar con un acontecimiento potencial". Muy lejos aún de la teoría del socialismo en un solo país, con esos términos manifestó sin embargo con nitidez su desconfianza orgánica frente al movimiento internacional. "¡No podemos contar con un acontecimiento potencial!" Lenin se desmarcó inmediatamente de "algunos puntos" del apoyo que le aportó Stalin: que la revolución en occidente no había comenzado todavía era justo; "sin embargo, si por este motivo modificamos nuestra táctica seremos traidores al socialismo internacional". Lenin era partidario de una paz inmediata por separado, no porque no creyese en absoluto en un movimiento revolucionario en occidente, y menos todavía porque creyese en la vitalidad de una revolución rusa aislada: "Lo que nos importa, es sostenernos hasta la aparición de una revolución socialista general, y no podemos llegar a lograrlo más que tras haber concluido la paz." El sentido de la capitulación de Brest se resumía para Lenin en estos términos: "Una pausa para respirar."

Las actas prueban que tras la advertencia de Lenin, Stalin buscó una ocasión para reajustar su punto de vista: "Sesión del 23 de febrero de 1918.
El camarada Stalin... Nosotros también apostamos por la revolución, pero vosotros contáis con semanas y nosotros con meses." Stalin retoma aquí literalmente la fórmula de Lenin. La distancia que separa a las dos alas en el seno del comité central sobre la cuestión de la revolución mundial es una evaluación en semanas o meses.

Defendiendo en el VII Congreso del partido, en marzo de 1918, la firma de la paz de Brest, Lenin decía: "Es una lección porque es una verdad absoluta que sin una revolución alemana estamos perdidos. Quizá tengamos que replegarnos, no a Petrogrado ni a Moscú, sino a Vladivostok o a lugares aún más lejanos, [...] Pero de todos modos y con todas las peripecias posibles e imaginables, si la revolución alemana no llega, estamos perdidos." Sin embargo no se trataba solamente de Alemania. "El imperialismo internacional, el poderío de su capital, con su máquina militar altamente organizada, que representa una verdadera fuerza, un verdadero baluarte del capital internacional, en ningún caso, en ninguna situación, podía vivir al lado de la República Soviética [...] Aquí el conflicto es inevitable. Aquí reside la mayor dificultad de la revolución rusa, su problema histórico más grande: la necesidad de resolver los problemas internacionales,

la necesidad de llamar a una revolución mundial, la necesidad de realizar el paso de nuestra revolución, como revolución limitadamente nacional, a la revolución mundial." En una resolución secreta que se adoptó se dice: "El Congreso considera que la única garantía segura del afianzamiento de la revolución socialista triunfante en Rusia es su transformación en revolución obrera mundial."

Algunos días después, Lenin presentaba un informe en el Congreso de los Soviets: "El imperialismo mundial y junto a él la marcha victoriosa de la revolución social no pueden marchar juntos." El 23 de abril decía en la sesión del Soviet de Moscú: "Nuestro atraso nos impulsó adelante, y si no sabemos resistir hasta que llegue el vigoroso apoyo de los obreros que se han alzado a la insurrección en otros países, pereceremos." En mayo de 1918, el mismo Lenin escribía: "... el proletariado tiene razón cuando afirma que es necesario retroceder, así sea hasta los Urales (ante el imperialismo occidental y oriental), porque no tenemos fuerzas, pues en ello reside la única posibilidad de ganar tiempo mientras madura la revolución en occidente".

Lenin se daba perfectamente cuenta de que los aplazamientos de las negociaciones en Brest agravaban las condiciones de la paz. Pero colocaba los problemas de la revolución internacional por encima de los problemas "nacionales". Lenin, a pesar de los desacuerdos episódicos con Trotsky a propósito de la firma de la paz, dice el 28 de junio de 1918 en la Conferencia de Moscú de los Sindicatos: "Cuando se iniciaron las negociaciones de Brest, resonaron en el mundo las revelaciones del camarada Trotsky, ¿y acaso esta política no condujo a que en un país enemigo, complicado en una terrible guerra imperialista con otros gobiernos, nuestra política produjera no ira, sino la simpatía de las masas populares?" Ocho días después, en un informe del Consejo de Comisarios del Pueblo al V Congreso de los Soviets, Lenin volvió sobre la misma cuestión: "Después de cumplir nuestro deber ante todos los pueblos [...] por intermedio de nuestra delegación de Brest encabezada por el camarada Trotsky" Un año más tarde, Lenin lanzaba este llamamiento: "Tropezamos con este hecho en la época de la paz de Brest, cuando el poder soviético colocó a la dictadura mundial del proletariado y a la revolución mundial por encima de todos los sacrificios nacionales, por muy duros que fueran."

"¿Qué importancia [pregunta Stalin, cuando el tiempo ha borrado de su memoria los contornos de ideas que ya no eran muy nítidas], qué importancia puede tener la declaración de Trotsky según la cual la Rusia revolucionaria no podrá sostenerse frente a la Europa conservadora? Sólo puede tener un significado: Trotsky no siente la potencia interna de nuestra revolución."

En realidad, todo el partido presentaba unanimidad en esta convicción de que "frente a la Europa conservadora" la república soviética no podría sostenerse. Pero eso sólo era el reverso de otra convicción según la cual la Europa conservadora no podría sostenerse frente a la Rusia revolucionaria. Bajo una forma negativa se expresaba una inquebrantable fe en la potencia internacional de la revolución rusa. Y, en su conjunto, el partido no se equivocaba. En cualquier caso, la Europa conservadora no resistió íntegramente. Incluso la revolución alemana, traicionada por la socialdemocracia, se vio lo bastante fuerte como para recortarle las garras a Ludendorff y Hoffmann. Sin esta operación, la república soviética probablemente no habría escapado a su pérdida.

Pero incluso tras el hundimiento del militarismo alemán, la apreciación general de la situación internacional no resultó modificada. "Sabíamos que nuestros esfuerzos conduciría inevitablemente a la revolución mundial [decía Lenin en una sesión del Comité

Ejecutivo Central a fines de julio de 1918] Las cosas se presentan ahora de manera tal, que si bien por un lado salimos de la guerra, en cuanto a una coalición, por otro lado experimentamos de inmediato la embestida del imperialismo." En agosto, cuando la guerra civil iluminaba el Volga, con la participación de los checoslovacos, Lenin declaraba en un mitin en Moscú: "Nuestra revolución comenzó como una revolución general y nuestras tareas las cumpliremos con ayuda de los obreros y campesinos del mundo. (...) Los obreros asegurarán la victoria de la República Soviética sobre los checoslovacos y darán la posibilidad de que nos mantengamos hasta que estalle la revolución socialista mundial." Sostenerse esperando a que estalle la revolución en occidente, tal era en otro tiempo la fórmula del partido.

En esos mismos días Lenin escribía a los obreros estadounidenses: "Nos encontramos como en una fortaleza sitiada, esperando que llegue la ayuda de otros destacamentos de la revolución socialista mundial." En noviembre se expresa aún más categóricamente: "Los hechos de la historia mundial demostraron [...] que la transformación de nuestra revolución rusa en socialista, no era una aventura sino una necesidad, pues no había otra alternativa: el imperialismo anglofrancés y norteamericano destruirá inevitablemente la independencia y la libertad de Rusia, si no triunfa la revolución socialista mundial, el bolchevismo mundial." Si hay que atenerse a los términos de Stalin, Lenin evidentemente no siente "la potencia interna de nuestra revolución".

El primer aniversario de la insurrección ya ha pasado. El partido había tenido bastante tiempo para ver claro a su alrededor. Y no obstante ello, en su informe al VIII Congreso del partido, en marzo de 1919, Lenin declaró de nuevo: "No vivimos sólo en un estado, sino dentro de un sistema de estados, y es inconcebible que la República Soviética pueda existir durante mucho tiempo al lado de los Estados imperialistas. En fin de cuentas, deberá triunfar uno u otro."

En el tercer aniversario, que coincidía con el aplastamiento de los blancos, Lenin traía a colación recuerdos y generalizaba: "... si aquella noche se nos hubiese dicho que al cabo de tres años [...] tendríamos esta victoria nuestra, nadie, ni siquiera el optimista más incorregible, lo habría creído. Sabíamos entonces que nuestra victoria sería firme sólo cuando nuestra causa hubiera triunfado en todo el mundo, y cuando comenzamos nuestra obra contábamos exclusivamente con la revolución mundial" No se podría pedir testimonio más irrefutable: en el momento de la insurrección de octubre, "el optimista más incorregible", ¡lejos de soñar con la edificación de un socialismo nacional no creía incluso ni en la posibilidad de una defensa de la revolución sin una ayuda directa del exterior! ".... Depositamos nuestra esperanza en la revolución internacional". Ni el partido ni el Ejército Rojo necesitaban el mito del socialismo en un solo país para asegurar la victoria contra legiones de enemigos durante una lucha de tres años.

La situación mundial se presentó más favorablemente de lo que se podría haber esperado. Las masas manifestaron una excepcional disposición a realizar sacrificios para lograr nuevos objetivos. La dirección utilizó con destreza las contradicciones del imperialismo en el primer periodo, el más difícil. En suma, la revolución mostró una mayor estabilidad de la que hubiesen esperado los "optimistas más incorregibles". Además, el partido conservaba íntegramente su posición internacional de antaño.

"Si no hubiese habido guerra [explicaba Lenin en enero de 1918] constataríamos la unión de los capitalistas del mundo entero: una unión en el terreno de la lucha contra nosotros." "Si pudimos acabar tan fácilmente con las bandas de Kérenski, si instauramos con tanta facilidad el poder en nuestro país, si obtuvimos sin la menor

dificultad decretos sobre la socialización de la tierra y el control obrero; [decía Lenin en el VII Congreso del partido] si todo eso fue tan fácil, se debió sólo a una afortunada combinación de circunstancias que nos protegió del imperialismo internacional por poco tiempo." En abril, Lenin decía en una sesión del Comité Ejecutivo Central: "... hemos logrado una tregua solamente porque en occidente continúa la masacre imperialista, y en el Lejano Oriente la rivalidad imperialista se extiende cada vez más. Unicamente a eso se debe que la República Soviética exista"

La excepcional combinación de circunstancias no durará eternamente. "Acabamos de pasar de la guerra a la paz, decía Lenin en noviembre de 1920, pero no hemos olvidado que la guerra volverá. Mientras subsistan el capitalismo y el socialismo no podremos vivir en paz, uno u otro debe vencer finalmente. Habrá una misa de réquiem o bien por la República Soviética o bien por el imperialismo mundial. Es un plazo en la guerra."

La transformación de la "tregua" primitivamente prevista en período prolongado de equilibrio inestable ha sido posible no solamente por la lucha entre grupos capitalistas sino, también, por el movimiento revolucionario internacional. Bajo la influencia de la insurrección de noviembre en Alemania, las tropas alemanas tuvieron que abandonar Ucrania, las provincias bálticas y Finlandia. La penetración del espíritu de rebelión entre los ejércitos de la Entente obligó a los gobiernos francés, inglés y estadounidense a retirar sus tropas de las costas meridionales y septentrionales de Rusia. La revolución proletaria en occidente no venció pero, en camino hacia la victoria, le sirvió al estado soviético de cobertura durante cierto número de años.

En julio de 1921, Lenin estableció el balance: "Se ha llegado a un equilibrio que, aunque poco sólido, extremadamente inestable, no deja por ello de ser un equilibrio tal que la república socialista puede subsistir, por supuesto que por poco tiempo, rodeada por el cerco capitalista." Así fue como de una semana a otra el partido asimilaba, poco a poco, la idea que el estado obrero podría vivir en paz, durante cierto tiempo, "por supuesto que por poco tiempo", dentro del cerco capitalista.

De forma absolutamente incontestable, de los datos precedentes resulta una deducción no carente de importancia: según la convicción general de los bolcheviques, el estado proletario no podía sostenerse durante mucho tiempo sin una victoria del proletariado en occidente; el programa de la edificación del socialismo en un solo país estaba, por ello, prácticamente excluido; ni se planteaba la cuestión.

Sin embargo sería completamente erróneo creer, como ha intentado sugerir la escuela de los epígonos estos últimos años, que el partido hubiese visto en los ejércitos capitalistas el único obstáculo en la vía del socialismo nacional. La amenaza de una intervención armada estaba puesta, efectivamente, en primer plano. Pero incluso el peligro de guerra no representaba más que la expresión más aguda de la preponderancia técnica e industrial de los países capitalistas. Al fin de cuentas, el problema de reducía al aislamiento de la república soviética y a su estado atrasado.

El socialismo es la organización por la sociedad de una producción racional y armoniosa para la satisfacción de las necesidades humanas. La propiedad colectiva ejercida sobre los medios de producción no es todavía el socialismo; sólo es la condición jurídica previa. El problema del régimen socialista no puede separarse del de las fuerzas productivas que, en la fase actual de la evolución humana, es por esencia de una amplitud mundial. Tal estado devenido estrecho para el capitalismo, es mucho menos capaz de devenir el terreno de un régimen socialista acabado. La condición atrasada de un país revolucionario aumenta para él, además, el peligro de un reflujo hacia el capitalismo. Rechazando la

perspectiva de una revolución socialista aislada, los bolcheviques tenían en vistas no el problema, mecánicamente separado, de la intervención, sino todo el conjunto de las cuestiones que se refieren a la base económica internacional del socialismo.

En el VII congreso del partido, Lenin decía: "Si Rusia marcha ahora, y marcha indiscutiblemente desde su paz "de Tilsit" a un auge nacional..., la salida no está por el lado del estado burgués sino por el de una revolución socialista internacional." Ta es la alternativa: o bien la revolución internacional o bien un reflujo hacia el capitalismo. "No sabemos y no podemos saber cuántas etapas de transición al socialismo habrá. Eso depende de que comience la total revolución socialista europea".

En abril del mismo año, pidiendo que se agrupasen las filas para el trabajo práctico, Lenin escribía: "... sólo en la medida en que seamos capaces de resolver la tarea de organización que tenemos planteada, podremos prestar una ayuda efectiva a la revolución socialista en occidente, que se ha atrasado por una serie de causas." La primera empresa de edificación económica se incluye inmediatamente en el esquema internacional: se trata de "ayudar a la revolución socialista en occidente" y no en absoluto de crear una reino socialista independiente en Oriente.

A propósito de la hambruna inminente Lenin declara a los obreros de Moscú: "En nuestra agitación es necesario... explicar que la calamidad que se ha abatido sobre nosotros es una calamidad internacional que no tiene otra salida más que la revolución internacional." Para vencer la hambruna es necesaria una revolución del proletariado mundial, declara Lenin. Para edificar un régimen socialista es suficiente con una revolución en un solo país, le responden los epígonos. ¡Tal es la amplitud de los desacuerdos! ¿Quién tiene razón? En cualquier caso, no olvidemos que no obstante los éxitos de la industrialización, la hambruna no se ha vencido aún en estos días.

El Congreso de los Consejos de Economía Nacional formulaba en diciembre de 1918 un esquema de la edificación socialista en los términos siguientes: "La dictadura del proletariado mundial deviene históricamente inevitable [...] El desarrollo de toda la sociedad en el mundo, así como también de cada país en particular, está determinado por ello. La institución en los otros países de la dictadura del proletariado, y de una forma soviética de gobierno, hará posible el establecimiento de relaciones económicas muy estrechas entre los países, la división internacional del trabajo en el plano de la producción, con la finalidad de la organización de servicios económicos internacionales." Que semejante resolución haya podido ser votada por un congreso de órganos gubernamentales ante los que se planteaban problemas puramente prácticos (el carbón, los bosques, la remolacha), muestra mejor que nada cómo, durante este período, en la conciencia del partido predominaba sin división la perspectiva de la revolución permanente.

En El ABC del comunismo, manual del partido redactado por Bujarin y Preobrazhensky, y que fue publicado en numerosas ediciones, leemos: "La revolución comunista puede únicamente vencer, como revolución mundial [...] en una situación en la que sólo hay victoria obrera en un solo país, la edificación económica tropieza con enormes dificultades [...] Para la victoria del comunismo se necesita la victoria de la revolución mundial."

Dentro del mismo espíritu, con las mismas ideas, en un folleto popular que ha sido reeditado en numerosas ocasiones por el partido y traducido a lenguas extranjeras, escribía: "...Ante el proletariado ruso se plantea con más agudeza que nunca el problema de la revolución internacional [...] La revolución permanente en Rusia se transforma en una revolución europea del proletariado."

En el famoso libro de Skvortsov Stépanov, La electrificación, aparecido bajo la dirección y con prefacio de Lenin, en un capítulo que éste recomienda muy fervientemente a la atención de los lectores, se dice: "El proletariado de Rusia nunca ha soñado con crear un estado socialista aislado. Un estado "socialista" independiente por sí mismo es un ideal pequeño burgués. No se puede concebir un acercamiento a ese estado en cierta medida si predomina económica y políticamente la pequeña burguesía; buscando aislar del mundo exterior a ese estado, quiere encontrar el medio para consolidar sus formas económicas que, tanto a causa de la técnica como de la economía modernas, han devenido las más inestables." ¡Estas sobresalientes líneas, que indiscutiblemente fueron revisadas por Lenin, arrojan un vivo haz de luz sobre la evolución ulterior de los epígonos!

En las tesis sobre la cuestión nacional y colonial presentadas en el II Congreso de la Internacional Comunista, Lenin definía la tarea general del socialismo como superación de las etapas nacionales de la lucha, como "la tendencia a crear una economía mundial única formando un todo, regulada según un plan general por el proletariado de todas las naciones, tendencia que ya se ha revelado con toda nitidez bajo el capitalismo y que sin duda alguna está llamada a desarrollarse y triunfar bajo el socialismo." En relación con esta tendencia progresista que hereda el socialismo, la idea de un régimen socialista en un solo país constituye por sí misma una reacción.

Las condiciones de la formación de la dictadura del proletariado y las de la edificación del régimen socialista no son ni idénticas ni convergentes y presentan incluso antagonismos en determinados casos. El hecho que el proletariado ruso haya llegado el primero al poder no significa en absoluto que llegará el primero también al socialismo. La disparidad contradictoria de la evolución que lleva a la insurrección de octubre no desaparece con el éxito de esta última; se encuentra en la misma base del primer estado obrero.

En marzo de 1918, Lenin decía: "Cuanto más atrasado es el país que, debido a los vaivenes de la historia, ha sido el que comenzó la revolución socialista, más difícil es para ese país pasar de las viejas relaciones capitalistas a las relaciones socialistas." Esta idea reaparece en los discursos y artículos de Lenin, año tras año. En mayo del mismo año Lenin dice: "... nos fue fácil iniciar la revolución y más difícil continuarla, y por eso en occidente será más difícil comenzar la revolución y más fácil continuarla." En diciembre Lenin desarrolla la misma idea ante una auditorio de campesinos, para los que lo más difícil es dirigir su mirada más allá de las fronteras nacionales: "... en dichos países [occidentales] el paso a la agricultura socialista, el empleo de la técnica agrícola moderna y la unión de la población agrícola se efectuarán con mayor celeridad y facilidad que en nuestro país. Los campesinos trabajadores de Rusia pueden estar seguros ahora de que, en alianza con los obreros urbanos y con el proletariado socialista del mundo entero, superarán todos los infortunios" En 1919 repetía: "...a los rusos les era más fácil comenzar una gran revolución proletaria en comparación con los países avanzados, pero les es más difícil continuarla y llevarla hasta la victoria final, en el sentido de una completa organización del régimen socialista." El 27 de abril de 1920 retomaba esto con insistencia: "Rusia pudo comenzar la revolución socialista mientras que continuarla y llevarla hasta el final le será más difícil que a los países europeos. Ya tuve que señalar, a principios de 1918, esta circunstancia, y una experiencia de dos años ha confirmado la justeza de este juicio..."

Los siglos de la historia muestran en su desarrollo diversos niveles de cultura. Para acabar con el pasado se necesita tiempo, no nuevos siglos pero sí décadas. "Es probable

que ni siquiera la próxima generación, mas evolucionada, logre completar la transición al socialismo", decía Lenin en la sesión del Comité Ejecutivo Central, el 29 de abril de 1918. Casi dos años después, en el congreso de las comunas agrícolas, indica plazos todavía más alejados. "Sabemos que no podemos implantar ahora un orden socialista; quiera Dios que puedan implantarlo en nuestros país nuestros hijos, o quizá nuestros nietos." Los obreros rusos se han puesto en camino antes que los otros, pero llegarán al final más tarde que el resto. Esto no es pesimismo; es realismo histórico.

"... Nosotros, proletariado de Rusia, adelantamos a Inglaterra y Alemania por nuestro régimen político..., [escribía Lenin en mayo de 1918] y, sin embargo, vamos atrasados frente al más atrasado de los estados de Europa occidental... en cuanto al grado de nuestra preparación en el establecimiento material y productivo del socialismo." La misma idea la expresa en un paralelismo entre dos estados: "En 1918 Alemania y Rusia son la encarnación evidente de la realización material de las condiciones económicas, productivas y socioeconómicas del socialismo, por un lado, y de las condiciones políticas, por el otro." Los elementos de la sociedad futura están como dispersos entre diversos países. Reunirlos y subordinarlos unos a otros, he ahí la tarea de una serie de insurrecciones nacionales que se combinan en una revolución mundial.

Lenin ridiculizaba de antemano la idea de un carácter autárquico de la economía soviética: En diciembre de 1920, en el VIII Congreso de los Soviets, Lenin decía: "Mientras nuestra República Soviética sea el aislado confín del mundo capitalista, sería ridículo, fantástico y utópico, pensar en nuestra total independencia". El 27 de marzo de 1922, en el XI Congreso del partido, Lenin lanzaba esta advertencia: "la severa prueba que impondrá la crisis financiera que se aproxima, la prueba impuesta por el mercado ruso y el mercado internacional a los cuales estamos subordinados, con el que es tamos vinculados, del que no podemos aislarnos. Es una prueba severa, ya que en ella podemos ser derrotados, tanto económica como políticamente."

La idea de la dependencia de la economía soviética en relación con la economía mundial está considerada ahora por la Internacional Comunista como "contrarrevolucionaria": ¡el socialismo no puede depender del capitalismo! Los epígonos han cometido la diablura de olvidar que el capitalismo, igual que el socialismo, se apoya en la división mundial del trabajo que debe llegar a su más completa plenitud precisamente bajo el socialismo. La edificación económica en un estado obrero aislado, por importante que sea por sí misma, seguirá siendo incompleta, limitada y contradictoria; no puede alcanzar las alturas de una nueva sociedad armoniosa.

"Un verdadero crecimiento de la economía socialista en Rusia [escribía Trotsky en 1922] sólo será posible tras la victoria del proletariado en los más importantes países europeos." Se han dado a conocer estas palabras para introducirlas en un acta de acusación. Ahora bien, esas palabras expresaban en su tiempo la idea común de todo el partido. "El asunto de la edificación [decía Lenin en 1919] depende completamente de la rapidez con la que la revolución venza en los principales países de Europa. Solamente tras semejante victoria podremos ocuparnos seriamente de la construcción." Tales palabras no expresaban en absoluto desconfianza ante la revolución rusa sino la creencia en la próxima llegada de la revolución mundial. Actualmente también, tras grandes éxitos económicos logrados por la Unión Soviética, sigue siendo justo decir que "un verdadero crecimiento de la economía socialista" sólo es posible sobre la base internacional.

El partido consideraba también bajo el mismo ángulo el problema de la colectivización de la agricultura. El proletariado no puede construir una nueva sociedad sin llevar al

campesinado al socialismo, mediante una serie de grados intermedios, campesinado que constituye una considerable parte de nuestra población, una parte predominante en buen número de países y una amplia mayoría en toda la extensión del globo terrestre. La solución a ese problema, difícil entre nosotros, depende al fin de cuentas de las relaciones cuantitativas y cualitativas establecidas entre la industria y la agricultura; el campesinado se adentrará tanto más voluntariamente y con más éxito en la vía de la colectivización en tanto que reciba de la ciudad una más rica aportación económica y cultural.

¿Existe, sin embargo, una industria suficiente para la transformación de la aldea? Lenin también volvía a llevar ese problema más allá de las fronteras nacionales. En el IX Congreso de los Soviets, Lenin decía: "...si analizamos este problema en escala mundial, vemos que existe una gran industria próspera, capaz de suministrar al mundo todos los artículos (...) En esto basamos nuestros cálculos." La relación entre la industria y la agricultura, infinitamente menos favorable en Rusia que en los países de occidente, sigue siendo hasta ahora la base de crisis económicas y políticas que amenazan en determinados momentos la estabilidad del sistema soviético.

La política de lo que se llamó el "comunismo de guerra", como se deduce de lo que se acaba de decir, no estaba en absoluto calculada para la edificación de un régimen socialista dentro de los límites nacionales. Los mencheviques eran los únicos en ridiculizar al poder soviético atribuyéndole semejantes planes. Para los bolcheviques los destinos ulteriores del régimen espartano impuesto por el desorden y la guerra civil dependían directamente del desarrollo de la revolución en Occidente. En enero de 1919, en pleno comunismo de guerra, Lenin decía: "... defenderemos los principios fundamentales de nuestra política comunista de abastecimientos y los mantendremos intactos hasta que llegue el momento de la victoria definitiva y mundial del comunismo." Lenin se equivocaba junto a todo el partido. Fue necesario modificar la política de aprovisionamientos. Actualmente se puede considerar como establecido que, incluso si se hubiese producido la revolución socialista en Europa en los dos o tres primeros años que siguieron a Octubre, hubiese sido igualmente inevitable un retroceso en la vía de la Nep. Pero si se aprecia retrospectivamente la primera etapa de la dictadura, se ve muy claramente hasta qué punto los métodos del comunismo de guerra y sus ilusiones se enredaban con la perspectiva de la revolución permanente.

A la salida de los tres años de guerra civil, una profunda crisis interna mostró la amenaza de una ruptura directa entre el proletariado y el campesinado y entre el partido y el proletariado. Se necesitaba una revisión radical de los métodos del poder soviético. "... debemos satisfacer al campesinado medio económicamente y llegar a la libertad de intercambio; de otro modo, dado que la revolución mundial se retarda, será imposible (económicamente imposible) mantener el poder del proletariado en Rusia". Pero el paso a la Nep ¿no vino acompañado por una ruptura de principios entre los problemas internos y los problemas internacionales?

Lenin hizo una apreciación de conjunto de la etapa que se abría en sus tesis para el III Congreso de la Internacional Comunista: "Por eso, desde el punto de vista del desarrollo de la revolución proletaria mundial, como un proceso único, la época por la que atraviesa Rusia es significativa como una prueba práctica y una verificación de la política del proletariado en el poder hacia la masa pequeñoburguesa." En la misma definición de los marcos de la Nep suprime pura y simplemente el problema del socialismo en un solo país.

No menos edificantes son la líneas que Lenin trazó para sí mismo durante los días en los que se discutía y elaboraban los nuevos métodos económicos: "10 o 20 años de relaciones regulares con los campesinos y está asegurada la victoria en escala mundial (aun si hay retraso en las revoluciones proletarias, que están creciendo)" El objetivo está indicado: adaptarse a nuevos plazos, a más amplios vencimientos que se pueden necesitar para que madure la revolución en occidente. En ese sentido, y solamente en ese sentido, Lenin expresaba la seguridad de ver salir "de la Rusia de la Nep una Rusia socialista".

Decir que la idea de la revolución internacional no ha sido sometida a una revisión es decir poco; en cierto sentido, ha adquirido ahora una expresión más profunda y neta. En el X Congreso del partido, y para explicar la situación histórica de la Nep, Lenin decía: "Los países capitalistas desarrollados tienen una clase de trabajadores asalariados rurales formada a lo largo de muchas décadas. (...) Sólo en países donde esta clase está suficientemente desarrollada es posible pasar directamente del capitalismo al socialismo, sin necesidad de medidas de transición especiales en todo el país. En muchos trabajos escritos, en todas nuestras intervenciones públicas y en toda la prensa hemos subrayado que este no es el caso de Rusia, que aquí los obreros industriales son una minoría y los pequeños agricultores son una vasta mayoría. En un país así, la revolución socialista puede triunfar sólo con dos condiciones. Primero, si es apoyada oportunamente por una revolución socialista en uno o varios países avanzados. [...] La segunda condición es el acuerdo entre el proletariado, que ejerce su dictadura, es decir, tiene en sus manos el poder estatal, y la mayoría de la población campesina. (...) Sabemos que mientras no es talle la revolución en otros países, sólo el acuerdo con el campesinado puede salvar la revolución socialista en Rusia." Aquí están reunidos todos los elementos del problema. La unión con el campesinado es indispensable para la existencia misma del poder soviético; pero esa unión no reemplaza a la revolución internacional que, sólo ella, puede crear la base económica de un régimen socialista.

En el mismo X Congreso se presentó un informe especial: La república soviética sitiada por el capitalismo, dictado por el retraso de la revolución en Occidente. Kámenev habló en calidad de ponente, en nombre del Comité Central: "... Nunca nos hemos fijado como objetivo [decía él como si se tratase de alguna cosa incontestable] edificar un régimen comunista en un solo país aislado. No obstante ello, nos encontramos en una situación tal que nos es indispensable mantener la base del régimen comunista, la base del estado socialista, la república proletaria soviética, cercada por todas partes por las relaciones capitalistas. ¿Resolveremos ese problema? Pienso que es una cuestión escolástica. Planteada así, no se puede responder. Se presenta bajo esta forma: ¿en el actual estado de las relaciones, cómo conservar el poder de los soviets y mantenerlo hasta el momento en que el proletariado, de tal o tal otro país, venga en nuestra ayuda?" Si las ideas del ponente, sin duda alguna sometidas más de una vez en resumen al examen de Lenin, hubiesen estado en contradicción con el bolchevismo tradicional, ¿cómo hubiera sido posible que el congreso no hubiese elevado una protesta? ¿Cómo es que ni un solo delegado indicase que sobre la cuestión más esencial de la revolución Kámenev desarrollaba opiniones que no tenían "nada en común" con las de los bolcheviques? ¿Cómo hubiese sido posible que nadie en todo el partido señalase la herejía?

"Según Lenin la revolución extrae sus fuerzas ante todo de los obreros y los campesinos de la misma Rusia. Según Trotsky, se podría creer que las fuerzas indispensables sólo pueden reclutarse en el terreno de la revolución mundial del proletariado." A estas dos

concepciones antitéticas, como a muchas otras, Lenin hubiese respondido, como hizo el 14 de mayo de 1918 en una sesión del Comité Ejecutivo Central: "...no olvidamos la debilidad de la clase obrera rusa en comparación con otros destacamentos del proletariado internacional. (...) Debemos permanecer en nuestro puesto mientras no acuda nuestro aliado, el proletariado internacional" En el tercer aniversario de la insurrección de octubre, Lenin confirmaba: "... depositamos nuestra esperanza en la revolución internacional, y esa esperanza era indudablemente acertada (...) Siempre hemos señalado que una obra tal como la revolución socialista no puede ser llevada a cabo en un solo país..." En febrero de 1921, Lenin declaraba en el Congreso de los Obreros de la Industria de la Confección: "Desde 1917, cuando luchábamos contra los gobiernos republicanos burgueses en Rusia, e incluso desde que fue implantado el poder de los soviets a fines de 1917, hemos repetido una y otra vez a los obreros que la tarea cardinal y la condición fundamental de nuestra victoria es extender la revolución, por lo menos, a algunos de los países más avanzados." No, Lenin está demasiado comprometido por su empecinamiento en "extraer" fuerzas en el terreno mundial; ¡imposible blanquearlo!

Igual que Trotsky se ve colocado en oposición con Lenin, el mismo Lenin se ve en oposición con Marx y con más razón. Si Marx suponía que la revolución proletaria comenzaría en Francia pero no acabaría en otro lugar que en Inglaterra ello se explica, según Stalin, por el hecho que Marx no conocía todavía la ley de la evolución desigual. En realidad, la previsión de Marx, oponiendo un país en el que comienza la revolución a otro en el que se produce completamente la realización socialista, está enteramente construida sobre la ley de una evolución desigual. En cualquier caso, el mismo Lenin que no admitía reticencias sobre grandes cuestiones, jamás, ni en ninguna parte, marcó un desacuerdo con Marx y Engels a propósito del carácter internacional de la revolución. ¡Muy al contrario! En el Tercer Congreso de los Soviets Lenin decía: "Las cosas resultaron distintas de lo que esperaban Marx y Engels; y nosotros, las clases trabajadoras y explotadas de Rusia, tenemos el honor de ser la vanguardia de la revolución socialista internacional, y ahora vemos claramente hasta dónde llegará el desarrollo de la revolución; el ruso comenzó, el alemán, el francés y el inglés la terminarán, y el socialismo triunfará."

El argumento que nos espera más lejos es el del prestigio del estado: negar la teoría del socialismo nacional, "conduce [según los términos de Stalin] a desmochar nuestro país". Esta fraseología, intolerable para los oídos de un marxista, traiciona por sí sola toda la profundidad de la ruptura con la tradición bolchevique. Lo que temía Lenin no era un "desmoche", era la fanfarronada nacionalista.

"Somos (enseñaba Lenin en abril de 1918, en una sesión del soviet de Moscú) un destacamento revolucionario de la clase obrera que se ha adelantado, no porque seamos mejores que los otros obreros ni porque el proletariado de Rusia sea superior a la clase obrera de otros países, sino exclusivamente porque el nuestro era uno de los países más atrasados del mundo. Para nosotros la victoria definitiva llegará sólo cuando logremos aplastar de una vez y para siempre al imperialismo internacional, sostenido por la grandiosa fuerza de la técnica y la disciplina. Pero esa victoria solamente la obtendremos junto con todos los obreros de los países, del mundo entero."

El llamamiento a un juicio razonable sobre uno mismo deviene el leitmotiv de los discursos de Lenin. "... si la revolución rusa (que no se debe a un mérito especial del proletariado ruso, sino al curso general de los acontecimientos históricos, que por la

voluntad de la historia ha colocado transitoriamente a ese proletariado en el primer lugar, y lo ha convertido por ahora en la vanguardia de la revolución mundial)" En la Conferencia de la provincia de Moscú de los Comités de Fábrica, el 23 de julio de 1918 Lenin decía: "... el papel de vanguardia del proletariado ruso en el movimiento obrero mundial no se debe al desarrollo económico del país. Justamente a la inversa: el atraso de Rusia [...] Consciente del aislamiento de su revolución, el proletariado ruso ve con claridad que la condiciones necesaria y la premisa esencial de su victoria está en la acción conjunta de los obreros de todo el mundo, o de los obreros de varios países capitalistas adelantados." Por supuesto que la insurrección de octubre no fue provocada solamente por el estado atrasado de Rusia, y Lenin lo entendía muy bien. Pero tuerce conscientemente el junco para enderezarlo enseguida.

En el Congreso de los Consejos de la Economía Nacional, es decir de los órganos especialmente llamados a edificar el socialismo, Lenin dice, el 26 de mayo de 1918: "No cerramos los ojos ante el hecho de que no podríamos realizar íntegramente y con nuestros solos esfuerzos la revolución socialista en un solo país, incluso si este país fuera mucho menos atrasado que Rusia". Adelantando aquí las futuras vías de la categoría burocrática, el orador añade esta explicación: "... ello no debe provocar el menor pesimismo, pues la tarea que nos proponemos es una tarea cuyas dificultades y significación tienen un alcance histórico mundial."

En el Congreso de los Soviets del 8 de noviembre dice: "... la victoria total de la revolución socialista es inconcebible en un solo país y requiere la colaboración más activa, por lo menos, de varios países avanzados, que no incluyen a Rusia." Lenin no solamente es que le niega a Rusia el derecho a tener su propio socialismo sino que le asigna, de una forma demostrativa, un lugar de segundo orden en la edificación en común del socialismo en los otros países. ¡Qué criminal "desmoche" de nuestro país!

En marzo, en el congreso del partido, Lenin se mete con quienes quieren ir demasiado lejos: "Hemos adquirido experiencia práctica al dar los primeros pasos hacia la destrucción del capitalismo, en un país donde existen relaciones peculiares entre el proletariado y el campesinado. Pero nada más. Si nos comportáramos como la rana de la fábula y nos infláramos de engreimiento, sólo nos convertiríamos en el hazmerreír del mundo, seríamos simplemente unos fanfarrones." ¿Puede alguien sentirse vejado al escuchar semejantes palabras? El 19 de mayo de 1921 Lenin exclamaba: "Pero ¿qué bolchevique ha negado jamás que la revolución no podría triunfar definitivamente más que tras haber ganado a todos los países avanzados o, al menos, a determinados de ellos?" En noviembre de 1920, en la conferencia del partido de la provincia de Moscú, ya había dicho que los bolcheviques ni han prometido ni soñado "... transformar todo el mundo con las fuerzas de Rusia sola. Pero nunca hemos tenido ideas tan extravagantes, y hemos dicho siempre que nuestra revolución vencerá cuando sea apoyada por los obreros de todos los países."

A principios de 1922 escribía: "Incluso ni hemos acabado de establecer las bases de una economía socialista. Las fuerzas hostiles del capitalismo agonizante todavía pueden disputárnosla. Hay que verlo claramente y reconocerlo francamente, pues no hay nada más peligroso que las ilusiones y vértigos, sobre todo cuando uno se encuentra en grandes alturas. No hay absolutamente nada de "terrible" en ello, nada que dé motivos legítimos para el menor desfallecimiento, si se reconoce esta amarga verdad pues siempre, y en numerosas ocasiones, hemos manifestado esta verdad que es el abe del marxismo: para la victoria del socialismo se necesitan los esfuerzos conjuntos de los

obreros de numerosos países avanzados."

Dos años y medio más tarde, Stalin exigirá que se renuncie al marxismo en esta cuestión esencial. ¿Por qué motivo? Según él, Marx habría ignorado la desigualdad de la evolución, es decir la ley más elemental de la dialéctica, tanto de la naturaleza como la de la sociedad. Pero ¿cómo tratar al mismo Lenin que, según Stalin, habría "descubierto" por primera vez la ley del desarrollo desigual por la experiencia del imperialismo y que, sin embargo, se atenía obstinadamente al "verdadero abecedario del marxismo? En vano buscaremos la explicación.

Según la sentencia de acusación de la Internacional Comunista "El trotskysmo actuaba y continúa actuando según la afirmación de que nuestra revolución no es en sí [¡!] en el fondo socialista, que la revolución de octubre sólo es una señal, un impulso y un punto de partida para la revolución socialista en occidente." La transmutación en el sentido nacional se disimula aquí con la pura escolástica. La revolución de octubre "en sí" no existe en absoluto. Hubiera sido imposible sin toda la historia precedente de Europa, no tendría esperanza si no hubiese continuado en Europa y en el mundo entero. "La revolución rusa no es más que un eslabón en la cadena de la revolución internacional" (Lenin). Su fuerza radica precisamente allí donde los epígonos ven su "desmoche". Justamente por ello, y solamente por ello, en lugar de ser un todo que prevalece por sí mismo es una "señal", un impulso, un "punto de partida", un "eslabón", y adquiere un carácter socialista.

"Va de suyo que la victoria completa del socialismo en un solo país es imposible", decía Lenin en el III Congreso de los Soviets, en enero de 1918. Pero, en revancha, sí es posible alguna cosa: "Un ejemplo vivo, mostrando cómo se resuelve el problema en un país cualquiera... eso es lo que estimula a las masas trabajadoras en todos los países." En julio, en una sesión del Comité Ejecutivo Central: "... nuestra tarea inmediata, repito, es retener este poder, esta antorcha del socialismo, para que se desprendan de ella las chispas que aviven el creciente incendio de la revolución socialista.". Un mes más tarde, en un mitin obrero: "... la revolución se prepara y se producirá inevitablemente. Y debemos conservar el poder soviético intacto hasta que comience; nuestros errores deben servir de lección al proletariado de Occidente, al movimiento socialista mundial.". Algunos días más tarde, en el Congreso de Instrucción Pública: "... la revolución rusa es sólo una muestra, sólo el primer paso en la serie de revoluciones..." En marzo de 1919, en el congreso del partido: "La revolución rusa era, en suma, una repetición general... de la revolución proletaria mundial." No es una actuación celebrada independientemente, ¡solamente es una repetición general! ¡Qué tozudez y qué crueldad en el "desmoche"!

Pero Lenin no se detiene ahí. El 8 de noviembre de 1918 dice: "Si ocurre que se nos derroca... tenderemos derecho a decir, sin disimular nuestros errores, que hemos utilizado el período que nos ha concedido la suerte íntegramente para la revolución socialista mundial." Tanto vistas con el método del pensamiento como con el de la psicología política, ¡cómo de alejadas están estas palabras de la arrogante suficiencia de los epígonos que se imaginan ser el ombligo del mundo!

Mantener el error cometido en una cuestión esencial porque así obliga el interés político lleva a innumerables errores y transforma gradualmente todo pensamiento. "... Nuestro partido no tiene derecho a engañar a la clase obrera (decía Stalin en el plenario del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en 1926), debe decir claramente que quien no esté seguro de poder edificar el socialismo en nuestro país acabará rehusando el poder y renunciando a la dirección para pasar a la oposición..."

La Internacional Comunista dio su bendición a este punto de vista en una resolución: "Negar esta posibilidad (la de un régimen socialista en un solo país) como lo hace la Oposición, no es otra cosa más que negar la existencia de las condiciones previas para la revolución socialista en Rusia." ¡Las "condiciones previas" no son el estado general de la economía mundial, ni las contradicciones internas del imperialismo, ni las relaciones de clase en Rusia, sino la garantía dada por adelantado de que existe la posibilidad de realizar el socialismo en un solo país!

A esta deducción teleológica presentada por los epígonos durante el otoño de 1926 se puede replicar con las mismas consideraciones que opusimos a los mencheviques en la primavera de 1905: "Desde el momento en que el desarrollo objetivo de la lucha de clases le plantea al proletariado, en un momento determinado de la revolución, la alternativa: o bien asumir los derechos y obligaciones del poder o bien abandonar su posición de clase, la socialdemocracia se fija como tarea inmediata la conquista del poder. Y haciendo esto no ignora en absoluto los procesos objetivos del desarrollo que son de un orden más profundo, los procesos de crecimiento y concentración de la producción: desde el mismo momento en que la lógica de la lucha de clases, apoyándose al fin de cuentas en la marcha de la evolución económica, empuja al proletariado a la dictadura antes de que la burguesía haya agotado su misión económica... ello significa solamente que la historia hace recaer sobre el proletariado tareas de una formidable dificultad. Puede incluso que el proletariado resulte extenuado en esta lucha y sucumba bajo el peso de la carga, es posible. Pero no puede rechazar sus tareas más que bajo pena de una descomposición de clase y de un deslizamiento de todos el país hacia la barbarie." A ello no tengo nada que añadir ni incluso ahora.

En mayo de 1918 Lenin escribía: "... Sería un error irreparable declarar que, desde el momento en el que reconocemos la falta de correlación entre nuestras fuerzas económicas y nuestra fuerza política", de ello se dedujese "que no debíamos de haber tomado el poder... Así razonan los chupatintas olvidando que jamás habrá "correlación", que no puede existir en la evolución natural ni tampoco en la evolución social, que solamente a través de sucesivos ensayos (cada uno de los cuales tomado aparte sería unilateral y enturbiado con determinada disparidad) se constituirá un socialismo integral con la colaboración revolucionaria de los proletarios de todos los países." Las dificultades de la revolución internacional deben superarse no con una adaptación pasiva, ni con una renuncia al poder, ni con la actitud expectante de una nación que espera el levantamiento universal, sino con la acción completamente viva, con la victoria lograda sobre las contradicciones, con la dinámica de la lucha y con la ampliación de su terreno.

Si se toma en serio la filosofía histórica de los epígonos, en vísperas de Octubre los bolcheviques tenían que saber por adelantado, en primer lugar, que tendrían en su contra a legiones de enemigos; después, que del comunismo de guerra pasarían a la Nep; por fin, que en caso de necesidad edificarían su socialismo nacional. En una palabra, antes de tomar el poder debían establecer un balance exacto y anotar el saldo en su activo. Lo que se ha producido en realidad no se parece nada a esta piadosa caricatura.

En un informe al congreso del partido en marzo de 1923, Lenin decía: "Constantemente hemos tenido que marchar a tientas. El hecho deviene evidente cuando tratamos de lanzar una mirada de conjunto sobre lo que hemos vivido. Pero ello no nos ha hecho temblar en absoluto, incluso ni el 10 de octubre de 1917, cuando se decidía la cuestión de la tomar del poder. No dudamos que nos haría falta experimentar, según la expresión

del camarada Trotsky, hacer ensayos. Nos lanzamos a una empresa a la que nadie en el mundo se había arriesgado en tal escala." Y más adelante: "¿Quién pues ha podido hacer la mayor de las revoluciones sabiendo por adelantado cómo llevarla hasta el final? ¿De dónde se podría extraer semejante saber? No se encuentra en los libros. No existen libros de ese género. Nuestra revolución sólo pudo nacer de la experiencia de las masas."

Los bolcheviques no buscaban la certeza de que se podía edificar en Rusia un régimen socialista, no la necesitaban, era contraria a todo lo que les había enseñado la escuela del marxismo. "La táctica de los bolcheviques... (escribía Lenin contra Kautsky), era la única táctica intemacionalista, porque se basaba, no en el temor cobarde a la revolución mundial, no en una "falta de fe" filistea en ella. (La táctica de los bolcheviques)...hacía todo lo posible en un solo país para el desarrollo, el apoyo y el despertar de la revolución en todos los países." Con semejante táctica uno no puede trazarse un itinerario infalible y menos aún podría uno garantizarse una victoria nacional. Pero los bolcheviques lo sabían: el peligro es un elemento de la revolución como de la guerra. Marchaban con los ojos abiertos ante los peligros.

Ofreciéndole al proletariado como ejemplo y prueba la valentía con la que la burguesía corre riesgos de guerra por sus intereses, Lenin estigmatizaba con aversión a esos socialistas que "tienen miedo a entablar el combate si no se les garantiza" un fácil éxito... "Merecen tres veces el menosprecio, esta escoria del socialismo internacional, estos lacayos de la moral burguesa." Es sabido que Lenin no se molestaba en escoger expresiones cuando le ahogaba la indignación.

"¿Pero qué hacer (pregunta con insistencia Stalin) si la revolución mundial está condenada al retraso? ¿Hay algún claro a la vista para nuestra revolución? Trotsky no propone ningún claro." Los epígonos exigen privilegios históricos para el proletariado ruso: deben haber carriles preparados ante él para un movimiento ininterrumpido hacia el socialismo, independientemente de lo que pueda pasarle al resto de la humanidad. ¡Lástima! La historia no ha fabricado esos carriles. En el VII Congreso del partido, Lenin decía: "Si examinamos la situación desde el punto de vista histórico mundial, indudablemente no habría esperanza de victoria final de nuestra revolución si quedásemos solos, si no hubiera movimientos revolucionarios en otros países."

Pero, incluso en ese caso, no sería estéril. En mayo de 1919, en el Congreso de la Enseñanza para Adultos, Lenin decía: "...aun cuando los imperialistas derrocaran mañana (eso fue en setiembre del año pasado) al gobierno bolchevique, ni por un segundo nos arrepentiríamos de haber tomado el poder. Y ni un solo obrero con conciencia de clase (...) se arrepiente de ello ni duda de que nuestra revolución, a pesar de todo, ha triunfado." Pues Lenin sólo se figuraba la victoria en la continuidad internacional de la evolución y de la lucha. "La sociedad nueva (...) es una abstracción que sólo se puede encarnar en diversos ensayos, incompletos, concretos, para crear tal o tal estado socialista." La clara diferencia y, en cierto sentido, la oposición de "estado socialista" y de "sociedad nueva" dan la clave de innumerables abusos cometidos por la literatura de los epígonos sobre los textos de Lenin.

Con una extrema simplicidad, Lenin explicaba el sentido de la estrategia bolchevique al final del quinto año siguiente a la toma del poder. "Cuando, en nuestros tiempos, inauguramos la revolución internacional actuamos así no porque estuviésemos convencidos de poder determinar de antemano el movimiento, sino porque numerosas circunstancias nos empujaban a comenzar esta revolución. Pensábamos: o bien

la revolución internacional vendrá en nuestra ayuda, y entonces nuestras victorias estarán completamente aseguradas, o bien cumpliremos nuestro modesto trabajo revolucionario, comprendiendo que en caso de derrota habríamos servido a la causa de la revolución, y que nuestra experiencia sería de una determinada utilidad para otras revoluciones. Teníamos claro que sin el apoyo de una revolución internacional, mundial, la victoria de la revolución proletaria era imposible. Hasta la revolución, y también tras ella, pensábamos: enseguida, o al menos muy pronto, estallará la revolución en el resto de países, en los que están más desarrollados en el plano capitalista; o, en caso contrario, pereceremos. Aunque concebimos así las cosas hicimos todo lo posible para salvaguardar, bajo cualquier circunstancia y a cualquier precio, el sistema soviético, sabiendo que trabajábamos no solamente para nosotros sino, también, para la revolución internacional. Lo sabíamos, hemos expresado más de una vez esta convicción antes de la revolución de octubre, igualmente también inmediatamente después y durante la época en la que se debatía y firmaba la paz de Brest-Litovsk. Y en resumidas cuentas esto era correcto." Los vencimientos se aplazaron, la trama de los acontecimientos se presentó de forma imprevista bajo muchos aspectos pero la orientación esencial sigue sin cambiar.

¿Qué se puede añadir a estas palabras? "Comenzamos... la revolución internacional." Si la insurrección en occidente no se produce "enseguida, o al menos muy pronto", pensaban los bolcheviques, "pereceremos". Pero, incluso en ese caso, la conquista del poder estará justificada; otros se instruirán gracias a la experiencia de quienes hayan sucumbido. "Militamos no solamente por nosotros sino, también, por la revolución internacional." Estas ideas de Lenin, profundamente embebidas de internacionalismo, fueron expuestas por él en el Congreso de la Internacional Comunista. ¿Le replicó alguien? ¿Alguien aludió a la posibilidad de un régimen socialista nacional? ¡Nadie dijo ni una palabra sobre ello!

Cinco años después, en el VII Plenario del Ejecutivo de la Internacional Comunista, Stalin desarrollaba consideraciones de un carácter completamente opuesto. Ya las conocemos. Si falta "la certeza de la posibilidad de la edificación del socialismo en nuestro país", el partido debe devenir de "partido dirigente, en partido de oposición...". Es necesario garantizarse el éxito antes de apoderarse del poder; no está permitido buscar tales garantías más que en el marco nacional; hay que estar seguros de poder edificar el socialismo en la Rusia campesina; en cambio, puede despreciarse perfectamente la garantía de una victoria del proletariado mundial. ¡Cada uno de los eslabones de esta cadena lógica golpea en toda la cara a la tradición del bolchevismo!

Para disimular su ruptura con el pasado, la escuela estalinista trató de utilizar algunas líneas de Lenin, las que le parecían las menos inservibles. El artículo de 1915 sobre los Estados Unidos de Europa hace, de pasada, el comentario que la clase obrera debe, en cada país, conquistar el poder y emprender la edificación socialista sin esperar a nadie. Si, tras estas líneas incontestables, se hubiese disimulado la idea de un régimen de socialismo nacional ¿cómo Lenin lo hubiera podido olvidar tan radicalmente durante los años siguientes y contradecirlo con tanta obstinación y a cada paso? Pero es inútil recurrir a argumentos indirectos cuando se poseen argumentos muy directos. Las tesis-programa, elaboradas por Lenin en ese mismo año de 1915, responden a la cuestión exacta y directamente: "La tarea del proletariado de Rusia es llevar hasta el final la revolución burguesa democrática en Rusia para alumbrar el fuego de la revolución socialista en Europa. Esta segunda tarea es ahora extremadamente cercana a la

primera pero sigue siendo, no obstante, una tarea particular de segundo plano pues se trata de clases diferentes colaborando con el proletariado de Rusia; para la primera, el colaborador es el campesinado pequeño burgués de Rusia; para la segunda lo es el proletariado del resto de países." No se puede pedir mayor claridad.

La segunda referencia a Lenin no está mejor basada. Es un artículo inacabado sobre la cooperación en el que dice que en la República Soviética se posee "todo lo que es indispensable y suficiente" para realizar, sin nuevas revoluciones, la transición hacia el socialismo: se trata, como lo muestra muy claramente el texto, de condiciones previas políticas y jurídicas. El autor no se olvida de recordar la insuficiencia de las bases de la producción y de la cultura. Lenin expresó más de una vez esta misma idea. "Lo que nos falta [escribía en un artículo del mismo período, a principios de 1923] es una cultura que permita pasar directamente al socialismo, aunque para ello tengamos las condiciones políticas previas." En ese caso, como en el resto, Lenin partía del hecho que el proletariado de occidente marcharía hacia el socialismo, haciéndolo al lado del proletariado ruso y precediéndolo. El artículo sobre la cooperación no indica en absoluto que la república soviética pueda crear, a la moda reformista y armoniosamente, su socialismo nacional en lugar de insertarse en el proceso de los antagonismos y revoluciones, en un régimen socialista mundial. Las dos citas, introducidas incluso en el texto del programa de la Internacional Comunista, han sido después ampliamente explicadas en nuestra "Crítica del programa", y nuestros adversarios no han intentado ni una sola vez defender sus elucubraciones y sus errores. Por otra parte, semejante tentativa carecería de esperanza.

En marzo de 1923, es decir en el último período de su trabajo creativo, Lenin escribía: "Nos encontramos... en el momento presente, ante un interrogante: ¿lograremos mantenernos con nuestra producción rural pequeña, muy pequeña, y ante nuestras ruinas hasta el momento en el que los países capitalistas de Europa occidental cumplan su revolución hacia el socialismo?" Lo vemos otra vez: los vencimientos se habían atrasado al máximo, la trama de los acontecimientos se había modificado, pero la base internacional de la política se mantenía inmutable. La creencia en la revolución internacional (según Stalin la "falta de fe" en las fuerzas internas de la revolución rusa) acompañó al gran intemacionalista hasta la tumba.

Los epígonos tuvieron la posibilidad de "nacionalizar" las opiniones de Lenin solamente aplastándolo bajo un mausoleo.

***

De la división mundial del trabajo, de la desigualdad del desarrollo de las diversas naciones, de su interdependencia económica, de la desigualdad de la cultura bajo sus diversos aspectos según los países, resulta que el régimen socialista sólo puede construirse de acuerdo con el sistema de una espiral económica que repartirá las incompatibilidades internas de tal o tal otro país sobre todo un grupo de países y las compensará con servicios recíprocos y con complementos mutuos de las economías y culturas, es decir, y al fin de cuentas, sobre el terreno mundial.

El antiguo programa del partido adoptado en 1903 comienza: "... el desarrollo del intercambio y de la producción internacionales en el mercado mundial creó lazos tan estrechos entre todos los pueblos del mundo civilizado, que el movimiento obrero actual debió adquirir, y adquirió hace tiempo, carácter internacional." La preparación del proletariado para la próxima revolución social está definida como la tarea de la

"socialdemocracia internacional". Sin embargo, "en la vía que lleva a su objetivo final común... los socialdemócratas de diversos países se ven forzados a plantear tareas inmediatas que no son las mismas para unos y para otros." En Rusia, la tarea es derrocar al zarismo. La revolución democrática se considera de antemano como una etapa nacional hacia la revolución socialista internacional.

La misma concepción fue puesta en la base del nuevo programa adoptado por el partido cuando éste conquistó el poder. En una discusión previa sobre el proyecto de programa para el VII Congreso, Miliutin aportó una enmienda a la resolución de Lenin: "Propongo [decía] insertar las palabras "revolución socialista internacional" allí donde se habla de "la era comenzada de la revolución socialista"... Pienso que una exposición de motivos es inútil... Nuestra revolución social sólo puede vencer como revolución internacional. No puede vencer únicamente en Rusia dejando subsistir al régimen burgués en los países que la rodean... Propongo introducir esta enmienda para evitar cualquier malentendido." El presidente Sverdlov: "El camarada Lenin acepta la enmienda; es pues inútil votar." ¡Este pequeño episodio de técnica parlamentaria (¡"una exposición de motivos es inútil", y "es inútil votar"!) demuele la historiografía mentirosa de los epígonos de una forma que puede que sea más convincente que el estudio más cuidadoso! El hecho que el mismo Miliutin, así como Skavortsov- Stepánov más arriba citado, condenasen muy pronto sus propias opiniones bajo la denominación de "trotskysmo", este hecho no cambia en nada la naturaleza de las cosas. Los grandes torrentes históricos son más fuertes que las vértebras del hombre. El ascenso de la marea levanta a generaciones políticas enteras y el reflujo se las lleva. Por otra parte, las ideas son aptas para vivir incluso tras la muerte física o espiritual de sus propagadores.

Un año más tarde, en el VIII Congreso del partido, que confirmó el nuevo programa, se dilucidó de nuevo la misma cuestión en un intercambio de vivas replicas entre Lenin y Podbelski. El delegado de Moscú protestaba contra el hecho de que, a pesar de la revolución de octubre, se continuase hablando en el futuro de la revolución social. "El camarada Podbielski objeta que en uno de los puntos se hablara de la inminente revolución social. [...] ¿Cómo? ¿Estamos en la revolución social y el programa habla de ella como de algo que aún tenemos por delante? Está claro que semejante argumento es insostenible, pues nuestro programa habla de la revolución social en escala mundial." ¡Ciertamente: la historia del partido no les ha dejado a los epígonos un solo rincón sin aclarar!

En el programa adoptado en 1921 por la Juventud Comunista, se presenta la misma cuestión bajo una forma particularmente simple y popular. En uno de sus párrafos se dice: "Rusia, aunque posea inmensas riquezas naturales, no deja de ser un país atrasado desde el punto de vista industrial y en el que predomina una población pequeño burguesa. Sólo puede alcanzar el socialismo gracias a una revolución proletaria mundial la hora de cuyo desarrollo ha llegado para nosotros." Aprobado en su tiempo por el buró político, con la participación no solamente de Lenin y Trotsky sino también de Stalin, ese programa conservaba todavía todo su valor en el otoño de 1926 cuando el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista consideraba como un pecado mortal el rechazo a reconocer el socialismo en un solo país.

En los dos años siguientes los epígonos se vieron, sin embargo, forzados a archivar los documentos-programa de la época de Lenin. Se llamó programa de la Internacional Comunista a un nuevo programa hecho con la reunión de fragmentos. Si en Lenin en el programa "ruso" se trata de la revolución internacional, en los epígonos se trata del

socialismo "ruso" en el programa internacional.

¿Cuándo y cómo se mostró por primera vez abiertamente la ruptura con el pasado? Es mucho más fácil señalar la fecha histórica teniendo en cuenta que se corresponde con un momento significativo en la biografía de Stalin. En abril de 1924, tres meses después de la muerte de Lenin, Stalin exponía modestamente los puntos de vista traicionales del partido: "... Derrocar el poder de la burguesía y establecer el poder del proletariado en un solo país [escribía en su libro Cuestiones del leninismo], ello no significa aún la garantía de una completa victoria del socialismo. La tarea principal del socialismo (la organización de la producción socialista) todavía está delante de nosotros. ¿Se puede resolver este problema, se puede llegar a una victoria definitiva del socialismo en un solo país sin los esfuerzos conjugados de los proletarios de numerosos países avanzado? No, no se puede. Para el derrocamiento de la burguesía es suficiente con los esfuerzos de un solo país (esto ha quedado demostrado por la historia de nuestra revolución). Para la victoria definitiva del socialismo, para la organización de la producción socialista, ya no son suficientes los esfuerzos de los proletarios de diversos países avanzados..." Stalin acaba esta exposición con las siguientes palabras: "Tales son, en términos generales, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria."

Hacia el otoño del mismo año, bajo la influencia de la lucha contra el "trotskysmo", se demostró de golpe que precisamente Rusia, a diferencia del resto de países, podía construir con sus propios medios un régimen socialista si no lo impedía una intervención "Habiendo consolidado su poder y arrastrado tras de sí al campesinado [escribía Stalin en una nueva edición de la misma obra], el proletariado del país vencedor puede y debe edificar un régimen socialista." ¡Puede y debe! "es necesaria una victoria de la revolución al menos en numerosos países" solamente para "proteger por completo al país frente a un intervención". La proclamación de esta nueva concepción, que le reserva al proletariado mundial el papel de guardia fronteriza, acaba con las mismas palabras: "Tales son, en conjunto, los rasgos característicos de la teoría leninista de la revolución proletaria". En menos de un año Stalin le atribuye a Lenin dos puntos de vista diametralmente opuestos sobre la cuestión esencial del socialismo.

En el plenario del comité central, en 1927, Trotsky declaraba a propósito de los dos puntos de vista opuestos de Stalin: "Se puede alegar que Stalin se equivoca y después ha corregido. Pero ¿cómo ha podido equivocarse en tal punto sobre semejante cuestión? Si es justo decir que Lenin ofreció ya en 1915 la teoría de la edificación del socialismo en un solo país (lo que es radicalmente falso); si es cierto que después Lenin no hizo más que desarrollar y reforzar ese punto de vista (lo que es radicalmente falso), ¿cómo pues, se preguntará uno, ha podido Stalin elaborar por sí mismo, sobre esta cuestión de primera magnitud, y viviendo Lenin y en el último período de su existencia, ese punto de vista que encontró su expresión en la fórmula de Stalin en 1924? Resulta de ello que, sobre esta cuestión capital, Stalin siempre ha sido simplemente trotskysta y que solamente en 1924 dejó de serlo... No estaría mal que Stalin encontrase en sus propios textos al menos un pasaje que demostrase que él había hablado de la edificación del socialismo en un solo país antes de 1924. ¡No lo encontrará!" Este desafío quedó sin respuesta.

Sin embargo no hay que exagerar la profundidad efectiva de la evolución estalinista. Igual que como en las cuestiones concernientes a la guerra y a la actitud hacia el gobierno provisional, o en la cuestión nacional, Stalin mantenía dos actitudes sobre las perspectivas generales de la revolución: una independiente, orgánica, que no siempre expresó y,

en cualquier caso, jamás expresó hasta el límite; la otra convencional, fraseológica, adoptada de Lenin. En la medida en que se trata de hombres pertenecientes a un solo y mismo partido no puede uno figurarse un abismo más profundo que el que separa a Stalin de Lenin, tanto sobre las cuestiones esenciales de la concepción revolucionaria como en la psicología política. La naturaleza oportunista de Stalin queda oculta gracias a que se apoya en una revolución proletaria triunfante. Pero hemos visto la posición independiente de Stalin en marzo de 1917: teniendo tras de sí una revolución burguesa ya consumida, le propone al partido como tarea "frenar la desunión" de la burguesía, es decir que se opone de hecho a la revolución proletaria. Si ésta se realizó no fue por culpa de él. Con toda la burocracia, Stalin se coloca en el terreno del hecho cumplido. Desde el momento en que hay una dictadura del proletariado debe haber también socialismo. Habiendo girado los argumentos de los mencheviques contra la revolución proletaria en Rusia, con la teoría del socialismo en un solo país Stalin se ha puesto en guardia contra la revolución internacional. Y como jamás ha meditado hasta el final las cuestiones de principios, no ha podido hacer otra cosa más que imaginar que "en suma" siempre ha pensado como durante el otoño de 1924. Y como, por otra parte, nunca se puso en contradicción con la opinión dominante del partido, no ha podido librarse de imaginar que, "en suma", éste pensaba como él.

A principio, la sustitución fue inconsciente. No se trataba de una falsificación sino de una degradación ideológica. No obstante, a medida que la doctrina del socialismo nacional ha ido tropezando con una crítica bien armada, ha sido necesaria la intervención organizada del aparato, principalmente quirúrgica. La teoría del socialismo nacional quedó decretada. Se demostró mediante el método del contrario: gracias al arresto de quienes no la admitían. Al mismo tiempo se abrió la era de un travestismo sistemático del pasado del partido. Su historia devino un palimpsesto. Hasta el presente se continúa desnaturalizando los pergaminos y ello con unas rabiosas ganas.

Sin embargo no fueron las medidas represivas y las falsificaciones lo que tuvieron una importancia decisiva. El triunfo de las nuevas opiniones, que respondían a la situación e intereses de la burocracia, descansaba en circunstancias objetivas, transitorias, pero extremadamente potentes. Las posibilidades que se habían abierto ante la república soviética eran, tanto en política exterior como interior, mucho más considerables de lo que nadie había podido esperar antes de la insurrección. El estado obrero aislado, no solamente se mantuvo en medio de legiones de enemigos sino que, además, despuntó económicamente. Estos hechos brutos modelan la opinión pública de la joven generación que no ha aprendido todavía a pensar en sentido histórico, es decir a comparar y prever.

La burguesía europea se había quemado demasiado los dedos durante la última guerra como para decidirse fácilmente a entablar una nueva. El temor a las consecuencias revolucionarias ha paralizado hasta ahora los planes de intervención militar. Pero el temor no es un factor seguro. La amenaza de la revolución no ha reemplazado todavía hasta ahora a la misma revolución. Un peligro que tarda en plasmarse pierde su valor operativo. Al mismo tiempo, el antagonismo irreductible entre el estado obrero y el mundo del imperialismo busca la forma de estallar. Los acontecimientos de los últimos tiempos son tan elocuentes que las esperanzas depositadas en una "neutralización" de la burguesía mundial hasta la finalización de la edificación socialista han sido ahora abandonadas por la fracción dirigente; en cierto sentido aquellas han cambiado incluso por su contrario.

Los éxitos industriales obtenidos a lo largo de los años de paz se mantienen como

una prueba, adquirida para siempre, de las incomparables ventajas de que goza una economía planificada. Este hecho no encierra ninguna contradicción con el carácter internacional de la revolución: el socialismo no podría realizarse en la arena mundial si sus elementos y bases no estuviesen preparados en diversos países. No se debe al azar que los adversarios de la teoría del socialismo nacional han sido, precisamente, los protagonistas de la industrialización, del principio del plan económico, del Plan Quinquenal, en particular, y de la colectivización. Rakovsky, y con él millares de otros bolcheviques, pagan con años de deportación y prisión los costes de la lucha a favor de una audaz iniciativa económica. Pero ellos mismos, por otra parte, han sido los primeros en levantarse contra la sobreestimación de los resultados obtenidos y la petulancia nacional. En revancha, los "prácticos" desconfiados y miopes, que hace tiempo pensaban que el proletariado de la Rusia atrasada no podría acceder al poder y que, tras la conquista del poder, negaban la posibilidad de una amplia industrialización y de la colectivización, han ocupado enseguida la posición completamente opuesta: los éxitos obtenidos contra sus propias previsiones simplemente los han multiplicado para hacer así resultados presumidos de una serie de planes quinquenales, substituyendo la perspectiva histórica por una tabla de multiplicar. Ahí está la teoría del socialismo en un solo país.

En realidad, el actual crecimiento de la economía soviética sigue un proceso contradictorio. Consolidando al estado obrero, los logros económicos no llevan completamente de forma automática a la creación de una sociedad armoniosa. Por el contrario, preparan en un nivel más elevado la intensificación de las contradicciones que pone de manifiesto una construcción socialista aislada. La Rusia rural continúa necesitando un plan económico general edificado con la Europa urbana. La división mundial del trabajo se eleva por encima de la dictadura del proletariado en un solo país y le prescribe imperiosamente las vías a seguir. La insurrección de octubre no excluyó a Rusia de la evolución del resto de la humanidad; por el contrario, la ligó más estrechamente a ella. Rusia ya no es un gueto de la barbarie pero todavía no es la Arcadia del socialismo. Es el país con la situación más transitoria en nuestra época de transición. "La revolución rusa no es más que una eslabón en la cadena de la revolución internacional." El estado actual de la economía mundial permite decir sin duda alguna: el capitalismo se ha acercado mucho más a la revolución proletaria de lo que la Unión Soviética se ha acercado al socialismo. La suerte del primer estado obrero está indisolublemente ligada a la del movimiento emancipador en occidente y en oriente. Pero este es un sujeto de importancia que exige ser estudiado aparte. Confiamos en poder volver sobre él.